

LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA

100
100

1

POIRE

TRIPLICE

CORONA

1

BT600

P65

v.1

1854-55

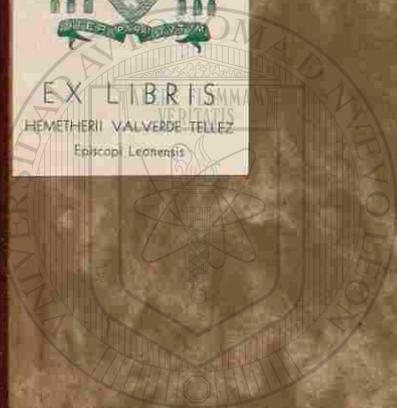
008751



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080014872

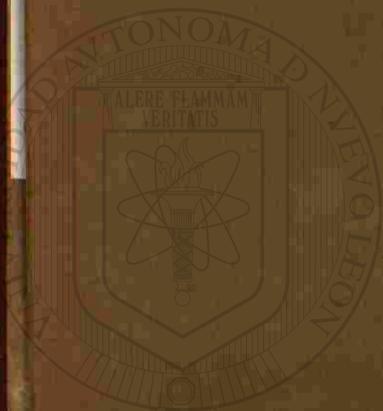


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIP. CATÓLICA CASALS
Sección de LIBRERÍA
CARRER. 108. - BARCELONA



1102

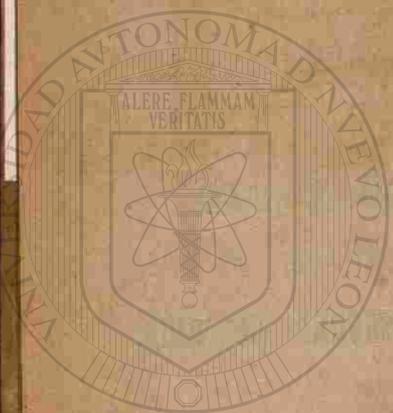
LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN,

MARIA, MADRE DE DIOS,

TEJIDA DE SUS PRINCIPALES GRANDEZAS

DE EXCELENCIA, PODER Y BONDAD,

Y ENRIQUECIDA CON DIVERSAS INDUSTRIAS PARA AMAR, HONRAR
Y SERVIR Á ESTA SEÑORA:

OBRA ESCRITA EN IDIOMA FRANCÉS

POR EL P. FRANCISCO POIRE,

de la compañía de Jesús,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE VILLASEÑOR Y AGUÑA,

Director de la Biblioteca religiosa.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

TOMO I.



Capítulo Alcañina
Biblioteca Universitaria

MADRID:

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO

A CARGO DE D. A. AVILA

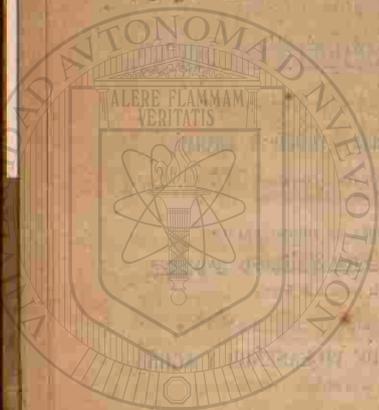
1854.

45350

BT 600

P65

1854-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

02884

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

No es mi ánimo decir una palabra siquiera del mérito de esta obra, del cual hablan suficientemente y con su acostumbrado acierto los sabios editores en la prefacion que se sigue á esta Advertencia. Solo intento explicar una novedad que he introducido en la edicion publicada por los monjes benedictinos de Solesmes, que es de la que me he valido en esta traduccion. A impulsos sin duda del amor que todo cuerpo tiene á los miembros eminentes del mismo, los sabios individuos de aquella congregacion intercalaron en la obra del erudito y piadoso jesuita varias adiciones ó aclaraciones escritas por la madre Maria Jacoba Blouette de Blemur, religiosa de la misma orden. Sin negar yo la importancia de algunas de estas adiciones y reconociendo en todas la uncion de quien las escribió, he creído que si el libro del P. Poiré es una joya tan preciosa como sus mismos editores manifiestan en la prefacion, no debe de añadirsele ninguna otra piedra, que aunque de valor y estimacion, al cabo es

TOMO I.

B

008761

obra de otra mano y pudiera muy bien ó deslucir la pieza primitiva, ú oscurecerla por su brillantez y primor. Y á fé que ni lo uno ni lo otro parece que cuadra á quien desentierra la joya ponderando su precio y con deseo de que se admire y estime mas que cuando salió de las manos del lapidario.

Ve aquí la razón por qué despues de haber tomado luces de persona entendida y competente en la materia he juzgado que debía de suprimir en el texto del escritor jesuita los pasajes intercalados por los padres benedictinos de Solesmes. Mas como por otra parte reconozco lo que valen muchas de las adiciones de la madre María Jacoba de Bleimur, no queriendo privar de ellas á mis lectores, he pensado que era mejor poner al pié de cada página por via de nota las que sean breves, y al fin del tomo las de mas extension. A mi entender se concilia todo por este medio: no se intercala en el texto original del P. Poire ninguna producción extraña: no se omiten las reflexiones, á las veces muy luminosas y llenas de unción, de la fervorosa benedictina; y colocándolas por via de notas al pié de las páginas ó al fin del libro, queda enteramente al arbitrio del lector el leerlas ó pasarlas por alto.

PREFACION DE LOS EDITORES FRANCESES.

Tal vez causará admiracion el ver que se reimprima una obra publicada en 1643; y el olvido en que yace, hará aun mas inexplicable nuestra solicitud por sacarla á luz de nuevo. Ya contábamos con esta primera acogida del público, cuando formamos el plan de dar una nueva edición de *La triplice corona de la bienaventurada virgen Maria, madre de Dios*; y sin embargo lejos de desalentarnos nos sentimos con mayores bríos para llevar adelante nuestra empresa.

En efecto nos pareció que un libro que puede contribuir á fundar sobre bases mas firmes la devocion á la Virgen santisima, no podia venir mas á propósito en un tiempo en que su culto, tan olvidado en Francia por muchos años, se reanima con inesperado fervor y hace presagiar nuevas mercedes y una proteccion nueva en favor de nuestra patria de parte de aquella á quien los trastornos políticos no quitarán el título de reina de los franceses, así como tampoco han podido los esfuerzos de la herejía arrebatárselo de la reina del cielo y de la tierra.

Las almas son arrastradas cada vez mas por un dichoso impulso hácia la madre de las misericordias. ¡Cuántos corazones que no conocian á Dios hace algunos años, viven hoy con la vida de la gracia, porque Maria se dignó de echarles una mirada de maternal ternura! Los fieles celebran ahora las fiestas de la madre de Dios con un entusiasmo y una confianza que recuerdan las edades de fé: el mes de Maria, que al principio se solemnizaba como con misterio

en algunos oratorios particulares ó capillas retiradas, se hace ya en los templos mas vastos y frecuentados con gran pompa y majestad, y de aquí adelante este culto formará parte de las costumbres católicas. En la capital de la Francia emanan incesantemente prodigios de gracia del sagrado corazón de María, que ha escogido por centro de sus influencias la iglesia de nuestra señora de las Victorias, ese trofeo de nuestra antigua fe sobre la herejía.

En todas partes se apiñan los fieles al rededor de la cátedra sagrada, desde donde se pregonan las alabanzas de María y se hacen públicos sus títulos á la confianza del mundo entero. Cada año, cada dia, por decirlo así, se dan á la estampa nuevos escritos, cuyo objeto es ensalzar á la madre de Dios y desahogar los sentimientos de amor y gratitud en que rebosan los corazones. Las prácticas de devoción á María que cualquiera hubiese creído disminuidas ú olvidadas, se han hecho mas preciosas que nunca para los hijos de la iglesia. El santo escapulario se viste con mas fervor: la devoción del rosario se practica con mas piadoso anhelo: las peregrinaciones á los santuarios de María son hoy mas frecuentes que nunca; y la medalla milagrosa adorna el pecho de los que creen y muchas veces de los que no creen.

Pero lo que da un testimonio aun mas relevante del dichoso impulso con que los pueblos fieles son llevados hácia María, es el entusiasmo ardiente con que la saludan en el misterio de su inmaculada concepcion. La fe, todavia libre, se anticipa donde quiera á la decision solemne de la iglesia, y es de esperar que no se concluya el siglo sin que la santa sede apostólica haya declarado como dogma la incommunicable prerogativa de la madre de Dios, pura é inmaculada en su origen, así como es llena de gracia en su incremento y consumacion.

¿Qué falta pues para el triunfo de María, á quien se rinden multiplicados homenajes siempre en aumento? Una sola cosa, y es que el sentimiento que lleva hácia ella á

los fieles de todas clases, y de dia en dia se hace mas dominante é irresistible, se ilustre por medio del profundo estudio de las grandezas y hondades de esa reina augusta. En una palabra es necesario que se estudie y comprenda mejor el dogma de María, madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, fuente de misericordia y columna de la iglesia. La leche de los niños debe de reemplazarse con el pan de los fuertes, y ya es tiempo de mostrar que si nuestro amor á la comun madre tiene su origen en el agradecimiento que concebimos por sus beneficios, estriba juntamente en toda la economía de nuestra santa religion, es decir, en el conjunto de verdades mas respetable y vasto que es dado al hombre conocer.

Amar á María es un deber de toda criatura de Dios; conocer á María es tener la seguridad de amarla siempre; pero al mismo tiempo es penetrar los divinos arcanos del misterio de la Encarnacion, en el cual nos ha dado Dios el medio de subir á él por la caridad. El dogma del hombre Dios es la clave de todas las verdades que creidas y practicadas nos conducen á nuestro fin: el dogma de la madre de Dios nos da nuevas luces para comprender mejor el don maravilloso que el Verbo divino se dignó de hacernos de si mismo.

No basta pues para honrar á María cantar sus alabanzas y dejarse llevar del encanto de su amor. En las cosas de la religion el sentimiento procede de la fe, y la fe necesita dilatarse y acrecentarse siempre por la contemplacion de las verdades que nos revela. Dios ha hecho brillar su luz sobre nosotros á fin de que por nuestra parte la busquemos continuamente, y remunera siempre esta diligencia con nuevas ilustraciones. Estudiemos las sagradas escrituras; meditemos los insignes testimonios que dan de Dios y de su verdad; penetremos la ensenanza de la iglesia, comentario vivo de aquel libro divino; examinemos sus oraciones, los escritos de sus doctores, las actas y monumentos de su fe en

el discurso de los siglos; y bien pronto el dogma que ya nos arrebataba por un simple rayo vislambreado, se hará un sol esplendente é incommensurable que derrame su luz sobre toda nuestra inteligencia y suministre á nuestro corazon un alimento de vida inagotable.

La comprension de las verdades de la fé ha perdido algo entre nosotros por haber despreciado este estudio que vivifica. Los lugares comunes se han sustituido las mas veces en lugar de la sólida doctrina, y se ha dado una parte excesiva al sentimiento, que abandonado á sí mismo ó se agota, ó se vuelve estéril. Demasiado se advierte ya esto en muchos libros de devocion y en ciertos panegiricos pronunciados á honra de Maria. Consideradas éstas obras por la superficie, parece que están llenas de vida; la expresion admira á veces por lo atrevida y oportuna; pero se acerca el tiempo en que se hará cada vez mas pobre la fórmula convencional: uno pretenderá todavía ser nuevo y no lo conseguirá sino á costa de hacerse singular: entonces será forzoso conocer que se iba por falso camino.

Tiempo es pues de estudiar á fondo el dogma cristiano en sus relaciones con la augusta madre de Dios. Así nos lo dicta y nos lo prescribe como un deber ya la sinceridad de los homenajes que tributamos á esta señora, ya el deseo que todos los hijos de la iglesia deben sentir de transmitir á otras generaciones su amor á aquella á quien *llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

Un libro exacto y profundo en su doctrina, vasto y por decirlo así universal en su plan y en todas sus partes, un libro empapado todo en la piedad antigua, al mismo tiempo que ofrece el conjunto mas magnífico de las verdades teológicas aplicado á su sublime objeto, un libro cuyo estilo es anticuado sin duda, pero en el que resplandece la mas elevada poesia, un libro que se compuso antes que dominase en Francia la influencia janseniana, y que sale de entre el polvo de las bibliotecas cuando todos los corazones y

todos los entendimientos no piden otra cosa sino conocer mas y mas á Maria para amarla cada vez mas y consagrarse con mayor ahinco á su servicio, un libro semejante nos ha parecido que era muy oportuno á la sazón y conveniente.

Cierto es que no faltan obras piadosas y eruditas sobre la madre de Dios, y si se quisieran reimprimir ahora todos los libros dignos de figurar en el plan de una biblioteca mariana, fácilmente podría subir su número á algunos millares de volúmenes. Pero era preciso escoger una obra que reuniese en lo posible los rayos esparcidos en esas obras innumerables, cuya serie empieza en S. Eftren para llegar á la época de S. Bernardo, continúa en la edad media reuniendo en comun consorcio á los escolásticos y á los místicos, y se dilata al fin en esas grandes obras que los siglos XVI y XVII produjeron en Francia, en Bélgica, en Alemania, en España y en Italia con un lujo tal, que solo la defensa y demostracion especial de la creencia en la immaculada concepcion suministraron la materia de cien tomos en folio. *La triptice corona* consagrada á Maria por el P. Poire, aunque no sea la última obra en fecha de las que consideramos como dignas de tan alto objeto, nos ha parecido que ofrece un resumen sustancial de todo lo mas magnífico y luminoso que se ha publicado sobre la reina del cielo y de la tierra en el discurso de los siglos. Esta es la razon de haberla escogido para satisfacer la necesidad de sólida doctrina de que hablabamos poco há.

Además dudamos que se encontraran hoy muchos hombres capaces de concebir un plan semejante al de este libro, muchos doctores bastante profundos en la ciencia para desempeñarle con una facilidad y superioridad dignas de entrar en paragon con las que mostró el humilde escritor cuyo nombre sepullado en el olvido tratamos de resucitar hoy. En todas las páginas de su libro se echa de ver con el acento de una piedad que felizmente es de todos los tiempos, un gusto de ciencia teológica, una riqueza y una facili-

dad de erudición, que nos trasladan á aquella época en que la primera condición pedida á quien quería escribir gravemente sobre materias religiosas, era la completa inteligencia de las ciencias eclesiásticas.

El P. Francisco Poiré nació en el año 1584 en Vesoul, ciudad de la católica provincia del Franco Condado, que hasta nuestros días ha conservado siempre vivos los vestigios del espíritu de fe. Francisco entró á la edad de diez y siete años en la compañía de Jesús, donde desde luego fueron apreciados los singulares dones con que le había favorecido el Espíritu Santo. Estuvo encargado sucesivamente de las cátedras de humanidades, filosofía y sagrada escritura, y su mérito no tardó en abrirle el camino de las prelacías. Fué primero superior de la casa profesa de Nancy y luego rector del colegio de Leon, y desempeñaba el mismo cargo en el de Dole cuando el Señor le llamó á sí el 25 de noviembre de 1637.

La inclinación del P. Poiré era á las tareas de la literatura mística y ascética; y las acometió con todos los auxilios que le prestaban sus profundos conocimientos teológicos. Citaremos como monumentos de su ingenio en estas materias su excelente *Tratado de la ciencia de los santos*, publicado en 1638, y su *Colección de meditaciones* que salió á luz en 1641.

Peró su obra mas importante, la que lleva mas fuertemente estampado su sello, es la que hoy reimprimos. El P. Poiré, educado en un instituto que ha figurado siempre en primera línea desde su fundación para promover la devoción y el amor á la reina de los cielos, merecia ser intérprete de los sentimientos de la compañía de Jesús. *La triple corona de la bienaventurada virgen Maria* se publicó por primera vez en París en 1630 en tamaño de cuarto, que conservó en la segunda edición (1633). De allí á diez años se publicó la tercera en folio, que además de la dedicatoria á la madre de Dios llevaba otra del impresor

Sebastian Cramoisy á la piadosa duquesa de Aiguillon. Por esta edición damos la presente nuestra.

El plan seguido por el P. Poiré en esta vastísima obra, donde trataba de reunir las producciones mas ricas y elocuentes de todos los siglos en alabanza de Maria, correspondió á la magnificencia del asunto. Como el objeto era ensalzar á la gran reina del cielo y de la tierra, pensó el piadoso autor que la ofrenda de una corona era el homenaje mas expresivo de sus sentimientos. Pero una corona sencilla no hubiera significado suficientemente la alta dignidad de Maria. La iglesia en la tierra tiene las sienes del vicario de Jesucristo con triple corona para significar la plenitud del reino espiritual que él posee. Maria debia con mucha mas razon de recibir los honores de la tiara, y con tanta mas justicia cuanto que veneramos en ella tres calidades principales en que se resumen todas sus grandezas, es á saber, *la excelencia, el poder y la bondad*. La excelencia consiste en una prerogativa tan sublime, que no puede concebirse sobre ella mas que la divinidad: esa inefable prerogativa es la maternidad divina. *El poder* de Maria procede de su excelencia misma y no tiene limites: ella reina despues de Dios y con Dios. *La bondad* es la pension de esa infinita supremacia: la madre de Dios es por adopción madre de los hombres y empuña en sus manos el cetro de la misericordia. Excelencia, poder y bondad se unen por una tripla alianza en la augusta frente de Maria: tal es la diadema con que quiso adornarla el devoto y erudito autor.

Mas como el esplendor de una corona está en las joyas que la forman, el P. Poiré se puso á buscar las piedras mas preciosas para hermosear sus tres diademas. El número necesario para cada una estaba determinado en la profecía del discípulo amado, el cual nos dice que la mujer misteriosa ceñia su cabeza con una corona de doce estrellas. Escogiendo pues los números tres y doce, que son sagrados,

compuso con maravilloso arte su obra entera, y vamos á ver que no le faltó materia.

Lo primero que habia que hacer era formar la corona de excelencia, es decir, medir la naturaleza y extension de la prerrogativa de madre de Dios, que es el fundamento de todas las grandezas de Maria. Era necesario hurtar, digámoslo así, al cielo la noción de estas doce primeras estrellas, cuyo brillo refleja en las que forman la segunda y tercera corona.

El autor señala por primera estrella la eterna predestinacion de Maria para madre del hijo de Dios encarnado. El pensamiento de un hombre Dios estuvo eternamente presente á la santísima Trinidad; mas el hombre Dios supone una madre en cuyas entrañas toma la naturaleza humana por obra del Espíritu Santo. La relacion del hijo á la madre es necesaria: la material divina pues, en cuanto concebida y preparada en el entendimiento de Dios, asocia Maria á los planes eternos por medio de una predestinacion que no tiene otra superior que la de Jesucristo, á la que está unida inseparablemente.

Pero antes de manifestarse al exterior esta predestinacion inesfable es anunciada y figurada por símbolos. Esta nueva relacion de Maria con Jesucristo, que debe ser su hijo en el tiempo como lo es del Padre en la eternidad, forma la segunda estrella. Las figuras sacadas de los objetos insensibles se eligen en número de seis; á saber, la zarza ardiendo, la vara de Aaron, el vellón de Gedeon, el arca de la alianza, el trono de Salomon y la nube de Elias. Igualmente se sacan de la Escritura doce símbolos vivientes, que son Eva, Sara, Rebeca, Maria (la hermana de Moises), Axa, Jael, Judith, Ester, Betsabée, Abigail, Marta y por último la contemplativa Maria, hermana de Lázaro como la anterior.

La madre de Dios predestinada y figurada fué al fin criada por la potencia divina en la plenitud de los tiempos.

Confiéresele magníficamente la calidad de hija del padre celestial, y esa es la tercera estrella. La creacion es una paternidad: ¿y sobre qué ser la ejerció con mas munificencia el padre de todas las cosas? La adopcion es una segunda paternidad: ¿y quién de nosotros ha sido adoptado mas estrechamente por el criador, que en cierto modo admite á Maria en su augusta potencia de filiacion?

El Espíritu Santo hizo á Maria su verdadera esposa, y la hizo divinamente fecunda en la Encarnacion. Para esa vocacion sublime la atavió con todas las riquezas de las virtudes y dones de su gracia, y difundiéndose en ella descubrió en un grado incommensurable los tesoros de perfeccion que habia preparado. Esta calidad de esposa del Espíritu Santo es la cuarta estrella.

La quinta resplandece en el conjunto de las perfecciones naturales que hacen de Maria la obra acabada del poder de Dios, la maravilla de la creacion: nobleza de origen, hermosura incomparable, inteligencia sublime, bondad que se derrama sobre todas las criaturas.

Pero los dones de la gracia, cuya reunion forma la sexta estrella, son mucho mas sublimes en Maria, y los de la naturaleza no forman sino una imagen imperfecta. Esta gracia difundida en ella con tanta abundancia desde el instante de su concepcion, se acrecienta en una progresion que el pensamiento del hombre no puede sondear, y vino á ser en Maria el principio de un mérito que sobrepuja el de todos los santos juntos.

La exención total del pecado nos descubre en la madre de Dios un grado de gloria que nosotros pecadores debemos de proclamar con santa envidia como la séptima estrella de la primera corona. Esta armonia perfecta con la santidad increada de Dios se manifiesta primeramente en la concepcion inmaculada de Maria, la cual no estuvo sujeta á la mancha del pecado original, y luego en la exención absoluta del pecado actual que nunca llegó á ella, ni alte-

ró en lo mínimo la santidad creada con que resplandee.

María es bendita entre todas las mujeres: esta es la octava estrella. Sobre ella no cayó la maldición de Eva: bendita en su fecundidad virginal, bendita por la aclamación de todos los seres que la celebran, llena todos los caracteres de bendición figurados en aquella tierra prometida que Dios amó, en el tabernáculo de la alianza en que descansó su majestad en el desierto.

La novena estrella nos muestra á María como reina y madre de las virtudes. Los siete dones del Espíritu Santo han fijado su morada en el santuario del corazón de esa señora, é igualmente residen allí los doce frutos de ese divino espíritu enumerados por el Apóstol. Las ocho bienaventuranzas pregonadas por la boca misma del Salvador se cumplen y son coronadas en ella con magnificencia.

Las maravillas de la gloria que resplandecen en María, son significadas por la décima estrella: la gloria de su muerte, que superó en suavidad y sosiego á la de los mas insignes amigos de Dios; la gloria de su ascension en cuerpo y alma, que trae á la memoria la ascension de su divino hijo; la gloria de su triunfo, que puso en conmoción á toda la corte celestial; la gloria de su cuerpo que ilumina al cielo con los rayos de su resplandor; la gloria de su alma, que sobrepaja en brillo y en perfecciones á todas las gerarquías angélicas; la gloria de su trono, que domina á todo cuanto no es Dios.

Segun la prediccion de la misma bendita Virgen todas las generaciones han de llamarla bienaventurada. La undécima estrella figura este unánime concierto, en el cual oímos sucesivamente á los gentiles, que vivieron en la expectacion del hijo de esta virgen, la cual debia de dar á luz al libertador universal; oímos á los judios, que esperaban habia de salir de su linaje; oímos á los musulmanes, que siempre la han venerado á pesar de las tinieblas de su infidelidad; oímos á los príncipes, que han tenido á honra poner sus coro-

nas á los piés de ella; oímos á las naciones cristianas de ambos mundos, todas las cuales han erigido algun santuario augusto, donde resplandecen las muestras de los prodigios obrados por esta señora; oímos á las órdenes religiosas, que colmadas de gracias y mercedes á porfia son otros tantos monumentos de las glorias de María y otras tantas trompetas que publican sus alabanzas.

Por último la duodécima estrella consiste en la reunion de todas las perfecciones distribuidas á los diversos órdenes de la creacion y acumuladas por la mano del mismo Dios en aquella, á quien escogió para madre de su hijo. El autor las resume así: la flor mas suave, la perla mas brillante, la piedra preciosa mas relumbrante, la luna, el sol, el jardin de delicias, el templo de Dios, el mundo de Dios, el trono de Dios, el carro de Dios, la corona gloriosa de todos los santos.

Pasando en seguida el P. Poiré á la segunda diadema, la del poder, en la cual brillan tambien doce estrellas maravillosas, halla la primera en aquel glorioso poder que tuvo María de atraer el Verbo divino á la tierra por el ansia de sus deseos mas vehementes que los de todos los patriarcas y profetas, por los celestiales atractivos de su suma santidad, por su humildad profunda y sin igual, por la conformidad con que accedió á la voluntad del Altísimo propuesta por el ángel, conformidad sin la cual no debia de obrarse el misterio de la encarnacion.

El poder de María se descubre tambien en que suministró de su purísima sangre y de una manera inefable la materia de aquella carne que habia de unirse al Verbo divino, y en que ejerció por su calidad de madre una autoridad real sobre el hijo de Dios encarnado; y esta es la segunda estrella.

La tercera expresa estotra forma de poder que María ejerció sobre el hijo de Dios y suyo criándole con sus castos pechos y dirigiendo sus primeros pasos.

Todos los misterios de la esposa de los Cantares se

cumplieron en María, esposa del Verbo divino, que se unió á las almas fieles; y esta gloriosa union de que participó mas que todas las otras juntas, la hizo participante del poder de aquel esposo celestial. Honramos en este misterio la cuarta estrella.

Su hijo es llamado el padre del siglo futuro, el reparador del linaje humano, María se nos presenta en la quinta estrella de su poder participando con él de esos títulos gloriosos. Ella ofreció en el Calvario la víctima que nos abría por su sangre las puertas del cielo; ella padeció con el Redentor y mezcló sus lágrimas con la sangre que corría de las llagas del hombre Dios. Si este por su muerte convirtió la bendición en maldición; es porque María fué sustituida antes á Eva.

El poder de María aparece en la sexta estrella en que el Verbo, que tomó para sí la calidad de cabeza de su iglesia, la instituyó reina de ella y puso en sus manos el poder de propagar la fé en el mundo, destruir las herejías, dirigir á los apóstoles, alentar á los mártires, ilustrar á los pontífices, inspirar á los doctores, santificar á los confesores, suscitar las vírgenes y velar con solicitud sobre los fieles que viven unidos con el vínculo conyugal.

Pero María no es solo la reina de la iglesia, sino también su poderosa protectora, y esta otra rama de su poder es figurada por la séptima estrella. Ella ama con un amor invencible á esa familia que forma el cuerpo de su hijo; por ella está mano inmortal desafia todas las borrascas; ella es la torre de David de donde cuelgan mil escudos y que protege para siempre la ciudad santa.

Y como la iglesia es también el ejército del Señor, María investida de una potestad de mando que se representa en la octava estrella, se adelanta y sale al encuentro de todos los enemigos que quieren detener la marcha de aquel ejército invencible. Estos enemigos se dividen en cuatro clases; los demonios, los mágicos, los herejes y los blasfemos. La his-

toria atestigua la cuádrupla victoria que María ha alcanzado de ellos.

La novena estrella de poder en la madre de Dios figura el rico tesoro de que es dispensadora. Este tesoro inagotable se compone de las gracias de su hijo, de cuya distribución está encargada pasando todas por sus manos para llegar á nosotros.

El hombre Dios es establecido por su padre sobre un tribunal, desde donde juzgará á los vivos y á los muertos. Al pié de este tribunal ejerce María el poder de abogada y medianera, simbolizado en la décima estrella; poder inmenso, porque estriba en los derechos de una madre para con su hijo y está reconocido por el ternísimo corazón de este hijo, que quisiera se salvaran todos los hombres.

Antes de la encarnacion del Verbo Satanás era el príncipe de este mundo, que se habia sometido á él por el pecado. El hijo de María le destruyó, y sentándose á la diestra del Padre vino á ser rey del mundo redimido. María es la reina y señora soberana de él, y toda la obra de Dios está sujeta á sus leyes: esta es la undécima estrella de poder.

La duodécima y última de esta segunda corona es la omnipotencia de María. Su hijo por su union con la persona del Verbo entró en posesion del poder divino: nada se resiste á él y su operacion no conoce limites. Quiso que su madre participara, en cuanto es posible á una simple criatura, de la fuerza irresistible que reside en él: ve ahí por qué resuena en todos los siglos la fama de los prodigios de todas clases obrados por María, y por qué todas las generaciones han esperado en ella con una esperanza nunca defraudada.

A su vez parece la corona de bondad relumbrante con sus doce piedras preciosas como las dos primeras, y el brillo de las estrellas que la componen, mas suave y apacible á los ojos de los hombres, recoge los corazones de ellos y los dispone para recibir las emociones de una confianza invencible.

El primer astro de estos representa la parte que María fué llamada á tomar en la predestinacion de los escogidos. Su hijo es el principio de esta merced suma: el Padre hace participante de ella á María de un modo inefable, salvando á todos aquellos en quienes ve con la semejanza de Jesucristo las señales de la adopcion materna de su muy amada hija.

María se llama la madre del amor hermoso, porque en su corazón habita la caridad divina como en un centro: ella desahoga en nosotros este amor y nos pare á la direccion por mil medios propios de su ternura; de suerte que si amamos á Dios, lo debemos despues del Espíritu Santo á los desvelos é influencia de la Señora. Esta prerogativa de bondad es figurada por la segunda estrella.

Nuestra poderosa reina tiene distinguidas mercedes para aquellos á quienes cabe la honra de acercarse mas á ella. Primeramente les proporciona el adelantar y medrar en la corte de su hijo: al lado de ella alcanzan un valimiento que todo lo consigue, y gusta de hacerlos partícipes de sus mas finas caricias. La historia de los santos abunda en monumentos de esta inefable amabilidad y cortesania, que se representa por la tercera estrella.

La cuarta significa las atenciones y esmeros de toda clase que María se digna de mostrar á aquellos que han hallado el fácil camino de su corazón maternal. Ella se deleita en disponerlos todo para llevarlos á la senda de su salvacion y perfeccion, como lo atestan los anales de la santidad en cada página.

¿Quién podrá decir hasta dónde llega la liberalidad de esta augusta soberana? En el orden de la naturaleza se le ha pedido la salud, el feliz éxito de las empresas, el aumento y madurez de la inteligencia, la conservacion de las familias proximas á extinguirse; y todo se ha obtenido. En el orden de la gracia las virtudes, para cuya adquisicion se habia trabajado sin fruto, descienden de suyo al alma que

se confia á María por la oracion y una entrega absoluta. Esta liberalidad tantas veces experimentada es la cuarta estrella.

El corazón de una princesa tan poderosa tiene á honra el mostrar una señalada gratitud para con aquellos que se glorian de ser súbditos suyos. ¡Cuántos beneficios no ha otorgado á las naciones que la servían como á su reima, mientras perseveraron fieles! ¡Cuánto no ha hecho por las ciudades que han solicitado su patrocinio y se han mostrado dignas de él por su celo en confesar tan afortunada dependencia! Y los emperadores y reyes, los capitanes y caudillos de ejércitos que han puesto sus estados ó sus tropas bajo la égida de la Señora, ¿han visto jamás frustrada su confianza? ¿No les ha devuelto siempre María con usura lo que ellos habian anticipado? Esta gratitud de su corazón tan fiel se cuenta por la sexta estrella de la corona de bondad.

La séptima la hallamos en ese precioso título de madre de misericordia que la iglesia aplica á María, y que esta amable reina se ha dignado de merecer por su consideracion hácia los pecadores. Seria inútil tratar de fijar límites á la misericordia de María: Dios extiende la suya sobre todas sus obras, y ha querido que la madre de su hijo le asistiese siempre en el ejercicio de esa divina prerogativa.

La octava estrella es la calidad de protectora que María ejerce con los suyos. Ella los defiende de los peligros del cuerpo y los libra de los del alma; desbarata las estratagemas de los espíritus de malicia; ahuyenta las tentaciones; y disipa las ilusiones que pudieran extraviar á sus siervos del camino de la salvacion.

La madre de Dios es para las almas de sus hijos una maestra que los instruye en toda la doctrina de su hijo. Ella los ejercita para que hagan todos los adelantamientos que desea Dios en sus escogidos: si yerran ó se descaminan, ella los corrige y los vuelve al camino. Este ministerio de solicitud está representado en la corona de bondad por la novena estrella.

El precioso título de consoladora de los afligidos resplandece en la décima. ¡Cuántas angustias ha calmado María! ¡Cuántos corazones oprimidos de dolor han recobrado por ella la tranquilidad y el consuelo! ¡Cuántos desesperados han dado cabida en su espíritu á la confianza, así que ella ha tenido por bien de lucir á manera de arco iris entre las borrascas de aquellas almas llagadas!

Maria refugio de pecadores: esta es la undécima estrella. En la antigua ley habia ciudades de refugio: los gentiles tenían sus asilos; pero todos esos eran unos débiles símbolos de la seguridad que el pecador encuentra en los brazos de María. Los rayos disparados por el Señor no pueden ya herirle, porque la madre de Dios toma su defensa y le sirve de escudo.

La duodécima y última estrella de la corona de bondad significa el ministerio de amor que María ejerce en favor de sus hijos en la hora postrera. Ella es su poderoso auxilio en aquel lance terrible. El miedo natural de la muerte se calma en el corazón del moribundo que siente cerca de sí á una madre tan compasiva. Ella vela también para alejar de sus favorecidos los peligros de la tremenda sorpresa que llamamos muerte repentina. Los asaltos que habia preparado el enemigo muy de antemano para aquel instante crítico, torcian en confusión suya. Cuando el alma sale del cuerpo, María la asiste ante el tribunal de su divino hijo, y si es enviada aquella pobre alma al lugar de la expiación, la madre de Jesús se digna de bajar allí muchas veces y de mitigar con su amable presencia los rigores del destierro.

Tal es en conjunto esta magnífica composición, en la que el autor cumple superabundantemente todo lo que promete. Los innumerables testimonios de los santos padres y doctores, una gran copia de hechos, todos á cual más interesantes, acotados con una piadosa complacencia para ilustrar la doctrina, un estilo sencillo y natural, pero ricamente adornado, un acento de piedad que entenece y roba los co-

razones, dan á la obra del P. Poiré un carácter de originalidad poco común. Es verdad que habiendo escrito el autor antes de los grandes adelantos de la crítica moderna dió demasiada autoridad á ciertos escritos que se atribuan á diversos padres de la iglesia, y que luego han resultado ser algo más modernos. Este inconveniente inevitable, que es común igualmente á los sabios Baronio y Belarmino, no puede perjudicar á *La triple corona de la bienaventurada virgen María*, así como no ha destruido el mérito, ni rebajado el valor de los *Anales eclesiásticos* y de las *Controversias*, obras de aquellos dos cardenales esclarecidos. En libros de tanta importancia son muchísimos y muy incontestables los testimonios, para que pierdan algo de su solidez porque resulten un poco más modernos ciertos textos que el autor alegaba como más antiguos. El libro no por eso deja de ser lo que es, un monumento de la más profunda erudición, así como un trofeo de la devoción más ardiente y tierna á María santísima.

El P. Poiré después de haber coronado con triple corona á la madre de Dios emplea lo restante de su obra en proponer á los fieles los deberes que los ligan con tan gran reina, y los homenajes que están obligados á tributarle. Esta parte enteramente práctica del libro es la consecuencia de lo que antecede y abunda en doctrina y unción no menos que la primera. La gratitud á María es la conclusión primordial que intima á sus lectores después de haberlos embalsamado y arrebatado con la descripción de las tres coronas de excelencia, poder y bondad, que adornan la frente de la madre de Dios.

De esta gratitud se derivan la profunda estimación que deben de hacer los fieles de las grandezas y prerogativas de María; la confianza que tanto poder y tanta bondad engendran en los corazones; el amor que les infunden tantas perfecciones y beneficios; el celo para ganarle corazones; las obras de misericordia que le hace tan gratas su amor á los

hombres; las acciones de gracias con que sus devotos desahogan el agradecimiento en que rebosan; las prácticas de su culto que bajo variadas y graciosas formas hacen el regocijo de la iglesia y la dicha de las almas piadosas; las obras de mortificación, ofrecidas á la justicia de Dios en honra de esta madre de misericordia y aceptadas por el con particular benevolencia; el ansia por imitar las virtudes de que María da ejemplo á los fieles de todas clases; el anhelo por alistarse en las hermandades y congregaciones erigidas para su servicio; y por último la solicitud en promover su gloria por todos los medios, porque la voluntad de Dios es que María sea alabada y ensalzada en el cielo y en la tierra por los siglos de los siglos.

Estas doce especies de homenajes, dictados por el reconocimiento á la madre de Dios, son la materia de otros tantos capítulos que el P. Poiré trata con gusto y adorna con todas las galas suministradas por la ciencia y la piedad, y se terminan en una consagración del autor y de la obra á la augusta reina, cuyas grandezas y suma misericordia ha celebrado con tanta efusión.

Un libro como este, publicado en una época en que el jansenismo no habia restringido la devoción, debia de ser recibido muy favorablemente; y así lo prueban las tres ediciones que de él se hicieron, no obstante que era tan voluminoso. Es bien sabido que despues de 1643, en cuyo año se hizo la última edición, mudó de carácter la literatura religiosa. El siglo que aprobaba la *Frecuente comunión* de Arnaldo y los *Ensayos* de Nicole, no podia tener mucha inclinación á aquellas obras dictadas por una fe ardiente y una piadosa ternura. Pronto cayeron en el olvido todos los libros anteriores á la irrupción del jansenismo: muchos perecieron y los demás quedaron sepultados entre el polvo de las bibliotecas. Sin embargo varias obras de estas eran dignas de mejor suerte, como puede juzgarse hoy despues de haberse reimpresso la *Teología afectiva* de Luis Bail y

las *Conferencias* teológicas del P. d'Argentan. La buena acogida que estos libros han tenido en los últimos años, muestra que nuestro siglo sabe apreciar mejor las producciones del ingenio católico que los dos precedentes.

Sin embargo antes de sumergirse *La triplice Corona de la bienaventurada virgen María* en este naufragio universal fué objeto de la particular atención de una ilustre hija de San Benito, sor María Jacoba Blouette de Blemur, religiosa primeramente del célebre monasterio de la Trinidad en Caen y luego del del Santísimo Sacramento en París. Esta piadosa y erudita monja intentó salvar del olvido el libro del P. Poiré dándole otra forma y aun otro título y retocando su estilo; mas no consiguió su loable objeto.

Al reimprimir nosotros la obra del P. Poiré en su antigua forma y con su mismo título hemos creído que no debíamos de privar á nuestros lectores de las importantes adiciones que compuso la madre María Jacoba de Blemur.

Ofrecemos pues este libro al clero con la confianza de que hallará en él poderosos auxilios para instruir mas y mas á los fieles sobre las ventajas de la devoción á María y para reunir los sentimientos de fe y de amor, que producirá siempre la contemplación de las perfecciones de la creadora del linaje humano. *Las glorias de María* y la paráfrasis de la *Solve* por San Alfonso de Liguorio han sido bien recibidas; pero no pueden de ningún modo compararse estos tiernos monumentos de la ciencia y la piedad del santo obispo con la *Suma mariana* que hoy sacamos nuevamente á luz. Las comunidades religiosas hallarán tambien en ella un alimento sólido y sustancial de esa piedad hácia María, que forma el bien comun de todos los institutos suscitados por Dios en la iglesia para la práctica de la perfección evangélica. Por último los simples fieles tendrán un tesoro riquísimo inagotable de luces y afectos, donde podrán ir á buscar nuevos motivos para darse al culto y á la imitación de la virgen santísima. Tal ha sido nuestro objeto.

Hemos sido escrupulosos en cuanto á la fidelidad de la reimpression, porque las obras de esta clase pueden analizarse y criticarse; pero si se quieren reimprimir, su misma originalidad impone respeto, y es menester guardarse de estampar en ellas el sello de los tiempos posteriores. Nosotros al paso que reconocemos las imperfecciones de este libro, confesamos ser incapaces de corregirle.

Séanos licito ahora decir dos palabras acerca de los sentimientos con que ofrecemos de nuevo á la madre de Dios la triple corona que el fervoroso jesuita le tejó hace mas de dos siglos. Estos sentimientos de ilimitada confianza en el poder y bondad de la madre de Dios y de los hombres son los que deseamos experimenten los católicos á cuyas manos llegare la presente obra.

Los tiempos en que vivimos, son graves para la suerte futura del mundo; las sociedades humanas desquiciadas en sus cimientos están llamando una mano poderosa que las sienta otra vez sobre ellos. El hombre, llámese como se quiera, es de aquí adelante impotente para salvar todo lo que está en peligro. Levantemos pues los ojos á lo alto é imploremos auxilio. El brazo de Dios no se ha abreviado: la obra de sanar á todas las naciones de la tierra es árdua y pide un gran esfuerzo; pero no es superior al poder de María.

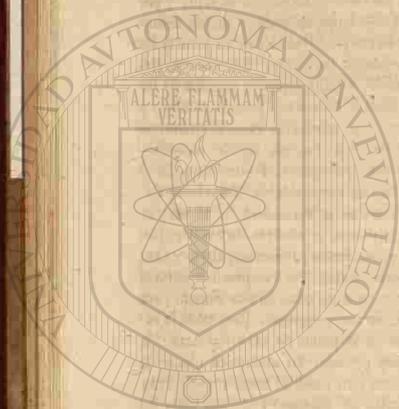
Si Dios salva al mundo (y le salvará); la salvacion vendrá por María. Por ella extripó el Señor las espinas del gentilismo; por ella triunfó sucesivamente de todas las herejías; y hoy porque el mal ha llegado al colmo, porque todas las verdades, todos los deberes y todos los derechos están amenazados de un naufragio universal, ¿es esa una razon para creer que no triunfarán otra vez Dios y su iglesia? Confesemos que hay materia para una importante y famosa victoria, y por eso nos parece que el Señor ha reservado á María todo el honor de ella. Dios no se arredra por las dificultades y obstáculos como los hombres.

Sin duda las convulsiones de la sociedad humana pueden ser largas y terribles en los dias en que vivimos; pero el Señor ha dado las naciones en herencia á su hijo, y por mas que hagan, no se sustraerán del poderío de ese dominador supremo y por siempre bendito. El en su justicia las castigará y en su misericordia las salvará. Cuando sean llegados los tiempos, María, estrella serena y pacífica de los mares, se levantará sobre el borrascoso piélago político, y con su benéfica influencia se amansarán las olas embravecidas. Entonces no habrá mas que una voz de reconocimiento, que suba hácia la que aparecerá otra vez como el signo de paz despues de este nuevo diluvio. María es la clave de lo futuro, así como es la reveladora de lo pasado.

Si los que no son cristianos, se admiran de nuestras palabras, y si nuestros pensamientos parecen singulares y exagerados á los que siendo cristianos no comprenden todavía que el hijo de Dios hace todas las cosas en este mundo para la gloria de su madre; no nos quejaremos. Pero tal es la esperanza que abrigamos en lo íntimo de nuestro corazon: la iglesia triunfará siempre de todos los obstáculos que se le ponen por delante: nunca será vencida; nunca prevalecerán contra ella las potestades del infierno. Triunfará hasta las puertas de la eternidad, y la razon de este triunfo consiste en que María es para siempre el auxilio de los cristianos, *auxilium christianorum*.

Fr. Próspero Gueranger,

ABAD DE SOLESMEY.



DIRECCIÓN GENERAL DE

DEDICATORIA DEL AUTOR

A LA MADRE DE DIOS.

PERDONA, te ruego, oh princesa de la tierra y del cielo, si he tenido la temeridad de tocar á tus excelencias para hacerte una corona de ellas. En efecto ¿quién soy yo para labrar unas piezas tan peregrinas como son tus régias grandezas? ¿Y qué otra cosa he hecho mas que sacar las estrellas del cielo para engastarlas en la tierra? He faltado, lo confieso; pero ¿no te ofenderás si digo que ha sido mas por afecto que de propósito y mas por respeto que por temeridad? Acaso me dirás que he tenido demasiada presuncion en mis fuerzas. Este cargo me seria insoportable, si por mí mismo me hubiera embarcado en tanta empresa; mas ¿cómo habia de negarme á las repetidísimas y empenadas instancias de tantas personas de honor? ¿No te acuerdas cuántas veces tus amados hijos los muy respetables hermanos de la congregacion erigida en la noble ciudad de Aviñon, una de las mas esclarecidas cofradías que hay en toda Francia, me alegraron que los discursos pronunciados por mí en su favor no eran ya míos, sino suyos, y que ellos cargarían con la confusion que yo tenia motivo de temer si los extendia por escrito? ¿No han llegado al extremo de una amistosa coaccion, y no han pre-

testado qué en el caso de hacerme el reacio no les faltaban medios para obligarme á condescender por fuerza con su equitativa pretension? Pero ¿por qué yo mal aconsejado me canso en buscar justificacion para contigo? No; consiento en ser culpable solamente por tener un nuevo motivo de ofrecerte en satisfaccion de la culpa cometida mi corazon, mi alma, mi vida y todo cuanto te pertenece ya por un millon de títulos, y á fin de poder decir á pesar de la muerte y del infierno que será todo de María en el tiempo y en la eternidad.

PLAN DEL AUTOR.

I. El Espíritu Santo le trazó en dos lugares de los libros sagrados. El primero está en el capítulo XII del Apocalipsis, donde se ve á una mujer rodeada de varios simbolos misteriosos y con una corona de doce estrellas en la cabeza, de la que salen tantas maravillas como rayos. Esta mujer es la verdadera figura de la madre de Dios, como declararon San Epifanio (1), San Ambrosio (2), San Agustin (5), San Metodio (4); San Bernardo (3), San Bernardino de Sena (6), San Antonino (7), Dionisio el Cartujo (8) y otros.

II. El segundo está en el capítulo XXV del Eclesiástico, donde después de publicar diversas grandezas de la Virgen santísima, como de aquella á quien la iglesia y los santos padres atribuyen por derecho de participacion

(1) Sermón de sancta Del-

(2) In cap. XII Apocal.

(3) Lib. 4 de symbol. ad ca-

(4) Apud Aretam in cap. XII

Apoc.

(5) Serm. in Signum na-

(6) Tom. 1, conc. 61, art. 2.

(7) Parte IV, tit. 15, c. 20.

(8) Lib. 3 de laudibus Vir-

gin., art. 29.

los privilegios de su muy amado hijo, que es la sabiduría increada y encarnada, la hace recopilar todas sus prerogativas, diciendo segun la version griega: *Con tres cosas me adornó y me levanté hermosa delante de Dios y de los hombres* (1).

III. En estos dos admirables pasajes me ha parecido que el Espíritu Santo me ofrecia el plan de esta obra. Pero para amplificarle mas es necesario que tome yo un magnífico discurso que hace el elocuente San Ambrosio en el libro de la Instrucción de las Virgenes (2), en donde explicando estas palabras del Cantar de los cantares: *Salid y ved, hijas de Sion, al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón* (3); dice que la Virgen coronó á su hijo, el rey de gloria, cuando le concibió, porque revistiéndole la túnica de nuestra humanidad, por el mismo medio le puso en la cabeza una corona de eterna benignidad, para que mediante la fe de las naciones fuese reconocido por cabeza de nuestro linaje. El abad Guerrico (4) dice lo mismo que San Ambrosio; pero ó yo me equivoqué, ó San Bernardo (5), maestro del mismo abad, pondera dignamente el bello pensamiento de aquellos dos grandes hombres, diciendo que el príncipe del cielo viéndose así coronado no quiso ser vencido en liberalidad, sino que al mismo tiempo puso en la adorable cabeza de su madre inmaculada una corona labrada por su propia mano y tan incomparable

(1) Eccl. XXV.

(2) Cap. 16.

(3) Cantic. III, 14.

(4) Serm. 4 de Assumpt.

(5) Serm. in *Signum magnum*.

en precio como peregrina en invencion. Yo haria escrupulo de omitir sus preciosas palabras: ve aquí pues las que dirige á la reina de los ángeles. • ¿Cuál habrá de ser tu mérito, oh gran señora, cuando contrajiste una union tan firme y una amistad tan estrecha con Dios? ¿Cuál es tu favor y tu ventura! Dios habita contigo y tú con él. Tú le cortas un vestido de tu propia carne, y él te reviste de la gloria de su majestad. Tú cubres el sol con una nube y te engalanas con el mismo sol. Y así como Dios obró una maravilla en la tierra haciendo que una mujer llevase en su seno á un hombre que juntamente fuese un sol, de la misma manera obró otra en el cielo haciendo que una mujer estuviese rodeada de Dios mismo, que excede en claridad á mil soles. Tú le coronaste y reciprocamente fuiste coronada por él. Levantás pues, hijas de Jerusalem, venid á saludar á vuestra reina y vedla coronada con la diadema que le puso su hijo sobre la cabeza por honor. Admirad esa rica corona y decidnos si esa régia cabeza no merece ser coronada de estrellas, supuesto que resplandee ella sola mas que todas las estrellas del firmamento, las cuales son mas honradas coronándola que ella recibiendo semejante corona. Mas ¿por qué no ha de ceñir la corona de estrellas, cuando el mismo sol le sirve de manto? ¿Oh qué de maravillas se encuentran en esa corona estrellada! ¿Quién será el que nos descubra alguna parte de ella? En mi pobre juicio esas doce estrellas nos representan bastante naturalmente doce grandezas ó prerogativas de la madre de Dios. •

IV. Todo esto y aun mas dice este excelente doctor francés, cuyo concepto viene tan adecuado á mi asunto,

que de ningún modo quiero apartarme de él. Bien es verdad que fundándome en la autoridad de la virgen madre, que nos ha dicho que su perfecta hermosura consiste en tres cosas, no presumo limitar mi discurso á un solo modo de privilegios, sino mostrar tres especies de grandezas que parecen en ella como otras tantas piezas de la incomparable hermosura que llama la atención de los ciudadanos del cielo y de la tierra.

V. Y para decirlo mas claramente, mi intento es presentarla en el teatro de honor con una triplice corona en la cabeza, que denotará tres especies de perfeccion que posee esta en sumo grado; es á saber, sus grandezas de excelencia, de poder y de bondad. La primera corona contendrá sus excelencias de naturaleza, de gracia y de gloria; la segunda representará su poder y sus influencias en todo el cuerpo místico de la iglesia; la tercera los raros efectos de su sin igual bondad. La corona de excelencia bien entendida se tejerá con las prerogativas que le convienen á ella privativamente á cualquier otra, sin decir de otra manera relacion á nosotros. La corona de poder será como una muestra de la autoridad que Dios le dió sobre toda la iglesia en general, y de las maravillas que obra para conservarla, y adelantarla. La corona de bondad mirará mas particularmente á los devotos de la Virgen santa, que teniendo mas parte que los otros en su buen afecto la tienen tambien mejor en sus mercedes y gracias.

VI. Cada corona de estas se compodrá de doce grandezas como de doce estrellas, que serán en todo doce grandezas de excelencia, doce de poder y doce de bondad. Me he fijado en este número con tanto mayor gus-

to, cuanto menos debía de apartarme de la figura elegida por mi y que el Espiritu Santo se complació en consagrar, si puede decirse así, como se ve claramente en los doce patriarcas antiguos, en las doce tribus, en los doce títulos ó altares erigidos por Moisés, en las doce piedras que se sacaron del fondo del Jordan por orden de Josué, en las doce piedras preciosas engastadas en el racional del sumo sacerdote, en los doce bueyes que sostenian el mar de bronce, y en la mayor parte de los utensilios del templo, en los doce leones que estaban á un lado del trono de Salomon, en los doce apóstoles, en los doce cestos de sobras que se recogieron después de alimentar Jesus al pueblo con cinco panes y dos peces, y mas particularmente aun en la santa ciudad de que habla S. Juan en su Apocalipsis, donde vió doce fundamentos, doce puertas, doce estadios cuadrados, doce piedras preciosas, doce frutos del árbol de vida y doce mil de cada tribu, que estaban señalados con la sangre del cordero. Estas doce grandezas distribuidas en otros tantos capitulos suministrarán ya doce á cada tratado, y añadiendo á esto el discurso fundamental que precederá á todo como una antorcha, y la conclusion que por via de resumen recopilará las obligaciones que tenemos de amar, honrar y servir á la madre de Dios por todas estas grandezas, resultará que cada tratado ha de componerse de catorce capitulos. Finalmente para promover en algun modo los loables sentimientos de aquellos que reconozcan estar sumamente obligados á la reina del cielo, he unido á los tres anteriores un tratado entero, que contiene la práctica de los reconocimientos debidos á tantas grandezas.

(xxxvi)

VII. Confieso que no he tenido valor de andar en busca de grandes adornos para engalanar esta obra, mucho mas cuando me persuado á que la simple manifestación de tantas grandezas ha de agradar mas al lector que todas las curiosidades con que pudieran hermosearse. Añádese que me fio tanto en el afecto que profesa á la madre de Dios, que creeria hacerle un agravio si le ofreciera otro cebo que su propia inclinación para hacerle tomar gusto á las alabanzas de la que domina en su corazón. La reina del cielo es demasiado amable por si para que queramos hacerla amar por artificio. Por tanto no habiendo en adelante nada que nos detenga, y teniendo la excelencia del asunto bastante virtud para conquistar los corazones y cautivar los entendimientos, entremos en el discurso de las grandezas de esta princesa incomparable.

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

I. No bien hubo nacido en la tierra, ó por mejor decir, no bien hubo bajado del cielo la majestad, madre de la excelencia, cuando al punto se vió cargada de coronas; en lo cual los que pensaron tributarle este honor, tuvieron tanta mas razon, quanto que las coronas no se inventaron sino para servir de insignias de excelencia y majestad. En efecto así que empezó á conversar entre los hombres y á ordenarlos á cierto género de vida social y comun, dió la corona á los que tenian mas mérito, haciéndolos llevar su librea y disfrutar sus favores. Los primeros á quienes hizo partícipes, fueron los reyes y principes, en cuyo semblante imprimió tales señales de majestad y excelencia, que los que las vieron, no pudieron menos de honrarlos y respetarlos. Estas coronas fueron al principio doce rayos de luz que al parecer salian de sus rostros, como se ve en los primeros reyes de Italia (1), para hacerlos mas venerables á sus súbditos, y dar á entender á estos que los que los gobernaban, traian su origen del cielo.

II. Corramos un velo á estas invenciones poéticas para

(1) Virg., de Latino.

(xxxvi)

VII. Confieso que no he tenido valor de andar en busca de grandes adornos para engalanar esta obra, mucho mas cuando me persuado á que la simple manifestación de tantas grandezas ha de agradar mas al lector que todas las curiosidades con que pudieran hermosearse. Añádese que me fio tanto en el afecto que profesa á la madre de Dios, que creeria hacerle un agravio si le ofreciera otro cebo que su propia inclinación para hacerle tomar gusto á las alabanzas de la que domina en su corazón. La reina del cielo es demasiado amable por si para que queramos hacerla amar por artificio. Por tanto no habiéndolo en adelante nada que nos detenga, y teniendo la excelencia del asunto bastante virtud para conquistar los corazones y cautivar los entendimientos, entremos en el discurso de las grandezas de esta princesa incomparable.

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

I. No bien hubo nacido en la tierra, ó por mejor decir, no bien hubo bajado del cielo la majestad, madre de la excelencia, cuando al punto se vió cargada de coronas; en lo cual los que pensaron tributarle este honor, tuvieron tanta mas razon, quanto que las coronas no se inventaron sino para servir de insignias de excelencia y majestad. En efecto así que empezó á conversar entre los hombres y á ordenarlos á cierto género de vida social y comun, dió la corona á los que tenian mas mérito, haciéndolos llevar su librea y disfrutar sus favores. Los primeros á quienes hizo partícipes, fueron los reyes y principes, en cuyo semblante imprimió tales señales de majestad y excelencia, que los que las vieron, no pudieron menos de honrarlos y respetarlos. Estas coronas fueron al principio doce rayos de luz que al parecer salian de sus rostros, como se ve en los primeros reyes de Italia (1), para hacerlos mas venerables á sus súbditos, y dar á entender á estos que los que los gobernaban, traian su origen del cielo.

II. Corramos un velo á estas invenciones poéticas para

(1) Virg., de Latino.

hacer ver la verdad. Es cosa cierta que solo Dios es la eterna majestad, la soberana excelencia y la fuente de toda excelencia y majestad, á quien originariamente corresponden todas las coronas de grandeza. En cuanto este monarca del universo resolvió enviar á la tierra la majestad y sabiduría increada, es decir, su único hijo, le coronó de gloria y honor, como enseña el real profeta, le puso sobre todas las obras de sus manos, y le dió la potestad de hacer llevar la corona á quien le pareciese bien, no solo aquí en la tierra, sino también en el cielo. A vuestro parecer ¿por quién debía de principiar sino por su madre, que le había coronado con la diadema de nuestra humanidad? ¿Y qué cabeza mas digna de sostener la corona podía encontrar entre las criaturas? Le ciñó pues antes que á ninguna otra una corona compuesta no de doce rayos de luz, sino de doce hermosas estrellas, cada una de las cuales difundía á su rededor mil rayos de luz. Yo podría decir que por ese número doce, que es un número de perfeccion segun S. Agustin (1), S. Gregorio (2) y otros, debemos de entender todas las perfecciones adecuadas á la calidad de madre, de hija y de esposa de Dios, con que honró á la Virgen santísima. Sin embargo quiero atenerme precisamente á este número, y entre todas las excelencias de Maria escoger doce principales, que me parece le dan mas esplendor y majestad. Estas serán doce muestras de grandeza, que le ensalzará sobre todas las simples criaturas y no convendrán á ninguna mas que á ella. El asunto abundará en majestad, y como espero, en suavidad y dulzura: permítaseme solamente que antes de entrar en él haga alguna breve aclaracion del glorioso título de madre de Dios en forma de discurso preliminar.

(1) Lib. 3 de Doctr. christ. (2) Lib. 10 Moral., c. 30. c. 35, et la psalm. XXXVI.

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO PRIMERO.

CAPITULO I.

DEL TÍTULO DE MADRE DE DIOS, VERDADERO ORIGEN DE TODAS LAS GRANDEZAS DE LA GLORIOSA VIRGEN MARIA.

Es muy verdadero este axioma del filósofo: que hablando con propiedad, cada cosa es lo mejor y mas perfecto que hay en ella. De ahí proviene que aunque un rey sea al mismo tiempo duque, marqués, conde y todo cuanto se quiera, le llamamos simplemente el rey; porque siendo esta calidad superior á las otras, las contiene todas en perfeccion y cubre el resplandor de ellas, ni mas ni menos que el sol el de las estrellas menores. Así sucede en la madre de Dios, á la cual desde que le damos este nombre, que es su título supereminente, hay que convenir en que los demás no solo deben de rendirle homenaje, sino que dependen de él como la luz del sol y el arroyo de la fuente. Este motivo me ha determinado á tratar ante todo del excelentísimo título de madre de Dios, y á poner al frente de todas sus grandezas la que es origen y medida de todas las demás.

§. I.—De la excelencia del título de madre de Dios.

I. Pero ¿piensas tú, entendimiento limitado, poder penetrar las excelencias que se encierran en este título esclarecido? ¿Crees tener las alas bastante fuertes para remontarte tan alto y los ojos bastante firmes para sufrir el resplandor de ese sol divino? ¿No sabes que esas gran-

dezas que vas escuchando, son mas altas que el cielo, mas profundas que los abismos, mas anchas que la region del aire y tan largas como la misma eternidad? ¿Preves tú la confusion que va inseparablemente unida á un designio tan temerario? ¿No temes que acercándote mas de lo conveniente á la majestad seas oprimido de su gloria? ¿No tienes miedo de perderte en ese Océano de maravillas y de ser sepultado en ese golfo de grandezas? ¿No consideras que los mas iluminados querubines y los mas abrasados serafines abaten sus alas en presencia de aquella de quien tú quieres hablar, y no se atreven á fijar la vista en su rostro? ¿Puedes ignorar cómo temblaban los ingenios mas aventajados y los mas esclarecidos varones, cuando quisieron probar sus fuerzas en este punto? El gran obispo de Neocesarea S. Gregorio Taumaturgo (1), con ser tan elocuente é iluminado de lo alto, no sabe encontrar palabras, y le parece que se embota su agudo entendimiento y que enmudece su elocuencia cuando trata de hablar de esto. El sapientísimo prelado de Salamina en Chipre San Epifanio (2) se dice infeliz y desgraciado por haber tenido la presuncion de mirar de hito en hito los brillantes rayos que despiende la reina del cielo de su majestuoso semblante: asegura que un pensamiento tan profundo y una contemplacion tan alta llenó de terror su alma, y que faltó poco para que su corazon se secara de espanto: sostiene que semejante empresa es superior á las fuerzas humanas y que no hay entendimiento, por mas perspicaz que sea, capaz de llevarla al cabo, ni lengua que pueda hablar de ella como conviene. S. Bernardo (3), aunque regalado y favorecido especialmente por la Virgen santa, protesta que nada le

(1) Serm. 2 in Annunt.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Serm. de sanctis, Delp.

asombra mas que el tratar de la madre de Dios, á causa de que siendo la creencia comun que sus grandezas son inexplicables, disgusta á aquellos delante de quienes se habla, que intente uno siquiera explicarlas. ¿No valdria pues mas abandonar un pensamiento tan temerario, posttrarse en tierra, admirar de lejos con Moisés la zarza que arde en las llamas de la divinidad sin consumirse, y adorar de lo intimo del corazon y con un casto silencio el santuario de Dios lleno de prodigios celestiales?

II. Confieso que me encuentro muy perplejo, y mas cuanto mas profundizo los sentimientos de los santos, que me manifiestan su desconfianza en punto á poder declarar la excelencia de un titulo tan incomparable. En efecto algunos de ellos como S. Anselmo (1) afirman que el pensar siquiera que la Virgen es madre de Dios es remontar el vuelo á toda la altura posible y tener la plática mas excelente en que pueda ocuparse el entendimiento despues de la majestad de Dios. Otros como S. Gregorio de Neocesarea (2), á quien ya hemos citado, dicen clara y resueltamente que esa sola palabra sobrepaja todas las alabanzas que pueden tributarse á la Señora.

III. Algunos hacen en esto, dice S. Bernartino de Sena (3), lo mismo proporcionalmente que hacemos cuando queremos discurrir de Dios, porque por no conocer su naturaleza simplicísima reunimos todas las perfecciones que se encuentran en las criaturas, y adornamos con ellas á la divinidad, añadiendo que tiene infinitas mas de las que concebimos. De la misma manera juntan todas las prendas raras y peregrinas que hallan esparcidas por acá y acullá, y dicen que la que las posee todas con perfeccion é in-

(1) De excellentia Virginis, c. 2.

(3) T. 3 Concionum serm. 4 de nomine Virg.

(2) Serm. 2 in Annunt.

comparablemente mas, es la madre de Dios. Otros hay como S. Juan Damasceno (1) y S. Ildefonso (2), que levantan mas el tono y ponen mas alto su punto de vista, porque para hacer ver hasta dónde llega la honra de ser madre de Dios por la generacion temporal, se proponen nada menos que la idea de la generacion eterna del Verbo, diciendo que así como el hijo de Dios emana del entendimiento fecundo del eterno Padre con comunicacion de su sustancia sin ninguna alteracion ó division, de la misma manera nació temporalmente de Maria su madre sin corrupcion ni alteracion de la integridad de esta. Otros como santo Tomás (3) van todavia mas allá y parece que discurren mas elevadamente; porque por entre esa luz inaccesible observan que la Virgen habiendo recibido la honra de ser madre de Dios está unida á un término de infinita perfeccion; que así es elevada en cierta manera al órden divino; y que por una consecuencia necesaria entra en posesion de una perfeccion infinita. Pero no esperemos que digan mas, porque al cabo es preciso detenerse ahí.

IV. Maria yó agravió á muchos eminentes personajes únicamente devotos de la reina del cielo, si pasara en silencio la bella invencion que su devocion les sugirió. En efecto como no hallaban camino para declarar la excelencia del titulo de madre de Dios, se desviaron á un lado y procuraron decir por medio de diversas figuras enigmáticas lo que pensaban. El arzobispo de Constantinopla Proclo en la admirable arenga que pronunció delante del concilio de Efeso el día de la Natividad del Salvador, habiendo manifestado no solo su dictámen particular, sino el sentimiento de toda la naturaleza, pinta así á la

(1) Oral. 1. de nat. B. Mariæ.

(2) Part. 4. q. 28. art. 6.

(3) De virginil. et parturitione Mariæ.

madre de Dios: «Este es el tesoro puro, el ornamento y honor de la virginidad, el paraíso espiritual del segundo Adam, el retrete del matrimonio divino que se celebró entre las dos naturalezas, la cámara de la reconciliacion general del mundo, el tálamo nupcial del Verbo eterno, la zarza ardiendo, pero no consumida por las llamas del celestial alumbramiento; la hermosa nube que llevó en su seno al que está sentado sobre los querubines; el vellucino empapado en el grato rocío del cielo, de que se hizo la túnica de nuestro divino pastor cuando vistió la librea de su ovaja perdida; la esclava y la señora, la virgen y la madre juntamente, el puente por donde bajó á la tierra el mismo Dios; la pieza de paño de que se trabajó la admirable vestidura de la union hipostática, cuyo artífice es el Espíritu Santo, la mano la virtud del Altísimo, la lana el despojo viejo de Adam, la trama la carne immaculada de la bienaventurada Virgen Maria, la lanzadera la incompreensible bondad de Dios que nos trajo la persona inefable del Verbo.» ¿Quién ha oído hablar jamás de semejante pieza? Antes que el Metodío (1), primeramente obispo de Olimpia en Licia y despues de Tiro en Fenicia y mártir glorioso de Jesucristo; saludó á Maria de esta manera: «Nobilísima y deseada señora, tú eres la antorchita de los fieles, la que encierras en tu seno al que lo contiene todo y no puede ser contenido; la raíz de la primera y mas bella flor del mundo, la madre del Criador de todas las cosas, el alimento del padre y proveedor del universo, la carroza animada del que sostiene todas las cosas; la puerta por donde vino Dios á la tierra;... el seno del que todo lo contiene en su seno; la vestidura sin mancha del que está rodeado de luz; el pabellon del Espíritu Santo, el horno que Dios omnipotente encendió con las llamas de su divino amor.»

(1) Oral. in hipurante.

V. Después de ellos S. Andrés de Jerusalen (1), arzobispo de Creta ó Candia, dirige á la Señora el apóstrofe siguiente: «Dios te guarde, templo del Salvador, trono de una vida incorruptible, carro del sol rutilante, tierra única á propósito para producir el trigo de que nos alimentamos; sagrada levadura que diste gusto á toda la descendencia de Adam y esponjaste la masa de que se hizo el verdadero pan de nuestras almas; arca honrosa donde descansó Dios y donde se santificó la misma gloria; cántaro de oro que contiene al que hace dulces y suave el maná y saca miel de la piedra en favor del pueblo desagradecido; espejo espiritual de la santa contemplacion, por quien los profetas inspirados de lo alto figuraron la venida de Dios á la tierra.» Aun dice mas en otro lugar; vé aqui sus palabras: «Santa señora, tú eres el arcano incomprendible de la divina economía, á quien los ángeles desean contemplar incesantemente; tú eres el aposento admirable de un Dios anonadado, la tierra deseada que le hiciste bajar del cielo y le diste entrada entre nosotros; tú eres el tesoro del misterio escondido antes de todos los siglos, el libro animado donde el Verbo del Padre eterno fue escrito por la pluma del Espíritu Santo; el instrumento auténtico de la concordia celebrada entre Dios y los hombres... el monte de Sion donde se huelga el Señor; la columna de vida que conduces no al pueblo cautivo por medio de una luz perecedera, sino que alumbras al verdadero israelita para llevarle al país de la conquista; la tierra virginal de que se formó el molde del segundo Adam. Eres agradable como Jerusalen, y el aroma que sale de tus vestidos, sobrepuja todas las delicias del monte Libano. Tú eres la caja del perfume celestial que no se evapora jamás; el óleo de la unción santa,

(1). Sern. de Assumpt.

la flor incorruptible, la púrpura tejida de lo alto, la real vestidura, la diadema imperial, el trono de Dios, la puerta del cielo, la reina del universo, la copa llena de la sabiduría divina, el retrete de la vida, la fuente perenne de las santas ilustraciones.» Y concluye así: «Me faltan las palabras, y mis pensamientos son muy lánguidos para seguir las ansias de mi alma.» No obstante al poco tiempo recobra ánimo y prosigue en estos términos: «¿Qué te diré yo, santísima Virgen, madre de Dios, única capaz de la sabiduría que subsiste en si misma y da vida á todo lo demás? ¡O santa Virgen, principio de nuestra vida y vida de los vivientes! ¡O vínculo que nos unes indisolublemente á Dios! ¡O reino asegurado por la fuerza de la gloria y del poder de aquel que está en tí! ¡O sagrado baluarte de los cristianos y asilo divino de todos los que se refugian á tí!»

VI. No se arroja menos S. Epifanio (1) que el santo obispo de Candia acabado de citar. «Yo te saludo, dice, honor de las virtudes, fanal donde se encierra la lámpara encendida con un fuego que no se apaga jamás y que es mas claro que el mismo sol; arca mistica de la gloria, vaso de oro que guardaste el maná llovido del cielo; fuente inagotable de dulzura, mar espiritual de donde se sacó la verdadera perla del mundo; cielo brillante que encierres á aquel á quien no puede contener el cielo; trono de Dios mas resplandeciente que el de los querubines, nube en figura de columna, que tienes en tí al mismo Dios que condujo antiguamente al pueblo por el desierto; reina de la gloria, cielo, templo y asiento de la divinidad.» Sofronio (2), íntimo amigo del gran padre S. Gerónimo,

(1). Orat. de S. Delpara. Paula y á su hija santa Eustoquio, aunque hace cerca de mil años que corre bajo el nombre de San Gerónimo, como consta por los

la llama con el esposo de los Cantares huerto cerrado (1), jardín de delicias, donde estan plantados todos los géneros de flores y aromas de las virtudes, y tan cerrado, que no puede ser profanado por fraude ó asechanzas de nadie; fuente sellada con el sello de la Trinidad, de donde mana la fuente de la vida y en cuya luz vemos toda luz.

VII. Otros como S. Pedro Crisólogo, arzobispo de Ravena (2), sostienen que está poco versado en el conocimiento de la grandeza de Dios el que no sabe contemplar con éxtasis la alteza de su santa madre. « ¿Qué es esto, Dios verdadero? dice el santo. El cielo teme; los ángeles tiemblan; todas las criaturas están suspensas; la naturaleza no sabe dónde está; y no obstante en medio de esa conmocion general una doncella sola permanece sin temor, y no sólo hospeda á Dios en su seno; sino que á mas con una resolucion sin igual le hace pagar la posada pidiéndole nada ménos que el otorgamiento de una paz universal, la gloria para los habitantes del cielo, la gracia para los pecadores de la tierra, la vida para los muertos, el parentesco de los hombres con los espíritus bienaventurados y la union de Dios con la carne. ¿Qué os parece de esta confianza? »

VIII. En medio de este emblesamiento de los santos hallo á algunos mas atónitos que los otros, porque se quedan como embobados y no saben hacer mas que clamar: ¡Maravilla! ¡Milagro! El gran patriarca de Antio-

discursos de S. Ildelonso sobre el mismo misterio y otros lugares; pero confesándose desde el principio poco versado en la lengua latina el autor de este eloquente sermón, no puede decirse que sea S. Gerónimo.

(1) Veré hortus deliciarum, in quo quiescit sunt universa flo-

rum generum et odoramenta virtutum; sicut conclusus, ut nesciat violari, neque circumspulsi insidiarum fraudibus; fons signatus sigillo totius Trinitatis, ex quo fons vitae manat, in cuius lumine omne videmus lumen.

(2) Sermo de Annuntiatione & conceptione, ubi dicitur in eo

quia S. Ignacio (1), le llama un prodigio celestial y un espectáculo sagrado; S. Juan Crisóstomo (2) un estupendo milagro; S. Bernardina (3) el milagro de los milagros; S. Juan Damasceno (4) un abismo de milagros. « ¡O milagros! ¡O prodigios! exclama S. Agustín (5): los derechos de la naturaleza son alterados: Dios nace en el hombre; la Virgen concibe por sola la palabra de Dios; se hace madre y persevera virgen; es madre; pero sin corrupcion; es virgen; pero tiene un hijo; conserva su integridad; pero no por eso deja de ser fecunda; y el único entre los hijos de los hombres, que nace sin pecado, viene al mundo no por la concupiscencia de la carne, sino por la obediencia del espíritu. » « Milagro, dice S. Juan Damasceno (6); pero el mas nuevo de todos: una mujer fué encubrada sobre los serafines á medida que Dios se abatía por bajo de los ángeles. » « O Virgen santísima, dice S. Epifanio (7), que paraste á todos los coros angélicos y los dejaste atónitos, porque á decir verdad es un prodigio enteramente extraordinario en el cielo una mujer que estrecha á la luz en sus brazos, un trono de querubines todo nuevo, el hijo de una mujer, que es el padre de su madre, de la misma manera que lo es de todos los siglos, el tálamo nupcial de la Virgen dispuesto para recibir al esposo celestial, que juntamente es su hijo y el hijo verdadero y único de Dios. » « Abrid los oídos, dice S. Anselmo (8), y preparaos á oír el gran caso que el Padre eterno hizo de la bienaventurada Virgen, y el amor inestimable que mostró hácia ella; porque ¿qué mas podía hacer á nuestro

(1) Epist. ad Joan.

(2) Sermo de beatá Virgine.

(3) Tomo I, conc. 64, art. 4.

(4) De imaginibus in hierosolymis.

(5) Orat. 4 de natiuitate B. Virgin.

(6) Sermo 11 de tempore.

(7) Orat. 4 de Natiuitate.

(8) Orat. de S. Deipara.

(9) De excellentiá Virginis, c. 3.

(10) Orat. 4 de natiuitate B. Virgin.

juicio? No tenia mas que un hijo, en todo y por todo igual á sí y de la misma sustancia. ¿Creeréis que el cariño le llevó al extremo de querer tener ese hijo comun con María, de suerte que fuese verdadero hijo de esta por naturaleza como lo es él?

IX. En una palabra y para dejar al devoto lector con gana de repasar otra vez estas mismas grandezas, hallo á algunos que discurren acerca de ellas proporcionalmente del mismo modo que hablamos de Dios, cuando decimos (1) que es mas alto que toda altura, mas profundo que toda profundidad, mas claro que toda luz, mas resplandeciente que todo resplandor, mas fuerte que toda fortaleza, mas animoso que todo ánimo, mas hermoso que toda hermosura, mas voraz que toda verdad, mas grande que toda grandeza, mas poderoso que todo poder, mas rico que toda riqueza, mas sabio que toda sabiduría, mas dulce que toda dulzura, mejor que toda bondad, mas justo que toda justicia: que es imposible de imaginar, inefable, inexplicable, inaccesible, incomprendible para nadie como no sea para él mismo (2). «¿Qué juzgais, dice S. Bernardo (3), que quiso significar el embajador del Altísimo cuando dijo á la Virgen: La virtud del Altísimo te hará sombra? Tal vez la que tuvo la dicha de experimentarlo y estar expuesta á los rayos de aquel sol divino, que la tenia á la sombra de su propia luz por una maravilla inaudita, pudiera declarárnoslo bien; pero fuera de la que mereció tener parte en el secreto de la santísima Trinidad, que obró este misterio en ella, no busquemos otra que pueda explicarle, porque no la encontraremos. Y aun parece al gran padre S. Agustín que es mucho decir que pueda decia-

(1) Tertul. sive Novatian., Trismegist. in Pimandro etc. presb. rom., lib. de Trinit. (3) Romi. 4 in *Mianse*.

(2) Damasc. l. 4 fidei, c. 8.

rarlo la misma princesa llamada al consejo, y que por tan buenas razones tuvo comunicacion de cuanto pasó en ella. «Yo no tendré reparo de decir (son sus palabras) que la misma que pudo encerrar en sus entrañas al Verbo divino, no puede decir, ni comprender plenamente todo lo que hay de este misterio (1).» Dejo á vuestra consideracion si el santo doctor, que tan celoso era de la honra de la madre de Dios, pretenderia rebajarla en nada: tan lejos de eso, que al contrario hablando en favor de la verdad creyó hablar en favor de la Virgen, cuyo mérito es tan relevante, que no puede comprenderle ella misma; ni mas ni menos que nosotros no creemos ofender á un hombre muy opulento, cuando decimos que tiene tantas riquezas, que él mismo no lo sabe. De esta manera la grandeza de Dios será inaccesible para todo entendimiento criado, y quedará la gloria para el Padre que tiene tal hija, para el Hijo que se preparó tal madre, y para el Espíritu Santo que de tal suerte enriqueció y engalanó á su esposa; verificándose lo que S. Bernardino (2) tomó del Eclesiástico para acomodarle á la Virgen: que solo el que la hizo, pudo comprender la alteza de su obra, y se reservó el perfecto conocimiento de ella. ¿Quién será ahora el que oyendo hablar en tales términos á esos varones esclarecidos no tema la indagacion de las grandezas de María? Por mi parte confieso francamente que desde luego desistiria de ello, si mi ánimo no fuera seguir las huellas de los santos padres que tan dignamente hablaron de esta materia, mas bien que dejarme llevar de mis invenciones. Pero bajo la conducta de tan prudentes y experimentados pilotos no creo que deba de temer arriesgarme en el vasto

(1) Tom. 9 operum supra *Magnificat*.

(2) Tom. 2, serm. 51, art. 2.

c. 4. Tanta fuit perfectio eius, ut soli Deo cognoscenda reservetur juxta illud Eccl. l.

Océano de las excelencias de la reina del cielo, especialmente confiando como confío que el Espíritu Santo, gran piloto de la iglesia, que los dirigió á ellos, gobernará mi entendimiento y mi pluma en esta navegación, y que la hermosa estrella del mar por quien trabajo, no me abandonará en esta empresa, acometida tan sólo por agradarla.

§. II. — Que el título de madre de Dios es el origen y la medida de todas las grandezas de la Virgen.

E. Es necesario confesar que el evangelista S. Mateo dijo una gran cosa de la Virgen santísima en estas palabras: *María, de quien nació Jesús*. Porque estas palabras son las que hasta ahora asombran á los hombres y los ángeles; dice S. Bernardo (1), hacen bajar los ojos á todos y son el origen y la medida de todas las perfecciones que se encuentran en la Virgen. El mismo Jesús, hijo de María, enseñó un día esta divina lección á santa Catalina de Génova (2), advirtiéndola de que cuando rezase el Ave María, tomara por guía la palabra Jesús que se encuentra en ella, como la que debía de sugerirle los sentimientos de honor, respeto y amor necesarios para hablar como conviene á tal señora. Santo Tomás (3) nota muy oportunamente que en esta ocasión los evangelistas, que supieron mejor que nadie las calidades de la santísima Virgen como secretarios de estado de su hijo, no le dan por lo comun otro título que el de madre de Jesús. «No ignoramos, dice S. Bernardino de Siena (4), que es una gran ventaja de nuestra buena madre ser señora de todo cuanto Dios crió; sin embargo la llá-

(1) Serm. in Signum matris.

(2) Cap. 6 de su vida.

(3) Part. 3, q. 28, art. 3.

(4) Tom. 1, serm. 82.

manos con mas gusto madre de Dios, porque esta calidad es la raíz y el origen de la otra. Lo que esta santa alega del título de señora del mundo, podemos ampliarlo á todas las demas excelencias, porque no hay ninguna que no traiga de ahí su origen; de modo que despues que la hemos considerado como un Océano inmenso de gracias, como una obra acabada de gloria, como la honra del cielo y de la tierra, el compendio de las obras de Dios, la morada escogida de la beatísima Trinidad, el principio de nuestra dicha, la puerta del cielo, la maravilla del mundo y todo lo que no puedo yo decir, ni pensar, siempre hay que volver ahí como al principio y confesar que todas esas excelencias dependen del título de madre de Dios.

Excelencia de Jesucristo.

II. ¿Quién pues será el que para hacernos comprender algo de las grandezas de María nos dé entrada en el santo de los santos, es decir, en el santuario del sagrado corazón de Jesús? ¿Quién nos declarará las maravillas del misterio, escondido abeterno en el mas oculto pensamiento del anciano de días y en el propio seno del Padre eterno para ser el objeto de la fe de los pueblos, el áncora de sus esperanzas, la causa de su salvacion y el cumplimiento de la gloria del Unigenito de Dios, lleno de gracia y de verdad, que fué mostrada al discipulo amado? ¿Quién nos explicará las palabras del hijo del trueno, que hasta ahora no ha entendido el mundo? ¿Quién nos dará leccion de ese Verbo que estaba en el principio en Dios y era Dios, por quien fueron hechas todas las cosas y sin el cual no se hizo nada? ¿Quién nos hará comprender que quiere decir un Dios que sostiene á un hombre; un hombre que subsiste en Dios; un hom-

bre que es Dios, y un Dios que es hombre; la obra singular que Dios hizo y la única que tiene perfecta relación con la excelencia de su artifice; esa obra que es el triunfo del amor, el tesoro de sabiduría y el milagro de poder; esa obra que es el medio del ser criado y del increado, donde Dios se enterró á sí mismo para formar parte de su obra y para ensalzaria sobre todas las obras de sus manos; la escala misteriosa que une á la tierra con el cielo y al cielo con la tierra? ¿Quién nos hará subir los escalones de las perfecciones incomprensibles, que se encuentran en una y otra naturaleza? ¿Quién nos hablará dignamente de la filiación divina de Jesus, de su supremo poder y de la eternidad de su imperio? ¿Quién nos dirá cómo conoceremos en él la majestad de la divina esencia, la distincion de sus personas y la profundidad de sus consejos? ¿Quién nos dirá cómo él es la sabiduría adorable, la palabra inefable, la imágen admirable del Padre eterno, su Verbo divino, por quien habla á sí mismo y á sus criaturas, y la idea de todas las cosas criadas; cómo emana de él sin dependencia ni indigencia; cómo tiene en sí la plenitud del ser increado; cómo es un principio con él y por él de una persona divina; cómo es la luz eterna de la luz eterna, luz en su esencia y en su persona procedente como la luz y el esplendor del Padre? ¿Quién nos dirá cómo segun su humanidad él es el principio y el ejemplar de la divinidad creada para hablar con Dios mismo, que nos hace la honra de llamarnos dioses ó hijos del Altísimo? ¿Quién nos dirá cómo en esta calidad recibió una nueva esencia en el seno de su madre por la operacion temporal del Espíritu Santo, á quien comunicaba como Dios en el seno de su Padre por una operacion eterna la esencia que es su principio? ¿Quién nos dirá cómo él solo entre todas las criaturas entra en el estado de la filiacion divina, no adoptiva, sino natural; cómo es santo por la

misma santidad que hace á Dios santo y el santo de los santos; cómo es el centro, el circulo y la circunferencia de todas las emanaciones de Dios fuera de sí y el trono de gloria y de grandeza donde la divinidad habita única y corporalmente, como dice el Apóstol? ¿Quién nos abrirá los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que están escondidos en el hombre, Dios? ¿Quién nos comunicará nuevas de esos trabajos divinizados y de esos prodigios humanizados, de esas acciones divinamente humanas y humanamente divinas que se encuentran en él solo? ¿Quién nos hará sondear los abismos de su gracia, de donde beben y beberán por siempre jamás los escogidos de Dios? ¿Quién nos individuará todos los efectos que ha producido en los santos en el cielo y en los justos y pecadores en la tierra? ¿Quién nos mostrará las maravillas de esta calidad, que no es otra que santidad en todos sus usos? ¿Quién nos hará ver al hermoso de los hermosos, al grande de los grandes, al bueno de los buenos, al esposo de las almas escogidas, al sumo pontífice de los hijos de la iglesia, al rey de la gloria y delicia del universo? A quien me participe estos arcanos, le prometo recíprocamente decirle maravillas inauditas de la madre de Dios, porque Maria no es otra que la digna madre de Jesus, así como Jesus es el hijo adorable de Maria. Pero mientras no sepamos mas de lo que se descubre con los ojos de la fe, no hay que extrañar si todo lo que se alega de este título incomparable, es menos que lo que deseáramos saber. En efecto, que queramos que no; por necesidad tenemos que rendirnos ante estas grandezas y reconocer humildemente que son cartas cerradas para nosotros. ¿A qué ángel dijo jamás Dios (son palabras de S. Pablo): Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado? Y yo me atrevo á decir despues de él: ¿A qué ángel dijo jamás el Salvador: Tú eres mi madre y hoy me has engendrado? El que no pueda responder á la

primera pregunta, se encontrará bien embarazado para dar solución á la segunda.

III. Con la misma medida de las grandezas y excelencias de Jesús debe de medirse todo lo que se dice de las grandezas y excelencias de María; porque si tiene fuerza para todos nosotros este argumento de S. Pablo: que el que nos dió su propio hijo, no tendrá nunca valor para negarnos ninguna cosa; mas la tiene sin comparación para María, á quien dió su hijo de una manera singularísima é incommunicable á nadie. Y si el Padre debe de mostrarse liberal con su hijo, no debe de serlo menos el Hijo con su madre. Esta es la regla de que se sirvió hace mas de mil y cuatrocientos años S. Hipólito, mártir y obispo de Porto cerca de Roma, diciendo (1) que el que nos mandó honrar padre y madre, para observar la ley que promulgó, no dejó de hacer lo que pudo razonablemente para colmar de honores á su madre. De esta regla se sirvió despues el devoto S. Bernardo en su carta á los canónigos de la iglesia de Leon (2), donde sostiene que es gran pogrueza de ánimo y no menos temeridad negar á la madre de Dios cualquiera prerogativa que se haya concedido á alguno de los santos. De esta regla se sirvió con énfasis inexplicable despues del uno y antes del otro el gran arzobispo de Creta (3), á quien oímos muchas veces de aqui adelante pronunciar discursos muy favorables á la madre de Dios, cuando dijo que si Dios hizo algo en esta señora que no podamos comprender nosotros, no debemos de maravillarnos, sino achacarlo al misterio incomprensible que se cumplió en ella y que sobrepaja infinitas veces infinitamente toda infinidad. De esta regla me serviré yo de aqui adelante

(1) Orat. de sanctificat.

(2) Epist. 174.

(3) Orat. 4 de dormit. B.

Virg.

en la investigacion de las excelencias y grandezas de la madre de Dios, y ella me hará acreder fácilmente á concederle todo lo que convenga á la majestad de este titulo y no repugne ni á la fe que profesamos, ni á la recta razon que debemos de tomar por guia. Finalmente suplico al devoto lector que por esta misma regla tenga á bien medir lo que se dirá de las prerogativas de la reina de los cielos, y no ser reactio en creerlo piadosamente, en especial cuando lo vea fundado en la autoridad de algun doctor fidedigno. No ignoro lo que dijo S. Bernardo (4); es á saber, que la madre de Dios no necesita ser honrada con titulos y alabanzas que no le pertenecen, en atencion á que tiene para suministrar suficientes y verdaderos materiales á los que intenten hacer su panegirico. Pero tambien sé que es propio de un corazon amante y devoto de la Señora regocijarse de todo el honor conveniente que se le tributa, como debe hacer un hijo bien nacido por el que se rinde á su madre. Con esta persuasion voy á dar principio á las grandezas de excelencia de la madre de Dios y con la esperanza de que el lector no las repasará jamás sin amar apasionadamente á la que tiene tantos atractivos para ser amada, ó sin redoblar su afecto hácia ella, si es que ya la ama.

(4) Epist. 174.

PRIMERA ESTRELLA

o grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO II.

QUE MARIA ES LA PRIMOGÉNITA DE LAS SIMPLES CRIATURAS POR EL DERECHO DE SU PREDERMINACION ETERNA.

Aunque poco antes hemos considerado el título de madre de Dios como el tronco ó la guía de un gran árbol, de donde nacen todas las ramas de las grandezas de la gloriosa Virgen; es necesario ir, mas allá y descubrir hasta la raíz, de donde provienen el tronco y las ramas, que es la predestinacion eterna de la misma Virgen, en razon de la cual la iglesia con S. Cipriano la llama yaso de eleccion, es decir, una criatura singularmente escogida por Dios para instrumento de las maravillas que debía de obrar así en la tierra como en el cielo.

S. I. — Que nuestro Señor Jesucristo fue el verdadero modelo por el cual fue trazada la Virgen santísima.

I. Para la ilustracion del derecho de primogenitura de la madre de Dios hay que presuponer primeramente que así como ella no subsiste en el designio de Dios y en el orden de las criaturas de otro modo que en calidad de madre de Dios, segun hará ver mas extensamente en el discurso fundamental del tratado segundo; asimismo la predestinacion de nuestro Señor Jesucristo, de que habla S. Pablo al principio de la epistola á los romanos, in-

cluye de tal suerte á la bienaventurada Virgen, que sin ella le es imposible surtir su efecto. Por manera que Jesus y Maria están inseparablemente unidos en punto de predestinacion, y así como Maria no es otra que virgen y madre de Dios en el proyecto inmutable de la eternidad, así Jesus no se halla en el sino como hijo del hombre, es decir, como hijo de la Virgen. Con efecto supuesto que el estado de la predestinacion del Salvador se nos manifiesta solo por los sagrados oráculos del Espíritu Santo, es preciso decir con S. Agustin (1) que el que niega que el hijo de Dios es predestinado, niega al mismo tiempo que es hijo del hombre, y por consiguiente el que dice con S. Pablo que es predestinado, tiene por necesidad que confesar que es hijo del hombre, es decir, hijo de Maria por la descendencia de Abraham y David, á quien se hizo la promesa del Mesías. La misma seguridad que tenemos de lo uno, tenemos de lo otro, por los mismos testigos, en los mismos lugares y por el mismo espíritu de verdad. El grave Tertuliano lo publicó antiguamente en estos términos (2): «A donde quiera que os volvais, es necesario que convengais en que el que es la semilla de David, tomó carne de Maria, y el que tomó carne de Maria, es de la semilla de David.» Lo mismo enseñan S. Justino mártir (3), S. Ambrosio (4), S. Epifanio (5), S. Gerónimo (6), S. Andrés de Jerusalem (7), el venerable Beata (8), S. Pedro Damiano (9) y generalmente todos los santos padres así griegos como latinos. Lo mismo cantan todos los profetas, y lo mismo significan

(1) Tract. 685 in Joan. (6) In cap. XI Isai.
 (2) De carne Christi, c. 22. (7) Sermo 3 de dormit. B.
 (3) Apolog. 2 pro christian. Virg. (8) Lib. 4, cap. 49 in Luc.
 (4) Lib. 2 de Spir. Sanct. (9) Sermo 3 de unitate
 c. 5.
 (5) Serin. de laudibus Vir- B. Virg.

can todas las antiguas figuras, como declararé mas á la larga en el capítulo siguiente.

II. En segundo lugar hay que presuponer que no solo está incluida la predestinacion de la Virgen santísima en la de su hijo, sino que esta es el modelo y patron de aquella. Para probar esta máxima sirve no solamente la autoridad de la santa iglesia y de varios doctores recomendables, que atribuyen á la madre las mismas palabras empleadas por el Espíritu Santo para representarnos la eleccion eterna del Hijo, como se verá dentro de poco, sino tambien la razon, la qual dicta que debia ella de asemejarse en cuanto es permitido á una simple criatura. Así lo piden las calidades de hija, madre y esposa de Dios, compañera y cooperadora del Salvador en la obra de nuestra redencion, gobernadora, medianera, abogada general y protectora de la iglesia, reina del universo, madre comun de todos los escogidos, y otras muchas que hará evidentes en los tratados sucesivos. Así lo requería el designio que Dios tenia de hacer dos obras acabadas de naturaleza, de gracia y de gloria. Pero suponiendo tal cosa, lo que mas influye en mi entendimiento para persuadirme esta verdad, es mi firme opinion (que dilucidaré al principio del tratado segundo) de que Maria no hubiera existido jamás si Dios no se hubiese hecho hombre, y por lo tanto que es una obra hecha expresamente para el Verbo encarnado y no para ningun otro fin que no esté subordinado á este. En efecto una vez admitida tal creencia, hay que decir consiguientemente que no sucede con Maria lo que con las otras criaturas de nuestra especie, cuya produccion fué concertada y determinada, á nuestro modo de concebir, antes que Dios previese ni la caída de Adam, ni el remedio que queria aplicar á ella, y que no dependen en su produccion de Dios hecho hombre en lo que toca á la naturaleza, aunque deban de reconocerse por principio de

la gracia y de la gloria. Pero no habiéndose resuelto la creacion de Maria hasta despues de determinada la redencion del mundo y solamente para que sirviese de madre, esposa y compañera al Redentor, es necesario decir no solo que ella le debe todo lo que es en los términos de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, sino que fué trazada sobre él como sobre el original con quien debe de tener la mas exacta semejanza que quepa en una simple criatura. Por esta causa la llama tantas veces en los Cantares su hermana, toda hermosa y perfecta, su amada esposa. Esa es la razon que le hace confesar que ella sola en el mundo le hirió el corazon y le trajo á la tierra. Por eso puso en ella tantas perfecciones y grandezas, que los cielos y la tierra se pasman. De esto mismo juzgaremos mucho mejor despues de haberla cotejado mas particularmente con su prototipo, segun procuraré hacer.

§. I. — Que nuestro Señor Jesucristo por su predestinacion eterna es el primogenito de todas las criaturas.

I. El apóstol S. Pablo lo dice en términos formales en el capítulo primero de su epístola á los colosenses: y aunque muchos doctores entienden estas palabras del Verbo eterno en cuanto Dios; no obstante nosotros, autorizados por todos los padres del concilio de Sardes (1), por S. Atanasio (2), S. Anselmo (3) y el que bajo el nombre de S. Gerónimo (4) escribió sobre este pasaje de S. Pablo, intentaremos interpretarle de Dios hecho hombre por la generacion temporal. El Salvador mismo se atribuye este título de honor en el capítulo VIII de los

(1) Epist. ad omnes fideles.
(2) Serm. 3 contra arianos.

(3) In hunc locum.
(4) Ibid. libro 1. cap. 14.

Proverbios, donde según la versión de los Setenta seguida generalmente por todos los antiguos padres se llama el principio de los caminos de Dios. Y de él lo entendieron S. Clemente papa (1), S. Gregorio Nacianceno (2), S. Atanasio (3), S. Basilio (4), S. Agustín (5), S. Cirilo (6), S. Jerónimo (7) y otros muchos doctores de los mas calificados (8), quienes de común consentimiento reconocieron que este elogio correspondía á la sabiduría encarnada. No quiero decir que se llame el primogénito de las criaturas ó lo que es lo mismo el principio de los caminos de Dios, porque haya sido el primero en el designio de Dios cuando resolvió criar el mundo, pues ya estoy empeñado á demostrar al principio del tratado siguiente que Dios no pensó en él sino despues de haber previsto la ruina general de nuestro linaje ocurrida por el pecado. Mucho menos quiero decir que le convenga este nombre por haber sido criado el primero entre los hombres según el orden del tiempo, porque me desmentirían las Escrituras del antiguo testamento, donde era prometido en medio de los años, es decir, despues de pasados muchos siglos, y el nuevo testamento me convencería de falsedad.

Primer título por el cual el Salvador es el primogénito de toda criatura.

III. Pero quiero decir en primer lugar que es llamado el primogénito de toda criatura y el principio de los caminos, es decir, de las obras ó de los designios de Dios,

(1) Lib. 5. Const. apost. c. 49.

(2) Orat. 4 de Theolog.

(3) Serm. 2, 3, 4 contra arianos.

(4) Lib. 4 contra Eunomium.

(5) Lib. 4 de Trinit., c. 42.

(6) Lib. 5. Thesauri, cap. 4.

(7) et 8.

(8) In cap. IV Mich., lib. 2.

(9) V. Ferdinand. de Salazar in eum locum Proverbiorum.

por cuanto es su obra acabada y la pieza mas peregrina, mas excelente y mas cumplida que ha salido de sus divinas manos. Así me lo persuade el texto tanto hebreo como griego de la Escritura en este lugar. Así Job (1) le llama Behemoth, principio de las obras de Dios, porque ya entienda por Behemoth elefante, como opinan algunos, ya le tome por la ballena, como quieren otros, ó verdaderamente el primer ángel, según la interpretación de S. Gregorio (2), quiere decir que el elefante excede en corpulencia á todos los animales terrestres y la ballena á los acuáticos y que Lucifer es la obra mas excelente de Dios en cuanto á la naturaleza. En este mismo sentido reconoce S. Ambrosio (3) al Salvador como el primogénito de las criaturas y el principio de las obras de Dios, porque es el mas noble y mas sublime de sus designios. Ve aquí lo que dice S. Anselmo de él (4): «Se llama el primogénito de toda criatura, porque así como el primogénito es el primero y el mas considerable entre varios hermanos, de la misma manera la humanidad del Salvador tiene el primer lugar en cuanto á la dignidad entre todas las obras de Dios, como que está destinada á sentarse en el trono de la gloria en medio de los principados.» S. Pablo dijo cuanto había que decir cuando manifestó que el Salvador tiene en sí la plenitud de la divinidad, porque á esta palabra todo lo que hay en el cielo y en la tierra y aun en los infernos, ha de doblar la rodilla. Este primogénito de toda criatura, dice el mismo apóstol (5), es el que se lleva la primacia en todo y por todo. Es el santo de los santos, dice S. Jerónimo (6) despues del real profeta (7),

(1) Cap. XI.

(2) Lib. 33 Moral, cap. 18.

(3) Lib. de Interpelat. Job.

(4) in I esp. ad coloss.

(5) Ad coloss. I.

(6) Epist. ad Simion et Pre-

teliam.

(7) Psalm. CXXXVII.

á quien Dios ha engrandecido sobre todas las cosas. Es el monte alto, dice el mismo (1), que se eleva en medio de otros infinitos; el monte donde David pone los ojos para pedir el auxilio de arriba. Es el mar de donde nacen todos los ríos, dice S. Bernardo (2), y la fuente de todos los bienes de que gozamos, de la limpieza del cuerpo y del alma, de la rectitud de la voluntad, del entendimiento, de la ciencia, de la elocuencia, de todo. Es el que Dios ungió, dice David (3), sobre todos los reyes, sobre todos los profetas y sobre todos los sacerdotes del mundo. Es el hermoso entre los hermosos: es la misma hermosura; es el objeto que embelesa al cielo y á la tierra. Acordamos á la casta esposa, y ella nos dirá maravillas. Parécete tan bello y perfecto, que le considero de piés á cabeza: dice que es el cedro entre los árboles del Líbano, el naranjo entre los frutales, el cervato entre los animales del campo, el lirio entre las flores, la uva de Chipre entre las frutas, el oro entre los metales, el sol entre los astros; en una palabra que es delatante y escogido entre millares. Habiéndole considerado un día S. Bernardo mas particularmente, no pudo contenerse y manifestó su alegría con estas dulces palabras (4): «Vereis en torno del amado millares de millares y millones de millones; pero al romate de la cuenta ninguno de ellos se acerca á sus perfecciones: no hay mas que un amado en el mundo, y es este primero que no tiene segundo, es el ténix, único en su especie. Porque si considerais todas las demás obras de Dios, ¡qué de estrellas vereis en el cielo, qué de plantas en la tierra, qué de aves en el aire, qué de peces en el agua, qué de animales en los bosques, qué millares de hom-

(1) Lib. 12 in Ezech. c. XIV.

(2) Serm. 43 in Cantib.

(3) Psalm. XLIV.

(4) Serm. 21 in Captiv.

bres, qué millares de ángeles! ¡Cuántos patriarcas, profetas, mártires, confesores y vírgenes! Mas en el orden de la union hipostática no hay sino un solo Jesucristo, único en el seno de su madre y único en el seno de su padre, el árgel del gran consejo, el profeta singular (1), el único dueño (2), el apóstol por excelencia (3), el mártir sin parangón (4), el cordero sin par (3), que es la guía de las vírgenes.

Segundo título por el cual el Salvador es el primogénito de toda criatura.

III. En segundo lugar se llama el primogénito de toda criatura, porque Dios las sujetó todas á él como al primogénito de la casa, á quien propiamente corresponde la herencia y el dominio sobre sus hermanos. Se llama el principio de los caminos y de las obras de Dios, porque todas dependen de él y terminan en él como en el punto que es juntamente el principio y el fin del círculo. San Hilario me sugiere este pensamiento hácia el fin del libro duodécimo de la Trinidad, donde dice que el Verbo encarnado se llama con justísima razon el principio de los caminos de Dios (es decir, el fin, pues así lo interpreta aquel gran padre), porque todos los pasos que Dios dió antes de la Encarnación, se dirigen singularmente á él; cuando salió al encuentro de Adam, cuando se presentó para castigarle y echarle del paraíso, cuando fué recibido por Abraham, cuando bajó para contemplar de cerca las iniquidades de las ciudades nefandas, cuando se dejó ver á Moisés en medio de la zarza ardiendo, cuando dió la ley en el monte Sinai, y

(1) Deuter. XXVIII.

(2) Mat. XXIII.

(3) Ad heb. III.

(4) I ad Timot. VI.

(5) Apoc. XIV.

así consecutivamente de lo demás, porque todas estas acciones de Dios tenían alguna significacion particular en el misterio escondido del Verbo encarnado. Reparad (esta bella comparación es de Teodoro) que todas las sendas van á dar al camino real, y juzgad por ahí que lo mismo ni más ni menos sucede con todas las profecias y figuras antiguas, que se terminan en Jesucristo (1). Por este motivo se llama alfa y omega, dice Tertuliano (2). Esa es la causa, nota el Crisóstomo (3), que hizo decir á san Pablo que Dios recapituló y compendió en él todas las cosas. Esa es la razón, dice S. Cipriano (4), por qué le llama Isaias la palabra abreviada que Dios habia prometido hacer en medio de la tierra (5). A vuestro parecer ¿no fué con este motivo el clamar en el árbol de la cruz: Todo está consumado? Precisamente como si hubiera querido decir: se acabaron todas las sombras pasadas y transitorias; el segundo Adam ha sido formado de la tierra virgen; están ajustadas las capitulaciones de su matrimonio con la iglesia; la muerte del inocente Abel está concluida; Noé nada ahora en las aguas del diluvio; Abraham ha extendido el brazo y levantado el cuchillo; Isaac está sobre la hoguera; Jacob va á pasar el Jordán; José es vendido á los infieles; la serpiente de Moisés ha sido levantada; Sanson es la bafa de sus enemigos; Gedeon va á romper el cántaro de su cuerpo; Job es entregado al poder de Satanás; Jonás es arrojado al mar; no falta ya mas que poner el sello á estas profecias y dar la última pincelada á estas pinturas por medio de mi muerte. Recibe, mi amada esposa, el espíritu que voy á entregar por darte la vida.

(1) Lib. de curandis græcorum affectionibus.

(2) Lib. de monomachia.

(3) Ad ephes. I.

(4) L. 2 contra judæos, art. 3.

(5) Cap. X.

Tercer título por el cual el Salvador es el primogénito de toda criatura.

IV. En tercer lugar es llamado el primogénito de toda criatura, porque las restauró todas restituyéndoles el lustre y honor que habían perdido, y porque fué hecho caudillo y rey de un nuevo pueblo adquirido con el precio de su sangre. Se llama el principio de los caminos ó de las obras de Dios, porque las restableció en su pristino esplendor y aun en mejor estado que estaban antes. Esa es la razón por qué los Setenta leen: El Señor me crió el principio de sus caminos para sus caminos; es decir, para la reparación de sus obras que habia arruinado el pecado, según lo explican S. Cirilo de Alejandria (1), S. Basilio (2), S. Ambrosio (3), S. Agustín (4), S. Fulgencio (5) y los demás padres. ¿No tiene razón S. Atanasio cuando dice que es lo mismo que si habiendo caído prisioneros por su culpa los siervos de un príncipe, el hijo de este, enviado por su propio padre para rescatarlos del poder de sus enemigos, tomase en el camino el traje de esclavo, y preguntado acerca de la causa de tal mudanza respondiese que su padre le habia disfrazado así para su servicio y para el rescate de sus siervos? ¿No columbrais ya al padre del siglo futuro, de quien habla Isaias (6)? ¿No veis cómo Zaram antes de salir del vientre de su madre (7) saca el brazo fuera para manifestar, como dice S. Agustín (8), que el Salvador, aunque cabeza y reparador de los hombres, no vendría al mundo sino despues de una buena parte de sus miembros, quienes con todo no dejarían de recibir la vida y

(1) Loco citato.

(2) Loco citato.

(3) Lib. 1 de fide, c. 7.

(4) Lib. 1 de Trinit., c. 12. dibus.

(5) Adversus object. arian.

(6) Cap. IX.

(7) Genes. XXXVIII.

(8) Lib. de catechizandis rudi-

el movimiento de él? ¿Veis cómo Jacob después de haber arrebatado á su hermano Esaú el derecho de primogenitura y después de haber padecido en Mesopotamia todo lo que un hombre de su condición puede padecer, vuelve á su casa en medio de dos cuadrillas que capitaneaba? Pues es para mostrar, dice el mismo santo doctor (1), que no solo es el primogénito y la cabeza de los que le han precedido, sino también de las legiones angélicas, á fin de que no haya mas que un solo rey y una sola cabeza en este gran reino del universo. ¿No reconocéis á ese valiente Eliacim, hijo de Elcias, promovido en Isaías (2), á quien llama Dios su siervo por excelencia, y á quien ha vestido la santa túnica, á quien ha ceñido el talabarte de guerra, á quien hace llevar sobre sus espaldas la flave de la casa de David, á quien da la facultad de abrir sin que nadie pueda cerrar, y de cerrar sin que nadie pueda abrir, á quien colma de honor y gloria cargándole como el trono de un sagrado trofeo con todos los despojos de los enemigos sojuzgados por él, ó como un astillero de arsenal con las armas y muebles de la casa real? ¿No contempláis de lejos al vencedor del Apocalipsis (3) coronado antes de pelear, que se adelanta cuanto puede en el blanco corcel de su humanidad para sojuzgar á los rebeldes y restituir á los suyos la libertad? Ea pues, salgan todos á recibirle y canten con David (4): *Al vencedor en favor de los que mudarán de condición y serán sacados de la esclavitud.* Entonen todos con S. Gregorio Nacianceno (5) cánticos de alabanza al rey de la gloria, que con la punta de su espada conquistó el imperio del universo, reunió en sí todas las cosas y las repuso todas en su lugar, porque es rey de la gloria y digno de todo honor.

(1) Ser. 3 in psalm. XXXVI.

(4) Salmo XLIV.

(2) Cap. XXII.

(5) Orat. de Ascensione Domini.

(3) Cap. VI.

(5)

§. III.—Semejanza de la Virgen santísima con nuestro Señor Jesucristo, por donde se manifiesta cómo aquella es la primogénita de los simples criaturas.

I. No, no es propio de la naturaleza, ni del arte, ni aun de la gracia, según su modo ordinario de obrar, el hacer del primer golpe una obra acabada: es necesario que se ensayen antes en alguna obra de menos importancia. Los árboles antes de producir frutos, que son su obra superior, hacen su aprendizaje echando flores, abriéndolas y cuajándolas. El aire antes de formar el cristal de roca se ejercita en formar el yelo. La tierra no da los diamantes, rubies y zafiros sin haberse empleado antes en hacer diamantes de Alençon y piedras preciosas de Alemania. El sol hace el alba antes del día claro. El mismo Dios no formó del primer golpe el mundo tal como está, sino que se contentó con echar al principio una masa informe; perfeccionándola según la idea que tenía. Antes de darnos la ley de gracia abolió la ley de Moisés como una pieza que no le cuadraba. Esto me hace esperar que nadie tendrá motivo de ofenderse si digo que para hacer la obra capital, que arrojara á los espíritus criados mientras haya un Dios y una eternidad para contemplarle, y que no es otra que nuestro Señor Jesucristo, después de muchos y diversos dibujos y modelos de antiguas figuras hizo un primer ensayo de maestro conforme á la idea que tenía de un hombre Dios, que fue la madre de este mismo Dios encarnado, semejante á su diseño cuanto puede serlo una simple criatura.

II. Un excelente ingenio de la antigüedad (1) dijo, á mi ver con mucho acierto, hablando de la flor que llamamos campanilla, que fué un ensayo de la naturaleza cuando empezó á hacer el patron de la azucena. En efecto

(1) P. B. H. 24, c. 6.

si le hubiera atado á aquella los filamentos ó botones de oro que nacen de en medio de la azucena, la hubiera dado mas firmeza y la hubiera hecho mas abierta, podria pasar por una azucena. ¿Me atreveré yo á decir á imitación de aquel docto escritor que la Virgen santísima no es otra cosa que un ensayo de Dios, cuando con la naturaleza empezó á querer hacer un hombre Dios? Mas ¿por qué no he de atreverme, supuesto que hay tantas semejanzas del uno con el otro? Protesto delante del cielo y de la tierra que de ningún modo intento apartarme del respeto que debo á la majestad del Verbo encarnado; y que en esto como en todo lo demás no quiero sentir sino como siente la iglesia católica. Atestiguo con su bondad que mi intento no es abatir su grandeza para ensalzar la de su madre, en la cual no reconozco ninguna especie de divinidad subsistente, y por consiguiente la veo inferior á él hasta el infinito. Sé muy bien que nunca me miraria ella con buenos ojos, si yo intentase realzarla en perjuicio del rey de la gloria, su veneradísimo hijo, junto al cual se tiene por un átomo pequeño y la imagen de una nada. Mi intento es únicamente mostrar que salvo en todo la desproporcion causada por la persona divina del Salvador y lo que le conviene después de esta union personal, que pone siempre una distancia infinita entre él y todo lo demás, la santísima Virgen se aproxima á sus grandezas cuanto es posible á una simple criatura, y que fué trazada sobre el como sobre un patron y una segunda idea al mismo diseño que Dios hizo abeterno. De ningún modo puedo hacerlo ver mejor que presentando el paralelo de su predestinacion con la de su hijo y mostrando exactamente cómo el derecho de primogenitura que ella tiene sobre todas las criaturas, no es otro que una participacion y una imitacion del de su hijo. Haciendo esto creo sin duda realzar la majestad de aquel de quien es la primera obra capital; creo servir al prin-

cipe de quien ella es madre, y al Espíritu Santo de quien es esposa; y finalmente respondo de tener de mi parte la voz de la autoridad de la iglesia, la cual sin dificultad apropia á la Virgen las palabras de Salomon alegadas mas arriba (1) para la predestinacion eterna de su amadísimo hijo el rey de la gloria.

Primer título por el cual la Virgen santísima es la primogénita de las simples criaturas.

III. Digo pues que ella es la primogénita de las simples criaturas por los mismos titulos que nos obligan á reconocer al Salvador por el primogénito de toda criatura, empleados proporcionalmente y con la desigualdad y dependencia que se presupone siempre entre los dos; es decir, que lleva este título en primer lugar porque las aventaja á todas en dignidad, excelencia y perfeccion. S. Bernardo después de haber considerado al hijo, segun decia yo poco há, se pone á contemplar á la madre y le dice enajenado de júbilo y de contento: «Santa señora, tú eres escogida como el sol; no hablo del sol material que nos alumbra, sino de aquel que le hizo y le crió. El es escogido entre millares de hombres, y tú entre millares de mujeres. El es escogido entre todo lo criado, y tú entre todo lo que él ha criado.» Por eso decia san Buenaventura (2) que aun cuando todos los santos llegasen á crecer cuanto es posible, cada uno en su clase y orden, no igualarian jamás las perfecciones de la madre de Dios. La razon es porque la santidad, las gracias y las grandezas se distribuyeron de tal manera entre los santos, que cada uno de ellos llevó su parte, quién mas, quién menos; pero por lo que toca á la suerte de la Vir-

(1) Dominus creavit me initium viarum suarum.

(2) To 4 dist. 44.

gen, es cosa aparte, porque no entra á la particion con nadie, sino que entra con su hijo y mediante su hijo en la plenitud de la santidad, de las gracias y de las grandezas de Dios. Esto me da luz para entender un dicho de S. Agustín (1), el cual la llama con admirable énfasis la obra de un designio eterno, queriendo decir á mi ver que si Dios hubiese habido menester de tiempo como nosotros para formar en su entendimiento la idea de una criatura tan noble y perfecta, no habria necesitado menos que una eternidad.

Segundo título por el cual la Virgen santísima es la primogénita de las simples criaturas.

IV. En segundo lugar puede ser llamada la primogénita de las simples criaturas, porque es con su hijo como el centro de ellas, y porque todas ellas la miran como á su blanco y su tipo. Oigamos á S. Andrés de Creta (2), y observemos cómo hablan de esta señora los mas insignes santos. «Yo no la considero, dice, de otra suerte que como la declaracion de los abismos de la incomprendibilidad divina y como el objeto que Dios se propuso antes de todos los siglos. Quiere decir que siendo Dios un abismo de grandezas enteramente incomprendible á nuestro rudo entendimiento, hizo una criatura en la cual pudiésemos contemplar todas sus perfecciones mejor proporcionadas á nuestra flaqueza. Y con este motivo la tuvo desde el principio delante de los ojos juntamente con su hijo encarnado, como el fin y objeto de sus obras y el cumplimiento de las profecías y figuras antiguas. No me creais á mí, añade S. Bernardo (3); mas creed las santas escrituras; tomáos el

(1) Sermo de Annunt.

(2) Orat. de dormit. B. Virg.

(3) Sermo I in Salve.

trabajo de hojarlas y ved si no es cierto que así como hablan de María desde el principio hasta el fin, de la misma manera se compusieron para darla á conocer. En efecto el que quiera tener el gusto de seguir el consejo de este gran santo y registrar las sagradas páginas, hallará que si fué formado el nuevo y celestial Adam, es de la tierra virgen, que no es otra que María; si es aposentado en el paraíso terrenal, este paraíso es la misma Virgen; que la esposa que se le da, es María, la cual lleva con justo título el nombre de madre de los vivientes, de que habia abusado la antigua Eva haciéndose la madre de los moribundos; si el justo Noé es llevado de las olas impetuosas de los trabajos y tormentos, es con el arca, es decir, con su bienaventurada madre, que le sirve de fiel compañera; si el inocente Isaac carga con la leña del sacrificio y va resueltamente á morir, su buena madre Sara consiente en todos los decretos de Dios; si Jacob pasó el Jordan, no está lejos su hermosa Raquel. En una palabra es necesario concluir con S. Andrés de Jerusalén (1) que ella es el tabernáculo misterioso cuyo diseño fué dado por Dios, donde se cumplieron las antiguas y fueron arrojados al fuego los caracteres figurativos á la llegada de la verdad; que ella es el verdadero propiciatorio, al que miran sin apartar jamás la vista los dos querubines, símbolos de los dos testamentos; que ella es la expectación de todos los siglos pasados; la descada de las naciones, el deseo de los collados eternos, el cumplimiento de las promesas hechas á los patriarcas y de los designios inmutables de Dios.

Tercer título por el cual la Virgen santísima es la primogénita de las simples criaturas.

V. En tercer lugar ella es la primogénita de las sim-

(1) Orat. I de dormit. B. V.

ples criaturas por el derecho de su predestinacion eterna, porque desde luego la miró Dios como á la reparadora de todas ellas y por consiguiente como la gloria y honor de todas. En este sentido puede decir Maria que Dios la crió el principio de sus caminos para sus caminos. En este sentido puede decir que fué preparada abeterno (1), ó segun el texto originario, que fué enarbolada sobre la torre de este mundo como una bandera (2) que denota la victoria ganada á Satanás y la fortaleza conquistada del enemigo. Si oímos á S. Juan Damasceno y S. Anselmo; ellos nos contarán brevemente cómo pasó todo, mientras se dice con mas extension. Dios habia hecho al hombre, dice S. Juan Damasceno (3), como mestizo entre las criaturas puramente intelectuales y las que son del todo materiales, para que fuese como el lazo y el vinculo de la buena inteligencia que debia de reinar entre ellas. Mas al contrario, él por su culpa las puso en desavenencia y en un desórden lamentable, desórden que se enmendó al cabo por la mediacion de Maria, en cuyo vientre fueron reunidas las dos por él que las habia hecho en un principio, y allí se concluyeron sus diferencias y se ajustó y firmó de ambas partes el tratado de paz. S. Anselmo hace la misma narracion en estos bellos términos (4): «Las criaturas inferiores al hombre no le deben obediencia sino en cuanto él guarda la sumision y subordinacion que debe á Dios, porque á medida que rompió sus vinculos, se desmandan ellas tambien y no quieren ya reconocerle. De esta manera al pecado del primer hombre habia seguido una rebelion y levantamiento general de todas las criaturas, resueltas á sacudir el yugo del respeto que le debian, y á rebelarse contra él. Ya el sol indignado de servir á un rebelde hacia ánimo de retirar su luz, los as-

(1) Proverb. VIII.

(2) Ab eterno vestitula sum.

(3) Orat. 4 de nat. B. Virg.

(4) De excellentia Virg.

tros sus influencias, el fuego su calor; el aire pensaba sofocarle mas bien que refrescarlo, y así de todas las piezas constitutivas del universo, que propendian á un motin general, si el autor de la naturaleza y su santa madre no hubiesen puesto paz y restaurado por este medio al hombre en su estado y honor. Ve aquí otra manera como lo cuenta el mismo santo (1): «Habiendo Dios amado al hombre desde el principio, deseó tambien ser amado y reconocido de él. La razon lo exigia así, especialmente considerando que de ahí dependia todo el bien y la dicha del hombre. Pues para que este fuese suavemente atraído al conocimiento y amor de su sumo bien, que no queria aun mostrársele á cara descubierta, tenia delante de sí una infinidad de criaturas, todas las cuales debian de servirle de espejos y escalas para descubrir las perfecciones de su bienhechor y subir á amarle. El desdichado por el contrario, faltar de seso y de conducta, en vez de seguir su camino y subir á su Criador se detuvo con las criaturas, poniendo en ellas su contento y felicidad, y por este medio rebajándose él de una manera singular y degradándolas al paso á ellas de su nobleza, que consistia en que como imágenes y representaciones de su autor le llevasen y encaminasen en derechura á este. Así todo estaba en desórden y confusion hasta que apareciendo la Virgen como un astro favorable, el hombre que se habia descarriado tan vergonzosamente, fué restituído al camino del conocimiento y amor de Dios, y por el mismo medio las criaturas, á quienes él habia envilecido y deshonrado, fueron repuestas en sus primeros cargos y restauradas á su pristino esplendor. ¿Quién negará de aquí adelante que deben homenaje á la Señora y que estan obligadas á reconocerla por su primigenita, supuesto que por ella les ha venido la dicha de ser res-

(1) Cap. XII.

tablecidas en su primer estado y recibir así un nuevo nacimiento?»

VI. Bien conozco que estas consideraciones merecían declararse más ampliamente; sin embargo me excuso de hacerlo aquí con tanto más motivo, cuanto que tendrán más oportuna cabida en otro lugar de esta obra. Con efecto por lo que toca á las excelencias y grandezas de la Virgen, que forman el primer título de su derecho de primogenitura, no se hablará de otro asunto en los tres tratados primeros. Respecto del segundo título, que la representa como el centro y el blanco de las obras de Dios, emplearé todo el capítulo siguiente fuera de otras diversas ocasiones que ocurran. Al tercero, que la muestra en calidad de reparadora de las obras de Dios, le reservo su lugar en el tratado segundo. Ahora pasemos adelante.

SEGUNDA ESTRELLA,

ó **grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.**

CAPITULO III.

QUE DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO FUE ANUNCIADA POR LOS PROFETAS Y REPRESENTADA POR LAS FIGURAS ANTIGUAS.

Si en el capítulo anterior hice ver á la Virgen santísima como un ensayo de Dios: fué solamente en comparación del Salvador, la primera pieza maestra del mundo, porque en cuanto á lo demás no se puede negar que ella es la segunda obra de primer orden de aquel gran maestro, que antes de darla á luz se ensayó de mil maneras, como se verá en el discurso siguiente.

3. 1.—Que era propio de la grandeza y excelencia de la madre de Dios el que fuese anunciada y ligada mucho tiempo antes de su venida al mundo.

Todo lo que es excelente, requiere tiempo y estudio.

I. Lo repito, todo lo que es excelente, pide tiempo, estudio y ensayo: lo que importa poco, se hace corriendo y al primer antojo del artífice. La tierra produce ciertas flores que no duran más que un día: así las hace jugando: ellas brotan, echan los capullos y se abren en una noche. Al contrario los árboles que deben de resistir á los vientos y las heladas, crecen y medran lentamente y echan hondas raíces en la tierra. Los animales imperfectos se forman con un solo encuentro fortuito de los elementos alterados: los otros, cuanto más perfectos son, más tiempo y disposiciones exigen. Lo que se hace por antojo, sigue la impetuosidad del ánimo: lo que se trabaja para la eternidad, se prueba y examina muchas veces antes que agrade de todo punto. Bien sé que Dios no necesita tiempo, ni aprendizaje; pero nos importa que gobierne con tiento nuestros rudos entendimientos, y que acomodándose á ellos les presente las cosas pieza por pieza, se las muestre en diseño antes de darlas por acabadas, y con piezas materiales y visibles los haga comprender las espirituales é invisibles. Agrégase que á la excelencia de las cosas singulares es debido que se prometan mucho tiempo antes de otorgarse; de otra suerte es tal nuestra disposición, que las menospreciáramos. La majestad del rey de la gloria reguarda que fuese anunciado y predicho muchos siglos antes de su venida, como dice S. Gerónimo (1), y los oráculos proféticos con toda

(1) In cap. XXIX Isai.

tablecidas en su primer estado y recibir así un nuevo nacimiento?»

VI. Bien conozco que estas consideraciones merecían declararse más ampliamente; sin embargo me excuso de hacerlo aquí con tanto más motivo, cuanto que tendrán más oportuna cabida en otro lugar de esta obra. Con efecto por lo que toca á las excelencias y grandezas de la Virgen, que forman el primer título de su derecho de primogenitura, no se hablará de otro asunto en los tres tratados primeros. Respecto del segundo título, que la representa como el centro y el blanco de las obras de Dios, emplearé todo el capítulo siguiente fuera de otras diversas ocasiones que ocurran. Al tercero, que la muestra en calidad de reparadora de las obras de Dios, le reservo su lugar en el tratado segundo. Ahora pasemos adelante.

SEGUNDA ESTRELLA,

ó **grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.**

CAPITULO III.

QUE DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO FUE ANUNCIADA POR LOS PROFETAS Y REPRESENTADA POR LAS FIGURAS ANTIGUAS.

Si en el capítulo anterior hice ver á la Virgen santísima como un ensayo de Dios: fué solamente en comparación del Salvador, la primera pieza maestra del mundo, porque en cuanto á lo demás no se puede negar que ella es la segunda obra de primer orden de aquel gran maestro, que antes de darla á luz se ensayó de mil maneras, como se verá en el discurso siguiente.

3. 1.—Que era propio de la grandeza y excelencia de la madre de Dios el que fuese anunciada y ligada mucho tiempo antes de su venida al mundo.

Todo lo que es excelente, requiere tiempo y estudio.

I. Lo repito, todo lo que es excelente, pide tiempo, estudio y ensayo: lo que importa poco, se hace corriendo y al primer antojo del artífice. La tierra produce ciertas flores que no duran más que un día: así las hace jugando: ellas brotan, echan los capullos y se abren en una noche. Al contrario los árboles que deben de resistir á los vientos y las heladas, crecen y medran lentamente y echan hondas raíces en la tierra. Los animales imperfectos se forman con un solo encuentro fortuito de los elementos alterados: los otros, cuanto más perfectos son, más tiempo y disposiciones exigen. Lo que se hace por antojo, sigue la impetuosidad del ánimo: lo que se trabaja para la eternidad, se prueba y examina muchas veces antes que agrade de todo punto. Bien sé que Dios no necesita tiempo, ni aprendizaje; pero nos importa que gobierne con tiento nuestros rudos entendimientos, y que acomodándose á ellos les presente las cosas pieza por pieza, se las muestre en diseño antes de darlas por acabadas, y con piezas materiales y visibles los haga comprender las espirituales é invisibles. Agrégase que á la excelencia de las cosas singulares es debido que se prometan mucho tiempo antes de otorgarse; de otra suerte es tal nuestra disposición, que las menospreciáramos. La majestad del rey de la gloria reguarda que fuese anunciado y predicho muchos siglos antes de su venida, como dice S. Gerónimo (1), y los oráculos proféticos con toda

(1) In cap. XXIX Isai.

la autoridad del antiguo testamento le debían este respeto y honor.

II. ¿Os admiráis, dice Sofronio (1), de que tantos ingenios se ejerciten en pregonar las grandezas de la madre de Dios? Acórdáos de que todo lo que puede hacer la tierra, es mucho menor que las alabanzas del cielo, el cual no ha perdonado medio, ni ocasión de honrar y realzar su mérito. Con efecto se han empleado en ello las voces divinas y angélicas; así como las predicaciones de los profetas y las figuras misteriosas de los patriarcas: los evangelistas la han dado á conocer: los espíritus bienaventurados la han saludado: todo el mundo ha contribuido á esta obra. El Espíritu Santo la predijo por los profetas, dice S. Ildelonso (2), la intimó por los oráculos, la dió á conocer por las figuras, la prometió por lo que precedió, y la cumplió por lo que se siguió. El mismo santo afirma en su primer sermón de la Asunción que á ella vienen á parar todas las predicciones de los profetas y los enigmas de las Escrituras. No os imaginéis, dice S. Bernardo (3), que esta señora sea una obra hecha por acaso ó que haya sido escogida casualmente. Ella fué escogida eterno y preparada para Dios solo: después fué guardada por los ángeles, figurada por los antiguos patriarcas y prometida por los profetas. Y en otro lugar (4) sostiene que una de las principales gracias hechas por Dios á su pueblo fué que se le prometiera la santa Virgen mucho tiempo antes de su nacimiento y que descendiese de él. Con este gran siervo de la Virgen concuerda S. Andrés Cretense (5), que con tal motivo la llama el ornamento de los profetas y el asunto infalible de los sagados oráculos de Dios.

(1) Sermo de Assumpt.

(2) Lib. de virginit. Maria. gnum.

(3) Sermo 2 in Missus.

(4) Sermo in Signum ma-

gnam.

(5) Sermo de Annuntiat.

En las revelaciones de santa Brígida la llama el ángel el regocijo y consuelo de los profetas, á quienes el Señor solía presentar á menudo este objeto deseable para refrigerar algún tanto sus espíritus cansados y abatidos por la continua representación de las desgracias que amenazaban á sus naciones. Jorge, arzobispo de Nicomedia, escritor muy puntual y diligente de lo que pudo saber acerca de la madre de Dios, dice (1) que aquellos sesenta hombres de valor y de ejecución que guardan el lecho de Salomón, no son otros que los patriarcas, los profetas y los demás grandes personajes de la antigüedad, que en todo tiempo tuvieron fijos los ojos de su contemplación en la Virgen María, verdadero tálamo nupcial del Verbo encarnado.

III. S. Bernardo por la tercera vez (2) considerando atentamente aquella mujer fuerte que Salomón buscaba con tanto ahínco, observó que cuando este sabio rey preguntaba (3) dónde la hallaría, no hablaba así desesperanzado de encontrarla, porque la tenía delante, sino para mantener á todos en expectation de aquella mujer insigne y hacerlos comprender que por necesidad había de venir de las últimas regiones de la tierra, es decir, que debía de ser una obra premeditada, preparada y esperada de antemano. «¿No veis, dice el santo, cómo viene de lejos, pues Moisés, el gran legislador de los hebreos, la vió tanto tiempo antes que ella viniera al mundo, en medio de la zarza que ardía y no se quemaba, y reconoció cómo la Virgen santísima se hallaría en medio de las llamas de la divinidad sin que la ofendieran, y concebiría sin ningún fuego de la concupiscencia? Reparad cerca de él á su hermano Aarón, cuya vara florece y de pronto echa bolones, hojas y frutos sin ninguna corrup-

(1) Orat. de oblatione Deiparae in templo.

(2) Hom. 2 in Missus.

(3) Proverb. XXXI.

cion anterior, verdadero símbolo de aquella que sin alteración de su castidad produjo la única flor del campo y el verdadero fruto de la vida. Admirad el vellocino de Gedeon empapado en un rocío milagroso, y al mismo tiempo figuráos aquel de quien decía David que bajaría sin ruido como la lluvia sobre el vellocino y como el agua del cielo mas mansa sobre la tierra sedienta. Considerad aquella maravillosa nueva de que se pastaba el profeta Jeremías contemplando á una mujer en cinta de un hombre hecho á causa de la plenitud de la sabiduría de que estaba lleno desde luego. El santo doctor da mucho mas realce á estos pensamientos; pero como yo he de repasar la mayor parte de ellos, me basta por ahora haberlos apuntado ligeramente.

IV. S. Andrés de Creta (1) y S. German, patriarca de Constantinopla (2), indican muchos mas; pero tambien lo hacen con mas rapidez. Vé aqui cómo habla el primero á la bienaventurada Virgen: «Todos los intérpretes del Espíritu Santo, es decir, los profetas, han hablado de tí, ó santa señora. Moisés, habiendo descubierto el primero la zarza milagrosa, dijo: Es preciso que yo me llegue á ver esta admirable vision. De tí entendía tu abuelo David estas palabras dirigidas al Mesias prometido: Levántate velozmente, Señor, tú y el arca de tu santificación. Presente te tenía en su espíritu cuando decía: Toda la gloria de la hija del rey es de dentro. ¿qué bueno es verla con su vestido bordado y recamado de oro! A cada renglon del Cantar de los Cantares se te encuentra: cuando subes del desierto como el humo de un perfume precioso; cuando se habla del tálamo místico de Salomon: sus columnas son de plata, el reclinatorio de oro, la grada por donde se sube, de púrpura; el centro lo

ocupa la caridad: cuando las hijas de Jerusalem son convidadas para que vayan á ver al rey Salomon sentado en su trono y adornado de la rica diadema con que le coronó su madre en el dia de su boda y de la alegría de su corazón. El profeta Isaías te veía con los ojos del alma cuando exclamaba: Escuchad la maravilla que os anuncio: una virgen concebirá, y saldrá una virgen de la raíz de Jessé, y de ella se levantará una flor. Ezequiel pensaba en tí cuando hablaba de la puerta oriental cerrada para todos menos para el Dios de Israel. El santo profeta Daniel, verdadero varon de deseos, te llamó el monte de maravillas, de donde fué sacada sin artificio humano la piedra angular de la iglesia, que derribó la estatua de Nabucodonosor. Tú eres el verdadero libro vivo, donde fué escrito el Verbo divino por la pluma del Espíritu Santo. Tú eres el monte Sion, monte pingüe y fértil donde el Señor sentó su morada. Tú eres la tierra exenta de la comun maldición, y de tí fué formado el segundo Adam. Tú eres el vaso del unguento precioso, el aceite de la perfecta alegría, la flor que nunca se marchita, la púrpura imperial, el trono de Dios. En una palabra tú eres lo que nunca podré yo explicar, ni los espíritus mas altos comprender. Asi habla este doctor.

V. S. Lorenzo Justiniano (1), reuniendo despues de estos padres las figuras y los caracteres antiguos que significaron á la madre de Dios, la llama el tabernáculo y el arca del Testamento, el propiciatorio del templo, el trono de Dios, la vara florecida, la nube ligera, el buerto cerrado, la fuente sellada, la puerta cerrada, la paloma sin mancilla, la rosa olorosa, el clavel blanco, la flor suavísima, el braserillo de los perfumes aromáticos,

(1) Oral: 3 de dormit. B. V. (2) Oral. de nativ. B. Virg.

(1) De casto connubio Verbi et anime, c. 9.

el olivo que reverdece, la viña fértil, el ciprés enhiesto, la palmera cargada de fruto, el torcinto extendido, el campo cubierto de ricas mieses, la tierra bendita, el alba de la mañana, la antorcha brillante: llámala mas hermosa que la luna, mas clara que el sol, mas pura que el oro acrisolado, mas rara que las piedras preciosas, mas suave que el bálsamo, mas preciada que las perlas, mas sabrosa que la miel, mas deleitable que toda música y toda armonía.

VI. Por lo dicho hasta aquí podemos aprender que la Virgen santísima es representada en la Escritura por dos clases de figuras: unas son muertas, es decir, sin alma ni razon como las que acabo de citar: las otras son animadas y racionales, es decir, son personas en quienes Dios trazo diversas perfecciones y en quien hizo los primeros rasguños de las singularidades que debian de reunirse en Maria, para darnos á entender que puso en ella todas las bellezas, gracias y excelencias esparcidas acá y acullá. La razon pide que digamos algo de unas y otras: pero en medio de tanta muchedumbre de figuras bastará escoger las que sean mas notables.

§. II. — De tres figuras muertas por las cuales fue representada la madre de Dios, es á saber, la zarza de Moisés, la vara de Aaron y el vellisco de Gedeon.

I. Me reservo proponer algunas en otro lugar (1) sin contar las que andan diseminadas en diversos pasajes y con diferentes motivos: por ahora no elegiré mas que seis.

(1) Cap. 9 y 15.

Primera figura: la zarza ardiendo.

La primera será la zarza ardiendo de Moisés, de quien dice la Escritura (1) que habiendo llevado el rebaño de su suegro Jetro al interior del desierto, así que alzó la cabeza, vió en el monte Horeb una zarza que ardía toda y no se quemaba. Entonces dijo: Es preciso que yo vaya á ver esta maravilla. S. Teodoro, obispo de Ancira en la Galacia (2), Crisippo, presbítero de Jerusalem (3), S. Gregorio Taumaturgo (4), S. Gregorio Niseno (5), Teodoro, el abad Ruperto, S. Buenaventura y otros varios doctores, sin hablar de los citados en el párrafo anterior, juzgaron que aquella zarza milagrosa era un verdadero diseño de la madre de Dios (6). Es cosa que deleita el leer en S. Gregorio de Neocesarea (7) una plática familiar entre Dios y el ángel Gabriel, el cual despues de haber recibido el mandato de su soberano señor respecto de la buena nueva que debía traer al mundo, hace esta humilde reflexion: «Pero ¿cómo podrá subsistir la Virgen en medio del fuego de la divinidad? El trono de la majestad divina está todo ardiendo en fuego y resplandor: ¿cómo pues impedirá Maria que la consuma? A esta dificultad responde Dios con pocas palabras: «¿Con que has perdido, Gabriel, la memoria del fuego que ardió en otro tiempo en el desierto? Pues sábete que si el fuego se apoderó de la zarza, tambien

(1) Exod. III.

(2) Hom. de Christi nativitate ad synedum ephesianum.

(3) Serm. de sanctis. Delp.

(4) Orat. 3 in Annuntiatione.

(5) Orat. 4 de Nativitate.

(6) Adición de la madre Maria Jacoba de Blenar. — « Y este

es el sentir de la iglesia cuando canta en su honor esta devota antífona: La zarza que Moisés vió sin quemarse, es la virginidad conservada, ó santa madre de Dios. »

(7) En el lugar citado.

María será ocupada por la presencia de mi hijo; pero si aquel fuego que figuraba la hajada de mi fuego divino sobre la tierra, sirvió mas bien para refrescar la zarza que para reducirla á cenizas; ¿qué debes de esperar de mi divinidad, que será para ella un rocío refrigerante en vez de un fuego voraz? «Ve aquí en lo que consiste la maravilla, dice S. Gregorio Niseno (1). La zarza alimenta el fuego sin ser consumida por él, y la Virgen produce el fuego y la luz y no recibe daño alguno.»

II. S. Teodoro, citado poco há y uno de los padres que defendieron con tanto valor la honra de la madre de Dios en el concilio de Efeso, discurre sobre la misma materia de esta suerte: «¿Qué estimas mas, la zarza ardiendo de Moisés ó el sagrado vientre de María? Quiero que sepas que aquella no es mas que la figura de esto. ¿Qué quiere decir pues que habiéndose apoderado de la zarza las llamas, no obstante el fuego se olvida de su naturaleza, alumbraba y no consume, limpia y no hace ningun daño? ¿Eres tan rudo, que no comprendes el misterio y no descubres bajo la corteza de esta figura á la que es virgen y madre juntamente? Porque si Dios habitando en una zarza comunica á esta tanto esplendor y gloria y puede conservarla intacta, ¿de qué luz y de qué pureza no llenaría á la gloriosa Virgen? ¿Cómo juzgas que conservaría ó mas bien acrecentaría la integridad de su cuerpo y de su alma? El santo doctor tiene razon para pensar que la llama de la divinidad del Salvador no solo fué inocente, sino muy útil y honrosa á la Virgen, como veremos despues mas extensamente.»

III. Pasemos adelante y veamos que Moisés la llama una gran vision, porque en efecto fué un prodigio inau-

(1) Orat. de Christi nativit.

dito que concibiese sin ningun menoscabo de su virginidad: he dicho poco, con acrecentamiento de ella. Moisés vió aquella maravilla en el monte del desierto, porque la madre de Dios está colocada en el lugar mas eminente del desierto de este mundo. Dios estaba en medio de la zarza cuando habló á Moisés, como nota la Escritura, y el Verbo divino en medio del cuerpo de la Virgen. Allí formaba Dios los planes de la libertad de su pueblo, como se vió en el hecho de haber llamado al punto á Moisés para enviarle á Faraon: del mismo modo el Salvador trazaba nuestra redencion en su retrete, y como dice David (1), obraba ya la salud en medio de la tierra, es decir, en las purísimas entrañas de la Virgen segun la interpretacion de S. Bernardo (2). Dios mismo fué quien canonizó aquel lugar llamándole una tierra santa y prohibiendo á Moisés que se acercara como no fuese con todo respeto, y nosotros veremos en estos discursos que honor dió á la Virgen santa y hasta dónde la ensalzó para colmarla de gloria y majestad. Por último el fuego prendió en la zarza, á quien llama S. Teodoro vil arbusto: así es que ordinariamente se arrastra por tierra y en decir del ilustre naturalista Plinio ataja de sí á las serpientes, sobre todo cuando está en flor y en especial á las llamadas hemorrois y dipsas, que son peligrosísimas, porque la primera cuando muerde á uno, le saca toda la sangre sin que se pueda restañar, y la otra chupa el humor del cuerpo y causa indecible alteracion en sus partes. Este es un simbolo excelente de la rara humildad de la madre de Dios y de la antipatia sin igual que tuvo á la infernal serpiente y á toda clase de vicios; particularmente al pecado original, muy bien representado por esos dos animales venenosos, por cuanto quedamos por su ponzoña

(1) Saln. LXXIII.

(2) Serm. 4 Pentecost.

no menos debilitados que el que pierde toda la sangre, y ardemos en una concupiscencia bestial, cuyos perniciosos efectos sola la Virgen ignoró entre todas las simples criaturas.

Segunda figura: la vara de Aaron.

IV. De Moisés paso á su hermano Aaron y de la zarza del primero á la vara del segundo, que figura igualmente á la madre de Dios, como lo declararon á mas de los doctores nombrados en el párrafo segundo San Efrem (1), S. Ambrosio (2), S. Gerónimo (3), S. Pedro Damiano (4), S. Bernardo (5) y otros (6). Dice la historia sagrada en el cap. XVII del libro de los Números que queriendo Dios contener las violentas murmuraciones del pueblo indómito y deseando dar un testimonio auténtico de que él mismo y no otro habia escogido á Aaron y á la tribu de Levi para ofrecerle los sacrificios, mandó por su siervo Moisés que al día siguiente llevasen los príncipes de las doce tribus cada uno su vara, y que hiciese lo mismo Aaron, hermano de aquel caudillo: que se grabase el nombre de los príncipes en sus varas respectivas; y que se pusiesen estas en el tabernáculo. Ejecutado así, Moisés acompañado de Aaron y de los príncipes del pueblo pasó al tabernáculo al día siguiente, tomó las varas que habia dejado allí en manos de Dios, y todos juntos vieron los botones frescos en la de Aaron, que se abrieron de pronto en presencia de ellos y se convirtieron en floras, hojas y frutos. Esta es la historia: ve aquí el sentido de ella según la interpretación de los

(1) Serm. de B. M. laudibus. (4) Sermo de Annuntiat.
 (2) En el lugar que se citará (5) Rom. 2 in Missus.
 dentro de poco. (6) S. Bonavent. in laude
 (3) In caput XIII Osee. B. Mariæ Virg.

santos padres. La vara de Aaron es la madre de Dios, llamada con este nombre por el profeta Isaías, el cual dice (1) que saldrá una virgen de la raíz de Jessé. Esa vara echa flores y frutos, que en sentir de S. Efrem y S. Gerónimo ya citados no son otros que nuestro Señor Jesucristo, verdadera flor del campo y único fruto de la vida. Esa vara, dice el devoto San Bernardo, brota sin ser regada ni puesta en tierra para que reciba la humedad de ella, porque la flor de Nazareth fué concebida sin ninguna especie de corrupcion ó alteracion. Se llena de jugo y se cubre de botones quedando secas todas las demás, porque ella sola recibe la gracia en la comun ruina y en la maldicion general del mundo. Es toda blanca, sin corteza ni nudo, dice S. Ambrosio, para representar el candor y la integridad de la Virgen santísima, en quien no se halla ni nudo de pecado original, ni corteza de pecado actual. Y ciertamente que tiene razon para comparar el pecado original al nudo, tanto porque nacen de él los otros pecados, á la manera que los árboles echan sus ramas por los nudos, quanto por la deformidad y la dureza que quedan siempre en el tronco en el sitio del nudo, aunque se corte, así como nosotros no dejamos de sentir los perniciosos efectos del pecado original, aunque se borre por el bautismo. La vara de Jessé, dice muy bien S. Pedro Damiano (2), sale de la raíz torcida de los patriarcas y profetas, aunque ella sea alta y derecha como un junco, sin nudo y sin vástago ninguno de pecado. Iglesia, tierra dichosísima, exclama S. Gerónimo (3), cuyo rey Jesucristo salió del nobilísimo linaje y esclarecido tronco de Abraham, de Isaac y de Jacob, libres y nobles, en razon de su integridad y de su virtud. Pero mucho mas noble é incom-

(1) Cap. XI. (3) In cap. IX Eccles.
 (2) Sermo de Annuntiat. 113 27, Galatas, versus 21 (2)

paráblemente mas libre es la gloriosa virgen María, que sale de ese tróico derecha como una vara sin tener ningún boton al rededor de sí, sino solamente en su época la grata flor de los Cantares. Esta vara no tiene yema, dice S. Bernardo (1), y no obstante no deja de echar flores; del mismo modo que María queda virgen, y no obstante no deja de concebir: la hermosura de aquella no es ofendida por la flor que sale de ella, ni la integridad de esta por el fruto de vida que produce.

VI. Aquella antigua vara era una rama de almendro, como lo manifestaron la flor y el fruto, para dar á entender que así como aquel árbol es la señal de que se aproxima á nosotros el sol en la época de la primavera, el primero que florece de todos los árboles y el último que se despoja de sus hojas, de la misma manera la Virgen dió la noticia cierta de la venida del sol de justicia, echó las flores de santidad desde el instante de su concepcion y no perdió jamás el vigor, ni la lozanía de espíritu en ninguna de sus acciones. La vara de Aarón, dijo el ángel á santa Brígida (2), se llenó primeramente de medula y jugo y despues echó las flores y los frutos de maravilla: del mismo modo la Virgen santa fué primeramente llena del Espíritu Santo, y al punto echó la preciosa flor del jardin y dió el fruto esperado de las naciones, que no es otro que el bendito Jesus. La vara de Aarón, dice S. Cirilo de Jerusalén (3), hizo en una noche lo que los árboles hacen en muchos años, y la Virgen hizo en un instante lo que nunca se habia hecho, ni se hará mas despues de ella. Aquella, continúa el santo, fué hecha milagrosamente fértil en favor del sumo sacerdote figurativo, y esta para la consagración del sacerdote eterno segun el órden de Mel-

(1) Sermo 2 in Matius.

(2) In serm. angelico, c. 44.

(3) Cateches. 42.

quisedech. Aquella recibió una nueva bendicion cerca del arca de la alianza, donde estuvo una noche solamente, y la Virgen habiendo pasado doce años cerca del arca figurativa, como hará ver en el capítulo VI, y muchos mas cerca de la verdadera arca figurada, salió con mil millones de bendiciones. En aquella se obraron casi en un instante tres maravillas inauditas, á saber, que una vara seca echó botones, que estos se abrieron al punto en flores, y que las flores se convirtieron en frutos; y en Marla se cumplieron tres prodigios celestiales en un instante, pero muy diferentes que los anteriores: una virgen concibió, Dios se hizo niño, y este niño se formó y organizó en menos de nada. Con la vara de Aarón Moisés hizo salir milagrosamente agua del peñasco, como se recoge de lo que cuenta el capítulo XX de los Números, y mediante la vara misteriosa de que hablo, salió del cielo antes mas duro que la peña la fuente de maravillas que regó toda la tierra. La vara de Aarón, dice el sabio Abulense (1), no decayó jamás del honor que recibió de Dios, ni perdió nunca su fruto, que se conservó cuidadosamente para memoria y admiración de la posteridad; y no sucederá jamás que la Virgen sin par deje de ser colmada de honor y gloria por el fruto que produjo, el cual no le será arrobato.

VI. Los doctores hebreos (2) dicen maravillas de la vara de Aarón: pero á ellos les toca la prueba de su dicho. Cuentan que Adam tomando siempre presente el lugar de delicias de donde habia sido echado, al cabo de algunos años de penitencia envió su hijo Seth á la puerta del paraíso para pedir á Dios perdon de su pecado; y que el ángel que guardaba el Eden, le dió una rama del árbol de la vida para plantarla en la tierra,

(1) In capite XVII Númerorum.

(2) Simeon apud Galatiñum lib. 6, cap. ult.

avirtiéndole que en cuanto el árbol nacido de ella comenzase á dar frutos, bajarían las misericordias de Dios sobre la descendencia de Adam, y el cielo hasta entonces cerrado é inexorable á los ruegos de los hombres se abriría y enviaria sus bendiciones sobre la tierra. Añaden que Seth plantó aquella rama en el desierto donde despues fué llamado Moisés por Dios para que fuese á librar á su pueblo: que erigió y se hizo un árbol corpulento, del cual cortó Moisés por órden de Dios la vara que obró tantas maravillas en Egipto, que con este motivo es llamada la vara de Dios y que es la misma que la de Aaron de que hablamos. Dicen además que sobre ese árbol puso Moisés la serpiente de bronce, y que de él cogió el madero arrojado á las aguas de Mara para hacerlas dulces y potables. Finalmente deducen que ese árbol producirá admirables frutos á la venida del Mesías, que servirán otra vez para quitar el amargor de las aguas saladas y limpiar no solo el pecado del primer hombre, sino todos los que se hubiesen cometido hasta entonces y se cometan mientras haya hombres en el mundo. ¿Quién no ve las bellas semejanzas que podrían sacarse de esta narracion? Mas yo hago escrupulo de fundar las verdades de nuestra santa fé en las invenciones de los rabinos, ni tampoco en otras muchas similitudes ó curiosidades profanas que pasan hoy por primores de ingenio; pero que en mi juicio rebajan y no poco la grandeza de las ideas que debemos de tener de las cosas santas y divinas.

Tercera figura: el vellocino de Gedeon.

VII. La tercera figura será el vellocino de Gedeon, que S. Efrem (1), S. Ambrosio (2), S. Gerónimo (3),

(1) Sermo de B. Virg.
(2) Ser. 13 de nativ. Domini.

(3) In Epitaphio S. Pauli.

S. Metodio (4), S. Ildelfonso (5), S. Bernardo (5), Castodoro (4), S. Buenaventura (5) y otros varios aplican á la virgen Maria. La santa iglesia, columna y fundamento de la verdad, no nos deja duda de ello, pues canta expresamente: Cuando naciste de una manera inefable de la Virgen, se cumplieron las escrituras, y bajaste como la lluvia sobre el vellocino. Para comprender mejor las semejanzas y paralelos de este misterioso vellocino con la bienaventurada Virgen será oportuno recordar lo que está escrito en el capítulo VI de los Jueces, donde se dice que Dios escogió á Gedeon para que destruyera á los madianitas, y aunque ya le habia dado una prueba milagrosa y suficiente de la verdad de su promesa consumiendo el sacrificio con el fuego encendido por solo el contacto de la vara de Gedeon, no obstante este valeroso caudillo, reunidas sus tropas, no se contentó con aquella señal, sino que pidió expresamente á Dios que solo cayese el rocío del cielo sobre el vellocino de lana puesto por él en la era, quedando toda la tierra seca, como así sucedió la primera noche; y á la siguiente volvió á pelir que solo el vellocino quedara seco y toda la tierra mojada del rocío; lo cual se verificó tambien.

VIII. Los santos padres descubren en este vellocino una de las figuras mas expresivas de la madre de Dios, verdadera imagen de bondad y humanidad y sagrado despojo de maldad, pureza é inocencia, destinado á teñirse de grana á fin de que sirva para hacer el manto real de la humanidad del Salvador. Con justísimo motivo, dice S. Ambrosio (6), es comparada la

(4) Orat. in hypapante.
(1) Sermon 2 de Assumpt.
(2) Sermo in signum magni.
(3) Sermon 2 in Salvat. Sermon.
(4) In psalm. LXXI.
(5) In laude beate Virginis.
(6) Sermo 13 de Nat. in nativ. B. Mariæ.

Virgen al vellocino, del cual se hicieron vestiduras de salud para todas las naciones de la tierra; vellocino del cual salió el cordero purísimo, que estando vestido de la lana, es decir, de la carne de su madre, sirve de piel para cubrir y abrigar las heridas de todo el mundo. El vellocino, dice S. Pedro Crisólogo (1), aunque esté pegado al cuerpo, no se resiente de las pasiones, ni de las alteraciones de este; de la misma manera aunque la Virgen vivió en un cuerpo mortal y corruptible como el nuestro, no obstante estuvo enteramente exenta de los vicios que el cuerpo trae por lo común consigo; lo cual hizo bajar el rocío celestial á sus entrañas virginales como sobre un vellocino blanco y limpio, para que siendo exprimido un día sobre el árbol de la cruz empapase toda la tierra con la deseada lluvia de la salvación. El vellocino de Gedeon se empapó primeramente con el rocío del cielo quedando toda la tierra seca segun la propiedad de su nombre (2), porque hallándose todo el mundo en escasez de gracia, la Virgen la recibió la primera, así como ella sola la había atraído del cielo. Y nótese que habiéndose mojado abundantemente el vellocino, al otro día toda la tierra sintió aquel rocío celestial; lo que S. Bernardo explica muy oportunamente diciendo (3) que era cosa puesta en razón que la Virgen recibiese la primera influencia del cielo y la plenitud de la divinidad antes que fuésemos rociados con ella nosotros, tierra seca y estéril. Con esto conviene la profecía de David cuando dice: Bajará como la lluvia sobre el vellocino y como la canal del tejado sobre la tierra; porque el Verbo divino, que es esa lluvia voluntaria reservada por Dios para fertilizar su heredad, cayó man-

(1) Sermo 113.

(2) Hieron. in Epitaph. sancti Pauli.

(3) Sermo 2 in Missis.

samente y sin el ruido de ninguna operación humana en el sagrado seno de la Virgen; pero despues esa misma lluvia fué derramada por la boca de los predicadores no con ese tranquilo silencio, sino con el estruendo de la palabra y el sonido de los prodigios á la manera del agua que cae sobre los tejados y de allí baja con impetu por las canales sobre la tierra. Así que era conveniente que las nubes que llevaban por el mundo esa lluvia deseada, se acordasea del precepto que se les habia dado, á saber, que anunciara delante de todos lo que se les habia dicho en secreto, y predicasen en los tejados lo que habian oído á la oreja. Ellos lo cumplieron con tanto acierto y tanto fruto, que en toda la tierra resonó el sonido de su palabra. Gedeon no paró ahí, sino que movido de inspiración cogió su vellocino mojado y le exprimió llenando una taza de rocío para darnos á entender, dice S. Bernardo (4), el admirable designio de la sabiduría y bondad de Dios, que así como empapó en rocío el vellocino antes de caer una sola gota sobre la tierra, del mismo modo queriendo redimir á los hombres encerró primeramente en la Virgen todo el precio de nuestra redención. Así vemos la oportunidad y conveniencia de que la señal dada á Gedeon fuese un signo de la libertad del pueblo de Dios óprimido por los madianitas, ni mas ni menos que la vanidad del Verbo fué un testimonio indudable de la libertad del género humano, que era esclavo de Satanás.

(4) Sermo in nativ. Mariæ.

S. III.—De las otras tres figuras de la misma naturaleza; á saber, del arca de la alianza, del trono de Salomón y de la nube de Elijah.

Primera figura: el arca de la alianza.

No tengo dificultad en persuadirme á que el arca de la alianza era una figura de la madre de Dios, tan ilustré á lo menos como cualquiera de las anteriores, así porque los doctores antes alegados hacen mención de ella, cuanto por los grandes misterios que contiene, y los excelentes rasgos de semejanza que hay entre la una y la otra. Con efecto, primeramente la antigua arca se guardaba en el lugar mas retirado del templo, que se llamaba el santo de los santos, y allí mismo pasó muchos años la Virgen, verdadera arca figurada, segun diré en el capítulo VI. La antigua la fabricó Bezceel, dice S. Pedro Damiano (1), y Emmanuel construyó la nueva; aquel tuvo por compañero á Ollab, que significa mi protección, y el Verbo se acompañó del Espíritu Santo, primer y principal custodio de la Virgen su esposa, y aun toda la Trinidad beatísima se empleó en aquella obra divina consagrando este templo, preparando este aposento y aderezando este tálapo nupcial para recibir al esposo mas bello y agraciado entre todos los hijos de los hombres. El arca del antiguo testamento era hecha de una madera incorruptible para mostrar, como dice el mismo santo cardenal, que aunque la Virgen descendía de un tronco corrompido por el pecado, había sido no obstante escogida y preservada por el Espíritu Santo en razon del oficio para que Dios la había elegido.

II. El arca tenía su latitud, longitud y altura medidas con el codo humano, que es una medida perfecta,

(1) Sermo de nativ. Virg.

y la Virgen, verdadera arca figurada por la antigua, tiene igualmente su longanimitad, su caridad y su mira en Dios, que son como las tres dimensiones de su alma, muy perfectas en su especie y que sobrepujan todo lo que se encuentra en las otras criaturas. Aquellas, dice S. Gregorio Taumaturgo (1), estaba cubierta de oro fino por dentro y por fuera, y esta se halla enriquecida con el tesoro de toda santidad. Ciertamente si S. Gerónimo pudo decir con verdad (2) que la esposa de Dios es una arca del testamento dorada por dentro y por fuera, con mas razon debo de decirlo yo de aquella que es la incomparable y verdadera esposa sin par. Aquella, dice S. Ildefonso (3), tenía en sí ó cerca de sí todos los misterios mas recónditos de la antigua ley, y esta ha tenido todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios y todas las maravillas de la nueva ley: llevó en su seno la ley de Dios y al Dios de la ley; tuvo mucho tiempo junto á sí al rey de la gloria, la delicia y el contento de los santos; quiero decir, su amado hijo; ó si se quiere, llevó en medio de su corazón la ley de Dios y tuvo junto á sí el verdadero pan de los ángeles que dió al mundo, y la flor de los hijos de los hombres. Si se quiere mejor, diré que estas tres piezas fueron el simbolo de tres calidades peregrinas que poseyó ella singularmente, la sabiduría figurada por las tablas de la ley, la rectitud por la vara de Aaron y la misericordia por el maná; ó finalmente serán las muestras de tres especies de grandezas, de excelencia, poder y bondad, que deben de ser la materia de estos tres primeros tratados. Aquella estaba cubierta y como protegida por las alas de los querubines, y esta se halla asistida y acompañada siempre de los espíritus bienaventurados. Aquella tenía una corona ó cornisa al

(1) Sermo 4 in Ananiam.
(2) Ad Eusloch. de virginis.

(3) De partu Virg.

rededor, y esta se distingue por mil victorias ganadas contra los vicios y los enemigos de Dios, como se verá en este tratado; en el segundo; y á mayor abundamiento tiene en torno de sí á sus amados hijos, á quienes quiere como la corona de su gloria, valiéndome de las palabras de Isaías (1). Aquella llevaba el nombre de gloria de Dios, como se manifiesta por diferentes lugares de la Escritura, y esta tiene los efectos de ella, segun podrá verse mas particularmente en el capítulo XIII.

III. Aquella tenía en sus cuatro esquinas unos anillos de oro, por los cuales se pasaban las varas que servian para trasportarla, y esta tiene en sus potencias intelectuales los dones del Espíritu Santo que la hacen dócil á todos sus movimientos. Cuando aquella era levantada para que la condujesen los levitas, decia Moisés: «Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen;» y cuando era bajada, decia: «Vuelvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel (2). De la misma manera, dice S. Bernardino de Sena (3), por la exaltacion de la madre de Dios se debilitan las fuerzas de nuestros enemigos, y con ella viene siempre á nosotros la misericordia de Dios. En cuanto se presenta aquella, caen por tierra los muros de Jericó y es destruido el idolo de Dagen, y todos los que se muestran irreverentes, son castigados de un modo ejemplar. Así á la vista de la Virgen santísima es vencida la resistencia de los corazones pertinaces, el demonio derrotado, y todos los que hablan de ella, caen en las manos de la justicia de Dios. Aquella fué encerrada por el profeta Jeremias en el monte Nebo para que no la maltratasen los infieles, y desde entonces no la ha visto ningún mortal, sino que se guarda en el mismo sitio

(1) Cap. LXII.
(2) Num. cap. X.

(3) Tom. 2, serm. 44, art. 4,
cap. 3.

para ser presentada en los dias últimos y ajustar otra vez la alianza entre Dios y aquel pueblo afligido; y esta por inspiracion divina que tuvieron los apóstoles, fué encerrada bajo la losa de Getsemani, de donde la sacaron los ángeles para colocarla sobre un trono de gloria, y allí hace continuamente el oficio de abogada reconciliando con Dios á los pecadores.

IV. No debo de olvidar el propiciatorio, porque es la pieza principal de esta figura, y no sin motivo S. Metodio (1), San Andrés de Candia (2), S. Efrem (3) y otros varios (4) llaman á la Virgen el propiciatorio de toda la tierra. El propiciatorio era una lámina de oro fino que cubria el arca de la alianza, y el alma de la Virgen santísima no era mas que amor y caridad. El propiciatorio era el asiento de Dios y el lugar donde reposaba, y la Virgen es llamada el trono de la divinidad en muchísimos pasajes de las obras de los santos padres (5). Desde el propiciatorio pronunciaba el Señor sus oráculos y manifestaba su voluntad á los hombres, y por medio de la Virgen hemos salido nosotros los pensamientos de paz que él tonia, y el bien que nos deseaba. Los querubines estaban de rodillas sobre el propiciatorio, con los ojos fijos en el arca y adorando con temor la majestad del que residia allí; y los santos ángeles estaban de continuo en torno de la gloriosa Virgen mirándola como á la morada escogida de la majestad divina. El propiciatorio era el asilo común del pueblo escogido y el lugar á donde acudia de todas partes para aplacar la ira divina, y la Virgen es el lugar de refugio á donde acuden todos los descendientes de Adam para alcanzar el perdón de sus culpas y volver á la gracia del Criador.

(1) Orat. in hypspanie. (5) Bonav., Spectul. B. Virg.,
(2) Orat. de dormit. B. Virg. c. 2. Petr. Dam., serm. de matre;
(3) Orat. de laudibus Mariæ. Andr. Creten., orat. 1 de dormitio-
(4) Epiph., De laudibus Delp. tione B. Virg. etc.

Segunda figura: el trono de Salomon.

V. El trono de Salomon es también una excelente figura de la madre de Dios en sentir de Ricardo de San Víctor (1), S. Buenaventura (2), San Antonino (3), el abad Guerrión (4) y otros varios. Pero á mi parecer ninguno lo dice tan extensa y convenientemente como el devoto S. Pedro Damiano (5), el cual compuso un discurso entero, de que solo haré un breve extracto. Primeramente aquel trono antiguo fué construido por el rey Salomon, dice el santo, y el nuevo de que hablamos, por el verdadero pacífico Jesús, nuestra paz y nuestro mediador, como le llama S. Pablo. Aquel se hizo de marfil, en lo que representó el Espíritu Santo por las tres calidades del marfil, á saber, la blancura, la solidez y la frialdad, tres singulares propiedades de la Virgen santísima, que son su inocencia, su fortaleza y su castidad. Expresamente se ha observado que aquel trono era grande y capaz; y que cosa hay mas capaz en el mundo que aquella que encerró la plenitud de la divinidad? Considerad á los querubines, subid hasta los serafines, y no vereis nada semejante entre ellos: solo el artifice excede á su obra. Salomon cubrió su trono de arriba abajo de oro fino, señal de la gracia santificante de que fué llena la madre de Dios, aun de la gracia sustancial de la divinidad de que fué revestida y adornada. Aquel rey subía al trono por seis gradas, en que se figuraban las seis peregrinas disposiciones que reunió la Virgen para hacerse digna madre de Dios, á saber, la meditación de las cosas celestiales en sus pensamientos, la discreción en sus pláticas, la justicia

(1) Sermo de Annunt.
 (2) Specul. c. 2.
 (3) Part. 1, t. 16, c. 44, §. 7.

(4) Sermo. 1 de Annunt.
 (5) Sermo. 1 de nat. B. Virg.

en sus acciones, la caridad para con el prójimo, el desprecio del mundo y de sí misma y la perseverancia en la virtud. Lo alto del trono era redondo por el respaldo para representar la perfeccion de la gloria consumada de la Virgen, de la que los santos padres nos dirán maravillas en su lugar propio (1).

VI. En los extremos de las gradas habia doce leones, seis á cada lado, que denotan á los doce apóstoles en contemplacion de la santa señora y absortos en la consideracion de sus heroicas virtudes. Los dos brazos que sostenian el asiento, significaban la accion y la contemplacion, sobre que estribó toda la vida de la Virgen. Al lado de cada brazo habia dos leones, uno de los cuales representaba al ángel Gabriel y el otro á S. Juan, guardian aquel del alma y estotro del cuerpo de la Señora, ambos leones bramadores y verdaderos hijos del trueno por haber hecho resonar en el mundo las dos voces mas esforzadas que se han oido nunca. La una llevaba la nueva de la reparacion de los hombres, y la otra la de la divinidad del Verbo hecho carne. El historiador sagrado concluye diciendo para consuelo de los fieles siervos de la Virgen que en todos los reinos de la tierra no se oyó jamás hablar de una pieza semejante. Esta palabra es tan verdadera como magnifica no mepos para la gloria del supremo artifice que para gran dicha de su obra, según se verá de manifesto por los discursos de sus incomparables grandezas. Ve aqui el resumen de lo que escribeme á la larga este gran devoto de la madre de Dios.

Tercera figura: la nube de Eliaz.

VII. Finalmente la nube es un simbolo muy propio

(1) Véase el cap. XII.

para representar á la madre de Dios, porque en primer lugar su nacimiento es muy espiritual, en atención á que aunque sea formada de la tierra como los demás cuerpos materiales, no obstante es como la quinta esencia de ella sacada por la acción delicadísima del sol, padre de la luz y del calor. En cuanto á la Virgen María es verdad que tiene un cuerpo de naturaleza corruptible y terrena á la manera de los nuestros; pero sacado de la sangre mas noble que hubo en la tierra, á saber, la de los patriarcas, profetas y antiguos reyes, como diré dentro de poco; y fué por una operación muy particular del Espíritu Santo, quien dió milagrosamente fortaleza y vigor á unos cuerpos ya secos y consumidos de vejez. No bien se forma la nube en el seno de su madre la tierra, es levantada en alto por la atracción de los suaves y benéficos rayos del sol su padre; y la Virgen apenas fué concebida en el seno de la bienaventurada Ana su madre, cuando Dios su padre la elevó á su semejanza perfectísima y á la mas sublime dignidad de que es capaz una criatura. La nube está entre la tierra y el cielo, y la Virgen entre Dios y los hombres. La nube es atraída hácia arriba para servir al sol su padre, para mitigar los ardores de este, refrescar la tierra, fertilizarla y cooperar á los principales efectos que va produciendo en este mundo; y la Virgen es ensalzada para mitigar el fuego de la justa ira de Dios, proteger á los hijos de Adam, servir de quitasol á los pecadores y ayudar á los justos á obrar santamente. La nube, dice el Eclesiástico (1), es sacada de los tesoros de Dios como una de las principales maravillas de su grandeza, y la Virgen segun los santos padres no es otra cosa que la maravilla del mundo sacada de los abismos y de los tesoros de la bondad y poder de Dios. La

(1) Cap. XLIII.

nube (se lee en el mismo libro) es el remedio de todos los rigores del invierno y de las estaciones mas incómodas, y el nacimiento de la Virgen fué la medicina de todos los males producidos por el pecado del primer hombre. En la nube se descubre la magnificencia de Dios, dice David (1); pero incomparablemente mas en la Virgen María, como hará ver hácia el fin de este tratado. La nube, dice Salomon, se condensa y se forma en rocío por la sabiduría de Dios; y á esta misma recurría el profeta Isaias (2) para pedir que produjese prontamente la nube descada, de donde debía de formarse el Salvador á manera de rocío. La nube, dice el santo Job, es el vestido del mar y las mantillas en que está envuelto; y la Virgen María no envolvió al Salvador del mundo, que es como un mar inmenso de donde se derivan todas las gracias?

VIII. Por todas estas consideraciones y otras muchas el Espíritu Santo emplea con frecuencia la palabra nube en las sagradas escrituras para significar la madre de Dios. De esta suerte S. Ambrosio (3), S. Gerónimo (4), S. Cirilo (5), Procopio (6), Eusebio de Cesarea (7), S. German de Constantinopla (8) y algunos otros entendieron de la Virgen la nube ligera de Isaias (9), sobre la cual debía de subir el Salvador para hacer su entrada en Egipto y derribar los falsos dioses de aquel pueblo idolatra. Es llamada nube ligera, dice S. Ambrosio (10), á causa de su virginidad, de la sincera intención que tuvo siempre de agradar á Dios y de la generacion del Verbo, á quien concibió de una manera enteramente admirable

(1) Salm. LXXVII. (7) De demonst. evang. l. 6. c. XX.
 (2) Cap. XLV. (8) Orat. de nai. B. Virg.
 (3) Exhort. ad virg. et lib. de inst. virg. (9) Cap. XIX.
 (4) In cap. XIX Isai. (10) Exhort. ad virg. et in psalm. CXXVIII sermo 3.
 (5) Ibid.
 (6) In cap. XIX Isai.

celestial. Es llamada nube ligera, dice Procopio en el lugar ya citado, á causa del generoso desprecio que hizo de todas las cosas bajas y terrenas. Es llamada el carro triunfal del Salvador, vencedor de los ídolos de Egipto, porque en brazos de la Virgen santísima fué llevado á aquella region siendo niño pequeño, cuando á su entrada derribó las imágenes de los falsos dioses. En realidad los historiadores Rufino (1) y Paladio (2) atestan haber visto un templo en la Tebaida en las cercanías de Hermópolis, donde habiendo entrado el Salvador, cayeron por tierra todos los ídolos. S. Epifanio (3), S. Andrés de Creta (4) y otros varios comparan la Virgen á la nube luminosa que condujo á los hijos de Israel por el desierto para llevarlos á la tierra prometida, segun he indicado antes. Lo mismo digo de la nube resplandeciente sobre la cual subió el hijo del hombre, segun se lee en el capítulo XIV del Apocalipsis.

IX. Pero todo bien considerado no encuentro quien represente tan naturalmente á la Virgen como la nubecilla de Elias, de que se habla en el libro III de los Reyes (5), donde se dice que compadecido aquel profeta de la extraña miseria de su pueblo, á quien afligia hacia largo tiempo el hambre causada por una sequia extraordinaria, se dirigió á la cumbre del monte Carmelo y profundamente postrado para atraer la misericordia de Dios tanto oró y suplicó, que su criado á quien habia puesto de centinela, descubrió una nubecilla ancha como un paso, la que subiendo del mar y extendiéndose poco á poco en medio del aire trajo pronto una benéfica lluvia, á que se siguió en el mismo día la abundancia general.

(1) Lib. 4, c. 7.

(4) Sermo 4 de dormit. B.

(2) Histor. Lausiac., c. 52.

Virg.

(3) Sermo 1 de laudibus

(5) Cap. VIII.

Marie.

Diversos doctores se han entretenido con esta figura y señaladamente el venerable Jean, patriarca quinquagésimo segundo de Jerusalem, quien le apropia con mucha felicidad á la Virgen en el libro de las Instituciones monásticas, que muchos buenos autores reconocen como produccion de aquel ejemplar prelado, aunque algunos modernos sostienen (1) no ser obra suya. Pero importa poco de quien sea, pues que consta que es de un autor grave y antiguo y nos da motivo para muchas y excelentes consideraciones. Notemos en primer lugar que aquella nube era muy pequeña: así era la madre de Dios en la estimacion que hacia de sí misma, aunque fuese muy grande en el juicio de Dios. Demás no sin misterio es comparada aquella á la huella de un pié de hombre para significar que de esta nube celestial debía de formarse la sacralísima humanidad del Verbo encarnado. En tercer lugar aunque la nube de Elias tuvo su origen en el mar, naturalmente pesado y amargo, no obstante dejó estas calidades á medida que fué atraida hácia arriba. Así aunque la santa Virgen segun el curso ordinario de las obras de Dios debía de participar de la condicion lastimosa de nuestro linaje, sin embargo desde el instante de su concepcion quedó completamente exenta de toda suerte de pecado, de donde hubiera podido sacar algun peso y amargor. Mas conviene recordar que la antigua nube no fué tal por su natral condicion, sino sólo por la influencia del sol, que desprendiéndola de las partes terrenas de su elemento la atrajo á sí por la virtud de sus suaves rayos, de la misma manera que la Virgen no tuvo todas estas prerrogativas por sí, sino por la bondad de aquel que la sacó de la masa corrompida de los pecadores. A mayor abundamiento aunque la nube de Elias

(1) Bellarm. De scriptor. ecclesiast.: Baron., Annal.

fué muy pequeña al principio, no obstante se extendió en poco tiempo y cubrió toda la superficie de la tierra, en lo cual figuró perfectísimamente á la Virgen, que no habiendo tenido casi apariencia durante su vida mortal no ha dejado de extender su dominio donde quiera que es reconocido y adorado Dios. Por último aquella fué el principio del regocijo público, á que se siguió el refrigerio de los cuerpos y la fertilidad de la tierra, y fué una señal de próxima abundancia; así tambien la nati- vidad de la Virgen fué el principio de la salud y de toda la felicidad á que podíamos aspirar jamás.

X. Finalmente para hacer referencia de las historias modernas á las antiguas, ¿quién no creerá que la nube que en otro tiempo anunció la libertad de la ciudad de Orleans, figuró verdaderamente á la gloriosa Virgen, supuesto que fué una señal de la merced que habia de hacer á sus hijos? Digolo con tanta mas probabilidad, cuanto mas se asemeja el hecho al de Elias, y porque aquella noble ciudad fué siempre sinceramente devota de la madre de Dios. S. Gregorio Turonense cuenta en la historia de Francia (1) que estando Orleans asediada y fuertemente estrechada por Atila, rey de los hunos, y no pudiendo los muros sufrir las terribles embestidas del enemigo, el pueblo lleno de pavor recurrió á su santo obispo Agnano. Este bondadoso prelado movido á compasion los alentó primeramente, y habiéndolos infundido esperanza hizo que se pusieran en oración y él se puso el primero. Al cabo de un rato mandó que se observase desde la muralla, y como los emisarios no descubriesen nada, hizo redoblar las oraciones con el mismo éxito que antes. Por tercera vez se continuaron las oraciones con mas fervor, y el obispo aseguró á los

(1) Lib. 2, cap. 7.

habitantes que si tenían una firme confianza en Dios, indefectiblemente recibirían auxilio del cielo antes de la noche. En esto se puso él á orar con calor, y acabada la oracion envió á observar desde la muralla como antes. Esta vez volvió gozosisimo el mensajero diciendo que habia visto muy lejos una nubecilla. Entonces el santo lleno del espíritu de Dios dijo: «Animo, hijos míos; sin duda ese es el auxilio que os viene del cielo.» Y así fué, porque en el mismo dia llegó Teudis, rey de los godos, el que habiendo juntado sus fuerzas con las del valiente Aecio hizo levantar repentinamente el cerco al enemigo. Tan cierto es que la nube es la mensajera ordinaria de las buenas nuevas del cielo.

S. IV.—De algunas figuras vivas y animadas que representaron á la madre de Dios, y primeramente de Eva, Sara y Rebeca.

I. Tendriais gusto en ver en el estudio de un pintor á un aprendiz que se ejercita en imitar todas las partes del cuerpo humano separadamente con las proporciones y movimientos de cada una. El se atormenta para sacar un ojo que mira hácia arriba, otro que se inclina hácia abajo, otros que miran á derecha ó á izquierda. Observari- ais que delante de él los hay de mil maneras: unos están abiertos, otros cerrados, unos alegres, otros tristes; unos son modestos, otros atrevidos; unos están lánguidos, otros apasionados de amor ó de odio, de ira y desesperacion; en una palabra expresan todos los afectos del alma y todas las alteraciones del corazon. Despues que há adquirido alguna facilidad en esta parte, se pone á remedar los diversos ademanes y movimientos del brazo y de la mano, las diferentes posturas y pasos de la pierna y del pié. Cuando ha aprendido bien á contornear un ojo, redondear una frente, afilar una nariz y así de las demás partes, prueba á juntarlas y hacer una cara entera, luego me-

fué muy pequeña al principio, no obstante se extendió en poco tiempo y cubrió toda la superficie de la tierra, en lo cual figuró perfectísimamente á la Virgen, que no habiendo tenido casi apariencia durante su vida mortal no ha dejado de extender su dominio donde quiera que es reconocido y adorado Dios. Por último aquella fué el principio del regocijo público, á que se siguió el refrigerio de los cuerpos y la fertilidad de la tierra, y fué una señal de próxima abundancia; así tambien la nati- vidad de la Virgen fué el principio de la salud y de toda la felicidad á que podíamos aspirar jamás.

X. Finalmente para hacer referencia de las historias modernas á las antiguas, ¿quién no creerá que la nube que en otro tiempo anunció la libertad de la ciudad de Orleans, figuró verdaderamente á la gloriosa Virgen, supuesto que fué una señal de la merced que habia de hacer á sus hijos? Digolo con tanta mas probabilidad, cuanto mas se asemeja el hecho al de Elias, y porque aquella noble ciudad fué siempre sinceramente devota de la madre de Dios. S. Gregorio Turonense cuenta en la historia de Francia (1) que estando Orleans asediada y fuertemente estrechada por Atila, rey de los hunos, y no pudiendo los muros sufrir las terribles embestidas del enemigo, el pueblo lleno de pavor recurrió á su santo obispo Agnano. Este bondadoso prelado movido á compasion los alentó primeramente, y habiéndolos infundido esperanza hizo que se pusieran en oración y él se puso el primero. Al cabo de un rato mandó que se observase desde la muralla, y como los emisarios no descubriesen nada, hizo redoblar las oraciones con el mismo éxito que antes. Por tercera vez se continuaron las oraciones con mas fervor, y el obispo aseguró á los

(1) Lib. 2, cap. 7.

habitantes que si tenían una firme confianza en Dios, indefectiblemente recibirían auxilio del cielo antes de la noche. En esto se puso él á orar con calor, y acabada la oracion envió á observar desde la muralla como antes. Esta vez volvió gozosisimo el mensajero diciendo que habia visto muy lejos una nubecilla. Entonces el santo lleno del espíritu de Dios dijo: «Animo, hijos míos; sin duda ese es el auxilio que os viene del cielo.» Y así fué, porque en el mismo dia llegó Teudis, rey de los godos, el que habiendo juntado sus fuerzas con las del valiente Aecio hizo levantar repentinamente el cerco al enemigo. Tan cierto es que la nube es la mensajera ordinaria de las buenas nuevas del cielo.

S. IV.—De algunas figuras vivas y animadas que representaron á la madre de Dios, y primeramente de Eva, Sara y Rebeca.

I. Tendriais gusto en ver en el estudio de un pintor á un aprendiz que se ejercita en imitar todas las partes del cuerpo humano separadamente con las proporciones y movimientos de cada una. El se atormenta para sacar un ojo que mira hácia arriba, otro que se inclina hácia abajo, otros que miran á derecha ó á izquierda. Observari- ais que delante de él los hay de mil maneras: unos están abiertos, otros cerrados, unos alegres, otros tristes; unos son modestos, otros atrevidos; unos están lánguidos, otros apasionados de amor ó de odio, de ira y desesperacion; en una palabra expresan todos los afectos del alma y todas las alteraciones del corazon. Despues que há adquirido alguna facilidad en esta parte, se pone á remedar los diversos ademanes y movimientos del brazo y de la mano, las diferentes posturas y pasos de la pierna y del pié. Cuando ha aprendido bien á contornear un ojo, redondear una frente, afilar una nariz y así de las demás partes, prueba á juntarlas y hacer una cara entera, luego me-

dió cuerpo y por fin remata la figura. Si habeis comprendido lo que hace un pintor con respecto á su aprendiz; no os costará mucha dificultad concebir cómo se portó Dios con nosotros, porque antes de hacer ver al mundo la Virgen como una pieza maestra que debían de imitar todos, nos puso en la mano el libro de las figuras para que por él hiciéramos nuestro aprendizaje. Eran diversas piezas esparcidas acá y acullá, cada una de las cuales tenía algun lineamiento y representaba alguna parte de aquel hermoso cuerpo, quién el ojo, quién la frente, quién la mano; quién la mansedumbre, quién la caridad, quién el amor, quién la elección que Dios hizo de ella, quién la alteza de sus méritos, quién la grandeza de su poder; quién la mostraba de perfil, quién de lleno; quién toscamente, quién le daba un aire mas parecido al natural: porque es cierto que hay poca diferencia y desigualdad entre estas figuras, pues las que hasta aquí se han puesto á la vista, son muertas é insensibles, y las que faltan, son vivas y animadas de ciertas facciones naturales y atrevidas que tienen mucha mas gracia que las primeras, y tanto mas cuanto que hay mas semejanza de una mujer á otra que de una vará ó un arca á una mujer. Espero pues hacer ver sin fastidio en lo que resta de este capítulo, hasta una docena de mujeres antiguas, que fueron las verdaderas figuras de la madre de Dios y en el rostro de las cuales se podrán notar muchas bellas facciones del agraciado semblante de la Virgen, que arrebatá á los ángeles y á los hombres, salvo el confesar siempre que ella es única é incomparable entre todas.

Primera figura: Eva.

Cuatro semejanzas entre Eva y la virgen Maria; primera el modo de creación de Eva; segunda el fin de su creación; tercera el nombre que Adam le dió; cuarta las perfecciones de que fué dotada.

II. Eva será la primera, supuesto que recibió de Dios mismo la honra de ser criada y de representar á la madre de Dios antes que las otras. Apenas se encontrará un solo padre de la iglesia entre los antiguos que no la traiga á colación cuando se trata de la madre de Dios; bien es verdad que los mas hablan de ella por oposicion, como haré ver en el tratado segundo, Dios mediante. Por ahora como no se trata de antitesis, sino mas bien de proporción y armonia, solamente diré que si mi plan no me llevara á dejar este discurso para mejor ocasion, tendria materia para alargarme con conocimiento tocante á esta figura, que desde luego me suministra cuatro semejanzas señaladas. La primera se encuentra en el modo con que Dios formó á esta mujer, la primogénita de todas, porque la hizo de la costilla de Adam cuando este se hallaba sumergido en el sueño extático que el Señor le envió en ocasion de grandísimos é importantísimos misterios. La segunda se conoce en el fin para que la crió Dios, á saber, para que sirviese de compañera al hombre y de cooperadora á la propagación del linaje humano. La tercera se advierte en el nombre que Adam le dió por expresa comision de Dios llamándola Eva, que equivale á madre de los vivientes, segun vemos en el capítulo III del sagrado libro del Génesis. La cuarta se ve en las perfecciones con que el autor de la naturaleza dotó á esta mujer, formada por sus manos en el origen del mundo con intento de hacerla el modelo y dechado de las, de su sexo. Todos estos títulos me darian abundantísima materia para entretenerme, si no pensase hablar de ello en el tratado segundo, donde

propondré como es debido esta figura y la consideraré mas despacio: en la mano del lector estará buscar en aquel lugar cuanto pueda desear; para lo cual servirá además lo que se diga de las singulares partes y de las perfecciones naturales de la Virgen en el capítulo VI de este tratado y en el VII de la eminencia de su gracia.

Segunda figura: Sara.

Sara significa señora. Sara se dice hermana de Abraham por salvarle la vida.

III. Sara viene despues de su madre y en sentir de S. Juan Crisóstomo (1) y de S. Buenaventura (2) representa tambien á la madre de Dios. Yo me contento con cuatro, paralelos, el primero de los cuales se oculta bajo el nombre de Sara que significa señora; no obstante no diré nada acerca de esto, porque mereca un discurso entero, que se hallará al fin del tratado segundo. San Buenaventura opina que la palabra Sara significa tambien un carbon; lo cual acomoda á la ardiente caridad de la madre de Dios, añadiendo: «Bendito carbon, de donde salió la llama celestial y divina, que no es otra que Jesucristo.» La segunda semejanza es la que el mismo santo doctor funda en lo que está escrito en el capítulo XX del Génesis, donde se dice que estando Abraham en Garara con su mujer Sara le pidió con instancia que dijese ser hermana suya; lo cual podía hacer ella sin mentir, como manifiesta la misma escritura, en atencion á que era su prima hermana y por consiguiente su hermana segun el modo de hablar de los hebreos, estando segura de que por tal medio le salvaria la vida. El santo doctor se vale de esta estratagemá para con la Virgen diciéndole en nombre

(1) Hom. 42 in Genes.

(2) Specul. B. V., c. 6. of 43.

de todos sus fieles hijos (1): «Santa señora, que eres nuestra única Sara, te suplicamos humildísimamente que digas que eres nuestra hermana, porque solo por este medio podemos esperar ser bien venidos cerca de Dios y salvar nuestras vidas y nuestras almas. Por favor no pongas ningun reparo, para que estando bajo de tu amparo, temamos ofendernos los egipcios, que son los demonios, se junten mas facilmente á nosotros los santos ángeles y nos auxilién en nuestras necesidades, y nos tengan lástima y compasion el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.»

IV. El tercer paralelo consiste en la esterilidad fecunda, porque S. Juan Damasceno afirma (2) que era razonable que la esterilidad concibiese y pariese antes que la virginidad, á fin de que no se llegase mas que por los milagros al milagro mayor de todos (3). Y S. Juan Crisóstomo se enajena de gozo en el lugar citado arriba afirmando que no sin designio hizo anticipadamente Dios que una mujer estéril como Sara concibiese y pariese, sino que fué para acostumar nuestros ánimos á la concepcion virginal por medio de semejante ensayo de su poder. «Si acontece, dice, que el judío te pregunte cómo pudo ser que una virgen pariese un niño; alegale el ejemplo de Sara estéril y anciana y dile que no obstante estos dos impedimentos no dejó de ser madre, y que en la Virgen no existia mas que uno, á saber, que no conocia varon. Así le harás confesar que la esterilidad abrió el camino á la virginidad. Y para que aun tengas menos motivo de dudar que Dios permitió aquella para facilitar, ennoblecer y realzar esta, acuérdate que el ángel Gabriel se sirvió del mismo ejemplo alegando á la

(1) Specul., c. 6.

(2) Orat. 3 de nativ. B. Virg.

(3) Orat. 1 de nativ. B. Virg.

Virgen santísima el caso de su prima Isabel, como si dijera: «Tú deseas saber cómo se cumplirá lo que te anuncio, y yo te digo que el Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra.» No busques un orden y disposición natural donde todo es sobrenatural y divino. «Se propone la preñez de la mujer estéril, dice S. Ambrosio (1), para que no se ponga en duda la de la Virgen, en atención á que aquella no fué sino como un ensayo y un experimento de esta segun S. Gregorio Niseno (2). Bien merecen copiarse las palabras de oro del elocuente prelado de Ravena á este propósito (3): «Dios, dice, para dar mas realce y esplendor al parto de una virgen quiso que precediera el fruto de una mujer estéril y anciana, que enteramente habia perdido la esperanza de ser madre, á fin de que viendo reverdecer, rejuvenecerse y como resucitar en favor del siervo un cuerpo ya seco y todo consumido de vejez, nadie dudase que podia conservarse la flor de la virginidad con su fruto y que el título honoroso de la castidad y el sello de la perfecta integridad podia permanecer intacto á la entrada y á la salida del autor de la naturaleza.» S. Cirilo de Jerusalem en la catequesis duodécima, despues de haber convencido á los gentiles con sus propios escritos, la emprende con los judios y les propone el mismo ejemplo diciendo: «Vosotros no dudáis del parto de Sara, que era anciana y estéril; pues ¿qué motivo tenéis para dudar del de la Virgen? O negad los dos igualmente, ó concededlos indistintamente, porque para Dios no es mas difícil el uno que el otro. Ved la vara que Moisés tiene en su mano y la que Aaron lleva en la suya: aquella se convierte en una serpiente, y esta de seca que estaba, aparece cargada de flores y frutos. Despues que hayais considerado todo

(1) la Lucan.

(2) Hom. de Christi nativ.

(3) Sermo 87.

esto y además cómo el cuerpo de Adam compuesto de huesos, nervios, músculos, carne y tantas piezas diferentes es formado de un poco de barro, cómo os atreveréis á negar que Dios que obró todas esas maravillas, pudo hacer concebir á una virgen?»

V. Origenes presenta otros muchos ejemplos en confirmación de esta verdad, que podrá ver quien quiera en sus sabios escritos (1). «El que pudo unirse á nuestra naturaleza sin sufrir ninguna alteracion ó cambio (escribia mas de mil años há Máximo, monje de Monte Casino) (2), ¿no podrá preservar de corrupcion la integridad de su madre?» «La Virgen, dice S. Tito, obispo de Bostra en la Siria, grave y antiguo doctor (3), confiesa ingenuamente que Dios hizo cosas grandes y maravillosas en ella, pero no imposibles á su omnipotencia.» «En efecto ¿por qué han de ser imposibles para él, dice S. Ambrosio (4), cuando vemos que ha obrado tantas otras maravillas tan difíciles de creer como esta? Sacó agua de la peña con una vara; impidió que el hierro se fuera á fondo; hizo andar á un hombre sobre el mar; ¿y creéis que le cueste mas trabajo hacer concebir á una virgen?» S. Andrés de Jerusalem dirigiéndose á María sobre el mismo propósito le habla de esta suerte por boca del ángel Gabriel (5): «Me preguntas, Virgen santa, cómo podrá ser lo que te anuncio. Dime primeramente cómo la vara de Aaron dió fruto; cómo salió agua de la peña dura; cómo ardió la zarza sin reducirse á cenizas, porque yo no tengo que decirte mas, sino que el mismo artífice que hizo en otro tiempo esas maravillas, debe de ejecutar tambien la de que te hablo. Por el poder de él debes de concebir no á la manera de tu prima Isabel ó

(1) Homil. 4 de diversis.

(2) Centur. 4, cap. 9.

(3) Ad cap. 1 Luc.

(4) Epist. 84 ad Sirio. pap.

(5) Orat. in Annunt.

de tu buena madre Ana, que conocieron á sus maridos, sino de una manera singularmente extraordinaria y extraordinariamente singular, quedando virgen despues del parto como lo eras antes. «La madre de Dios, dice San German de Constantinopla (1), que tenia delante los ejemplos de varias mujeres á quienes la esterilidad no habia impedido de concebir, las aventajó á todas en este punto juntando la maternidad á la virginidad.» Conozco que la suavidad de las sentencias de los santos padres arrebató mi espíritu y le detiene mas de lo que fuera necesario. Por esto quiero poner fin á la relacion con las sólidas palabras de Proclo, arzobispo de Constantinopla (2): «Yo ahí unas pruebas irrecusables de la virginidad de la madre de Dios. Así que cese toda contradicción, y la luz disipe las tinieblas de toda suerte de errores, si aspiramos al reino de los cielos.»

VI. Último paralelo: Sara no tuvo mas que un hijo; pero ralió por millares de otros: fué la alegría de sus padres, la dicha del universo y un manantial vivo de bendiciones para todas las naciones de la tierra. «Con mucha mas razon debemos de creer esto del verdadero Isaac, hijo de Maria, dice S. Gerónimo, esto es, de Jesus, la alegría de su madre, el reparador del mundo, la felicidad de todos los hijos de Adam y de los siglos futuros.»

Tercera figura: Rebeca.

VII. Rebeca merece juntarse con las dos anteriores, porque S. Bernardo, á quien oiremos á continuacion de este discurso, reconoce que es verdadera figura de la madre de Dios. Está puesto en razon empezar las seme-

(1) Orat. de unitat. beat. (2) In fine orat. in Christi nativ.

janzas de las dos por el nombre: Rebeca significa *la que está en sazón* y nos muestra la buena disposicion interior de la madre de Dios, la que manifestaré mas extensamente en los capitulos siguientes cuando hable de su gracia y de sus perfecciones interiores. En segundo lugar se dice de ella en el capitulo XXIV del Génesis que era una doncella muy hermosa y agraciada; y S. Gerónimo observa sutilmente (1) que el texto original se vale del nombre Halma, que en la Escritura se usa para significar no una doncella cualquiera, sino una prudente, modesta, retirada en su casa, apartada de toda conversacion peligrosa; añadiendo que la misma palabra se lee en el oráculo tan celebrado del profeta Isaias cuando dice que una virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel. Todas estas bellas prendas se reunieron en la prudente y casta Rebeca, como se manifiesta por la narracion del capitulo del Génesis ya citado; pero de un modo excelente en la madre de Dios, según haré ver despacio cuando trato de su belleza natural. En tercer lugar Rebeca se casó con Isaac por disposicion divina: este hecho se refiere á la larga y de un modo muy deleitable en la sagrada Escritura (2). Allí se dice que habiendo ido á la Mesopotamia Eliezer, mayordomo de Abraham, para escoger mujer á Isaac, hijo de éste, se sentó junto á una fuente é hizo oracion á Dios con entera confianza diciéndole que la primera muchacha que fuese á sacar agua y le diese de beber de buena gana despues de pedirle él, y además se presentase para dar de beber á sus camellos sin ser reguerida, sería resueltamente la que él escogiese para mujer de Isaac. Esta sencillez agradó tanto á Dios, que al punto

(1) De tradition. habraicis in illud: Ecce virgo concepit. c. XXIV Gen. et in c. VII Isaiæ (2) Genes. c. XXIV.

le envió la que necesitaba Isaac, hijo de un gran santo é íntimo amigo suyo. Pues la Virgen santísima no se casó mas que por disposición divina, como declararé mas extensamente en el capítulo XI del tratado último.

VIII. En cuarto lugar Rebeca, de quien volveré á hablar en otra ocasión (1), no solo ejeculó las disposiciones de Dios, sino que dió prueba de su aventajado entendimiento cuando vistió con tanta propiedad á su amado Jacob las vestiduras de su hermano Esaú y le cubrió las manos y el cuello con pieles de cabrito para proporcionarle el beneficio de la bendición de los primogénitos. Pero la Virgen santísima fué la que cumplió el misterio oculto debajo de esta figura. No se necesita mas que oír á S. Bernardo, quien habla pertinentemente de este asunto en su sermón 28 sobre el Cantar de los cantares. «Conozco muy bien, dice, bajo de esa piel de cabrito, señal del pecado, la mano que no le cometió jamás, y el cuello que nunca fué manchado con ningún mal pensamiento que hubiese pasado del corazón á la boca. Sé además, oh mi bendito Salvador, que eres manso por naturaleza y humilde de corazón, regido con el aceite de alegría sobre todos tus compañeros. ¿De dónde pues proviene que eres cubierto de velluda piel como el agreste Esaú? ¿De quien es esa figura desapeñable y ese vestido extraño? Esas son, Señor, las pieles y las señales del antiguo pecador, cuya semejanza te dignaste de tomar estando muy distante de la realidad. No es Rebeca quien te la compuesto así, sino Maria que te ha cubierto de esta vestidura para que recibas una bendición tanto mas excelente, quanto es mas santa que Rebeca aquella de quien eres hijo. En buena hora tomaste prestada nuestra vestidura, porque es con intento de alcanzarnos la bendición.

(1) Trat. 2, cap. 5.

S. V. — De Maria, hermana de Moisés, de Axa y de Jabel.

Primera figura: Maria hermana de Moisés.

- I. Semejanza del nombre de Maria. II. Semejanza en la virginidad.
III. Semejanza en el casido que casaron ambos.

I. S. Ambrosio (1), S. Gregorio Niseno (2), S. Pedro Crisólogo (3), S. Antonino (4), Aponio (5) y algunos otros reconocen á Maria, hermana de Moisés, por una de las antiguas figuras de la madre de Dios. La semejanza consiste principalmente en tres puntos. El primero es el nombre augusto de Maria que llevaron las dos, la una por figura solamente y la otra en realidad y con verdad. Los doctores antiguos y modernos (6) dan ordinariamente cinco significaciones principales á este precioso nombre. En primer lugar dicen que equivale á señora. Ana, que significa la gracia (dice S. Juan Damasceno) (7), pare á Maria, esto es, la señora, y con razon, porque fué la madre del criador del universo. «El nombre de Maria, dice Arnulfo de Chartres (8), abad de Bonneval é íntimo amigo de S. Bernardo, nos representa el señorío que tuvo ella sobre todo lo criado, y aunque haga alarde de ser sierva, esta servidumbre es mas honrosa que todas las coronas del mundo.» S. Buenaventura discurre largamente sobre este título (9), y lo quese dirá acerca de él en mejor ocasion (10), podrá bastar á quien

- (1) *Sob finem exhortat. ad virg.*
(2) *De virginit.*, c. 6.
(3) *Serm.* 142, 146.
(4) *Part. 3, tit. 15, c. 14.*
(5) *S. 2.*
(6) *Comment. 6 in Cantica.*
(7) *S. Chrysolog. loco citato: Hieron. De nominibus hebraicis: Idiota, Contempl. de B. Virgine,*
c. 5: *Epiaph., Orat. de laudibus Virg. : Bonavent., Specul. R. V. c. 43: Canisius, Mariat. c. 4: Spinellus de B. Virg., c. 14, n. 11: Cornelius à Lapide in cap. XV Exod.*
(7) *L. 4 Fidei orthodox.*
(8) *De laud. Virg.*
(9) *Loco citato.*
(10) *Trat. 2, c. 13.*

quiera instruirse. En segundo lugar significa maestra ó la que enseña (1); de lo cual hablaré mas oportunamente en la figura de Judit. En tercer lugar significa mar amargo. «Mar», dice el mismo S. Buenaventura, á causa de la afluencia de las gracias de Dios representadas por el Salvador en el Evangelio bajo la figura de los rios impetuosos y de los arroyos de agua viva que debian de salir del pecho de los que creyesen en él; arroyos que se ven correr de todas partes al seno de María, quien recibe la gracia de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles y generalmente de todos los órdenes de la iglesia. • Mar amargo ya por la pena que le causamos cuando nos pare con dolor, segun demostrare en otro lugar (2), ya por la muerte cruel de su hijo, ya con respecto á los demonios cuya ruina y muerte es, como el mar Rojo lo fué en otro tiempo para los egipcios que perseguian al pueblo de Dios. Esta significacion no está muy distante de la que le da S. Epifanio (3) llamándola la mirra del mar, porque la mirra simboliza la amargura. Por esto decia uno de los mas devotos sierros de la Virgen (4): «Si te sientes estimulado y aun ya medio ganado por los halagos de la carne; sumérgele de pronto en ese mar de amargura, pronuncia ese nombre sacratísimo é indefectiblemente sabrás por experiencia que no por vano título lleva el nombre de María. • Si alguno juzgase que la vez mirra se empleo aquí para significar una especie de piedra preciosa de que los antiguos acostumbraban hacer vasos de valor; diré de grado que tal vez por este motivo llamaria S. Buenaventura á la Virgen el escanciador del paraíso, como la que distribuye á las almas buenas las delicias ordinarias del cielo.

(1) Idiota, loco citato.
(2) Trat. 2, cap. 6.

(3) Orat. de S. Desperre.
(4) Aherl. Muen. tuc. 1. Esc.

II. En cuarto lugar significa estrella ó señora del mar. Estrella, dice S. Buenaventura, por su peregrina pureza, que mas bien se aumentó que se disminuyó por el nacimiento del Verbo divino, el cual salió de ella como el rayo de la estrella, segun canta la iglesia con el devoto S. Bernardo (1). Estrella por su rara hermosura y por el fruto incomparable que sacan de su resplandor todos los que navegan en el borrascoso mar de este mundo. S. Bernarda y S. Buenaventura dicen mucho mas sobre esto, y sus bellos pensamientos vendrán al caso en otra ocasion.

III. En quinto lugar la palabra María equivale á iluminada ó iluminante, porque ella ilumina á todo el mundo por sus ejemplos, su misericordia y su gloria, segun dice el mismo S. Buenaventura (2). Por sus ejemplos, porque la iglesia canta de ella que su gloriosa vida trajo la luz al mundo y que su excelente conversacion difundie rayos de claridad sobre todas las iglesias del orbe. Por su misericordia, porque el pueblo de Dios es conducido por su medio entre las tinieblas de esta vida como antiguamente por la nube de claridad que iba delante de Israel. Por la excelencia de su gloria, porque podemos decir de ella lo que está escrito en el libro del Eclesiástico (3), á saber, que el sol difunde por todas partes los rayos de su luz y que su obra está llena de la gloria del Señor. S. Epifanio añade á lo dicho una sexta significacion exponiendo que el nombre de María equivale al de esperanza; lo que mostraremos mas oportunamente en el siguiente tratado al hablar del título de reparadora. Pero S. Ambrosio me sugiere una que no tiene igual: él es el único, que yo sepa, que la ha tachado, y me costaria trabajo decir de donde la deriva,

(1) Hom. 2 in Misas.
(2) En el lugar citado.

(3) Cap. XLII.

ni de quien la ha tomado. Maria, dice (1), encontró un nombre que es particular de ella; porque quiere decir: Dios ha nacido de mi linaje. Si queremos dejar correr esta interpretación por respeto á aquel gran doctor; habrá que confesar que despues del adorable nombre de Jesus no ha habido nunca otro mas apropiado, ni que mejor correspondia á la cosa significada. A lo que añadiré para confirmar este misterio la feliz ocurrencia del bienaventurado Proclo, el cual sostiene (2) que Gabriel considerado con propiedad equivale á Dios hecho hombre para manifestar que todo lo perteneciente al misterio del Verbo encarnado habia sido previsto y ordenado por Dios en particular, hasta la pequeña circunstancia del nombre del mensajero celestial.

IV. De tantas maravillas escondidas en este nombre augusto tomaron los santos padres ocasion de entrar en sus alabanzas y representarnos los incomparables efectos de él. El elocuente arzobispo de Ravena citado arriba dice haciendo alusion á Maria, hermana de Moisés y Aaron, y hablando de Maria, madre de Jesus: «Este nombre tiene sabor de profecía; es un nombre de salvacion para los que han sido regenerados; es el lustre de las virtudes, el honor de la castidad, el sacrificio agradable á Dios, la muestra de la hospitalidad, la morada de la santidad; en una palabra el nombre de la madre de Dios es un nombre enteramente maternal. «¡Oh grandel; Oh bondadosa!; Oh digna de alabanzas Maria! dice San Buenaventura (5) despues de S. Bernardo. No es posible nombrarle sin inflamarse; no puede uno pensar en ti sin un gozo y un consuelo particular: nunca se acuerdan de ti los que te veneran, sin experimentar

(1) De instit. virg., c. 5.
(2) Orat. de Christi nativ. in concil. ephes.

(3) Specul. B. Virg., c. 8.

dulzura y suavidad. El devoto Idiota dice maravillas de este nombre (1). «Maria, no temas (son sus palabras), porque la santísima Trinidad te ha dado un nombre que es sobre todo nombre despues del de tu amado hijo, nombre en el cual ha de doblar la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra y en el infierno; como en el suyo. Toda lengua pregone la gracia, la gloria y la virtud de este santo nombre, porque despues del de Jesus no hay otro de quien debamos de esperar la salvacion. Este nombre sobre todos los nombres que se pueden pronunciar, pone en el buen camino á los descaminados, sana á los enfermos, ilumina á los ciegos, penetra los corazones insensibles, alienta á los tibios y flojos, conforta á los que pelean, y hace inútiles todos los esfuerzos del demonio.»

V. «Este nombre, dice S. Antonio de Padua (2), es un estrechamiento para el corazon, un panal de miel para la boca y una dulce armonia para el oido.» «Este nombre, dice S. Buenaventura (5), á manera de fuente cristalina refrigera al alma sedienta y la hace producir frutos de justicia.» «Este nombre, dice Alberto Magno (4), nos sostiene cuando somos asaltados de tentaciones.» «Este nombre, dice S. Buenaventura (5), nos da confianza á la hora de la muerte, ahuyenta á nuestros enemigos invisibles y restituya la paz y la tranquilidad al alma.» «No hay azar ni peligro de ningún género, dice S. Anselmo, de que no libre este nombre (6).» «Así que maravilla es, dice Pedro de Blois (7), que en toda la iglesia sea tan estimado este nombre, que los cristianos le imploren con tanto afecto, que doblen la rodilla en

(1) En el lugar citado.
(2) Dominic, 3 in quadrag.
(3) In psalter. Virg.
(4) En el lugar citado.

(5) In psalterio.
(6) De excellent. Virg., c. 6.
(7) Serm. 28.

cuanto le oyen pronunciar, y que el pueblo fiel eleve en todas partes sus súplicas y oraciones al cielo á manera de un mar estrepitoso? No puedo olvidar lo que la misma madre de Dios reveló á santa Brígida (1). «Mi hijo, le decía, ha honrado de tal suerte con su gracia mi nombre, que es María, que al oírle los ángeles se regocijan y bendicen y dan gracias al que hizo en mí la maravilla de unir su divinidad á nuestra humanidad: las almas del purgatorio no le oyen jamás sin experimentar algún alivio, al modo que el pobre enfermo oye la dulce y grata nueva de su curación: los ángeles custodios se unen mas íntimamente á aquellos á quienes están encargados de guardar, y redoblan su vigilancia y cuidado: los demonios tiemblan y se ven forzados á soltar la presa y poner en libertad al alma que ya tenían entre sus garras: en una palabra no hay pecador por frío que esté, de quien no se aparte el diablo, si habiendo oído mi nombre hace propósito firme de dejar el pecado y de no volver á cometerle más.»

VI. La segunda semejanza consiste en que María, hermana de Moisés, es la primera en la antigua ley que abrazó la virginidad por estado. Así lo enseñan los doctores citados por mí al principio y lo prueba S. Gregorio Niseno, tanto porque no se hace mención alguna de su marido en la sagrada escritura, como porque sino, llevaría el nombre de él á usanza de las otras mujeres y no la llamarían hermana de Moisés y de Aaron según se la llama de ordinario. Pero la madre de Dios la excedió, porque además de profesar aquella insigne virtud fué la primera que hizo voto indisoluble de ella, como enseñan S. Agustín (2), S. Bernardo (3), el abad Ruperto (4),

(1) Revelst. l. 4. c. 9.

(2) De sancta virginitate.

l. 6.

(3) Sermón in illud: Signum

magnum etc.

(4) Lib. 3 in Cantica.

muchos doctores (1) y comunmente todos los teólogos, que prueban su sentir de una manera ineluctable por la respuesta que la Señora dió al ángel cuando dijo: «¿Cómo se hará esto que me anuncias, porque yo no conozco varón? Con este motivo los santos le erigen un trofeo cargado de mil títulos honoríficos. Orígenes dice resueltamente (2) que ella fué quien ofreció y dedicó las primicias de la castidad y no puede salir que se rebaje esta virtud dando precio y valor á otra; S. Ambrosio la llama (3) la abanderada y la maestra de la virginidad. S. Epifanio la apellida (4) la princesa y el doctado de todas las demás: S. Agustín (5) el honor, y S. Gregorio Nacianceno la primera de las vírgenes (6); Sofronio el espejo de la perfección virginal (7); S. Juan Damasceno la reina, la madre y la gloria (8); S. Ildefonso la cumbre y el ejemplar de las vírgenes (9); S. Buenaventura la flor de la virginidad (10); S. Isidoro la capitana (11); S. Bernardo la primiciera (12); el devoto Idiota la corona de las vírgenes (13); y la iglesia universal la llama á boca llena con S. Pedro Crisólogo la virgen de las vírgenes y la virgen por excelencia.

Añado á lo dicho arriba que en su incomparable virginidad llevó á María, hermana de Moisés, dos ventajas cuyo precio no puede declararse, porque fué humilde y

(1) Hæph., sermón 5 de Assumpt.: Sancta Brighita 4.

Revel. c. 10: Gregor. Nyss., sermón de Nativitate: Anselm., de excell. Virg. c. 1: Hugo Victor., de perpeta virginit., c. 1.

(2) In cap. XIII Mat.

(3) De inst. Virginit., c. 5 et 6.

(4) Hæresi 78.

(5) Tract. 40 in Joan. et in c. II Luca.

(6) In carmine Tragedia de Christo partiente.

(7) Hæph. de Assumpt.

(8) In carmine de Epiphani.

(9) Sermón 1 et 3 de Assumpt.

(10) In hiansis B. Virg.

(11) De ecclesiast. officii.

c. 17.

(12) Sermón in illud: Signum magnum etc.

(13) Contempt. de E. V., c. 6.

fecunda; calidades que faltaron á aquella virgen antigua. S. Anselmo, hablando (1) de la sin igual virginidad de nuestra Señora, unida estrechamente á su profundísima humildad, las compara á la muralla y al baluarte de una fortaleza que se resguardan mutuamente: el baluarte guarnece la cortina, y la cortina defendiendo el baluarte: del mismo modo la humildad asegura la castidad, y esta sirve de muro á aquella (2). Discurriendo S. Bernardo acerca de la union de la virginidad con la fecundidad dice (3) que eso es lo que hizo incomparable á la Virgen, porque es muy cierto que estas dos calidades no se habian encontrado jamás reunidas antes de ella, ni se encontraron despues. «Esta es la razon, dice el abad Ruperlo (4), por que el esposo celestial la llamó hermosa por dos veces diciendo: «Cuán hermosa eres, amiga mia, cuán hermosa! Eres hermosa por tu virginidad y eres hermosa con motivo del hijo que pariste, porque en nadie sino en ti se ha encontrado, ni se encontrará jamás esta doble hermosura.» Explicando en otro lugar (5) estas palabras del mismo esposo: Tus dos pechos como dos cervatillos mellizos; dice: «Nunca se han visto, ni se

(1) Sermo de Assumpt. B. V.
 (2) Adición de la madre Maria Jacobo de Blenar. — «Sucede con muchísima frecuencia que la virginidad, que es la hermosura del alma y la gloria del cuerpo, se deja corromper con las alabanzas, y que ofuscada con sus propias ventajas se lincea y ensorberisce de vanidad: pare la Virgen santa estaba muy distante de este defecto, porque hizo voto de ser esclava cuando le hizo de ser virgen, y aceptando la dignidad de madre no quiso dejar la calidad de sierva. Todos los padres de la iglesia han ad-

mirado esta disposicion y alabado su humildad. En la su virginidad fué fecunda; este es su privilegio incommunicable, que la hace una copia del Padre eterno. Ella es pura y fecunda como este: su pureza es una imitación de la de Dios, su fecundidad una emanación de la de él, y por un milagro que no tuvo jamas semejante, es madre y virgen.»

(3) Sermo in Signum magnam.

(4) Lib. 1.ª in Cantica.

(5) Lib. 3.ª in Cantica.

verán dos pechos semejantes á los tuyos, es decir, la virginidad con la fecundidad: no se oirá decir jamás que unos pechos llenos de leche sean de una madre y de una virgen juntamente. En una palabra tú eres la virgen singular, porque nadie te imitará, ni te ha servido de ejemplar: eres la única en tu especie.»

VIII. La tercera semejanza consiste en el cántico que entonaron las dos: la primera cuando fué libertado el pueblo de Dios por haberse tragado el mar á los egipcios y con ellos la esperanza que tenían de reducir otra vez los israelitas á la servidumbre. ¡Qué hermoso espectáculo ver á Maria cantando á la cabeza de las mujeres judias el precioso motete, que se lee en el capítulo XV del Exodo! Mas ¡cuán diferente cosa era oír á Maria madre de Jesús, despues que se obró en ella el misterio de la Encarnacion y se empezó la obra de la reparacion de los hombres, alabar y engrandecer al Señor en presencia de su prima Isabel. Por lo cual mereció el titulo y nombre de profetisa tan bien como aquella, y mejor, segun hará ver en el capítulo X con mas oportunidad.

Segunda figura: Axa.

IX. Axa tambien fué figura de la madre de Dios en sentir de S. Buenaventura (1). De ella se dice en el capítulo I del libro de los Jueces que haciendo Caleb la distribucion de las ciudades de Canaan mandó publicar á son de pregon que daría su hija Axa por mujer al que tomase la ciudad de Cajitasefer, donde estaba la academia de los cananeos. Esta promesa alentó á Otomiel, el cual animado de la esperanza de poseer la mano de aquella doncella embistió tan denodadamente á Cajitasefer, que

(1) Special. B. Virg., c. 43.

la tomó por asalto. Caleb le cumplió la palabra, y para dotar á su hijo le dió una tierra que no gustó á Otomiel porque no era de riego. No obstante aconsejó á su mujer que aprovechára la ocasión y manifestara á su padre cuán mal la había dotado. Hizolo ella tan acertadamente, que Caleb oyéndola suspirar le concedió cuanto quiso y le dió una tierra fértil regada por arriba con las lluvias del cielo que recibía oportunamente, y por abajo con un hermoso arroyo que dirigía su corriente hácia la parte que se quería. Si se aliende al nombre de Axa, dice san Buenaventura: significa hermosa, agraciada y ricamente adornada; lo cual conviene admirablemente á la Virgen, como se verá por los discursos que tratan de su peregrina hermosura (1) y de los maravillosos atavíos de gracia que recibió. Axa fué dada por mujer á Otomiel, que significa Dios de mi corazón, y la virgen Maria tuvo por esposo al Espíritu Santo, que verdaderamente fué el Dios de su corazón; como diré en el capítulo V. Lo mas digno de notarse es que Maria llevó en dote una tierra pingüe, regada por arriba y por abajo; por arriba, dice S. Buenaventura, por la divinidad de su hijo, y por abajo por su humanidad; por arriba, porque le concibió en espíritu antes de concebirle en su cuerpo, y por abajo, porque le llevó en sus entrañas; por arriba á causa de la caridad de Dios, y por abajo á causa de la del prójimo; por arriba por la contemplacion, y por abajo por la acción; por arriba en el cielo, donde está ahora, y por abajo en la tierra, donde vivió largos años y donde recibe al presente los honores debidos á la calidad de madre de Dios y señora del universo; por arriba por la gloria que posee en el cielo, y por abajo por la gracia que tuvo en este mundo. Tierra santa, que tan felizmente fué regada y que benefició tan largamente las bendiciones de Dios.

(1) Cap. 677.

Tercera figura: Jabel.

X. La tercera será Jabel, y S. Buenaventura nos suministrará los rasgos de semejanza que se encuentran entre ella y la bienaventurada Virgen (1). En efecto: si nos fijamos en su nombre, Jabel quiere decir la que sube; y esto es lo que principalmente admiran los ángeles en la madre de Dios cuando preguntan asombrados: «¿Quién es esa que sube por el desierto como nube de incienso (2)?». Si atendemos al buen olor que despiden la una y la otra, Débora y Barac cantan en su cántico (3) que Jabel es bendita entre las mujeres, y el ángel del cielo dice lo mismo, pero con muy diferente motivo de la madre de Dios. Jabel libra al pueblo de las manos de Sisara, capitán del ejército de Canaan; por un singular rasgo de valor adormeciéndole en su tienda con una taza de leche y atravesándole las sienes con un clavo, de suerte que el caudillo cananéu juntó el sueño con la muerte segun la expresiva frase de la Escritura; y la madre de Dios con el clavo de una palabra penetrante y de una santidad terrible para el infierno atraviesa la cabeza de nuestro enemigo y le quita el poder de hacernos mal, si queremos escucharla á ella.

S. II.—De Judit, Ester y Rutab.

Primera figura: Judit.

1. Judit, segun refiere S. Buenaventura en diversos lugares, representó á la madre de Dios tan naturalmente cual ninguna otra, como se comprueba por los preciosos paralelos que apredremos aqui. Judit era una mujer

(1) Specul. B. Virg., c. 13.

(2) Cantic. V.

(3) Judit V.

agraciada si la hubo jamás (1) y dotada de incomparable belleza; pero no se acercaba ni con mucho á la de la Virgen, de la cual trataré mas oportunamente en el capítulo VII. Judit hablaba con tanta elocuencia, sabiduría y majestad, que quedaron sorprendidos los cortesanos de Holofernes (2) y hubieron de confesar que no se podía encontrar otra tan juiciosa y tan agradable en sus palabras. En el capítulo ya citado se presentará ocasion de hacer ver con qué verdad dice el esposo celestial alabando á la Virgen que sus labios son como vanda de graná y su hablar dulce (3). Por ahora bastará la consideracion de S. Buenaventura. Este santo doctor gusta (4) de una manera particular la dulzura de las siete palabras que leemos en el Evangelio haber salido de la sagrada boca de nuestra señora como siete chorros de miel derretida. De estas palabras dos se pronunciaron en respuesta al ángel Gabriel; otras dos se dirigieron á su prima Isabel, y tres á Dios. Las primeras fueron palabras de castidad y humildad, las segundas de caridad y verdad, y las terceras de accion de gracias, de queja y de compasion. El que quiera saber mas, puede leer al santo doctor y encontrará gran contentamiento. Judit fué el espejo de las santas viudas, y en esto pienso detenerme principalmente, no obstante que encontraré otra ocasion para mostrar que nuestra señora tuvo en grado eminente todas las bendiciones no sólo de las virgenes, sino de las casadas y viudas. Aqui no me apartaré de Judit viuda, cuyos hechos y dichos mas señalados se aplicarán puntualmente á la madre de Dios.

II. Judit perdió á su marido Manasés en tiempo de la siega de las cebadas, el cual murió de resultas de una insolacion que tomó á la hora de mediodi; y Maria per-

(1) Judit VIII.
(2) Judit XI.

(3) Cant. IV.
(4) Specul. B. Virg., c. 6.

dió á S. José, y sin hablar de este perdió á Jesus, su hijo y su esposo, por un fuego excesivo de caridad, que le llevó á morir clavado en la cruz á la hora de mediodia cuando trabajaba en la recoleccion de las almas. Judit se retiró desde entonces con sus doncellas á un aposento en la parte mas alta de su casa, y allí hizo una vida solitaria siendo ejemplar de viudas virtuosas; y la madre de Dios despues de muerto su hijo hizo una vida retirada conversando por lo comun con S. Juan, á quien habia sido encomendada, y con el arcángel S. Gabriel, su camarero, como observa el venerable Guericco, abad de Igny en Champaña (1), con S. Ildefonso. Allí la santa señora fué dechado de viudas ejemplares como lo habia sido de virgenes y casadas. Judit pasó en el silencio y la humildad el resto de su vida hablando solamente cuando lo requerian la caridad y la necesidad, y solo se presentó en público para servir á Dios y libertar á su pueblo; y Maria amó de tal suerte estas dos virtudes, que nunca se la oyó hablar sino con las mismas condiciones, y su humildad fué tan ejemplar, que segun observacion de S. Bernardo (2) siempre escogia el lugar mas infimo. En efecto en el primer capítulo de los Hechos de los apóstoles se la pone la última cuando se refiere que Pedro y Andrés, Santiago y Juan y todos los demás se entregaban con perseverancia á la oracion con las mujeres que habian seguido al Salvador, y con Maria madre de Jesus, no teniendo reparo de verse por bajo de aquella de quien su hijo habia echado siete demonios, como dice el santo doctor.

III. Judit fuera del tiempo que la necesidad le robaba, empleaba todo el restante en la oracion y contemplacion de las cosas celestiales; y la Virgen, dice S. Ildefonso (3), si no estaba en su oratorio, que era su mo-

(1) Serm. 2 de Assumpt. (3) Serm. 5 de Assumpt.
(2) Serm. in Signum magnum.

rada ordinaria, andaba visitando los santos lugares de las cercanías de Jerusalem, donde su amado hijo habia dejado estampadas las huellas de su dolorosa pasión, de su gloriosa resurrección y de su triunfante ascension. No tenia otro consuelo en este mundo que visitar aquellos santos lugares y regarlos con sus lágrimas ocupándose en una altísima contemplacion de los misterios que allí se habian obrado. Judit desde luego dejó á un lado los atavíos de la vanidad y todo lo que olia algo á galas, profanidad y lujo, reduciéndose á un estado de modesta simplicidad; y Maria no se contentó con esto (1), sino que vivió como un dechado perfecto de la pobreza evangélica que su hijo habia enseñado, no teniendo mas renta, ni mas provision que lo que la largueza de los fieles acomodados suministraba para la manutencion ordinaria de las viudas de la iglesia naciente. Judit añadia á la oracion el ayuno y la mortificacion continua llevando siempre el cilicio sobre su cuerpo excepto las fiestas y las lanas nuevas, que aquel pueblo celebraba con un culto particular; y á la madre de Dios la llama el gran S. Ignacio, patriarca de Antioquia (2), la maestra de la penitencia que ella practicaba sin intermision, y especialmente el ayuno; tomando apenas lo necesario para sustentar el cuerpo. Judit en medio de sus ejercicios se habia granjeado tal fama y en particular de castidad, que nadie por perdido que fuese, hablaba mal de ella (3). « Si me preguntas qué hizo la Virgen santísima despues de la Ascension de su hijo, dice Sofronio (4); te responderé con resolución que vivió virgen de cuerpo y alma con la fiel asistencia de dos ángeles, uno del cielo y otro de la tierra: es decir, de S. Gabriel y S. Juan, y con tanta fama, que el mismo santo la llama en el propio lugar la

(1) Canis. lib. 3, de B. V., c. 4. (2) Judit VIII.
(3) Epist. ad Joan. seniores. (4) Epist. de Assumpti.

idea de la disciplina cristiana, el espejo de la perfeccion, la primera entre los primeros herederos del rey de la gloria y el ejemplo de la conversacion angelica: S. Ignacio la llama (1) la honra de la primitiva iglesia y el ejemplar propuesto á la nueva esposa de Jesucristo: S. Ambrosio la reconoce (2) por la regla de santidad; y S. Ildefonso afirma (3) que con este motivo era honrada y respetada universalmente de todos.

IV. Judit penetró tan adentro en el retrete del espeso celestial y en la comunicacion con Dios, que mereció ser la maestra de los maestros y de los ancianos que gobernaban al pueblo escogido, como se refiere largamente en el capítulo VIII de su historia; y es dictamen de todos los santos padres que la virgen Maria por haber tenido el conocimiento experimental de la mayor parte de los misterios de nuestra religion obtuvo la honra de ser la regente de los doctores del universo, como la llaman el humilde Idiota (4) y S. Antonino (5), y de declararles los admirables secretos de la economia de nuestra redencion. El abad Ruperto despues de llamarla la maestra de los maestros le habla de esta manera (6): « Por ventura porque los apóstoles fueron enseñados por el Espíritu Santo, hemos de creer que no tuvieron necesidad de tus lecciones? Tan lejos de eso, que mas bien tu voz fué para ellos la voz del Espíritu Santo, y de tu sagrada boca aprendieron ellos cuanto necesitaban para suplir y servir de testimonio y confirmacion de lo que les habia enseñado aquel divino maestro. Por ventura porque los libros sagrados no hacen expresa mencion de ello, crearemos que cuando se congregaron los apóst-

(1) Epist. ad Joan. seniores. (2) Contemplat. de B. Virg., cap. 3.
(3) Lib. 2 de virg. (4) Part. 4, lib. 15.
(5) Sermo 5 de Assumpti. B. (6) Lib. 1 in Cant.
Virg. cap. 6 circa medium.

toles para resolver la cuestion de las ceremonias legales, no fuiste tú llamada al consejo y que los representantes de la iglesia no se atrevieron á decidir aquella cuestion sin consultar contigo, en cuyos labios residia singularmente y en cuyo casto pecho se anidaba el Espíritu Santo? Yo no dudo de ningún modo que tú ocupaste el lugar mas eminente, que todos se informaron de tí y que recibieron tus palabras como otros tantos oráculos, aunque no metieses mucho ruido. Mas aquellos príncipes de la iglesia no ignoraban el elogio y la honra que te debias de llevar por anánime confesion de todos de haber destruido tú sola todos los monstruos de herejía. Asi habla el devoto y docto abad S. Ambrosio observa al mismo propósito (1) que no es maravilla que S. Juan como águila real remontase tanto su vuelo y dejase á los otros tan atrás, si se atiende á que habia estudiado mucho tiempo en una buena escuela, que era la de la madre de Dios. Y el erudito Idiota afirma (2) que de la misma fuente sacó S. Lucas las particularidades de la encarnacion, de la infancia y de la educacion del niño Jesus, referidas por él con tanta diligencia.

V. Con tan excelentes preparativos fué dispuesta por Dios la santa Judit para ser la maravilla del mundo, la libertadora de su pueblo y la alegría pública cortando la cabeza al enemigo común Holoférnes, que habia sembrado el espanto entre los hombres mas valerosos y reueltos de Israel. S. Buenaventura nos hace reparar (3) que esta rasgo de semejanza se efectuó verdaderamente en la gloriosa Virgen; á quien dirige en agradecimiento las mismas palabras que los habitantes de Betulia dirigen á Judit: «El Señor te ha bendecido en su poder y

(1) De instit. Virg.
(2) En el lugar citado.

(3) Specul. B. Virg., c. 12.

por tu medio ha reducido á la nada nuestros enemigos.» Nuestros enemigos, dice el santo doctor (1), son los demonios, que aquella señora venció y derribó en tierra cuando en sí misma y en los demás quebrantó sus esfuerzos y anonadó su poder, segun observó el devoto San Bernardo diciendo: «Tú eres aquella valerosa guerrera, á cuya presencia sola huyen los escuadrones del infierno.» Judit en razon de esta proeza sin igual fué bendita de todo su pueblo y recibida con públicas aclamaciones y con títulos extraordinarios de honor. En efecto fué apellidada la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, la maravilla del pueblo de Dios; y la Virgen santísima, dice S. Buenaventura (2), recibió bendiciones de la beatísima Trinidad, de las tres gerarquias y de los espiritus bienaventurados y de todos los órdenes de la iglesia, que va él enumerando á la larga. Finalmente los despojos de Holoférnes fueron presentados á la valerosa Judit, la cual fué tan noble y generosa, que no quiso tocarlos, sino que los ofreció á Dios, á quien era debida la victoria, como anatema de olvido, contentándose con que no se hablara jamás de ella siempre que se atribuyese la gloria al Dios de los ejércitos y al Señor de las victorias; y la Virgen santa mejor instruida que Judit pone á los pies de su amado hijo todas las muestras de reconocimiento y todas las bendiciones que se le dan, viendo comados sus deseos cuando únicamente él es honrado y glorificado.

Segunda figura: Ester.

VI. Despues de Judit debe Ester de contarse entre las figuras mas expresivas de la Virgen santísima. El mismo S. Buenaventura la da por tal y reduce á tres ca-

(1) Specul. B. Virg., c. 12. (2) Ibidem.

pitulos principales las semejanzas que se encuentran entre ellas. La primera está en el nombre (1), porque Ester significa la que está escondida ó la que es ensalzada, y una y otra acepción nos manifiestan la alta contemplación de la madre de Dios. La segunda consiste en la elección que hizo de ella el rey Asuero á causa de su incomparable hermosura; porque la Escritura advierte (2) que ella despreció los adornos y perifollos de la vanidad mujeril, contentándose con que Dios le había dado partes por donde agradara tanto á aquel príncipe, el cual la amó mas que á todas sus otras mujeres y le puso en la cabeza la real diadema. Esta es la elección admirable de la Virgen, de la que tendría mucho que decir, si no hubiese discurrido largamente en el capítulo anterior y no hubiese de hablar en otras ocasiones (3). La tercera consiste en la libertad del pueblo de Dios proscripto y sentenciado á muerte por las pérdidas, maquinaciones del soberbio y cruel Aman, siendo libertado por la conducta hábil y prudente de Ester, como cuenta el sagrado texto (4). De la misma manera nuestra divina Ester, dice S. Buenaventura (5), encontró tan felizmente la yena de los favores de Dios, que no solamente adquirió para sí la corona real, sino que alcanzó además el perdón para todo su linaje, que era reo de lesa majestad y estaba condenado á muerte eterna.

Tercera figura: Betsabé.

VII. Betsabé merece ponerse en el lugar de las otras á juicio de S. Antonino (6), y me parece que hay en su

(1) Specul. B. Virg., c. 10.
Véase el mismo S. Buenaventura, Laus B. Virg., y S. Bernardino t. 3 Conc. 11, art. 2, c. 2.
(2) Ester II.

(3) Trat. 2, cap. 2 y en otros lugares.
(4) Ester c. XV y despues.
(5) Specul. c. 5.
(6) Part. 4, tit. 13, §. 2.

vida tres hechos principales que sirvieron de diseño á la madre de Dios. Con efecto Betsabé fué en primer lugar madre de Salomon, una de las principales figuras del Salvador, como se comprobará mas largamente en diversos lugares del tratado segundo; y María fué madre del verdadero pacífico y del único que nos reconcilió con Dios. Betsabé por su diligencia é industria puso la corona en las sienes de su hijo, como se refiere mas largamente al principio del libro III de los Reyes; y hemos visto en el capítulo I de este tratado que S. Gregorio Magno, S. Ambrosio y el abad Guerrico nos declaraban cómo la Virgen santísima coronó al Salvador con su sacratísima humanidad á la manera de una diadema rica y preciosamente guarnecida. Salomon honró de tal suerte á Betsabé así por la obligación natural que le tenia, como por justo agradecimiento de la corona que le debía, que mandó poner para su madre un trono arriado al suyo, á fin que todo el mundo entendiese cuánto la estimaba y cómo queria que fuese respetada; y yo espero la ocasión oportuna (1) para hacer ver que el Salvador procedió de la misma manera con su santa madre, salvo la diferencia de la silla de Betsabé á la de la virgen María, que es como de la noche al día, de la sombra á la luz, de la nada á lo mas alto y encumbrado despues de Dios.

§. VII.—De Abigail, Marta y Magdalena.

Primera figura: Abigail.

Singular humildad de Abigail y de la madre de Dios.

I. S. Buenaventura no olvidó entre las figuras de la

(1) Cap. 12, §. 5 y trat. 2, cap. 9.

madre de Dios á Abigail, una de las mujeres mas prudentes y mas complacientes de la antigüedad (1); por lo cual es digna de eterna memoria, y confieso que merecería una declaración mas ámplia de las excelentes relaciones de semejanza que tuvo con la Virgen, si mi propósito no me obligara á ser sucinto. Así me contentaré con tres paralelos: el primero se halla en el nombre de Abigail, es decir, el gozo del padre, y en el capítulo siguiente se verá bien el inestimable afecto del Padre eterno para con la bienaventurada Virgen, y el gozo que ésta le causó. Abigail dió prueba de su rara prudencia y admirable cordura cuando David ofendido de la grosería y desagradecimiento de Nabal, marido de ella, pensó no dejar vivo nada de cuanto le pertenecía, en castigo de la descomedida respuesta que habia dado á sus criados; mas la prudente mujer salió á recibir al rey y le habló con tanto comedimiento y cordura, que el príncipe se aplacó y dijo á Abigail: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, que te ha enviado hoy á mi encuentro, y benditas sean tus palabras, y bendita tú que me has estorbado hoy de ir á derramar sangre y vengarme por mi mano (2).» David no solo figuró, sino que á mayor abundamiento profetizó un encuentro mas feliz sin comparacion y mucho mas importante, cuando dijo: «La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron (3);» lo cual aconteció cuando la verdadera Abigail, la única que podía aplacar al Padre eterno justamente irritado contra el pecador insensato, le salió al encuentro y recibió el admirable ósculo de paz, es decir, el Verbo divino, como interpreta sutil, docta y devotamente S. Bernardo al principio de sus discursos sobre el libro de los Cantares. Abigail aplaca á David con sus palabras y presentes,

(1) In laude B. Virgin. y en otros lugares que se citarán.

(2) I. Reg., y siguiente. Salmo LXXXIV.

dice S. Buenaventura (1); y María reprime la ira de Dios con sus súplicas y merecimientos. Abigail aparta de su marido un castigo temporal, y María hace revocar el decreto de la eterna condenacion. Abigail merece ser bendecida por David, y María se hace digna de la bendición de Dios.

II. En conclusion David se prendió de tal suerte de la prudencia y virtud de Abigail, que quiso casarse con ella despues de viuda; en lo cual se manifestó de nuevo la suma destreza de aquella mujer, acompañada de una humildad profundísima, porque cuando le llevaron la noticia de que David habia puesto los ojos en ella, y la rogaba que fuese á verle, respondió con singular modestia que no se desconocía tanto, que no viese bien que no le correspondía aquella honra; pero que iría con ellos de muy buena gana para ser la menor esclava de David y lavar los pies de los siervos de su señor. ¿Dónde se ha visto nunca una cosa que mas naturalmente se parezca á la humildad de la virgen Maria? Lévale el ángel la embajada del cielo y la nueva de que Dios la ha elegido para su esposa, para madre de su hijo y para señora del universo, y la castísima doncella no replica otra cosa sino que no se reconoce buena mas que para ser la humildísima sierva del Señor. ¿Qué especie de humildad es esta, dice S. Bernardo (2), que no tiene ningun humo de vanidad por la honra que se le concede, ni se ensoberbece por la gloria que recibe? Es elegida para madre de Dios y se califica de esclava. Creedme, ésta es una señal no pequeña de santidad, porque así como no es gran maravilla ver á una persona humilde en el desprecio, así es una cosa excelente la humildad que persevera en medio de las mayores alabanzas y de los mas distinguidos honores. «¡Ad-

(1) Specul., c. 42. TOMO I.

(2) Hom. 4. in Missus. 7

mirable humildad de Marta exclamó S. Buenaventura (1): la salud el arcángel, la llama llena de gracia, le dice que el Espíritu Santo vendrá sobre ella, le presenta las potentes del rey del cielo, por las cuales es declarada madre de Dios y le da el primer lugar entre las simples criaturas: la honra con el título de señora y reina del cielo y de la tierra; y no saca de ella otra respuesta sino que es la esclava del Señor. « Ved, dice el elocuente S. Ambrosio (2), cómo no ensalza su estado después de tantas magníficas promesas, sino que por tan grande honra como recibe se contenta con decir que no sabe más que obedecer á su Dios y señor. » Y en verdad era razonable que aquella que debía de parir al humilde y manso por excelencia, vistiese su librea y tuviese el sabor de sus prendas. Esto hace á S. Antonino ponderar de tal suerte la humildad de la Virgen (3), que en comparación de ella no estima la de Abraham, que se llamaba polvo y ceniza, ni la de Job, que decía que su vida era un torbellino de viento y nada más, ni la de David, que quería ser tenido por un perro muerto ó por una pulga inútil, ni la del Bautista, que teniendo ocasión de pasar por el Mesías no quiso ser reputado más que por una voz débil y lánguida. « Sin embargo no juzgues por eso, dice S. Ildefonso (4), que cuando afirma que el Señor miró á su humildad, quiera apropiarse esta virtud: solamente quiere decir que el Señor la aceptó tal como se había dignado de hacerla para servirse de ella. » Por mi parte después de ver á estos padres de la iglesia estoy pronto á conformarme con lo que dice el abad Ruperto; á saber, que la humildad de la Virgen era tal, que todas sus otras virtudes, todas sus gracias

(1) Specul., c. 4.
(2) Lib. 4. in Luc.

(3) Part. 3. tit. 34. c. 3. §. 2.
(4) Sermo 2. de Assumpt.

y hasta los dones del Espíritu Santo con que estaba adornada como una reina en el día de su triunfo, debían de rendirle homenaje y pagarle tributo, porque todas habían sido ennoblecidas por aquella (1).

Segunda y tercera figuras: Marta y Magdalena.

III. Concluiré el discurso de las figuras con Marta y Magdalena, y ya que estuvieron tan íntimamente unidas por los vínculos de la sangre y de la caridad, también estarán juntas en este tratado. S. Euquerio, arzobispo de Leon en Francia (2), S. Ildefonso (3), S. Anselmo (4), S. Bernardo (5) y S. Bernardino (6) las honran como á dos retratos de los más insignes de la madre de Dios, y lo que es más, la iglesia las venera y las propone como tales á sus amados hijos. « Nuestros padres, dice el glorioso S. Ildefonso (7), instituyeron con grandísima discreción que en memoria de la Virgen se leyese en la iglesia el evangelio de estas dos hermanas, atendiendo á que desde que aquel á quien la Virgen preparó el templo de su cuerpo consagrado por el Espíritu Santo y dedicado á perpetua virginidad, fué hospedado por aquellas dos mujeres y tratado con todo cariño, se distinguieron ellas tanto y se hicieron tan recomendables á la posteridad, que han merecido ser honradas por los varones más eminentes de nuestra religión y propuestas á los fieles como dos modelos acabados de los dos géneros de vida en que se ejercita la santa iglesia según la forma dada por su divino esposo, Marta como la mayor y encargada del gobierno de la casa anduvo solícita para recibir á tal hues-

(1) Lib. 4. in Cantic.

(5) Sermo 1. de Assumpt.

(2) Hom. in Assumpt. 3. Virg.

(6) Tom. 2. conc. 51. art. 2.

(3) Sermo 5. de Assumpt.

cap. 3.

B. Virg.

(4) Serm. de Assumpt. B. V.

(7) En el lugar citado.

ped según merecía y consagró en su persona la vida activa: María acreditó la contemplativa manteniéndose sentada á los pies del Salvador y escuchando atenta su divina palabra. Así con razon, dice S. Eucherio ya citado, nos han representado los santos padres en el día de la solemnidad de la madre de Dios aquellas dos nobles mujeres que tan magníficamente la figuraron, porque nunca ha tenido ella semejante en juntar los ejercicios de la una con los sentimientos de la otra. Ella recibió al Salvador incomparablemente mejor que Marta no solo en su casa, sino lo que es mas, en su vientre; le parió, le tuvo en sus brazos, le crió y le sirvió con mucha mayor diligencia y cariño que Marta. Ella escuchó su palabra como María; pero hizo mas, la conservó en su corazón y la guardó para dárnosla á conocer á su tiempo. Ella mereció no solo ver al Salvador según su humanidad, sino contemplar su divinidad mas claramente que nadie: en una palabra escogió la mejor parte, que no le será quitada. «Acordáos, dice S. Anselmo en el lugar citado, que la madre de Dios es en todo y por todo singular, y en realidad se mostró tal en los ejercicios de una y otra vida, que nos diseñaron Marta y Magdalena. Nunca se dedicó Marta á la vida activa mas dignamente en ninguna persona que en la de María: nunca se realzaron tanto las contemplaciones de Magdalena como en el espíritu de la madre de Dios. Las otras reciben en su casa á los peregrinos: esta hospedó en su vientre al verdadero peregrino del cielo y al heredero único de Dios. Las otras cubren las carnes del desnudo con los vestidos que vienen de sobra: esta vistió de su propia sustancia al hijo de Dios.» Podría alargarme mas si quisiera; pero lo dejo para el capítulo IV del tratado segundo.

IV. Si la suerte de María es preferible á la de su hermana; ¿quién nos dirá la abundancia de suavidad que esta alma escogida sintió cuando bajó á ella el Es-

pirito Santo para la encarnacion del Verbo? ¿Qué gusto de Dios debió de tener aquella en cuyas entrañas se formaba un cuerpo la sabiduria increada! Cuando ella quería, tenia la honra no solo de estar sentada á sus pies, sino de hablarle mano á mano y de arrimar el oído á su sacratísima boca: guardaba en su corazón como en un apartado retrete las palabras de los ángeles, de los pastores y de los magos; però con mucho mas cuidado las de su amado hijo. Nadie saboreó jamás como ella la dulzura de su Dios; pero ¿qué maravilla es cuando llevaba en sus entrañas la fuente de toda dulzura y la perfeccion de una y otra vida? Ella se ocupaba en lo exterior, y si no andaba solícita como Marta, pero sabia bien escoger la cosa únicamente necesaria con María. Ella era singular en los ejercicios de la primera é inimitable en la quietud de la segunda. Ahora ha concluido el ministerio de Marta, porque ya no anda atareada tras de su hijo en estado de hombre pasible y mortal, supuesto que los ángeles le sirven como á su señor impassible é inmortal. Ya no hay que huir de la persecucion de Heródes, ni que temer el odio, ni la felonía de los judios. Se acabó la congoja de Marta; mas no la quietud de María. Su condicion no ha terminado sino para mejorar, porque sus deseos no podian ser plenamente satisfechos en este lugar de miseria en que vivimos. Hasta aquí S. Anselmo: basta por ahora estas pocas palabras, toda vez que hemos da verla cumplidamente en otras ocasiones (1) en los ejercicios de una y otra vida. ¡Oh qué verdad es que María escogió la mejor parte, de cualquiera manera que se tome! Ella escogió la mejor parte en su concepcion inmaculada, la mejor en su nacimiento privilegiado, la mejor en la embajada celestial,

(1) Cap. 6, 7, 8, 9, 10; trat. 3, cap. 4, y otros.

la mejor en su vida angelical, la mejor en su muerte, la mejor en la tierra, la mejor en el cielo, la mejor en cuanto á la gracia, la mejor por lo que mira á la gloria, como se verá en el discurso siguiente, donde aparecerá singular en sus excelencias é incomparable en sus grandezas.

TERCERA ESTRELLA,

o grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE ES LA HIJA AMADA DEL PADRE ETERNO.

Cuenta Diodoro Siculo en su historia que la madre de Simandio, rey de Egipto, estaba representada en estatuas sobre su sepulcro con una triplice corona en la cabeza; la cual significaba que habia sido hija de rey, mujer de rey y madre de rey. Entre las alabanzas de santa Pulqueria se lee que era hija de emperador, hermana de emperador y mujer de emperador. Gafa Placidia le llevó la ventaja de ser á mas madre de emperador, y en efecto era hija de Teodosio el Grande, hermana de Honorio, mujer de Constancio y madre de Valentiniano. Pero no ha habido jamás otra, excepto la de que aquí tratamos, que haya llevado el título de hija de Dios, madre de Dios y esposa de Dios juntamente. Este honorífico elogio le tributan en diversos lugares S. Ildefonso, S. Bernardo, S. Buenaventura y otros muchos santos padres llamándola hija del eterno Padre, madre del divino Hijo y esposa del Espíritu Santo, tal vez á imitación

del devoto Sinesio, obispo de Tolemaida, el cual dice que la sabiduría increada es á un tiempo hija, madre y hermana de la divinidad. Como estos privilegios de la reina de los ángeles son sin par, merecen anteponerse á todos los otros despues de su eleccion eterna y de las figuras antiguas de que acabamos de tratar. Voy á decir alguna cosa acerca de ello; pero con la condición de que por lo que mira al título de madre de Dios, baste lo dicho en el capítulo III y lo que habrá que decir todavía en el segundo tratado.

§. I. — Primer título por el cual se llama la Virgen hija del Padre eterno.

I. Los juriconsultos distinguen dos especies de filiación; á saber, la natural, que es la verdadera, la originaria y como la idea de la otra, y la que llaman legal ó civil y comunmente le damos el nombre de adopción; la cual solamente lo es por imitación y semejanza. Principiemos por esta.

Tres fines por los cuales bajó nuestro Señor del cielo á la tierra.

II. Con mucha oportunidad nota S. Cirilo (1) que por tres motivos principales bajó el hijo de Dios del cielo á la tierra. El primero fué para exterminar el pecado; el segundo para destruir la muerte; y el tercero para hacer hijos de adopción, que S. Juan llama hijos de Dios diciendo: Y á cuantos le recibieron, les dió potestad de hacerse hijos de Dios (2). Esta dulcísima consideración debe enternecernos é inflamar nuestros corazones en el amor de aquel de quien y por quien hemos recibido esa merced inestimable.

(1) Lib. 6.º de la Jean. c. 47.

(2) Cap. I.

la mejor en su vida angelical, la mejor en su muerte, la mejor en la tierra, la mejor en el cielo, la mejor en cuanto á la gracia, la mejor por lo que mira á la gloria, como se verá en el discurso siguiente, donde aparecerá singular en sus excelencias é incomparable en sus grandezas.

TERCERA ESTRELLA,

o grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE ES LA HIJA AMADA DEL PADRE ETERNO.

Cuenta Diodoro Siculo en su historia que la madre de Simandio, rey de Egipto, estaba representada en estatuas sobre su sepulcro con una triplice corona en la cabeza; la cual significaba que habia sido hija de rey, mujer de rey y madre de rey. Entre las alabanzas de santa Pulqueria se lee que era hija de emperador, hermana de emperador y mujer de emperador. Gafa Placidia le llevó la ventaja de ser á mas madre de emperador, y en efecto era hija de Teodosio el Grande, hermana de Honorio, mujer de Constancio y madre de Valentiniano. Pero no ha habido jamás otra, excepto la de que aquí tratamos, que haya llevado el título de hija de Dios, madre de Dios y esposa de Dios juntamente. Este honorífico elogio le tributan en diversos lugares S. Ildefonso, S. Bernardo, S. Buenaventura y otros muchos santos padres llamándola hija del eterno Padre, madre del divino Hijo y esposa del Espíritu Santo, tal vez á imitación

del devoto Sinesio, obispo de Tolemaida, el cual dice que la sabiduría increada es á un tiempo hija, madre y hermana de la divinidad. Como estos privilegios de la reina de los ángeles son sin par, merecen anteponerse á todos los otros despues de su eleccion eterna y de las figuras antiguas de que acabamos de tratar. Voy á decir alguna cosa acerca de ello; pero con la condición de que por lo que mira al título de madre de Dios, baste lo dicho en el capítulo III y lo que habrá que decir todavía en el segundo tratado.

§. I. — Primer título por el cual se llama la Virgen hija del Padre eterno.

I. Los juriconsultos distinguen dos especies de filiación; á saber, la natural, que es la verdadera, la originaria y como la idea de la otra, y la que llaman legal ó civil y comunmente le damos el nombre de adopción; la cual solamente lo es por imitación y semejanza. Principiemos por esta.

Tres fines por los cuales bajó nuestro Señor del cielo á la tierra.

II. Con mucha oportunidad nota S. Cirilo (1) que por tres motivos principales bajó el hijo de Dios del cielo á la tierra. El primero fué para exterminar el pecado; el segundo para destruir la muerte; y el tercero para hacer hijos de adopción, que S. Juan llama hijos de Dios diciendo: Y á cuantos le recibieron, les dió potestad de hacerse hijos de Dios (2). Esta dulcísima consideración debe enternecernos é inflamar nuestros corazones en el amor de aquel de quien y por quien hemos recibido esa merced inestimable.

(1) Lib. 6.º de la Jean. c. 47.

(2) Cap. I.

Cómo nuestro Señor adquirió á su padre muchos hijos de adopcion.

III. Mas para agradecerla mejor hay que presuponer primeramente que no pudiendo Dios tener sino un solo hijo (hablando con propiedad), á quien comunicase su naturaleza y sustancia por una perfectísima identidad, su bondad que tiene una inclinacion infinita á comunicarse, halló un medio admirable para tener una prole que excediese en número á las estrellas del cielo y á las arenas del mar. A este efecto envió su unigénito hijo á la tierra intimándole que produjera muchos hijos espirituales, los cuales fuesen por adopcion lo que él es por naturaleza, como dice S. Juan Damasceno (1); comision cumplida tan dignamente por el hijo de Dios, que hay motivo para bendecirlo y darle gracias eternamente; porque entre las otras fuentes de gracia que dejó á su iglesia, instituyó un sacramento cuyo peculiar efecto es derramar en nuestras almas con la fe la gracia de Dios, la caridad y los otros hábitos celestiales y el mismo Espíritu Santo, por quien somos mareados con el carácter de Dios, recibidos y reconocidos por hijos suyos. Con efecto así como S. Joan dice hablando del Salvador (2) que su padre le selló con su sello y le hizo su hijo comunicándole su esencia abeterno, produciéndole Dios como él, omnipotente como él, eterno como él, en todo y por todo igual y consustancial á él; de la misma manera y guardada la debida proporcion imprimiendo en nuestras almas este sello real hizo una declaracion auténtica de que mientras estuviésemos mar-

(1) Fidei orthodox. lib. 4. (2) Cap. VI. cap. 41.

cados con él, nos reconoceria indefectiblemente por suyos (1).

Cómo somos verdaderamente hijos de Dios.

IV. En segundo lugar hay que tener presente que siendo honrados con tal merced del cielo, somos llamados hijos de Dios por buenas razones, porque uniéndose á nuestras almas la sustancia divina del Espíritu Santo, según dice el Apóstol, no por vía de sustento como recibimos al Salvador en el santísimo Sacramento, mas por vía de regeneracion; no es maravilla que seamos llamados hijos de Dios, pues nos engendra de esta suerte y nos distribuye su propia sustancia. Recibimos este estado y este grado divino, dice S. Dionisio (2), por un nacimiento ó mejor dicho por una generacion divina. Hablo de la que se efectúa en el santo bautismo; según atestan todos los padres. Este es el justo motivo que arrebató de admiracion á los escritores sagrados y á los santos doctores, cuando van considerando la inexplicable grandeza de tal merced. «Dios nos ha dado, dice el príncipe de los apóstoles (3), muy grandes y preciosas promesas, para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina.» «Considerad, dice el discípulo amado (4), qué caridad nos ha dado el Padre queriendo que tengamos nombre de hijas de Dios y lo «seamos.» «¿Dónde hay en el mundo, exclama el papa S. Gregorio (5), una excelencia comparable á esta: que un hombre criado sea hecho el hijo de su criador?» «Es un secreto admirable y un don que sobrepaja á todos los demás, dice S. Leon (6), el que un hombre pueda lla-

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacobo de Blenur que se pone en la nota A al fin del tomo.

(2) Eccles. hierarch. c. 2.

(3) II Petr. c. I.

(4) I Joan. c. III.

(5) Item. 6 in Ezech.

(6) Sermo 4 de Nativ.

mar su padre á Dios y que Dios le reconozca por su hijo.

V. En tercer lugar es fácil de ver que aunque los libros sagrados y los doctores llamen adopcion á esta filiacion, como que verdaderamente hay una grandísima semejanza entre las dos, no obstante no se crea que se verifica tan solamente con algunas ceremonias exteriores y con la simple aceptacion del que reconoce á otro por hijo, segun acontece en las adopciones usadas entre los hombres. Aquí hay otros muchos misterios, y sea dicho en honor del gran padre de las misericordias: porque todo pasa con un enriquecimiento real y verdadero del alma, á la cual baja el Espíritu Santo trayendo consigo muy singulares y preciosos dones. «Segun su misericordia, dice S. Pablo, nos hizo salvos por el bautismo de regeneracion y renovacion del Espíritu Santo (1).» Y en otro lugar: «El que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros (2).»

VI. En cuarto lugar por lo dicho arriba se ve fácilmente la semejanza que tenemos con Dios en calidad de hijos suyos, porque por su inefable bondad nos ha hecho participantes de su naturaleza. Y por cuanto á mas de la naturaleza, que es la misma en el padre y en el hijo, se hallan en la mayor parte ciertos otros rasgos particulares en el rostro, el porte y el genio, por los cuales tienen los hijos mas semejanza con sus padres que con los otros hombres; no pudo permitir el padre celestial que nos fallasen tales señales. Esta es la razon por que considerando que dependen en parte de nuestra cooperacion, nos exhorta con tanta frecuencia á que procuremos adquirirlas para ser verdaderos hijos de nuestro padre. S. Bernardo juzga que esta semejanza

(1) Ad Tit. III.

(2) Ad rom. VIII. 44.

consiste en un estado de perseverancia en el ejercicio de la virtud, por medio de la cual va el alma representando en si misma, en cuanto puede, la inmutabilidad y la eternidad de Dios. S. Agustin la coloca (1) en la union que nuestra voluntad tiene con la de Dios, de suerte que no quiera inclinarse á otra cosa que á aquello que Dios ama, ni aborrecer mas que lo que le desagrade. Parece que nuestro Señor mismo la puso en la caridad. «A fin de que os asemejéis, dice (2), á vuestro padre celestial, que alumbrá igualmente al bueno y al malo (3).»

VII. En quinto lugar á las gracias anteriores se añade una proteccion tan especial que Dios dispensa á sus hijos, que la sagrada escritura parece no poder explicarla dignamente; proteccion unida á tanta industria y diligencia, que quiere absolutamente que confitemos en él para todas nuestras necesidades (4), porque basta que las sepa nuestro buen padre y que esté bien informado de todo lo que nos hace falta.

VIII. En sexto lugar de ahí se difunde en nuestros corazones cierta dulzura de confianza que se siente mejor que se declara; confianza que nos hace amar sin temor al que nos dispensa tanto bien y no tiene valor de despedirnos cuando le pedimos alguna cosa. «Y en

(1) In psal. LXXV.

(2) Mat. V.

(3) Adición de la madre *María Jacoba de Mesmar*. — «Es verdad que el discípulo amado no admite mas que una semejanza imperfecta en esta vida, reservando para la otra la semejanza completa. «Carismos, dice, ahora somos hijos de Dios, y no aparece aun lo que hemos de ser. Sabemos que cuando él apareciera, seremos semejantes á él,

por cuanto lo veremos como es. Quiere decir el apóstol: aquí aunque seamos regenerados, apareceremos en la obscuridad de los hijos de Adán; sin embargo gemimos en la expectation de la adopcion completa de los hijos de Dios cuando le veremos como es, aun en la divinidad, y estando el alma saciada de la luz divina comunicará la claridad al cuerpo.»

(4) Mat. VI.

verdad que es para nosotros un gran motivo de confianza, dice S. Agustín (1), el ver que antes que turiesemos resolución para abrir la boca y pedir, ya habíamos recibido la merced de poder llamar nuestro padre á Dios; porque ¿qué negará este padre bondadoso á los que tan de cerca le pertenecen y tienen la honra de apellidarse hijos suyos?.

IX. Finalmente todo lo expuesto arriba termina en la suma dicha de los hijos de gracia, que no es otra que un derecho que les da Dios al cielo como á su propia herencia; derecho que les está asegurado por cédula de nuestro señor Jesucristo registrada en la cancelleria de su iglesia, que es la columna y el fundamento de la verdad (2). No obstante el goce de esta dicha les está reservado hasta que hayan llegado á la edad de perfección (3) y estén fuera de la memoria en que se hallan aun en esta vida bajo los elementos del mundo visible segun frase del apostol S. Pablo (4). Esto sin disputa es lo que quiere significar el discípulo amado, cuando dice (5) que ahora somos hijos de Dios; pero que aun no aparece lo que hemos de ser: que cuando él apareciere, seremos semejantes á él, por cuanto le veremos como es. Debe de bastarnos tener un padre fiel para traer nuestra hacienda; que no dejará el á su tiempo, si nosotros no le faltamos primero, de ponérsela en la mano y de abonarnos todos los frutos y réditos.

X. Si por desgracia hubiese alguno que de lo dicho hasta aquí tomara ocasión de hacer menos caso de la gracia que fué otorgada á la bienaventurada Virgen, porque es tan común; considere que no deja por eso de ser muy singular en la forma. Porque en primer lugar

(1) Lib. 2 de serm. Domini in monte, cap. 8.

(2) 1 ad Timot., III.

(3) Ad ephes. IV.

(4) Ad galat. IV.

(5) 1 Joan., III.

Maria se llevó el derecho de primogenitura, como que es aquella en quien Dios fijó los ojos antes que en ninguna otra cuando resolvió diseñar sobre su hijo único hijos de gracia y criaturas de adopción. Conforme á esta admirable idea fué trazada ella la primera, segun hize ver en el capítulo II, de suerte que los lineamientos de este divino ejemplar fueron mas perfectamente imitados en ella sola que en todos los otros juntos. Además ella es la única que desde el instante de su concepción pasó á la familia de Dios sin haber puesto nunca el pié en la casa de Adam pecador; de manera que no ha sido nunca mas que hija de adopción y heredera en primera línea de los bienes de su padre y criador. Esta es á mi ver la razon por que Dios le dió el nombre de Maria aun antes que fuese concebida, segun notaron S. Gregorio Niseno (1), S. Gerónimo (2) y algunos otros, para mostrar que desde luego era ella su posesion privativa, que era de su casa y que la reconocia por su hija amada; de forma que si el elocuenté prelado de Ravena tuvo razon para escribir (3) que los titulos y escudos de armas grabadas en las puertas de los palacios y de las casas de los grandes indican bien de quien son estas fincas, no tengo yo menos motivo para decir que el nombre de Maria puesto por Dios á esta criatura aun antes que fuese concebida, dió á conocer bien que pertenecía al Señor, el qual la habia recibido en su familia por el titulo de una adopción que no tendrá jamás igual. Pero lo principal tal vez es que recibió con tanta ventaja sobre todas las demás criaturas la gracia de esta adopción, que no solamente llevó lo mejor y mas saneado de la herencia de Dios su padre, sino que fué constituida como madre de todos sus hermanos, á

(1) Hom. de Christ. nativité. (3) Sermo 154.

(2) Hist. de ordo Marie, in anno 28.º

quienes dió la parte, siendo nombrada para administrar la hacienda de ellos y conservarles la herencia que les tocó por la regeneracion celestial. Así resulta que todos los hijos de adopcion tienen parte en la eleccion que se ha hecho de María, pues que no solamente es su hermana mayor en cuanto hija primogénita de Dios, sino que además les sirve de madre, de aya, de tutora y de directora de todos sus negocios.

§. II. Segundo título por el cual es llamada la Virgen hija del Padre eterno.

Relacion que la Virgen tiene con el Padre eterno en calidad de madre de su hijo.

I. Ahora remontemos mas el vínculo y busquemos en los amorosos designios de nuestro Dios un grado de filiacion aun mas alto que el primero y mas parecido á la que llamamos natural. Para poder declararla hay que atender por necesidad á tres relaciones ó conexiones que la virgen María tuvo con nuestro Señor Jesucristo. Primeramente es su madre, acerca de lo cual se discutió largamente en el capítulo primero. En segundo lugar es su hija por título de redencion; lo cual dió motivo á S. Bernardino de Sena para llamarla la hija primogénita del Redentor (1). En tercer lugar es su esposa de una manera especialísima é incommunicable á cualquier otra, como se comprobará expresamente en el capítulo V del tratado segundo. Tal vez esta razon fué la que movió al esclarecido mártir S. Ignacio para llamarla por lo comun en sus cartas María de Jesus, como que era toda para Jesus y de Jesus en calidad de madre, hija y esposa á un tiempo mismo.

(1) Tom. 2, serm. 51, art. 3, c. 1.

II. De este triplice vínculo que la une indisolublemente con Jesus, nacen las tres relaciones que tiene con Dios, padre del mismo salvador y redentor. Por lo que mira al primer título de madre de su hijo único, el santo cardenal Pedro Damiano despues de mostrar cómo Dios se halla de tres modos en sus criaturas, á saber, por esencia, por accion y en algunas que no son de la ordinaria capacidad de las otras, por la manifestacion de las cosas futuras, añade que en la bienaventurada madre de su hijo está además por una cuarta manera, que es por identidad (1). S. Bernardo lo explica diciendo (2) que Dios uniéndose á todos los santos por la union de su voluntad se unió además á la carne de la Virgen é hizo de su propia sustancia y de la de María á Jesucristo, el cual aunque toma una naturaleza del padre y otra de la madre, no deja por eso de pertenecer enteramente al padre y enteramente á la madre. Esta union es tan estrecha, que S. Basilio no tiene ningun reparo de decir (3) que la carne de la Virgen pareció digna de ser unida á la divinidad del unigénito de Dios. Bondad infinita, ¡qué abismo de maravillas! La carne de la madre es la misma que la del hijo: la del hijo está unida á su divinidad; y la divinidad del hijo no es otra que la del padre. ¿Qué nombre hallaremos ahora para explicar la relacion que la Virgen madre tiene con el Padre eterno? ¿La llamaremos parentesco? ¿La llamaremos afinidad con santo Tomás (4) y algunos otros doctores? ¿Qué nombre le daremos? Paréceme que vale mas retirarse desde luego de este mal paso antes que exponerse al peligro de naufragar.

(1) Sermo de nativ. B. Virg. (4) Secunda secundæ, q. 62,
(2) Hom. 3 in Missis; art. 1 ad 2 et ibidem Cajet.
(3) Hom. de humana Christi generatione.

Relacion que la Virgen tiene con el Padre en calidad de hija de su hijo.

III. Si queremos considerarla en calidad de hija primogénita de Jesús; la podremos llamar la nieta del Padre eterno.

Relacion que tiene como esposa de su hijo.

IV. Pero considerándola como esposa del Salvador, que es lo que me he propuesto principalmente en este lugar, es preciso calificarla con el título de hija predilecta del Padre eterno: por ventura será lo que ella misma quería decir en los Proverbios de Salomou: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos (1);» porque la palabra poseer en el lenguaje de la sagrada escritura significa con bastante propiedad tener un hijo ó una hija. Así hallamos en el capítulo IV del Génesis que habiendo Eva, la primera madre entre todas las mujeres, dado á luz el primer hijo nacido de madre (Cain) dijo: «He poseído un hijo por la gracia de Dios.» Y me parece que la Virgen lo dice aun con mayor claridad mas abajo (2), porque donde nosotros leemos segun la version de la Vulgata: «Con él estaba yo concertándolo todo;» el parafrasta caldeo vierte: «Yo estaba á su lado alimentada como su querida hija;» porque desde entonces me tenia ya como la que habia de alcanzar la honra de emparentar con él en calidad de futura esposa de su hijo único, destinada á hacerle compañía, á asistirle, servirle y hacerle padre de una muchedumbre innumerable de hijos, que el patriarca Abraham vió solamente per

(1) Proverb. VIII, 22.

(2) Proverb. VIII, 30.

figura y enigma excediendo á las estrellas del cielo y á las arenas del mar. De suerte que desde entonces tenia derecho de decir á Dios con el profeta Jeremías: «Tú eras mi padre, caudillo de mi virginidad (1);» porque desde entonces estaba ya prometida ó á lo menos preparada á su hijo único.

Este parentesco incomprendible enaltece de tal manera á la Virgen santísima, que la hace hija de Dios no solo por adopción, como le declarado poco antes, sino en cierto modo por naturaleza. La ley le concede este beneficio (2), porque quiere que el padre tenga por hija á la nuera y llama natural este parentesco, prohibiendo en consecuencia el matrimonio entre los colaterales á proporcion del parentesco. El admirable san Agustín dice en dos palabras todo cuanto puede decirse en esta parte (3): «Si el marido y la mujer no son mas que una carne, no podeis ni debeis tener á la mujer de vuestro hijo sino como á vuestra propia hija. Y esta es de seguro la razon por qué el esposo llama tan á menudo hermana á su esposa en los Cantares, y esta reciprocamente le llama su hermano, como que los dos pertenecen á un mismo padre y aun no son mas que un mismo cuerpo. El devoto emperador Mateo Cantacuzeno dejó entre los frutos de su retiro y de su devoción á la virgen Maria unos excelentes comentarios sobre el Cantar de los Cantares, donde dice una expresion á este propósito muy ventajosa á la Señora, porque hablando en la persona del Padre eterno la llama su hija amada y nacida de su propia sustancia (4).

V. ¿No sería una empresa temeraria y presuntuosa

(1) Jerem. III, 4. (2) Quia 2 et 1. Roi. §. finali-
(3) Nurus et privigna filio (3) Lib. 2 contr. PeLAG. c. 61.
loco sunt. §. affinitat., institut. (4) In illud: Equitatus meo
de nuptiis, §. solut. matrim. assimilari te etc.

querer entrar ahora en conocimiento del amor inestimable que el Padre eterno profesó á su hija única en razón de este particular parentesco, de las caricias que le hizo, de las singulares gracias con que previno su bendita alma, y querer comprender con nuestros débiles pensamientos el amor recíproco y el respeto que tribuló á tal padre, el agradecimiento de tantos bienes que conservaba continuamente en su corazón? Confesemos ingenuamente que hay arcanos que Dios no quiere penetremos, sino únicamente que los veneremos, y conozcamos que la esposa reprime nuestra curiosidad diciendo: Mi secreto para mí, mi secreto para mí (1); porque son cartas cerradas y misterios escondidos para los demás.

VI. Esto no obstante, supuesto que Dios mismo se dignó de hacernos la merced de revelarnos algo, creo que no obraré contra la ley de este secreto manifestando algunas particularidades que el mismo esposo reveló un día á santa Brígida. Y porque mi designio es valerme para algunos otros asuntos del excelente libro de sus Revelaciones, será para mí una particular satisfacción que el prudente y cauto lector esté bien enterado del mérito de él y sepa que fué visto y revisto diferentes veces ya en vida de la santa, ya después de su muerte, siendo examinado por doctísimos cardenales y muy sabios prelados, entre los cuales la gran autoridad y profunda ciencia del cardenal Torquemada, que le da elogios sin igual, bastaría para desvanecer las dudas de los espíritus desconfiados: que fué apreciado y recomendado por los padres del concilio de Constanza: en una palabra que el papa Bonifacio IX hizo muy honorífica mención de él en la bula de canonización de santa Brígida, y Marti-

(1) Issi. XXIV, 46.

no V en la confirmación de la misma bula. Pues allí entre las pláticas que el ángel tuvo con la bienaventurada viuda sobre las grandezas y excecencias de la madre de Dios (1), se hace una comparación del amor que Abraham, padre de los creyentes, profesó á su hijo Isaac, con el que el padre de todas las criaturas y padre del Verbo encarnado tuvo á su amada hija la virgen María. Abraham, decía el ángel á santa Brígida, amó á su hijo aun antes que fuese concebido así que recibió la promesa de su nacimiento, y Dios amó á su hija abeterno con un amor que sobrepujó desmedidamente al que tuvo á las demás criaturas. Abraham no supo que el amor que tenía á Dios, debía de ser conocido de toda su descendencia y aun de todo el mundo por medio de aquel hijo suyo; pero Dios supo muy bien que por medio de su querida hija sería manifestada su infinita caridad á todos los siglos venideros. Abraham veía bien que aquel hijo, aunque nacido de santo y legítimo matrimonio, vendría al mundo con una especie de vergüenza; por el contrario Dios recibía muy particular contento de la santidad y pureza de la concepcion inmaculada de su hijo único en aquella hija cuya y de los hijos de gracia y adopcion que habian de provenir de los dos. Abraham no ignoraba que su propia sustancia que comunicaba á su hijo, debía de separarse de él; pero Dios conocía perfectamente que la carne que su hijo sacase de María, no se separaría jamás de su divinidad y que la divinidad de su hijo era inseparable de la suya. Abraham juzgaba bien que el cuerpo que Isaac tomaba de él, sería reducido á polvo algún día; pero Dios sabía incomparablemente mejor que el cuerpo de su santísima hija sería exento de toda corrupción del mismo modo que el de

(1) In serm. angelico, c. 3.

su propio hijo. Abraham preparó una tienda á su hijo antes que fuese concebido, y Dios mismo quiso ser la tienda y la morada de su hija sin par. Abraham hizo provision de trigo, vino y aceite, que eran los frutos de la antigua bendicion, antes del nacimiento de Isaac, y Dios antes de la concepcion de su dulcísima hija la proveyó de una triplece bendicion muy diferente de la primera, dándose á sí mismo que es el aceite y el principio de toda santidad, dándose su hijo, que es el pan y el sustento de los ángeles, y su Espíritu Santo, que es el vino que alegra el corazon del hombre. Me parece que no hay que añadir nada á estos pensamientos divinos: pasemos á la tercera relacion.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE ES LA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO.

Dice el Sabio que es muy difícil de romper una cuerda de tres doblesces (1); y la triplece relacion de la madre de Dios á la beatísima Trinidad es un vinculo indisoluble y un nudo mas que gordiano, que no pueden desatar todas las potestades del infierno. Declaradas las dos primeras relaciones, solo me resta hablar de la tercera, que es la que tuvo la Virgen con el Espíritu Santo.

(1) Eclesiástes, IV, 12.

§. 1. — Que la bicovenurada Virgen es verdaderamente esposa del Espíritu Santo.

I. ¿Para qué me he de tomar el trabajo de probar esta verdad, cuando la pregonan unánimes todos los santos padres y es la voz ordinaria de la iglesia católica? S. Ildefonso, S. Bernardo y S. Buenaventura lo dicen tantas veces, que maravilla. S. German, patriarca de Constantinopla, la llama (1) con este motivo la esposa sin falta ni defecto. Los otros la llaman al mismo propósito el lecho régio y el tálamo nupcial del Espíritu Santo. S. Anselmo dice (2): «El Espíritu Santo, el amor y el vinculo del Padre y del Hijo, aquel en quien y por quien debe ser amado todo lo que queremos legítimamente amar, bajó personalmente y en su propia sustancia á la gloriosa Virgen, y escogiéndola por una gracia incomprendible con exclusion de toda otra criatura la hizo su esposa y por lo tanto la reina y la emperatriz del universo.» S. Gregorio Niseno dice sutilmente según su costumbre (3) que en el dia de la Encarnacion, dió mil veces feliz para el cielo y la tierra, el tálamo nupcial no fué otro que la pureza de la sacratísima Virgen, exenta de todo pecado y de toda corrupcion: que el pabellon de este tálamo fué la virtud del Altísimo, el cual cubrió con su sombra la virginidad de la castísima esposa; y que la antorcha misteriosa fué el esplendor del Espíritu Santo. S. Lorenzo Justiniano hace una observacion muy oportuna (4): á saber, que el glorioso san José sirvió á este designio como de diputado y comisionado del Espíritu Santo para conservarle pura y limpia

(1) Orat. de present. E. V.

(3) Hom. 48 in Cantico.

(2) De excellentia Virginitatis, c. 4.

(4) De casto connubio Verbi et anime.

su propio hijo. Abraham preparó una tienda á su hijo antes que fuese concebido, y Dios mismo quiso ser la tienda y la morada de su hija sin par. Abraham hizo provision de trigo, vino y aceite, que eran los frutos de la antigua bendicion, antes del nacimiento de Isaac, y Dios antes de la concepcion de su dulcísima hija la proveyó de una triplice bendicion muy diferente de la primera, dándose á sí mismo que es el aceite y el principio de toda santidad, dándose su hijo, que es el pan y el sustento de los ángeles, y su Espíritu Santo, que es el vino que alegra el corazon del hombre. Me parece que no hay que añadir nada á estos pensamientos divinos: pasemos á la tercera relacion.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE ES LA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO.

Dice el Sabio que es muy difícil de romper una cuerda de tres dobles (1); y la triplice relacion de la madre de Dios á la beatísima Trinidad es un vinculo indisoluble y un nudo mas que gordiano, que no pueden desatar todas las potestades del infierno. Declaradas las dos primeras relaciones, solo me resta hablar de la tercera, que es la que tuvo la Virgen con el Espíritu Santo.

(1) Eclesiástes, IV, 12.

§. 1. — Que la bicovenurada Virgen es verdaderamente esposa del Espíritu Santo.

I. ¿Para qué me he de tomar el trabajo de probar esta verdad, cuando la pregonan unánimes todos los santos padres y es la voz ordinaria de la iglesia católica? S. Ildefonso, S. Bernardo y S. Buenaventura lo dicen tantas veces, que maravilla. S. German, patriarca de Constantinopla, la llama (1) con este motivo la esposa sin falta ni defecto. Los otros la llaman al mismo propósito el lecho régio y el tálamo nupcial del Espíritu Santo. S. Anselmo dice (2): «El Espíritu Santo, el amor y el vinculo del Padre y del Hijo, aquel en quien y por quien debe ser amado todo lo que queremos legítimamente amar, bajó personalmente y en su propia sustancia á la gloriosa Virgen, y escogiéndola por una gracia incomprendible con exclusion de toda otra criatura la hizo su esposa y por lo tanto la reina y la emperatriz del universo.» S. Gregorio Niseno dice sutilmente según su costumbre (3) que en el dia de la Encarnacion, dió mil veces feliz para el cielo y la tierra, el tálamo nupcial no fué otro que la pureza de la sacerdotisa Virgen, exenta de todo pecado y de toda corrupcion: que el pabellon de este tálamo fué la virtud del Altísimo, el cual cubrió con su sombra la virginidad de la castísima esposa; y que la antorcha misteriosa fué el esplendor del Espíritu Santo. S. Lorenzo Justiniano hace una observacion muy oportuna (4): á saber, que el glorioso san José sirvió á este designio como de diputado y comisionado del Espíritu Santo para conservarle pura y limpia

(1) Orat. de present. E. V.

(3) Hom. 48 in Cantico.

(2) De excellentia Virginitatis, c. 4.

(4) De casto connubio Verbi et anime.

su esposa y para ser como el ángel custodio del cuerpo de ella. Tertuliano (1), Eusebio de Cesarea (2), S. Epifanio (3) y S. Gregorio Nacianceno (4) hacen hablar al mismo Espíritu Santo en Isaias y ponen en su boca estas palabras del profeta: «Me llegué á la profetisa, y concibió y parió un hijo (3).»

II. Pero ¿qué cosa mas formal ni mas terminante que el mensaje del celestial parainfante, el cual aseguró á la Virgen (6) de parte de su soberano y señor que el Espíritu Santo vendría sobre ella y que la virtud del Altísimo, que no es otra que el mismo espíritu divino, le haría sombra poniéndola bajo de su manto real, es decir, bajo de su protección, y dándole facultad de llevar su nombre y de llamarle su esposo para siempre? Lo cual explica así S. Bernardo (7): «El Espíritu Santo te hará sombra, es decir, te confortará para resistir la luz y el resplandor de la divinidad que se difundirá dentro de ti.» No te inquietes, continúa el mismo santo doctor, por saber de qué manera se obrará en ti este misterio, porque el que ha de dirigir esta obra divina, te servirá de esposo y dueño y resguardará tu entendimiento de su luz inaccesible, á fin que puedas mirar de hito en hito aquello á que no se atreverán á acercarse los demás. «El será con respecto á ti, según lo entiende el docto Eufimio (8), lo mismo que una suave y benéfica neblina, la cual llegando á disolverse penetra insensiblemente en las venas de la tierra y la hace fértil sin perjudicarla en ninguna manera.» «El te protegerá, como explica san Agustín (9), y te defenderá de tal suerte de todo lo que

(1) Lib. de Trinit.

(2) L. 7 de demonst. evang., c. 7.

(3) Hæres. 78.

(4) Orat. in Pascha.

(5) Isai. VIII.

(6) Luc. 1.

(7) Hom. 4 in Missua.

(8) In Luc.: Maldon. in I. Mat.

(9) Lib. quinquag. homil.

hom. 44.

puediera temer tu integridad, que al contrario hará que por medio de esta concepcion immaculada te vuelvas mas pura y entera que antes.» Basta de este punto: pasemos á los preparativos de sus divinos desposorios.

§. II. — Cómo el Espíritu Santo preparó á la gloriosa virgen Maria para que fuese su dignísima esposa.

I. Si las doncellas escogidas en todas las provincias sujetas al cetro de Asuero para pasar una sola noche con este príncipe eran preparadas un año antes con todos los aceites y con todo el arte que podia sugerir á los perfumeros el deseo de agradar á su soberano; ¿no habremos de decir con mucha mas razon que aquella que habia de ser para siempre la esposa sin par del Espíritu Santo, pasó por todos los preparativos adecuados á tal majestad? ¿No habremos de confesar que el Espíritu Santo fué el único que pudo sufragar á los gastos necesarios y que supo hermosear y enriquecer á su esposa como era conveniente? Tal es el sentir del cardenal S. Pedro Damiano y del devoto S. Bernardo. La Virgen, dicen ellos (1), fué hecha, anunciada y preparada por el Espíritu Santo. Mas de ochocientos años antes habia asegurado Dionisio Alejandrino (2) que el tabernáculo del Espíritu Santo, es decir, la virgen Maria, no habia sido labrado por mano de hombre, sino que le habia formado y afirmado el mismo Espíritu Santo: que este habia sido el que en las entrañas de la bienaventurada Virgen habia socorrido á la naturaleza ya medio muerta é incapaz de concebir, el que al mismo tiempo la habia santificado y adornado de sus dones, el que ha-

(1) Damian, sermo 2 de nativ. B. Virgin.: S. Bernard, sermo 2 in Missua.

(2) Epist. adversus Paulum Samosatensem apud Turribium in Hæroplitheca.

bia formado su infancia y le había servido de maestro y preceptor.

II. Pero cuando descubrió mucho mas particularmente sus amorosos cuidados y su industriosa diligencia, fué cuando la llevó á la soledad para hablarle con el corazón en la mano, como dice él mismo por el profeta Oseas (1) y como canta la iglesia (2); cuando le preparó una morada estable y fija en su propia casa; cuando habiendo llegado á la edad de tres años, sus padres que por disposición del cielo la habían consagrado á Dios en calidad de nazarena aun antes que fuese concebida, la llevaron al templo para que sirviera á su divina majestad hasta que ordenase otra cosa, y cuando fué como milagrosamente recibida á fin de vivir doce años en el santuario del Señor, donde no era dado á nadie entrar excepto al sumo sacerdote y eso una vez al año solamente. Esta proposición pudiera parecer singular, si no estuviere tan autorizada por el comun consentimiento de los antiguos padres de la iglesia, que sería notable temeridad negarla. Con efecto así lo enseñaron clara y distintamente el bienaventurado Erodio, primer patriarca de Antioquia despues de S. Pedro (3), S. Gregorio Niseno (4), S. Andrés de Jerusalem, arzobispo de Candia (5), S. German, patriarca de Constantinopla (6), Jorge, arzobispo de Nicomedia (7), Simeon Metafrasta (8), á quien llaman ordinariamente los griegos el maestro honrándole á par de S. Juan Crisóstomo, de S. Gregorio y de S. Basilio, y á quien el concilio de Florencia en su sesión séptima ca-

(1) Ose. c. II. (5) Orat. 4 de dormit. B. V.
 (2) In libernaculo suo habitare fecit eam. (6) Orat. de oblatione B. V.
 (3) In epist. apud Nicephor., rim. (7) Orat. de oblatione B. V.
 (4) 2. hist., cap. 33. (8) Orat. de ortu et dormit. Deiparae.
 (5) Orat. in diem natalis Domini.

lificó con el título de santo ó insigne doctor; San Juan Damasceno (1), los emperadores de Oriente Leon, llamado el sabio (2), y Mateo Cantacuzeno (3), los historiadores Nicéforo (4), Glicas (5) y otros muchísimos sin hablar de los escritores modernos (6). Ve aqui los términos en que se expresa el Menologio de los griegos el día 21 de noviembre: La celebridad de la entrada de la madre de Dios en el templo cuando sus padres la llevaron á la edad de tres años segun la promesa que habían hecho, y la presentaron á los sacerdotes, los cuales la recibieron y por disposición de Dios la hospedaron en el lugar mas retirado del templo, donde solo el sumo sacerdote entraba una vez al año, y alli la permitieron hacer una vida retirada y separada de los demas.

III. Si alguno no obstante la autoridad de tantos insignes varones quisiese aun hacerse el reacio; considere lo que se lee en la escritura (7) de que nadie fuera del sumo sacerdote era admitido en el santuario, debe por ventura de entenderse é interpretarse del tiempo en que oficiaba solamente una vez al año; acuérdesese de lo que cuentan Hegesipo (8), Eusebio de Casarea (9), S. Epifanio (10) y S. Jerónimo (11), que el privilegio de orar á veces en el santo de los santos se concedió á Santiago llamado el hermano de nuestro Salvador: reflexione sobre el estado en que se hallaba entonces el pueblo judío despues de tantas guerras y revoluciones: piense que habiendo sido demolido dos veces el templo, arrebataada el arca y alteradas las más de las antiguas ceremonias, no fue-

(1) Filici orthodox., c. 15. (6) Vide Capis. l. 1 de B. V.
 (2) Orat. de hoc festo citata (7) Levit. XVI.
 in Menolog. grecorum. (8) Lib. 5.
 (3) In Hud. Cant. II: Introduxet me in cilliam vinariam. (9) Hist. eccl., l. 2, c. 33.
 (4) Lib. 1, hist., cap. 17. (10) Hæres. 78.
 (5) Part. 3 Annal. (11) De scriptor. eccles.

ra gran maravilla que hubiese habido en este punto alguna relajacion: sepa que Dios, que habia hecho las leyes y ordenanzas, era superior á ellas y podia dispensar de esta á la madre de su hijo; porque así lo entienden los padres de quienes tenemos esta verdad: atienda á las maravillas acaecidas en la concepcion y natividad de la Virgen santísima, que eran más que suficientes para hacer entender á los sacerdotes que aquella niña tenia cierta grandeza y ventaja sobre el comun de los creyentes; lo cual se descubria aun en su rostro y continente. En una palabra quiero que entienda que la mayor parte de los autores arriba citados llegan á asegurar (1) que ordinariamente no tomaba la santa niña otro alimento que el que le traian los ángeles. Mas ¿por qué ha de parecernos singular, quando sabemos que se concedieron semejantes y aun más extraordinarios favores á varios santos, los cuales al cabo no son sino siervos de aquel de quien es madre la Virgen?

IV. Presupuesta esta verdad, me vienen ganas de saludar á la esposa futura del Espíritu Santo á su entrada en el templo con las dulces palabras que S. German pone en boca de Zacarias, padre de S. Juan Bautista y tío de la Virgen, en esta solemnidad: «Entra enebabuena; entra, cumplimiento de mi profecía; entra, efecto de las promesas del cielo; entra, sello del testamento del Señor; entra, objeto y blanco de sus designios; entra, llave de los misterios escondidos; entra, punto de mira de todos los profetas; entra, paz de los desgraciados, concordia de las cosas desunidas, arrimo de las que iban á arruinarse, renovacion de las que habían envejecido, claridad de los que estaban en tinieblas; entra, don peregrino y divino; entra, señora de todo lo

(1) German. constantinop.; Georg. in concel. locis citatis.

criado; entra en tu propia heredad y aguarda con gozo y satisfacion la venida del Espíritu Santo, tu esposo, al templo de tu cuerpo; espera en nombre de todos los hijos de adopcion la embajada del celestial mensajero, la operacion de la virtud del Altísimo y la concepcion del hijo único de Dios.»

V. ¡Oh quién pudiera concebir lo que la sacratísima Virgen hizo allí dentro por espacio de doce años! ¡Oh quién tuviese algun conocimiento del extremo de sus contemplaciones, del ansia de sus éxtasis, de sus pláticas familiares con los espíritus bienaventurados, de sus hacimientos de gracias, de sus adoraciones y humillaciones! ¡Oh quién pudiera comprender la dulzura de tal vida, que segun S. German mereció mas llevarse en los altos cielos que no acá en la tierra! ¡Oh quién pudiera contar las caricias que el Espíritu Santo hacia desde entonces á esta doncellita, á quien iba disponiendo para que fuese dignísima esposa suya! ¡Oh quién pudiera declarararnos lo que el ángel hizo entender á santa Brigida quando le dijo (1) que el Espíritu Santo estaba al rededor de la Virgen lo mismo que una solícita abeja que desde por la mañana cerca el capullo aun no abierto de la rosa esperando que se abra con la fuerza de los rayos del sol! ¡Oh quién pudiera explicarnos lo que refiere en el mismo lugar, que el Espíritu Santo fué el horno donde fué metida la Virgen para disponerla á servir á los admirables designios de Dios! ¡Oh quién fuera capaz de entender lo que la misma señora reveló un día á aquella bienaventurada viuda (2); que ella ora como una nuez que va creciendo siempre hasta su madurez, de suerte que á medida que se extiende la cáscara, crece en tamaño el hueso y ocupa todo el interior sin quedar

(1) Serm. angelico, c. 44.

(2) Revel. lib. 3.º c. 8.

ningun hueco; así á medida que ella crecia en edad y capacidad, el Espíritu Santo que la poseía, henchía toda la capacidad de su alma! ¡Oh quien nos diese la inteligencia secreta de la expresion de S. Juan Damasceno, cuando dice (1) que fué plantada en la casa de Dios y que á manera de un olivo escogido dió fruto de toda virtud preparatando su cuerpo y su alma para ser agradable morada del criador de todas las cosas! ¡Oh quien nos dijera con el devoto emperador Cantacuzeno cómo fué admitida en la bodega de los vinos generosos de su esposo y cómo bebió á satisfaccion de aquella celestial malvasía! Pero todos estos son secretos mas para admirados que para comprendidos, y misterios que hay que venerar con un profundo y religioso silencio antes que profanarlos con nuestra tosca palabra.

§. II. — De las disposiciones que la virgen santa Maria puso por su parte para hacerse digna esposa del Espíritu Santo.

I. El Espíritu Santo, dice el abad Ruperto (2), fué mas feliz en la perfeccion de la Virgen santísima que el Padre eterno en la formación del primer hombre y de la primera mujer, no porque el Espíritu Santo fuese mejor artífice que el Padre, sino porque el barro que le tocó, era sin comparacion mas á propósito para hacer una obra excelente que aquel de que fué formado Adam. Esto se verá claramente por las disposiciones que puso ella para ser digna esposa del Espíritu Santo; de lo cual tendria yo mucho que decir, si no fuera porque en el tratado siguiente habré de hacer un discurso casi igual. Así pues escogeré solamente tres calidades singulares que el

(1) Fidei orthod., l. 4, c. 49. (2) De operib. Spirit. Sanct., et serm. de nativ. B. Virg. lib. 4, c. 12.

mismo ya tocando, aunque enigmáticamente, cuando descubriendo su corazón á su esposa le manifiesta lo que ha cautivado sobre todo su cariño. « Hermana mía y esposa mía, le dice, tú me has herido el corazón; » ó como expresa el texto originario: « tú me has robado el corazón con uno de tus ojos y con uno de tus cabellos que ondean sobre tu cuello (1). » S. Gerónimo juzga (2) que el ojo que roba el corazón de este noble esposo, no es otro que la pureza mas que angelical de la Virgen, porque la virginidad, dice, es propiamente el ojo derecho de la iglesia santa; ojo vivo, penetrante y agradable, pues el otro que está más abatido y triste, es el del estado del matrimonio. Hugo de S. Victor quiere mas (3) que sea la mira resta que el alma de la Virgen tuvo siempre puesta en su Dios, mira tan firme é invariable, que no le aconteció jamás desviarse un tantico de ella. El abad Ruperto se persuade (4) á que el cabello que ondea sobre el cuello de la esposa, no es otro que la humildad, humildad en todo uniforme é igual como el cabello, humildad que se aprecia menos que un cabello, humildad mas flexible y manejable que un cabello, humildad que tiene menos apariencia y ostentacion que un cabello, humildad que cubre el cuello donde está el asiento de la obediencia, inclinándole á someterse á todos. Ve aquí á mi parecer tres calidades muy notables y propias para conquistar el corazón del Espíritu Santo.

Primera disposicion: la humildad.

II. Comienzo por la humildad, porque es el principio de toda virtud, la que hospeda á las demás en el

(1) Cant. IV.

(2) Lib. 4 contra Jovinian.

(3) In eum locum Cantie.

(4) Ibid.

alma, y retirándose ella desaparecen las otras incontinenci, ó mejor porque la Virgen bienaventurada comenzó por esta virtud, como lo reveló ella misma un día á santa Matilde, habiendo pasado toda su vida y especialmente los años de la juventud con tan gran recato y tan poca estimación de sí misma, que aunque aquellas con quienes conversaba, no mereciesen mirarla á causa de su incomparable dignidad, no obstante ella se hacia sierva de todas, de suerte que no le aconteció jamás preferirse á nadie. Es una cosa preciosa delante de Dios una alma cordialmente humilde, especialmente cuando la humildad está acompañada de muchas raras y eminentes calidades, que con todo no son capaces de hacerla dejar su lugar. Dios mismo no puede menos de amarla. Es una concordia admirable, dice S. Bernardo (1), y capaz de ganar el corazón de Dios, la que se efectúa en el alma cuando la humildad apoya y recomienda la virginidad y esta sirve de ornamento á aquella. ¿Qué será pues, según dice el mismo santo en otro lugar (2), si la humildad está acompañada de todas las virtudes juntas, como sucedió á la Virgen santísima, verdadero espejo de perfección? ¿Hay trazas de que Dios pueda entonces ocultar á una alma el exceso de su amor y de que no sea atraído por la suavidad de este perfume celestial? Pero ¿que mas queréis cuando la iglesia pone en boca de la Señora estas palabras: Siendo yo pequeña á mis ojos me he granjeado el favor del soberano, ó por mejor decir (supuesto que ella misma lo confiesa ingenuamente en su Cántico) el Señor ha mirado á la humildad y pequeñez de su sierva? Creeréis á lo menos que una embajada tan magnífica como la que recibió del cielo, fue capaz de ensoberbecerla y darle humos de vanidad. Tan lejos es-

(1) Hom. 4 in Missus.

(2) Sermo 4 de Assumpti.

tuvo de eso, que antes se abatió y humilló mas; de lo cual se asombra tanto S. Bernardo (1), que no sabe ya que decir viendo que á medida que es llamada madre de Dios, ella se titula su sierva, y que en cuanto se habla de enaltecerla, ella se abisma hasta el centro de la tierra. ¡Oh santa virtud de la humildad! ¿Quién nos dirá si tú honraste mas á esta señora por haberla enaltecido tanto ó si recibiste mas honor de ella por haberte encontrado en la que poseyó la dignidad de madre de Dios?

Segunda disposición: la virginidad.

III. Un diamante de pureza engastado en el oro de la humildad es un presente digno del cielo. Por eso era conveniente, y es opinión de S. Bernardo (2), que si Dios podía ser atraído á la tierra por el olor de alguna virtud, lo fuese por el suave aroma que se forma de la union de estas dos raras prendas. Convenia, dice el santo, que la que habia enarbolado el estandarte de la virginidad (virtud que era nueva en el mundo), fuese honrada con una embajada nueva y que no fuese escogido otro que un ángel del cielo para ser enviado al ángel de la tierra. Este ángel no es otro que María, pues en testimonio de S. Basilio (3) ó mejor dicho de la verdad misma no tuvo jamás igual en esta virtud angélica. No os toméis el trabajo, dice muy bien su gran siervo S. Anselmo (4), de buscar en la tierra ó en el cielo una pureza semejante á la de María: es una cosa muy puesta en razon que ella se aventaje en pureza, pero mas de lo que podeis comprender, á todas las otras criaturas, pues que el Padre eterno se

(1) Serm. 4 in Missus.

(2) Sermo in Annunt.

(3) Hom. de humana Christi generat.

(4) De conceptu virginali,

c. 48.

digna de hacerla madre de su hijo único, el Hijo la acepta por tal y el Espíritu Santo se encariña y la toma por esposa, todo para efectuar el admirable misterio de la Encarnación.

IV. La tercera virtud que cautivó el amor del Espíritu Santo, fué esa mirada fija en él y esa palpitation de un corazón que continuamente anhela por él. ¿Cómo había de dejar de amarla el Espíritu Santo, cuando una alma hecha de esta suerte vale más que un mundo entero? Siempre se la vería buscar á Dios, ir á Dios, suspirar por Dios. Cuando estaba despierta, era por Dios: cuando dormía, su corazón no dejaba de estar con Dios: si hablaba, era de Dios; si trabajaba, siempre con Dios: si andaba, era para buscar á Dios: si descansaba, era en Dios: orando, leyendo, ocupándose en servicio de su prójimo, vacando á sí misma estaba más absorta en Dios que los mas ennumbrados espíritus del cielo. En una palabra vivía lo mismo que si no hubiera habido más que Dios y ella. Yo á mi amado (dice), y la vuelta de él hacía mí (1). No busqueis mas. S. Ambrosio advierte muy oportunamente (2) que estas palabras ó las equivalentes: Mi amado es de mí y yo de mi amado; se repiten tres veces en el Cantar de los Cantares (3) para dar á entender que ella había buscado siempre á Dios en el principio, en el medio y en el fin de su vida, en sus pensamientos, sus palabras y sus obras.

V. Ve aquí brevemente, para hablar con S. Bernardo (4), una parte de los ricos atavíos de virtud con que la Virgen real había sido engalanada admirablemente así en el cuerpo como en el alma; á lo que dió realce su incomparable hermosura, y esta preciosa concordia la hizo

(1) Cantic. VII.

(2) De Isaac, c. 8.

(3) Cap. II, VI y VII.

(4) Hom. 4 in Misera.

tan recomendable á los ojos de los ciudadanos del cielo, que cautivó además el corazón y el cariño del rey de los ángeles y le valió merecer una embojada, que no ha tenido ni tendrá nunca igual.

S. IV.—Gracias incomparables que el Espíritu Santo otorgó á esta su esposa en favor de sus despojos.

I. Es menester confesar que no hay aprovechamiento más que en una alma buena, ni virtud heroica mas que en un corazón varonil y generoso: por eso no hay como entregarse á Dios una vez para siempre. La Virgen lo hizo tan en buena hora para sí, que ella misma no puede decir lo que ganó, según ya he manifestado. S. Epifanio sienta en los libros de recibo de la Virgen todas las riquezas del cielo en dos solos artículos. Ella recibió, dice (1), por joyas y galas el Espíritu Santo y por pension el cielo con el paraíso, es decir, el precioso título de señora y emperatriz del mundo con todos sus derechos y pertenencias: de este título hablaré mas largamente en el capítulo XIII del tratado segundo. En cuanto al Espíritu Santo, que recibió por joyas y galas según el santo doctor, está claro que han de entenderse sus dones y gracias, pues que tenía por esposo al mismo Espíritu Santo. Sin querer anticipar aquí lo que he de tratar en el capítulo VII sobre la abundancia de las gracias que recibió, y los dones del Espíritu Santo que la acompañaron, me contentaré con decir que todos los espíritus criados no puedan llegar á comprender la magnitud de la gracia que le fué dada en consideración á estas divinas bodas, y no quiero mas que anotar aquí de paso lo que dijeron S. Germano de Constantinopla, S. Irenio de Jerusalem y S. Bernardino de Sena. El primero

(1) Serm. de laudibus Mariæ.

se vale de una comparación llena de énfasis y dice (1) que habiendo Dios resuelto recobrar su perla que había caído en el lodo, purificó nuestra tierra en la persona de la Virgen santísima por la inundación del Espíritu Santo. El segundo protesta á la verdad que ignora la medida de esta gracia; pero por lo demás la deja conjeturar de que habiendo quedado desde luego la Virgen en cinta no solo del hijo de Dios, sino de todos los hijos de adopción, era conveniente que la recibiese para comunicarla á todos (2). El discurso del tercero me parece digno de perpetua memoria: véase aquí trasladado fielmente (3). «Para que el Padre eterno engendrara un hijo y un Dios igual á sí, no se necesitaban ningunas disposiciones previas, en atención á que esto le convenia por su propia naturaleza, capaz de comunicarse por la vía del entendimiento á un Verbo que fuese consustancial é igual á él en todo y por todo. Mas para que una mujer concibiese á un Dios, fué preciso emplear disposiciones enteramente extraordinarias como para una obra milagrosa; porqué fué necesario enaltecerla á ella hasta tal punto, que igualara en cierto modo las grandezas de Dios por disposiciones de gracia y perfecciones en alguna manera infinitas cosa que estando fuera de paridad y de toda experiencia está también fuera de la comprensión de todo espíritu criado. Esto es lo que quiso dar á entender el ángel Gabriel cuando respondió al mismo tiempo á la pregunta y á la admiración de la bienaventurada Virgen, como si hubiera dicho: No me estreches mas, si te parece, porque confieso que ignoro lo que me preguntas: solo tengo que decirte de parto del que ha de cumplir este misterio, que es tan grande para hacerte comprender como por

(1) Orat. de Nat. B. Virg.

(3) Tom. 3. conc. 61. art. 2.

(2) Epist. de Assumpt. ad Paul.

deroso para efectuarle en tí y por tí.» Hasta aquí san Bernardino.

Su virginidad recibe nuevo incremento.

II. Añádase á lo que dicen estos santos, que su virginidad recibió tal incremento, que los ángeles quedaron confusos y avergonzados al comparar su pureza con la de ella. Así lo dice S. Buenaventura (1): «No solo fué acendrada tu virginidad, oh Virgen santísima, por esta concepción inmaculada, sino enriquecida, ennoblecida, acrecentada, sellada y consagrada.» Por esto le dirige san Juan Damasceno las siguientes palabras: «No temas la venida del Espíritu Santo sobre tí, oh santa señora, porque has leído en los sagrados libros que es un fuego que todo lo abrasa y consume; pues te hará semejante á la zarza de Moisés que arde sin consumirse, ó mas bien si quieres, te servirá de celestial rocío y de un refrigerio todo divino (2).» «No temas, dice S. Gregorio Taumaturgo, porque el que está contigo, no es un esposo tomado entre los hombres, sino el Señor de toda santidad, el padre de la castidad, el autor de la integridad, el dador de la libertad, el medianero de la salvación y el solicitador de la verdadera paz (3).»

III. «Pero ¿qué motivo de temer podría haber para el pudor, dice S. Ildelfonso (4), donde la divinidad se une con la virginidad su hermana, donde el ángel es el mediador, la fidelidad la que lleva la antorcha, la caridad el vínculo conyugal, la virtud la dote, la conciencia el juez, Dios el fin y el principio de la union, y la integridad el fruto del matrimonio, donde la virgen se hace madre y la madre queda virgen?»

(1) Special. B. V. c. 4.

(2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.

(3) Sermo 4 de Annunt.

(4) De virgin. Delpara.

Vue llena de celestiales dulcesumbres.

IV. ¿Qué queréis que os diga del exceso de contento interior y de la copia de celestiales dulcesumbres que sintió con la venida del Espíritu Santo, Dios de toda dulzura y fuente viva de todos los contentamientos verdaderos, con la concepción de Verbo divino milagrosamente encarnado en sus entrañas y con la participación de la alegría que recibió el Padre eterno en el cumplimiento de este misterio, cuando afirma S. Agustín (1) que fue tal, que sacó á la Virgen como fuera de sí y la dejó sin poder explicarlo? Y á tal extremo llegan muchos doctores, que no tienen reparo de decir que en este instante de una dicha eterna para ella fué levantada en alas de una contemplación tan sublime, que recibió la gracia de ver á las claras la esencia divina (2). Pero de esto dire algo en mejor ocasión, aunque acaso no nos corresponda penetrar más en el conocimiento de las gracias y caricias que se hicieron á esta santa señora en consideración de sus desposorios.

V. Como quiera que sea, tengo firme confianza, oh Virgen gloriosa, de que no despreciarás los sentimientos del gozo público que te presentamos de parte de toda nuestra naturaleza, la cual te dice con mas afecto como tambien con mas motivo que dijeron los hermanos de Rebeca á su buena hermana: Hermana nuestra eres; crece: s en mil y mil generaciones, y venec por medio de tu hijo á todos tus enemigos (3). Por lo demás aunque tu abuelo David te advierta que olvides tu pueblo y la casa de tu

(1) Super Magnificat.

(2) S. Cyr., sermo de nat. Rupert., l. 3 in Cantic.: S. Antonin., part. 1., tit. 45, cap. 17. §. Lex Alberto Magno: Dionys.

Carthus. in D. Dionys. de celest. hier. c. 18: Gera., Alphab. 42. tit. 8 C. alphab. 88, tit. 9.

(3) Genes, XXIV, 60.

padre (1); pues tienes la honra de contraer un parentesco que no hubieras esperado jamás y que te eleva sobre nosotros más de lo que tú misma comprendes; sin embargo nos importa singularmente que no llegues á despreciarnos, en especial en aquella hora en que tienes toda potestad de servirnos, en vista de que nunca fué el ánimo de ese rey donadoso darte un corazón desapiadado para con nosotros, sino solo alentar tu valor y hacerte entender que de aquí adelante no debes ya de sacar tu gloria de la tierra, supuesto que estás emparentada con el cielo.

§. V.—Como te he llamado Trínidad concebida en un modo singular y con énfasis desposada.

I. Como nunca hubo una boda igual á la de que tratamos, tampoco se encontró jamás una concurrencia igual á esta, atendida á que no es posible imaginarse una magnificencia parecida á aquella en que Dios mismo es el esposo y el que desposa, el convidado y el que convida, el banquete y el maestra sala de él. Porque si bien el Salvador prometió á quien le amase (2), que vendrá á él y morará con él en compañía del Padre y del Espíritu Santo (lo cual se verifica por los efectos de la gracia en el alma del justo); sin embargo no nos es dado deténernos así en el hecho de que se trata, sino que hay que levantar nuestros pensamientos y concebir una manera de presencia y operación de la santísima Trínidad muy diferente de aquella. Siendo así, ¿quién podrá persuadirse á que cuando S. Epifanio llamaba á la Virgen santísima esposa de la heñtísima Trínidad, lo entienda de un modo ordinario y comun á las almas que están en

(1) Salmo XLIV, 11.

(2) Joan. XIV.

gracia de Dios (1)? ¿Quién oyendo á los dos príncipes de las escuelas, esto es, á los doctores angélico y seráfico (2), llamarla triclino de la augustísima Trinidad, no se figurará alguna cosa mas sublime que todo cuanto pasa en el estado aun el mas eminente de la santidad? ¿Quién oyendo decir á S. Bernardo (3) y á S. Buenaventura (4) despues del celestial parainfo: «El Señor es contigo, es decir, el Padre, señor de todas las cosas, de quien concebiste al Hijo; el Hijo, señor igualmente de todo lo criado, á quien concebiste; y el Espíritu Santo, no menos señor que el Padre y el Hijo, de quien concebiste y por quien fué santificado tu vientre así como por el Padre y por el Hijo; quién, repito, oyendo estas maravillas no pasa sobre todo lo que es de la naturaleza y de la gracia para adorar á la Trinidad infinita de un modo muy particular en el seno de la virgen María?

II. Hesiquio, presbítero ó segun otros patriarca de Jerusalem, que vivia mil y doscientos años há, dijo una expresion de la Virgen que ha ejercitado hasta ahora á los mejores ingenios, cuando la llamó complemento ó remate de la santísima Trinidad (5). ¿Por ventura, dirá alguno de buenas á primeras, la adorable Trinidad estaba imperfecta ó adolecia de algun defecto? ¿No es un océano de grandezas, un abismo de perfecciones, la fuente y origen de toda bondad, de toda santidad y de todo ser? Pero vamos con tiento: es necesario comprender el verdadero sentido de aquel antiguo doctor (6). Es verdad que la beatísima Trinidad es completísima é infinitamente mas perfecta de lo que podemos imaginar; pero esto puede explicarse por una frase del Após-

(1) Orat. de S. Deipara.

(2) S. Thom. opusc. 8; S. Bonav. Ians rhythmica B. Virg.

(3) Sermo 3 in Mistra.

(4) Specul. B. Virg., c. 8.

(5) Orat. 2 in Mariam Deiparam.

(6) Hieron. de Florent. apud Ferdinand. de Salazar in c. VIII Proverb.

tol: «Suplo en mi carne, dice, lo que resta de los sufrimientos de Cristo (1)»: no porque su pasion no fuese suficiente para rescatar millares de mundos, sino porque en realidad quedaba inútil para nosotros si no nos era aplicada personalmente por los sacramentos y las obras meritorias y satisfactorias, que sirven de sello y complemento por decirlo así á la pasion del Salvador (2). Del mismo modo decimos que aunque la Trinidad sea infinita en todas sus perfecciones y no pueda recibir nada en sí misma, no obstante si la consideramos en cuanto puede comunicarse al exterior, es capaz de alguna perfeccion sobreviniente, que no rebaja de ningun modo la grandeza de Dios. Si los instamos para que declaren en particular en qué consiste ese complemento; nos dirán que estriba en que no siendo fecunda la Trinidad divina mas que en dos personas, á saber, el Padre y el Hijo, parecia que el Espíritu Santo por un esfuerzo de su infinita bondad deseaba alguna comunicacion de sí mismo, la cual no pudiendo ser dentro de la misma Trinidad la buscó fuera. Así á falta de poder comunicarse infinitamente porque todas las criaturas son limitadas, escogió una á quien se comunicó en cuanto ella fué capaz, y esa criatura es la bienaventurada virgen María.

III. Dirán además que así como por la generacion eterna del Verbo tiene el Padre una relacion con el Hijo

(1) Ad Coloss. I. 21.

(2) Adición de la madre María J. de Blenue. «Repito que no es porque la pasion del Salvador no sea muy perfecta en sí misma; mas el apóstol quiere decir que los miembros padecen los unos por los otros y por todo el cuerpo como si padeció por nosotros. El Salvador, dice Primateo, comenzó la pasion; pero no la acabó, y la iglesia la completa. Puede decirse también que tenía en el corazón un celo infinito de padecer por amor á su padre y odio al pecado toda suerte de males y suplicios, aunque no debía de sufrir mas que sola la muerte de cruz: todos los santos que padecen diferentes persecuciones y nuevos tormentos en toda la tierra, suplen los que Jesucristo padeció en su espíritu.»

y el Hijo con el Padre y por la producción del Espíritu Santo el Padre y el Hijo tienen otra relación con el mismo Espíritu Santo, y este con ambos, como que es el amor y el vínculo de los dos; de la misma manera estas tres personas eran todavía capaces de una nueva relación así como de un aumento de perfección que podía venirles de fuera; relación que les sobrevino en la generación temporal del Verbo divino, la que se efectuó en el vientre de la virgen María, donde el Espíritu Santo en calidad de esposo llevó al cabo esta obra divina, que podemos llamar con razón el compendio de todas las obras y de todas las maravillas de Dios.

IV. Bien sé que de poco sirve el contradecir: así no tengo de ningún modo intención de tocar á fondo esta doctrina para desacreditarla, sino de decir únicamente que en mi juicio todas esas interpretaciones tienen mas sutileza que congruencia con el sentido y la intención de aquel antiguo doctor, el cual no quiso expresar otra cosa sino que la Virgen estaba enteramente llena de la santísima Trinidad. Para convenir en esto no hay mas que traer á la memoria su discurso, que es una comparación del arca de Noé con la Virgen, aplicada de esta suerte. Aquella era el arca de los animales, y esta es el arca de la vida; aquella no contenia mas que criaturas corruptibles, y esta trajo la vida incorruptible; aquella tenia dentro al justo Noé, y esta al padre y criador de Noé; aquella tenia tres altos y tres viviendas, y esta está toda llena de la beatísima Trinidad, porque el Padre le hace sombra, el Hijo está en sus entrañas, y el Espíritu Santo se halla allí como en su templo portátil. ¿Quién no ve que este complemento, ó para trasladar con mas propiedad la palabra griega, esta plenitud de que se trata, debe de tomarse pasivamente, y que cuando se llama á la Virgen toda la plenitud de la Trinidad, se quiere decir que está toda llena de ella sin que quede

ningun lugar vacío, supuesto que su cuerpo, su alma, su memoria, su entendimiento, su voluntad y todas sus potencias están llenas de la divinidad?

V. Si se me insta para que pase adelante y explique por menor cómo se hallaron las tres personas divinas de una manera especialísima en el sagrado vientre de la virgen María; tendré siempre mi resguardo en lo que senté al principio; que esta manera es inefable. No obstante si se ha de decir algo, sé bien que no errare mientras siga lo que nos enseñó el hijo único que está en el seno del Padre, cuando dijo: «¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí (1)?» Yo tengo firmemente que no me apartaré de la regla de la fe cuando diga con S. Hilario (2): «Creo que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre por unidad de naturaleza, por potencia de operación, por igualdad de honor y por orden de nacimiento; lo mismo creo del Espíritu Santo en virtud del origen que trae del Padre y del Hijo.» Diré rasueltamente con el mismo santo (3) que la plenitud de la divinidad que se halla en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, es causa de que el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo, el Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo; que toda la naturaleza y la sustancia que hay en el uno, está entera, igual y perfectamente en los otros sin diferencia, diversidad ni división; y que siendo las personas de todo punto inseparables las unas de las otras no lo son menos de la naturaleza divina, ni esta de las personas. Pasaré mas allá y diré con el angélico doctor (4) que estas divinas personas están la una en la otra en razón de la esencia divina, que se comunican la una á la otra, de que son igualmente inseparables en razón de las re-

(1) Joan. XIV, 10.

(2) De Trinit., l. 9.

(3) Ibid. l. 3.

(4) Part. I, q. 12, art. 5.

laciones personales, que no pueden subsistir, ni aun si quiera entenderse la una sin la otra, y en razon del origen que la una trae de la otra de quien procede; de suerte que subsiste esencialmente unida á ella en una perfectísima identidad de naturaleza. Diró con S. Ambrosio (1) que la admirable obra de la encarnacion fué hecha individualmente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; que los tres se encontraron en las sagradas entrañas de la Virgen santísima para formar un hombre Dios, portento del cielo y de la tierra; y que no obstante solo el Hijo encarnó á causa de que él solo se unió en calidad de término y supuesto á la naturaleza humana que tomó. «Así por una imperfecta comparacion, decia S. Agustín (2), vemos que cuando uno toca el laúd ó cualquier otro instrumento músico, el arte dirige la mano y la mano pulsa las cuerdas; y bien que sean absolutamente necesarias estas tres piezas; no obstante ni el arte, ni la mano dan el sonido que halaga al oído, sino las cuerdas solamente (3).» Así sucede, decia el docto cardenal Belarmino, cuando dos señores visten al rey para algun acto solemne, ayudando él tambien, porque aunque los tres hacen la operacion, solo el rey queda vestido con el manto real. «Esta es la maravilla que Dios obró y que nadie sino él pudo obrar para hacerse conocer y adorar en la Virgen santísima como en el templo y santuario más augusto que ha escogido despues de aquel donde se halla personalmente toda la plenitud de la di-

(1) De Spirit. Sancto, l. 3, cap. 2.

(2) De eccles. dogmat. circa principium.

(3) Adición de la madre Maria J. de Blemur. «A nosotros nos costaría trabajo valerosos de esta especie de comparaciones

tan bajas y familiares en un asunto tan elevado como el de que tratamos; pero teniendo por maestro á un tan insigne doctor como S. Agustín, parece que no hay dificultad en seguirle.»

vinidad; este es nuestro bendito salvador y redentor, á quien se dá honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE NO TIENE IGUAL EN SUS PARTES PEREGRINAS Y CALIDADES NATURALES.

El divino esposo de los Cantares no acaba en tratándose de alabar á su casta esposa. En el capítulo IV dice maravillas de ella y despues de muchas alabanzas añade: «Sin lo que está oculto por dentro:» como si dijera: «No pretendo hacer aquí un elogio de las relevantes prendas que adornan tu alma y en que consiste tu principal hermosura.» Los Setenta trasladan: «Fuera de lo que requiere silencio, porque no puede declararse por palabras.» El devoto emperador Mateo Cantacuzeno lo toma por el glorioso título de la maternidad. «Este silencio, dice, no es otro que la manera inexplicable de tu parto; de suerte que quiere deducir que no hay en verdad palabras con que pueda expresarse la dignidad de madre de Dios; sin embargo de que aun prescindiendo de esta calidad, no dejaría la Virgen de ser incomparable por sus raras prerogativas de naturaleza, de gracia y de gloria. Despues de haber declarado yo las relaciones que esta señora tiene con la santísima Trinidad á consecuen-

laciones personales, que no pueden subsistir, ni aun si quiera entenderse la una sin la otra, y en razon del origen que la una trae de la otra de quien procede; de suerte que subsiste esencialmente unida á ella en una perfectísima identidad de naturaleza. Diró con S. Ambrosio (1) que la admirable obra de la encarnacion fué hecha individualmente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; que los tres se encontraron en las sagradas entrañas de la Virgen santísima para formar un hombre Dios, portento del cielo y de la tierra; y que no obstante solo el Hijo encarnó á causa de que él solo se unió en calidad de término y supuesto á la naturaleza humana que tomó. «Así por una imperfecta comparacion, decia S. Agustín (2), vemos que cuando uno toca el laúd ó cualquier otro instrumento músico, el arte dirige la mano y la mano pulsa las cuerdas; y bien que sean absolutamente necesarias estas tres piezas; no obstante ni el arte, ni la mano dan el sonido que halaga al oído, sino las cuerdas solamente (3).» Así sucede, decia el docto cardenal Belarmino, cuando dos señores visten al rey para algun acto solemne, ayudando él tambien, porque aunque los tres hacen la operacion, solo el rey queda vestido con el manto real. «Esta es la maravilla que Dios obró y que nadie sino él pudo obrar para hacerse conocer y adorar en la Virgen santísima como en el templo y santuario más augusto que ha escogido despues de aquel donde se halla personalmente toda la plenitud de la di-

(1) De Spirit. Sancto, l. 3, cap. 2.

(2) De eccles. dogmat. circa principium.

(3) Adición de la madre Maria J. de Blemur. «A nosotros nos costaría trabajo valerosos de esta especie de comparaciones

tan bajas y familiares en un asunto tan elevado como el de que tratamos; pero teniendo por maestro á un tan insigne doctor como S. Agustín, parece que no hay dificultad en seguirle.»

vinidad; este es nuestro bendito salvador y redentor, á quien se dá honor y gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE NO TIENE IGUAL EN SUS PARTES PEREGRINAS Y CALIDADES NATURALES.

El divino esposo de los Cantares no acaba en tratándose de alabar á su casta esposa. En el capítulo IV dice maravillas de ella y despues de muchas alabanzas añade: «Sin lo que está oculto por dentro:» como si dijera: «No pretendo hacer aquí un elogio de las relevantes prendas que adornan tu alma y en que consiste tu principal hermosura.» Los Setenta trasladan: «Fuera de lo que requiere silencio, porque no puede declararse por palabras.» El devoto emperador Mateo Cantacuzeno lo toma por el glorioso título de la maternidad. «Este silencio, dice, no es otro que la manera inexplicable de tu parto; de suerte que quiere deducir que no hay en verdad palabras con que pueda expresarse la dignidad de madre de Dios; sin embargo de que aun prescindiendo de esta calidad, no dejaría la Virgen de ser incomparable por sus raras prerogativas de naturaleza, de gracia y de gloria. Despues de haber declarado yo las relaciones que esta señora tiene con la santísima Trinidad á consecuen-

cia del glorioso título de madre de Dios, me siento impedido á publicar aquellas tres especies de grandezas. La razon pide que empiece por la naturaleza, porque es la basa y fundamento de las otras perfecciones, aunque mi intención es pasar ligeramente y por encima y hacer ver tan solo cuatro excelentes calidades de esta señora, que son como los cuatro elementos de que se componen todas las demás, á saber, su nobleza, su hermosura, su entendimiento, su bella alma y su indole singular. Me parece que hablaré mas oportunamente de sus calidades sobrenaturales despues que haya sentado este fundamento.

C. I. — De la nobleza de la madre de Dios.

I. No dudo que quando la Virgen santísima confesó que Dios habia obrado con ella grandes cosas, estaria su pensamiento muy distante de su nobleza y de su distinguida afección. No obstante supuesto que el Espíritu Santo la enseñó tan cuidadosamente en las sagradas letras, y ya que es común sentir de todas las naciones que la sangre ilustre de la nobleza tiene no sé qué de particular y excelente que pasó hasta el alma y le infunde por lo común inclinaciones y pensamientos mas elevados que los del común, temeria hacerme acreedor á censura si hubiera oscurecido esta calidad suya, en especial viendo que salió tan aventajada en la distribución, que otro que quisiera envidiarse, tendria mil timbres de gloria y honor con que llenar sus oídos. Con efecto para abarcar mucho en pocas palabras diré con S. Ambrosio (1), S. Agustín (2), S. Hilario (3), S. Eusebio (4), Honorio, obispo de Autun (5), y generalmente

(1) L. 3 in Luc., c. 1.

(2) De consensu evang., l. 2.

(3) Capta. 7 in Mat.

(4) Quest. in Mat.

(5) In Cant.

los santos padres y hasta con las sagradas escrituras que todo lo grande y elevado segun al mundo, que ha habido desde la creacion hasta su concepcion, contribuyó á realizarla y ennoblecerla. Los sagrados anales atestan que salió de la primera nobleza de la tierra y descendió de diez y nueve patriarcas antiguos, que fueron los pilares y columnas de la ley natural hasta Abraham. En los mismos anales se ve cómo despues de esta se acrecentó su nobleza por la descendencia de los patriarcas, que fueron en su tiempo la honra y el sosten del mundo y poblaron con sus hijos la nacion escogida de Dios; cómo esa misma sangre recibió nueva gloria pasando por los profetas, los jueces y los principes del pueblo de Israel y uniéndose á los sumos sacerdotes destinados por su estado á conversar con Dios y tratar con él del gobierno del mundo; cómo en fin puede contar hasta caloreo reyes de quienes desciende, y algunos de los cuales fueron en su epoca la maravilla del mundo, los favorecidos del cielo y los espejos de santidad, de religion y de verdadera grandezza para toda la posteridad. ¿Qué os parece de este aparato de magnificencia? No bastaria la menor parte de lo que acabo de contar, para hinchar desmedidamente un corazon ambicioso y hacerle tocar el cielo con la punta del dedo? Pues aunque la Virgen santísima haga menos caso de esto sin comparacion que del misterioso ornamento de las virtudes, no obstante tiene derecho de apropiárselo que dice el Ecclesiástico: «Que en todo pueblo, en toda gente tuvo la primacia: que se arraigó en un pueblo honrado: que se empinó como cedro sobre el Libano y como ciprés en el monte de Sion (1).» Porque así como estos arboles, dice el cardenal Hugo comentando el mismo lugar, echan pro-

(1) Ecc. XXIV, v. 10, 16, 17.

fundas raíces, así también las de su nobleza se extendieron anchamente en la sangre de los caudillos del pueblo de Dios (1).

II. Si alguno me quiere recordar el juicio de S. Gerónimo (2), quien sostiene que nuestra religion no sabe lo que es acepcion de personas; que no atiende á la condicion del nacimiento de los suyos, sino á sus almas y á las prendas inferiores; que no distingue al noble del plebeyo mas que por las costumbres; en una palabra que la única nobleza delante de Dios consiste en ser ilustre y recomendable por la virtud; si me alega á S. Ambrosio, el cual dice que no hay prosapia igual á la de la virtud y de los antepasados virtuosos; sepa que por lo que mira á esto no se hallará una nobleza comparable con la de la madre de Dios, ya se atiende á sus propias virtudes, ya se averigüen las de sus mayores. En cuanto á las suyas bien se ve que no es este el lugar de tratar de ellas; pero en cuanto á las de sus antepasados puedo decir que le pertenece y es suya toda la virtud que hasta su tiempo ilustró al mundo. Y si no que se me muestre una penitencia mas larga y austera que la de Adam, una devocion mas antigua que la de Enos, una inocencia mas pura que la de Enoch, una perseverancia mas completa que la de Noé, una piedad mas sincera que la de Sem, una fé mas firme que la de Abraham, una obediencia mas ciega que la de Isaac, un corazon mas generoso que el de Booz, una mansedumbre mas amable que la de David, una sabiduria mas profunda que la de Salomon, una religiosidad mas verdadera que la de Josafat, un celo mas ardiente que el de

(1) Adición de la madre Maria J. de Blenur. «Mas porque su modestia no la dejó jamás pensar en sus grandeza, la

santa Iglesia se vale ahora de esas mismas palabras en su nombre y á su gloria.» (2) Epist. ad Celantiam.

Ezequias, una probidad mas irreprehensible que la de san Joaquin y santa Ana; en una palabra que se desmienta á S. Epifanio (3), á S. German de Constantinopla (2), á Sergio de Hierapolis (5), á S. Fulberto de Chartres (4), á S. Juan Damasceno (3) y á los demás que la llaman la hija de los santos.

III. En tercer lugar si las leyes así divinas como humanas dan á la mujer el derecho de participar del lustre de su marido y hasta de su nobleza y grandeza; ¿quién podrá representar el honor y la gloria que redundaron á la Virgen santísima de parte del Espíritu Santo, su esposo invisible, y del inclito patriarca S. José, su esposo visible y su fiel compañero? Si los criados y cortesanos de un príncipe soberano merecen los títulos y distintivos de nobleza por el servicio que le hacen; ¿qué diremos de aquella que por espacio de treinta y mas años estuvo alistada la primera en el servicio del rey de los reyes? Pero mas que todo la calidad de madre de Dios le da tal superioridad sobre quanto parece grande en este mundo, que no hay nobleza que no deba de rendirle homenaje, segun asegura el devoto cardenal Pedro Damiano (6). Y S. Agustin dice que así como la nobleza del que nace de la Virgen, depende en parte de la virginidad de su madre, de la misma manera la principal nobleza de esta consiste en la divinidad del hijo que pare. Por último S. Ambrosio dice en pocas palabras lo que podria servir de amplio tema para un discurso muy extenso: «Hablas de nobleza; ¿y qué cosa hay mas noble en el mundo que la madre de Dios (7)?»

(1) Hierés. 79.

(2) In psalm. XLIV.

(3) Orat. de natal. Virg.

(4) Sermo de nativ. B. Virg.

(5) Orat. 4 de dormit. B. V.

(6) Sermo 2 de nativ.

(7) De Virg. lib. 5.

C. II.—De su gracia y hermosura corporal

I. Poco ha faltado para que dejara yo el discurso de la hermosura corporal y de la gracia exterior de la madre de Dios fiándome en la sentencia del sabio Salomón, quien dice (1) que es engañosa la gracia y vana la hermosura, y en el dictamen del filósofo cristiano Boecio, el cual afirma (2) que la belleza pasa mas rápidamente que la rosa de la primavera (3). Pero por otra parte me he acordado de que su esposo se digna de alabarla por esta calidad llamándola hermosa y sin mancha (4), hermosa de rostro, hermosa de cuerpo y aun mas hermosa de alma segun la interpretacion de Ricardo de S. Victor (5); y por este motivo es mas terrible para los principes de las tinieblas. Me he acordado de lo que dice Hugo de S. Victor (6); que esta alabanza es tanto mas admisible, cuanto que el que la da, no es capaz de engañarse, es el autor de toda hermosura y el juez de toda verdad; y que esto no es tan poco, pues se facta de amar á la que él hizo únicamente amable, y se gloria de ser amado de aquella á quien él mismo dió amor. He reflexionado sobre lo que escribe el antiguo panegirista latino Pacato; que Dios por lo comun prepara un hermoso aposento á las almas grandes, porque estas

- (1) Proverb. XXXI. 29.
(2) De consol. philos. l. 3.
(3) Adición de la madre 37.

J. de Blenar. Nunca se vio una criatura tan hermosa; estaba dotada tan venturosamente de esta calidad, que podía decirse sin mentir que la naturaleza habia sido tan liberal para con ella como la gracia que su cuerpo no era menos perfecto que su alma; y que su hermosura, aun-

que abundaba, tenia muchos atractivos. Tenia una suavidad y una majestad que la hacia amar y temer, y lo que aumentaba su valor, es que levantaba los pensamientos á Dios, infundia santos pensamientos y engendrabas estos deseos.

- (4) Cant. IV.
(5) De Emanuele, lib. 1.
(6) Serm. de assumpt. Virg. tom. 1.

ejercen mejor sus funciones en cuerpos hermosos, y que la gracia exterior da realce á la virtud. Por último me he persuadido á que si los santos padres hubiesen hecho tan poco caso de esta calidad y no hubiesen creído que sirve notablemente para realzar la virtud, nunca la hubieran apreciado tanto. Sin embargo S. Juan Damasceno llama con este motivo á la Virgen la gracia de la naturaleza humana (4). Jorge, arzobispo de Nicomedia, exclama (2): ¡Oh la mas hermosa y agraciada entre todas las hermosas! ¡Oh Virgen santa, ornamento sin par de toda hermosa! Ricardo de S. Victor la alaba porque su rostro es angelical lo mismo que su alma (5). S. Gregorio Nacienceno lo confirma (4), y dice además que en materia de hermosura deja atrás á todas. Todos los doctores dicen otro tanto ó mas, y aun algunos de ellos llegan á sentir que cuando su cuerpo fué reunido á su alma para ser aposentado en el cielo, pareció tan hermoso y tan bien proporcionado, que no hubo necesidad de corregirle ó reformarle al modo ordinario de los otros, sino que se le juzgó capaz de recibir, segun estaba, los dotes gloriosos y de vestir la estola de la inmortalidad.

Su hermosura se descubre en las figuras antiguas, y en

II. Pero porque no se crea que un extremado afecto guió sus plumas para hacerla recomendable en toda suerte de perfecciones, es necesario considerar que además de los historiadores que la pintan exactamente segun fué en verdad (3), la razon es tan favorable á lo que

- (1) Serm. 1 de nativ. B. Virg.
(2) De oblat. B. Virg.
(3) Cap. 26 in Cant.
(4) Traged. de Christo puer-

(5) S. Anton. p. 4. t. 19.
c. 49: Albertus super Misas:
Dions. Carthus. de laudib.
Virg. l. 1: Nicoph. De eccl'es.
hist., c. 23.

han dicho los santos padres, que difícilmente les negaría un hombre de juicio el crédito que merecen. Con efecto para no hacer mucho hincapié en las figuras antiguas por las cuales fué trazada esta reina excelsa no tanto para imitar las perfecciones de ellas, cuanto para excederlas y añadir otras muchas á las que poseyeron; para no decir que tal vez la intencion principal del Espíritu Santo, quando dió á conocer á la posteridad las prendas relevantes de aquellas nobles mujeres, fué realzar la hermosura de aquella á quien sirvieron de figura, como exando los libros santos dicen de Rebeca que era moza de muy buen parecer y virgen muy hermosa (1); de Raquel (2) que era hermosa de rostro y de agraciado semblante; de Ester que era en extremo hermosa y de hado rostro (3); y de Judit que era de aspecto muy gracioso y que parecia de incomparable belleza á los ojos de todos (4); fijemos solamente la consideracion sobre aquel que la formó en las dichas entrañas de su madre estéril, esto es, el Espíritu Santo, porque por ahí será fácil juzgar qué tan digno artífice no pudo labrar sino una obra excelentísima y señaladamente con el desigmo que tenia de hacerla su casta esposa.

III. Léese con gusto en un precioso discurso que el devoto Gerson pronunció mas de doscientos años há en la iglesia de S. German de Paris, cómo se presentó la naturaleza al Espíritu Santo para reunir en esa su esposa las bellezas que habia esparcido en todas las criaturas, y aun para hacerla partícipe de otras muchas que hasta ella se habian guardado como rios tesoros en las arca de sus arcos. Con no menos contentamiento se lee cómo se le ofrecieron todas las virtudes para hacer una obra primorosa y acabada de aquella doncella amada

(1) Genes. XXIV, 16.

(2) Ibid. XXIX, 17.

(3) Ester, VII, 7. ver.

(4) Judit, VIII, 7; X, 4. ver.

del cielo, la pureza para sacar la materia de su cuerpo, la providencia para organizarle, la gracia para animarle, la caridad para formar el corazon, la prudencia para disponer el cerebro, el pudor para cubrir la frente, la dulzura para posar en los labios, la honestidad para aposentarse en las mejillas, la modestia y la virginidad para dar decencia y compostura á todo el cuerpo. Por aquí se puede comprobar lo que dijo mucho tiempo há un filósofo cristiano (1), que solo á las virtudes toca formar el cuerpo que ha de consagrarse á Dios. Esto no obstante hago mas caso del grandioso pensamiento de S. Andrés de Jerusalem, quien llama á la virgen Maria una estatua labrada por la mano misma de Dios (2). Y á la verdad no puedo figurarme que haya puesto la mano en ella otro que el autor de la naturaleza y el primer modelo de toda virtud, el cual suplió la incapacidad de la naturaleza, el cual suplió la incapacidad de la naturaleza, el cual suplió la incapacidad de la naturaleza. Aquí mi deseo sería encontrar á alguno que pudiera hacerme entender cuáles eran los sentimientos del Espíritu Santo ó mas bien de la santísima Trinidad, cuando formaba este tierno cuerpo en el vientre de la gloriosa santa Ana, Dios mio; ¡qué contento en modelar aquel corazon, que debia de ser el verdadero adar de los perfumes destinados á evaporarse continuamente en olorosísimo humo de santidad! ¡Qué gozo en preparar el santuario donde debia de habitar la Trinidad beatísima como en su morada escogida! ¡Qué delicia en distinguir las diversas celditas del cerebro, que debia de servir para concebir los mas altos pensamientos que concebíó jamás ninguna simple criatura! ¡Qué delicia en disponer el lugar donde debia de ser recibido el Salvador del mundo, en formar todos los miembros y partes que debian de

(1) Boet., De consolati., lib. 1. (2) Orat. 2 de Assumpti.

sostenerte, criarle y alimentarle, en santificar todo el cuerpo que era hecho expresamente para él!

IV. A mas cuando considero que el cuerpo de la Virgen debia de unirse por una union eterna al alma mas hermosa que Dios ha criado jamás despues de la de su hijo, no tengo ninguna dificultad en creer que debió de estar igualmente dotado de una hermosura muy aventajada. De este parecer es S. Ambrosio quando dice (1) que está bien que una casa hermosa tenga una hermosa entrada: igualmente santo Tomás quando prueba (2) que el cuerpo del primer hombre debia de ser muy hermoso y proporcionado, porque en la produccion del cuerpo humano, dice, Dios atiende no poco á las perfecciones que requiere el alma que ha de hospelarsé en él, y á las acciones que ha de ejecutar. De donde infiero que estando destinado el cuerpo de la madre de Dios á juntarse con aquella hermosa alma y acompañarla en el ejercicio de los actos mas heroicos y divinos que se han practicado despues de los del principe de la gloria, que llamamos divinamente humanos ó humanamente divinos, debia de ser la hermosura misma de la santidad corporal en frase de S. Gregorio de Neocesarea, ó como dice S. Basilio (3), una carne compuesta toda de santidad.

Siendo escogida Maria para madre del Salvador debia de ser acabada en hermosura.

V. Si pasamos mas allá de todas estas consideraciones para remontarnos á los altísimos designios de nuestro Dios, el cual hizo á la Virgen unicamente para ser

(1) De virginib., lib. 2.

(2) Part. 1.º, q. 91. art. 3.

(3) Homil. de humano Christi generatione, cap. 11.

madre de su único hijo, como canta la iglesia, esto es, del hombre mas hermoso, mas agraciado y mas completo entre todos los hijos de los hombres; no habrá que confesar que debia de estar dotada de una hermosura mas que humana? Porque el decir que siendo su madre no habia de parecerse perfectamente á ella su hijo seria hacerle un agravio que no pueden tolerar los que la honran como deben, en atencion á que nunca se han reunido tantas causas de una perfecta semejanza como aqui, donde la Virgen santísima es en cierto modo padre y madre juntamente, habiendo contribuido ella sola todo cuanto era necesario á la formacion del cuerpo de su amado hijo. Y así supuesto que segun el axioma del filósofo, en cada orden de criaturas debe de haber una que sea la primera y como el modelo de las otras y en términos de hermosura no puede haber un cuerpo mas perfecto que el de nuestro señor Jesucristo; es preciso confesar que quien mas se acercó á él, fué su bienaventurada madre. S. Juan Damasceno considera admirablemente esta razon quando habla así á la Virgen santísima: Tienes, señora, una vida y por consiguiente una hermosura que pasa las leyes ordinarias de la naturaleza; de lo cual no hay que admirarse, porque tú no la recibiste por tí, sino por Dios, para quien fuiste hecha con intento de servir á la salvacion de todos los hombres y de cooperar al cumplimiento del proyecto que Dios tenía de la encarnacion del Verbo eterno y de nuestra deificacion. Tu appetito no sabe lo que es sensualidad, sino que á ejemplo de la razon misma se alimenta de santos afectos; así es que eres el verdadero árbol de vida, que no puedes producir mas que buenos frutos, especialmente despues de haber dado al mundo el fruto de vida, que no es otro que el Verbo encarnado. Tus ojos están formados para mirar siempre á lo alto y estar continuamente fijos en tu Señor y tu Dios. Tus oidos están acostumbrados

á la música de los ángeles y á las palabras del Espíritu Santo, especialmente despues que por ellas entró la salvación del mundo. Tu nariz no es mas que para oler los suaves perfumes del esposo celestial, cuyo nombre es unguento de mirra. Tus labios no son mas que para alabar á Dios y estar pegados á los de tu amado. Tu lengua derrama de continuo el néctar de las santas pláticas. Tu corazón no aspira mas que á Dios, ni suspira mas que por Dios. Tu vientro es la morada de aquel que todo lo contiene y no puede ser contenido. Tus pechos son las fuentes de leche y miel que amamantaron al criador del universo. Tus manos son el carro de Dios. Tus rodillas son el trono de los querubines, donde descansa su majestad. Tus piés fueron siempre alumbrados por la luz de la ley divina y nunca cesaron de andar hasta que encontraste al esposo de las almas para traerle á la tierra. En una palabra eres el tálamo nupcial del Espíritu Santo; eres un mar inmenso de gracias; eres hermosísima y muy próxima á Dios. Asi habla San Juan Damasceno (1).

La hermosura de la madre de Dios inclina á la castidad.

VI. Por el discurso de este santo padre me veo obligado á consentir en lo que han notado tantos escritores graves (2); á saber, que la hermosura de la Virgen santísima era tal, que lejos de dar nunca ocasión á ningun pensamiento ó movimiento deshonesto servia por el contrario de pábulo y cebo de la castidad. En particular por lo que toca á su glorioso esposo el patriarca san

(1) Orat. de natiuitate. Beati. l. q. 1. art. 2. q. 1. Alex. Alex. N. N. p. 2. q. 49. membr. 3. art. 1.
(2) S. Ambrosio, de In. Et. vii. l. 3. d. 3. art. 2. S. Thom. in 3. d. 3. eq. 3. S. Bonavent. in 3. d. 3. art. 2.

José, creo sin dificultad lo que dicen de él, y es que cuanto mas trataba y conversaba con ella, mas abrasadas eran las llamas de castidad que se encendian en su pecho. Esto no parecerá extraño al que tenga presente lo que se cuenta de S. Ezequiel, conde de Arrian (1), el cual guardó perpetua continencia con su esposa santa Delfina, y es que durmiendo los dos en el mismo lecho cuanto mas se acercaba á ella, mas segura sentia su castidad y menos temia los asaltos de la incontinencia. Por otra parte santa Delfina llamaba á su casto esposo el ángel custodio de su virginidad. Esta gracia de todo punto extraordinaria difundia sobre los demás su apacible y benéfica influencia, como lo experimentó Asia, hermana de aquella santa.

Discurre razones por que nuestra señora inclina á la castidad.

VII. Volviendo á la reina de la pureza, algunos se han dedicado á indagar la castidad oculta de donde procedía en ella este privilegio tan excelente. Quién ha opinado (2) que provenia del amortiguamiento del fuego de la concupiscencia, de que trató mas abajo, porque extinguido en ella este foco de toda deshonestidad, no era maravilla que fuese mas á propósito para abitar que para levantar la llama de la torpeza. Quién ha creído (3) que mas bien era á causa de su modestia suma, de la gravedad y del recato, incomparable que manifestaba en su conversacion. Quién se ha persuadido (4) á que este privilegio le provenia de una emanacion de la gracia de Dios, que hallábase tan abundante en ella, que salia por todas partes un bálsamo del paraíso y un olor celestial

(1) S. Hieron. l. 1. c. 11.
(2) S. Hieron. l. 1. c. 11.
(3) S. Hieron. l. 1. c. 11.
(4) S. Hieron. l. 1. c. 11.

de castidad. ¿Por qué no ha de decir tambien que siendo su hermosura mas divina que humana, debian de ser celestiales y divinos los sentimientos que causaba en las almas? Por qué no ha de decir de ella con mas razon que S. Juan Damasceno de un hombre virtuoso (1) que tenia la virtud por hermosura? Varios autores insignes (2) cuentan de S. Dionisio Areopagita, y el mismo lo escribe (3), que habiendo sido conducido á la presencia de la Virgen santisima quedó tan deslumbrado con el resplandor de una majestad divina que salia de su rostro, que cayó en tierra, y vuelto al cabo en si protestó que si Pablo no le hubiese enseñado otro Dios, á quien adoraba y en quien creia por la fé, firmemente hubiera creído que la divinidad no podia haber elegido otra morada en la tierra que el rostro de aquella santa señora.

VIII. Esta consideracion hace exclamar á S. Anselmo (4): «Oh Virgen santa, tu hermosura es tan peregrina, que cualquiera diria que no has sido formada mas que para ser mirada y para robar los corazones de los que fijan la vista en ti.» Oh Virgen únicamente admirable y admirablemente única! S. Epifanio movido de la misma consideracion dice resueltamente (5) que se aventaja á todos, excepto Dios solo, en hermosura; que excede á los querubines y serafines y á todos los espiritus angelicos; y que es acabada en toda perfeccion de hermosura. Aun mas allá pasa S. Bernardo diciendo (6) que la hermosura tanto de cuerpo como de alma de la Virgen arrebató el cariño del rey de la gloria. Por último de esta misma consideracion nacen las extáticas aclamaciones que se oyen en las iglesias de esta santa señora.

(1) De Joanne Cunoibarcha (4) lib. orationum.
 (2) Sermo de S. Desipara.
 (3) Dionys. Carthus etc. (6) J. Houli. super Micam.
 (4) Epist. ad S. Joannem.

maciones de S. Agustin (1), quien despues del esposo celestial la llama toda hermosa, toda agraciada, toda gloriosa, sin mancilla, adornada de toda belleza y enriquecida de toda sanidad. ¿Qué mas pueda decirse? En un entendimiento excelente es lo mismo que las dos calidades anteriores una espada de dos filos y una pieza para diversos usos, que juntándose con la malicia le sirve para emprender muchos planes inicuos; pero bien gobernado tiene una simpatia muy estrecha con la virtud, de suerte que las mas veces una santidad eminentemente se ha hallado acompañada de un buen entendimiento. Pero digase lo que se quiera de los demás, hay que confesar por muchas consideraciones muy poderosas que le tuvo la gloriosa madre de Dios. No quiero alegar otra vez la razon indicada mas arriba, á saber, que siendo su cuerpo muy perfecto y como único en su especie era digno de un entendimiento singular y eminente. Tampoco pienso detenerme en decir que, teniendo Dios designio de derramar una plenitud de gracias sobre ella es muy poco probable que quisiese favorecerla con la hermosura del cuerpo, que es cosa de tan poca importancia, y le negase la prenda principal y que debia de honrarla, esto es, el entendimiento. Tambien quiero pasar en silencio que ella no tenia ninguna de esas incomodidades que emboran la perspicacia de nuestros entendimientos, como son las enfermedades ó imperfecciones de los órganos corporales, las malas inclinaciones, los desórdenes, los vicios y cosas semejantes; porque como dice muy acertadamente S. Ildefonso (2), el

(1) Sermo de incarn. Christi. (2) De Virginit. Desiparae.

Espíritu Santo la había librado de toda mancha e imperfección así como hace el fuego con el oro. Tengo consideraciones más poderosas sacadas de la importancia de su elección, de los ministerios y actos que debía de ejercer según el orden del designio de Dios, que no podía llevar al cabo sin un entendimiento relevante, si alguno no prefiera decir (lo cual sería sin ejemplo y sin razón) que Dios hizo un continuo milagro en ella, es decir, que practicó obras de un entendimiento eminente sin tenerlo. Las obras de Dios son perfectas, y cuando quiere emplear á alguno por estado en un oficio ó ministerio, á mas de las gracias sobrevinientes, que son como los dones gratuitos, le señala prendas estables y corrientes, que son los hábitos y las disposiciones permanentes y radicales para soportar las cargas de su estado. *La Virgen santísima había necesidad de un entendimiento sobresaliente para sus altísimas contemplaciones.*

En primer lugar pues no puede negar nadie que tantas que hubiese escogido la mejor parte de Magdala-
na, que es la quietud y el retiro, el cielo la había elegido para ella y destinado á las cosas de la más sublime contemplación que ha practicado jamás ningún espíritu, porque fuera de que nos lo aseguran los santos (1), para salir de duda no hay sino eraer que es madre de Dios, porque de ahí es fácil inferir, según dicen muy oportunamente S. Bernardino de Sena y Alberto Magno (2), que así como á este efecto en el mismo punto en que fué santificada, Dios le dió todos los hábitos y conocimientos intelectuales adecuados á su estado, que po-
(1) S. Eucher. Jugdan. Ser-
mo de Assumpt. p. 3, tit. 18, c. 19 ex Alberto
(2) S. Bernard. Sermo. Tract. Magno. tit. 18, c. 19

(1) S. Eucher. Jugdan. Ser-
mo de Assumpt. p. 3, tit. 18, c. 19 ex Alberto
(2) S. Bernard. Sermo. Tract. Magno. tit. 18, c. 19

dian ayudarla á subir á ese eminente grado de contemplación, es decir, un conocimiento muy excelente de si misma, de las criaturas intelectuales, de los misterios ocultos, de las acciones morales y hasta como han juzgado algunos (1) de las cosas naturales, en cuanto le era necesario; del mismo modo le había dado un entendimiento capaz de guardar tantos bienes y hacerse los lucrar en el centuplo. No olvidemos sus revelaciones casi continuas y las más sublimes que ha habido jamás, como lo pide la razón, por las cuales la llama S. Andrés de Caudia (2) una fuente inagotable de revelaciones divinas, y S. Lorenzo Justiniano dice (3) que debía de sobrepasar las de los otros santos (4) tanto como la gracia recibida por ella excedía á las gracias que se les habían comunicado á ellos. Ahora bien es indudable que estas requerían un entendimiento claro, perspicuo, reflexivo y elevado mas que todo lo que nos figuramos en los términos ordinarios del entendimiento. Y ya que tratamos de la via contemplativa, no puedo callar respecto de otra cosa, que es como la segunda aia con que se remonta á lo alto; quiero decir la lectura, que fuera de la oracion era la ocupacion más comun de la sacratísima Virgen, de suerte que por este medio hubiera sabido toda la santa eseritura, aunque no hubiese tenido conocimiento infuso de ella por otro lado; á lo cual no habría llegado nunca sin un entendimiento eminente y proporcionado á tal conocimiento.

(1) Sermo 2 de Assumpt.
(2) Sermo de Assumpt.
(3) Aug. Sermo 6 de Nativ.
(4) Ambrosio, lib. 1 de Virg. l. 2, c. 19

La Virgen santísima tenía necesidad de un acertado entendimiento para hacer compañía á nuestro Señor.

III. En segundo lugar estaba destinada á hacer compañía al hijo de Dios, es decir, al fenix de los entendimientos privilegiados, y á aquel en quien estaban escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, como dice S. Pablo (1). Esto me hace decir que si no hubiera habido proporción entre estos dos entendimientos, por un lado hubiese sido desventajosa la condición del rey del cielo, porque habría carecido mucho tiempo de compañía y de conversacion conveniente á su grandeza, y por otro la Virgen, su fiel compañera, habría sido sumamente digna de compasion por estar privada de la capacidad necesaria para comprender los admirables secretos que continuamente le revelaba su hijo, á fin que un dia ficiese partícipe de ellos á la posteridad.

IV. Con esta palabra me he metido insensiblemente en el tercer oficio de la madre de Dios, con que puede reforzarse este discurso. En efecto el Señor la habia dejado á los apóstoles y discípulos, dice S. Anselmo (2), para que les repitiese lo que él les habia enseñado y lo que habian aprendido del Espíritu Santo, á quien ella comprendía incomparablemente mejor que todos aquellos. De aquí proviene que los santos la llaman maestra de los apóstoles, y S. Ignacio (3) maestra de nuestra reli-

(1) Ad colos. 1.

(2) Epist. 4.

(3) De exc. Virg. lib. 2, c. 7.

gion. El venerable Ruperto nota sutilmente (1) que ella tuvo su tiempo para callar y su tiempo para hablar y que así como durante su silencio era el huerto cerrado y la fuente sellada de los Cántaros, de la misma manera durante su magisterio embalsamaba el aire con el olor agradable de su huerto y regaba la campiña con las aguas saludables de su doctrina. Decir ahora que hubiera podido desempeñar esta comision tan importante á la iglesia sin un entendimiento eminente es á mi juicio querer sostener que pudiera volar sin alas, mirar sin ojos y oír sin orejas.

El entendimiento le era necesario para los actos heroicos de virtud.

V. Pongo en último lugar los actos heroicos y extraordinarios de virtud que debia practicar; actos que secan grandísima ventaja y mucha facilidad del entendimiento y del conocimiento con que es iluminada la voluntad del que los ejecuta, como se ve claramente en los mas insignes doctores y mas esclarecidos varones de la iglesia, que juntaron á su entendimiento eminente y á su exquisita doctrina una virtud no menos extraordinaria y elevada sobre la comun. Bien pudiera yo alargar mas este discurso; pero me basta decir que si la Virgen santísima hizo algun aprecio de todas estas prendas naturales, fué únicamente para tener el medio de rendir con ellas homenaje al que honraha como al primer tronco de toda nobleza, al ejemplar de la perfecta hermosura y al Señor de toda ciencia; porque la razon pide que pues todo se ha hecho para él, redunden el honor y la gloria á él solo.

(1) De gloria et honore filii hominis, lib. 2.

I. No sucede con esta última calidad, como con las tres anteriores: este es un presente de amigo y la joya más rica entre los dones naturales que pueda recibirse del cielo. Esta es la planta y el sitio de la virtud, las arras de la santidad y la disposición más considerable de las que Dios acostumbra dar cuando intenta sacar á uno de la condición común. Teniendo David un hijo de genio apacible y de excelente índole le llamó Salomón, y como no hubiese nadie preferible al profeta Natan para encargarse de la educación de este príncipe mozo, se le encomendó el rey. El varón de Dios, habiendo advertido en Salomón una condición dispuesta para cosas grandes, le dió otro nombre y quiso que se llamase amable al Señor (1). Tan cierto es que la merced de una índole nacida para la virtud es una señal infalible de ser amado de Dios. Siendo esto así, me parece que la cosa habla por sí, y que sin que yo lo diga, se ve ya que la madre de Dios fue dotada de la índole mejor y más excelente que tocó jamás en suerte á ninguna simple criatura. Para hacer más admisible la prueba de esta verdad pienso no decir nada de mi caudal, sino solamente citar los pareceres y juicios de algunos doctores muy graves y de testigos infachables.

II. No se puede recusar á S. Ambrosio, cuya calidad es muy eminente y su probidad muy conocida; pues véase lo que escribe acerca de las costumbres y de la modestia de la Virgen (2): «En virgen no menos de alma que de cuerpo, sin ficción ni disimulo. Tenia el corazón humilde; su hablar era grave y serio; su alma estaba

(1) II Reg. XII, 25.

(2) De virgin. lib. 2.

tranquila; su lengua era discreta y recatada; su entendimiento inclinado á la lectura y su mano acostumbrada á la limosna. Su trabajo iba acompañado de diligencia, su conversacion de pudor y su pensamiento de intención recta. Estaba llena de bendad para con todos, de respeto para con sus superiores y de mansedumbre para con sus iguales: era enemiga de la jactancia, amiga de la virtud y dócil á la razón. Nunca ofendió á sus padres ni con una mirada siquiera, ni tuvo palabras con sus compañeras: nunca desdén á los simples, ni desprecio á los débiles, ni se apartó del trato de los pobres. No se descubría ninguna altivez en sus ojos, ni precipitación en sus pláticas, ni indebecencia en sus acciones, ni libertad en sus ademanes, ni afectación en el andar, ni en el cuerpo nada que fuese un tanto contrario al espíritu, ni en el espíritu nada que se rebelase contra la razón. ¿Qué diré del rigor con que vivía, y de la alegría con que servía á todos, pues que en uno y en otro casi iba más allá de las fuerzas de la naturaleza? No tomaba el descanso por deleite, sino por necesidad, fuera de que el sueño del cuerpo no impedía la atención del espíritu fijo siempre en algún pensamiento santo. Su contento era estar bajo la conducta y dirección de otro, bien que nadie vigilaba más fiel y diligentemente sobre ella que ella misma, en atención á que no daba un solo paso que no fuese un acto de virtud. Y aunque estaba pronta á aprender de todos, no obstante se portaba como si hubiese sido el ejemplar y el espejo de todos. Por su comportamiento se ganó el cariño de sus parientes, la estimación de los extraños y la amistad del mismo Dios. Además nunca se encontraba mejor acompañada que cuando estaba sola, porque entonces gozaba de la conversacion de los ángeles y platicaba con los profetas por medio de sus escritos: por lo común tenia pláticas celestiales con el arcángel S. Gabriel, á

quien si desconoció cuando él la saludó, no fué porque la causase novedad el tratar con los espíritus bienaventurados, sino porque la sorprendió la figura que el ángel había tomado; en lo cual no fueron menos castos sus ojos que devotos sus oídos. Por último se la ha de mirar como una idea acabada de virtud y un espejo de toda santidad. Hasta aquí S. Ambrosio.

III. Santa Matilde, virgen dotada de singular virtud y favorecida del cielo con tan excelentes revelaciones que mereció ser tenida por un instrumento escogido del Espíritu Santo, afirma (1) haber sabido de la boca misma de la madre de Dios lo que ha dejado escrito, y entre otras cosas dice de la Señora que fué aficionada a la virtud y especialmente á la humildad, en que sobresalió tanto, que no le aconteció jamás preferirse á alma viviente. También fué solamente dada á la obediencia perfecta y á la caridad. Fué admirable el respeto que tuvo á sus padres, en cuyas personas honró y reconoció siempre á Dios sin haberlos contristado nunca en lo mas mínimo ni de palabra, ni de obra. Todas sus inclinaciones se dirigian de tal suerto al bien y á la virtud, que fácilmente se veia haber sido escogida para ser el verdadero retrato de ella; y lo mas maravilloso en aquella edad era que razonaba todas sus acciones con tan rara prudencia y circunspeccion, que no se podía notar en ella ningun ademán ó movimiento infantil.

IV. S. Juan Crisóstomo asegura (2) que habia tal igualdad en el alma de la Virgen santísima, que era una quietud perpetua, sin que pudiese observarse jamás el menor arranque de esos movimientos impetuosos que nos hacen traspasar los limites de la razon.

V. Epifanio, presbítero de Jerusalem, que es difinitivo de la pureza de su alma, dice que ella era como un cristal que se veia á través de él. (1) Lib. 4.º de gradie spiritualis. (2) Homil. 4.º in Mat.

rente del gran obispo de Salamina del mismo nombre, protesta (1) haber empleado grandísima diligencia en buscar todos los autores griegos antiguos que trataron de la vida de la Virgen santísima, para escoger no tanto aquello que podia admitirse por probabilidad, sino lo que merecia una creencia firme y cierta, y dice que aprendió en los verdaderos escritos de ellos que no habia cosa mas agradable que la armonia con que existian la benignidad y la gravedad de aquella tierna doncella, porque así como obligaba á todos con la primera á que la amasen, así con la otra infundia en los que la veian, un cierto respeto y reverencia; siendo la una sumamente amable y la otra igualmente majestuosa. Sus oídos siempre estaban abiertos para oír el bien; pero su boca por lo comun estaba cerrada sino cuando se trataba de las alabanzas de Dios ó del servicio del prójimo. Y aunque se hacia afable con todos y de una conversacion muy sabrosa, sin embargo era con tal honestidad y recato, que fácilmente se descubria en el color del rostro la disposicion interior de su alma. Estaba distante de toda ostentacion y de todo espíritu de artificio mas que el cielo dista de la tierra; lo cual se veia naturalmente en su continente y porte exterior, porque su traje era siempre sencillo, aunque aseado, y sin mas tinte ó color que el natural de la lana. Cualquiera hubiese dicho que su vestido era el de la modestia misma, de suerto que se ajustaba con la decencia de que estaba adornada interiormente.

VI. Si queremos considerarla algo mas adelantada en años; oigamos lo que dice S. Ignacio mártir y obispo de Antioquia, columna de la iglesia en su tiempo. Muchos autores graves (2) le atribuyen una carta escrita á

(1) Da institutione, vita et passim. XC. More. Michael, presbyter crotonensis, de virgine illustribus. Maria.

(2) S. Bernard., sermo 7 in scribis; Chais, saepe etc.

S. Juan evangelista, de que no tendré reparo de servirme, porque sea de quien quiera, hay que confesar que su autor es antiguo y grave. Allí pintando á la Virgen con sus colores naturales dice: «Siempre se la veía contenta entre los trabajos, alegre en las aficciones, gozosa en la pobreza, servicial para con todos, dispuesta á ocuparse en favor de los que le daban algun disgusto, sin que les pudiese jamás rostro tibio ó indiferente. Era circunspecta en medio de la prosperidad y en todo semejante á sí misma. Su corazón rebosaba de compasion para con los atribulados, y era resuelto para hacer frente á los vicios, constante en las santas empresas, infatigable en el trabajo, invencible en la defensa de la religion.»

VII. S. Juan Damasceno no dice casi nada que no haya tocado ya alguno de los padres citados arriba; no obstante sus palabras son tan balagueñas, que merecen retenerse. «Qué lenguaje usaré yo, dice (1), para expresar la gravedad de tu andar, la decencia de tu traje, la gracia de tu rostro, la prudencia madura de tu niñez? La modestia de tu vestido apartaba de ti toda especie de lujo y sensualidad. Tu andar sentado y grave era enemigo de toda frivolidad: tu conversacion seria y apacible. Huías de toda especie de familiaridad con los hombres, como lo atestigua el temor que se apoderó de ti al presentárete al arcángel Gabriel en figura humana. No habia nadie mas obediente y humilde que tú á pesar de tus altísimas contemplaciones. En una palabra nunca desdijiste de la que debía de ser morada de la divinidad.»

VIII. El historiador Niceforo representa la figura del alma de la Virgen en los lineamientos de su cuerpo y

nos hace ver la excelencia de su índole en las facciones de su rostro. «Era honesta y grave en todas las cosas, dice (1): hablaba muy poco y solamente de lo necesario; escuchaba con gusto: era muy afable y respetuosa para con todos. Erán muy ajenas de su carácter las risotadas indecentes y los ímpetus de las pasiones mal refrenadas y especialmente de la ira. Su estatura era mediana ó mejor como dicen algunos, regular y bien proporcionada: su tez trigueña, sus cabellos rubios, sus ojos garzos y brillantes, sus cejas graciosamente redondeadas, su nariz regular, sus labios delgados y rojos, sus manos delgadas y bien formadas. Su porte era agradable, su semblante franco, su conversacion humilde, su traje limpio y aseado, pero siempre modesto y sin otro color que el de la lana.» Así habla este historiador segun el testimonio de S. Epifanio.

IX. Aquí podria yo hacer resallar las palabras de estos grandes hombres; pero tanto por no apartarme del respeto que les debio, como por cumplir la promesa que he hecho al principio, me sujeto con gusto á no añadir una sola palabra.

(1) Lib. 2. c. 32.

(1) Orat. 1. de nativ. B. Virginis.

SEXTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VII.

QUE ES INCOMPARABLE EN GRACIAS Y MEREcimientos.

Reparando el real profeta que algunos se detienen demasiado en la consideracion de las prendas exteriores de la esposa, que acabamos de describir, los convida prudentísimamente á la contemplacion de las perfecciones de su alma diciéndoles que todo lo que ha pintado de las calidades exteriores, no es nada en comparacion de lo de adentro, donde se halla toda la gloria, es decir, toda la hermosura, nobleza y perfeccion de la hija del rey (1). • En verdad, dice S. Andrés de Jerusalem (2), haríamos mal en quedarnos siempre en el vestibulo, cuando somos convidados á entrar mas adentro con la madre del Verbo y pasar hasta el santuario de su sagrado corizon para considerar las maravillas de gracia que ha obrado Dios en ella; porque si tan hermoso es el exterior que hemos contemplado hasta aqui, ¿qué será lo de dentro? • Sin embargo creo que cualquiera conocerá ser árdua empresa el querer discurrir de la gracia de la madre de Dios, y que necesario de la misma gracia para desempeñar dignamente el asunto. Por lo cual á fin de proceder con mas método haré ver esta gracia primera-

(1) Salmo XLIV.

(2) Orat. 4 de dormit. D. V.

mente en su nacimiento, es decir, en la primera santificacion de la madre de Dios, luego en su aprovechamiento, y por último la admiraremos en su perfeccion al salir de esta vida. No será inoportuno echar despues de estos discursos una ojeada hácia las gracias gratuitas que le comunicó Dios por colmo, para que su alma no dejase de ser enriquecida con todo género de perfecciones.

§. I. — De la excelencia de la primera santificacion de la madre de Dios.

I. Presupuesto que la Virgen santísima fué santificada en el instante de su concepcion, como se verá mas despacio en el capítulo siguiente, no trato aqui sino de la excelencia de la gracia que recibió entonces de Dios. Los doctores no tienen reparo de decir que excedió á la de los mayores santos y aun á la de los mas nobles espíritus del cielo. Asi lo enseñan el mártir Metodio (1), el cardenal Pedro Damiano (2), S. Bernardo (5), san Buenaventura (4), S. Bernardino de Sena (3), S. Antonio (6), Alberto Magno (7) y otros muchos. Esto lo entiendo yo de la gracia que llamamos consumada, es decir, de la que poseyeron á la hora de su muerte ó en el día mas claro de su perfeccion. Para la confirmacion de esta verdad no encuentro nada mas elevado que el admirable discurso de David, quien la veia en espíritu en el salmo LXXXVI, como aseguran S. Atanasio (8), S. Agustin (9), S. Ildelfonso (10), Hesiquio (11), S. Ger-

(1) Orat. de Hyspanie.	(7) Super Misas.
(2) Sermo de nativ. B. Virg.	(8) Epist. ad Marcellinum.
(3) Sermo de aqua ducta.	(9) Sermo 13 de tempore.
(4) Specul. B. V., c. 3, 6, 7.	(10) Sermo 5 de Assumpt. et
(5) Sermo 4 in Solve.	nap eundem S. Ambros.
(6) P. 4, tit. 16, c. 10, §. 3.	(11) Homil. 4 de Desipras.

man de Constantinopla (1), Nicetas (2) y S. Bernardo (3); y esto es de lo que yo hago mas caso, porque la Iglesia canta en todo el orbe aquel salmo en honor de la Virgen, y hoy en todos los pulpitos resuenan á cada paso las partes de ese poema divino. Ve aquí cómo entona el poeta inspirado del Espíritu Santo su cántico sagrado: «Sus fundamentos están sentados en los montes santos.» S. Gregorio explicando un pasaje del profeta Isaias muy parecido á este (4), donde se dice que en los últimos dias estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes y se elevará sobre los collados, habla así (5): «Este monte es la gloriosa Virgen, la cual por la alteza de su eleccion sobrepusó todas las criaturas elegidas por Dios. Y á decir verdad es preciso confesar que es un monte sumamente alto, porque para alcanzar á la concepcion del Verbo eterno fué necesario que levantase la punta de sus méritos sobre todos los otros de los ángeles.» S. Bernardino, considerando las mismas palabras del profeta Isaias (6), sostiene que meritoriamente excede la Virgen á los montes mas altos, en atencion á que la alteza de sus gracias pasa por cima de las almas mas privilegiadas, que la extension de sus méritos los abraza todos y que la firmeza de su eleccion no encuentra nada igual entre todos los otros santos. Lo mismo pensaba S. Juan Damasceno cuando decía en un sermón de la natiuidad de la Virgen santísima (7): «Hoy empieza la salud del mundo; regocijados, montes, es decir, vosotras, almas elevadas por la alteza de vuestra contemplacion, porque ya se descubre la cumbre del monte santo, que sobrepu-

(1) Orat. de ador. zone B. V.

(2) Thésaur. l. 3. c. 47.

(3) Sermo 3 in vigili. Nativ. Damasc.

(4) Sermo de Annuntiati.

(5) Isai. II. 2.

(6) In 4 Reg. lib. I. c. 1.

(7) Tom. 3; serm. 41.

(8) Orat. de Nativ. B. Virg.

ja los otros y que sin comparacion es mas eminente que todos los collados del mundo. Hable de la Virgen santísima, que va debajo de sí á los hombres y á los ángeles por mas encumbrados que estén. Y para que no parezca que David dijo esto como de paso y enderezando su camino á otra parte, quiero hacer ver que ese fué el sentido místico de aquel cántico y que tantos como son sus versículos, tantas son las razones para confirmar su proposicion; á saber, que la Virgen desde su immaculada concepcion se aventajó en gracia y en méritos á los mayores santos del mundo y á los primeros espíritus del cielo.

II. Porque primeramente dice que el Señor ama las puertas de Sion sobre todos los tabernáculos de Jacob; lo que S. Anselmo explica en términos mas claros diciendo (1) que no solo la ama con un cariño que no tiene igual, sino que lo ha manifestado con obras dignas de su grandeza; en una palabra que todos los ángeles juntos no pueden comprender la vehemencia del afecto que le profesa. De donde infiere muy oportunamente S. Buenaventura (2) que no es maravilla que ella ame mas que todos los otros, supuesto que tiene mejor parte que todos ellos en las gracias del Señor. De esta poderosa consideracion se vale S. Lorenzo Justiniano para deducir (3) que la Virgen era mas amada de Dios y que Dios la queria mas en el instante de su concepcion que á los santos mas eminentes á la hora de su tránsito y á los mas encumbrados espíritus en el punto de su confirmacion en gracia. Esto no puede negarse fácilmente, si consideramos que el bien que Dios queria á esta señora desde entonces, era gracia eminente y de un orden su-

(1) De excellent. Virg. c. 4.

(2) Sermo de Nativ. Virg.

(3) Specul. B. Marie, c. 6.

perior á todas las demás. De aquí se sigue que no pudiendo Dios amar sin hacer bien y que yendo siempre sus mercedes á la par de su amor; como la Virgen ocupó desde luego el primer lugar en su cariño, se llevó al mismo tiempo sus primeras gracias y sus mas singulares favores.

III. En segundo lugar asegura David que se han dicho cosas gloriosas de la ciudad de Dios, y yo añado que tambien de la gracia que fué concedida á aquella señora, porque es inaudito con qué tren y comitiva entró en su alma dicha gracia. Tened el gusto de verla andar en su majestad, y advertiréis cómo está enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo y todas las gracias gratuitas de Dios, ataviada de todas las virtudes, pero tan ricamente, que no son casi nada las de los otros. La veréis acompañada de una promesa infalible de firmeza y perseverancia final, seguida de la justicia original, que ponía á sus pies todos los enemigos de la gracia, sujetaba enteramente el cuerpo al alma, y hacía á esta sin disputa obediencia á Dios, dotada anticipadamente del uso de la razon que recibió entonces no como una gracia pasajera, sino como una concesion irrevocable para siempre, defendida de cierta impecabilidad que se extendía generalmente á toda clase de pecados, segun mostraré por menor al fin de este capitulo y en el siguiente. Y si puede juzgarse de la grandeza de un príncipe por la magnificencia de su corte y de su comitiva; ¿no se podrá decir que esa gracia que camina con tal tren, no es comparable con la que recibieron los otros en cualquier punto de su vida que se los quiera considerar?

IV. En tercer lugar dice el profeta que aun cuando el Señor le favoreció con esta gracia incomparable, se acordará de Rahab y de Babilonia que le conocen, y que tendrá presentes á los extranjeros, y á Tiro, y al pueblo de los etíopes. Esto quiere decir que Dios la consideraba

desde entonces como el asilo y el refugio comun de todos los pecadores, que habiéndose retirado de su majestad debian de recurrir á la Virgen para volver á él, y dirigirse á la misma como á madre de todos los hijos de Dios y cooperadora de su salud: que la miraba como á señora de todos sus bienes. «Así en calidad de tal, dice S. Buenaventura (1), debia de ser privilegiada con una gracia tan copiosa, que hubiese para comunicarla generosamente á todos.» Por eso dice muy bien Sofronio (2) y con él San Pedro Crisólogo, S. Bernardo y otros muchos que en esta ocasion es llamada y saludada llena de gracia, porque la gracia se comunicó á los demás sucesivamente y en parte; pero sobre Maria se derramó toda la plenitud de la gracia. Este modo de hablar da á conocer bien claramente que la entiende de su primera santificacion. El mismo S. Buenaventura distingue tres especies de gracias (3): la primera que es propia y peculiar de nuestro señor Jesucristo; la segunda que conviene á nuestra señora; y la tercera que es comun á los otros santos. A la primera la llama meritoriamente superabundante, porque el Salvador debia de ser la primera fuente de gracia, y era necesario que corriese tan copiosamente, que hubiera para comunicarla á todos. A la segunda la llama gracia de prerogativa, porque era necesario que fuese mas eminente que todas las otras gracias como reservada á aquella que habia de ser una segunda fuente de gracia y que como madre debia de tener siempre blandisimas entrañas. A la tercera la califica con el nombre de suficiente, no porque no haya sido al mismo tiempo muy eficaz, sino porque no siendo causas universales, como lo es la madre de Dios, aque-

(1) Specul. D. Vir., c. 3.

(3) In 3 d. 43, p. 3.

(2) Sermo de Assumpt.

llos á quienes corresponde, pedía la razon que se contentasen con tener lo bastante para sí y para cumplir el oficio que habian recibido por suerte como miembros particulares de la iglesia. Es necesario confesar que todos los demás, en cualquier orden ó grado que se encuentren, no son mas que siervos, y que la Virgen, siendo la madre y señora, no debó de entrar á la parte con ellos, sino tener todo cuanto puede desear sin medida ni limitacion. Mas no nos apresuremos á pasar adelante, porque pronto vendrá la ocasion oportuna.

IV. En efecto continuando David alega la razon mas natural á la par que mas eficaz de todas: ¿Por ventura no dirá Sion: *Hombre y hombre* nació en ella? Lo cual significa segun el énfasis de la reduplicacion hebraica: el hombre sin igual. S. Agustín lo interpreta así (1): el hombre que vivió delante de nosotros, y el que fue hecho despues. S. Juan Damasceno (2): el hombre que es criador y criatura juntamente, mortal é inmortal, visible é invisible, finito é infinito, es decir, el hombre que es eterno en el seno de su padre aun cuando sale temporalmente del vientre de su madre, el hombre que allá arriba es el rey de la gloria, mientras experimenta nuestras miserias en la tierra; el hombre que está sentado en el cielo sobre el trono de su majestad al mismo tiempo que es enclavado en la cruz; el hombre que vive al mismo tiempo que espira; el hombre que todo lo puede mientras todo lo padece; el hombre que es adorado de los ángeles mientras es ultrajado por los hombres; el hombre que juzga á los que le condenan, que prepara la vida á los que lo dan la muerte, y que forma los planes de un mundo nuevo cuando el viejo parece que quiere acabar; es decir, el Dios que padece y el hombre

(1) In psalm. LXXXVI.

(2) Ser. 4. de dormit. B. V.

que es impassible, el hombre que es Dios y el Dios que es hombre, el hombre que está en Dios y el Dios que está en el hombre. Este es el hombre y el hombre que nació de la Virgen, el que arrastra todo tras sí, porque estando ella destinada á ser madre de Dios, todo le era debido, y la plenitud de las gracias era enteramente conveniente á su estado. «Todos los ríos entran en el mar, dice el Sabio, y sin embargo este no rebosa.» De la misma manera todas las gracias son recibidas en el alma de María sin que excedan la dignidad de madre de Dios. Acordáos, dice S. Pedro Damiano (1), de que os hablo de aquella en quien habitó de intento nuestro benignísimo Señor á fin de hacerle todas las caricias imaginables; de suerte que habiendo hecho todas las cosas buenas quiso que esta fuese la mejor de todas, como que debía de ser su santuario, su propiciatorio, su lugar de recreo y su mansion predilecta. ¿Os admiráis de que esté llena de gracia, dice S. Gregorio Taumaturgo (2), cuando se encuentra en ella el tesoro de todas las gracias del mundo?

VI. Prosigue David y dice en quinto lugar que el mismo Altísimo la ha fundado. Esta es la divisa que se ve en letras de oro sobre el frontispicio de esta santa casa, por donde pueden entender todos; que no hay que extrañar si este edificio es una maravilla del mundo, pues el arquitecto del universo puso mano en él y grabó por sí mismo sus armas y su nombre. Pero especialmente se dice que echó los fundamentos de ella, para que nadie dude que la Virgen fué muy eminente en gracia desde su primer instante. «El Verbo divino la amaba ya en el vientre de santa Ana, dice S. Lorenzo Justiniano

(1) Ser. 4. de Annunt.

(2) Ser. 1. de Annunt.

no (1), y desde entonces la honraba como á su madre viéndola prevenida de una copiosísima bendición y digna de tener por maestro al Espíritu Santo. « De donde infiere el angelico doctor (2) que aunque en el instante de su primera santificación no tuviese todavía el título y grado de madre de Dios, sin embargo pues que tenia el nombramiento del cielo y la aprobación de la santísima Trinidad, no podia estar dispuesta á recibir aquella honra sino por la plenitud de la gracia.

VII. El profeta dice en sexto lugar que el Señor registrará en las escrituras de los pueblos y de los príncipes el nombre de aquellos que han estado en ella. Supuesto pues que este gran arquitecto la edificó con ánimo de hacer gala de ella y de celebrarla en la junta de todos los notables del mundo y que está singularmente destinada á hacer resplandecer la grandeza y excelencia de su arte, ¿ parecerá extraño que este haya empleado toda su industria y sabiduría, si es lícito decirlo así? Con gusto me alargaría sobre esta materia; pero prefiero detener aquí mi pluma para manifestar mas despacio en el capítulo XIII que Dios saca mas honra y gloria de la Virgen santísima sola que de todas las demás criaturas juntas, y que en ella se descubren mas perfectamente que en estas los admirables rasgos de sus perfecciones divinas.

VIII. El profeta concluye así: « Ciertamente todos los que moran en ti, viven en alegría. » De este versículo usa particularmente la iglesia en el oficio de la Virgen á fin de manifestarnos qué debemos de pensar y sentir acerca del valimiento que la reina de los ángeles tiene con Dios; valimiento tal, que nadie que la ha invocada, ha quedado descontento; al contrario cuantos han acudido á ella,

(1) Sermo de nativ. B. Virg. (2) P. 3, q. 27, art. 6.

han tenido que pregonar sus mercedes y los portentos de su bondad. S. Gerónimo traslada este lugar diciendo que no se oye otra cosa en aquel sagrado palacio sino coros de música y conciertos armoniosos, los cuales indican que en ella están todas las fuentes de Dios, es decir, que por ella como por un conducto celestial pasan todas las gracias que se comunican á los hombres. El parafrasta caldeo vierte que el motete de esos cantares divinos es que de esta santa casa suben continuamente hácia el cielo toda suerte de alabanzas, no menos agradables á Dios que los sacrificios que se le ofrecen, aunque ocupen el primer lugar entre los honores que se le tributan en la tierra. Por último segun la interpretación de algunos el Espíritu Santo quiere decir que todo su amor está en ella; que las entrañas de su caridad son para ella; y que todos sus pensamientos y deseos se dirigen á ella. Estas alabanzas parecerian desmedidas, si no se tratase de la que está guardada en los tesoros de la predestinacion eterna para ser digna madre de Dios y á quien por lo tanto está reservada una gracia tan extraordinaria y una merced tan alta, que debe de estar dispuesta á recibirla por todas las gracias de Dios, todos los favores del cielo y todas las caricias del Espíritu Santo.

§ II. — Del aumento de la gracia en la Virgen santísima.

Nuestra señora pudo crecer en gracia.

I. (1) Mas á fin de hablar con orden y con fruto de las

(1) Adición de la madre María Jacoba de Henar. — « La segunda de los justos, dice el Sabio, va adelantando como luz que resplandece, y crece hasta el día perfecto. Si esta doctrina es cierta y verdadera en todos los amigos de Dios; mucho mas en la Virgen santísima, y por eso se la compara á la aurora, á la luna y al sol. »

increíbles medras de la madre de Dios es preciso ante todo poner por fundamento cierto que pudo crecer en gracia y que con efecto medró toda su vida. Esta es la doctrina de los teólogos fundada en la sagrada escritura y confirmada por la razón, porque habiendo sido toda su vida viadora como decimos, y no bienaventurada todavía con una felicidad consumada estuvo siempre en estado de merecer y por consiguiente de crecer en gracia; y todo cuanto puede alegarse en contrario, á mas de estar destituido de fundamento es antes en perjuicio que en honra y provecho de la madre de Dios.

El tráfico de la gracia es admirable.

II. En segundo lugar es muy conveniente que sepamos que no hay ningún tráfico en el mundo semejante al de la gracia de Dios. La razón es primeramente por ser un negocio que no necesita tiempo como los otros, sino que se hace en un instante. Es una semilla divina, que prende, se arraiga, brota, echa flores y hojas y da fruto al mismo tiempo. Demas lo admirable en ella es que una obra que proviene de este principio, merece no solo la gloria, sino un aumento de gracia proporcionado á la eficacia y vigor de dicha obra; en consideración de la cual es dada. Este aumento le recibe el alma en el acto y sin tardanza alguna, porque Dios, no menos liberal que rico en misericordia, paga, como suele decirse, al contado y así que se le presenta la acción digna de premio. Mediante este incremento el alma se enriquece con nuevos medios y por consiguiente queda dispuesta á producir actos mas relevantes que antes.

III. En tercer lugar quisiera yo que se considerase cuidadosamente una palabra dicha mas arriba como de paso; á saber, que solo aprovechan y medran las buenas almas, esto es, aquellas que suspirando solamente por

Dios se entregan en un todo á él resueltas á servirle, cueste lo que cueste, pero con actos heroicos. Porque así como suele acontecer que un rico comerciante gana mas en un cuarto de hora paseándose á la orilla del mar ó sentado junto á su mostrador que un pobre banquero en ochenta años pasando y volviendo á pasar los Alpes y corriendo tierras con mil fatigas y peligros, de la misma manera vemos en la negociacion espiritual que una buena alma aprovecha mas en virtud de pronto que ella misma en cincuenta años ó que otra en igual tiempo con obras ordinarias, aunque ejecutadas con la gracia de Dios. La prueba de esta verdad es perentoria en los ejemplos de muchedumbre de santos, cuya eminentísima santidad se debió á alguna acción arrojada seguida de perpetuas conquistas dignas de aquella, que no se desdice jamás.

Solo una alma esforzada aprovecha y medra.

IV. Para la mejor inteligencia de esto noto en cuarto lugar que es tan noble la gracia de Dios difundida en nuestras almas, que es capaz de doblarse á cada acción que produce. Porque aunque el precio de las obras meritorias no dependa tanto de los hábitos que hay en el alma, como de la eficacia de la gracia impulsiva y del esfuerzo de la voluntad prevenida y movida por la misma gracia, como se ve claramente en grandísimos pecadores que aprovecharán en una hora mas que hayan adelantado en muchos años algunos religiosos que reciben continuamente las gracias de Dios y se emplean sin intermision en actos de virtud; no obstante no puede negarse que cuando los hábitos están en el alma en un grado excelente, si son animados de fuerte impulso de la gracia excitante á la manera de un viento impetuoso, producen mas singulares efectos. Así sucede

muchas veces que el hábito de la gracia que estaba antes en el alma, crece al doble de lo que era por medio de un acto generoso que produzca: así también sucede todos los días que un corazón bueno anda en poco tiempo mas camino que millares de los que ejecutan lentamente su tarea; porque obliga á la bondad de Dios siempre fiel y que no puede ser vencido en liberalidad, á concederle dones sobre dones, gracias sobre gracias y mercedes sobre mercedes, y mas que todo á empujarle en grandes ocasiones y en empresas señaladas, por cuyo medio practicando todos los dias nuevos actos de virtud y nuevas proezas se llena de honor, se cime muchos laureles, se anima con sus propias hazañas, entra mas intimamente en el goce del favor y al cabo de la cuenta no sabe él mismo lo que gana. Esta doctrina certísima es enseñada por los santos padres y confirmada por la Escritura, y se funda en la experiencia de todos los grandes siervos de Dios, los cuales si se hicieron grandes, fué por la práctica de este secreto. Sus ejemplos debían de estimular nuestra flojedad, porque Dios no pide mas que las ocasiones de adelantarnos.

V. Finalmente para hacer á manera de una recopilacion de todo lo que va dicho hasta aqui, considero que así como un hombre puede hacerse muy rico con estas cuatro cosas, gran capital, buena conducta, tiempo á propósito para negociar y algunas ocasiones oportunas, del mismo modo una alma llega á alcanzar grandísimos merecimientos y una gracia relevante con otras cuatro cosas, que son una primera gracia santificante de elevado precio y muy superior á la ordinaria, un cuidado continuo de aprovechar, una larga vida pasada en los ejercicios de la santidad y la dicha de ser empleada por Dios en varias ocasiones buenas, es decir, de hacer y padecer grandes cosas por él.

VI. Presupuesta esta doctrina, paso á la sacratísima

Virgen, la cual hallo que hizo admirables progresos en la virtud y extraordinaria adquisicion de santidad mediante las cuatro calidades ó condiciones de que acabo de hablar. Dos de ellas se explicarán muy pronto: en cuanto á su caudal, que no es otra cosa que la gracia de su primera santificacion, he dicho bastante en el discurso anterior, y respecto del tiempo que tuvo para negociar, habiendo vivido setenta y dos años por lo menos segun la opinion mas probable sin comprender los nueve meses que estuvo en las entrañas de santa Ana, basta esto para conjeturar si acumuló muchos méritos en una tan larga serie de años. Falta solamente hablar de la diligencia y de la conducta que empleó en esta negociacion, y de las ocasiones en que se encontró para lucrar la gracia recibida.

Nuestra señora mereció sin intermision.

VII. En cuanto á la diligencia y conducta diré en dos palabras, pero dignas de considerarse despacio, que mereció y por consiguiente que creció en gracia sin intermision ni interrupcion durante toda su vida; de suerte que poniendo obra sobre obra duplicaba por lo menos sus gracias y méritos á cada acto que su santa alma ejecutaba (1). Digo por lo menos, porque segun el principio sentado mas arriba la piadosa creencia podría hacerla pasar mas allá, y no obstante estaria bien fundada. Si se trata de explicar por menor mi dicho; deseo que en primer lugar se tengan en cuenta buen número de autores, los cuales no exceptúan ni aun el tiempo del sueño. Entre estos se encuentran S. Ambrosio (2), Alberto

(1) Suarez, t. 2 in 3 p. (2) De Virg., l. 2. disp. 48, sec. 2.

Magno (1), S. Antonino (2), S. Bernardino de Sena (3), el abad Ruperto (4) y algunos otros (5). Tratando uno de S. Basilio afirma que fué el hombre que mas vivió, porque sus dias fueron llenos segun la frase del salmista y toda su vida fué un ejercicio de virtud, que es la verdadera vida del hombre. Asi se hallarán muchos que hayan vivido mas largos años que él; pero pocos ó ninguno que hayan vivido mas. Pues si se ha podido decir jamás de una simple criatura que sus dias fueron empleados santamente, es de la virgen Maria, porque hasta el breve sueño que tomaba, era una continua práctica de virtud. Recuérdese además que los santos padres nos instan vivamente á que no neguemos á esta señora ningun favor, en especial en términos de gracia, que sea adecuada tanto al estado y condicion de la madre como á la grandeza y magnificencia del hijo. Siendo esto así, ¿qué cosa hay mas conveniente para ella y que mejor muestre el cariño sin igual de Dios para con la misma que esta continua reduplicacion de gracias y la admirable diligencia con que contribuia ella de su parte á recogerlas todas y lucrarias cuanto le era posible?

VIII. En tercer lugar no se olvide que es cosa que pasma lo que escriben algunos autores muy buenos de los maravillosos adelantamientos de ciertos santos. De donde colijo que habiendo sido la cooperacion de la Virgen para corresponder á la gracia de Dios la mas elevada que puede encontrarse, fue de todo punto incomprendible para nuestros entendimientos. Por mi parte

(1) De B. Virg., c. 476, 477

y 478.

(2) P. 4, t. 45, c. 20, §. 6.

(3) Tom. 2, serm. 51.

(4) L. 8 in Cant.

(5) Dionys. Carthus. in Illud Cant. V: Ego Dormio etc.

me persuado facilmente á que fuera de esta alma privilegiada de todas suertes no hubo jamás una, cuyas acciones todas fuesen ajustadas á toda la extension de la gracia divina. Por otra parte lo que pudiera hacer difícil la creencia de esta proposicion, seria tal vez la dificultad casi continua que experimentamos nosotros en el ejercicio de la virtud á causa de los asaltos que nos dan nuestras malas costumbres y nuestras viciosas inclinaciones, de los ímpetus furiosos de la concupiscencia, de las sorpresas y violencias de nuestros enemigos invisibles que nos embisten ocultamente y cara á cara y no nos dejan nunca en paz. Pero nada de esto debe de perjudicar á la madre de Dios, la cual ignoró enteramente la resistencia que nuestra naturaleza depravada acostumbra poner al ejercicio de las virtudes: porque en cuanto á los combates interiores del azote de Dios, que son las tentaciones de los espiritus malignos, no se aproximó á aquel tabernáculo divino (1), segun haré ver en otra parte (2). En cuanto á las rebeldias interiores, estando enteramente sujetos á la razon todos los movimientos del cuerpo y del alma, como mostraré en el capitulo siguiente, no sintió nunca el menor ímpetu de ellos, sino que se inclinaba mas blandamente á la virtud que los mas sensuales á las acciones naturales y al contentamiento de sus apetitos desordenados.

Las gracias que se daban á nuestra señora, eran extraordinarias.

IX. Si á todas estas consideraciones añadimos las impetuosidades de las gracias del cielo que sobrevienen á las singulares disposiciones existentes en su alma; habrá

(1) Flagellum non appropinquabit tabernaculo (Psal. XC).

(2) Trat. 2, c. 9, §. 7.

que confesar que ni aun los ángeles no podían seguirla, y podremos figurárnosla lo mismo que una nave cargada de riquezas del Oriente, que navegando en alta mar con viento en popa y á toda vela camina con tal celeridad, que se esconde á la vista de los presentes, sin que nada le haga resistencia. Navega, navega resueltamente, sagrada nave, porque ya que nosotros no podemos seguir tus huéllas con nuestros débiles espiritus, nos bastará hacer que resuenen en la playa las acostumbradas voces de júbilo, que te asegurarán el gozo que sentimos por tu dicha.

Grandes ocasiones en que se encontró: primeramente desde el instante de su concepción hasta la encarnación del Verbo.

X. La cuarta cosa me detiene, á saber, las ocasiones extraordinarias en que se encontró la Virgen santísima casi todo el tiempo de su vida y que le ofrecieron los medios de hacer tan grandes adelantamientos, que se pierde el entendimiento humano en la indagacion de ellos. Para decir algo de esta materia y para que mis lectores discurren mucho mas dividirá la vida de la Virgen en tres épocas: la primera comprende desde su inmaculada concepcion hasta la Anunciacion: la segunda desde este dia hasta la muerte de su santísimo hijo; y la tercera desde entonces hasta el dia de su tránsito. En la primera muestro desde luego el instante de su primera santificación, en el que recibió tesoros inestimables de gracia, según hemos visto en el discurso anterior. Encuentro el de su purísima natividad cuando fué dada visiblemente al mundo como el principio de la felicidad que esperaba, en que se duplicaron las gracias que habia recibido antes, en consideracion del regocijo público y de la venida de este hermoso dia, que no era tanto el nacimiento de la madre de Dios en la tierra, como el re-

nacimiento del mundo. Encuentro la entrada que ella hizo en el santuario (de que he tratado arriba), donde fué recibida de nuevo bajo la especialísima proteccion del Espíritu Santo, quien debia disponerla para que fuese su digna esposa, y donde desde luego fué engalanada con nuevos atavíos de gracia y despues enriquecida continuamente con las mas exquisitas finezas de su futuro esposo.

Aprovechamiento de la Virgen santísima desde la encarnacion del Verbo.

XI. En quanto á la segunda época lo primero que encuentro es la incomprensible encarnacion del Verbo divino en las virginales entrañas de María, de la que los santos dicen maravillas. S. Gerónimo entre otros la compara (1) á la cuadragésima segunda mansion del pueblo de Israel cuando acampó junto al rio Jordan, porque el misterio de esta figura se cumplió, dice el santo doctor, cuando el Salvador del mundo habiendo hecho hasta entonces diferentes estaciones entre los antiguos patriarcas se detuvo por fin junto al sagrado Jordan, es decir, junto á la gloriosa Virgen, que á manera de un rio hinchado rebosaba de las gracias del Espíritu Santo por todas partes. Si desde entonces y aun desde antes estaba llena de gracia, dice el elocuente S. Eucherio (2): ¿quién podrá siquiera pensar con qué abundancia la recibió cuando fué concebido Dios en sus entrañas? Si con la presencia de la bienaventurada Virgen, dice el venerable Beda (3), fué llena su prima Isabel de una luz tan ex-

(1) Epist. ad Fabiolam de quadraginta et duobus mansionibus.

(2) Ad Evang. fer. IV. de initio. IV. adventus.

(3) Homil. de Visitat.

traordinaria, que ella misma se admiró; ¿qué debemos de creer del sol de donde procedía aquella claridad? No hay duda ninguna, dice Sofronio (1), de que mucho tiempo antes que la Virgen concibiese al Verbo, era incomparablemente mas santa que todas las otras criaturas, porque así era razón que fuese preparada aquella de quien debía de tomarse la carne que Dios había determinado unir á su propia persona. Mas en el feliz instante en que bajó á ella la gracia sustancial del cielo y que le hizo sombra la virtud del Altísimo, se volvió mas preciosa que las mismas gracias, mas encumbrada que la alteza y mas hermosa que la santidad: se hizo tan gloriosa por la prerogativa de sus méritos, que desde entonces fueron celestiales y divinos todos los ejercicios en que se empleó. Bien sé que todo cuanto puede decirse, no se acerca á lo que es en realidad; no obstante para que mis lectores conciban algo de la excelencia de la gracia que allí recibí entonces, propondré solamente las consideraciones de tres insignes doctores. El primero es el autor de la glosa ordinaria, á quien la iglesia ha tenido siempre en veneracion: pues explicando él aquel pasaje del capítulo primero de S. Mateo, donde se dice que José no conoció á Maria despues que esta hubo concebido y parido al Verbo divino, expone que el sentido de estas palabras es que José desconoció en cierto modo á la santísima Virgen su esposa desde aquel tiempo, porque del divino rostro de esta salía un resplandor que le deslumbraba y le infundia cierto temor respetuoso á la par que grato. El segundo es S. Bernardino de Sena, el cual sienta una proposicion digna de examinarse mejor en otra ocasion (2). Dice pues que la Virgen mereció mas

por solo el acto de consentimiento que dió á la embajada del ángel, que todos los mártires juntos al tiempo de sufrir los mayores tormentos, todos los confesores en sus penitencias y trabajos y todas las vírgenes en las victorias alcanzadas por defender su castidad, en una palabra mas que todos los santos del cielo en sus continuos ejercicios de virtud. Y si este acto solo fué tan relevante y de tan subido precio, ¿quién nos dirá el mérito de la gracia que le fué otorgada entonces (1)? El tercero es S. Antonino, arzobispo de Florencia, el cual confiesa (2) que siente una grandísima inclinacion á creer que fué tan excelente la gracia de la Virgen en aquel dichosísimo instante, que mereció la clara vision de Dios y del misterio que se obraba en ella, aunque á manera de relámpago solamente y por muy poco tiempo; de lo cual habrá que decir algo en el capítulo siguiente. Aunque agucen aqui todos los ángeles sus entendimientos y se esfuerzen á comprender la alteza de esta gracia, no lo conseguirán jamás. Así que es contento suyo y nuestro al mismo tiempo que sean tan relevantes los méritos de la que ellos veneran, que no haya medio de alcanzarlos.

Aprovechamiento de la Virgen santísima hasta la muerte del Salvador.

XII. Pues si la gracia de la Virgen santísima fué infante en el instante de la encarnacion del Verbo, no es de creer, dice S. Agustin (3), que la haya disminuido el tiempo; al contrario seria imposible á cualquiera, excepto á aquel que se dignó de tomar de ella la naturaleza criada, explicar los efectos que produjo despues.

(1) Tom. 2, serm. 54, art. 3.
cap. 4.

(2) P. 4, tit. 15, c. 47.
(3) Sermo de Assumpt.

^{ob.}
(1) Sermo de Assumpt. ad Paulum et Eustoch.
(2) Trat. 2, c. 7.

S. Atanasio lo había enseñado antes que aquel santo doctor en estos términos (1): «La llamamos llena de gracia, porque fué llena de todas las gracias del cielo por la plenitud del Espíritu Santo que bajó á ella; gracias que no ha de creerse que fueron como transitorias en ella, sino que la acompañaron mientras llevó en sus entrañas el fruto de vida y aun hasta el fin de su mansion en la tierra.» A la verdad me parece que sería contrario á la razon é incongruente creer que la Virgen hubiese decaído de sus méritos mientras criaba al hijo de Dios, le envolvía en las mantillas, le servía con tanto cariño, le acompañaba en sus viajes, escuchaba sus admirables lecciones, padecía por él y con él; pues por el contrario la razon obliga á confesar que entre los mas señalados ejercicios de la vida activa y contemplativa llegó á tan alto grado de merecimiento, que hizo exclamar á los ángeles atónitos: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de perfumero (2)?» Porque el enumerar aquí los actos de fé, esperanza, caridad, humildad, obediencia, resignacion, paciencia, fortaleza, celo y todas las demás virtudes que subían de continuo de su sagrado corazon como del altar de los perfumes, el decir con qué pureza y perfeccion los acompañaba, y el referir juntos sus adelantamientos diarios es menos fácil que contar las estrellas del cielo ó las arenas del mar. Es necesario aguardar á ver en el espejo de la esencia divina lo que su majestad se sirva descubrirnos, y entré tanto decir sin cansarnos que es tres veces santo no solo en sí, sino en esta su esposa, á quien hizo para que fuera despues del Verbo encarnado el portento de toda santidad.

(1) Sermo de S. Delpara.

(2) Cantic. III, 6.

Aprovechamiento de la Virgen desde la muerte del Salvador hasta su tránsito glorioso.

XIII. De la tercera época, que es la que transcurrió desde la ascension de nuestro Señor hasta la asuncion de la Virgen á los cielos, no pue lo decir otra cosa sino que se pasó en toda especie de ocasiones de las principales y mas heróicas virtudes, en las entrevistas continuas de los espíritus bienaventurados y de su amado hijo, en los éxtasis de la mas elevada contemplacion, en las llamas de las mas fervorosas comuniones, en la visita ordinaria de los santos lugares, en los actos gerárquicos de su celestial magisterio y de las divinas lecciones que daba á los maestros del mundo, en la caritativa asistencia que prestaba á la nueva iglesia del Salvador; en una palabra en la práctica ordinaria de las mas excelentes acciones de que es capaz una simple criatura. Esto hizo decir á S. Lorenzo Justiniano (1) que es imposible explicar la vehemencia del amor de esta alma privilegiada, la eficacia de los santos deseos que abrasaban su corazon en encendida llama, y el ímpetu de los reiterados suspiros que exhalaba al cielo; de suerte que para seguir el pensamiento de aquel ilustre santo necesitamos imaginarnos un globo de fuego, que habiéndose movido mucho tiempo en el horno llega á romper la cárcel donde estaba aprisionado por la fuerza, se lanza sin resistencia alguna y con una celeridad incomparable atraviesa la region baja y media del aire, y cuanto mas se aproxima á su lugar natural, mas aumenta su rapidez, de manera que excede á los vientos mas impetuosos. Esta es una tosea imágen para ayudarnos á comprender cómo la madre de Dios, habiendo doblado siempre el paso durante

(1) Sermo de Assumpti.

su vida, iba cobrando nuevo vigor á medida que se acercaba al cielo como á su lugar elemental, y cómo habiendo excedido á todos de mucho tiempo atrás se excedía á sí misma por medio de nuevos ejercicios de santidad.

§. III.—De la elevacion de su gracia final.

Testimonios de los santos padres.

II. Ya no resta sino este último punto, si bien es el mas importante de todos y el mas difícil de ventilar. Llamo su gracia final no al último impulso ó la última mocion eficaz de Dios, no al último consentimiento que dió al aviso del cielo, sino á la perfeccion de su última gracia santificante, es decir, al estado y á la medida de la gracia que habia en su alma á la hora de su tránsito despues de los aumentos continuos de que se ha hablado hasta aqui. De esta gracia, dicen los santos doctores maravillas, y no obstante les parece siempre que no han dicho nada. «Ella recibió la plenitud de la gracia,» dice S. Ildelfonso (1). «Es un abismo de gracias, dice san Juan Damasceno (2): sobrepuja á los querubines; excede á los serafines; nadie se acerca mas á Dios que ella.» «Su gracia es infinita,» dice S. Epifanio (3). «El privilegio de sus méritos es inexplicable,» dice S. Bernardo (4). «No hay entre los hombres, ni entre los ángeles, dice S. Anselmo, quien pueda declarar la elevacion de su gracia (5).» «La Virgen santísima es llamada mar, dice Dionisio el Cartujo (6), porque así como nadie puede contar las gotas del mar, así tambien es imposible

- (1) Sermo 6 de Assumpt.
 (2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.
 (3) Orat. de S. Maria Delip. art. 30.
 (4) Sermo 4 de Assumpt.
 (5) De excellentiâ Virg., c. 3.
 (6) De laudibus Virg., l. 3.

penetrar la excelencia de la gracia y de la gloria que ella recibió de Dios. «No hay entendimiento que pueda comprenderla, dice S. Agustín (1), ni lengua que pueda hablar de ella como es debido.» «A Dios solo corresponde conocerla perfectamente,» dice S. Bernardino de Sena (2). «La gracia de la madre de Dios, dice San Buenaventura (3), fué muy verdadera en su naturaleza, muy rica en su precio, muy inmensa en sus dimensiones, muy provechosa en sus efectos. Fué muy copiosa en la afluencia de los dones del Espíritu Santo, muy agradable en la manifestacion que de ella se hizo al exterior, muy singular en los privilegios que la acompañaron, y muy gloriosa en el premio que la siguió. La Virgen fué llena de gracias por la ilustracion de su sabiduria, por la inundacion del Espíritu Santo, por la posesion de la santidad, por la uncion de la misericordia, por la fecundidad de su vientre, por la instruccion de los maestros de la iglesia, por el olor de su buena vida, por la emulacion de la gloria de Dios y por el goce de la bienaventuranza perdurable. El ángel la llamó llena de gracia; el Espíritu Santo la llenó; y toda la Trinidad la poseyó.»

Demonstracion palpable de la elevacion de la gracia de la Virgen santísima.

II. Si el entendimiento humano pudiera comprender hasta dónde llegó esta gracia por sus crecimientos ordinarios, de que he discurrido poco antes; tengo por seguro que se pasmaria de asombro. Y si el no puede alcanzar á tanto, mucho menos será capaz la pluma de declararlo. No obstante para dar alguna nocion imper-

- (1) Sermo de Assumpt.
 (2) Tom. 1, sermo 54.

(3) Special. B. V., 2: 5, 6, 7.

su vida, iba cobrando nuevo vigor á medida que se acercaba al cielo como á su lugar elemental, y cómo habiendo excedido á todos de mucho tiempo atrás se excedía á sí misma por medio de nuevos ejercicios de santidad.

§. III.—De la elevacion de su gracia final.

Testimonios de los santos padres.

II. Ya no resta sino este último punto, si bien es el mas importante de todos y el mas difícil de ventilar. Llamo su gracia final no al último impulso ó la última mocion eficaz de Dios, no al último consentimiento que dió al aviso del cielo, sino á la perfeccion de su última gracia santificante, es decir, al estado y á la medida de la gracia que habia en su alma á la hora de su tránsito despues de los aumentos continuos de que se ha hablado hasta aqui. De esta gracia, dicen los santos doctores maravillas, y no obstante les parece siempre que no han dicho nada. «Ella recibió la plenitud de la gracia,» dice S. Ildelfonso (1). «Es un abismo de gracias, dice san Juan Damasceno (2): sobrepuja á los querubines; excede á los serafines; nadie se acerca mas á Dios que ella.» «Su gracia es infinita,» dice S. Epifanio (3). «El privilegio de sus méritos es inexplicable,» dice S. Bernardo (4). «No hay entre los hombres, ni entre los ángeles, dice S. Anselmo, quien pueda declarar la elevacion de su gracia (5).» «La Virgen santísima es llamada mar, dice Dionisio el Cartujo (6), porque así como nadie puede contar las gotas del mar, así tambien es imposible

- (1) Sermo 6 de Assumpt.
 (2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.
 (3) Orat. de S. Maria Delip. art. 30.
 (4) Sermo 4 de Assumpt.
 (5) De excellentiâ Virg., c. 3.
 (6) De laudibus Virg., l. 3.

penetrar la excelencia de la gracia y de la gloria que ella recibió de Dios. «No hay entendimiento que pueda comprenderla, dice S. Agustín (1), ni lengua que pueda hablar de ella como es debido.» «A Dios solo corresponde conocerla perfectamente,» dice S. Bernardino de Sena (2). «La gracia de la madre de Dios, dice San Buenaventura (3), fué muy verdadera en su naturaleza, muy rica en su precio, muy inmensa en sus dimensiones, muy provechosa en sus efectos. Fué muy copiosa en la afluencia de los dones del Espíritu Santo, muy agradable en la manifestacion que de ella se hizo al exterior, muy singular en los privilegios que la acompañaron, y muy gloriosa en el premio que la siguió. La Virgen fué llena de gracias por la ilustracion de su sabiduria, por la inundacion del Espíritu Santo, por la posesion de la santidad, por la uncion de la misericordia, por la fecundidad de su vientre, por la instruccion de los maestros de la iglesia, por el olor de su buena vida, por la emulacion de la gloria de Dios y por el goce de la bienaventuranza perdurable. El ángel la llamó llena de gracia; el Espíritu Santo la llenó; y toda la Trinidad la poseyó.»

Demonstracion palpable de la elevacion de la gracia de la Virgen santísima.

II. Si el entendimiento humano pudiera comprender hasta dónde llegó esta gracia por sus crecimientos ordinarios, de que he discurrido poco antes; tengo por seguro que se pasmaria de asombro. Y si el no puede alcanzar á tanto, mucho menos será capaz la pluma de declararlo. No obstante para dar alguna nocion imper-

- (1) Sermo de Assumpt.
 (2) Tom. 1, sermo 54.

- (3) Special. B. V., 2: 5, 6, 7.

fecta quiero valerme de una demostración palpable, de la que puedo decir desde luego que el que no sepa á qué cantidades increíbles se llega por medio de la proporción llamada geométrica, no puede menos de quedar sorprendido. Figuremónds pues un poderoso rey, que quiera con tanta pasión á un valido suyo, que por verle mas á menudo prometa darle un escudo la primera vez que se presente á saludarle, dos la segunda, cuatro la tercera y así duplicando sucesivamente á cada entrevista la cantidad de la anterior. Un escudo es bien poca cosa para un rey poderoso, y no quiero tomar un largo término: solamente quiero que durante veinte y cuatro horas se presente aquel cortesano á su monarca una vez por hora. ¿A dónde creéis que llegará esta liberalidad? Tal vez no me creáis cuando digo (y no diré mas que la verdad) que el príncipe le será deudor de ocho millones trescientos ochenta y ocho mil y seiscientos escudos. Y si prosiguiera otro dia recompensando con la misma liberalidad las visitas de su valido, sostengo que aun cuando tuviese todo el oro del Perú y el que está oculto en las entrañas de la tierra ó en el seno de los abismos, no podría cumplir su promesa.

III. Ahora pasando á la materia de que se trata, presupongo en primer lugar que la medida de la primera gracia que se difunde en el alma de un niño sin ninguna disposición por su parte cuando es bautizado, se llama un grado de gracia. En segundo lugar me contento con que se crea que la medida de la gracia de la madre de Dios en el instante de su concepcion no fuese mas que de un grado igual, aunque tuvo millones. En tercer lugar no quiero tomar mas que veinte y cuatro horas, durante las cuales haga en cada hora un acto de amor de Dios solamente, aunque obra de muy diversa manera; pero no importa. Todavía resultaria, admitiendo esa cuenta tal cual es, que al cabo del primer dia se encon-

traria enriquecida con ocho millones trescientos ochenta y ocho mil seiscientos y ocho grados de gracia. A vuestro parecer ¿á dónde habria llegado al dia segundo, ó al centésimo, ó en los últimos años y dias de su vida cuando duplicaba casi á cada instante unas sumas imposibles de imaginar y aun menos de explicar? ¿No habria que llegar casi al infinito? Diré mucho mas, ya que vuestro entendimiento empieza á pasmarse de asombro: los aritméticos hacen ver á los que tienen paciencia para oír sus cálculos, que el que colocase solamente veinte y un guarismos seguidos, formaria un número mayor que los granos de arena necesarios para llenar toda la capacidad del mundo desde la superficie de la tierra hasta la concavidad del último cielo. Y yo digo sobre esto que aun cuando se hubiesen puesto mas, no igualarian al número de gracias de que estaba llena el alma bienaventurada de la Virgen en la hora de su tránsito segun el cálculo muy razonable que he hecho.

IV. Este pensamiento me lleva á otro, que es de muchos graves teólogos, los cuales por todas las consideraciones alegadas hasta aqui no tienen reparo de afirmar que entonces poseia la Virgen sola mas gracias que tendrán jamás todos los bienaventurados juntos. Cuando el docto P. Francisco Suarez, sacerdote de nuestra compañía y varon no menos conocido por su singular piedad que por su profunda doctrina, leia públicamente teología, Martin Gutierrez, de quien hablaré en otro lugar, movido de la suma devocion que tenia á la madre de Dios, animó á Suarez para que emprendiera la prueba de esta proposicion en el discurso de apertura de la facultad de teología en la universidad de Salamanca. Este intento le salió tan felizmente, que la Virgen santísima no se desdenó de dar las gracias al P. Gutierrez por semejante rasgo de devocion, y el cielo fué tan propicio á esta piadosa creencia, que la hizo abrazar despues á un buen

número de doctores católicos (1); de suerte que hoy es recibida con aplauso en las escuelas de teología y en las congregaciones y hermandades, y esta devota doctrina ha resonado mil y mil veces en todas las iglesias del mundo. Por mi me persuado fácilmente á que todo espíritu recto y medianamente afecto á la honra de la reina del cielo la abrazará sin repugnancia, si quiere leer atentamente y sin preocupación lo que va dicho hasta aquí de su gracia: en segundo lugar si tiene siempre presente que se trata de la madre de Dios, es decir, de aquella que escogió para hacer atarde de su magnificencia y á quien ensalzó sobre lo ordinario mas de lo que los empinados cedros del Líbano se elevan sobre las matas y arbustos: en tercer lugar si reflexiona acerca de lo que afirman muchos insignes doctores: que el primer ángel recibió mas gracias de Dios que todos los demás espíritus puros y aun los hombres juntos, como que era el primero en su género, del mismo modo que el sol en calidad de primer cuerpo luminoso tiene mas luz él solo que todas las estrellas y fuegos del mundo juntos: en cuarto lugar si considera que ella es la única en su especie y de todas las simples criaturas entra sola con su santísimo hijo en el orden de la union personal, que sobrepuja incomparablemente en gracia y en gloria todo cuanto podemos imaginar en los términos ordinarios de la santidad: y en quinto y último lugar si la toma como una causa universal con su hijo, como la madre y reina de todos los escogidos y por consiguiente como una fuente de gracias donde deben de beber todos los demás sin que se seque nunca.

(1) Suar. t. 2 in 3 p., d. 18, sec. 4, conc. 2.

Recopilacion de lo dicho sobre la excelencia de la gracia final de la Virgen santísima.

V. Por cuanto es de temer que una palabra dicha con tanta rapidez se pase fácilmente sin penetrar dentro de nuestras almas, para que baga alguna mella y eche profundas raíces en ella desearia yo que todos los escuadrones así de la Jerusalem triunfante como de la militante viniesen á pasar muestra delante de nosotros con todas las gracias que han recibido de Dios. Veriamos primero el estandarte blanco de las Virgenes y bajo de él millares de almas santas, que alcanzaron infinitas victorias por conservar su pureza. Tambien divisariamos bajo del mismo estandarte casi innumerables santas viudas y casadas, cargadas de méritos que adquirieron con dilatados trabajos y con heroicos actos de las virtudes. Verdrian despues todos los santos confesores, entre los que columbrariamos los millares de santos y venerables prelados que sellaron y sellan hoy todavia el mérito de su confesion y la dignidad de su cargo pastoral con tantos trabajos y muestras de su infatigable constancia. Descubririamos las innumerables tropas de santos religiosos coronados con los frutos de su perseverancia en el servicio de Dios y en el continuo ejercicio de su santidad. Veriamos un cuerpo de toda clase de personas y condiciones, cuyas obras de virtud embalsaman con sus aromas las calles de la ciudad santa. Despues de estos caminaria en orden el ejército victorioso de los santos mártires, los cuales son en tan gran número, que asombran á las puertas del infierno, y sus conquistás son tales, que sin hablar del resto de su vida solo el esfuerzo de caridad que hicieron muriendo por Dios, es de tanta consideracion, que si se pusiera en un peso, podria arrastrar tras si todas las acciones virtuosas de una dilatada vida de los demás. Pero, Dios mio, ¿quién podrá explicar lo que

traerian los santos apóstoles á este cúmulo de gracias, ellos que habiendo recibido las primicias del espíritu, como dice S. Pablo, y habiendo llegado antes que se abriesen los tesoros de los méritos del Salvador, recibieron tantos como quisieron para tener qué distribuir copiosamente á todo el mundo? En seguida de estos vendría la venerable antigüedad y el noble escuadron de los patriarcas y profetas, que por su longanimidad y constancia tuvieron admirables provisiones de riquezas celestiales, con que aumentarían al paso el acervo comun de las gracias de la iglesia santa. ¿Qué diré de la milicia angélica y de un número sin número de espíritus puros, cuyos méritos suben tan alto, que uno solo de ellos, el primer serafín, podría segun testimonio de muchos poner tantas gracias como todos los demás ángeles y hombres juntos? Todo espíritu criado se pierde en el abismo de este tesoro, cuando se le dice que es necesario tomar todas estas gracias y hacer de ellas una sola, porque no puede comprender hasta donde llegan. No obstante despues de todo esto habrá que decir: ve ahí un principio de la santidad de Maria. Con efecto aunque esa gracia sea casi infinita, sin embargo es gracia de siervos. Mas aquí se trata de dar una gracia eminente, una gracia de prerogativa, en una palabra una gracia de madre de Dios, que sobrepuja incomparablemente todas las gracias de los siervos. Tú solo, Dios de infinita bondad, tú que enriqueces con ella á esa alma bienaventurada, la comprendes: á ti el honor y la gloria, que de este modo nos hiciste conocer los bienes que posees en ti mismo. Con este motivo te decimos: Grande, grande y millares de millares de veces grande el señor de las gracias y el Dios de las bendiciones.

§. IV.—De la grandeza de sus méritos.

Dos especies de méritos.

1. Supuesto que una simple criatura no puede subir á mayor altura que á merecer ser madre de Dios, soy de parecer de ventilar este punto antes que ningun otro y ver si la Virgen santísima pudo merecer tanta honra. Pero siendo la cuestion por un lado muy importante y por otro bastante difícil de resolver, juzgo que será bueno aclarar antes algunos puntos, que de lo contrario embarazarían en la prosecucion del discurso. Presupongo pues primeramente que la sagrada escritura y los santos padres han dado motivo á los teólogos de distinguir dos especies de méritos, una de las cuales pueda llamarse de justicia ó condignidad y otra de congruencia. Con el primero está Dios obligado por título de justicia á hacer ó dar algo en consideracion del servicio que se le presta (1), de suerte que no le es permitido obrar de otra manera sin faltar no solo á su bondad, sino tambien á su justicia. Con el segundo remunera las acciones virtuosas de sus criaturas sin obligacion de justicia, sino solo de congruencia. Y así como el primer mérito está fundado en la justicia de Dios, el segundo lo está en su liberalidad (2): una y otra obligan cada cual á su manera. A mas de estas dos especies de méritos, que se toman proporcionalmente de lo que existe entre los hombres, hay otra tercera, á la cual tienen los teólogos mucha menos consideracion que á las otras: dos y le dan el nombre de mérito impropriamente, porque bien considerada no se funda en ninguna accion ejecutada en

(1) S. Thom. prima secundæ, art. 4.: S. Bonav. in 4. dist. 15, q. 114, art. 2 et 151. DD. part. 4.

(2) S. Thom. in 2. dist. 27,

atención al premio que se le da, sino solo por las buenas calidades de la persona benemérita. Así decimos comunmente que uno merece un oficio de consejero ó que es digno de ser presidente, aunque no haya hecho jamás nada á este propósito, y aunque no tenga ninguna gana de serlo, sino solamente porque posee todas las dotes apetecibles en una persona de tal condicion.

II. En segundo lugar hay que suponer que todo mérito que es rigurosamente de justicia, requiere por necesidad dos condiciones: la primera es que en la obra haya cierta suerte de igualdad con el premio que se le concede, y á falta de esto lo que Dios da en consideracion de algun servicio, mas bien equivale á congruencia que á cosa debida de justicia. La segunda condicion es que el Señor acepte la buena obra en calidad de meritoria y le prometa el premio; porque siendo este soberano señor enteramente independiente de nosotros y de nuestras acciones, no puede ser obligado mas que por sí mismo, es decir, sin que por su extrema é infinita bondad consienta en ser obligado; lo cual hace aprobando voluntariamente nuestros cortos servicios hechos con su gracia y no de otra manera en calidad de obras meritorias. En efecto abate su grandeza hasta querer celebrar contrato, sirviéndonos su palabra real de instrumento auténtico y su verdad de testigo irrecusable, de modo que habiendo contratado así y habiendo intervenido su promesa, única que puede ligarle, mediante alguna condicion onerosa de nuestra parte, nos tomamos la libertad, porque así lo quiere él, de decir que nos está obligado y nos es deudor, hablando de la manera que pasan las cosas entre los hombres; porque así como entre nosotros cumplidas todas estas formalidades y empeñada por un hombre su palabra, cuando aquel á quien ha hecho la promesa, ha puesto por obra lo que habian pactado ambos, decimos que está recíprocamente obligado á hacer

ó dar lo que prometió, y en caso de negativa es llevado ante los tribunales como violador de los derechos de la justicia; así Dios habiendo deseado de nosotros buenas obras hechas con su gracia y habiéndonos prometido la remuneracion de ellas, cuantas veces se las presentamos, decimos que por título de justicia debe lo que prometió y que lo merecemos; pero cesando esta promesa no tenemos ningun derecho de citarle por justicia.

III. En tercer lugar hay que notar (1) que no es necesario sea tal la igualdad que existe entre la obra y el premio, que por poco que se quite, llegue á desaparecer como sucede entre dos cantidades, de las cuales una no excede á la otra en un solo punto. Basta que segun las circunstancias concomitantes de la accion haya, moralmente hablando, tal proporcion entre ella y el premio con que es galardonada, que pueda decirse en verdad que es digna de tal premio. Así decimos que el caballero que en la carrera de la sortija ha alcanzado alguna rica joya, la ha merecido de justicia, aunque la haya ganado con poco trabajo; de otra suerte habria que decir que por nuestras buenas obras no podiamos merecer la gloria y la posesion de Dios; cosas que segun confiesan S. Pablo (2) y los santos padres (3), sobrepajan infinitamente todas las acciones meritorias de los justos.

IV. En cuarto lugar me parece que el mérito de justicia llamado de condignidad no debe de limitarse á las acciones que de si tienen una relacion como natural con el galardón que se les da, sino que puede extenderse tambien á las que por su naturaleza no tienen esta relacion, mas solamente por la pura voluntad del que

(1) S. Thom. prima secundæ, q. 44, art. 3.; Bellarm. de justitiæ, l. 5., c. 44.

(2) II ad cor., IV.

(3) S. Athanas. in vitâ S. Antonii.

quiere darles tal premio, siempre que tengan por otra parte la igualdad de que se ha hablado mas arriba. La razon de esto se toma de la libertad de Dios y de cualquier otra persona que de motu proprio quiere poner el precio á una accion; porque seria fuera del caso atarle de suerte las manos, que por necesidad estuviere sujeto á una especie de accion sin tener medio de conceder el mismo galardón á otra. Asi por no separarme del ejemplo que he propuesto, el rey por su mera voluntad promete la joya al que la merezca en la carrera de la sortija, aunque esta accion no tenga otra relacion con la joya que la que le da la voluntad del rey, el cual podria galardonar con el mismo premio cualquier otra accion, con tal que esta fuese digna de él.

V. Finalmente hay que conyuntir en que no obstante todas las promesas de Dios y la igualdad de las buenas obras que podamos poner para establecer el rigor de justicia, no tenemos medio de pasar sin la liberalidad de Dios, porque siempre es preciso que en esta serie de gracias y de buenas obras haya una primera gracia que quite y dirija las demás; y esa gracia es tan superior á nuestras fuerzas, que por necesidad debe de ser tenida por un puro don y una gracia gratuita, sin que por eso rebaje la dignidad del mérito siguiente á el rigor de la justicia. El concilio de Orange lo define en palabras muy breves, pero muy claras y absolutas. «Es verdad, dice, que Dios debe el galardón á las buenas obras cuando se hacen, pero tambien lo es que hay una gracia que no debe, y que precede á aquellas obras para que puedan hacerse.»

De qué manera mereció la Virgen santísima ser madre de Dios.

VI. Presupuestas estas verdades, creo ser necesario decir ante todo que la disposicion que la bienaventu-

rada Virgen tuvo para ser madre de Dios, incluye en su extension tantas gracias y mercedes extraordinarias, que no pudo merecerlas todas (y no llevará á mal que asi lo publiquemos). Sea dicho esto para gloria del que la previno por medio de tantas bendiciones de dulzura, del que le dió al principio una primera gracia tan abundante, del que la eximió de todo pecado, le confirió la justicia original ordenando perfectamente todos sus movimientos, la confortó tantas veces con sus gracias excitantes mucho mas eficaces de lo que permitian sus méritos antecedentes, los cuales son otras tantas gracias gratuitas y provenientes de la mano liberal de aquel que la preeligió antes de todo mérito, como canta la iglesia. De esta suerte podemos entender á los santos padres cuando dicen que la honra de madre de Dios era superior á los méritos de nuestra señora, como cuando afirma San Agustín (1) que por este motivo se llama bienaventurada á sí misma, no por su propio mérito, sino por la bondad de aquel que escogió en ella su morada; y cuando sostiene S. Fulgencio (2) que Maria mereció hospedar al Verbo encarnado no por los méritos humanos, sino por la dignidad de Dios solo, á quien concibió y parió.

VII. A consecuencia de esta primera proposicion puedo decir que presupuestas las gracias gratuitas de que acabo de hablar, para realzar el precio de sus obras por medio de su cooperacion mereció en rigor de justicia las admirables disposiciones que trajo para ser un dia madre de Dios. La razon no es difícil de comprender, en atencion á que todas estas disposiciones están incluidas en su propia santificacion y por consiguiente no sobrepujan en manera alguna el principio de donde pro-

(1) Dial. 4 contra pelag. (2) De ingr. et gratia, c. 7

ceden y al cual son debidas como premio, que es la gracia y la santidad que se halla en su bendita alma (1).

VIII. Si se trata de pasar adelante y llegar mas de cerca al glorioso titulo de madre de Dios; digo que absolutamente hablando no le mereció en rigor de justicia (2). La razon es porque no pudiendo subsistir el mérito de justicia sin el favor particular de Dios, que contrata y acepta nuestras buenas obras en calidad de actos meritorios, segun se ha dicho, no hallamos que las haya aprobado sino como dignas de un aumento de gracias y de lo que es necesario para llevar el alma al goce del sumo bien, que es el colmo del galardón debido á todos nuestros méritos; de suerte que estando el grado de madre de Dios enteramente fuera del precio que su majestad puso á las acciones de santidad, no pueda decirse que sea dado por justicia ó que se le pueda pedir por este título.

IX. No obstante si el mérito de justicia ó de dignidad se tomara no por el que nace de las acciones virtuosas y loables, sino por el que se funda en las calidades relevantes de la persona que decimos ser digna de algun honor ó de algun cargo; afirman sin dificultad muy buenos autores que la Virgen santísima fue digna madre de Dios; que de esta manera mereció este glorioso titulo de honor; que tuvo todo género de calidades eminentes para cumplir dignamente este cargo; en una palabra que en ese sentido debemos de entender á los santos padres cuando dicen maravillas del mérito de la Virgen.

X. Por mi parte no veo medio de detenerme aqui, sino que he de pasar adelante y decir con algunos insignes teólogos (3) que si la Virgen santísima no mere-

(1) S. Thom. p. 3, quest. 2, art. 11, ad 3, Suarez t. 1, sec. 27
ver punto 6, q. 2.

(2) S. Tom. en el lugar citado.
(3) Suarez en el lugar citado
concl. 3 etc.

ció en rigor de justicia y condignidad ser madre de Dios, no fué por falta de obras proporcionadas con la alteza de este título, sino solo porque Dios no las habia aceptado para este efecto, á lo menos que sepamos, y que además si Dios hubiera querido poner precio á este grado de honor, indefectiblemente se le hubiese llevado ella por la elevacion de sus méritos. Lo que me da resolucion para sentar esta proposicion, es en primer lugar lo que he discurrido hasta aqui de la incompreensible grandeza de sus méritos: en segundo que aunque el título de madre de Dios sobrepuje toda la capacidad de nuestros entendimientos, no obstante no es absolutamente infinito como el del hijo de Dios, sino solo con limitacion y á causa del término que incluye, del mismo modo que la gloria de los bienaventurados, aunque con exceso de proporcion; por lo cual digo que no es inconveniente que no puedan alcanzarse los méritos de una criatura, si eran ordenados y aceptados por Dios para este efecto. En tercer lugar parece que la beatísima Trinidad que amaba con un amor indecible á la Virgen Maria, queriendo remunerarla de todos los modos posibles, tenia alguna obligacion de congruencia de darle este título de la manera mas noble que hubiese, que es propiamente la de que hablamos, presuponiendo por otra parte que no hubiese indecencia ni imposibilidad, como seria difícil encontrarla. En cuarto lugar es necesario que demos por lo menos este sentido á la opinion de muchos doctores notables, quienes dicen absolutamente haber merecido Maria en todo rigor de justicia ser madre de Dios. Por último la iglesia y los santos padres hablan tan abiertamente de su dignidad y mérito, que no es posible ir mas allá, porque en el tiempo pascual cantamos que ha resucitado el que ella mereció llevar, consistiendo la excelencia de este himno en que no es una palabra humana, sino una voz angélica oída primera-

menta en el cielo. En otro tiempo decimos á Dios que la preparó por el Espíritu Santo para ser digna morada de su hijo. S. Basilio afirma que la carne de Maria fué digna de unirse á la divinidad del unigénito de Dios (1). S. Epifanio no puede sufrir la insolencia de algunos herejes, que se habian atrevido á insultar á la Virgen, y dice (2): «Tan dejados están de la mano del Señor, que se atreven á provocar á la que fué escogida entre millares y hallada digna de ser la morada del hijo de Dios». S. Gregorio papa dice enfáticamente (3) que ella elevó la cumbre de sus méritos hasta el trono de la divinidad. S. Agustín reconoce tanta santidad en la Virgen, que confiesa haber merecido ser escogida entre todas las demás (4). El cardenal S. Pedro Damiano da el mismo privilegio á la gracia que se halló en ella (3). Yo presentaría muchedumbre de estos excelentes é irrecusables testigos, si no temiera alargar la prueba y hacer sospechar al devoto lector que desconfío algo de su cariño á la madre de Dios. Solamente diré una palabra, y es que en atención á que los santos hablan tan abiertamente y sin limitación de los méritos de la Virgen santísima, sería temerario no darles toda la latitud que puedan tener sus palabras segun razon.

De lo demás que mereció la Virgen santísima.

XI. En cuanto á lo demás les diré de una vez por abreviar que la Virgen mediante su aprovechamiento diario mereció de la manera que acabo de declarar, ser señora y reina del universo, madre de los escogidos, cooperadora de la salvacion de ellos, esposa y compañera

(1) Hom. de hawana Christi generatione.
(2) Hæres. 78.
(3) 1 Reg. c. 1.
(4) Serm. 14 de ignore.
(5) Serm. 2 de Assumpt.

del Salvador en la obra de nuestra redencion; que mereció que todos los predestinados tomasen de sus gracias; que todas las elecciones, promociones y vocaciones particulares, especialmente de los escogidos, se hiciesen por su favor y en consideracion á su santidad; que todas las gracias y concesiones de Dios pasasen por sus manos; y para abreviar que ella mereció todo cuanto puede obtenerse de Dios sin la gracia de la union personal. La razon es porque la que mereció lo que es mas que todo esto, no puede ser mal despachada por lo que es menos. Ahora bien es cierto que todo lo que acabo de decir, es mucho menos que el título de madre de Dios: por consiguiente aquellos padres que tan francamente y con tanto respeto le concedieron este, no le disputarian nunca lo demás. En los tratados siguientes los oiremos hablar sobre todos estos puntos. Entretanto admiremos la incomparable magnanimidad de Maria, que siendo tan eminente en méritos no tiene mas blanco que el hacerse muy agradable á Dios y no se le da nada de ser grande ó pequeña. S. Bernardo me hace reparar en esto cuando dice (1): «Maria no busca el mérito, sino solamente el agradar á Dios.» Corazon verdaderamente digno de la majestad divina y capaz de las mas señaladas gracias del cielo, aun cuando no tuviese otra disposicion que esta.

S. V.—De las otras gracias de la Virgen santísima y especialmente de sus gracias gratuitas.

I. Llamo por ahora gracias gratuitas las que no se confieren propia y principalmente para la santificacion de aquel á quien son concedidas, sino que tienen

(1) Serm. de nativ. Marie.

su primera y peculiar relacion con el bien y aprovechamiento de otro. Y aunque la Virgen no poseyéndolas no hubiera sido por eso menos santa: sin embargo porque son unos ornamentos muy adecuados á la excelencia de la madre de Dios y con los que el Señor ha remunerado á la mayor parte de sus mejores amigos por favor y fineza especial, no nos es permitido juzgar que la madre de gracia estuviese privada de ellos, sino que hemos de persuadirnos á que los recibió en un grado tanto mas eminente, cuanto que el título que lleva, eclipsa el de todos los otros santos. Bien sé que S. Pablo enseña (1) que Dios ha distribuido estas mercedes de suerte que muy pocos las reúnen todas, sino que uno ha sido dotado del don de profecía, otro del don de hacer milagros, este del de lenguas, aquel del de la inteligencia de las santas escrituras y así de los demás. No obstante por lo que mira á la madre de Dios, es necesario apartar nuestro pensamiento de toda division. Su caso es privilegiado: ella entra por todas partes, toma en todas partes y antes que ningun otro y no parte con nadie. Así lo dicen todos los santos: así lo pide la razon: así lo declara el decreto del padre de la gracia. «Todas las gracias resplandecen en María, dice S. Buenaventura (2), como en quien tiene el seno muy capaz para recibirlas todas; por lo cual podríamos darle el nombre de gracia.» «Entre los tabernáculos de la gracia, dice S. Andrés de Jerusalem (3), no hay ninguno mas grande, ni mas excelente que este.» «Ella es la casa de recreo de Dios, dice S. Pedro Damiano (4), alhajada y adornada con todas las gracias imaginables.» «No temo afirmar, dice S. Bernardino (5), que

(1) I ad cor. XII. (3) Serm. 1 de dorm. B. V.
 (2) In psalt.: Specul. B. Virg., (4) Serm. de Assumpt.
 c. 3. (5) Tom. 1, sermo 64.

tuvo derecho á todas las gracias de Dios, porque de su vientre salieron como de un Océano de divinidad las fuentes de gracia.» «Así como en el principio del mundo, dicen S. Bernardo, Alberto Magno y otros varios, dió Dios el nombre de mar á la gran congregacion de las aguas, de la misma manera dió el nombre de María al cúmulo de todas las gracias.»

II. Para tratar de algunas de ellas empezaremos por el don de profecía. Es dictámen de varios padrs antiguos que la profetisa de quien se habla en el capítulo VIII de Isaías, no es otra que la bienaventurada Virgen. Así lo enseñan S. Basilio (1), S. Cirilo (2), san Gregorio Nacianceno (3), S. Gregorio Niseno (4), san Epifanio (5), S. Jerónimo (6) y otros muchos. Y aunque en los libros inspirados por el Espíritu Santo no encontramos otra muestra de este don que el cántico que entonó en su visita á santa Isabel; no obstante san Ambrosio explicando ese mismo cántico afirma que tanto como se aventaja la que le pronunció á todos los que tuvieron espíritu profético, otro tanto mas excelente es el don recibido por ella que el de estos (7). El docto abad Ruperto (8) la llama con esta ocasion la profetisa de los profetas, porque dice que por su mérito fueron inspirados los profetas de Dios y porque sirvió de tema á todos ellos.

Del discernimiento de espíritus.

III. Sin duda que tuvo muy cabal discernimiento de espíritus; porque si por este don ha de entenderse, co-

(1) In verbo Isai e. VIII. (5) Hieres. 78.
 (2) Lib. 1 in Isaiam. (6) In locum Isaiim citatum.
 (3) Orat. 42. (7) Luc. I.
 (4) De testimoniis ex veteri (8) Lib. 1 in Cant.
 testamento contra Judæos, ca-

no juzgan algunos, un rayo de luz celestial que penetra los mas ocultos pensamientos y hace ver lo que pasa en los corazones, aunque según el comun sentir de los padres y teólogos no se halló habitualmente y en calidad de posesion estable y permanente en ningún otro que en el hijo de Dios, no obstante no podemos dudar que el alma de la bienaventurada Virgen fuese iluminada muchas veces con él como con una luz que sobreviene, especialmente si consideramos que tantos santos fueron favorecidos con él por Dios con tanta frecuencia y liberalidad. Si se quiere entender por este don una luz interior que ilumina al alma para discernir de qué espíritu bueno ó malo proceden los pensamientos, los deseos y los impulsos del corazón; sería preciso haber perdido el juicio para negar esta gracia á la madre de Dios. Con efecto en cuanto á ella, además que no entró nunca en su corazón ningún otro espíritu que el Espíritu Santo, las preguntas y réplicas que hizo al ángel Gabriel, obligaron á S. Juan Damasceno á confesar (1) que todas sus palabras eran sacadas del tesoro de la sabiduría y dictadas por el Espíritu Santo. Por lo que mira á los otros, pregunto si debiendo de ser la maestra de la iglesia y la regente de los apóstoles, no era muy razonable que fuese llena superabundantemente de este don. S. Antonino de Florencia me sugiere otra consideración, porque recordando lo que fué respondido á S. Antonio cuando vió oscurecido el aire por una nube de demonios y supo que solamente los verdaderos humildes podían librarse de sus lazos, afirma que aun cuando no tuviéramos otra prueba que su incomparable humildad, habría que decir que recibió de Dios un perfectísimo dis-

(1) Orat. i de Assumpt.

cernimiento de espíritus y una luz muy excelente para descubrir las asechanzas del enemigo.

De los dones de fé, sabiduría y ciencia.

IV. Tampoco dudo que fué muy liberalmente dotada de todas las gracias destinadas á explicar con la palabra los misterios escondidos de nuestra religion, como son los dones de fé, de ciencia, de sabiduría y otros semejantes. Llamo don de fé una firmeza incontrastable para tener y abrazar todo lo que la iglesia propone á nuestra creencia, junto con la facilidad y eficacia para declararlo á los demás acomodándose á su capacidad, de suerte que se les manifieste que los testimonios de Dios, es decir, los misterios de nuestra creencia autorizados por la revelacion divina, son enteramente dignos de creerse. Esta gracia la debemos de conceder por toda razon á la que fué la principal columna de nuestra fé despues de su querido hijo. Lo mismo digo del don de ciencia y sabiduría, pues hay muy poca diferencia entre ellos y el don de fé que acabo de explicar.

Del don de lenguas.

V. Otro tanto digo del don de lenguas, porque encontrándose la Señera con los apóstoles y discípulos el dia de Pentecostés, sería poco verisímil que el Espíritu Santo se hubiese pasado de largo cuando tan espléndido se mostraba con todos los demás, especialmente si se atiende á que este don de lenguas se comunicaba frecuentísimamente en el origen de la iglesia con la bajada visible del Espíritu Santo aun á los que no estaban destinados por oficio para doctores y predicadores. Considerése además que entonces se llegaban á ella diferentes personas tanto para ver á la madre de aquel en quien creían,

y de la que oían tantas maravillas, como para ser confirmados por ella en la fe; á lo que contribuía no poco que la Señora estuviese dotada de todo género de gracias y dones extraordinarios.

Del don de milagros.

VI. No quiero decir menos de la potestad concedida á los santos para producir exteriormente obras maravillosas y capaces de asombrar á los que las ven ó las oyen, que es lo que llamamos don de milagros, sino que por las mismas consideraciones arriba expuestas sostengo con el abad Ruperto (1), Alberto Magno, san Antonino (2) y otros varios que le fué concedido, especialmente despues de la ascension de su hijo á los cielos, y que muchas veces se valió este de ella asi como de los apóstoles y discipulos para hacer nombrada su iglesia con tales hazañas. Nadie á mi juicio contradirá esto, si considera que semejante potestad fué conferida tan generalmente á los fieles siervos de Dios, que muy pocos han dejado de obrar multiplicados milagros. S. Juan Damasceno llama á Maria un abismo de prodigios (3), y S. Andrés de Candia le da el nombre de taumaturga (4), y eso por un poder que no puede disputársele; acerca de lo cual trataré mas largamente en el capítulo XIII del tratado segundo. Concluyo atestando con S. Atanasio (5) que ella poseyó todas las gracias con que la liberalidad de Dios puede adornar y enriquecer á una alma, y como á tal la saludo llena de gracia con el mensajero celestial, pues fué la madre de ellas dando la vida por un prodigio de gracia al autor de la gracia.

(1) Lib. 3 in Cant.

(2) P. 4, tit. 15, c. 49, §. 5
et 6.

(3) Sermo 1 de Nativit.

(4) Sermo 1 de Assumpt.

(5) Sermo de Deipara 7.

SÉPTIMA ESTRELLA

6 grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE ES LA ÚNICA COMPLETAMENTE EXENTA DE TODO PECADO.

Queriendo yo tratar del privilegio de la madre de Dios que contiene la exencion general de toda suerte de pecados, tendria mas motivo de temblar que el devoto san Bernardo (1), y podria decir con mucha mas razon que S. Anselmo (2) que siendo el objeto de mis consideraciones y la materia de mi discurso una pureza que excede á todo lo criado, tengo horror de mi mismo y de la enormidad de mis culpas y temo justamente ser repulsado como indigno de ver la gloria de Dios, que tan extraordinariamente aparece en este excelente privilegio. Pero por otra parte me siento alentado por las palabras de S. Buenaventura, el cual afirma (3) que en cierto modo estamos obligados á hablar de sus excelencias por no hacernos culpables de ingratitud con el silencio. Si puede ser disimulable á una persona de mi condicion manejar este asunto; nunca es mejor ocasion que despues de haber tratado de las gracias de la Virgen santisima por la conexión que hay entre estos dos privilegios, pues es difícil conocer perfectamente el uno

(1) Hom. 3 in Missus.

(2) De excellent. Virg., c. 4.

(3) Prolog. ad Specul. B. V.

y de la que oían tantas maravillas, como para ser confirmados por ella en la fe; á lo que contribuía no poco que la Señora estuviese dotada de todo género de gracias y dones extraordinarios.

Del don de milagros.

VI. No quiero decir menos de la potestad concedida á los santos para producir exteriormente obras maravillosas y capaces de asombrar á los que las ven ó las oyen, que es lo que llamamos don de milagros, sino que por las mismas consideraciones arriba expuestas sostengo con el abad Ruperto (1), Alberto Magno, san Antonino (2) y otros varios que le fué concedido, especialmente despues de la ascension de su hijo á los cielos, y que muchas veces se valió este de ella asi como de los apóstoles y discipulos para hacer nombrada su iglesia con tales hazañas. Nadie á mi juicio contradirá esto, si considera que semejante potestad fué conferida tan generalmente á los fieles siervos de Dios, que muy pocos han dejado de obrar multiplicados milagros. S. Juan Damasceno llama á Maria un abismo de prodigios (3), y S. Andrés de Candia le da el nombre de taumaturga (4), y eso por un poder que no puede disputarsele; acerca de lo cual trataré mas largamente en el capítulo XIII del tratado segundo. Concluyo atestando con S. Atanasio (5) que ella poseyó todas las gracias con que la liberalidad de Dios puede adornar y enriquecer á una alma, y como á tal la saludo llena de gracia con el mensajero celestial, pues fué la madre de ellas dando la vida por un prodigio de gracia al autor de la gracia.

(1) Lib. 3 in Cant.

(2) P. 4, tit. 15, c. 49, §. 5
et 6.

(3) Sermo 1 de Nativit.

(4) Sermo 1 de Assumpt.

(5) Sermo de Deipara 7.

SÉPTIMA ESTRELLA.

6 grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO VIII.

QUE ES LA ÚNICA COMPLETAMENTE EXENTA DE TODO PECADO.

Queriendo yo tratar del privilegio de la madre de Dios que contiene la exencion general de toda suerte de pecados, tendria mas motivo de temblar que el devoto san Bernardo (1), y podria decir con mucha mas razon que S. Anselmo (2) que siendo el objeto de mis consideraciones y la materia de mi discurso una pureza que excede á todo lo criado, tengo horror de mi mismo y de la enormidad de mis culpas y temo justamente ser repulsado como indigno de ver la gloria de Dios, que tan extraordinariamente aparece en este excelente privilegio. Pero por otra parte me siento alentado por las palabras de S. Buenaventura, el cual afirma (3) que en cierto modo estamos obligados á hablar de sus excelencias por no hacernos culpables de ingratitud con el silencio. Si puede ser disimulable á una persona de mi condicion manejar este asunto; nunca es mejor ocasion que despues de haber tratado de las gracias de la Virgen santissima por la conexión que hay entre estos dos privilegios, pues es difícil conocer perfectamente el uno

(1) Hom. 3 in Missus.

(2) De excellent. Virg., c. 4.

(3) Prolog. ad Specul. B. V.

sin el otro. Mas como hay dos especies de pecado, el original y el actual, para no confundirlos haré ver antes cómo María fué exenta del primero, y despues mostraré que tambien lo fué del segundo: por fin para dar la última mano á este discurso iré hasta la fuente de donde le vino esa dicha.

S. I.—Que la madre de Dios fué exenta del pecado original.

I. A vuestro parecer ¿no tengo particular motivo de tomar á pechos con David (1) la limpieza de la casa de Dios y emprender con interés la defensa de esta prerogativa, supuesto que la Virgen santísima se sirvió de revelar á su fiel siervo Alfonso Rodríguez, coadjutor de nuestra compañía, quien murió en la isla de Mallorca el año 1617 y el ochenta y siete de su edad, que uno de los principales motivos de que se habia valido su amado hijo para levantar este humilde instituto y honrarle con su nombre, habia sido para defender la inmaculada concepcion de la Señora? Despues de esto ¿no seria preciso morirse de vergüenza si habiendo emprendido tratar de sus excelencias y grandezas pasase esta en silencio? Sin embargo porque muchos y buenos campeones han hecho reconocer la verdad de esta revelacion con sus decididos esfuerzos y porque protegiendo Dios las santas intenciones de mas de cien escritores del mismo instituto que han peleado por defenderla, sin hablar de otros casi innumerables que la han sostenido de viva voz, este privilegio se halla hoy tan dilucidado, que muy pocas personas dudan de él, pareceme que no se vituperará mi brevedad y que bastará proponer algunas pruebas sólidas para la confirmacion de esa verdad, sacadas del

(1) Salmo XXV.

arsenal de la iglesia, el cual está pertrechado de todo género de armas.

Primera prueba, sacada de la persona del Salvador.

H. Tomaré la primera prueba de la persona de nuestro Señor Jesucristo, en cuya deshonra tornaria indefectiblemente que hubiese alguna mancha en la concepcion de su madre santísima. Hablando S. Pablo (1) del redentor de los hombres sienta que convenia que tuviésemos tal pontifice entre nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos. La expresion *segregado de los pecadores* merece considerarse cuidadosamente, en atencion á que nada dejó por hacer aquel cordero sin mancha para apartarse del contagio general de los pecadores. Con este motivo eligió desde el principio un pueblo particular entresacado de las demás naciones, á quien dió su librea y su insignia, para que con el tiempo no llegase á confundirse con los otros. En este escogimiento hizo todavía nueva eleccion de ciertas personas de extraordinaria virtud para nacer él de la descendencia de ellas: dejó á su pueblo mil símbolos y figuras de la pureza así exterior como interior, que debia de ser mas notable en él, é imprimió los vestigios de esta pureza en todas las partes del templo, en la persona de los ministros, en los sacrificios, en los utensilios y en todo lo demás que pertenecia á su culto. ¿Y qué hombre de sano juicio podria creer que tuviese el Señor tanto cuidado de las sombras y figuras y no hiciese caso de la verdad? ¿Quién se persuadiria á que hubiese obrado tantas maravillas para hermosear su ciudad real, que hubiese conducido por

(1) Ad hebr. VII, 26.

todas las calles manantiales de aguas cristalinas y velado tan esmeradamente sobre su conservacion, y luego hubiera permitido que la ciudad preparada por él abeterno para su mansion quedase sin una sola gota de agua para refrescarse y que se hubiese dormido él al amanecer el dia de la concepcion de su bienaventurada madre cuando el enemigo estaba á las puertas y ponía las escalas para el asalto?

III. ¿Quién querrá decir que escogió él un trono material mas brillante que el sol y que su trono animado estaba lleno de suciedad é inmundicia? ¿Quién se imaginará que un templo corruptible habia de estar todo revestido de oro fino; que al construirle no se oyó un solo martillazo; en una palabra que debia de ser todo santo y divino para contener una arca, figura de la sagrada humanidad de Jesucristo; y que el templo vivo donde habia de ser recibido este personalmente, fuese amasado de barro y edificado con la zambra y el desorden del pecado? ¿Quién ha oido jamás, decia gravemente el ilustre S. Cirilo cuando combatia en defensa de este templo divino en el concilio de Efeso (1), que habiendo edificado un arquitecto una casa para su morada, haya sido impedido de habitar en ella y obligado á ceder el derecho de la misma á su enemigo? ¿Puede haber en un entendimiento racional la idea de que Dios hubiese prohibido antiguamente bajo pena de muerte que entrara nadie, excepto el sumo sacerdote, en el santuario de un templo figurativo y que hubiese cedido voluntariamente su verdadero y único santuario al espíritu de impureza y deshonestidad? Si no pudo impedirlo; ¿cómo es omnipotente? Si pudo; ¿por qué no lo hizo, supuesto que como dice S. Gerónimo (2), todo el honor

(1) Hom. 6 in conc. ephes. (2) Ad Eustoch habla.

que se rinde á la madre, redonda en el hijo, así como la deshonra que ella recibe? Por último ¿á qué venía tanta limpieza en las vasijas de barro y de madera que no debian de servir mas que para los criados, dejando al mismo tiempo pegada la grasa y la porquería en la vajilla de oro que es para el uso del rey? Esto sería precisamente lo mismo que decir que un gran príncipe habia edificado un palacio para vivir con comodidad y ostentar su magnificencia y que mucho tiempo antes de ir á tomar posesion habia mandado empedrar de mármol blanco las calles de la ciudad, vestir las tapias de preciosos tapices y adornar regiamiento todo el tránsito dejando á la puerta de palacio un inundo cenagal por el que le fuese preciso atravesar y meterse hasta las orejas.

IV. Ya oigo que se me responde que cuando entró en su palacio el rey de la gloria, la gracia habia tomado posesion de él mucho tiempo antes y quitado todo mal olor. Concedo; pero ¿cómo es posible me imagine yo que aquella á quien puede echarse en cara que fué tan sucia é inmundicia, sea la inmaculada y dignísima madre del muy digno é inmaculado hijo de Dios, segun la llama Orígenes (1)? Vosotros, lectores míos, no os acercéis á la pureza de Dios y á su santidad, que le infunde una aversion infinita al pecado; ¿no es verdad? Sin embargo si el Señor, que segun observacion de S. Agustin (2) no deja jamás de hacer lo que la recta razon nos dicta ser mejor, os hubiera consultado si le convenia unir su divinidad á una carne que en otro tiempo hubiese estado corrompida é inficionada por el pecado (porque al cabo la carne del hijo es la de la madre); de veras ¿se lo habierais aconsejado? Mas aún; si hubiera estado en

(1) Hom. 1 ex varlis.

(2) Lib. 3 de lib. arbit., c. 5.

vuestra mano criaros una madre á medida de vuestro deseo; ¿habriais tenido tan poco respeto á ella ó tan poco cariño á vosotros mismas, que la hiciérais tal, siendo así que segun el dicho del Sábio (1) la honra y el desdoro de los padres redundan en los hijos? Y lo que no habriais hecho vosotros con una chispa de razon que tenéis, ¿juzáis que lo hubiera hecho Dios siendo infinitamente sabio y bondadoso? Era preciso ó que hubiese honrado á su madre ménos que vosotros honraríais á la vuestra, ó que hubiese tenido en menos su decoro que vosotros el vuestro; lo cual es contrario á toda razon.

V. Oid por vuestra vida lo que dicen los santos á este propósito: «Cuando hablo del pecado, dice el incomparable S. Agustin (2), guardáos de imaginar que comprendo á la Virgen santísima; porque sabemos por otra parte que tuvo tanta mas gracia para vencer todo género de pecados (notese esto), cuanto que le cupo la honra de concebir y parir á aquel que no ignoramos haber estado sin pecado.» «No, dice gravemente S. Cipriano, la justicia de Dios no permitia (esto es mucho decir y no puede decirse mas) que este vaso escogido fuese manchado con los oprobios comunes, porque habia una asombrosa desproporcion entre ella y todos los demás, y si bien la naturaleza era la misma, no obstante ella no tenia nada de comun con la culpa. La plenitud de la gracia era debida á la madre con una gloria superabundante, que la hizo sin igual tocante á la pureza del cuerpo y del alma.» S. Anselmo dice (3): «Era de todo punto razonable que la Virgen tuviese una pureza tan excelente, que no pudiera concebirse otra

(1) Eoclí. III.

(2) De natúrâ et gratiâ, c. 36.

(3) De conceptu Virg., c. 48.

mayor despues de Dios.» ¿Y quién dirá que la madre de Dios tuviese esta pureza si hubiera estado manchada con la mancha infame del pecado original, cuya fealdad pintaré incontinenti? No sé de veras cómo puede ponerse esto en duda, atendiendo á la máxima que sientan comunmente los santos padres y los teólogos. Con efecto en cuanto encuentran alguna indecencia en lo que pertenece á la madre de Dios, hasta para que no quieran oír hablar de ello en ninguna manera. En consecuencia si se trata de mostrar que la concupiscencia no tuvo dominio sobre ella; que su cuerpo no pasó por las leyes ordinarias y que estuvo exenta de la corrupcion; que ella no experimentó los dolores ni las impurezas del parto; al punto se tropieza con esta preciosa máxima, y no hay cosa mas convincente que la consideracion de que eso hubiera sido indecoroso á la madre del divino Verbo ó indigno de la purísima carne de que debia de tomar la suya el hijo de Dios hecho hombre. Esta consideracion detiene á todo entendimiento recto y no deja lugar á replicar. ¿Y quién creerá que hubiese ménos indecencia en verla marcada con el oprobio del pecado original, cien millones de veces mas feo y mas infame que todas esas imperfecciones, las cuales subsisten al cõbo sin pecado? Y si se le hubiese dado á escoger entre ser exenta del pecado ó no ser reducida á polvo despues de su muerte, ¿quién duda que ella hubiera aceptado la condicion comun de los cuerpos antes que el pecado, y que el santo ó inocente arminio se hubiera arrojado al fuego de todos los defectos naturales antes que mancharse con la culpa y ser por un solo instante enemigo de su criador?

VI. Así queda resuelto este punto para gloria del Salvador de nuestras almas, y créanle todos tan santo, que no pudo sufrir el pecado en su carne, y tan buen hijo, que no supo consentirle en su madre. «Mi señor y

mi rey, decía Betsabé á David (1), los ojos de todo Israel estan vueltos hácia tí, para que les declares quién debe de sentarse sobre tu trono despues de tí; y acaecerá que luego que el señor mi rey durmiere con sus padres, yo y mi hijo Salomon seremos tratados como pecadores si dispones del trono en favor de otro.» Estas palabras hirieron en lo vivo el corazón de David, padre cariñoso y rey amante de sus vasallos, en términos que mandó en el acto al profeta Natán y al sumo sacerdote Abiatar que apresurasen la consagración y coronacion de Salomon. ¿Y es creible que el Padre eterno sintiera menos la deshonra de su unigénito y de la bienaventurada madre de este que David la mancha de su amada esposa Betsabé y de su buen hijo Salomon? No se hable mas de esto: la idea sola de que María madre de Jesus fué pecadora y que la mancha de su concepcion no podia menos de ser oprobiosa á su hijo, es abominable y causa horror.

Segunda prueba, sacada de la persona de la Virgen santísima.

VII. Paso del hijo á la madre, y parece que basta examinar los designios que tuvo Dios sobre ella, y el fin á que la destinaba, para eximirla de todo pecado. Respecto del título de madre de Dios no tengo nada que añadir á lo dicho, que es bastante, y todo lo mas podríamos contentarnos con las pocas, pero sólidas y convincentes palabras de S. Agustin (2); es á saber, «que cual es el hijo, tal es la madre;» entendiéndose todo con la proporcion conveniente del uno al otro; es decir, que así como el hijo estuvo exento de todo pecado por su pro-

(1) III de los Reyes I, 20 (2) Sermo 40 ad fratres in eremo.

pia divinidad, así lo estuvo la madre por la gracia de su amado hijo. Por eso repárese que santa Isabel inspirada divinamente los une en bendiciones cuando dice: «Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre (1).»

VIII. Pasemos á la calidad de reparadora, compañera y coadjutora del Salvador en la obra de nuestro rescate, de que hablaré mas extensamente en el tratado segundo. ¿No descubramos ya el diseño que Dios hizo de ella desde el principio del mundo, cuando quiso que la compañera y ayuda que daba al primer hombre, fuese hecha á semejanza de este y que ambos gozasen de la justicia original? Y si la infinita bondad del Criador no pudo consentir que Adam y Eva, destinados para propagar nuestra especie por la via natural, fuesen criados en otro estado que el de inocencia, ¿qué debemos de creer del Salvador y de su santa madre, que venian para reparar la culpa en que habian caído aquellos precipitándonos á nosotros al mismo tiempo? S. Bernardino de Sena cree (2) que este argumento tiene grandísima fuerza para todo el que quiera ceder á la razon. Por eso le empleó S. Andrés, el mas antiguo de los apóstoles, segun refiere Abdias babilonio (3). Con efecto dice que así como el primer Adam fué formado de la tierra virgen y no sujeta todavía á maldicion, así tambien el segundo nació de madre virgen, que no habia estado jamás sujeta á la maldicion.

IX. Pero ¿qué podria responderse á los santos doctores, que enseñan haber sido escogida con su hijo para librarnos de las desgracias que nos habia causado el pecado original? Ciertamente que hubiera sido una excelente disposicion para lograrlo el estar ella inficionada

(1) Luc. I.
(2) Tom. 4; serm. 40.

(3) L. 4 hist.

de la misma mancha. El antiguo poeta Sedulio, cuyos versos han tenido tal precio á juicio de la iglesia, que ha incluido algunos en el santo sacrificio de la misa, es el mismo de esta razon diciendo: «Así Maria, la honra de las flores, sale de Eva, y de un tronco viciado nace una linda rosa, ennoblecendo una nueva virgen el linaje que la satana habia llevado á la muerte.»

Hesiquio la llama con este motivo (1) el ornamento excelente de nuestra naturaleza, la gloria de nuestra tierra, destinada á ocultar la afrenta de nuestra primera madre, á limpiar la mancha del primer padre y á abatir la soberbia del que habia perdido á ambos. No digo mas, porque de esto hablaré expresamente en el capítulo VI del tratado segundo. Y qué se puede replicar á la doctrina de S. Juan Damasceno, el cual enseña (2) que la bienaventurada Virgen empezó esta maravilla en el punto mismo de su concepcion y que este dichoso instante fue el que levantó á nuestra naturaleza de su caída y la restauró completamente? ¿Cómo se puede comprender despues de esto que su concepcion fuese inficionada de la misma mancha de que venia á librarnos? Si los santos padres que alegaré mas adelante, sacan un argumento eficaz para probar que estuvo exenta de todo pecado actual, de que era destinada con su hijo á destruir el mismo pecado; ¿por qué hemos de tener reparo de decir lo mismo acerca del original? El devoto capellan de la Virgen S. Idefonso no ignoraba la solidez de esta razon, de que se valió en el excelente tratado escrito para defender la integridad de nuestra señora diciendo: «Sea pues cosa resuelta que estuvo libre y exenta de todo pecado original la que no solo nos libró de la maldicion, sino que además nos trajo la bendicion.»

(1) Orat. 1 de E. Virg.

(2) Serm. 1 de nativ. B. V.

X. Y á propósito de lo que dice Hesiquio sobre que fué destinada para abatir la insolencia de Satanás, es verdad que todos los santos padres lo enseñan con él, y lo demostraré mejor en el tratado segundo. Pero entre tanto ruego al lector considere las palabras que dijo Dios á la serpiente, las cuales entienden comunmente los doctores de la gloriosa Virgen. «Yo pondré, le dijo (1), enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella te quebrantará la cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar.» Si lo consideramos con atencion; notaremos en estas palabras tres cosas muy importantes. La primera es que dice Dios que pondrá enemistades usando según observacion de S. Cipriano el número plural, el cual absolutamente implica toda especie de desunion y desvío, sin concordia, ni paz, ni tregua alguna, para dar á entender que ella fué la única que nunca tuvo que ver nada con Satanás; pero que desde el principio le declaró guerra á muerte. En segundo lugar dice que le quebrantará la cabeza, la cual no es otra cosa que el pecado original, porque así como cuando la serpiente (y es observacion de S. Gregorio Nacianeno) ha metido la cabeza en algun agujero por pequeño que sea, fácilmente introduce todo el cuerpo, de la misma manera donde el espíritu maligno ha hecho entrar el pecado original, fácilmente da entrada á los actuales; ó si se quiere mejor, así como cuando se ha quebrantado la cabeza de una serpiente, el cuerpo bulle todavia algun tiempo, del mismo modo aunque el primer pecado sacado de nuestros padres sea destruido en el santo sacramento del bautismo, no dejamos de sentir sus reliquias, que son las rebeldías y discordias que experimentamos dentro de nosotros mismos, y los asaltos de la

(1) Genes. III.

concupiscencia, verdadera semilla del pecado original. Pero ¿por qué emplea ella el pie para esta oficio? ¿No será para dar á entender que hizo esta singular hazaña al principio de su vida, de que es símbolo el pie? Por último dice Dios que la serpiente pondrá asechanzas al calcañar de la mujer, como si hubiese dicho mas claramente que la serpiente no la encontrará al principio de su vida, ni aun la acometerá en su persona, segun hará ver en otro lugar (1), sino que la sorprenderá en la persona de sus descendientes, que son sus hijos espirituales representados por el calcañar.

XI. Figuráos ahora que habiendo estado uno algun tiempo bajo la férula del carcelero con esposas en las manos y grillos en los pies y habiendo salido de la prision para ser marcado y marchar desterrado perpetuamente, de allí á una hora se le levántase el destierro y fuese enviado en el acto á la cárcel de donde salió, para dar libertad á sus compañeros y sacarlos de allí. Figuráos el recibimiento que tendria, y el tratamiento que le daría el alcaide en cuyo poder estaba poco antes. Por mi parte confieso que tengo dificultad en creer que si la Virgen santísima hubiese estado un solo instante bajo la tiranía de Satanás, no se lo hubiera echado mil veces en cara este espíritu soberbio é insolente y aun hubiera pasado á aplicar la afrenta á nuestro Salvador como á hijo de una liberta suya. ¿Y quién no ve, sin que yo lo diga, que no era conveniente que el demonio tuviese esta ventaja?

XII. En los tratados siguientes, donde he de proponer los otros títulos de la Virgen, consideraré cuán incompatibles son con toda especie de pecados. Ahora me contento con solo un elogio de S. Pedro Damiano, que

(1) *Ibid.* 2. cap. 9. §. 7.

es juntamente uno de los designios de Dios sobre ella, capaz de ponernos de parte de su exencion del pecado. Dice pues con mucha sutileza el santo que Dios habia preparado á la santísima Virgen exactamente como un lecho de descanso para reposar al salir de la molesta jornada de la ruina de los ángeles y de los hombres, la cual (hablando á nuestro modo) le habia dado tanto que hacer y causado enojos sin número. ¿Y qué lecho de descanso, decidme, hubiera sido si le hubiese encontrado sembrado de las espinas del pecado original? ¿Hubiera sido á propósito para conciliar un sueño dulce y agradable? Asi digamos mejor que ella fué la verdadera cama de Salomon sembrada de rosas sin espinas y perfumada con celestiales aromas, donde no se encontró jamás nada que desagradase en lo minimo á su soberana majestad.

Tercera prueba, sacada de la naturaleza del pecado original.

XIII. Este pecado de que hablamos tanto, bien merece una prueba aparte. Quisiera tener el pincel muy feliz para pintarle con sus vivos colores, y pondría á la vista un monstruo capaz de causar espanto á todo el que le mirase. Ya que no puedo hacerlo, presentaré un bosquejo, del que me valgo yo para concebir mas horror á aquel. Parece que veo un monstruo en extremo horrible, lanzado del infierno para que inficione al mundo con su hediondez: todos los demonios han contribuido á hacerlo: tan espantable es en su figura, tan terrible en su forma y tan desapiadado en sus designios. Tiene cien cabezas, todas diferentes, pero casi igualmente horribles: sus ojos parecen globos de fuego, sus dientes navajas afiladas, sus gargantas simas de muladar y sus garras garfios de hierro. De todas aquellas gargantas salen unas nubes de humo tan pestilente, que oscurecen y corrompen el aire. En medio de su vientre se en-

ciende un fuego griego, que destruye cuanto encuentra: sus alaridos espantan á todo el mundo, al cual arroja en una horrenda caverna, que es el teatro de su carnicería. En una palabra es tan terrible, que nadie se escapa de su furia. Luego que los vuelve á lanzar á sus prisiones, los embiste con los dientes y las garras, y desde luego se tira á la cara, que desfigura enteramente sustituyendo en lugar de la forma humana la semejanza de Satanás. Tira, arrastra, magulla, despedaza y no deja nada sano. Hace saltar los ojos; taladra los oídos; cubpa los sesos y arranca el corazón: en una palabra es un infierno empezado, porque no se puede pasar mas allá para representar su crueldad.

XIV. Ve ahí una pintura singular, aunque solo está en bosquejo y no llega á la fealdad del original. Mas porque no se figuren algunos que yo he hecho á manera de una fantasma de las que se presentan á los niños á fin de asustarlos, consideraré las pinceladas una por una y se verá que lo que he dicho, no es nada respecto de la verdad. He sentido lo primero que este monstruo era concebido en el infierno y arrojado de allí para inficionar el mundo. Antes que yo lo dije el Sabio afirmando que por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (1). Este fué el primer ensayo y como el primer hervor de su rabia, cuando empezó á desesperar contra Dios y hacerlo todo en desprecio de él. En efecto avanzó tanto por este primer arranque, que de un golpe introdujo la muerte en el seno de Adam y de toda su descendencia. He dicho que tiene cien cabezas: estas son todos los pecados actuales, á los que da vida y origen, porque aunque este pecado no sea mas que uno en su naturaleza, como enseñan los teólogos, no obstante en poder

y como en semilla es todos los pecados juntos, pues corrompida la raíz, por necesidad han de sentirse los frutos, las flores, las hojas, las ramas y el tronco. Causa miedo el ver estas cabezas, las cuales arrojan todas bocanadas infernales, porque es cierto que ni el diablo mismo es tan espantoso de mirar, ni las cloacas del infierno tan hediondas como un solo pecado á la vista y al olfato de Dios. El fuego griego que se enciende en su pecho, no es otra cosa que la maldita concupiscencia, primer efecto del pecado, la cual, como dice el apóstol Santiago (1), inflama la rueda de nuestro nacimiento inflamada ella del fuego infernal; es decir, que abrasa sin intermisión la parte animal del hombre y le hace sentir su fuego y su humo mientras él corre esta vida miserable. Este monstruo lo lleva todo por delante, porque nos aparta de la presencia de Dios, nos hace perder su amistad, y la gracia de su adopción con todos los derechos que podíamos alegar á su herencia, la ventaja que nuestro origen nos daba, y la honra que poseíamos de ser hijos de Dios. La caverna tenebrosa á donde hoy confina, es el arrabal del infierno, donde estamos metidos mientras perseveramos en el estado de desgracia de nuestro nacimiento. En cuanto á la crueldad que he dicho ejercía para con nosotros, ¡ojalá que nuestra propia experiencia no nos hiciese conocer que es tan cierta! Pero ¡ah! llevamos las señales de ella desde los pies hasta la cabeza: testigo nuestro entendimiento oscurecido, nuestra voluntad inclinada á los bienes sensibles, todos nuestros sentidos alterados, nuestro apetito rebelado contra la razón, esta contra el mandato de Dios y sobre todo este hermoso rostro desfigurado, que no es otra cosa que convertida en semejanza de Satanás la se-

(1) Epíst. catol. III. 6.

(1) Sabiduría, II, 24.

mejanza que teníamos con Dios. Así define S. Dionisio Areopagita el pecado original, cuando le llama un hábito de semejanza con Dios anexo al hombre desde su concepción (1).

XV. Acerca de esta figura y de las correspondencias referidas por mí ó pido justicia, mis amados lectores, en favor de la Virgen santísima, porque ¿podreis conceder que Dios dejase poseer el alma de su santa madre por un demonio tan furioso como el que habeis visto y no habeis visto? Y digo que no le habeis visto, porque no está en mi mano pintarle tal como es. Los santos padres confiesan unánimemente (y todos los verdaderos hijos de la iglesia y de la Virgen quisieran morir por esta verdad) que nunca cometió ella un solo pecado venial; no obstante que este no hubiera sido capaz de hacerla perder la amistad de Dios, ni su eminente santidad, mucho menos la hubiera sujetao á la tiranía del demonio. ¿Y os persuadiréis á que contrajese el pecado original, que la hubiera hecho esclava del demonio y digna del odio de su criador, la hubiera declarado pechera é infame y la hubiera condenado á muerte y muerte eterna? El pensamiento solo de esta suma indecencia basta para hacer saltar el corazón de los que honran á la madre de Dios. Por lo demás restablecida en gracia tan pronto como queráis, siempre habrá sido, según acabo de decir, la hija amada del Padre, la madre del Hijo, la esposa del Espíritu Santo, el santuario de Dios, la pieza maestra, el honor, el astro del mundo, la gloria de la tierra y del cielo. Y para que se vea hasta dónde llega esto, diré que á algunos graves y sabios doctores (2) les pareció tan singular este hecho, que no tuvieron reparo de sentar

(1) Eccl. hier., c. 2. de penit. q. 6. Anton. Cordub. lib. 4, q. theolog., q. 49.

(2) Medina de orat. q. 7, et

que si Dios hubiese dado á escoger á Maria entre ser madre suya ó estar exenta del pecado original, sin dificultad habria dejado ella el inestimable bien de tener por su hijo al mismo Dios á fin de no ser marcada con el sello de Satanás y de no vivir un solo instante en desgracia de su soberana majestad.

XVI. Yo venero de lo íntimo de mi corazón y con toda mi alma al doctor angélico; no obstante debo de confesar que cuando leo las razones alegadas por él para probar la exencion de todo pecado actual, que sostiene con la iglesia haber sido otorgada á la madre de Dios, me parece que tienen mucha mas fuerza para ahuyentar de ella el original. Todo su discurso se reduce á cuatro razones: la primera es esta: cuando Dios por su misericordia elige á uno, no deja jamás de darle todas las cosas necesarias para que cumpla su eleccion, según asegura el Apóstol diciendo (1) que nos ha hecho ministros idóneos del nuevo testamento; es así que Dios habia destinado á esta señora para madre de su hijo; luego no se debe de dudar que la completó en todas sus partes para que cumpliese su eleccion; lo cual no hubiera sucedido si la Virgen hubiese cometido algun pecado, porque como enseña el Sabio (2), los padres son la gloria de sus hijos y por una relacion de contrariedad la deshonra de la madre hubiera pasado hasta el hijo. Así se explica santo Tomás (3). Pero ó me engaña mucho mi discurso, ó es preciso confesar que el hijo de Dios hubiera recibido mucho mayor deshonra si su santísima madre se hubiese manchado con el pecado original, porque así como en las leyes civiles hay muchos delitos personales que no pasan hasta los hijos de los reos, y hay delitos

(1) II ad cor. III.

(3) P. 3, q. 27, art. 7.

(2) Proverb. XVII.

que infaman á la descendencia de estos, por ejemplo el de lesa majestad, herejía y otros semejantes; de la misma manera en la ley de Dios se dice del pecado actual aun cuando fuese mortal, que el hijo no llevará la iniquidad de su padre (1); pero la malicia del original es tal, que se va propagando de padre á hijo, de suerte que no bien el padre comunica la naturaleza á su hijo, cuando le transmite el oprobio y la infamia de este pecado. Por eso dice S. Ildefonso (2) que si la madre de Dios no hubiese sido santificada desde el principio, su carne hubiera sido carne de pecado, y siendo tal, su mismo hijo no hubiera estado exento de pecado como unido á una carne pecadora. No obstante este dictamen debe de entenderse prudentemente y con gran circunspeccion, porque no quiere el santo decir absolutamente que si la madre de Dios hubiese contraído la mancha del pecado original, debiera de haber participado de ella su hijo. Su nacimiento extraordinario le eximia mas que suficientemente de él, y aun quando no hubiera bastado, le santificaba la divinidad con exclusion de todo pecado. Pero quiere decir que era razonable que no solo el Salvador fuese exento de él por esos dos títulos, sino que el flujo del pecado, que pasa y corre de padre á hijo, fuese contenido en la persona misma de su madre, de suerte que no pudiera dudarse jamás de la inocencia de aquel que habia puesto como un dique para impedir que pasara adelante mucho tiempo antes de llegar hasta él.

XVII. Santo Tomás saca su segunda prueba de la union que el hijo tiene con la madre, de quien toma la sustancia; union ó por mejor decir unidad tan grande, que si el hijo no puede tener ninguna relacion con Be-

(1) Ezeq. XVIII.

(2) De virgin. B. Maria.

lial, lo mismo proporcionalmente ha de presumirse de la madre. Tiene razon el santo doctor, porque los sabios y las leyes mismas aseguran que los hijos no hacen mas que una persona con sus padres, no tienen mas que una voz, no son mas que un cuerpo y una carne. Véase pues si el hijo de Dios que tenia mas union con su santa madre que ningun otro hijo, podia consentir que contrajese ella la mancha original, la cual se acercaba tanto á él, pues que amenazaba con la infeccion á su cuerpo y á su alma juntamente. Escuchemos solamente lo que dicen sobre esto dos doctores excelentes. El primero es Arnulfo de Chartres, quien afirma (1) que la carne de Jesus y de Maria es la misma, el espíritu y el amor el mismo y que esta unidad no recibe division; porque aunque de dos cosas se ha hecho una, no obstante despues de esa union no se divide ya; de donde se sigue que hablando correctamente, no se debe de decir que la gloria del hijo es comun á la madre, sino que es una misma gloria que corresponde por indiviso á los dos. El otro doctor es S. Anastasio Sinaita, patriarca de Constantinopla, quien habla de esta manera (2): «Habrà alguno, sea entre los hombres ó verdaderamente entre los demonios, que se atreva á decir que aquella cuya naturaleza es la misma que la de Dios en cuanto á la carne, no fué hecha, á la imagen y semejanza del que nació de ella? Porque ¿cómo se podria llamar su madre no estando marcada con su marca y habiendo defecto en esta semejanza?»

XVIII. La tercera razon de santo Tomás se saca de que Dios habitó en ella de un modo particular no solo poseyendo su alma, sino llenando sus sagradas entrañas. Mas el Sabio dice claramente (3) que «no entrará la sabi-

(1) De laudibus Virg.

(3) Sabid. I.

(2) Lib. 6. anagogicar. quest.

dúria en alma maligna, ni morará en cuerpo sometido á pecados. » S. Bernardo explicando este pasaje dice que « la sabiduría huye de la malicia y del pecado, porque siendo la bondad y la santidad por esencia detesta el vicio tanto como ama la virtud, y que es imposible que la suma pureza y la suma impureza habien juntas. » ¿Qué mayor infección en efecto que el pecado original, el cual arruina el alma y el cuerpo juntamente y se extiende por todas las potencias del uno y del otro, según he hecho ver antes? Así pues nadie dude, dice muy bien san Anselmo (1), que el castísimo cuerpo y la santísima alma de la Virgen fueron preservados de toda mancha de pecado, como que debían de ser la morada donde había de habitar corporalmente su criador y el de todas las cosas y unir el hombre personalmente á sí.

XIX. Santo Tomás concluye que es necesario eximir á la madre de Dios de todo pecado actual para dar autoridad á las palabras de su celestial esposo, que le dice en los Cantares (2): « Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay mancilla en tí. » A este lugar le dan muchísima fuerza los del partido contrario (3) por el respeto de la Iglesia que le usa y le apropia á nuestra señora; en términos que le creen suficiente para hacer declarar que aquella no cometió jamás pecado venial. Aquí debo de confesar ingenuamente que no puedo comprender cómo por la fuerza de estas palabras verdaderas y autorizadas se halle la Virgen limpia de todo pecado actual, sin que le quede siquiera la menor mancha, y no obstante continúa cubierta de la laceria original desde los pies hasta la cabeza, sin que esto disminuya su hermosura. Por mi parte prefero dar oídos al humilde doctor que quiso pasar por

(1) De excellentiâ Virginitatis. (2) Cajet. in eum. lectio D. Thomæ. (3) Cant. IV.

idiota y que interpretaba así las preciosas palabras de los Cantares citadas ya (1): « Tú eres toda hermosa en tu concepcion, pues que fuiste hecha con solo el designio de ser el templo del Altísimo: tú eres hermosa no en parte, sino en todo y por todo, y nunca se ha observado, ni se observará en tí mancha alguna de pecado, ya venial, ya mortal, ya original. Ve aquí según mi pobre parecer lo que es ser toda limpia; no estar cubierta de la mala lepra que devora é inficiona el cuerpo y el alma.

XX. Una palabra no mas tengo que decir sobre la tercera prueba sacada de la naturaleza del pecado original; á saber, que así como le advertimos por sus efectos, tambien donde estos no se manifiestan, tenemos bastante motivo para presumir la falta de la causa de qué proceden. Vemos en invierno una hermosa fuente, la cual saliendo á borbotones se derrama por diferentes arroyos en toda la campiña; pasamos en estío por el mismo lugar y encontramos secos los arroyos: ¿qué podemos decir sino que falta el agua á la fuente, supuesto que ya no corre como antes? En cuanto la corrompida fuente del pecado original se derramó sobre los hijos de Adam, sus aguas envenenadas inundaron y malearon todas las potencias del alma sin dejar cosa alguna sana. ¿Qué resta pues sino que no descubriendo ninguna señal de este estrago é inundacion general en la Virgen santísima digamos que nunca corrió en su bendita alma la fuente corrompida? En efecto vedla como el huerto cerrado, que en todas partes aparece delicioso y presenta las galas y la lozania de una hermosa primavera: No vereis nada seco, ni marchito, ni mustio, así como en todos los otros no notareis nada entero. Quiero decir que vereis por todas partes los favorables efectos que producía la

(1) Idiota in contemptu, Virg. c. 3.

gracia original, y por el contrario no advertireis ninguna huella del diente venenoso de la serpiente, nada de rebeldía en sus miembros, nada de oscuridad en su entendimiento, nada de desorden en sus afectos, nada de corrupción en su cuerpo, nada de oprobioso en la concepción del Verbo divino, nada de doloroso ó impuro en el parto: ¿qué más se puede decir para convencer á quien esté resuelto á ceder á la razón? Si no obstante advertimos en ella ciertos efectos, que nos parecen nacer aun del primer pecado, como son los dolores corporales y la muerte: acordémonos de que su querido hijo los sufrió sin pecado por el remedio del pecado. En cuanto á la Virgen, dice muy bien Ricardo de S. Victor (1), si veis que no estuvo exenta de semejantes efectos en que se halla pena y dolor, sabed que los aceptó de muy buen grado para aumentar su corona y darnos al mismo tiempo ejemplo de paciencia, llevando con tanta pureza el yugo de nuestra comun miseria.

Cuarta prueba sacada de la autoridad de la iglesia universal.

XXI. — La he reservado expresamente hasta aquí para, que los que hubiesen puesto alguna especie de resistencia á las otras pruebas, viendo parecer este escuadron en orden de batalla que viene á retaguardia, no tengan ya dificultad de rendirse á la razón. Vereis con satisfacción venir en hilera de diversos lugares una infinidad de valerosos combatientes armados y equipados ventajosamente para formar un cuerpo terrible á las potestades del infierno. Observareis cómo en todos los siglos ha habido espíritus rectos, recomendables en santidad y doctrina, que han peleado en defensa de esta verdad. Os

(1) De Emmanuele, l. 2, c. 28.

admirareis al advertir cómo este cuerpo de ejército se ha ido reforzando de edad en edad hasta nuestros días, en que tenemos la dicha de verle marchar victorioso bajo la bandera de la inmaculada concepción y exceder en número de capitanes y soldados escogidos á las estrellas del firmamento.

Para cumplir satisfactoriamente mi promesa os suplico recordéis que no sin justísima razón es comparada la Virgen en los Cantares á la aurora, á la luna y al sol en el mediodía, sino que es para dar á entender que el honor tributado á ella por la iglesia tuvo su principio, sus progresos y su consistencia. Dios lo ha dispuesto así con amabilísima y no menos sabia providencia respecto de la mayor parte de las verdades de la fé y especialmente del misterio de la concepción de que tratamos. Tres razones principales hallo yo, por las cuales quiso el Señor que la verdad de este misterio se descubriese precisamente á la manera del alba del día, la cual cuando empieza á despuntar ahuyenta insensiblemente las tinieblas, hasta que adelantando poco á poco el sol en su carrera llega por último al mediodía.

XXII. — La primera razón es la que alegan ordinariamente los teólogos diciendo que como la iglesia no estaba fundada principalmente sobre nuestra señora, sino sobre su divino hijo, era conveniente que Dios que la va iluminando de un modo admirable y haciendo parecer su luz desde la cumbre de los montes, según canta el profeta David (1), ilustrase ante todo las verdades fundamentales de nuestra salvación y luego por una abundancia de su bondad nos hiciese ver con claridad otras muchas, las cuales, aunque de menos trascendencia, encaminan nuestros entendimientos á conocerle me-

(1) (40) Salmo LXXV. (1)

por y amarte mas ardentemente. S. Fulberto, obispo de Chartres, propone la segunda razon diciendo (1) que no sin designio se recató la venerable antigüedad de manifestar claramente su sentir acerca de la pureza de la concepcion de la Virgen y que procedió así por no dar asidero alguno á los herejes, quienes empezaban ya á murmurar y despues sostuvieron resueltamente que nuestro Señor Jesucristo no habia tenido en realidad, sino solo en apariencia un cuerpo semejante á los nuestros y que Maria no habia sido una mujer, sino un ángel encarñado. Esto lo hubieran dicho con mas atrevimiento si en su tiempo se hubiese hablado de la Virgen en sentido tan favorable como hablamos hoy. De la tercera razon debemos de hacer mucho mas caso, porque nuestra señora misma se la declaró á santa Brigida, viuda de acrisolada virtud, hablándole un día de esta suerte: «La verdad es que yo fui concebida sin pecado original; pero sabe que la razon por qué no fué conocida tan pronto de todos, es porque Dios quiso que así como á la ley promulgada por mi hijo precedieran la ley natural con la eleccion voluntaria del bien y del mal y la ley escrita, la cual ordenada distintamente lo que se debia hacer y omitir, de la misma manera fué su voluntad que sus mejores amigos dudasen de mi immaculada concepcion, á fin que por este medio cada uno mostrase su celo hasta que se aclarara plenamente la verdad.» La realidad de esta revelacion se verá claramente por lo que diré á continuacion de mi discurso.

XXIII. Primeramente es necesario confesar que aunque Dios no ha permitido que esta verdad fuese tan clara y tan abiertamente pregonada en la iglesia desde el principio, no obstante en todas las edades ha habido san-

(1) Sermo á de orta Virg.

tos é irrecusables doctores, que han hecho pública profesion de ella y la han expuesto para la posteridad, segun atestan algunos autores de nota (1) que presentan sus testimonios de siglo en siglo. De ellos podrán facilmente saberlo los que quieran hacer la prueba. Diré mas: que transcurrieren cerca de mil y cien años sin que ningun doctor, cuyos escritos hayan llegado hasta nosotros, tuviese ó enseñase lo contrario: porque respecto de ciertas proposiciones generales que sueltan á veces, en que pudiera parecer que la bienaventurada Virgen fué envuelta con los demás, pronto haré ver que de ningun modo la perjudican. Lo admirable en esto y lo que nos prueba grandemente la revelacion de santa Brigida, es que el primero que ballamos haya dudado formalmente de la pura concepcion de Maria y enseñado lo contrario, fué el glorioso S. Anselmo, uno de sus mas fieles y devotos siervos (2); lo cual aconteció por particularísima providencia de Dios, á fin que así como el apóstol santo Tomás en otro tiempo de incrédulo se convirtió en testigo y predicador de la resurreccion del Salvador habiendo salido ocular y palpablemente la verdad de ella con gran provecho de nuestra creencia, así tambien S. Anselmo despues de haberse dejado llevar de una duda disimulable en su tiempo confesó que en diversas partes de la iglesia se celebraba ya la fiesta de la immaculada concepcion; y no solo se unió á los que tributaban este honor á la Virgen, sino que convidó á todo el mundo á celebrar aquella fiesta, como hizo con acierto en una excelente carta que escribió á los obispos de Inglaterra, la cual por contener noticias del origen y pro-

(1) Coecius, tom. 1. Thesauri, lib. 3. Salazar, de immaculata conceptione, c. 42 etc.

(2) Cur Deus homo, lib. 2,

c. 26.

greso de esta celebridad y otras muchas cosas dignas de saberse merece que hable yo algo mas extensamente de ella.

Origen de la fiesta de la Concepcion en Italia.

XXIV. Ante todo para que los hombres pelillosos que se factan de disputar de todo, no tengan motivo de desechár este documento, han de saber que á mas de un buen número de doctores muy fidedignos (1) que se valen de él, todas las iglesias de España le leían en las lecciones de la fiesta de la Concepcion antes de la reforma del breviario romano hecha por el papa Pio V y sus sucesores, como practica aun hoy la órden de S. Francisco; y lo que es mas, el concilio de Cantorbery tenido en el año 1520, que podia saber noticias de esta carta, la recibe sin dificultad (2). En ella cuenta S. Anselmo una cosa digna de mencionarse, que dice haber sucedido cuando el rey Carlos tenia el cetro de Francia; y como no especifica quien era este Carlos, nos vemos precisados á decir conjeturando por el tiempo y otras circunstancias que era uno de estos tres, ó Carlos el Calvo, ó Carlos el Gordo, ó Carlos el Simple; en lo cual no puede haber error de mas de sesenta años, porque componiendo el reinado de los tres juntos ese número, se sigue que lo que refiere S. Anselmo, ocurrió desde el año 840 en que entró á reinar Carlos el Calvo, hasta el de 872 en que acabó el reinado de Carlos el Simple. Dice pues que el hermano del rey de Hungría (á quien no nombra), célebre de profesion, fué forzado por importunaciones de los

(1) Henric. Gand., Bacon., Thomas de Argentina, Caprius, Paludanus; omnes in 3 dist. 3; Gers., Sermo de Conceptione; Bosius, lib. 9 de signis

ecclesie, c. 8; Baronius notis ad rom. martyrolog. 3 decemb. (2) Le cita Juan Bacon en el quodlib., l. 7, q. 13.

suos á casarse con una doncella jóven y de sobresaliente hermosura. Mas él era asombrosamente devoto de la madre de Dios, cuyo oficio rezaba todos los dias; y yo aquí que llegado el de la boda y concluida la misa nupcial se acuerda de que no habia practicado aquel dia su devocion á Maria santisima. Con esta idea despide á sus criados, y quedándose solo en la iglesia se postra ante el altar de la Virgen y se dispone á rezar las horas. Al llegar á la antifona: Eres hermosa y agraciada, hija de Jerusalem; se le aparece la gloriosa Virgen acompañada de dos ángeles, de los cuales el uno le coge de la mano derecha y el otro de la izquierda. «Pues supuesto que confiesas, le dijo Maria, que soy tan hermosa y agraciada, ¿cómo es que me has dejado por otra? En efecto ¿no soy mas hermosa que esa por quien me has despreciado?» El príncipe quedó parado al pronto; pero recobrándose un poco replicó: «Es verdad, señora, que tu hermosura y gracia exceden á cuanto puede imaginarse: los mismos ángeles no se acercan á ella. Pero va que la falta está cometida, ¿cómo la repararé?» «Si tienes valor, reposo la Virgen, para dejar por amor mio á la mujer por quien me has abandonado; me tendrás por esposa en el cielo; y si celebras annualmente la fiesta de mi inmaculada concepcion el dia 8 de diciembre y procuras hacer que la celebren los demás; te prometo una preciosa corona en el reino de mi hijo.» Dicho esto desapareció, y el príncipe resolvió ocultarse por algun tiempo en un monasterio inmediato. Poco despues se trasladó bajo la conducta de la madre de Dios á Italia, donde fué elegido patriarca de Aquileya y no dejó de celebrar todos los años la fiesta que se le habia recomendado, con grandísimo aparato y una solemne octava; empleando además con calor su valimiento para inducir á la mayor parte de los obispos de Italia á que honraran del mismo modo á la Virgen. Siendo la persona tan calificada y la celebridad de la fies-

ta tan extraordinaria, y pasando todo esto á la vista de la iglesia romana, no hay duda de que fué aprobada ó á lo menos tolerada por la santa sede, y que esta aprobacion dió resolucíon á muchas iglesias para hacerlo así igualmente. Tambien es de creer que habiendo cundido al punto por todas partes la fama del santo prelado, los de Hungría informados de lo que pasaba, fueron de los primeros á celebrar aquella fiesta. Lo que da márgen á esta creencia, es que en todo tiempo se han dedicado singularmente al servicio y culto de Maria y además creen que la fiesta de la Concepcion es antiquísima entre ellos. Tambien hay mucha probabilidad de que el docto Idiota tomó ocasion de lo que veía en su tiempo, para escribir aquellas excelentes contemplaciones, en que habla de la inmaculada concepcion mas expresamente que ninguno de los que le precedieron, á fin de excitar mas y mas los fieles al servicio de la reina de los cielos.

Origen de la misma fiesta en Oriente.

XXV. Casi por el mismo tiempo, como es fácil de conjeturar, pasó esta devocíon á Oriente. Es probable que sucedió así por la mucha comunicacion que tenian con Italia, y por la noticia de lo que habia ocurrido al príncipe de Hungría, cuya fama volaba de region en region tanto á causa de su esclarecida prosapia como de su eminente santidad. Dios se sirvió grandemente para este efecto del emperador Leon, apellidado Porfirogenito ó el filósofo, que pudiera muy bien llamarse el restaurador de la piedad oriental. Este devoto emperador, de quien hablaré mas adelante con otro motivo (1), empezó á reinar el año sexto de Carlos el Gordo y acabó en tiempo de

(1) Barun, ad rom. martyrol. 5 decemb.

Carlos el Simple; y como era muy docto, compuso una bella oracion de este misterio que se lee aun hoy (1), y contribuyó cuanto pudo á la veneracion de nuestra señora y á la celebracion de su fiesta.

Origen de la misma en Inglaterra.

XXVI. Unos cincuenta años despues siguieron la misma devocíon Francia á Inglaterra. Ve aquí en parte el motivo de ello segun la relacion del mismo S. Anselmo en la citada carta. Habiendo subido hasta el cielo los pecados de los ingleses, Dios suscitó á Guillermo, duque de Normandia, para que penetrara en el reino de Inglaterra; lo que hizo con tanta fortuna, que le ocupó con mucho provecho de los naturales, cuyas costumbres reformó muy pronto. En aquella sazón los de Transilvania que pretendian el reino de Inglaterra, no pudiendo tolerar que le hubiese ocupado un extranjero, levantaron una poderosa armada para combatirle, Guillermo advertido de lo que pasaba envió prontamente á Elsinó ó Elsinó segun unos y Elpino segun otros, abad del monasterio de Reims, que era inglés de nacion, varon discretisimo y con opinion de santo, para que le refriese lo que ocurría. El espíritu maligno no dejó de armarle asechanzas en el camino, porque suscitó una borrasca tan espantosa, que todos creyeron ser perdidos; sin embargo Dios hizo que tornara todo en gloria suya. Con efecto cuando los de la tripulacion imploraban en alta voz la asistencia de la madre de Dios, ve aquí que aparece en el aire un venerable prelado (era S. Nicolás), quien dice á Elsinó que iba de parte de Maria á prometerle sacarlos libres del peligro en que estaban, con tal

(1) Barun, ad rom. martyrol. 5 decemb.

que quisiera celebrar todos los años la fiesta de su inmaculada concepcion el día 8 de diciembre. Habiendo aceptado gustosísimo el abad la proposicion, de pronto se calmó el mar alborotado, y aquel contó en Inglaterra lo que había visto y sabido. Cualquiera puede figurarse lo que contribuyó semejante suceso á despertar la piedad de los ingleses para con la madre de Dios y á promover la celebracion de su fiesta: es indecible cuánto cooperó á esto el glorioso S. Anselmo, quien en calidad de primado escribió de allí á unos treinta años la mencionada carta á todos los prelados de Inglaterra exhortándolos con calor á celebrarla y diciéndoles entre otras cosas que el que ponía dificultad en guardarla, no merecía ser tenido por siervo de Maria. Despues intervinieron con su autoridad dos concilios de Inglaterra para hacer que se celebrase aun con mayor solemnidad.

Origen de la misma en Francia.

XXVII. Aunque los franceses no pudieran ignorar lo que había sucedido, por la vecindad de los normandos, sin embargo Dios que en todos tiempos ha mirado á este reino con mucha ternura, no dejó de darle una ocasion particular para honrar á su madre con los demás. Es probable que sobrevino por esta misma época, pues que S. Anselmo lo cuenta en el mismo lugar. «Un sacerdote francés, dice, salió de su parroquia con perversísimo intento, y cuando volvía á su casa despues de haber cometido un adulterio en el lugar inmediato, se puso á rezar el oficio de nuestra señora como lo hacía todos los dias por especial devocion. Apenas había principiado, cuando se ve venir una tropa de demonios, que volcando el barco en que surcaba el Sena, le echan á pique y le arrancan el alma del cuerpo: ya lo habían atormentado recíamente por espacio de tres dias, cuando se presenta la madre de

Dios, que había suplicado hasta entonces la suspension del juicio de aquel infeliz, y pregunta á los demonios cómo tenían atrevimiento para tratar así á su siervo. Ellos respondieron que había sido cogido haciendo obras dignas de muerte. La madre de misericordia replicó que si el alma del sacerdote pertenecía de derecho á aquel cuyas obras hacia cuando fue cogido, era de ella sin disputa, pues que estaba rezando entonces su oficio. Al oír estas palabras desaparecieron los demonios, y la madre de Dios quedó señora del cuerpo con los ángeles que la acompañaban. Entonces librando á su cautivo de la muerte eterna que había merecido, y restituyéndote la vida temporal le advirtió que en adelante se guardara de cometer tal culpa, que le desagradaba en extremo; que celebrara todos los años la fiesta de su concepcion; y que procurara liciesen los demás lo mismo. Dicho esto, los ángeles le cogieron de las manos y le pusieron en pie: entonces la bondadosa señora le abrió paso por medio del río deteniendo las aguas á un lado y á otro y le dejó sano y salvo á la orilla desapareciendo despues. El sacerdote no sabía qué decir á su libertadora; ni qué hacer en honra de ella. Por fin resolvió retirarse á una ermita, donde todos los años el día de la Concepcion honraba á la madre de Dios como mejor podía, persuadiendo á cuantos iban á visitarle, á que liciesen lo mismo.

Origen de la misma en España.

XXVIII. He diferido hasta aquí el hablar de España por no estar tan cierto de en qué tiempo sucedió lo que cuenta Bernardino de Bustos, célebre doctor de la orden de S. Francisco, en el oficio que compuso de la inmaculada concepcion y que fué aprobado por el papa Sixto IV, como diré luego. Cuenta pues en la leccion cuarta de la

feria segunda de la infraoctava que había en Toledo un arzobispo llamado D. Gonzalo, quien profesaba particularísima devoción á la madre de Dios, de suerte que esta se le aparecía siempre durante el santo sacrificio de la misa. Sucedió que preparándose para decir la en el día propio de la Concepción, le trajo la Señora una preciosa casulla blanca y le dijo: «Sabe, hijo mío, que yo fui concebida sin pecado original, y así te ordeno que pongas toda diligencia en hacer que se celebre mi fiesta.» El arzobispo lo tomó con tanto calor, que movió á toda España á celebrar la Concepción, acerca de cuya devoción compuso un tratado excelente. Si es permitido formar alguna conjetura acerca de esto; habrá que decir que lo que refiere Bustos, aconteció antes del año 800 cuando los godos dominaban aun en España y la Galia narbonense tenía comunicación con ella, según aparece de las actas sinodales, las cuales atestan que entonces los obispos de dicha provincia concurrían al concilio de Toledo con los otros prelados de España, porque desde que la ocuparon los sarracenos (lo que ocurrió por los años de 800), cesó aquella comunicación, y así desde entonces hubiérase sido difícil á D. Gonzalo tratar con los prelados españoles como antes. Digolo no obstante con la cláusula de que si por acaso me equivocase en esta conjetura ó en las otras indicadas mas arriba, mi ánimo es siempre ceder libremente á quien tenga mejores razones que yo.

De cómo S. Bernardo se opuso á la celebracion de esta fiesta y cómo se extendió despues esta por todo el mundo.

XXIX. Así se introducía la devoción casi en todas partes y especialmente en Francia por la inclinación particular que ha tenido en todo tiempo á honrar á la ma-

dre de Dios (1), y ya las principales iglesias celebraban con gran solemnidad la fiesta de la Concepción, cuando permitió Dios que hácia el año 1150 se pudiese de por medio como para atajar los vuelos á esta devoción uno de los siervos mas favorecidos de la Virgen santísima, el devoto S. Bernardo, quien en una carta escrita con mucho fuego hacia presente á los canónigos de su iglesia de León, primada de las Galias, que no debían haber empezado á celebrar solemnemente aquella fiesta sin el consentimiento de la santa sede (2). No puedo decir con verdad qué efecto produjo la amonestacion de S. Bernardo; pero si aseguraré que la devoción del pueblo cristiano se acrecentó de tal suerte, que queriendo el papa Sixto IV quitar todos los escrúpulos que pudiera haber en adelante para la celebracion de la misma fiesta, y deseando por otra parte manifestar abiertamente cuál era el sentir de la iglesia, publicó una bula en el año 1476, por la cual exhortaba á todos los fieles á celebrarla de allí en adelante, concediendo con la mayor liberalidad indulgencias del tesoro de la iglesia á los que

(1) Es disimulable que el zelo por las glorias religiosas de su patria hiciese al autor expresarse en esta y otras ocasiones en términos que parece dar cierta preferencia y superioridad á Francia sobre las otras naciones en lo que mira al culto y devoción de la virgen Maria. Pero tampoco se extrañara que por el mismo motivo y á fuer de español amante de los timbres y blasones del reino católico por excelencia reclamase el traductor de este libro en favor de la prioridad de España en la celebracion pública del misterio de la inmaculada concepcion de

Maria, segun puede verse entre otros escritos en las dos luminosas obras tituladas: *España primogenita del misterio de la purisima concepcion de Maria* por D. Antonio Lupiano Zapata, y *Milicia de la inmaculada concepcion* por Fr. Pedro de Alba y Astorza, religioso franciscano (N. del T.).

(2) *Adicion de la madre Maria Jacoba de Mennor.* — «Es muy prohibido que su profunda veneracion al sumo pontifice fue la que le obligó á proceder de esta suerte, porque por otra parte era incomparable su piedad hacia la madre de Dios.»

la celebrasen. Y como algunos se hubiesen metido á glosar la bula del papa y á enseñar que debía de entenderse de la santificación de la madre de Dios no en el instante de su concepcion, sino inmediatamente despues, interpuso de nuevo la autoridad apostólica y por tercera bula (porque la segunda habia sido solamente para conciliar los animos) pronunció sentencia de excomunion contra todos los que diesen en adelante tal interpretacion á la palabra concepcion. De allí á poco tiempo el mismo papa confirmó y enriqueció con indulgencias dos oficios de la immaculada concepcion, compuesto el uno por Leonardo de Nogueroles y el otro por el citado Bernardino Bastos, como se ve por las bulas expedidas á este efecto, bien que despues el papa Pio V en vista del excesivo número de semejantes oficios se vió precisado á ordenar que solamente se usase en la iglesia el oficio de la natividad de nuestra señora, cambiando el nombre de natividad en el de concepcion. El querer mostrar ahora cómo bendijo Dios la santa intension de este buen papa seria á mi ver trabajo perdido, porque la experiencia manifiesta que el mundo se aficiona cada día mas á propagar esta fiesta y que hoy es una de las mayores que tenemos en toda la cristiandad.

XXX. Si acaso le pareciese á alguno que me he extendido demasiado sobre este asunto; le ruego considere que lo he hecho por haber juzgado ser esta la prueba mas sólida que pueda proponerse en tal materia, porque si la iglesia no tuviera que la concepcion de la madre de Dios fué immaculada, nunca intentaria celebrarla con tanto júbilo, sino que como decía S. Ildefonso de la fiesta de su natividad (1), buscaria mas bien lágrimas para llorar este día y tinieblas para oscurecerle. Este es el

(1) De virginitate Mariæ.

argumento que muchos graves doctores y santos personajes juzgaron de muchísima fuerza para probar eficazmente por la fiesta de la natividad la santificación de la Virgen en el vientre de su madre, segun resulta de los asertos de S. Ildefonso (1), de S. Bernardo (2), de Alberto Magno (3), de santo Tomás (4), de S. Buenaventura (5) y de otros muchos, cuya autoridad es preciosa y sus razones admisibles. Por lo demás (y sea dicho de paso) yo no sé qué habia hecho esta fiesta al impio heresiarca Lutero; pero él manifestaba su opinion acerca de ella con palabras muy formales diciendo que ninguna fiesta detestaba mas que la del Corpus y la concepcion de nuestra señora. ¡Cuánto distaba del modo de pensar del devoto S. Anselmo, quien enseñaba que ninguna solemnidad debía de anteponerse á esta, la cual habia dado principio á todas las demás!

Cómo la gloria de la immaculada concepcion se acrecentó por la oposicion.

XXXI. El deseo de evitar confusion y de seguir el discurso comenzado de la fiesta de la Concepcion ha hecho que yo omita muchas cosas dignas de memoria, en las que podemos reconocer por la sucesion de los siglos el juicio que la iglesia ha formado siempre de la pureza de aquella; que es lo que me habia propuesto al principio. Pues para continuar mi camino decia mas arriba que habian pasado cerca de mil y cien años sin que hubiese nadie en la antigüedad que dijera claramente cosa alguna contra la purísima concepcion; al contrario que la habian

(1) De virginitate Mariæ.

(2) Epist. 137 ad canonic. lugdun.

(3) In 2 dist. 3.

TOMO I.

(4) Ibid.

(5) Ibid. Añádase á estos el Alense, Ricardo, Gabriel, Capreolo, Paladano, Gregorio etc.

autorizado en todos los siglos los hombres mas célebres en santidad y doctrina; y que S. Anselmo fué el primero que la contradijo claramente; sin embargo reparó bastante este descuido, como he hecho ver en su lugar. Aquel gran siervo de Dios vivía á fines del siglo XI, es decir, hácia el año 1080, en cuya época como la celebracion de la concepcion inmaculada iba propagándose por todo el orbe cristiano, la fama de semejante novedad movió á algunos doctores á tratar de propósito esta cuestion. No dejó de haber unos pocos hombres grandes que se pusieron en las filas de los que impugnaban la purísima concepcion.

XXXII. Y nótese que en aquellos primeros siglos en que se empezó á dudar formalmente de ella, los que se dice que con mas calor se inclinaron á negarla (porque me reservo indagar hácia el fin de este discurso si es admisible todo lo que se ha dicho de ellos), fueron los siervos mas zelosos y devotos de la Virgen, es decir, en el siglo XII el abad Ruperto (1) y S. Bernardo (2), ambos insignes en doctrina y devocion, en el XIII Alejandro de Hales y S. Alberto Magno (maestro de santo Tomás), el cual tenia tanta influencia en su tiempo, que con el peso de su autoridad indujo á la célebre universidad de Paris y á la escuela teológica de la Sorbona á dar un decreto contra la inmaculada concepcion (3), aunque otros juzgan que se movieron á hacerlo mas bien por consideracion á S. Bernardo, inmediatamente despues vino el ángel de las escuelas santo Tomás, quien debia todo lo que era á la madre de Dios, así como Alberto Magno su maestro, y S. Buenaventura, portento de uncion,

(1) Lib. 4 in illud Cantic.: (3) Albertus in 3. dist. 3.
Meliora sunt ubera tua vino. q. 1, art. 2.

(2) Epist. ad canon. lugdun.
et alibi.

de ciencia y de devocion á la virgen Maria. En el siglo XV no hubo mas que S. Antonino, arzobispo de Florencia: no haré mencion de los que siguieron á estos despues que salió de la cátedra de S. Pedro la aprobacion de esta fiesta á manera de un rayo de luz. En cuanto á los susodichos, porque parece que hay justísimo motivo de admirarse, diré primeramente que si es verdad que fueron de esa opinion (en lo que no convengo aun del todo), como eran verdaderos hijos de la iglesia, á la par que de nuestra señora, querian mas bien seguir el impulso de la iglesia romana que adelantarse á él. Además me persuado á que todo fué dirigido y manejado por la bienaventurada madre de Dios, la cual siendo madre de bondad y enemiga de toda malignidad y viendo por otra parte que su hijo queria absolutamente que se aclarase la verdad en su iglesia permitió que fuese contradicha por sus propios hijos, á fin de que haciendo esta indagacion con intencion santa, apareciese la verdad y Dios no fuese ofendido por el encono de los impugnadores. Quizá tambien lo permitió así para que se examinara la cuestion con tanta mas diligencia, cuanto que sus mejores amigos se declaraban en cierto modo contra ella, á fin que la verdad triunfante fuese indudable para la posteridad. Sea como quiera, exceptuados estos, casi todos los demás arrebatados por la impetuosidad del torrente se mantuvieron firmes en pro de la solemnidad de esta fiesta, que no podian ignorar era á lo menos tolerada por la santa sede.

XXXIII. Pero á quien tiene la iglesia una obligacion particularísima por su profunda ciencia junto con el valor invencible que mostró en la defensa de la verdad de que hoy hacemos alarde, es á Juan Duns, vulgarmente llamado Escoto y por admiracion el doctor sutil, ornamento de la orden franciscana. En efecto como la facultad de la Sorbona estuviese poco resuelta acerca de este

artículo no obstante el decreto que habia dado, y como continuasen los altercados y disputas entre los doctores, permitiéndolo Dios así para manifestar mejor la verdad, aquel varón insigne, gloria de su siglo, fué llamado por la Sorbona para oír su dictámen, según escriben algunos autores de nota. Se dispuso pues á defender la pureza de la concepcion de Maria y lo hizo con tanto acierto y con tanta solidez, que habiendo sido contradicho con doscientos argumentos, respondió con tan asombrosa memoria, tan copiosa doctrina y tan extraordinaria erudicion, que conquistó en esta lucha el título de victorioso. Este triunfo vino tan á tiempo, que la distinguida facultad de Paris juzgó incontinenti que no debía de tardar mas tiempo en abrazar la verdad mejor conocida. Así con tanta sinceridad como cordura revocó el decreto dado algunos años antes y ordenó en el de 1546 con todas las cláusulas ordinarias que de allí adelante nadie enseñase lo contrario. Unos cuarenta años despues dió otro decreto, en que mandaba que nadie recibiese el grado de doctor en aquella facultad si no prometia con juramento defender la purísima concepcion de Maria, cuya fiesta se obligó á celebrar anualmente.

Universidades que juraron el artículo de la inmaculada concepcion.

XXXIV. Ya que hemos venido á parar al punto de las universidades, conviene se sepa que la de Colonia á imitacion de la de Paris se obligó hácia el año 1431 á no dar mas á nadie el grado de maestro, si antes no juraba no defender ó enseñar nunca la opinion contraria, ni aun tenerla mentalmente. Lo mismo hizo la de Maguncia cincuenta años despues y á poco tiempo la de Valencia en España: para no tener que nombrarlas todas diré que hoy las mas de las universidades católicas hacen el mismo juramento en honor de la inmaculada

concepcion, que por este medio mantiene el lustre y esplendor de esas corporaciones (1).

Príncipes que han sostenido el honor de la inmaculada Concepcion.

XXXV. No sería conveniente olvidar aqui á los ilustres príncipes, que viendo el admirable consentimiento de los doctores católicos para defender esta verdad quisieron tener buena parte en la defensa de ella. Con efecto sin hablar del ya nombrado emperador Leon tenemos entre manos la pragmática que dió el rey D. Juan I de Aragon el año 1594, en la que despues de tratar de la verdad de este misterio y de autorizarla con muchas y buenas razones prohibe á todos sus vasallos bajo graves penas de confiscacion, destierro y otras defender de cualquier manera la doctrina contraria ya en la predicacion, ya en las cátedras públicas ó de otro modo imponiéndoles perpetuamente silencio. Lo mismo hizo cincuenta y siete años despues el rey D. Juan de Navarra, que presidia las cortes de Cataluña por Alfonso II de Aragon. En otra parte diré (2) lo que hicieron los señores reyes católicos para sostener el honor de la inmaculada

(1) *Alecion de la madre M. J. de Blamar.* — En el año 1624 se restablació en la ciudad de Caen una fundacion llamada el Monte de la inmaculada concepcion de la santísima virgen Maria madre de Dios. Todos los años la universidad de aquella ciudad hace cantar á música las vísperas y la misa de la festividad en la iglesia de los franciscanos, á donde asiste de corporación la corporacion. La víspera y el día de la fiesta á las dos de la tarde se celebra una junta en el salon de las faculta-

des mayores, á que son convidados todos los poetas así latinos como franceses, á fin de que presenten ó envíen algunas composiciones poéticas en honor de la inmaculada concepcion. La disputa y el exámen de los poemas dura hasta la noche, y se distribuyen los premios según el mérito.

» La misma costumbre se observa en la ciudad de Ruan, metrópoli de la provincia, y en otros muchos lugares.»

(2) *Trat. 3.º, c.º 7.º, §.º 5.º.*

concepcion, porque es cierto que hicieron con ese objeto tanto como habrían trabajado por el sosten de su corona; de suerte que hoy no hay lijo de buena madre en España que no preste juramento de fidelidad á la madre de Dios y jure defender esta verdad toda su vida: á mas en las casas no se ve otra cosa que letreros donde se dice que Maria es concebida sin pecado original. A este propósito contaré solamente una cosa digna de memoria, que aconteció en Sevilla hace algunos años. Habiéndose atrevido cierto predicador á predicar contra la immaculada concepcion, esta accion disgustó tanto á todos, grandes y pequeños, que á instancia del cabildo eclesiástico y secular se convidó á un famoso doctor á que subiera al púlpito para sostener el honor de la Virgen santísima; lo cual hizo con mucha satisfaccion. Mas no contenta la ciudad con haber reparado así el honor de la reina del cielo le ofreció una rica tapiceria estimada en ochenta mil ducados, donde estaban escritas estas palabras con diamantes y otras piedras preciosas: LA MADRE DE DIOS ES CONCEBIDA SIN PECADO (1).

XXXVI. Ya es tiempo de tocar retirada; pero será despues de contemplar el principal escuadron de la iglesia, que va á hacer el último esfuerzo. Cerca de doscientos años há (porque fué el 17 de Setiembre del de 1455) el concilio de Basilea en su sesion XXXVI declaró que la madre de Dios no habia contraido la mancha original y decretó que se guardase solemnemente la fiesta de su concepcion. No ignoro que la autoridad de este concilio es dudosa; pero también conviene saber

(1) Adición de la madre M. J. de Blenar. — «Diré de paso que la piedad de nuestro rey cristianísimo Luis XIV le ha movido á mandar celebrar la octa-

va de la Concepcion en todo su reino, habiendo pedido y obtenido para ello el consentimiento de la santa sede.»

que aparte de lo que mira propiamente al cisma y á la persona del papa, no deja de tener mucha fuerza en las cosas que tocan á la creencia católica; y á lo menos no puede dudarse que tal fué el sentir de todos los preladados de la iglesia que asistieron y aprobaron unánimemente este artículo. De allí á cuarenta y seis años el papa Inocencio VIII aprobó un instituto religioso para mujeres (de que hablaré en el capítulo XII) bajo el título de la Concepcion, y despues Alejandro VI, Julio II y Leon X en las bulas de confirmacion de dicha orden califican diversas veces de immaculada la concepcion de la Virgen. El concilio de Trento convocado á los cincuenta años protestó en el decreto sobre el pecado original (1) que no era su ánimo comprender en él á la immaculada madre de Dios; así la llama. Paulo V prohibió por bula formal que se sostuyese la opinion contraria ni en las lecciones, ni en las controversias públicas y mucho menos en los sermones. Gregorio XV extendió por un breve la prohibicion de su predecesor hasta á las pláticas particulares. ¿Qué mas se puede decir para confirmar una verdad? Es cierto que este punto no se ha resuelto en última instancia; pero ¿ha habido jamás en la iglesia una verdad, que salvo el sello último de la autoridad suprema se haya recibido con mas consentimiento de todo el orbe que esta? ¿Hubo jamás un artículo mejor controvertido y defendido que este? ¿Qué puede alegarse en adelante que no se haya dicho y repetido de mil modos?

XXXVII. Así concluyo con unas palabras del Espíritu Santo, que hablando de la esposa dice que sea alabada y engrandecida todo lo posible, porque es superior á todas las alabanzas que pueden dársele. Y S. Basilio de

(1) Ses. V.

Seleucia en la oracion de la Anunciacion habla asi á la bienaventurada Virgen: « Desde que eres el templo verdaderamente digno de Dios, señora santísima y sagrada, templo embalsamado por todas partes con celestiales aromas de pureza y santidad, por mas expresiones sublimes y gloriosas que se digan de tí, así como no se apartará uno de la verdad, tampoco llegará á la alteza de tus méritos, ni á la excelencia de tus grandezas. »

Quinta prueba. fundada en la opinion de los que tienen que la bienaventurada virgen Maria vió claramente á Dios en el instante de su concepcion.

XXXVIII. Ya tenemos mas pruebas de las necesarias no solo para ganar á un corazon dócil, sino para conuover á un hombre resuelto. No obstante voy á tomarme la libertad de proponer otras dos, no porque quiera yo colocarlas en el mismo lugar que las anteriores, ni darles igual crédito, sino porque ha habido doctores muy calificados, especialmente en nuestro siglo, á quienes ha escogido Dios para la aclaracion de esta verdad, los cuales han cedido no poco á ellas. La primera prueba la saco de lo que enseñan sobre que Dios favoreció á la Virgen santísima en el instante de su concepcion con un rayo de claro conocimiento de su soberana majestad; una vez averiguado esto, por necesidad habria que concluir que semejante estado era de todo punto incompatible con el pecado. Hace algunos años un hombre de mérito y de ciencia á juicio de cuantos le conocieron, predicó esta proposicion en la fiesta de la dedicacion de la santa capilla de Toledo á honra de la madre de Dios hecha por el eminentísimo cardenal arzobispo D. Bernardo de Rojas, que estaba presente, así como una muchedumbre innumerable de personas distinguidas y doctas, que lo celebraron con general aplauso. Algunos de

los sabios abrigaban el mismo pensamiento hacia muchos meses y acaso muchos años sin haber tenido valor ó tiempo para darle á luz: entre otros el famosísimo Antonino, lumbrera de la teologia en nuestros dias y primer catedrático de la universidad de Salamanca. El que lo sostuvo en este teatro de honor, lo habia comunicado antes por cartas con el docto Suarez (1), quien le respondió que habia mucho tiempo le parecia esta opinion bien fundada en la doctrina teológica, muy piadosa y probable. Y si el lector tiene un poco de paciencia, tal vez juzgue que no estriba en tan débil fundamento como creyera al principio.

Que la Virgen santísima vió á Dios algunas veces en su vida.

XXXIX. Con efecto no es de hoy el decir que nuestra señora gozó de la clara vision de Dios á lo menos algunas veces en su vida. Así lo enseñaron el abad Rupert (2), S. Bernardo (3), S. Antonino (4), Alberto Magno (5), S. Bernardino de Sena (6), Dionisio el cartujo (7), Juan Gerson (8), el ya citado Suarez (9) y otros varios (10). Siendo esto así (y es muy difícil desmentir á tantos hombres grandes que lo dicen), me parece que hemos ganado en punto á la immaculada concepcion; porque empezando por la excelente figura de la mujer rodeada del sol, que está en el capítulo XII del

(1) Ferdinand. de Salazar, de immaculata concept., c. 33.

(2) L. 3 in Cant.

(3) Hom. 4 super Missus et in illud Apocal. Signum magnuum etc.

(4) P. 4, tit. 48, c. 47. §. 4.

(5) Marialls c. 132 et 149 y en otros muchos lugares.

(6) T. 2, s. 51, art. 4, cap. 2.

(7) In D. Dionys. de col. hier., art. 18.

(8) Super Magnificat.

(9) T. 2, in 3 p., disp. 19, sect. 4.

(10) Ubertinus, l. 4 arboris vite c. 9; Medius, q. 27, art. 5; Villanova, serm. de resurrect. Vazquez etc.

Apocalipsis, ¿qué pensais, dice el sabio canceller de Paris Juan Gerson, que quiera significar sino el verdadero sol de justicia que rodeaba á la bienaventurada Virgen con rayos de su incomprendible claridad y despedía de cuando en cuando en su alma purísima luces brillantes y súbitas, por cuyo medio se dejaba ver á las claras, según sabemos sucedió á Moisés y á S. Pablo? O yo me equivoqué, prosigue, ó esto es lo que se representa en el cantar de amor por las idas y venidas del esposo celestial, que á las veces se deja detener por la esposa y á las veces se muestra solamente y al punto desaparece. Ya está asomado á la ventana mirando por entre las celosías; ya se escapa y se ausenta prontamente. S. Bernardo explicando la misma figura (1) lo habia dicho casi tan claramente como Gerson; pero sus palabras tienen tal energía y énfasis, que sería preciso considerarlas todas. Gígamele: «No sin mucha razon se dice que la Virgen santísima está rodeada del sol, porque penetró mas de lo que es creíble el profundísimo abismo de la divina sabiduría, de suerte que puede decirse que fué absorbida en la luz inaccesible cuanto puede serlo una criatura, salvo la union personal con Dios.» ¿Podríamos buscar unos términos mas formales que estos para tener el consentimiento de este santo, supuesto que la clara vision de Dios es manifiestamente muy inferior á la union personal de que habla?

XL. Tambien dice lo mismo de otra manera, pero siempre eficaz y energética, porque despues de demostrar que en los sagrados libros es llamada la Virgen el alba del dia, añade: «A la verdad que con razon llevas, oh santa señora, este nombre, pues gozas los efectos, porque el sol de justicia que debia de nacer de ti, antici-

(1) Serm. de verbis Apocal.: *Mulier amicta sole.*

pando su salida por la primera claridad que abrió el dia, derramó copiosamente sobre ti los hermosos rayos de su luz.» ¿Por qué haremos los desdenosos para honrar á la madre de Dios cuando nos convidan y van delante de nosotros los grandes santos? Esa claridad del amanecer de que habla S. Bernardo, ¿no podria ser muy bien el conocimiento de la mañana, de que tanto hablan nuestros teólogos despues de S. Agustín, y que no es otra cosa que la vision clarísima de las criaturas en Dios? No intento con todo violentar las palabras de estos doctores, ni hacerlos decir por fuerza que se concedió esa gracia á la bienaventurada Virgen en el instante de su concepcion. Sin embargo me parece que es fácil atraerlos por la razon, porque en este punto mas que en ningun otro fué nuestra señora el alba hermosa del dia deseado, y la iglesia en todas sus imágenes nos representa la concepcion de Maria bajo del emblema de la mujer misteriosa rodeada del sol, el cual no dejó de despedir los primeros rayos la primera vez que la rodeó por todas partes.

XLI. La segunda razon es que este desputar del dia de la Virgen fué el principio de nuestra dicha y un regocijo público para el universo, porque la santísima Trinidad tomó muy grande parte en la fiesta, según he declarado arriba: lo mismo hicieron los santos ángeles por prever en esto un principio de la reparacion de sus sillas. Todo nuestro mundo hubiera comprendido que en aquel instante comenzaba su bien, si no hubiese perdido el conocimiento. Mas á lo menos los padres del limbo no dejaron de regocijarse cuando supieron la nueva. En cuanto á la Virgen, siendo su primera coronacion (porque despues recibió una segunda corona en la concepcion del Verbo divino, y la tercera en el instante de su glorificacion), era mas que razonable que participase ventajosamente del comun regocijo. Así es que un dia manifestó á santa Brígida que se apoderó de ella

una alegría tan grande en el instante de su primera santificación y cuando su bendita alma fué unida á su cuerpo, que ella misma no hubiera podido explicarlo. ¿Y por qué no ha de sernos permitido decir que este contento inexplicable fué aquel de que dice el Apóstol que ni el ojo le vió, ni el oído le oyó, ni cupo en el entendimiento humano (1)?

XLII. Además pues que la gloria nace de la gracia consumada, como la rosa sale de su capullo, siendo ya tal desde entonces la gracia de la madre de Dios, según hemos admitido hasta aquí, ¿no era razonable que Dios que la retenía aun en un estado pasible y mortal, la hiciese ver á las claras, aunque de paso, el objeto de su amor eterno y el fruto de sus trabajos futuros aun cuando no hubiera sido mas que para alentarla á sufrirla alegremente?

XLIII. Por último una de las pruebas mas sólidas de que se valen los doctores para concederle la gracia de que vió á las claras y sin velos á Dios en este mundo, se saca del título de señora y reina del universo. El docto Gerson corrobora esta prueba (2) con la doctrina de san Dionisio respecto del orden gerárquico, el cual se funda al decir de él en que las potestades y virtudes superiores contienen en grado eminente las perfecciones de las inferiores. De donde saca este sabio doctor la consecuencia de que siendo la criatura en la tierra capaz de una y otra felicidad, supuesto que ha sido comunicada á algunos, habria poca probabilidad de negársela á la reina y señora del mundo. Alberto Magno habiendo sentado por fundamento que entre las cosas bien ordenadas, como son todas las cosas de Dios, á medida que alguna es mas alta, tiene tambien mas perfectas sus potencias y en

(1) 1ad cor. II.

het. 83, littera E.

(2) *Super Magnificat*, Alpha.

la misma proporcion las ciencias y habitudes que le convienen, y además los actos y operaciones que de ella provienen, mas nobles; concluye que nuestra señora tuvo sin dificultad, aunque por una gracia especialísima, un conocimiento muy perfecto no solo de las sustancias corpóreas y espirituales, sino tambien de la beatísima Trinidad y eso sin ningun intermedio: que tuvo el conocimiento de las criaturas en Dios y en sí mismas, que llamamos en las escuelas el conocimiento de la mañana y de la tarde: en una palabra que alcanzó todas las gracias convenientes á esta calidad. Otro siervo y confidente de la señora, S. Bernardino de Sena, afirma (1) que ella tuvo siete especies de conocimientos claros y distintos, es á saber, de Dios, de los espíritus puros, de los espíritus unidos á los cuerpos, de las cosas materiales, de aquellas que hay que evitar y de las que conviene abrazar, de los medios y reglas para hacerlo, y que esto fué por el derecho de su soberanía. Pero en otro lugar habla con una firmeza y resolucion admirable diciendo que conoció todo lo que queda ya indicado, por el exceso de la gracia que fué comunicada de arriba á su entendimiento, de suerte que atendiendo á su singular ciencia y contemplación podemos decididamente llamarla llena de gracias, más sin comparacion que á S. Pablo, aunque fué arrebataado hasta el tercer cielo, porque aun dado que todas las criaturas juntas fuesen otros tantos Pablos, no llegarían jamás al elevado conocimiento de la Virgen, y porque si el apóstol fué verdaderamente un vaso de elección, Maria fué el vaso de la divinidad.

XLIV. Ve ahí el excelente y brioso discurso de san Bernardo, del cual así como de los que hablaron antes de él, colijo que supuesto que todas estas gracias y

(1) Tom. 2, serm. 54, art. 1, cap. 7.

conocimientos fueron comunicados á la madre de Dios en consideracion de su regia dignidad y de su potestad suprema sobre todas las criaturas sujetas á Dios y que entró en posesion de este titulo al principio de su vida, pedia la razon que Dios le hiciese ver desde entonces la extension de su dominio, lo mismo que aseguran los doctores que el Señor dió incontinenti á Adam las especies de todas las criaturas que ponía bajo sus órdenes; é infundió en el alma de los santos ángeles unas imágenes mas puras de todo lo que estaba comprendido en los limites de su ministerio y de su potestad. Pero no se olvide añadir que como hay una desproporcion casi infinita entre la madre y los siervos, tambien la hay entre los conocimientos de la una y de los otros; desproporcion que se descubre admirablemente por medio de esa clarísima vision que tuvo en Dios de todas las criaturas de su dependencia, salvo la que tuvo de Dios por lo que mira á él mismo y para ser desde luego inclinada á amarle con toda su alma, pues hacia mas caso del amor de ella que del de todas las criaturas juntas.

Sexta prueba, fundada en la doctrina que exige á la madre de Dios no solo del pecado original, sino aun de toda obligacion de contraerle.

XLV. Los valerosos conquistadores de los tiempos pasados, que atravesaban los mares en busca de nuevos reinos ó mejor de nuevos mundos, como arribasen á las islas Canarias llamadas Afortunadas y ballasen cerrado el mar é impedido el paso, levantaron dos columnas á la orilla y grabaron en ellas estas palabras: *Non plus ultra*. Mas los capitanes imperterritos del último siglo forzaron los malos pasos, horaron la primera palabra de aquella especie de cartel de desafío y solo dejaron como por divisa y muestra de su arrojo: *Plus ultra*. Esto aplicado á

mi intento quiere decir que los primeros teólogos se persuadieron á que habian hecho mucho mostrando que la madre de Dios estaba exenta del pecado original; pero que habia que detenerse ahí y no se descubria camino alguno para pasar mas adelante. No obstante vinieron despues algunos que sondeando el vado y considerando los vestigios de la antigüedad se abrieron paso para ir mas allá y eximiria de toda obligacion de contraer dicho pecado. Voy á guiar á mi lector por el camino que ellos encontraron, y luego le dejaré juzgar de la salida.

Primera presuposicion.

XLVI. Primeramente presuponen que el concierto que Dios hizo con Adam y su descendencia, no comprendia absolutamente á toda la naturaleza humana, sino solo á aquellos que Dios prevenia desde entonces debían descender de Adam antes que hubiese pecado. Esto lo explican algunos en términos de escuela diciendo que podemos considerar á Adam en cuanto principio natural y en cuanto principio moral. Como principio natural comprendia verdaderamente á todos los que han tenido y tendrán la naturaleza humana por su medio ó por sus descendientes; pero en calidad de principio moral comprendia solo á aquellos que Dios prevenia debían descender de él cuando capituló con él antes que pecase. De este principio deducen que los hombres que pudieran existir y no obstante no existirán jamás, no fueron redimidos con la preciosa sangre del Salvador, porque no estaban comprendidos en la descendencia de Adam cuando Dios trató con él. Dicen además que el conocimiento que Dios tenia de esa descendencia, no era un conocimiento confuso y general, sino una representacion clara y distinta de todas las cabezas que entraban en

el trato. Así lo enseña el angélico doctor (1): «de otra suerte, dice, habría que confesar que Dios no consiguiera llevar al cabo sus designios sino por casualidad; lo cual no puede oírse sin horror.» De donde infieren por consecuencia necesaria que ninguno ha contraído la mancha original sino aquellos que Dios preveía clara y distintamente que debían descender un día de Adam antes de su pecado.

Segunda y tercera presuposición.

XLVII. En segundo lugar presuponen que si Adam no hubiera pecado, no se habría unido nunca el hijo de Dios á nuestra naturaleza, y que si no hubiera encarnado, María no solo no hubiese sido madre de Dios, sino que absolutamente no habría existido y se habría quedado en el número de las criaturas solo posibles. Ahora no me quiero detener en esto, porque se probará con mas extensión al principio del tratado segundo.

XLVIII. De estas tres proposiciones concluyen á su juicio eficazmente que la madre de Dios no tuvo ninguna obligación de incurrir en la culpa original, en atención á que solamente corresponde á la descendencia de Adam pecador, en la que no está comprendida ella, segun queda discurrido. No quiero negar que esta conclusión ha sido bastante contradicha é impugnada lo mismo que todas las demás que se han enseñado como nuevas; pero nada realza tanto el denuedo de los que la han defendido hasta aquí, como la ventaja que han llevado á sus contradictores, porque luego que se ha considerado atentamente y se ha visto que salía siempre del

(1) Part. 1, q. 7, art. 4.

exámen sin descalabro y con aprobacion, la han abrazado muchos doctores calificados. Mas adelante se verá en este discurso que no es tan poco autorizada dicha conclusion como pudiera creerse. Con efecto leyendo atentamente el decreto del concilio tridentino sobre el pecado original me parece que no solo no es contrario á ella, sino que la confirma en gran manera, porque despues de decir: «Si alguno afirma que la prevaricacion de Adam solamente perjudicó á él y no á su descendencia, y que perdió para él solo y no para nosotros la santidad y justicia recibida de Dios, ó que contaminado él por el pecado de desobediencia solamente transmitió á todo el linaje humano la muerte y las penas corporales, mas no el pecado, que es la muerte del alma; sea anatema; como que contradice al Apóstol que enseña: «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron (1);» añade lo siguiente: «No obstante el santo concilio declara que no es su intencion comprender en este decreto, donde se trata del pecado original, á la bienaventurada é inmaculada virgen María, madre de Dios (2).» De aquí puede colegirse que no intentando el concilio comprender á la Virgen en su decreto, donde declara que toda la descendencia de Adam contrajo el pecado original, da bien á entender que no estaba interesada personalmente en el concierto que Dios hizo al principio con el primer hombre.

Los doctores que asistieron al concilio de Trento, son tambien favorables.

XLIX. En efecto me parece que podemos sacar una fuerte conjetura para deducir que á lo menos aquel

(1) Ad rom. VI.

(2) Ses. V.

santo concilio, compuesto de los varones mas insignes del orbe cristiano, no estuvo distante de esta opinion, de que hallamos que fué defendida formalmente por los que habiendo tenido la honra de hablar en aquellos estados generales de la iglesia podian mejor que nadie saber cuál era el sentir de los padres. En este número se cuenta el digno Cornelio Musso, obispo de Bitonto, cuya autoridad fué tal en tan augusta asamblea, que se le encargó la comision de extender los decretos y cánones que allí se hicieron. Este eminente varon sostuvo abiertamente la proposicion que dejó enunciada; en los sabios comentarios sobre la epistola de S. Pablo á los romanos. De este número podemos decir que fué Domingo de Soto, del órden de predicadores y uno de los primeros doctores de su tiempo, el cual en su excelente libro de la naturaleza y de la gracia alega el decreto del concilio y repite muchas veces que no intenta tampoco comprender á la madre de Dios en la ley de la transmision del pecado original del padre á los hijos.

L. De este número fué Luis de Carvajal, franciscano, cuya singular ciencia y autoridad se manifestaron en aquel teatro de doctrina y santidad, y que en una excelente declamacion á favor de la concepcion inmaculada declaraba que la ley del pecado original no habia comprendido á la bienaventurada madre de Dios. Lo notable en este punto es que habiendo encontrado el ciertos rigidos censores, que se celebraron encarnizadamente en quince de sus proposiciones, no tocaron nunca á esta, y mas que habiendo enviado su declamacion á dos de las primeras universidades del mundo, las de Paris y Alcalá, donde se examinaron escrupulosamente todas aquellas proposiciones, el escrito no solo no tuvo censura alguna, sino que fué juzgado por unanimidad conforme á la regla de la creencia católica y lleno de doctrina y piedad. De este número fué tambien Francisco de Latorre, que tuvo

la honra de asistir al concilio tridentino en calidad de teólogo de la santa sede y al poco tiempo entró en la compañía de Jesus. Dejó una excelente epistola acerca del pecado original, donde sostiene la proposicion que he sentado.

LL. Despues de los venerables doctores que parecieron en aquel sacrosanto concilio, podria yo apuntar buen número de otros que los siguieron (1), aunque no todos defendieron del mismo modo esta proposicion. Solamente diré una cosa notable sobre el particular, y es que en el mes de enero de 1616 algunos doctores de la órden de S. Francisco, siempre invencibles en la defensa del honor de la madre de Dios, habiendo propuesto ciertas conclusiones tocante al misterio de la concepcion en la ciudad de Toledo, en las que defendian que nuestra señora no solo no habia pecado en Adam, sino que á mas no habia tenido ninguna obligacion de contraer la mancha original, experimentaron al principio alguna dificultad; pero presentadas luego y examinadas sus conclusiones en el tribunal de la inquisicion y enviadas á la célebre universidad de Alcalá, salieron los doctores con honra propia y aun mas de la madre de Dios, habiendo merecido todas sus proposiciones la aprobacion general de una y otra corporacion, como se ve por la certificacion que con fecha 22 de enero de dicho año expidió Fernando de Villegas, secretario del consejo de Castilla, y por las declaraciones de los doctores de Alcalá y especialmente del doctor Luis de Montes, rector de aquella insigne universidad. Así pasados los primeros temores, cuando se vió que las universidades y el tribunal de la fé

(1) Clichtov. canon. de puritate Conceptionis, cap. 8 y 9; Mendez dominicanus in Mariali, l. 2, E. 34, §. 2; Loui-
sa, de pura conceptione punct. 3; Lezana, Apolog. pro immaculata Virg. conceptione, y otros muchisimos.

aprobaban esta proposición y le daban sus elogios, se fueron tranquilizando mas y mas muchos doctores católicos, y razonó la celebracion de este privilegio de la Virgen en las cátedras de las universidades, singularmente de España y Portugal, y en los templos y otros lugares públicos; de suerte que ahora se presenta con la cabeza erguida sin ningun temor de los censores.

LII. No obstante diré á mis lectores que no puedo permitir que funden en lo que acabo de manifestar, un juicio poco favorable á esta opinion, concibiendo tal vez que es nueva ó ignorada de la venerable antigüedad. Solamente les pido que tengan la paciencia de escuchar á alguno de los padres antiguos, verdaderas columnas de la recta creencia, y conocerán que ó la sostuvieron con palabras formales, ó á lo menos echaron los cimientos del edificio que levantaron los otros. S. Euquerio, arzobispo de Leon de Francia, que vivió poco tiempo despues de S. Agustin, habiendo enseñado que nuestra señora fué sola bendita entre todas las mujeres que gemian oprimidas por el peso de la primera maldicion, da la razon en estos términos: «La virgen no está sujeta á esta ley, porque concibe y pare quedando virgen sin dolores. Así con justísima razon es bendita entre todas las mujeres la que les trae la bendicion y libra al mundo de la maldicion comun (1).» S. Pedro Damiano dijo seiscientos años despues del santo prelado de Leon que la corrupcion general no pudo llegar hasta la carne de Maria, aunque era sacada de la de Adam, sino que su extraordinaria pureza la hizo pasar á una hermosura de eterna luz (2). S. Lorenzo Justiniano afirmó cuatrocientos años mas adelante que Maria se libró del yugo de la

(1) Ad Evang. dom. 4 Ad-
ventus. (2) Sermo 3 de nativ. B. Mar-
rie.

servidumbre, debajo del cual habian pasado todos los hijos de Adam (1). Y subiendo á los primeros siglos, sostiene Origenes que el silbo emponzoñado de la persuasion de la serpiente no llegó á ella (2). De allí á pocos años llegó á decir S. Cipriano que de ninguna manera era puesto en razon que aquel vaso de eleccion estuviera sujeto á las injurias de nuestro linaje, porque aunque tuviese la naturaleza comun con los demás, nada tenia que ver con ellos en cuanto á la culpa (3). «¿A qué intento, dice S. Ildefonso (4), se nos quiere alegar la ley comun de la naturaleza, cuando todo lo que habia en ella, fué poseído por el Espiritu Santo, y Adam no llegó hasta ella?» Cuando S. Agustin habla, es oido con gusto: tan agudas y sabias acostumbra ser sus palabras. Pues véase lo que dice dirigiéndose á los maniqueos: «¿En qué pensais, infelices, que vais á buscar inmudicias en una casa que ha estado siempre cerrada y donde nadie habitó jamás? Solo el dueño que la edificó, entró para tomar una vestidura y luego salió y la dejó cerrada como antes (5).»

LIII. Con este motivo el poeta Sedulio la va comparando con el esposo de los Cantares á una hermosa azucena ó á una rosa, la cual aunque nace entre espinas, nada tiene de comun con ellas, porque sus calidades solamente son la lozania y la suavidad. «Asi como en una mata erizada de espinas, dice, se ve abrirse la rosa con su delicada hermosura, que no teniendo con que dañar extiende su carmin para engalanar la mata de donde la rogemos (6).»

(1) In fasciculo amoris, c. 7. (3) Orat. de Christi nativ.
(2) Se halla citado en el (4) De virg. Deiparae.
breviario de Quimones aprobado (5) Tract. de quinque hare-
por Clemente VII, lec. 3 de la sibus, c. 5.
Concepcion. (6) Lib. 2.

No menos graciosamente se expresa Adam de S. Victor mas de mil y cien años despues, cuando dirige á la Virgen estas palabras: «Yo te saludo, flor lozana, que naciste en un rosal de dolor: hija de un rosal lleno de espinas, madre del Verbo glorioso, hija, madre y flor sin malicia. Nosotros somos el rosal lleno de espinas, nacidos para eterna hoguera, espinas sobre otras espinas: tú eres sola la que naces sobre los rosales espinosos, el compendio de las gracias divinas (1).»

S. Anselmo usa la comparación de la castaña, que está en medio de su erizo como en una fortaleza sin recibir ningún daño (2). Pedro de Blois, clara lumbrera de Inglaterra por los tiempos de S. Bernardo, la compara á las primicias, es decir, al puñado de espigas que no entraban en la era para trillarlas con los haces, sino que eran llevadas al templo y ofrecidas á Dios (3). S. Pedro Damiano la asemeja al cielo, á donde no alcanzan las lluvias, ni las escarchas, ni género alguno de mal tiempo (4). S. Justino mártir la pone con el Salvador entre Dios y los que prevaricaron por la primera desobediencia (5). Dionisio Alejandrino, que florecia en el siglo tercero, la llama la hija de la vida, desconocida de la muerte del alma, que hierre derechamente en el corazón á todos los hijos de Adam en cuanto son concebidos en el vientre de sus madres (6). S. Gregorio Taurinense dice que fué escogida por la gracia para no ser zambullida en la inmundicia y podre comun (7). El devoto siervo de la Virgen S. Juan Damasceno nota que en

(1) Prosa de Assumpt.

(2) De Concept., c. 4.

(3) Petrus Bles., sermo 44.

(4) Sermo de nativ. B. Virg.

(5) In expos. fidei de Trinit.

(6) Epist. advers. Paulum

Samosat., t. 2 Biblioth. veterum

patrum.

(7) Sermo 4 de Annunt.

su creación se encontraron la naturaleza y la gracia y que la naturaleza no quiso jamás pasar delante de la gracia (1). Esto no puede entenderse de la gracia santificante, que fué difundida en el alma de nuestra señora en el instante de su concepción, sino de la gracia de nuestra redención: es lo mismo que si hubiera dicho que la madre de Dios se abstuvo de adelantarse cuando durante la noche tenebrosa iba el pecado original arruinando y corrompiendo toda la naturaleza, sino que vino despues de la ruina, precisamente á la salida del sol para recibir sus primeros rayos. No parece sino que este doctor habla de ciertas flores llamadas sabias por Plinio, porque no brotan hasta que pasa el mal tiempo, y tienen, digámoslo así, pasaporte de la naturaleza para que no las sorprendan los frios y heladas de la primavera.

LIV. Seria nunca acabar si hubiera yo de alegar todo lo que han dicho los santos padres á este propósito: pareceme que basta lo que queda indicado para hacer ver que la proposición sentada por mí y que someto plenamente no solo á la censura de la iglesia, sino al juicio de los mejor informados, no es tan nueva, que no haya muchos varones venerables de la antigüedad, los cuales insintian á los doctores modernos que no temian admitir este privilegio de la reina del cielo y que ellos saldrán Virfiadores en todo y por todo. Te damos mil plácemes, Virgen santísima, porque como el monte Olimpo estuviste libre del ruido y del mal tiempo ó por mejor decir, exenta de nuestra masa corrompida, que se halla ex-puesta á la ira é indignación de su autor, pues debe de bastarnos la honra de pertenecer á ti y mirarte como á nuestra hermana por naturaleza. En cuanto á la obli-

(1) Serm. 4 de nativ. B. Virg.

gacion del pecado, bendito sea por todos los siglos el que dignándose de eximirte de él enalteció y ennobleció para siempre nuestro linaje por tu medio.

Respuesta á la primera objecion que se hace contra la immaculada concepcion de la virgen Maria.

LV. A fin de no dejar ningun escrúpulo de conciencia y de aquietar los ánimos voy con gusto á aclarar algunas de las principales dificultades, que al parecer contradicen la doctrina declarada hasta aqui, ilustrando por este medio muchos pasajes que se encuentran en los escritos de los santos padres. La primera y la fundamental de todas es aquella proposicion general que se halla así en las santas escrituras como en los doctores de la iglesia, por donde sabemos que todos generalmente estuvieron sujetos á la maldiccion universal del pecado. Nadie lo dice en términos mas formales que S. Pablo, cuyas palabras son estas: « Por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron (1). » S. Ambrosio lo dice tambien muy claramente: « Es una cosa resuelta que ninguno de enantos son concebidos del hombre y de la mujer por la via ordinaria, está exento de pecado, y por tanto que el que está libre y exento de él, no viene al mundo por esa via (2). » S. Agustin escribiendo contra Julian afirma (3) que tal es la regla de la creencia católica. Aunque yo exhibiera una infinidad de pasajes, los otros no pueden hablar mas formalmente que estos; así figúrese el lector que todos tienen el mismo lenguaje. La dificultad que

(1) Ad rom. V, 12.

(2) In Isaiam.

(3) Contra Julian., lib. 2.

nace de estas proposiciones generales, parece que cobra mas fuerza, porque algunos doctores exceptúan expresamente al Salvador sin hablar de la Virgen, de quien no se hubieran olvidado si hubiesen tenido que alegar algun privilegio en su favor. « Toda carne, dice S. Hilario citado por S. Agustin en la obra ya mencionada, excepto aquella que nació sin pecado, aunque semejante á la carne pecadora, ha nacido bajo el pecado original y la ley del pecado. »

LVI. A estas objeciones respondo en primer lugar que los santos concilios y especialmente el de Trento comprendieron la fuerza de esas proposiciones universales tan bien á lo menos como los que las alegan, y no por eso dejaron de dar cabida al privilegio que exime de tales leyes generales al legislador, porque como dice muy oportunamente el jurisconsulto, si se halla alguna alhaja ó alguna finca que la razon demuestra que el que se obliga, no hubiera querido de ninguna manera hipotecar especialmente, aquella alhaja ó finca no podrá ser comprendida bajo la hipoteca general de todos y cada uno de los bienes así presentes como futuros hecha por el hipotecante. ¿Y quién dirá que Dios quiso obligar á su madre como una hipoteca especial para someterla al pecado y dar á Satanás un derecho adquirido sobre ella? La razon no puede consentirlo y mucho menos la bondad de aquel benignísimo Señor. Así es que S. Agustin no pudiendo sufrir esta idea enseña expresamente (1) que de ningun modo convenia que la Virgen fuese comprendida por lo que mira al pecado bajo la ley general de la propagacion de la naturaleza humana. Y para que nadie pudiese dudar de su opinion, dice claramente (2)

(1) In exposit. symboli et orat. dominic.

(2) Sermo de Assumpt.

que con justísima razón es exceptuada María de semejantes proposiciones generales en razón de su gracia eminente y de su dignidad suprema, que la saca enteramente de la clase común. Véase cómo hablaba el rey Asuero á su esposa Ester cuando ésta temía ser comprendida en la ley general de muerte promulgada por el monarca. « Esta ley, le decía, no ha sido establecida para ti, sino para todos (1). » ¿Qué haces, poderoso rey, diciéndole que se ha establecido para todos? ¿Quieres aumentar el extremo temor que tiene de morir? No, dice, Ester es mi hermana y no morirá: ella es superior á todos y por su condición no puede ser colocada en la clase común. No tiene nada que ver con los que son amenazados por la ley, aunque esta se ha publicado para todos. « Y habrá quien diga que la madre de Dios merecía menos que la reina Ester ó que el Salvador tuvo menos cariño á María su esposa y madre que Asuero á Ester? »

LVII. Respondo en segundo lugar para hacer ver la fuerza de estas proposiciones generales que si quisieramos someter á ellas en todo y por todo la Virgen santísima, habría que deducir por necesidad que también ofendió actualmente á Dios, pues las mismas escrituras dicen en muchos lugares que no hay nadie que no pague (2); no obstante no puede decirse sin impiedad, como haré ver mas abajo. Además habría que decir que su cuerpo se convirtió en polvo, y asimismo otras muchas cosas de que la iglesia no ha tenido jamás reparo de eximirla; porque siendo superior al común de los hombres no debe de estar sujeta á las leyes generales dadas para estos.

LVIII. En tercer lugar, presupuesta la opinión de

(1) Ester, XV, 13.

(2) Joan, I, Jacob.; III.

Concil. milevitan., canoa. 6.

los que la eximen no solo del pecado original, sino también de toda especie de obligación de contraerle, puede decirse que esas proposiciones generales se deben de entender de los que estaban comprendidos en el contrato que Dios ajustó con el primer hombre antes que pecase; lo cual no se verifica en la bienaventurada virgen María, cuyo diseño no se hizo hasta despues del pecado y para remedio del pecado.

LIX. En último lugar digo que los santos doctores tienen razón para exceptuar únicamente al Salvador, porque es el único á quien conviene esto por el derecho de su nacimiento, el cual lleva dos títulos de exención: el uno porque su carne está unida á la divinidad, y el otro porque nació él por una vía extraordinaria, es decir, de una virgen. Su santísima madre no puede aspirar á esos dos títulos; pero esto no rebaja en nada la gracia del privilegio á que debe su exención. El elocuente S. Euquerio se vale formalmente de esta distinción. « El tomó de tu cuerpo, dice á la Virgen (1), la preciosa sangre que debe de derramar por la vida del mundo y aun por ti, oh santa señora, porque la misma madre del Redentor no está exenta por sí de la antigua obligación del pecado. » De la misma manera se ha de responder á las palabras de los santos doctores, que á veces califican la carne de nuestra señora con el nombre de carne pecadora ó carne de pecado. Ve aquí los que se expresan en términos mas fuertes. « La carne de María, dice S. Fulgencio (2), concebida en pecado á la manera ordinaria, fué verdaderamente carne de pecado, y de ella nació el hijo de Dios con sola la semejanza del pecado » S. Ildefonso en el libro en que defendió con tanta diligencia la virginidad y

(1) Sermo de nativitat.

tiá Christi, cap. 7.

(2) De incarnatione, et gra-

la concepcion immaculada de la madre de Dios, habla de esta suerte: « Aunque la bienaventurada virgen Maria hubiese nacido de una carne pecadora y aunque ella misma fuese una carne de pecado etc. » Supuesto que estos dos ilustres santos hablan en otra parte tan favorablemente del privilegio y de la exencion de la madre de Dios, hay que confesar por necesidad que llaman carne de pecado á la carne de nuestra señora, porque ella era tal por la condieion general de su nacimiento y de su linaje, aunque por otro lado estuviere limpia por el privilegio y por el buen orden que habia puesto en ella el que debia unirse un dia á su carne.

Respuesta á la segunda objecion.

LX. En segundo lugar mezclan en el asunto á los santos padres, los cuales dicen que nuestra señora sufrió la ley comun de la muerte corporal, porque era del número de los descendientes de Adam; de donde sacan en consecuencia que habiendo tenido ella parte en la muerte, que es la semilla del pecado, debió de haber participado al mismo tiempo del pecado. A esto respondo que murió en verdad como hija de Adam, porque la muerte es natural al hombre despues del pecado del primer padre. Si los santos doctores van mas allá (1) y dicen que la Virgen murió á causa del pecado de Adam; no quieren decir otra cosa sino que por la desobediencia de este fué privada lo mismo que los otros del bien de la inmortalidad y del uso del fruto de vida; que no se nos debia por naturaleza, sin que por eso se contaminase con la desobediencia de Adam. En esto no hay ninguna dificultad, pues está claro que el Salvador

(1) Aug. in psalm. XXXIV.

pasó por todos los rigores de la muerte, sin que por eso tuviese nada que ver con Adam pecador, ni pudiese ser sospechoso siquiera de que habia pecado.

Respuesta á la tercera objecion.

LXI. En tercer lugar alegan á los santos padres, que dicen á veces que nuestra señora fué purificada, limpia y otros términos semejantes; de donde deducen que era menester que estuviere manchada antes. A eso respondo que no quieren decir otra cosa sino que estuvo toda limpia y exenta de impureza y que la abundancia de la gracia recibida por ella no podia compadecerse con ninguna especie de impureza. Los mismos doctores afirman que esta gracia le sobrevino por la venida del Espiritu Santo cuando la concepcion del Verbo; así lo enseñan S. Ildefonso (1), S. Juan Damasceno (2), S. Ambrosio (3) y algunos otros. ¿Y leudrian el atrevimiento de decir que la Señora habia estado manchada é impura hasta entonces? Esa sería una impiedad manifiesta, y aun cuando llegasen á tal extremo, condenaria su error el mensajero del cielo que la llamó llena de gracia. Demás los mismos santos aseguran que el cuerpo de la Virgen fué purificado por el mismo medio. Y ¿qué! ¿no estaba ya mas puro que el cristal y que las estrellas del cielo? Si los santos padres añaden á mayor abundamiento, como hacen, que fué limpia de los pecados actuales, de los vicios y de los movimientos de la concupiscencia; ¿se ha de decir sin embargo que estuvo contaminada de todo eso? Y si S. Ambrosio dice lo mismo del Salvador; ¿querrán tambien hacerle pasar por la leija y ponerle entre los pecadores? Ve aquí las palabras del santo doc-

(1) De virginib. B. Virg. (2) In Lucam.
(3) Orat. á de dormit. Dep.

tor (1): «La carne de nuestro Salvador fué purificada á fin de que naciese en un cuerpo enteramente semejante al de Adam antes de su pecado.» Quede pues determinado que cuando dicen estos santos que nuestra señora fué limpia y purificada, no presuponen ninguna mancha ni impureza en ella, sino solamente le dan una gracia tan extraordinaria, que ningun pecado, ninguna mancha, ningun vicio, ninguna imperfeccion hubiera podido subsistir delante de ella.

Respuesta á la cuarta objecion.

LXII. En cuarto lugar hacen jugar una batería que tienen por muy terrible, y es el argumento sacado de la redencion de la Virgen santísima; porque si esta no contrajo el pecado original (dicen ellos), sin motivo se predica que fué redimida con la preciosa sangre de su hijo, y mucho mas si no tuvo ella ninguna obligacion de contraerle. Sin embargo los santos doctores afirman unánimes que nuestra señora gozó del beneficio de la redencion y mas ventajosamente que todos los otros: hasta ella en su cántico le llama claramente su salvador. Respondo que es muy cierto no solo que nuestra señora fué redimida; sino que verdaderamente fué la hija primogenita de la redencion de su hijo, segun la llama san Bernardino. Mas sostengo que para gozar de este beneficio no fué necesario que contrajese el pecado, ni aun la obligacion próxima que nos urge á nosotros en calidad de hijos de Adam pecador, sino que basta que por naturaleza fuese capaz de contraerla; que es lo que se llama en las escuelas una obligacion remota, de que no puede eximirse todo el que es hombre y no es Dios

(1) In epist. ad rom. c. VIII.

juntamente. Esta respuesta está fundada en la sagrada escritura, en los santos padres y en la razon. Con efecto el real profeta dice admirablemente (1) que en el Señor hay abundante redencion, no solo porque tiene unos almacenes que no pueden agotarse, sino porque tiene diversos modos de redencion para hacer diversamente participante de sus bienes á quien quiere y como quiere. Asi lo reconoció S. Dionisio cuando dijo (2) que de la misma manera que hay una gracia de redencion que saca de la nada, es decir, del pecado, al que ha caído en él, así tambien hay otra que impide de caer al que no cae en la desgracia, y que Dios distribuye tales gracias segun lo requieren su bondad y la calidad de los que quiere rescatar; doctrina que dice ser conforme al sentido y la intencion de la Escritura. S. Agustin explicando estas palabras de David: *Libraste mi alma de lo mas profundo del inferno*; asegura que el que se ha preservado de una enfermedad peligrosa por el régimen de un sabio médico, puede decirle libremente: «Me has librado de la enfermedad»; y que aquel por quien ha pagado otro la deuda cuando estaba á punto de ser preso, puede decir á su bienhechor: Me has librado de la cárcel. Aun pasa mas adelante en el libro de sus confesiones, porque atribuye á la gracia de la redencion del Salvador la preservacion de todos los pecados que era capaz de cometer como hombre, y no tiene reparo de confesar que le fueron perdonados (3). Lo mismo dice de todos los pecados que hubiese cometido aquel á quien Dios cortó temprano el hilo de la vida porque no cometiera mas (4).

(1) Salmo CXXIX, 7.

(2) De divinis nominib., c. 8.

(3) L. 2, c. 7.

(4) De bono perseverantim

explicans illud: *captus est ne malitia mutaret intellectum ejus* etc.

LXIII. Segun esta doctrina digo que siendo nuestra señora capaz por naturaleza de caer en la desgracia original con los demás, fué preservada por los méritos del Salvador. Con efecto habiendo otorgado Dios Padre á su hijo la eleccion de una madre que no pareció en las ideas divinas hasta despues de la prevision del pecado y de la resoluzion de dar un reparador á los hombres, concedió de consiguiente á la Virgen por los méritos de su hijo la gracia de no haber sido designada antes, es decir, en el instante en que hubiera contraído la obligacion próxima de participar del pecado del primer hombre como los demás. De la misma manera podemos decir que en nosotros es una gracia especial y una gracia de redencion el no haber existido antes de la venida del Salvador, en cuanto esta gracia acompaña necesariamente la eleccion que se hizo de nosotros para el tiempo en que ahora vivimos. Vé ahí cómo la madre de Dios fué verdaderamente redimida con el modo mas noble y excelente de redencion que se puede ocurrir. Por eso decia S. Gerónimo que aquella señora habia recibido una gracia de que estaban admirados los santos ángeles. No quiero detenerme aquí; mas deseo se sepa que ninguna criatura recibió nunca mas gracias de redencion y reconciliacion que ella: porque presupuesto un principio certisimo de la teologia, á saber, que todas las gracias otorgadas por Dios en consideracion de los méritos del Salvador son gracias de redencion, atento á que terminan todas en el fin principal de su venida al mundo, que es la remision de los pecados, la creacion misma de la Virgen será una gracia de redencion proveniente de los méritos de nuestro Señor; lo cual no puede decirse de nadie mas que de ella, que tuvo la honra de ser su hija por un título particular é incommunicable á ningun otro, segun he indicado ya y haré ver despacio al principio del tratado segundo. Además

habrá que confesar que su nacimiento extraordinario de una madre estéril y de un padre ya anciano, la gracia de su primera justificacion y el cúmulo de gracias por medio de las cuales mereció ser digna madre de Dios, toda la cooperacion que puso en la obra de la redencion de los hombres, en una palabra todo cuanto se puede decir ó imaginar de las mas exquisitas mercedes que hay en ella sin excepcion alguna, son otras tantas gracias de redencion y reparacion. Así cuanto excede á todas las demás criaturas en gracias y méritos, tanto las aventaja en redencion, con tanto mas justo título es la hija del Redentor y tanto mas liberal y augustamente fué redimida.

Respuesta á la quinta objecion.

LXIV. En último lugar se nos quisiera hacer creer que todos los antiguos padres y los doctores escolásticos mas calificados defendieron la doctrina contraria á la immaculada concepcion. Pero respondo primeramente que unas proposiciones tan atrevidas no se pueden sentar sin ofender á la iglesia universal, que no se habria adelantado jamás á convidar con tanto cariño al pueblo cristiano á celebrar esta fiesta, si hubiese creído tener por contrarios á los santos padres. Nunca los lugartenientes de Jesucristo hubieran impuesto silencio á la otra opinion, si esta hubiese tenido á su favor la corriente de los doctores, cuyo consentimiento se ha tomado siempre en la iglesia por la voz de la misma verdad y por una señal indefectible de la recta creencia. En segundo lugar respondo de que cualquiera que se tome el trabajo de confrontar los pasajes de los santos doctores que alegan, hallará que deben de interpretarse en alguno de los sentidos indicados mas arriba ó que se han sacado de ciertos ejemplares adulterados; porque

el decir que unos hombres de ciencia y conciencia quisiesen falsificarlos es cosa que ni siquiera se ha de pensar. En tercer lugar puedo decir que tan lejos están los santos padres de contradecir la doctrina de la inmaculada concepcion, que por el contrario se ve que la pregonaron de palabra y por escrito y la defendieron con razones en el discurso de todos los siglos. Aun cuando no tuvieramos otra muestra de esto que el sentir de la iglesia, la cual entra en este partido con tanto calor, seria necesario confesar que ha sido continuado de padres á hijos y que nunca ha tenido ella creencia contraria: en otro caso el Espiritu Santo que dirigió las plumas de ellos, se hubiera contradicho á sí mismo. En cuarto lugar por lo que toca á los doctores que de seiscientos años á esta parte parece han hablado mas claramente que los otros en favor de la opinion contraria, cuales son al decir de los autores de la objecion el abad Ruperto, S. Bernardo, Alejandro de Hales, Alberto Magno, santo Tomás, S. Buenaventura, S. Vicente Ferrer, S. Antonio de Padua y S. Bernardino de Sena, sostengo que ó están adulterados los ingares que se nos alegan, ó debea de entenderse de una concepcion que precede á la infusion del alma, como se ve por la razon que los mas de ellos aducen, á saber, que lo que no es aun, no es capaz de ser santificado; ó que propusieron esta doctrina con duda y desconfianza, en atencion á que todos enseñaron lo contrario en otros escritos; ó que mudaron de parecer despues de haberlo pensado maduramente y de haber aclarado mas el juicio de la iglesia y de los padres que los habian precedido; ó finalmente que se fuerza el sentido de sus palabras para hacerlos decir lo que no piensaron.

LXV. En cuanto á S. Bernardo es claro que todos los mejores doctores escolásticos lo han entendido de la concepcion que se efectúa antes de la infusion del alma

racional (1), y además Nicolás de S. Albano, escribiendo al venerable y docto Pedro, abad de Celle (2), que vivia en tiempo del mismo santo, asegura que se dejó ver despues de su muerte á un monje converso de Clarraval con un hábito blanco como la nieve, excepto que por bajo de la tetilla izquierda tenia una manchita negra por haber escrito, segun dijo, de diferente modo que debia acerca de la concepcion de nuestra señora, y que de todo se dió cuenta despues en un capitulo general de la órden. Por lo que toca á Alejandro de Hales seria muy difícil desmentir á algunos testigos fidedignos, quienes aseguran que revocó al fin lo que habia escrito, y que disponiéndose un dia para enseñar que nuestra señora habia sido concebida en pecado se apoderó de él una enfermedad repentina y tan recia que le hizo abrir los ojos; de modo que destruyó despues lo que habia alegado sobre el tercero de las sentencias en un tratado compuesto sobre este versículo de los Cantares: Eres hermosa, amiga mia, y no hay mancha en ti. En fin espirió pronunciando estas dulces palabras, que acostumbraba decir por devocion: Santísima Virgen, bondadosa señora mia, eres toda hermosa y agraciada, y nunca hubo en ti ninguna mancha, ni original, ni actual. En cuanto á Alberto Magno, S. Vicente Ferrer, S. Antonio de Padua y S. Bernardino de Sena, ya que no tengo tiempo de detenerme, dare al lector buenos fiadores, que sostendrán que se les ha hecho decir cosas en que no pensaron nunca; antes bien enseñaron lo contrario. Torante á S. Buenaventura es tan claro como el dia que habiendo registrado mas diligentemente los escritos de los santos padres defendió con ellos el honor de la in-

(1) Albert. in 3 dist. 3. art. 4. in 3 dist. 5. q. 4. art. 1. etc. Bonav. lib. 1. art. 1. Alensis p. 3. (2) Inter epistolas Petri Cellensis 9.

maculada concepcion. De santo Tomás de Aquino, que se quiere que yo diga sino que los lugares en que la defendió, están mas claros y mas firmes y que sus partidarios mas moderados y respetuosos prefieren reconocerle por abogado antes que por contrario de la purísima concepcion?

LXVI. Pero echémoslo á lo peor y concedamos que ese puñado de doctores fueron abiertamente favorables al partido contrario. Es muy fácil responder que esto les era disimulable en la época en que vivian, queriendo Dios tal vez valerse de la oposicion de ellos para sacar la verdad. El temor que tenían á las novedades, el respeto que profesaban á la iglesia romana, la cual no habia hablado aun, y ellos querian seguir su impulso y no anticiparse, la diversidad de los juicios que encontraban sobre una proposicion intrincada, las máximas generales de la Escritura y de los santos padres, entre las cuales no se descubria aun la luz clara como se descubre hoy, los hacian recatados y hasta recelosos para admitir aquella creencia. Pero ahora que ha cambiado el aspecto de las cosas, que la voz de las naciones resuena hasta el cielo, que por todas partes se nota una porfia y competencia santa sobre quien celebrará esta fiesta con mas pompa y majestad, que todos los prelados de la iglesia están acordes, que los romanos pontífices no solo aprueban el alborozo público, sino que á mayor abundamiento abren los tesoros de las satisfacciones de Jesucristo y de sus santos para excitar mas y mas la devocion de los fieles, y tapan la boca á todo el que trate de sugerir alguna especie en contrario, que para un doctor que sostenga temblando la otra opinion, hay mil que predicán y pregonan esta sin temor y con aprobacion general; parece que ya no es ocasion de acotar á esos padres, los cuales siendo como eran extremadamente celosos de la honra de la Virgen, muy

amantes de la paz y la union y en sumo grado humildes y obedientes á la iglesia, si vieran el estado presente de la cuestion, no solo no se harian rogar, sino que no tendrian bastantes voces para llamar immaculada á la madre de Dios y su concepcion, como lo ejecutan en el cielo, para convidar á todos á que los imitaran y para desaprobador lo que en otro tiempo hubiesen dicho en contrario.

§. II. — Que la madre de Dios fué exenta de todo pecado actual.

I. Asi como no hay mas que una madre de Dios, tampoco hay mas que una simple criatura que sea en todo privilegiada. En efecto sé que es creencia católica que aun los mas grandes siervos de Dios no están exentos de las culpas diarias, las cuales son como inseparablemente anexas á la fragilidad de la naturaleza humana, y que necesitan recurrir á la misericordia divina para alcanzar el perdon de sus imperfecciones ordinarias. El concilio milevitano (1) y despues el tridentino (2) elevaron esta conclusion á decreto. Mas tambien sé que el segundo de dichos concilios comprueba la cédula de exencion de la bienaventurada Virgen asegurando que tal es el sentir de la iglesia. Con efecto en el concilio de Clermont bajo el pontificado de Urbano II (5) se determinó por comun consentimiento de todos los padres asistentes á él que María no cometió pecado jamás. Bien mereceria su calidad que se recibiese este privilegio á ojos cerrados; mas aunque quiera examinarse, se verá que está extendido en tan buena forma, que no hay medio de disputarle. Los santos padres hablan de él de tal suerte, que despues de oírlos hay que rendirse por nece-

(1) Cap. 6, 7 y 8.
(2) Ses. VI, can. 13.

(3) Vega lib. 44 in trident. cap. 18.

maculada concepcion. De santo Tomás de Aquino, que se quiere que yo diga sino que los lugares en que la defendió, están mas claros y mas firmes y que sus partidarios mas moderados y respetuosos prefieren reconocerle por abogado antes que por contrario de la purísima concepcion?

LXVI. Pero echémoslo á lo peor y concedamos que ese puñado de doctores fueron abiertamente favorables al partido contrario. Es muy fácil responder que esto les era disimulable en la época en que vivian, queriendo Dios tal vez valerse de la oposicion de ellos para sacar la verdad. El temor que tenían á las novedades, el respeto que profesaban á la iglesia romana, la cual no habia hablado aun, y ellos querian seguir su impulso y no anticiparse, la diversidad de los juicios que encontraban sobre una proposicion intrincada, las máximas generales de la Escritura y de los santos padres, entre las cuales no se descubria aun la luz clara como se descubre hoy, los hacian recatados y hasta recelosos para admitir aquella creencia. Pero ahora que ha cambiado el aspecto de las cosas, que la voz de las naciones resuena hasta el cielo, que por todas partes se nota una porfia y competencia santa sobre quien celebrará esta fiesta con mas pompa y majestad, que todos los prela- dos de la iglesia están acordes, que los romanos pontifices no solo aprueban el alborozo público, sino que á mayor abundamiento abren los tesoros de las satisfacciones de Jesucristo y de sus santos para excitar mas y mas la devocion de los fieles, y tapan la boca á todo el que trate de sugerir alguna especie en contrario, que para un doctor que sostenga temblando la otra opinion, hay mil que predicán y pregonan esta sin temor y con aprobacion general; parece que ya no es ocasion de acotar á esos padres, los cuales siendo como eran extremadamente celosos de la honra de la Virgen, muy

amantes de la paz y la union y en sumo grado humildes y obedientes á la iglesia, si vieran el estado presente de la cuestion, no solo no se harian rogar, sino que no tendrian bastantes voces para llamar immaculada á la madre de Dios y su concepcion, como lo ejecutan en el cielo, para convidar á todos á que los imitaran y para desaprobador lo que en otro tiempo hubiesen dicho en contrario.

§. II. — Que la madre de Dios fué exenta de todo pecado actual.

I. Asi como no hay mas que una madre de Dios, tampoco hay mas que una simple criatura que sea en todo privilegiada. En efecto sé que es creencia católica que aun los mas grandes siervos de Dios no están exentos de las culpas diarias, las cuales son como inseparablemente anexas á la fragilidad de la naturaleza humana, y que necesitan recurrir á la misericordia divina para alcanzar el perdon de sus imperfecciones ordinarias. El concilio milevitano (1) y despues el tridentino (2) elevaron esta conclusion á decreto. Mas tambien sé que el segundo de dichos concilios comprueba la cédula de exencion de la bienaventurada Virgen asegurando que tal es el sentir de la iglesia. Con efecto en el concilio de Clermont bajo el pontificado de Urbano II (5) se determinó por comun consentimiento de todos los padres asistentes á él que María no cometió pecado jamás. Bien mereceria su calidad que se recibiese este privilegio á ojos cerrados; mas aunque quiera examinarse, se verá que está extendido en tan buena forma, que no hay medio de disputarle. Los santos padres hablan de él de tal suerte, que despues de oírlos hay que rendirse por nece-

(1) Cap. 6, 7 y 8.
(2) Ses. VI, can. 13.

(3) Vega lib. 44 in trident. cap. 18.

sidad. Orígenes la llama inmaculada (1): el segundo concilio de Toledo dice lo mismo y además la llama santa. A Teodoro no le parece esto bastante y quiere que se la llame muy inmaculada (2). Sofronio dice que ella no sabe lo que es mancha y que está muy distante de todo contagio del pecado (3). Eulimio sostiene que pierde el tiempo quien busca algo que motejar en ella, porque es hermosísima esposa de Dios (4). S. Efron dice que está sin mancha y perfectamente para (5). El sabio Idiota asegura que su gloriosa alma nunca fué contaminada con ninguna mancha, vicio ó pecado y que no le faltó ninguna perfección de belleza espiritual, de gracia ó de virtud (6). «Por mi parte, dice S. Bernardo (7), tengo que ser deramó sobre ella tal abundancia de bendición, que hubo bastante no solo para santificar su nacimiento, sino también para eximirle de todo pecado en el resto de su vida; lo cual no se cree que se haya concedido á ningún otro nacido de mujer como ella.» S. Vicente Ferrer para quitar todo motivo de duda va especificando sus pensamientos, palabras y obras, su alma y su cuerpo, y afirma que de ninguna de sus facultades salió movimiento alguno que pudiese desagradar en lo mas mínimo á la soberana majestad; «de manera, dice, que prendado el Espíritu Santo de tan peregrina hermostrá compuso un cantar en alabanza de ella diciendo: Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha en tí (8).» Santo Tomás conviene en este pasaje cuando sostiene que para verificarle es necesario eximirle de toda culpa, según he hecho ver mas arriba (9).

(1) Homil. 3 in cap. II Mal.

(2) In cap. V. Cantic.

(3) Serin. de Assumpt.

(4) Orat. in adoratióne zónæ Delpæra.

(5) Orat. de laudibus Mariæ.

(6) Contempl. c. 2.

(7) Epist. 174.

(8) Serin. de Purific.

(9) P. 3, q. 27, art. 2.

Diversas comparaciones de los santos padres.

II. No se contentan con esto los doctores, sino que á mas nos suministran diversos símiles ó comparaciones para pintarnos la suma pureza de la Virgen. S. Epifanio la compara á una hermosa azucena, que se irgue lozana entre las espínas sin que la lastimen (1). S. Gregorio de Neocesarea dice que así como su cuerpo fué mas puro que el oro acrisolado, de la misma manera su alma fué mas blanca que la nieve (2). Ricardo de S. Victor conviene en que todas las vírgenes son verdaderos espejos del cordero sin mancha y que le acompañan á todas partes; pero que la Virgen de las vírgenes es el espejo sin mancha y enteramente lerso, que no ha recibido jamás el menor hábito del pecado (3). Sofronio afirma que no es maravilla sea llamada la bella y la única paloma, porque en ella no se halló mas que pureza, simplicidad, verdad y gracia de Dios (4). En el mismo lugar la compara á la lana teñida de púrpura, para que sirva al emperador del cielo y de la tierra. El docto Alcuin aprobó este mismo pensamiento valiéndose de él en su libro de la santísima Trinidad. S. Enquerio tantas veces citado la representa como el retrete del príncipe, perfumado con preciosas aguas de olor, y añada que donde no hay mas que el almizete y el ámbar de la gracia y de la santidad, no se debe de temer el mal olor del pecado (5). San Buenaventura le aplica el versículo 69 del salmo LXXVII, donde se dice (6): «Y labró como unicornio su santuario en la tierra que fundó por los siglos;» por donde quiere significar que Dios edificando para sí un santua-

(1) Sermo de laud. Mariæ.

(2) Sermo de Annunt.

(3) Cap. 39 in Cant.

(4) Sermo de Assumpt.

(5) Sermo de Nativ. ad auram.

(6) In psalt. Virg.

rio divino, que no es otro que la gloriosa Virgen, hizo lo mismo que el unicornio, el cual al decir del venerable Beda (1) ahuyenta de su guarida por la suavidad de su propio olor toda especie de infección de ponzoña. San Bernardo habiéndola considerado vestida de su preciosa vestidura, quiero decir, del sol, confiesa que despues de esto sería una gran locura ir á buscar oscuridad en ella, ni aun la mas leve sombra ó alguna apariencia de tibieza (2). El mismo santo manifiesta la gallardía ordinaria de su ingenio alegorizando con la iglesia la casa de Betania, donde fue hospedado el Salvador y tratado caritativamente por María y su hermana María, verdaderas imágenes de la santa alianza que habian contraído en el alma de nuestra señora la vida activa y la contemplativa. «Además, dice, advertid que no se hace mención alguna de Lázaro, que es la figura de la penitencia, porque no permita Dios nos ocurra que se introdujese jamás en su alma ninguna inmundicia, para la cual necesitara de escoba.»

III. No nos faltan santos padres, que han dado vuelo á su ingenio para hacer los paralelos del alma y del cuerpo de la madre de Dios con intento de demostrar que su alma no estuvo menos virgen de pecado que su cuerpo de mancha. El sabio Ruperto se vale de esta comparación (3) afirmando que no tuvo el pecado mas entrada en el alma de la Virgen que el hombre dominio sobre su cuerpo. Antes de él la habia usado ya Venancio Honorato, que vivia casi en tiempo de S. Ildefonso (4), y despues S. Juan Damasceno, cuyo pensamiento bien merece citarse. Atendiendo á las palabras del ángel que la salud llenó de gracia, dice (5) que ella encontró

(1) Salmo LXXVII.

(2) Serm. in Signum magnum.

(3) Lib. 4 in Cant.

(4) In expositione symboli.

(5) Orat. 4 de dormit. B. V.

por dicha un mar inmenso de gracias, que conociendo el tesoro que llevaba, conservó sana y salva la nave de sus dos virginidades, la del cuerpo y la del alma. ¿Qué mas puede decirse cuando los santos no le conceden menos exención que á los ángeles con respecto al pecado? Sobre lo cual notó muy sabiamente S. Gregorio Taumaturgo (1) que por este motivo mereció la embajada del ángel, de quien era hermana en pureza. S. Juan Crisóstomo da tambien la superioridad á la señora en su liturgia y la realza incomparablemente sobre los ángeles. En una palabra santo Tomás la aproxima á Dios, y aqui hay que detenerse por necesidad, porque no se puede pasar mas adelante. En la tercera parte de su suma, cuestion 27, art. 5 se podrá ver el discurso que hace, donde sentando por fundamento que cuanto mas se acerca una cosa al principio de alguna perfeccion, sea la que quiera, tanto mas saca de ella, concluye que habiendo estado nuestra señora mas próxima que ninguna otra criatura á nuestro señor Jesucristo, verdadera fuente de toda pureza, no es maravilla que haya sacado mas que los otros.

Razones de los santos padres.

IV. La autoridad de estos padres, siendo tales y tantos, debería de bastar á cualquiera; con todo me persuado á que no llevarán á mal que dejando aparte su mérito se examinen sus razones con mas libertad. Muchas son las que alegan para la confirmacion de este privilegio; pero yo me contentaré con tocar algunas. Es cosa razonable ir siempre en derechura á la fuente de todos sus privilegios, que es el titulo de madre de Dios. San Eloy, obispo de Noyon, que vivia en el siglo VI, dice re-

(1) Sermo 3 de Annunt.

bras (1): « Antes de la época favorable en que llevó al hijo de Dios en sus entrañas, había sido preservada de todo pecado por gracia; pero desde entonces de tal suerte fué confirmada y protegida por la virtud de lo alto, que no estuvo ya en su mano el pecar. » Mi ánimo no es meterme en esta cuestión, ni tratar de ventilar las disputas de ambos partidos, sino que pienso arrimarme honíticamente al de los que enseñan (2) que el honor de la madre de Dios no consiste en no haber tenido la facultad de pecar, sino mas bien en no haberlo hecho jamás, visto que el Eclesiástico pone entre las alabanzas del justo el no haber quebrantado la ley de Dios pudiendo hacerlo (3). Y si se quiere saber la única razón que me atrae á este partido, es que no admito absolutamente mas que dos cosas que pueden ligar la libertad de la criatura mientras goza del pleno uso de la razón (presuponiendo siempre que Dios no quiera negarle la asistencia necesaria para sus obras), á saber, la union personal con Dios y la clara y permanente vision del sumo bien. Fuera de eso me parece que repugna el querer sujetar la voluntad en tales términos, que se le quite su libertad para cualquier objeto. Además de que si determináramos de esta manera la libertad de la Virgen santísima, le quitaríamos al mismo tiempo la facultad de merecer y de lucrar las gracias de Dios; y de aquí recibiría un daño que no podría explicarse.

Cómo puede llamarse impecable nuestra señora.

II. Sin embargo por el respeto que debemos á los grandes teólogos que creyeron honrar en esto á la madre

(1) En el lugar citado.
(2) Suarez, Vazquez etc. an

el lugar citado.
(3) Eccii. XXXI.

de Dios, añadiré que á fin de dar un sentido verdadero á sus proposiciones podemos decir que aunque hablando absolutamente y con rigor, pudo ella pecar no obstante todos los auxilios del cielo, eran tales los antemurales que había levantado Dios en ella y al rededor de ella, que moralmente no podia hacerlo, y que en realidad era cosa infalible que no lo haria jamás. Este discurso me obliga á pasar adelante y referir lo que he averiguado acerca de los antemurales que había levantado Dios al rededor de la Virgen santísima para quitar al pecado toda esperanza de acercarse á ella. Tocante á lo cual diré que si hay algún medio humano por el que pueda hacerse inexpugnable una plaza fuerte, parece que son necesarias tres cosas. La primera es la planta y naturaleza del lugar, que pudiera ser tan ventajosa, que fuese imposible minarla, asaltarla y sorprenderla, y no hubiese medio de aproximarse á ella y asestar la artillería. La segunda cosa son las fortificaciones bien entendidas con sus castillos y baluartes flanqueados y defeudidos, sus casamatas, sus entradas y salidas, municiones de boca y guerra, en una palabra con todos los medios de defensa y todo lo que el arte añade á la naturaleza en semejante ocasion. La tercera y última es el vigor y la vigilancia de los soldados y gente de armas contenidos en buena disciplina y diestros en todo género de ejercicios militares. Intento representar el alma de la madre de Dios dotada de estas tres ventajas como una fortaleza inaccesible al pecado y terrible á todos los enemigos de la gracia. S. Juan Damasceno me sugiere este pensamiento cuando la llama (1) una fortaleza mas santa que el monte Sina, y el doctor angélico me ha abierto el ca-

(1) Orat. 4 de nativ. B. Virg., c. 3, q. 27, art. 3.

mino para referir á estos tres principios la impecabilidad de María santísima. Pero todo merece una declaración mas amplia.

Primer principio de la impecabilidad moral de la madre de Dios, á saber: la extinción de la concupiscencia. Declaración de la naturaleza de este.

III. Comienzo por la planta y naturaleza del lugar, es decir, por el principio que se acerca mas á la naturaleza y sobre el cual edificó Dios la fortaleza de tantas gracias, que es la serenidad y apacibilidad de que gozaba la Virgen por la extinción del fuego original que comúnmente llamamos el cebo y el fomes del pecado. Este será como el suelo y el plano de otras muchas gracias, que la tendrá segura y libre de las minas y máquinas de sus enemigos. Mas para comprender lo que he de decir sucesivamente, hay que notar que por la palabra fomes de la concupiscencia y otras semejantes no entienden la sagrada escritura y los santos padres mas que el desorden que hay en nuestro apetito sensitivo, el cual persigue naturalmente al bien sensible como su caza y su alimento. Es verdad que antes del pecado del primer hombre este apetito tenia ya su inclinación al bien que llamamos sensible, porque los sentidos son los que se le descubren como su objeto; pero estaban tan ordenados todos sus movimientos, que no pasaban los límites de la recta razón, su señora y aya. La razón le soltaba la rienda y luego tiraba: en una palabra le gobernaba á su gusto haciendo que toda fuese en orden. Pero en cuanto la misma razón se desvió de su deber negando la obediencia á Dios, el apetito inferior se desmandó tan licenciosamente, que sacudió el yugo, rompió las riendas y fué tan difícil de gobernar, que no hay una fiera mas indómita que él. Nosotros nos hemos

instruido y hemos aprendido sus caprichos y rebeldías á nuestra costa, no teniendo casi otro ejercicio desde que empieza á alumbrarnos la primera centella de la razón, mas que el ordenarle á su deber lo mejor que podemos. De aquí infiero que el que estuviere libre de la importunidad causada por este apetito depravado y como mudado en su naturaleza, tendria una facilidad incomparable para todo género de actos de virtud. Este es el privilegio de la madre de Dios que voy examinando, y por medio del cual sostengo que fué como repuesta en la posesion del paraíso terrenal ó por lo menos en los derechos que provenian de la justicia original que habia perdido el primer hombre. Todos los doctores citados al principio de este párrafo me servirán de fiadores sin hablar de los que acotará al fin de este discurso; y las razones que alegue, lo harán ver claramente. Me contento con escoger algunos de los principales nombres que las sagradas escrituras y los santos padres dan á ese apetito desordenado; lo cual bastará para hacer confesar que era mas que razonable que no le hubiese en la madre de Dios y para manifestarnos la dicha y la indecible ventaja que le dió este privilegio para huir del vicio y abrazar la virtud.

Primera razon tomada de las palabras fomes, cebo etc.

IV. Empezando por las palabras fomes, fuego, cebo etc., ¿no es una cosa lastimosa y digna de compasion ver á nuestra pobre naturaleza tan pronta á apegarse al pecado por medio del bien sensible codiciado contra la recta razón, como el cebo está dispuesto á encenderse en cuanto le toca una chispa y como se enciende la yesca en cuanto da lumbres el pedernal? ¿Juzgais que este estado no causa lástima al salvador de nuestras almas, el cual conoce mejor que nadie la miseria de los materia-

les de que hemos sido formados? Concedo que semejante disposición no es pecado en nosotros, propiamente hablando, según lo definió el santo concilio de Trento (1); no obstante es menester confesar que hubiera sido muy indecoroso para la benditísima alma de la madre de Dios adolecer de estas inclinaciones contrarias á la virtud y tener siempre disposición á ser abrasada por el pecado; si no se guardaba continuamente del fuego. Por eso dice S. Cipriano que el Espíritu Santo lo ordenó de modo que no hubiese en ella tal indecencia, y si el santo doctor no la dispensa hasta después de la concepción del Verbo divino, no hay que extrañarlo: este pensamiento fué común á otros muchos, según he dicho mas arriba. Ve aquí las palabras del santo: «Cuando la Virgen concibió en sus entrañas al hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, se extinguió en ella el fuego original. Desde entonces no hubo en ella potencia alguna que levantase la cabeza contra la ley del espíritu, ni ruido ninguno que turbase su quietud. El huésped divino que había ocupado su alma y su cuerpo á las palabras del mensajero celestial, no la abandonó nunca jamás, sino que la miró como su propia casa, la hermoseó y alhajó como su templo y se hizo celoso de su santuario y de su tálamo nupcial, á quien él mismo tributaba honor y respeto. Los consuelos celestiales regocijaban su santa alma, y la consideración del que se aposentaba en ella, aumentaba todas las ilusiones de la concupiscencia.»

Segunda razon, tomada de la palabra concupiscencia.

V. Esta palabra me hace acordar de un segundo modo de llamar la enfermedad general de que habla-

(1) Ses. V, cap. último.

mas. Con efecto en diversos lugares de la Escritura (1) y de los santos padres se le da el nombre de concupiscencia para representar el deseo insaciable que tiene de las satisfacciones sensuales, tras las que va siempre jadeando como el camaleon anhela por el aire. Tocante á esto no tengo mas que una palabra que decir, á saber, que hubiera sido raro ver el alma de la purísima Virgen rodeada de esos lobos hambrientos y de esas sanguijuelas insaciables que gritan de continuo: Trae, trae. Se dirá que eso sería indecoroso para la dignidad de madre de Dios. Es cierto, y esto me basta para creer que nunca existió en ella la concupiscencia.

Tercera razon, tomada de la expresion ley de los miembros.

VI. En tercer lugar se llama ley de los miembros y del pecado. Pero guardémonos de imaginar una ley civil ó alguna pragmática de un príncipe legítimo, porque no es nada de eso, sino la bárbara dominación de un tirano que quiere echar al señor natural; un tirano cuyas órdenes y estatutos no son mas que saquear y robar, encarcelar y degollar, en una palabra no omitir medio para llevar al cabo sus intentos á costa de la hacienda, la honra y la vida de aquellos á quienes domina. Y á la verdad que no procede de otra manera este apetito bestial, el cual no tiene mas ley ni mas regla que su gusto y sus movimientos desordenados. Y consentiremos que se aposente en medio del sagrado corazón de la madre de Dios este tirano, á quien S. Basilio llama un demonio nacido con nosotros para impelerarnos continuamente á toda suerte de males?

(1) Ad rom. VI et VII: ad II Petr. I: I Joan. II etc. Galat. V: ad colos. III: Jacob. I.

Cuarta razon, tomada de la expresion paso de la serpiente infernal.

VII. El elocuente S. Ambrosio en un escrito que compuso sobre el capitulo XXX de los Proverbios de Salomon para esparcir el ánimo solamente, segun creo, pinta este mal como el paso de la serpiente infernal, que habiéndose introducido en el alma de nuestros primeros padres desobedientes penetró tan sutilmente por todas sus potencias, que las corrompió con su veneno, como lo hemos experimentado. Es claro que haria yo mal en detenerme aqui mas tiempo, en vista de que todos los santos padres nos dicen que el silbo de aquel ponzoñoso reptil no llegó jamás á la Virgen santísima: tan lejos estuvo de ser sorprendida por él.

Quinta razon, tomada de la palabra pecado.

VIII. Además esta peste se llama con mucha frecuencia pecado en las sagradas letras, no porque verdaderamente nos haga culpables y pecadores, como dice muy bien el concilio de Trento en el lugar citado, sino porque trae su origen del pecado y nos inclina á él. Me congratulo con el docto Gerson, el cual notó sutilmente á este propósito que Dios tuvo tal miedo de que se asentase el pecado en el alma de su santísima madre, que alejó de ella hasta la concupiscencia solo porque llevaba el nombre de tal. En efecto cuando considero á esta señora como la casa y el templo del Dios vivo, me parece que le convienen las palabras del profeta Ezequiel tanto á lo menos como al templo material de Salomón. Ve aquí, dice, la ley del templo del Señor sentado sobre el monte: todos sus términos no son sino santidad y santidad la mas eminente.

Sexta razon, tomada de la expresion deseos carnales.

IX. Con gusto suspenderé este discurso despues que mis lectores oigan al apóstol S. Pedro, el cual como tenia el espíritu lleno de fuego y fervor, pinta á este enemigo bajo la figura de un capitán enfurecido que levanta todas nuestras potencias, las inflama y les pone las armas en la mano contra la razon y contra Dios. «Rúgoos, dice, muy amados míos, que os abstengais de los deseos carnales que combaten contra el alma (1).» Estos deseos son los soldados amotinados de aquel antiguo enemigo, es decir, del apetito rebelado, que sale al encuentro de todos ellos resuelto á exterminar, si puede, la virtud, sin que quede señal ni vestigio de ella. En el nombre de Dios y por lo bien que quereis á su santa madre, decidme ¿á qué fin es dar entrada á este rebelde en la ciudad de paz, que no sabe lo que es guerra en todos sus alrededores y que moriria de disgusto si sintiera en sí el menor movimiento contra Dios? Así es que Ricardo de san Victor entiende de ella las palabras del real profeta cuando dice (2) que Dios aleja de allí los ruidos hasta los últimos términos de la tierra, que rompe los arcos, quiebra las armas y hace pasar el escudo por el fuego. «Porque ¿qué tierra es esta, dice aquel escritor, de quien Dios aleja toda guerra sino la de que canta el mismo profeta: «La verdad nació de la tierra, tierra tres veces dichosa por estar libre de los tumultos y alarmas y por gozar de una plena paz (3)».

X. ¿Quién podrá decir el beneficio que recibió aqui aquella hermosa alma para ahuyentar de sí toda suerte de pecados, si se atiende á que es certísimo que este ape-

(1) I Petr. II. 11.

(2) Salmo CXLVII.

(3) Emmanuele c. 29

tito desmandado hierva siempre en malos y perniciosos designios? ¿Y quién hay entre nosotros tan diligente y advertido á quien no sorprenda muchas veces, tan firme y resuelto en el ejercicio de la virtud á quien no afemine, tan animoso y esforzado á quien no derribe? Bien aventurada aquella que para no correr estos riesgos vió la paz en su alma y todos sus enemigos puestos á sus piés antes de nacer.

Segundo principio, que es el ejercicio de un ardentísimo amor de Dios.

XI. Si esta primera gracia la hizo inaccesible al pecado; la de que voy á hablar, mostrará que fué temible á todos los satélites del infierno: me refiero al continuo ejercicio del amor de Dios, no lánguido y medio muerto como por lo común existe en nosotros, sino vigoroso, ardiente y siempre fervoroso. No me separaré del plan que establecí al principio; pero para continuarle mejor haré ver cómo el Dios de los ejércitos construyó una fortaleza de amor sobre el terreno que acabo de describir, para tener en sobresalto á todas las potestades de las tinieblas. Si queréis tener el gusto de visitarla; vereis el fuerte inferior del amor natural, el fuerte del medio del amor adquirido y el castillo del sobrenatural, los tres ventajosamente defendidos.

Amor natural de la Virgen santísima.

XII. Empiezo por el amor natural. Queriendo el santo rey David manifestar el extremado sentimiento que tenía por la muerte de su íntimo amigo Jonatás, y al mismo tiempo el cariño que le profesaba, no halló palabras mas expresivas que estas: «Yo te amaba, mi querido

amigo Jonatás, como una madre ama á su hijo único (1).» A la verdad no sé si en la naturaleza hay nada mas apasionado que esto. Pues ruego al lector considere si ninguna madre tuvo nunca tanto motivo de amar á un hijo como María santísima á nuestro señor Jesucristo. Con efecto sin hablar de que para ella era hijo único de todas maneras nota muy bien S. Anselmo (2) «que su cariño no estaba repartido como el de las otras madres en atención á que habia reducido á uno el amor dividido del padre y de la madre. Añádase que este hijo le era enteramente semejante, que es otro lazo de amor. Considérese que era el hermoso por excelencia y el bueno por maravilla, el sabio sin par y el noble sin compañero y además el que le habia hecho tantos bienes. Sépase que el conocimiento que ella tenía de las perfecciones de su hijo, excedía desmedidamente al que tienen las demás madres. Por último recuérdese que podia amarle sin temor de exceso, porque él era un objeto infinitamente amable de suyo; y por remate de cuenta midase, si es posible, hasta dónde llegó este amor en su primer grado, esto es, solamente en cuanto era natural.

Amor adquirido de la Virgen santísima.

XIII. Subamos despues al amor adquirido, por el cual entiendo el que se aumentó y creció en el sagrado corazon de la Virgen por espacio de treinta y cuatro años que llevó, alimentó, siguió y acompañó á su divino hijo por todas partes. En efecto una vez que el amor de las madres nace en sus entrañas y se fortifica á medida que crece y se perfecciona el fruto de ellas, teniendo de continuo presente la madre de Dios en su espíritu du-

(1) Il Reg. I.

(2) De excellent. Virg., c. 4.

rante nueve meses al único objeto de sus ansias, conversaba desde entonces con él, sabiendo muy bien que él conocía perfectamente todos los deseos de su corazón. Por otra parte así como todos los movimientos de Jesús en el vientre de su madre eran para esta otras punzadas y estímulos de amor, así también él por su lado le daba muestras infalibles de que oía todos los pasos de su corazón. ¿Cómo se acrecentó y fortaleció este amor en todo el tiempo que le tuvo en su regazo y en sus brazos, le envolvió en mantillas, le durmió y le enseñó á andar! ¿Qué suavidad y qué ternura sintió dándole de mamar y recibiendo las caricias de aquel su Benjamin, mas hermoso que la misma hermosura y mas agraciado que las gracias del cielo! Proseguiré este discurso con otro motivo (1); mas figuráos de antemano que le veis á la edad de doce años tan hermoso, tan amable, tan sabio y con tanto atractivo, que embelesa y cautiva á todos cuantos le ven y le oyen; y juzgad qué parte debe de tener su buena madre en el cariño general que le profesan todos, cuando tiene tanta en las bendiciones que le dan, en las caricias y fiestas que le hacen, porque estas son otras tantas flechas de amor que traspasan su amantísimo corazón. ¿Hasta dónde juzgais que llegará cuando acompañe al hombre hecho que lleva tras sí las turbas, que destila miel de su divina boca, que obra milagros sin cuento, que explica una doctrina no oída jamás por el pueblo, y que es aplaudido y aclamado por la multitud embriagada de él? Así como ella es la única que sabe, hablando con propiedad, lo que él es y lo que quiere, así es la única capaz de amarle.

(1) *Trat. 2, c. 4, §. 3.*

Amor sobrenatural de la Virgen santísima.

XIV. Todo lo que acabo de decir, no hubiera sido gran cosa, si este amor no hubiese subido hasta el castillo y no se hubiese hecho sobrenatural acendrándose y afinándose de continuo en su divino corazón, que pudiéramos llamar con justísima razón la copela, ó con el bienaventurado mártir Metodio el tesoro del amor puro (1). Con efecto una vez prevenido aquel corazón y dispuesto á amar á Dios sobre todas las cosas, todo lo que entra en él era tan santo, que al punto tomaba la forma, el peso, el color, el sonido y el valor del oro mas fino de caridad; caridad que iba creciendo á medida de la gracia á quien acompañaba siempre, gracia tan eminente en sus principios y tan asombrosa en sus progresos, que el amor con el cual se igualaba, sobrepuja todo cuanto pueden imaginar los hombres y todos los entendimientos criados. Creo que el lector se acordará de lo que dije poco há acerca de su primera santificación y de la gracia que Dios le hizo desde entonces de mostrarle á las claras su rostro. Fué como una hoguera de dos cuerpos, donde prendió con tanta violencia el fuego del amor divino, que desde luego excedió todas las ansias y arrobamientos de los mas encumbrados serafines, porque á decir verdad el fuego y el iman del amor es el amor mismo. Así esta alma elevada, habiendo considerado la altura, la profundidad y toda la extensión de las obligaciones que tenía á Dios, encendió en su corazón mediante la gracia divina tal fuego de amor, que fué maravilla cómo no la redujo á cenizas. Y si empezó majestuosamente, no fué para dejar entibiar su fervor con el tiem-

(1) *Orat. in hypapante.*

po, sino para redoblarle y acrecentarle hasta el fin sin ninguna interrupcion. Es indecible cuánto le sirvió para esto el haber visto al principio de su vida el adorable rostro de Dios; que los santos ángeles desean contemplar continuamente: porque así como esta vision dichosísima extinguió en ella cualquier otra ansia, mereciendo su desprecio todo cuanto veía despues de haber visto á Dios, así habiéndolo conocido el único objeto de sus deseos verdaderamente digno de un amor infinito, á falta de poder abastecerle hizo cuanto puede hacer una criatura prevenida con una gracia del todo extraordinaria y disparó flechas tan inflamadas de amor contra el cielo, que Dios fué como precisado á amarla siempre mas y á hacerla crecer desmedidamente en gracia. Dios verdadero, ¿quien podrá pintar este combate de amor entre el gran monarca del universo, que previene á una alma tal con bendiciones inestimables; y esa misma alma, que hace un esfuerzo de amor incomprendible á los ángeles? ¿Quiéu podrá explicar cómo redoblando Dios sus gracias para no dejarse vencer por su criatura, se inflamaba de nuevo este corazon y reunia todas sus fuerzas para amar y adorar á su hechhechor? ¿Qué lengua podrá declarar hasta dónde llegó al fin el incendio de este corazon seráfico mediante los continuos impulsos y redobladus vueltos que subian sin cesar como globos de fuego de aquel horno de amor? Confesemos ingenuamente que no está en nuestra mano alcanzarlo, y contentémonos con saber algo por lo que dejaron escrito los santos.

XV. San Ildefonso compara á este intento la Virgen santísima con el hierro, el cual estando mucho tiempo en la fragua sale hecho ascua, tan encendido y tan brillante, que no parece sino que ha cambiado de naturaleza y se ha convertido en fuego (1). S. Ivo, obispo de

(1) Orat. de Assumpt.

Chartres, dice lo mismo que el santo arzobispo de Toledo; á saber, «que estando tan intimamente unida á Dios, que es un fuego voraz, por necesidad habia de suceder que lo que él es por naturaleza, llegase ella á serlo por gracia y por caridad (1).» S. Bernardo considerándola rodeada del sol, segun se la pinta en el Apocalipsis, afirma que es imposible que no sea penetrada de los rayos mas abrasadores del amor divino, que despide por todas partes el verdadero sol de justicia (2). Estos santos padres no se llevan otro fin que el de hacernos comprender el grado eminente de la contemplacion continua de la Virgen, acompañada de un ejercicio de amor de Dios nunca interrumpido, por medio del cual iba siempre elevándose sobre sí misma y uniéndose de un modo incomprendible al principio del amor santo. Si se me pregunta cómo podia aquel espíritu estar siempre tirante sin aflojar ni aun enmedio de las ocupaciones exteriores á que destinaba parte del día; me contentaré con señalar con el dedo la zarza de Moisés que ardia sin quemarse, y diré con S. Bernardo: «Descalzaos resueltamente de los pensamientos bajos y ordinarios, porque esta vision es admirable, esta tierra es toda santa, y Dios que conservó la zarza enmedio de las llamas sin que le causasen daño, da una fortaleza extraordinaria al espíritu de la Virgen y sostiene su imaginacion con todas sus potencias corporales y espirituales atrayéndolas á sí con tanta suavidad, que esta ocupacion les parece enteramente natural.» No hay que admirarse de esto, porque hablamos de la madre de Dios, la cual habiendo tenido otros privilegios mas relevantes que este, sería poco razonable querer disputarsele.

XVI. Pasemos del fuego al agua y de la accion del

(1) Sermo de Nativit.

(2) Serm. in Signum magnum.

uno á la violencia de la otra. Ve aquí cómo habla la Virgen santísima de la vehemencia de su amor en el libro del Eclesiástico: «Yo soy como un hilo del agua inmensa de un río, yo como acequia de un río y como acueducto sali del paraíso (1)». Algunos tomando por nombre propio la palabra *dioryx* que la Vulgata ha trasladado del griego, entienden que el río llamado así es el caudaloso Eufrates, el cual aumenta sus aguas con las de otros ríos y se hincha en términos de romper los diques y destruir las calzadas y cuanto puede oponerse á su corriente impetuosa. A mi juicio nada puede añadirse á lo que dice en esta parte S. Agustín y después de él S. Bernardo y S. Buenaventura (2); á saber, que sería agraviarla dudar de que habiendo morado en ella el Dios de amor nueve meses, no se hubiesen hecho sus entrañas entrañas de amor y su corazón no se hubiese convertido en afecto de caridad; de suerte que debemos de considerar á la Virgen no tanto como una alma inflamada de caridad, cuanto como la caridad misma, que abraza todo lo que encuentra.

XVII. Ahora ¿cómo hemos de hablar de pecado con un amor tan ardiente y encontrar tibieza entre tales incendios? Porque lo que comunmente da entrada al pecado en nuestra alma y le mantiene, es la negligencia y frialdad con que vivimos; pero en ese divino corazón no hay mas visos de tibieza que de hielo en medio de los volcanes de Sicilia. Concluimos pues que es absolutamente necesario dejar á un lado toda idea de pecado y decir á los engendros de la noche que si son osados de acercarse aquí, serán tan duramente recibidos, que maldigan la hora de su temeraria empresa.

(1) Boll. XXIV, 44.

(2) Specul. Virg., c. 14.

Tercer principio, á saber, la proteccion exterior de Dios.

XVIII. Hay mas aun: se trata de ver las fuerzas destinadas para defender esta plaza, es decir, la proteccion exterior de Dios; tercera ventaja de nuestro castillo que le hizo inaccesible al pecado. Leemos en el libro de los Cantares que el rey Salomon confió la guarda del lecho donde descansaba, á sesenta soldados de los mas valientes de Israel, todos con la espada ceñida y la partasana en la mano. Segun la opinion del docto Ruperto aquel lecho no es otro que la bienaventurada madre de Dios, en cuyo seno descansó nueve meses el verdadero rey de paz. Aquellos soldados tan diestros en la guerra representan á la milicia celestial, que Dios habia ordenado al rededor de ella para librarla de las sorpresas nocturnas, porque no debemos de dudar que estarian dispuestos por escuadrones para defenderla de toda ocasion mala. San Bernardo lo reconoció así (1) diciendo que eso era para que nadie se atreviese á entrar en el gabinete del principe del cielo. S. Anselmo añade á mi intento que se ha de tener por muy cierto que el cuerpo purísimo y el alma inocentísima de la Virgen madre fueron preservados de todo pecado por el ministerio de los santos Angeles como la cámara en que habia de hospedarse el rey de la gloria (2) y uniese al hombre en la unidad de una misma persona. «No es bien sabido, dice, que hay la costumbre generalmente observada de que cuando el principe quiere ir á una parte, van delante sus guardias para reconocer el lugar y guardar las avenidas mientras él permanece allí». El mismo Señor lo dice á la Virgen bajo la figura

(1) Serm. qui inscribitur: (2) De excellent. Virg., c. 3. Laus Mariæ.

de Jerusalem por boca de Isaías. « Sobre tus muros, Jerusalem (dice), puse guardas, que estarán continuamente en vela de día y de noche (1). » Aquí podemos notar dos oficios de éstos bienaventurados custodios, porqué á mas de defenderla como soldados cantan tambien como cantoras celestiales entretoniendo de día y de noche á esta princesa con santos pensamientos y alegrándola con sus divinos cantares. Quizá fuese esto lo que queria decir el mismo esposo cuando preguntaba: « ¿ Qué verás en la Sulamita sino coros de escuadrones (2)? » Como si dijera que la guardia real de la Virgen su esposa se componia de invencibles soldados y de los primeros músicos de su santa capilla. Dios mío, ¿ qué suave armonia formaban aquellas tropas de guerreros y aquellos coros de músicos! ¿ Cuán agradable era ver obrar á los unos y oír los conciertos de los otros! O por mejor decir ¿ qué grato era ver aquellas tropas aladas marchando en orden y cayendo sobre el enemigo al compás de sus voces é instrumentos, cantando las alabanzas del esposo y de la esposa sin dejar por eso de maniobrar! En el último capítulo del Cantar de los cantares, donde nosotros leemos lámparas de fuego y de llamas, el emperador Mateo Cantacuzeno leia al menos de fuego, cuyas palabras explicaba de la Virgen santísima diciendo que está rodeada de una compañía de espíritus resplandecientes como el fuego, que no la abandonan jamas.

XIX. Mas guardaos de creer que el rey del cielo que la habia escogido para madre y esposa, se fiese de tal modo de la guaricion, que no estuviera siempre vigilante. Así lo habia prometido al rey Salomon hablándole figuradamente del templo: « He santificado esta casa que has edificado á fin de establecer en ella mi nombre para

(1) Cap. LXII, 6.

(2) Cant. VII, 4.

siempre, y mis ojos y mi corazon estarán allí todos los dias (1). » David no contento con esto asegura que Dios guarda en persona el torreón de esta fortaleza y no reconoce otro gobernador de su mística Sion. Si se le pregunta el motivo de esto; dirá que es para tenerla segura, para mandar él mismo las guardias y poner las centinelas, para calmar los alborotos é impedir la alarma, para mantenerla siempre en suavísima paz. Tal vez deseará el lector que hable yo mas claramente. No queda por eso: escuchemos solamente con los oídos del corazon á S. Bernardo y S. Juan Damasceno. El primero sostiene (2) que Dios iba previniendo, dirigiendo y asistiendo de tal suerte á la Virgen santísima, que no le aconteció jamás hacer eleccion de ninguna cosa ya para desearla, ya para huir de ella, que no se la hiciese ver antes la divina sabiduría. De aqui provino que ella amó siempre á Dios con tanta ansia como conoció que este queria ser amado de ella. El segundo manifiesta cómo Dios iba continuamente infundiendo en el entendimiento de la Señora santos pensamientos, los cuales por su eficacia eran seguidos al punto de piadosos afectos y nobles resoluciones; lo que era causa de que el pecado encontrase cerradas todas las callejuelas. Los ojos de la Virgen siempre estaban levantados al Señor contemplando la luz inaccesible donde habita; sus oídos abiertos para oír la voz de Dios y la armonia de su santa voluntad; su corazon suspirando por el cielo; y así de las demás potencias tanto corporales como espirituales (3). El docto Galatino añade una cosa muy notable (4): no sé de veras de quien la tiene; pero he leído algunos graves autores (3) que no po-

(1) III Reg. IX, 3.

(2) Sermón 3 in Cantic.

(3) Serm. 4 de nat. B. V.

(4) De arcanis, l. 7.

(5) Canis. de B. Virg., l. 4, c. 19; Sala 2. in c. XXXI Proverb., n. 140, etc.

nen dificultad en recibirla como muy digna de crédito. Dice que María estaba dotada de un espíritu de profecía tan excelente, que preveía todo lo que pudiera haber alterado algún tanto su paz y perjudicado à la pureza de su alma; de manera que cerraba los ojos al encontrarse con objetos ilícitos ó indecentes; se tapaba los oídos por no escuchar lo que no hubiera querido oír; no quería oír los dolores lascivos, y así de todas las demás cosas que hieren nuestros sentidos, que son las primeras puertas por donde acostumbra introducirse la muerte en nuestras almas. Bien se que S. Ambrósio no admitía el testimonio de los demonios; pero tampoco ignora que á veces exigía la confesion de ellos, especialmente cuando tornaba en confusio suya. Ahora bien se los ha oido afirmar muchas veces por boca de los energúmenos que nunca tuvieron facultad ni poder de acercarse à la Virgen para darle algun asalto, segun han hecho generalmente con todos los santos; sin que quisiese eximirse de esto el santo de los santos, que es el Verbo encarnado. Pero volveré à tomar el hilo de este discurso en el tratado segundo.

XX. Paréceme que basta esto para la confirmacion de una verdad que debe de ser indudable para nosotros; à saber, que la Virgen santísima no cometió jamás ningun pecado. Plegue à aquel que de tal suerte la ensalzó para su gloria y nuestro provecho, hacernos sentir los efectos de la gracia superabundante con que la previno, y darnos fortaleza contra los enemigos visibles ó invisibles, por quienes somos embustidos à derecha è izquierda, por delante y por detrás, en la prosperidad y en la adversidad, de dia y de noche, por nosotros y por nuestros mas íntimos amigos, en casa y en el campo, en todo tiempo, en todo lugar y en todo negocio, sin tregua ni descanso, à fin de que habiendo conservado por su gracia el tesoro que llevamos en vasos de barro en medio de nuestros

enemigos, la reconozcamos para siempre por nuestra libertadora despues de aquel à quien ella misma reconoce por su protector y su salvador.

OCTAVA ESTRELLA

ò grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPÍTULO IX.

QUE ES SINGULARMENTE BENDITA.

Pedro de Blois, arcediano de Batonia y Lóndres y canciller del primado de Inglaterra, hablando de la madre de Dios bajo la figura del lavadero de las ovejas, llamado ordinariamente la piscina probática, cuyas aguas curaban toda clase de enfermedades despues que las agitaba el ángel comisionado por Dios al efecto, dice sutilmente (1) que habiendo bajado el ángel del gran consejo, que no es otro que el Verbo divino, al seno de la Virgen como à un lavadero celestial causó tres emociones muy notables. La primera fué la union de nuestra naturaleza à su divina persona; la segunda fué la extincion del fuego de la concupiscencia; y la tercera la bendiccion que derramó abundantemente sobre la que habia elegido para madre suya. Habiendo tratado de las dos primeras en los capitulos anteriores me creo obligado por el orden de mi plan à hablar de la tercera, mucho mas cuando

(1) Sermó 1 in Adventu.

nen dificultad en recibirla como muy digna de crédito. Dice que María estaba dotada de un espíritu de profecía tan excelente, que preveía todo lo que pudiera haber alterado algún tanto su paz y perjudicado à la pureza de su alma; de manera que cerraba los ojos al encontrarse con objetos ilícitos ó indecentes; se tapaba los oídos por no escuchar lo que no hubiera querido oír; no quería oír los dolores lascivos, y así de todas las demás cosas que hieren nuestros sentidos, que son las primeras puertas por donde acostumbra introducirse la muerte en nuestras almas. Bien se que S. Ambrósio no admitía el testimonio de los demonios; pero tampoco ignora que á veces exigía la confesion de ellos, especialmente cuando tornaba en confusio suya. Ahora bien se los ha oído afirmar muchas veces por boca de los energúmenos que nunca tuvieron facultad ni poder de acercarse à la Virgen para darle algun asalto, segun han hecho generalmente con todos los santos; sin que quisiese eximirse de esto el santo de los santos, que es el Verbo encarnado. Pero volveré à tomar el hilo de este discurso en el tratado segundo.

XX. Paréceme que basta esto para la confirmacion de una verdad que debe de ser indudable para nosotros; à saber, que la Virgen santísima no cometió jamás ningun pecado. Plegue à aquel que de tal suerte la ensalzó para su gloria y nuestro provecho, hacernos sentir los efectos de la gracia superabundante con que la previno, y darnos fortaleza contra los enemigos visibles ó invisibles, por quienes somos embustidos à derecha é izquierda, por delante y por detrás, en la prosperidad y en la adversidad, de dia y de noche, por nosotros y por nuestros mas íntimos amigos, en casa y en el campo, en todo tiempo, en todo lugar y en todo negocio, sin tregua ni descanso, à fin de que habiendo conservado por su gracia el tesoro que llevamos en vasos de barro en medio de nuestros

enemigos, la reconozcamos para siempre por nuestra libertadora despues de aquel à quien ella misma reconoce por su protector y su salvador.

OCTAVA ESTRELLA

ò grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO IX.

QUE ES SINGULARMENTE BENDITA.

Pedro de Blois, arcediano de Batonia y Lóndres y canceller del primado de Inglaterra, hablando de la madre de Dios bajo la figura del lavadero de las ovejas, llamado ordinariamente la piscina probática, cuyas aguas curaban toda clase de enfermedades despues que las agitaba el ángel comisionado por Dios al efecto, dice sutilmente (1) que habiendo bajado el ángel del gran consejo, que no es otro que el Verbo divino, al seno de la Virgen como à un lavadero celestial causó tres emociones muy notables. La primera fué la union de nuestra naturaleza à su divina persona; la segunda fué la extincion del fuego de la concupiscencia; y la tercera la bendiccion que derramó abundantemente sobre la que habia elegido para madre suya. Habiendo tratado de las dos primeras en los capitulos anteriores me creo obligado por el orden de mi plan à hablar de la tercera, mucho mas cuando

(1) Sermó 1 in Adventu.

la gracia y la bendición son hermanas carnales y compañeras inseparables, no bajando jamás la gracia al alma sin traer la bendición, ni la bendición sin atraer ó conservar la gracia.

§. I. — Abundancia de la bendición concedida á la madre de Dios y plan de todo el discurso siguiente.

I. Mucho habría de entretenerme yo aquí, si quisiera demostrar con algunos (1) que la Virgen santísima heredó todas las bendiciones de sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob, las que este buen anciano distribuyó á los doce patriarcas sus hijos, las que Balaam fué forzado á dar á los ejércitos de Israel, las que se concedieron á todas las mujeres ilustres de la antigüedad, en una palabra todas las bendiciones de que se hace mención en el antiguo y en el nuevo testamento, y que aventajó en ellas á todos los personajes mencionados. Prefiero decir con el devoto S. Buenaventura (2) que fué bendita en la plenitud de la gracia que recibió, en la muchedumbre de las misericordias que confirió, en la dignidad de la persona á quien concibió, en la alteza de la gloria que posee: que es bendita de Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los espíritus bienaventurados y de los hombres, de los ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronas, querubines, serafines, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, casados, viudas y vírgenes y generalmente de toda clase de personas, cualquiera que sea su estado y condición: que es bendita en cuanto por ella es glorificado Dios, los ángeles se regocujan, los hombres son ensalzados y los demonios abatidos: que es bendita en su profundísima hu-

(1) Albert. Magn. in *Missa* (2) Specul. B. Virg., c. 42
est.

mildad, en su eminente caridad, en su amable bondad, en su diligente prontitud, en su perfecta liberalidad, en su austera abstinencia y en su entera pureza.

II. Añado que es bendita en su elección, concepcion, natiuidad y maternidad, en todos los misterios de su vida, de su muerte, de su resurreccion y de su glorificación: que es bendita en sus pensamientos, en sus intenciones, en sus palabras, en su trato, en su retiro, en la práctica de la vida activa y de la contemplativa, en sus principios, progresos y fin: que es bendita en su memoria, entendimiento y voluntad, en sus sentidos inferiores, en sus ojos, sus oídos y su boca, en su vientre, en sus pechos, en sus manos, en sus pies y en sus rodillas, en todas las potencias y en todas las partes de su cuerpo: que es bendita en el fruto de su vientre, en ella misma, en sus antepasados, en sus parientes, en su posteridad y en todo lo que dice relacion á ella: que es bendita en los eternos designios de Dios, en el vientre de su madre santa Ana, en su mansion temporal sobre la tierra y en el encumbrado asiento que ocupa en el cielo.

III. Mas porque sería infinito detenerse en todas estas consideraciones y porque la mayor parte de ellas se han de encontrar en otro lugar, me contentaré con esbozar tres privilegios en que es muy singular esta bendición, mostrando que nuestra señora fué muy aventajadamente bendita entre las mujeres, entre los justos y entre todas las criaturas.

§. II. — Que la Virgen santísima fué singularmente bendita entre las mujeres.

I. Dice S. Buenaventura (1) que el glorioso arcángel S. Gabriel colmó de bendición á la Virgen santísima

(1) Specul. B. Virg., c. 8.

cuando la saludó con estas palabras: «Bendita eres entre las mujeres.» El inclito S. Atanasio tiene en tanto esta salutación, que afirma que resuena continuamente en el cielo y que la iglesia nuestra madre aprendió de los espíritus bienaventurados á usarla en sus oraciones así públicas como particulares (1). Para discurrir al caso acerca de ella noto con Alberto Magno que la palabra bendición se emplea principalmente de cuatro maneras en la Escritura (2). En primer lugar significa la libertad de alguna desgracia. Así dice el real profeta: «Bendijiste, Señor, to tierra»; y en la segunda parte del versículo declara el sentido de esta bendición añadiendo: «Apartaste la cautividad de Jacob (5).» En segundo lugar significa fecundidad: de este modo bendijo Dios á los animales cuando los crió en el principio del mundo, y el buen anciano Ragüel bendijo á su hija y al jóven Tobias, recién casados, diciéndoles: «El Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y él os junte y cumpla en vosotros su bendición (4).» Esta bendición se llama en el capítulo XLIX del Génesis bendición de pechos y de matriz. En tercer lugar es una abundancia general de todo género de bienes. De esta especie es la que dió el Señor á Abraham después del insigne acto de obediencia sabido de todos; la que comunicó á Labán á la llegada de Jacob, á Putifar el egipcio cuando fué á servirle José, y á Obededon al entrar el arca de la alianza. Por último es lo mismo que decir alabanza y aclamación pública; en este sentido tomamos lo que cantaban las turbas cuando el Salvador entró triunfante en Jerusalem: «Bendito sea el que viene en nombre

(1) Sermo de sanctis. Dei. (3) Salmo LXXXIV, 4.

para. (4) Tob. VII, 15.

(2) Super Misas.

del Señor.» En estas cuatro significaciones trato de fundar este discurso y hacer ver cómo la Virgen santísima fué bendita singularmente entre las mujeres de esas cuatro maneras.

La primera bendición de la madre de Dios es la exención de las maldiciones echadas á las mujeres.

II. Es voz común de todos los santos padres que la virgen Maria fué completamente libre de la comun maldición de las mujeres; y hay mas segun testimonio de S. Buenaventura (1), y es que la bendición de esta señora atajó las maldiciones que habia atraído la primera mujer al mundo. «La maldición de Eva, dice S. Agustín (2), se convirtió en la bendición de Maria.» Esto es lo que á juicio de S. Fulgencio quiso significar el arcángel Gabriel cuando la llamó llena de gracia, porque entonces le dió á entender que no pasaba adelante el impetu de la ira de Dios y que por su respeto no hablaba mas que de paz y amistad.

III. Pero descendiendo á particularidades, el abad Ruperto me hace advertir que no bien pecó la primera mujer, la siguió el castigo y que á su triplice pecado opuso Dios una triplice maldición. Con efecto porque dió cidos y asenso al padre de la muerte, cuando era antes la madre de los vivientes, se volvió la madre de los muertos y se le dijo por primer artículo de su condenación: «Multiplicaré tus dolores y tus preñeces (3). Los ledios, las flaquezas y debilidades te acompañarán: te atormentarán los dolores del cuerpo y la hinchazon: los hijos que paras muertos, te afligirán; los lisiados y contrahechos te darán muerte: los desnaturalizados y re-

(1) Sermo. 1 de Annunt.

(2) Sermo. de laudib. Marie.

(3) Genes. III, 16.

heldes te quitarán la vida. » Porque codició desordenadamente el fruto prohibido y recreó sensualmente con él la vista y el gusto, fué castigada con las incomodidades del parto y se le intimó esta sentencia: «Parirás con dolor (1); pero dolor tan agudo y fuerte, que te hará dar gritos espantosos y muchas veces te reducirá al último aprieto: además tu parto será la imagen de la impureza y corrupción de tu alma. » Por último porque no contenta con haber pecado ella indujo á su marido á pecar, le fué dicho: «Estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti (2). Además de que se debilitará notablemente tu espíritu, que hubiera estado mas firme si no hubieses pecado, el suyo tomará un aire de superioridad y dominación sobre ti, de suerte que muchas veces te tratará no como á compañera, sino dura é imperiosamente como á una esclava. «Vé ahí cómo la culpa lleva siempre en pos de sí la pena y cómo de la amarga raíz del pecado no nacen nunca mas que frutos de angustia.

IV. En medio de este diluvio de males y maldiciones guardémonos de figurarnos á la madre de Dios como la verdadera arca de Noé que nada sobre las aguas, las que sirven solamente para elevarla mas y hacerla parecer siempre mas admirable en su singularidad. «Así lo pedía la razón, dice S. Leon, atendiendo á que la concepcion y el nacimiento del Salvador eran enteramente singulares (3). «¿Y á qué asunto se ha de hablar de pena, dice Ricardo de S. Víctor (4), donde no hay culpa? » Pero hablando en particular de las tres plagas que cayeron sobre la cabeza de la mujer desobediente, nos advierte san Bernardo (5) que apartemos nuestro pensamiento de

(1) Génes. III, 16.

(2) Ibid.

(3) Serm. 1 de Nativ.

(4) De Emman., l. 2, c. 23.

(5) Serm. in Signum magn.

esas incómodas preñeces, que son la primera pena del pecado, porque aqui todo es celestial y divino, y así como la madre de Dios, primera flor de la virginidad, quedó en cinta sin corrupcion, del mismo modo es razonable que lleve su carga sin peso ni incomodidad. Nada mejor á mi parecer podia decir S. Fulgencio que lo que dice á este propósito (1); á saber, que su vientre no estaba mas cargado que su alma; que era aliviada por el fruto de sus entrañas; y que era imposible que fuera agravada por la luz encerrada dentro de ella. El niño, dice S. Bernardo, la llevaba á ella mas bien que era llevado por ella (2). Con efecto vedla por los montes de Judea cuando mas molestada debia de estar: no anda, sino que corre; no corre, sino que vuela; no vuela, sino que parece es llevada por las manos de los ángeles ó que se ha vuelto tan ligera como el fuego desde que arde en sus entrañas el fuego divino.

V. En Maria no veréis señal ni vestigio de los dolores del parto. «¿Y por qué se han de buscar, dice muy bien S. Cipriano (3), cuando los dolores del parto no son mas que los ejecutores de la sentencia de Dios, el cual jamás echa la culpa al inocente? » Esos rigores, añade S. Gregorio Niseno (4), eran buenos para la madre de la muerte, no para la de la vida, y el mensajero solamente habla de gozo, de gracia y de bendición. S. Fulgencio lo dice aun mejor á mi parecer (5): que el que habia venido á levantar al mundo de la calamidad en que cayera, no pesaba á la que le habia hospedado con tanto cariño y le habia dado tan buen trato por espacio de nueve meses. Confieso que causa lástima oír á la pobre Rebeca con los dos mellizos que lleva en sus entrañas, llenar la casa de lamentos. Pero ¿qué se ha de

(1) De laudib. Virg.

(2) En el lugar citado.

(3) Serm. de Nativ.

(4) Hom. 3 in Cant.

(5) En el lugar citado.

hacer? Es preciso que tenga paciencia, ya que desee con tanta impaciencia ser madre. En cuanto á María, como solo concibió por la voluntad y obra del Espíritu Santo, no es extraño que no dé gritos y que esté exenta de las inmundicias concomitantes del parto. Ni los concilios (1), ni los santos padres no consienten que tengamos otra opinión de ella. «;Cómo! dice S. Cenón, obispo de Verona (2), ¿queréis figuraros la madre de Dios fatigada y postrada del parto, lánguida y abatida de fuerzas con las incomodidades ordinarias del alumbramiento y de la lactancia? ¿Convendría esto al hijo ni á la madre? El que había venido para limpiar la inmundicia y corrupción del mundo, no hubiera consentido jamás una cosa semejante á su redor.» S. Agustín dice maravillas hablando á cierto maniqueo. «;Has visto jamás, le dice (3), que los dorados rayos del sol que secan el barro de los caminos públicos, hayan sido manchados por él? Si no puede ser esto; ¿cómo te atreverás á decir que el claro rayo de la luz eterna se haya empañado ó ensuciado algo al pasar por entre el cristal virginal? Dime, infeliz, ¿dónde había de haber contraído la Virgen santísima impureza siendo mas pura que los ángeles?» S. Ildefonso llega á afirmar (4) que si hubiera habido alguna indecencia en el parto de la Virgen, el que hubiese experimentado así los efectos de la primera maldición, no podía llevar el nombre de hijo natural de Dios. Pero ya declaró en otra ocasión semejante el sentido que debe de tener esta proposición.

VI. Últimamente por lo que toca al dominio del marido y á la condición de la mujer mas servil que honrosa, que es la tercera pensión del pecado y no un orden esta-

(1) Concil. trullán., can. 79. (4) En el lugar tantas veces citado.
 (2) Sermo 3 de Nativ. (3) De haeresib. l. 5, c. 5.

blecido por la naturaleza bien concertada, segun atesta S. Agustín, el doctor angelico despues de él nos asegura que no existió en la madre de Dios, como tampoco las otras penas del primer pecado. De donde concluye que con justísima razon supo S. José el misterio de la Encarnación por conducto de la Virgen santísima y no esta por aquel.

VII. Doy fin á este primer discurso con un dicho muy notable del gran pontífice Alejandro III en un breve dirigido al soldan de Iconio en la Licaonia. «Grande á la verdad, dice, y muy digna de toda alabanza fué la bienaventurada virgen Maria, que fué hallada digna de llevar al medianero entre Dios y nosotros y que no tuvo igual, ni segunda entre las mujeres: porque concibió sin vergüenza, parió sin dolor y pasó de esta vida á la otra sin corrupción, á fin de que se cumpliese enteramente en ella la palabra del ángel y fuese hallada digna no á medias, sino enteramente llena de gracia, y á fin que Dios eterno, que quiso ser su hijo temporalmente, tributase á su madre el honor que había ordenado mucho tiempo antes.»

La segunda bendición de la madre de Dios es la fecundidad.

VIII. «Quién tendrá corazon para contemplar sin enternecerse ni verter lágrimas á la desconsolada hija de Jetté? Es una doncella como de unos diez y ocho años y se ve obligada á morir antes de tiempo por un voto indiscreto de su precipitado padre. Ha pedido dos meses de plazo para llorar su virginidad, y ya llega este á su término. Ella los ha pasado con algunas fieles compañeras contando sus culpas á los montes y á los valles. Cualquiera la tomará por un verdadero retrato de la muerte, porque se ha ajado su hermosa tez, sus mejillas están caídas, sus ojos apagados y medio muertos, su cuerpo

extenuado, sus fuerzas abatidas, su continente lánguido, su voz como de un moribundo: parece que está en el trance de la muerte. Si le preguntamos lo que hace; nos responderá que está celebrando sus exequias en vida. Así se practicaba en lo antiguo con las vírgenes de la gentilidad que habían dejado el servicio de Júpiter para entrar en el mundo, según cuenta Estrabon, y en la escuela de Pitágoras con los que habían abandonado la filosofía, como escribe Clemente Alejandrino (1). Si la precisamos á hablar con mas claridad; nos dirá que llora su virginidad no por haberla perdido, porque es una doncella muy casta y de fama bien sentada, sino por la nota en que cree debe de incurrir entre los suyos, porque no siente tanto el morir como el no tener posteridad; lo cual reputa por mayor desgracia que la misma muerte. Persuádese á que no quedará mas memoria de ella que si no hubiera vivido, y se figura que incurrirá en el mayor oprobio concebido entre los de su nacion, esto es, la esterilidad. Eso es lo que causa su indecible dolor.

IX. A decir verdad era tan ignominiosa entre los judios la esterilidad, que los personajes mas santos la sentian vivisimamente. No quiero indagar aqui si tenían razon ó no: bástame decir que no puede negarse que la fecundidad sea un bien; pero la desgracia está en que no puede adquirirse sino por la pérdida de otro incomparablemente mayor. Solo hay un fénix en el mundo y una madre de Dios singular en todas sus grandezas, que mereció tener descendencia sin perder su virginidad: cosa sin ejemplo antes y despues de ella, dice S. Cipriano (2), y nueva inaudita la concordia y union de la virginidad y la fecundidad. Así como madre obtuvo la ple-

(1) Stromat. 5.

(2) Serm. de Nativit.

nitud de la gracia y como virgen recibió una gloria inconcebible, á saber, el gozar en cuerpo y en alma de la presencia corporal y espiritual del Salvador. «Fué singularmente bendita entre las mujeres», dice S. Agustín, en no haber conocido varon y sin embargo haber concebido uno en sus entrañas. «Fué singularmente bendita entre las mujeres», dice S. Pedro Crisólogo (1), en haber conservado el honor de la integridad y haber adquirido la gloria de la maternidad, en haber unido á la corona de la virginidad la gracia de la fecundidad, en haber sido madre por obra del Espíritu Santo sin dejar de ser la reina de las vírgenes. «Fué singularmente bendita», dice el venerable Beda (2), en haber sido madre y virgen juntamente y haber tenido por hijo al mismo Dios; privilegio debido únicamente á la virginidad fecunda.

X. El devoto S. Bernardo trae un excelente discurso sobre esta materia entre los que compuso sobre la embajada del ángel Gabriel (3). Dice así: «A la verdad es una condicion muy dura y un yugo muy pesado el de las hijas de Eva, que han de padecer muchos males si tienen descendencia, ó ser malditas si no la tienen. Se hallan colocadas entre dos desgracias, entre los dolores por un lado y la maldicion por otro. ¿A cuál de los dos te resolverás, oh prudente y casta Virgen?; Escogerás los dolores ó preferirás incurrir en la maldicion? Por todas partes me veo angustiada», responde; pero quiero mas incurrir en la maldicion de la ley y permanecer virgen que concebir con deleite para parir con dolor; porque si bien descubro por un lado la maldicion, es sin peligro de pecado; pero por el otro incurro juntamente en el pecado y la pena, fuera de que no es mas que una maldicion legal, la que no quiere decir otra cosa que un

(1) Sermo 43.

(3) Hom. 4 in Misus.

(2) Hom. in Evang. Miss. est.

vituperio y deshora delante de los hombres, los cuales me tendrán como inútil y como un árbol sin fruto. Pero poco me importa el vituperio de los hombres; con tal que guarde la fe á mi Dios. Oh Virgen santa, ¡qué prudente eres! Pero no por eso eres menos dichosa. Aceptas voluntariamente la maldición de la ley por agradar á aquel á quien únicamente desoas contentar; pero te advierto que la maldición se convertirá en bendición y la esterilidad en fecundidad. Así disponte á recibir al que debe de obrar en tí grandes cosas y que en vez de la maldición de Israel te colmará de la bendición de todas las naciones del mundo. Además no tengas ningun miedo de esa fecundidad, porque no menoscabará tu integridad: concebirás verdaderamente; pero sin pecado: estarás en cinta; pero sin las incomodidades y achaques de la preñez: parirás; pero sin dolor: tendrás un hijo; pero sin conocer varón: serás madre del que tiene á Dios por padre, y esta prenda del amor paternal será la corona de tu castidad. En una palabra parirás un Dios como concebirás de Dios.» No puede decirse cosa mejor. ¡Oh qué perfectamente entendía la Virgen este secreto! exclama S. Anselmo (1). ¡Oh qué bien sabía que cuanto mas cuidadosamente guardase su castidad, mas abiertamente se acercaría á aquel que es castísimo y hasta la misma castidad. En cuanto la Señora tomó la resolución de abrazar lo que juzgaba ser mas agradable á su Criador, resolvió al mismo tiempo hacerse superior á la maldición de la ley y despreciarla por amor de aquel de quien sabía que estaba tan lleno de bondad y sabiduría, que no permitiera le aconteciese á ella ningun mal por haber querido conformarse con su mas perfecta voluntad. Y no se engañó, porque ¡quién se ha arrepentido jamás de haber puesto su con-

(1) De excellent. Virg., c. 4.

fianza en Dios? Hesiquio, presbítero de Jerusalén, habla como extático de este misterio inefable. «¿Quién vió ú oyó jamás, dice, una cosa semejante? ¿Dónde está el labrador que siegue sin haber arado ni sembrado? ¿Dónde está el viñador que vendimie sin haber plantado ni cultivado la viña? ¿Dónde se ha visto correr un arroyo que no se derive de fuente ó manantial (1)?» Pues esta es la maravilla que tenemos á la vista, y el privilegio que ponen en las nubes los santos padres confesando que no han dicho nada despues de alegar cuanto tenían que decir.

XI. Si hubiera alguno que quisiese rebajar el precio de la fecundidad de la Virgen porque no parió mas que un hijo; me contentaré con remitirle al discurso que S. Epifanio compuso expresamente para responder á este pensamiento (2). «La leona, dice, no tiene mas que una camada; pero pare un leon que es el rey de los animales, guardándole veinte y seis meses enteros en su vientre, de donde sale ya dispuesto para correr tras de la presa, armado de dientes y garras, temible por su rugido y sabiendo que él es el dueño y que todos tiemblan en su presencia. ¿Y por qué he de tener yo dificultad en llamar leona á la Virgen, supuesto que las sagradas escrituras llaman león á su hijo y nos le pintan siguiendo á su presa y mostrando ser rey en su porte, en su modo de andar, en su rugido, en todo? Dicen que nuestra señora no tuvo mas que un hijo: es verdad; pero es un leon, un Dios que no há menester de segundo, porque debe de ser únicamente único. Antiguamente las emperatrices de Oriente parian en una cámara llamada la púrpura porque estaba cubierta de ella de arriba abajo, y el niño recién nacido era recibido al punto en la púrpura para recibir, digámoslo así, la inves-

(1) Serm. 2 de sancta Deip. (2) Serm. de laudib. Maria.

tidura de emperador. En cuanto á la sacratísima Virgen confesamos que si Dios no hubiera atendido mas que al mérito de ella, debía de haber parido en el cielo, y el fruto de su vientre debía de haber sido colocado en el trono de Dios: tan extraordinaria y singular en su especie es esta fecundidad. El mismo S. Epifanio hablando del sagrado vientre de la madre incomparable la llama un segundo trono de los querubines (1), sobre el cual descansa la majestad de Dios, y si el que está allá arriba, se llama el primero, es solo por el orden del tiempo, porque en cuanto al mérito esta señora le lleva ventaja sin dificultad, como hará ver en el capítulo XV. Faltan palabras á este santo doctor, el cual quisiera decir mucho mas de lo que dice; sin embargo afirma que está mas alto que el cielo de los planetas y es mas resplandeciente que el firmamento y mas capaz que el empyreo, supuesto que contuvo al que excede en extension á esta última esfera casi infinita en su magnitud. San Gregorio Niseno dice unas cuantas palabras nada mas, que dan no poco que pensar; y es que respecto de todos los demás es maravilla cuando se halla un espíritu tan puro, que quiera Dios habitar en él con satisfacción; pero en la Virgen fué todo tan santo, que su mismo cuerpo fué hecho dignísima morada del Espíritu Santo.

La tercera bendición de la madre de Dios fué el acumular en sí todas las gracias concedidas á las mujeres.

XII. Tertuliano nota con mucha oportunidad en el libro *De reconditis virginibus* que el ángel al saludar á la madre de Dios no le dijo que era bendita entre las vírgenes, sino bendita entre las mujeres, para darle á en-

(1) *Serm. de laudib. Maris.*

tender que era agraciada generalmente con todas las bendiciones propias de este sexo, que dividimos en las tres clases de vírgenes, viudas y casadas. Estas tres clases se figuran en el Evangelio por tres especies de tierras desigualmente fértiles: las unas producen ciento, las otras sesenta y las otras treinta por uno: así como son diferentes en bondad y en producto, así también lo son en la calidad de los frutos, habiéndolas bendecido de diversa manera el divino labrador; y aunque cada una de ellas tiene motivo para estar contenta con su suerte, eso no quita que unas lleven ventaja á las otras. Los sagrados libros atestan que la virginidad tuvo para ser manifiesta una bendición triplíce, quiero decir la incorrupcion de la carne, la libertad del cuerpo y del espíritu y la conversacion con los ángeles. En decir del Sabio la incorrupcion hace ser cercano á Dios (1); de suerte que S. Juan en su Apocalipsis compone de este escudron blanco la comitiva ordinaria del cordero (2). La libertad del cuerpo y del espíritu, que S. Pablo aprecia tanto en esta condicion de vida, suministra á las vírgenes el medio de entregar su corazón todo entero al que es legítimo poseedor de él. La conversacion angélica favorece su entrada en el cielo y las libra de los cuidados y amarguras que atormentan á los otros por lo comun. La viudez asimismo tiene sus bienes peculiares recomendados en la sagrada escritura, á saber, la proporcion de vacar á la oracion, la maceracion del cuerpo y la práctica de las buenas obras. La primera está representada por la profetisa Ana (3), que no se separa nunca del templo y se da á la oracion continua; la segunda está figurada en Judit (4), que no se quita jamás el ci-

(1) *Sap. VI. 20.*

(2) *Apocal. XIV.*

(3) *Luc. II.*

(4) *Judit IV.*

licio sino en las fiestas y las neomenias; y la tercera en la viuda de Sarepta (1), que hospeda y trata con tanta caridad á Elias. La primera bendicion no solo la hace tomar de buena voluntad su viudez, sino que les paga con muy crecidos intereses la pérdida de sus maridos dándoles por esposo al mismo Dios. La segunda les sirve de preservativo contra la memoria de los deleites pasados. La tercera hace su vida provechosa para el prójimo y ejemplar á todos. Tampoco carece de bendicion el matrimonio, porque segun testimonio de S. Agustin (2) tiene por su porcion la fecundidad y el sacramento. La fidelidad junta á la reciproca amistad de los casados aligera el yugo de su condicion, mitiga sus molestias y los hace sobrellevar el peso de su estado: la fecundidad les sirve de vinculo de mutuo afecto y los halaga con una grata esperanza de inmortalidad: el sacramento templá su fuego y los provee de todas las gracias necesarias para cumplir sus deberes.

XIII. Bien puedo decir aqui con el Sabio que si muchas mujeres allegaron riquezas, la Virgen las sobrepujó á todas (3): porque ¿quién nos dirá en qué grado poseyo la incorrupcion, primer fruto de la virginidad, con qué libertad de corazon y de espíritu vivió ya en los doce años de mansion en el templo, ya en los treinta y tres que habito con su hijo, ya en el resto de su vida hasta su dichosísimo tránsito? ¿Quién nos hablará de la suavidad de su conversacion ordinaria con los ángeles, conversacion que á nadie deberá de parecer extraña, supuesto que la Señora trataba tan familiarmente con el rey de los ángeles? En una palabra ¿quién nos declarará la energia de los términos con que la alaba la iglesia llamándola LA VIRGEN SINGULAR? ¿De quién aprenderemos con qué

(1) III Reg. XVII.

(3) Proverb. XXXI, 39.

(2) De nuptiis.

VIC. JESU. 12

perfeccion disfrutó todos los privilegios de las viudas, aquella oracion tan continua, que ni aun por el sueño era interrumpida, tan ferviente, que era la confusion de los extáticos serafines, y tan llena de celestial dulcedumbre, que no parece sino que vivía ya en el cielo; aquella maceracion tan extremada de su cuerpo, que afirma san Ambrosio (1) sobrepujaba las fuerzas humanas; aquel ejercicio de buenas obras en el consocio de los afligidos, en el alivio de los menesterosos, en la instruccion de los maestros y doctores del mundo, segun hemos visto mas arriba? Finalmente y ya que cogió las rosas del matrimonio sin punzarse con sus espinas, ¿quién nos mostrará cómo se aventajó á todas las simples criaturas en la posesion de los bienes pecuniarios de este estado; la fidelidad, la prole y todos los efectos del sacramento, aunque sin sacramento, porque todavía no estaba instituido? Estas prerogativas inexplicables la hacen sobresalir singularmente entre las mujeres, es decir, entre las virgenes mas sin comparacion que las Ineses, Aguedas, Cecilias y todas las otras; entre las viudas mas que las Brigidas, Catalinas, Isabelas y otros espejos semejantes de santidad, entre las casadas mas que las Clotildes, Radegondas, Blancas, Juanas y otras maravillas de la corte, antorchas de virtud y ornamento de piedad, todo para gloria del esposo de las almas escogidas, honra del sexo femenino y consocio de los hijos de la iglesia, que son al mismo tiempo los hijos de la reina de las bendiciones.

La cuarta bendicion de la madre de Dios son las alabanzas privadas y las aclamaciones públicas.

XIV. Explicando Haymon, obispo de Alberstadt, el elogio de la Virgen de que he discurrido hasta aqui,

(1) De Virg., l. 2.

juzga (1) que santa Isabel, á quien el Espíritu Santo se le dictó primeramente, tenía en su pensamiento cuando le pronunció, todas las mujeres mas excelentes de la antigüedad y que comparándolas con la madre de Dios reconoció haber sido esta mas aventajadamente bendita que Sara, Rebeca, Judit, Ester y todas las otras juntas. A mi entender quiero decir que juzgaba que esta Virgen singular no solo se había llevado el precio de las gracias de Dios sobre todas las mujeres antiguas que habían sido la honra de su siglo, sino que sería mas abiertamente alabada y premiada que todas las otras; que su fama no quedaría encerrada en la Judea como la de ellas, sino que sería llevada á los pueblos desconocidos hasta los confines del mundo, es decir, por donde quiera que fuese oído el nombre de su hijo. El sabio Salomón pasa mas adelante, porque, hablando proféticamente dice que se levantaron sus hijos y la aclamaron por beatísima, y tambien la alabó su esposo (2), que es el Espíritu Santo. «A la verdad corresponde propiamente al Espíritu Santo, dice S. Ildefonso (3), pelear por las grandezas de su esposa y á la virtud del Altísimo que la hizo á ella sombra.» Lo cual confirma S. Buenaventura diciendo (4) que cualquiera que se inclina á alabar, bendecir y honrar á la Virgen, necesariamente debe ser movido por el Espíritu Santo, á quien solo corresponde ilustrar interiormente su alma y dirigir exteriormente su lengua. «De suerte que no conviene á todos, dice S. Basilio de Seleucia (5), cantar las alabanzas de Maria, sino solo á aquellos que son guiados de lo alto para hacerlo y que tienen particularísimo afecto á la Señora.» Añade que este es el oficio de los que levantan sus pensamientos y de-

(1) In Evang. Miscus est.

(2) Proverb. XXXI. 28.

(3) De virg. B. Mariae.

(4) In psalterio.

(5) Oral. de Annunt.

seos al cielo por medio de la contemplación de las cosas celestiales y que tienen purificada el alma, porque siempre es cierta esta proposición de S. Juan Damasceno: que ella sobrepuja todos los conceptos de sus panegiristas. Así mil y mil veces dichosos los Atanasios, los Cirilos, los Damascenos, los Ildefonsos, los Anselmos, los Bernardos y otros muchos, que consagraron su ingenio, su pluma y su lengua á las alabanzas de esta reina, porque si hubiera algo que desear en este mundo, sería á mi ver el poder participar de esa dicha. Pero suspendamos aquí el discurso y aguardemos á mejor ocasion (1) para hacer ver cómo se ha empleado todo el mundo en honrarla y publicar sus grandezas.

S. III.—Que es singularmente bendita entre los justos y los amigos de Dios.

I. No sería cosa admirable que la reina de los ángeles fuese singularmente bendita entre las mujeres, si no lo fuera igualmente entre los justos, que son los amigos de Dios. De esto nos dan completa certeza el devoto Idiota, Sofronio de Jerusalem, S. Juan Damasceno y otros infinitos doctores. «En ti, Virgen sacratísima, le dice el primero (2), estan reunidos todos los privilegios de los santos. Ninguno de ellos puede ser comparado á ti, y por cima de ti no se halla mas que Dios solo.» El segundo no se contenta con eso, sino que afirma (3) que así como nadie puede llamarse bueno en comparación de Dios, del mismo modo ninguno es perfecto respecto de Maria, por encumbrado que esté en virtud y santidad. Pero el tercero se remonta tanto, que no hay ya medio de pasar mas allá, porque sostiene (4) que hay

(1) Cap. XII.

(2) Contempl. de B. V., c. 2.

TOMO I.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Serm. 4 de nativ. B. V.

juzga (1) que santa Isabel, á quien el Espíritu Santo se le dictó primeramente, tenia en su pensamiento cuando le pronunció, todas las mujeres mas excelentes de la antigüedad y que comparándolas con la madre de Dios reconoció haber sido esta mas aventajadamente bendita que Sara, Rebeca, Judit, Ester y todas las otras juntas. A mi entender quiero decir que juzgaba que esta Virgen singular no solo se habia llevado el precio de las gracias de Dios sobre todas las mujeres antiguas que habian sido la honra de su siglo, sino que seria mas abiertamente alabada y premiada que todas las otras; que su fama no quedaria encerrada en la Judea como la de ellas, sino que seria llevada á los pueblos desconocidos hasta los confines del mundo, es decir, por donde quiera que fuese oido el nombre de su hijo. El sabio Salomón pasa mas adelante, porque, hablando proféticamente dice que se levantaron sus hijos y la aclamaron por beatísima, y tambien la alabó su esposo (2), que es el Espíritu Santo. «A la verdad corresponde propiamente al Espíritu Santo, dice S. Ildefonso (3), pelear por las grandezas de su esposa y á la virtud del Altísimo que la hizo á ella sombra.» Lo cual confirma S. Buenaventura diciendo (4) que cualquiera que se inclina á alabar, bendecir y honrar á la Virgen, necesariamente debe ser movido por el Espíritu Santo, á quien solo corresponde ilustrar interiormente su alma y dirigir exteriormente su lengua. «De suerte que no conviene á todos, dice S. Basilio de Seleucia (5), cantar las alabanzas de Maria, sino solo á aquellos que son guiados de lo alto para hacerlo y que tienen particularísimo afecto á la Señora.» Añade que este es el oficio de los que levantan sus pensamientos y de-

(1) In Evang. Miscus est.

(2) Proverb. XXXI. 28.

(3) De virg. B. Marie.

(4) In psalterio.

(5) Oral. de Annunt.

seos al cielo por medio de la contemplacion de las cosas celestiales y que tienen purificada el alma, porque siempre es cierta esta proposicion de S. Juan Damasceno: que ella sobrepuja todos los conceptos de sus panegiristas. Así mil y mil veces dichosos los Atanasios, los Cirilos, los Damascenos, los Ildefonsos, los Anselmos, los Bernardos y otros muchos, que consagraron su ingenio, su pluma y su lengua á las alabanzas de esta reina, porque si hubiera algo que desear en este mundo, sería á mi ver el poder participar de esa dicha. Pero suspendamos aqui el discurso y aguardemos á mejor ocasion (1) para hacer ver cómo se ha empleado todo el mundo en honrarla y publicar sus grandezas.

S. III.—Que es singularmente bendita entre los justos y los amigos de Dios.

I. No sería cosa admirable que la reina de los ángeles fuese singularmente bendita entre las mujeres, si no lo fuera igualmente entre los justos, que son los amigos de Dios. De esto nos dan completa certeza el devoto Idiota, Sofronio de Jerusalem, S. Juan Damasceno y otros infinitos doctores. «En ti, Virgen sacratísima, le dice el primero (2), estan reunidos todos los privilegios de los santos. Ninguno de ellos puede ser comparado á ti, y por cima de ti no se halla mas que Dios solo.» El segundo no se contenta con eso, sino que afirma (3) que así como nadie puede llamarse bueno en comparacion de Dios, del mismo modo ninguno es perfecto respecto de Maria, por encumbrado que esté en virtud y santidad. Pero el tercero se remonta tanto, que no hay ya medio de pasar mas allá, porque sostiene (4) que hay

(1) Cap. XII.

(2) Contempl. de B. V., c. 2.

TOMO I.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Serm. 4 de nativ. B. V.

infinita distancia entre todos los siervos de Dios y su santísima madre. Después de esto no queda mas que prorumpir en admiraciones, pasmarse y extasiarse. Y tal vez sería lo mejor detenernos aquí, especialmente si se atiende á lo que se ha dicho poco antes de la ventaja que la Virgen lleva en gracia á todos los demás santos; gracia que es la misma bendición ó que no puede estar separada de ella. Con todo por no perjudicar á este discurso reduciré brevemente á dos figuras la ventaja de esa bendición.

El primer símbolo de la ventaja que la Virgen santísima lleva en bendiciones á todos los justos, es la tierra prometida á los israelitas.

II. Un docto intérprete del Cantar de los cantares, que vivía unos cuatrocientos años há y que por humildad se dió el nombre de Guillermo el Pequeño, segun piensan algunos, acordándose de que á cada paso convida el real profeta al mundo bajo el nombre de la tierra á cantar las alabanzas de Dios, distingue sutilmente tres especies de tierra en la prefacion de su libro. Hay un cántico, dice, que podemos llamar el cántico antiguo; otro que debe de llamarse el cántico nuevo, y otro que es propiamente el cántico singular. El primero es el de la creacion, al cual el profeta convida generalmente toda la tierra, es decir, todas las criaturas racionales, los ángeles y los hombres juntamente, porque tienen igual parte en este beneficio. El segundo es el de la redencion, al que son convidados todos los que han sido redimidos de la tierra, que no son otros que los hombres. El tercero es el de la santa maternidad y de la concepcion del Verbo divino, que solamente puede ser cantado por aquella tierra mil veces dichosa, que brotó y produjo al Salvador del mundo, es decir, la gloriosa Virgen madre de Dios, la cual entona aparte su cántico de

gratitud en los montes de Judea. Ella fué propiamente figurada por la tierra prometida, segun enseñan san Agustin (1), S. Bernardo (2), Jorge de Nicomedia (3) y algunos otros, porque el que los justos y amigos de Dios son representados por la tierra buena es una cosa tan clara en las sagradas escrituras, que en vano me cansaré en demostrarlo. Con este motivo Dios en el antiguo testamento y el Mesias en el nuevo se compara frecuentemente al labrador, sus gracias y doctrina á la buena semilla, y el deseo que tiene de la salud y perfeccion de las almas, al cuidado diligente y á la fatiga del que cultiva la tierra. Además entre esa muchedumbre y diversidad de tierras hay una únicamente querida de Dios y singularísimamente bendita, que es la sagrada é immaculada Virgen, como se verá por las semejanzas que tiene con la tierra de bendicion prometida tan reiteradas veces por Dios á su pueblo escogido.

III. La primera ventaja de la tierra prometida se debe de sacar de su situacion. No se olvidó de esto Moisés en su cántico (4), ni tampoco el profeta Isaias (5), que la llaman tierra alta, porque como dice el sabio Abulense (6), es eminente no solo sobre las regiones circunvecinas, sino sobre todas las de nuestro hemisferio, á causa de que estando en medio de la tierra habitada, si se tira una línea recta sobre esta, se hallará aquella sobre las que se adelantan hacia el Oriente y el Poniente, hacia el Norte y el Sur, es decir, sobre todas las otras tierras. Aquí es donde encuentro la primera bendición de nuestra tierra espiritual, que en el mismo instante que fué criada, se vió sobre los montes más altos, co-

(1) Serm. 100 de tempore.

(2) Sermo 3 in Salva.

(3) Orat. de present. B. V.

(4) Exod. I.

(5) Isai. c. IV.

(6) In locum citat. Exod.

mo dice David, es decir, en la cumbre de la mas eminente santidad. Desde allí acercándose á Dios cuanto es permitido á una simple criatura, ve debajo de sí á los mayores santos de la tierra como otros tantos mosquitos por la infinita distancia que hay entre ella y ellos, segun decia S. Juan Damasceno.

IV. La segunda ventaja de la tierra prometida consiste en el goce de las influencias celestes, en el favorable aspecto del sol y de los astros y sobre todo en el continuo cuidado que se digna de tener de ella el criador y moderador del universo. El gran legislador Moisés dió á entender al pueblo de Dios este privilegio de la tierra prometida diciéndole: (1) «La tierra que entráis á poseer, no es como la tierra de Egipto de donde saliste, en la que despues de arrojada la semilla se conducen aguas de regadio á manera de las nuestras, sino que es de montes y de vegas que espera la lluvia del cielo, la que el Señor tu Dios visita siempre, y sus ojos estan sobre ella desde el principio del año hasta el fin de él.» ¿Puede pintarse mejor y con colores mas vivos la difusion perpetua de las bendiciones del cielo sobre la gloriosa madre de Dios y el cuidado y cariño con que era gobernada de la providencia mas que paternal de Dios? Nunca tuvo esta tanto gusto en gobernar á ninguna criatura como en dirigir á aquella preciosa alma, porque si Dios le echaba miradas sin cesar, ella por su parte no dejaba de tener continuamente los ojos fijos en él; de suerte que podia decir singularmente lo que se lee en los Cantares: «Mi corazón es todo de mi amado, y recíprocamente él tiene siempre su pensamiento en mí (2).» San

(1) Deuter. XI. 10, 11 y 12.

(2) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur. — «Tambien tuvo siempre derecho pa-

ra decir con verdad y sin ninguna presunción estas palabras del profeta: «Yo soy, y fuera de mí no hay mas: no me senta-

Bernardino de Sena descuellan en este punto manifestando cómo la Virgen no pensaba en otra cosa que en Dios, ni tenia otra ocupación que el amor y la consideración del sumo bien. «Sus ojos, dice, no veian nada mas que la hermosura y las perfecciones del rey de la gloria su esposo. Sus oidos estaban siempre abiertos para oír hablar de él y cerrados para todo lo demás. Su paladar no podia saborear otra vianda, ni su olfato oler otro olor. Su única satisfaccion era tener abrazado á su Dios y estrecharle intimamente con todo su afecto.» En una palabra no hay tanta correspondencia entre la aguja y la estrella polar, entre el hierro y el iman, entre el sol y la cálendula como habia entre Dios y el sacratisimo corazón de Maria. Esta correspondencia era la fuente viva de las bendiciones del cielo que continuamente se derramaban sobre ella.

V. En cuanto á la fertilidad de la tierra prometida es maravilloso lo que se escribe de ella. No sin mucha razon Moisés en su cántico echa en cara al pueblo de Dios la merced que iba á hacerle de llevarle como á caballo entre sus brazos á aquella mansion deliciosa, para que se alimentase de la grosura de la tierra y de las bendiciones del cielo, porque iba á habitar en el lugar mas agradable del mundo (2). Isaías le compara al cuerno de la abundancia ó á un vaso de aceite (3). El historiador Josefo le llama una marca divina (4), y

ré vida, ni conoceré esterilidad (*).» Nunca dejó de obrar el bien: no conocia la pereza ni la desidia, y no pagó jamás al divino labrador con ingratitude y sequedad. Esta tierra produjo siempre en abundancia excelentes frutos, y mas fértil que el

árbol que da todos los meses manzanas nuevas, estará siempre cargada de flores, hojas y nuevos frutos.»

- (1) T. 2, serm. 52, a. 2, c. 2.
(2) Exod. XV.
(3) Isai. V.
(4) Antiq. l. 6.

(*) Isai. XLVII, 6.

todos cuantos le han visto, le ponen en las nubes. Aristeas dice en la historia de la traslación de los Setenta que sin hablar de las innumerables comodidades proporcionadas por el mar aquel lugar no carece de nada de cuanto puede hacer fértil y delicioso un terreno. En él están reunidas todas las bendiciones de las otras tierras, las palmas de los idumeos; las sedas de los seres, los limones, melones y naranjas de los babilonios, los jardines de las Hespérides, las cañas de azúcar del Brasil, las flores de Enna, el maná de Catabria, las uvas de Chipre y de Corinto, los granos de Sicilia, el ámbar gris del Océano, la canela y las especias de Sabá, el bálsamo del Perú, los jugos y gomas de la Arabia, la caza de Candía, los leones de la Libia, los camellos de la Persia, el marfil de la India, las minas del Septentrion y del Mediodía, el aire de las Atlántidas, los arroyos y ríos de Tesalia; en una palabra allí se encuentra reunido por la mano liberal de Dios cuanto anda esparcido por las demás regiones del orbe. Brocard que hizo un viaje curioso á la tierra santa, dice que allí los frutos vienen abundantemente y con muy poco trabajo; que las vides y los árboles por la mayor parte dan dos veces fruto; y que las campiñas se parecen á los jardines de otras provincias. Para abreviar diré que por la muchedumbre de sus habitantes es fácil de conjeturar la bondad del país, pues ateniéndonos á lo que dicen las santas escrituras, resulta que antes de ocuparle Israel era habitado por siete naciones diversas; que tenia varios reyes y príncipes; y que cuando David hizo el empadronamiento de sus vasallos, se halló que habia un millon y quinientos mil hombres en estado de tomar las armas; lo cual, computándolos por la cuarta parte del pueblo segun el cálculo ordinario, daria seis millones de almas en una region no mas extensa que la Flandes. Bien conozco que mi pensamiento no puede concebir y

mucho menos mi pluma escribir lo que aquel concibe acerca de la fecundidad de la tierra singularmente bendita de Dios, que es la gloriosa virgen María; porque ¿cómo he de manifestar el número, la excelencia y el mérito de sus pensamientos, palabras y obras, todas divinas, frutos dignos de un terreno tan pingüe y tan bien situado, regado con tanta abundancia y favorecido en tal grado de las influencias celestes? ¿Cómo he de hacer ver la santa porfia que habia entre la diligencia esmerada del labrador celestial y la bondad de esta tierra benditísima? Baste decir que no se halla nada en ninguna otra que no haya dado ella liberalísimamente á su dueño. En tiempo y sazón le ofreció la pureza de los ángeles, la fe de los patriarcas, la longanimidad de los profetas, la plenitud de los apóstoles, la caridad de los mártires, la fortaleza de los confesores, la fecundidad de los casados, la continencia de las viudas y la integridad de las vírgenes. Pero sobre todo esto le ofreció el fruto únicamente deseado del cielo y largamente esparcido de todas las naciones del mundo; fruto que no tiene igual en todas las regiones alumbradas por el sol.

VI. ¿No vemos ya aquel racimo de uvas escogido, que es llevado en unas parihuelas por los dos exploradores de la tierra santa? Desde luego que son Josué y Caleb. S. Ambrosio (1), S. Agustin (2), S. Gerónimo (3), S. Próspero (4), el abad Ruperto (5), y S. Bernardo (6) le reconocen por una figura muy expresiva del Salvador del mundo, pisado á manera de un racimo en el lagar de la cruz y dado á la tierra, segun dice S. Gau-

(1) Sermo 73 de S. Cipriano.

(2) Sermo 200 de tempore.

(3) Ad Fabiolam in mensi-
no decima quinto.(4) Part. 2^a de predic., c.

(5) In cap. XIII Num.

(6) Sermo 44 in Cant.

dencio, obispo de Brescia (1), como el fruto delicioso de que se alimentan y con que engordan los corazones de los fieles tanto en esta vida cuanto en la futura. Este racimo de uvas está en medio de los dos testamentos, y por él podemos juzgar fácilmente de la bondad de la tierra de los vivos que nos ha sido preparada.

VII. Haría yo un agravio á la tierra de bendiccion, si olvidase el precioso nombre que la sagrada escritura le da en muchos lugares (2) llamándola tierra de leche y miel no solo por la abundancia de los bienes que produce, sino por sus exquisitos pastos, por la variedad de sus flores que atraen á tantas abejas, de las que se encuentran enjambres donde quiera, en el hueco de los árboles y en los agujeros de los peñascos, y especialmente por la increíble suavidad de sus frutos. Los historiadores citados arriba y en particular Josefo y Brocard me serán fieles testigos. El primero atesta que hay palmas tan llenas de miel, que se saca con solo estrujarlas con el pié. El segundo describe cierta fruta llamada manzanas del paraíso, que tienen la figura de un huevo, sin pepitas, unidas entre sí en gran cantidad como los granos de uva de un racimo y formando uno del tamaño de una castaña: son tan dulces y sabrosas de comer, que con razón se creese fuese aquel árbol algun vástago del paraíso terrenal. ¿Qué necesidad hay de que pase yo adelante, cuando basta esta dulzura tan extraordinaria para trasladar nuestros pensamientos hácia aquella que dice en el libro del Eclesiástico (3) que su espíritu es mas dulce que la miel y que los bienes que prepara á los suyos por herencia y les da aquí de cuando en cuando por fruición anticipada, exceden en dulzura á la obra de las abejas; aquella á

(1) Trat. 16.

(2) Exod. III y XV: Deu-

ter. VIII y XXXII etc.

(3) Eccl. XXIIV.

quien alaba el esposo diciendo: «Tus labios son un panal de miel que destila, esposa mia: miel y leche debajo de tu lengua (1);» aquella de quien dice S. Pedro Damiano (2) que es la misma dulzura, por nadie paladeada mejor que por el que la ama, y que el dulcísimo esposo de las almas bajó á ella con toda su dulzura? Esto es muy fácil de experimentar, porque para probarlo no hay mas que amarla.

VIII. Pero despues de todas estas consideraciones debo de confesar que hay una que arrebatá mi entendimiento y me parece tan admirable como la que mas. Hablo de la que apunta Moisés en su cántico diciendo (3) que cuando el Altísimo dividia las naciones, cuando separaba los hijos de Adam, fijó los limites de los pueblos segun el número de los hijos de Israel; mas la porcion del Señor es su pueblo, y ha tomado á Jacob por su heredad estableciéndole en tierra preparada para él y exclusivamente propia suya. Esta es la dicha inexplicable de la madre de Dios y la primera fuente de sus bendiciones: esta es la suerte mil veces venturosa que le tocó cuando Dios, haciendo en las ideas de su predestinacion eterna el diseño de sus escogidos y el plan del empleo de sus criaturas, la eligió particularisimamente para madre de su único hijo; amada del cielo, objeto de su cariño, sugeto de sus grandes misericordias y segunda pieza acabada de su bondad. Bendigan mil veces esta suerte todos los que la aman; bendigan millares de millares de veces al que tan acertadamente lo dirigió para su gloria y para bien de la madre de toda bendiccion.

(1) Cantic. IV.

(2) Sermo de Assumpt.

(3) Deuter. XXXII.

El segundo símbolo de la ventaja que la Virgen santísima lleva en bendiciones á los otros justos, es el tabernáculo de la alianza.

IX. Sé por S. Bernardo que las tiendas ó tabernáculos, como los llama la Escritura, son la figura de los justos y de los amigos de Dios que peregrinan en la tierra; porque las tiendas, dice el santo doctor, son para los que trabajan ó pelean; ¿y no se ejercitan en esto los justos durante su vida mortal? Las tiendas no tienen cimientos como las casas, sino que están hechas para trasladarlas á todas partes; y no dice S. Pablo que los amigos de Dios no tienen aquí morada fija, sino que van buscando la que los espera en el cielo? Las tiendas están cubiertas por arriba para preservar de las inclemencias del cielo á los que las habitan; y las buenas almas ¿no están resguardadas de todo lo que pudiera ofenderlas, por la gracia y la protección de Dios? Hugo de S. Victor moralizando según su costumbre sobre el mandato dado al pueblo de Israel en el libro del Levítico para que celebrara en el séptimo mes la fiesta de los tabernáculos durante siete días, y levantara tiendas, y pusiera ramos en las azoteas ó en las entradas de las casas, para que ofreciera víctimas á Dios durante este tiempo y dieran señales de regocijo público celebrando banquetes y tocando los clarines y trompetas, todo con el intento de perpetuar la memoria de su salida de Egipto y de los cuarenta años que habían estado acampados en el desierto, dice (1) que lo mismo manda Dios á los justos; á saber, que armen tiendas ó mejor que ellos mismos se hagan verdaderas tiendas espirituales por los ejemplos de sus virtudes y su santa conversacion; y esto ha de ser

(1) Sermo 31.

por espacio de siete dias y en el séptimo año, es decir, todo el tiempo de su vida y mientras están en gracia. Con cuyo motivo es necesario que suban al monte de la santa contemplacion y que allí cojan el ramo de una vida ejemplar y laudable, las ramas de oliva, mirto, palma, sauce y del árbol frondoso, que son las obras de misericordia, de templanza, de fortaleza, de castidad y generalmente de todas las demás virtudes. Es necesario que estas cabañuelas se pongan en la parte mas alta ó bien á la entrada de las casas por el desprecio de todas las cosas terrenas y el fruto de las santas obras, con que los justos deben regocijarse á los ángeles y dar ejemplo á cuantos los ven. ¡Oh qué bueno es oír estos sonidos y estas voces de júbilo! ¡Oh qué bueno es oír el olor de estos perfumes y sacrificios! ¡Oh qué bueno es ver estas tiendas con tanto orden dispuestas á lo largo de la ciudad santa! ¡Oh qué gana me da de exclamar con aquel que contra su voluntad tuvo que bendecir al pueblo de Dios! ¡Qué hermosos son tus tabernáculos, Judá! ¡Qué agradables son tus tiendas, Israel! No parece sino que son unos sotos naturales, conservados y cultivados con sumo cuidado en la falda de las mas risueñas colinas ó como vergeles situados en la corriente de las aguas, ó por lo menos que son unas tiendas hechas y fijadas por la mano de Dios.

X. El parafrasta jerosolimitano me sugiere aquí un pensamiento bello, pues en lugar de estas palabras: Como los tabernáculos que fijó el Señor; dice: Como el tabernáculo de la alianza que has levantado en mi alma y al rededor del cual has dispuesto las tiendas de Israel. Con efecto es preciso confesar que los justos y los amigos de Dios son verdaderamente otras tantas tiendas y pabellones queridos de Dios, el cual los tiene bajo su protección; tiendas que regocijan al cielo y á la tierra y donde se encuentran escuadrones de ángeles para el consuelo y

aliento de los que están dentro; pero en medio de ellos se ve una tienda singularmente bendita, una cabañuela celestial, un pabellon que no tiene otro igual, en una palabra un tabernáculo divino levantado con el fin de mantener la alianza de Dios con los hombres. No es invencion mia el entender por este tabernáculo divino á la sacratísima madre de Dios, sino que lo he aprendido de S. Atanasio (1), del Crisostomo (2), de S. Juan Damasceno (3), de S. Agustin (4), de S. Andrés de Candia (5), de Jorge de Nicomedia (6) y de otros varios autores graves (7), quienes le tomaron por una figura excelentísima de la virgen Maria. Las semejanzas que hay entre el uno y la otra, nos obligan á confesar que Maria lleva ventaja á los demás justos en punto de las bendiciones; que es lo que intento principalmente.

XI. En primer lugar tocante á la materia el tabernáculo de la alianza estaba construido de madera de setim, madera rara y preciosa, incorruptible y eterna, cuando todos los demás se hacían de pieles ó se aderezaban con simples ramas de árboles propias para delectar la vista un dia y que al siguiente se arrojaban al fuego. No dirá aqui como algunos herejes que la Virgen santísima tuvo un cuerpo de otra naturaleza que los nuestros, porque sé que es un error condenado por la iglesia: pero no tengo dificultad de sostener que si bien fué hija de Adam como nosotros, no fué de Adam el pecador, de suerte que tomase de él una carne pecadora como nosotros, sino de Adam el justo, de quien sacó una carne purísima y compuesta toda de santidad como

(1) Sermo de S. Deipara.
(2) Orat. de Annuntiat.
(3) Orat. de Nativ.
(4) Sermo de Assumpt.

(5) Orat. 1 de Annuntiat.
(6) Orat. de oblat. Virg.
(7) S. Ildesphous., serm. 7 de Assumpt. etc.

la llama S. Basilio (1). Con efecto pues que no existió en la idea de Dios, segun haré ver en otra parte (2); hasta despues de determinada la reparacion del primer hombre, no puede decirse que la alcanzase la maldicion general echada á todos sus descendientes; al contrario debemos de confesar que tuvo parte en la gracia de su reconciliacion sin ser comprendida en su desgracia y que recibió todo género de dotes así en el cuerpo como en el alma por medio del nuevo Adam, con quien debia ser la reparadora de nuestro linaje.

XII. En segundo lugar digo que no se omitió medio, ni se perdonó gasto para guarnecer y adornar el antiguo tabernáculo, porque las tablas eran doradas, los vasos de plata y todos los utensilios de oro fino. Estaba cubierto primeramente de un rico tejido de jacinto, de grana, de púrpura y de lino fino, despues de un gran pedazo de barragan que llegaba hasta el suelo, y por cima de uno y otro de una cubierta de pieles rojas y azules. Nada puede añadirse habiendo dicho que el mismo Dios habia dado particularisimamente el diseño de él pieza por pieza. Pues tampoco resta nada que decir despues de haber manifestado que la Virgen santísima es una obra de Dios trazada conforme á la idea que tenia de su propio hijo el Verbo encarnado, para ser semejante á él en cuanto puede serlo una simple criatura, y para formar con él un orden particular en el designio general que tenia del estado de la gracia y de la gloria. Con efecto una vez admitido esto no hay que pensar en querer comprender con qué esmero hermoseó y adornó á esta criatura singular en todas sus perfecciones, sino dejar el juicio de ella á quien pudo hacerla tan grande y tan rica.

(1) De humana Christi generat.
(2) Trat. 2, cap. 2.

XIII. En tercer lugar en enano al uso el tabernáculo de Israel llevaba indecible ventaja á todos los demás, porque era la tienda y la morada de Dios, el lugar donde descansaba, donde era servido y adorado, donde manifestaba su voluntad, en una palabra donde todo cuanto se trataba, era santo, augusto y digno de Dios. Por este motivo todo se bendecía y se consagraba con la unción santa y misteriosa segun el mandato dado á Moisés; por lo cual dijo el profeta David que Dios habia santificado su tabernáculo. ¿Qué diré aquí de la madre de Dios sino lo que dice S. Andrés de Caudia (1); á saber, que con justísima razon la llamamos bendita, pues verdaderamente lo fué para ser tabernáculo digno de Dios? O lo que protesta S. Juan Damasceno (2), que cuando se habla de ella, hay que echar en olvido el antiguo testamento; porque ella fué la morada y el palacio no solo del poder y de las obras de Dios, sino de la esencia y de la misma persona de su hijo. Este es el privilegio que tiene sobre las otras tiendas del pueblo escogido: porque estas al cabo son para los actos ordinarios é indiferentes lo mismo que para los ejercicios de santidad, y hubo un tiempo en que las mas de ellas no servian sino para usos profanos y capaces de irritar á Dios; pero la bendición peculiar de la Virgen santísima es haber sido siempre santa y que en ella como en un tabernáculo divino fué Dios servido y adorado continuamente sin mezcla de acción alguna, que no se refiriera simplemente á honra y gloria de su soberana majestad. Almas rectas y en especial vosotras las que venerais con particular devoción á la reina de los ángeles, adorad la infinita grandeza de Dios en este su atrio; dirigidle vuestras súplicas mañana y tarde en todo tiempo en este tabernáculo sagrado,

(1) Sermo de Annuntiat.

(2) Orat. 4 de nativ. B. Virg.

porque le escogió para este efecto, como veis y como vereis aun mejor en el capítulo XIII.

XIV. Finalmente el tabernáculo de Silo y de Sion era la única seguridad del pueblo hebreo, el refugio y asilo comun de Israel y el gran sello de la alianza que Dios habia hecho con los judíos. Esta divina tienda era la que afirmaba á todas las demás cuando estaba en medio de ellas, la que infundia valor en los guerreros de Judá, la que ponía espanto á los enemigos y los derrotaba, la que hacia que un solo hombre valiese tanto como ciento. Por eso el real profeta, que tenia puesto su corazón en este tabernáculo, le llama tantas veces la fortaleza y el muro de Israel y le compara al unicornio, el cual hace terrible su guarida para todos los animales de los contornos (1). Oh Virgen admirable, arca y pabellon de Israel, ¿quién podrá explicar lo que vales para el pueblo cristiano y la confianza que áste tiene en ti en todos sus apuros y necesidades? Nunca, nunca comprenderá el entendimiento humano los favorables efectos que experimenta de tu proteccion. Tú eres el refugio de los afligidos, la firmeza de los que vacilan, el aliento de los flacos, el arrimo del mundo, el vinculo de la alianza que Dios contrajo con nosotros. Sin ti no habria ni esperanza de gracia, ni paz de duracion, ni santidad segura. Pero pues ha de ofrecerse mejor ocasion en el tratado tercero para hacer mis protestas de veneracion y gratitud, me basta decir que no me admiro ya de que David pregonase que ama Dios mas las puertas del tabernáculo de Sion que todas las tiendas de Jacob, en atencion á que tu bondad sola le honra mas y atrae mas corazones á su servicio que todos los otros santos juntos.

(1) Salmo LXXVII.

§ IV.—Que es singularmente bendita entre todas las criaturas.

I. Con razon dice el real profeta á Dios: «Tú abres tu mano y llenas de bendicion á todo animal (1), aunque por lo que á mí toca, hallo mas consuelo en representármele en sus criaturas con S. Hilario, obispo de Poitiers, S. Pascasio, diácono de la iglesia romana, S. Gregorio Magno, S. Teófilo, patriarca de Antioquia, y otras muchos padres antiguos. No hay un lugar, dice el primero, donde no esté Dios: está en cielo, en los infiernos y mas allá de los mares: está dentro y fuera; de suerte que él no es contenido y contiene todas las cosas (2).» «La inefable grandeza de Dios, dice el segundo, penetra, llena y supera la profundidad de los infiernos, la anchura de los mares y la extension de la tierra (3).» «Siendo omnipotente como es, dice el tercero, de tal modo piensa en lo general, que no se le escapa nada de lo particular: está de tal suerte atento al bien de cada uno, que cuida suficientemente de todos: rodea lo exterior de manera que no deja de llenar lo interior: gobierna en tales términos las cosas mas altas, que desciende á cuidar de las mas bajas; está verdaderamente escondido en su naturaleza; pero se da á conocer por sus obras: los efectos que produce, le descubren, de suerte que los que le columbran, están lejos de comprenderle: se deja ver por entre sus criaturas; pero es en una luz oscura, cuya claridad disminuye en términos que no deja de brillar á manera de relámpagos: levanta el enfuendimiento criado para que se eleve hasta él, y luego al punto le abate con temblor, para que se contente con ver

(1) Salmó CXLIV, 46.

(2) De Trin., l. 1.

(3) De Spirit. Sanct., l. 1.

c. 42.

como puede lo que aun no le es dado contemplar cara á cara (1).» El último le compara á la corteza de una granada, la cual contiene y conserva una infinidad de granos rojos maravillosamente dispuestos, bien que ellos no advierten el muro que los resguarda. Por aqui va san Agustin descubriendo sutilmente la grandeza de Dios y el sumo bien que hace á sus criaturas con tenerlas dentro de sí y hallarse dentro, porque toda la felicidad de ellas consiste en que las tiene cerca de sí y nunca se aparta de las mismas. De esta manera las conserva, trabaja en ellas y con ellas, las perfecciona y las bendice. En esta señal le conoció el patriarca Jacob cuando despertó del misterioso sueño que le habia embargado, y por los admirables efectos que habia sentido, juzgó hallarse presente la majestad en el lugar donde se habia dormido (2).

II. Ahora para hablar mas distintamente de esto y al propio tiempo para hacer ver la ventaja que lleva en bendiciones la virgen Maria á todas las criaturas, es necesario en primer lugar observar con santo Tomás (3) que Dios se halla en ellas y con ellas de tres maneras, es decir, por su esencia, la cual no siendo menos infinita por lo que mira á los lugares que respecto de la sucesion de los tiempos, como dice S. Fulgencio, necesariamente se ha de hallar en todas partes; por su presencia, es decir, por el conocimiento perfectísimo que tiene de todo lo que pasa en su estado; por su operacion sosteniéndolas y llevándolas á su perfeccion de la manera que decia el maestro enviado del cielo, cuando se expresaba en estos términos: «Mi padre obra hásta ahora, y yo obro con él. En verdad en verdad os digo que el Hijo no pue-

(1) Moral. l. 46. c. 5.

(2) Genes. XXVIII.

(3) Part. 1, q. 8, art. 9.

de hacer por sí cosa alguna sino lo que viera hacer al Padre, porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo (1).» Lo mismo debe decirse del Espíritu Santo según aquella regla de la teología, que enseña que las obras *ad extra* las hacen individualmente las tres personas de la beatísima Trinidad. En segundo lugar es de notar que Dios se halla de tres modos particulares en su criatura racional. La primera es una especial protección con que la honra su majestad á consecuencia de la excelencia de su naturaleza y mucho más de su virtud. Así decía á su fiel siervo el profeta Isaías: «No temas, porque estoy yo contigo (2).» De esta protección dicen maravillas S. Agustín (3) y los otros padres para despertar la confianza de los amigos de Dios. El segundo modo es la gracia, la cual pedía Salomón bajo el nombre de sabiduría cuando decía: «Envía tu sabiduría de tus santos cielos y del trono de tu grandeza, para que esté conmigo y trabaje conmigo (4).» El tercero es una unión muy estrecha que tiene con sus más queridos amigos: los favorables efectos de esta unión solamente pueden ser declarados por los que los experimentan. No quiero tocar ahora esotro inflexible modo de que habla el profeta Baruc cuando dice: «Después de esto fué visto en la tierra y conversó con los hombres (5).»

III. Sobre todos estos diversos grados de presencia, de unión y de comunicación de Dios con sus criaturas, de donde dependen todas las bendiciones que poseen y toda la dicha de que gozan, el devoto S. Buenaventura da la superioridad á la gloriosa Virgen, á quien habla de esta suerte: «El Señor es contigo, ó santa señora: el

(1) S. Juan V. 47 y 49.
(2) Isai. XLII.
(3) Médit. c. 28.

(4) Sap. IX, 10.
(5) Baruch III, 38.

señor poderosísimo está poderosísimamente contigo, á quien ha dado todo poder con él y cerca de él. El Señor sapientísimo está muy sabiamente contigo, en quien se hallan todos los tesoros de su ciencia y sabiduría de que es capaz una simple criatura. El Señor riquísimo está riquísimamente contigo, para quien son todas las riquezas de su bondad y liberalidad. El Señor inmutabilísimo está inmutabilísimamente contigo, que eres el trono de su gloria y el carro triunfal de su majestad. El Señor bondadosísimo está bondadosísimamente contigo, de quien recibimos todas las dulzuras de las misericordias de Dios. El Señor justísimo está justísimamente contigo, por quien quebranta la cabeza de todos sus enemigos y los troyos. El Señor fidelísimo está fidelísimamente contigo, con quien ha contraído firmísima alianza para el bien y seguridad de sus criaturas. El Señor gloriosísimo está gloriosísimamente contigo, sobre quien ha difundido los rayos más brillantes de su gloria y grandeza. El Señor está contigo, es decir, el Padre de quien eres nobilísima hija, el Hijo de quien eres admirabilísima madre, el Espíritu Santo de quien eres amabilísima esposa, toda la Trinidad beatísima, de quien eres humildísima sierva. El Señor está contigo como el sol con el alba, la flor con su tronco, el rey con la reina su esposa (1).» El Señor está contigo, le dice el arcángel Gabriel por la pluma de S. Agustín (2); pero más excelentemente que conmigo, porque está en tu corazón y en tu seno juntamente y posee tu angelical espíritu no menos que llena tus sacratísimas entrañas. Así la bienaventurada Virgen es ensalzada sobre todo lo criado; así sobrepaja todos los estados de la iglesia militante y to-

(1) Specul. B. Virg. c. 8. (2) Sermo de Nativ. 9, 10 y 11.

das las gerarquias de la triunfante para ir á recibir inmediatamente debajo de Dios una bendicion singular con un privilegio de singularidad en todas sus bendiciones. Tengamos la satisfaccion de subir hasta la fuente de donde proceden, para adorar al benditísimo Jesus, verdadero principio de todas las bendiciones del mundo.

§. V.—De la fuente de todas estas bendiciones.

I. S. Bernardo la descubre (1) y nos la hace tocar con el dedo, cuando explica la bienvenida que dió santa Isabel á su prima la Virgen diciéndole proféticamente: Bendita eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Verdaderamente eres bendita entre las mujeres, dice el santo doctor, y el fruto de tu vientre es bendito entre todo lo criado; pero no es este bendito á consecuencia de las bendiciones, sino mas bien porque él es singularmente bendito, tienes tú mejor parte que otra ninguna en sus gracias y bendiciones. Ve ahí la verdadera fuente, y es desatino buscar otra, porque esta no solo es el origen de las bendiciones de María, sino tambien el principio de todas las bendiciones del mundo. Esta es la fuente divina que antiguamente fue mostrada de lejos al patriarca Abraham (2), cuando Dios le prometió con juramento que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar y que todas las naciones de la tierra serian benditas en su semilla. Este es el celestial manantial de agua viva que el abuelo del Mesias columbró cuando cantó: «Serán benditas en él todas las tribus de la tierra; todas las naciones le engrandecerán (3).» Esta es la misteriosa vision

(1) Hom. 4 in Missus.
(2) Genes. XXII.

(3) Salmo LXXI, 47.

que el profeta Zacarias vió, segun refiere en el capitulo VI: era un candelero todo de oro, y su lámpara sobre la cabeza de él, y sus siete antorchas sobre él, y siete canales para las antorchas que estaban sobre su cabeza; y dos olivos sobre él, uno á la derecha de la lámpara y otro á la izquierda. La antorcha del medio, que estaba en la parte mas alta del candelero y era mucho mas capax que las otras, colocada sobre una concha ó vaso de oro en figura de tal, donde se recibia gran copia de aceite que por sus canales pasaba á las siete antorchas susodichas para alimentarlas, segun la interpretacion de S. Gerónimo y de los mas sabios doctores hebreos y cristianos, á lo que él asegura, no era otra cosa que el Salvador del mundo, de cuya plenitud hemos recibido todos, como dice el discípulo amado, y en quien hemos sido bendecidos todos con las bendiciones del cielo por testimonio de S. Pablo (1). Es Jesus, digno fruto del vientre de María, á quien colmó antes que á ningun otro de las bendiciones mas escogidas que trajera á la tierra.

II. Así digamos otra vez en honor del hijo y de la madre con el devoto S. Buenaventura (2): Bendito sea Jesus, fruto no solo del vientre, sino del espíritu y consentimiento de María; fruto admirablemente noble por haber salido de la casa real de David, mas noble por haber salido del sagrado vientre de María, muy noble por haber bajado del seno adorable del eterno Padre; fruto delicioso en la hermosura de la fe, mas delicioso en el olor de la esperanza y deliciosísimo en el fervor de la caridad; fruto provechoso para la salud del mundo, mas provechoso para los muchos hijos de salud que ha producido, y provechosísimo para la conservacion de

(1) Ed ephes. I.

(2) Specul. B. Virg., c. 14,
45 y 46.

estas preciosas prendas de la vida eterna: fruto abundante en cuanto todos pueden alimentarse de él, mas abundante en cuanto puede hartarlos, abundantísimo en cuanto no puede ser consumido; fruto de humildad para abatir la soberbia, fruto de caridad para combatir la envidia, fruto de mansedumbre para sofocar la ira, fruto de diligencia para estimular la pereza, fruto de liberalidad para echar fuera la avaricia, fruto de abstinencia para reprimir la gula, fruto de continencia para desterrar la lujuria, fruto de vida para borrar los antiguos pecados, para expiar los nuevos, para curar la culpa original, para sustentar el alma, para aplacar al juez enojado, para librarse de las penas preparadas, para despreciar las cosas temporales, para desear las eternas, para practicar la vida espiritual, para la multiplicación de la iglesia militante, reparación de las ruinas de la triunfante y adquisición de la vida perdurable. Bendito sea por siempre el árbol que dió tan buen fruto; bendito sea el fruto cogido en un árbol tan bueno. Bendito sea Jesus fruto de vida; bendita sea María árbol de vida por todo el tiempo que digamos con la esposa de los Cantares: «A la sombra de aquel á quien yo habia deseado, me senté, y su fruto dulce á mi garganta (4).»

(4) Cantíc. II, 3.

NOVENA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO X.

QUE ES LA REINA DE LAS VIRTUDES.

En vano buscaria yo un lugar mas oportuno para tratar de las virtudes de la Virgen santísima que despues de haber hablado de la gracia, de quien son hijas aquellas; pero será sin ánimo de engolfarme en la materia ó de meterme á discurrir en particular de sus admirables virtudes, porque se necesitaria un libro entero para escribir no lo que hay, ni lo que puede decirse, sino lo que puede pasar para satisfacer algun tanto al lector. Ahora me contentaré con decir dos palabras de la excelencia de sus virtudes en general; el que quiera algunas particularidades, las encontrará esparcidas en diversos lugares y especialmente en el último tratado, capítulo de la imitacion.

§. I. — Que la madre de Dios fué verdaderamente la reina de las virtudes.

I. El abad Teodoro llamado por los antiguos Estudita á causa del monasterio de que era superior, y que vivia al principio del siglo IX bajo los emperadores iconomacos, de quienes recibió muchos maltratamientos, discurrió muy acertadamente á mi juicio cuando dijo que se engañaria el que tuviese por una maldicion la esterilidad de santa Ana, porque fué mas bien la se-

estas preciosas prendas de la vida eterna: fruto abundante en cuanto todos pueden alimentarse de él, mas abundante en cuanto puede hartarlos, abundantísimo en cuanto no puede ser consumido; fruto de humildad para abatir la soberbia, fruto de caridad para combatir la envidia, fruto de mansedumbre para sofocar la ira, fruto de diligencia para estimular la pereza, fruto de liberalidad para echar fuera la avaricia, fruto de abstinencia para reprimir la gula, fruto de continencia para desterrar la lujuria, fruto de vida para borrar los antiguos pecados, para expiar los nuevos, para curar la culpa original, para sustentar el alma, para aplacar al juez enojado, para librarse de las penas preparadas, para despreciar las cosas temporales, para desear las eternas, para practicar la vida espiritual, para la multiplicación de la iglesia militante, reparación de las ruinas de la triunfante y adquisición de la vida perdurable. Bendito sea por siempre el árbol que dió tan buen fruto; bendito sea el fruto cogido en un árbol tan bueno. Bendito sea Jesús fruto de vida; bendita sea María árbol de vida por todo el tiempo que digamos con la esposa de los Cantares: «A la sombra de aquel á quien yo habia deseado, me senté, y su fruto dulce á mi garganta (4).»

(4) Cantíc. II, 3.

NOVENA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO X.

QUE ES LA REINA DE LAS VIRTUDES.

En vano buscaria yo un lugar mas oportuno para tratar de las virtudes de la Virgen santísima que despues de haber hablado de la gracia, de quien son hijas aquellas; pero será sin ánimo de engolfarme en la materia ó de meterme á discurrir en particular de sus admirables virtudes, porque se necesitaria un libro entero para escribir no lo que hay, ni lo que puede decirse, sino lo que puede pasar para satisfacer algun tanto al lector. Ahora me contentaré con decir dos palabras de la excelencia de sus virtudes en general; el que quiera algunas particularidades, las encontrará esparcidas en diversos lugares y especialmente en el último tratado, capítulo de la imitacion.

§. 1. — Que la madre de Dios fué verdaderamente la reina de las virtudes.

I. El abad Teodoro llamado por los antiguos Estudita á causa del monasterio de que era superior, y que vivia al principio del siglo IX bajo los emperadores iconomacos, de quienes recibió muchos maltratamientos, discurrió muy acertadamente á mi juicio cuando dijo que se engañaria el que tuviese por una maldicion la esterilidad de santa Ana, porque fué mas bien la se-

ñal de un notable misterio. Antes de él S. Pedro Crisólogo había propuesto el mismo pensamiento con estas palabras de oro (1): « Aquella esterilidad no era maldita, sino mística, porque el fruto que se esperaba de ella, solamente se dilataba; de suerte que el vientre de santa Ana estaba cerrado por algun tiempo nada mas. Por lo tanto pedía la razon que estuviese dispuesto de antemano; que fuesen plantadas en él todas las virtudes; y que con un largo discurso de años llegasen á madurez. Aquella madre debía de igualar y aun sobrepasar á las mujeres mas fecundas con una hija singularmente única, en quien y con quien nacían todas las virtudes juntas. Dichosa una y mil veces tal esterilidad, que preparaba al mundo semejante fruto. » Este era la gloriosa virgen María, á quien había destinado Dios abeterno para reina de las virtudes, madre del rey de las virtudes y tesoro de toda santidad, como la llama S. Juan Damasceno (2).

II. Los doctores usan de diversas imágenes para figurárnosla tal. El santo pontífice Inocencio III, siguiendo las huellas del esposo de los Cantares, la asemeja á un ejército en orden de batalla, que pone espanto á todos los enemigos de Dios (3). El caudillo de este ejército es el mismo Dios; su lugarteniente es la caridad; y la fé y la esperanza conducen la caballería, que se compone de los hábitos infusos. Las virtudes morales forman la infantería bajo la conducta de la prudencia. Las tropas de refuerzo son los dones del Espíritu Santo. S. Epifanio (4), Hesiquio (5), S. Gerónimo (6), el abad Ruperto (7), Honorio (8), Alano apellidado en

(1) Serm. 89.

(6) Contra Jovin. l. 2.

(2) Orat. 4 de dormit. B. V.

(7) Lib. 4 in Cantic.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

(8) Sobre el lugar citado de

(4) Sermo de laudib. Virg. los Cant.

(5) Orat. 2 de Deip.

su tiempo el doctor universal (1), el docto Guillermo el pequeño y otros muchos despues del mismo esposo de los Cantares (2) la comparan á un vistoso y ameno jardín. Sofronio hablará por todos: « Cuanto se halló en ella, dice (3), fué pureza, simplicidad, gracia, verdad, misericordia y justicia. Podemos llamarla con justísima razon el huerto de recreo donde se encuentran todas las especies de flores y todas las plantas mas agradables de las virtudes; huerto cerrado de tal suerte, que no puede ser asaltado, ni sorprendido por ningunas asechanzas de los enemigos. » Venancio Fortunato, obispo de Poitiers y poeta muy aventajado del siglo VI, lo cantó en bellos versos, que traducidos en nuestro idioma vulgar dicen así (4): « Tu honroso nombre vivirá en los siglos, y nuestras voces bendecirán en todos tiempos y edades al artifice que formó una obra tan perfecta, la cual excede en grandeza á todas las que han de seguirla. Eres un tesoro inestimable, una hermosura singular, un conjunto de gracias, un mundo de virtudes, cuyo lustre sobrepaja todo el esplendor y loa de los espíritus mas nobles. Tú eres una flor, el honor de las flores hermosas, mas blanca que la azucena, mas encarnada que la rosa, que naciendo en la tierra te abres en el cielo embalsamando la una y el otro con tus santos aromas. »

Al esposo celestial que ha empezado este discurso, le correspondierá llevarnos por los cuadros de su jardín y mostrarnos las flores exquisitas de todas las virtudes que el mismo plantó en aquellos. ¿Qué gusto sería ver allí las rosas blancas y las encarnadas confundidas para manifestar que la fecundidad y la virginidad estaban unidas! ¿Qué satisfaccion contemplar el clavel de su ca-

(1) Sobre el lugar citado de los Cant.

(3) Sermo de Assumpt.

(4) De partu Virg., lib. 4.

(2) Cant. IV.

ridad, la peonia de su constancia, la violeta de su mansedumbre, la azucena de su inocencia, la caléndula de su oracion, el tulipan de su resignacion y hablando con el divino jardinero, el ciprés de su pureza, el nardo de su amor, el azafran de su celestial sabiduria, el cántamo aromático de su humildad, el cinamomo de su contemplacion, la mirra de su mortificacion, el aloe de la integridad de su vida y sus buenos ejemplos (porque así explica el docto Alcuino todo lo que queda dicho), en una palabra todas las flores y las virtudes angélicas que crecian en toda estacion en aquel lugar delicioso gracias á las benéficas influencias del cielo.

III. Basta de enigmas: digamos clara y brevemente qué todas las virtudes de que era capaz la bendita alma de la gloriosa virgen Maria, se encontraron en ella. Digo las virtudes teologales y morales, las adquiridas é infusas, ya las que son tales por naturaleza, ya las que solo lo son accidentalmente; en una palabra todo cuanto puede desearse para ennoblecer un corazon celestial. No trato de probarlo, porque nadie duda de ello como no sean los impíos, con quienes nada tengo que ver. Digo además que la Señora tuvo esas mismas virtudes en el grado mas alto y excelente que puede poseer una simple criatura; que los actos de ellas que produjo, fueron los frutos mas distinguidos de virtud que se han visto nunca despues de los de su hijo; que estuvieron adornados de todas las circunstancias necesarias para hacerlos enteramente agradables á Dios; y especialmente que fueron concebidos por la union de los motivos mas relevantes y dignos de Dios que han procedido jamás de un espíritu criado.

IV. Si se tratara aqui de alegar las pruebas; me valdria en primer lugar de un bello simil de S. Gregorio Niseno, el cual aunque á otro intento dice cuanto puedo desear, es á saber, que así como el fuego hace una lla-

ma clara y limpia cuando prende en un madero seco y bien dispuesto, y la levanta mas derecha contra su centro que está arriba, de la misma manera el Espíritu Santo habiendo hallado una hermosa alma y un corazon generoso como el de Maria sobre todos los corazones del mundo, obró maravillas de virtud y la condujo con singulares modras hasta la cumbre de la perfeccion. Representaria la elevacion de su gracia, segun he mostrado mas arriba, la que á consecuencia de la concordia que tenia con la caridad, servia á su alma de un principio interior de continuos actos de virtudes heroicas y divinas. Referiria lo que se ha dicho de la proteccion particularísima de Dios y de los reiterados golpes que resonaban á la puerta de aquel santo templo para convidarle á hacer actos de santidad dignos de la majestad allí hospedada. Diria que siendo santo todo cuanto habia en ella, y no teniendo ninguno de esos impedimentos de la virtud que experimentamos nosotros con gran perjuicio nuestro, caminaba á la conquista de la virtud con increíble rapidez y siempre mas ligera y vigorosa por medio de sus obras anteriores. Mostraria cómo todos los hábitos de virtud y santidad infundidos en su alma desde el principio, habiendo sido excelentes y habiéndose aumentado despues por sus propios efectos, no podian desdeñr de sí para producir actos comunes y bajos, sino que estaban obligados por toda razon de justicia á ejecutar hazanas dignas de su origen. Estas y otras tales consideraciones serian capaces á mi parecer de persuadir á quien quiera el precio incomparable de las virtudes de la madre de Dios; pero me contento con acotar el testimonio de algunos doctores, que tienen su autoridad y su mérito.

V. El primero será el humilde Idiota, el cual habla en estos términos: « Oh Virgen mas que gloriosísima, Eres toda hermosa y no hay ninguna mancha en ti: eres

toda hermosa en cuanto al alma por la perfectísima hermosura de tus gracias y virtudes: eres toda hermosa en tu propia concepcion, porque fuiste hecha únicamente para ser el templo del Altísimo: eres toda hermosa en la encarnacion del divino Verbo, que es el esplendor de la gloria del Padre. En tí se encontraron tantas bellezas como virtudes, y lo que es mas, te fueron concedidas con mayor perfeccion que á ninguna otra simple criatura, porque nunca tuviste semejante antes de tí, ni vendrá detrás quien te imite de cerca. Todas las virtudes, así las que pertenecen á la vida contemplativa como las que son propias de la activa, se unieron en tu santa alma y conspiraron juntas á hacerte la maravilla y el pasmo de las criaturas, porque las que sirven á la vida activa, acendrarón tu voluntad, y las otras iluminaron tu entendimiento con una luz á que no nos es dado aspirar. No te faltó la pureza de los ángeles, ni la paciencia de los mártires, ni la abstinencia de los confesores, ni la inocencia y humildad de las vírgenes; en una palabra te llevaste la gloria de todas las virtudes, gloriosísima Virgen, y lo que es todavía mas, no las poseíste en cierta medianía, sino que las tuviste en su plenitud y perfeccion. Y sobre todo esto, para que fueras enteramente completa, se agregaron todas las prendas naturales, todas las gracias espirituales y todos los dones celestiales que pueden ensalzar una alma al grado mas alto de honor delante de Dios. Con afecto hay tanta diferencia entre tus contemplaciones y éxtasis y entre los conocimientos de los otros como entre la satisfaccion del que bebe algun vino rico á medida de su deseo, y la de otra que se contenta con el olor (1).*

VI. S. Antonino, arzobispo de Florencia, discurrendo acerca de esto, hace la sutil observacion, hecha ya

(1) Contempl. de B. V., c. 2.

antes por Alberto Magno, de que no hubo jamás virtudes como las de la madre de Dios, que estando entre las de los espíritus bienaventurados y las de los peregrinantes de la tierra tenían todas las perfecciones de unas y otras: porque estaban libres de contrariedad y de temor de alteracion lo mismo que las de los ciudadanos del cielo, y por otra parte eran meritorias de premio y galardón como las de los viadores de este mundo (1). Entiquiano, patriarca de Constantinopla, que vivía á principios del siglo VI, en la oracion que compuso acerca de la penitencia del insigne Teófilo, de quien hablaré en otra ocasion (2), no dijo tanto ni con mucho, si se atiende á la cantidad de las palabras; pero si se pesan, estoy seguro de que harían caer de su lado la balanza. La madre de Dios, toda santa y venerable, dice, merece toda especie de honor y alabanza, porque ella es la única casta, la única pura, la única limpia así de alma como de cuerpo, la única que tiene confianza en Dios, y así de todas las demás virtudes. San Juan Damasceno dijo despues lo mismo (3), y mucho antes de los dos S. Gregorio de Neocesarea (4). Me parece que estos eminentes varones no podían pasar mas allá, ni el entendimiento humano puede ponderar mas el mérito de la Virgen santísima que diciendo lo que dicen de Dios las sagradas escrituras, á saber, que él es el solo bueno, el solo justo, el solo inmortal y así de los demás atributos. Sobre lo cual ruego al lector que tenga paciencia hasta que en el tratado segundo, capítulo V, párrafo 6 le haga yo ver Dios mediante cómo y por qué atribuimos á la virgen Maria lo que corresponde solo á Dios.

(1) Part. 1, lib. 18, c. 17.

§. 4.

(2) Trat. 2, c. 9, §. 8.

(3) Orat. 2 de nativ. Virg.

(4) Orat. 1 de Annunt.

§. II. — Que era razonable que la madre de Dios fuese tambien la madre de las virtudes.

I. De varias razones que podria yo proponer, escogeré dos tan solamente y aun me contentaré con presentarlas sin detenerme mas. Las saco de los dos oficios de la bienaventurada Virgen, los cuales son tan eminentes, que era de todo punto imposible los desempeñase dignamente sin sobresalir mucho en todas las virtudes. El primero es el de madre de Dios, donde terminan todas sus grandezas, así como traen de ahí su origen. Con efecto la razon no consentia, dice S. Justino mártir (1), que Dios escogiese para su hijo una madre, cuyas virtudes fuesen comunes y ordinarias, sino que era preciso se aventajase á todas las demás. A la verdad ¿no era congruente que el tálamo nupcial del esposo celestial estuviese sembrado de todas las flores del jardín de las virtudes y perfumado con todos los aromas del paraíso? Así lo piensa el devoto S. Pedro Damiano, quien explicando en un sermón de la Asunción estas palabras de los Cantares: ¿Quién es esa que sube por el desierto como varita de humo que se exhala de los aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de perfumero (2)? habla en estos términos: Pasmándose los ángeles de esta maravilla que no se había visto jamás, observan en primer lugar que viene del desierto, el cual no es otra cosa que la vasta extensión de este mundo, donde los hombres suelen vivir como bestias y donde su príncipe Satanás ejerció su poder sobre ellos: el mundo es una verdadera soledad de virtudes, las cuales se vieron forzadas á refugiarse en el cielo, su patria, porque

(1) Lib. questionum responsionum ad quest. 136.

(2) Cantic. III, 6.

eran maltratadas en la tierra. En segundo lugar se pasan de verla subir cuando los demás bajan y ruedan casi todos hácia abajo. Solo la madre del Criador sube de virtud en virtud hasta alcanzar la plenitud de ellas. Pero la maravilla principal es ver cómo sube, porque va precisamente como varita de humo derecha, delgada y perfumada; derecha por la sublimidad de su conversacion, delgada por la sutileza de su contemplacion y perfumada con el agradable aroma de sus singulares virtudes, por medio de las cuales atrae á todos en pos de sí. Dicen además los ángeles que este humo se exhala de los aromas de mirra y de incienso, es decir, de la devocion y la castidad, las dos virtudes que la penetraron y llenaron enteramente dentro y fuera, porque la castidad poseyó su cuerpo y la devocion penetró su alma haciéndola ambas digna madre de Dios. Y porque no se creyese que estaba falta de las otras virtudes, añaden incontinenti que este aroma se exhala de todo polvo ó composicion de perfumero, porque no hay virtud que ella no tuviese en muy alto grado. Dicen asimismo que para hacer mas grato el olor se redujeron á polvo estas sustancias aromáticas, porque las virtudes de la Virgen no fueron blandas, delicadas y no sujetas á prueba, sino fuertes, vigorosas y probadas en el crisol de las tribulaciones. Si se desea saber mas particularmente en qué tiempo fué perfumada su bendita alma con toda especie de aromas; nos dirán los ángeles que fué cuando se unieron todas las virtudes juntas para aderezar y perfumar el tálamo nupcial del divino esposo.

II. ¡Ah! si hubiera alguno que pudiese declararnos el suave olor que difundieron aquellas ilustres hijas del cielo, cuando bajaron todas en compañía á aquella bendita alma con sus vestidos perfumados y sus cofrecitos de perfumes á hacer la cama misteriosa del rey de la gloria: porque para atraerla del cielo á la tierra era necesario

que esta fuese convertida en cielo por medio de semejantes aromas. Mas ¿quién podrá decir cuál fué el almizcle y el ámbar que este príncipe celestial trajo consigo cuando bajó en persona para descansar en el seno de la gloriosa Virgen? Así como no hay nada en el universo que pueda igualarse á él, así tampoco no se ha olido jamás nada que se parezca á esos divinos aromas. Esto me hace pensar que si antes de este tiempo eran enteramente heroicas las virtudes de la Virgen, desde entonces fueron celestiales; si desde el principio regocijaban al cielo y á la tierra, entonces debieron arrebatarlos; si en los años anteriores á este feliz instante las habia hecho angelicales su conversacion ordinaria con los ángeles, despues del estrecho parentesco que contrajo con Dios, se hicieron divinas. Con efecto si no queremos faltar notablemente al respeto debido, es preciso creer que así como el que ha manejado mucho tiempo el almizcle, conserva tambien por mucho tiempo el olor de él, y así como el hierro sale hecho escua del fuego, de la misma manera habiendo estado la Virgen unida á la divinidad de un modo extraordinario mientras tuvo al Salvador en sus entrañas, desde entonces sus actos respiraron un cierto no sé qué de divino, y salió toda inflamada del horno de amor (1).

III. Bien es que no debia de ser por este solo título la reina de las virtudes; porque además estaba obligada por el de modelo de las mismas virtudes, que acompaña inseparablemente á la calidad de madre de Dios. S. Ambrosio explicando de la sabiduría encarnada estas palabras del capítulo VIII de los Proverbios: «El Señor me crió el principio de sus caminos;» observa que la voz

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blenur. — «¿Y cómo habia de haber llevado una hoguera en medio de su casto pecho sin sentir el ardor del fuego?»

caminos se emplea en este lugar por las virtudes y año de que con justísima razon es llamado el Salvador el principio de los caminos de Dios, porque le estaba reservada la prerogativa de las grandes virtudes (1). Supuesto pues que por autoridad de la iglesia y con la aprobacion de muchos doctores de nota hemos apropiado en el capítulo II el mismo pasaje á la madre de Dios y que su divino hijo la hace gozar individualmente del derecho de primogenitura que él tiene sobre todas las criaturas; se sigue que le era debida la misma prerogativa de las excelentes virtudes con la misma proporcion que ha de guardarse siempre del uno al otro. Esta prerogativa no significa solamente un grado mas alto de virtud, sino que incluye el magisterio y como el original de la misma virtud: en otro caso que se me haga comprender lo que dice S. Bernardo cuando la saluda de esta suerte: «Dios te guarde, inventora de las virtudes y ciencia de las santas ciencias. Te doy estos nombres, porque así como el sol sobrepaja á todos los luminares del cielo por la prerogativa de su luz, así tú te aventajas á todas las criaturas despues de tu hijo por el esplendor de tu ciencia y virtud (2).» Lo cual declara el mismo santo de otra manera, cuando muestra que ella tenia inmediatamente de Dios el conocimiento y el uso de las virtudes mas relevantes que lo ordinario. Ve aquí cómo habla á la Virgen en la homilia tercera sobre la embajada del ángel: «Oh Virgen prudente y devota, ¿quién te habia enseñado que la virginidad fuese agradable á Dios? ¿En qué ley, en qué parte de la justicia, en qué lugar del viejo testamento habias hallado que se mandase ó aconsejase vivir espiritualmente en la carne y hacer una vida angelical en la tierra? ¿Dónde habias leído que las virgenes cantarán un

(1) De fide l. 4, c. 7.
TOMO I.

(2) Serm. in Salos.
25

cántico nuevo, y dónde habías aprendido que fuese un rasgo de valor honroso y meritorio mutilarse por el reino de los cielos? De esto no tenías mandamiento, ni consejo, ni ejemplo: solo la uncion interior te enseñaba todas estas cosas y otras muchas, porque el Verbo de Dios había sido antes tu maestro que tu hijo, y había llenado tu alma de su conocimiento antes de tomar tu carne. ¿Puede hablarse mas claramente en favor de este parangon de virtudes? Y aunque S. Bernardo no habla sino de la virginidad, la razón pide que digamos lo mismo de sus demás excelentes virtudes y especialmente de las que exceden la comprension de la ley antigua, como son su singular humildad, su voluntario desasimiento de todas las cosas, su continua oracion y así de otras muchas, de que se trató ya en el capítulo III.

IV. Esta es la única razon que hizo decir á S. Buenaventura que justamente es llamada Maria, esto es, iluminadora, porque iluminó á todo el mundo con los brillantes ejemplos de sus incomparables virtudes. Esto sugirió un bello pensamiento á santa Hildegarda, la cual decia que la Virgen era la rica piedra preciosa, de donde el Verbo divino había sacado todas las virtudes del mismo modo que en el principio sacó el mundo del caos. Por eso la llamó S. Gregorio Taumaturgo el ejemplo acabado de las personas piadosas (1). En una palabra esto movió al devoto Idiota á llamarla la idea y el modelo de la vida moral, es decir, de la vida de las virtudes (2). La idea no es otra cosa que la imagen en que fijamos nuestro pensamiento cuando queremos hacer algo por ciencia y arte. ¿Queremos saber lo que es Maria? Es verdaderamente una virgen humildísima, modesta, recomendable por su caridad y demás virtudes; es además la idea y el

(1) Orat. 2 in Assunt.

(2) Contempl. de B. V., c. 4.

ejemplar de esas mismas virtudes y de todas las otras que no he nombrado. Si la idea que tenemos, ó mejor dicho, que Dios tiene de la humildad perfecta, pudiera tomar cuerpo y conversar entre nosotros; figurémonos si es posible cómo llevaria los ojos y cómo hablaría; cuál sería su modo de andar, su porte y continente y sus ejercicios; qué estima haria de sí misma; cómo honraria á aquellos con quienes tratase; y así de sus demás procederes. Hagamos lo mismo con la caridad: figurémonos igualmente la obediencia, la pureza, la religion, la modestia y todas esas otras hijas del cielo, y luego que hayamos considerado bien todos sus ademanes y movimientos, digamos que la Virgen santísima, idea de todas las virtudes, no se portaba de otra manera cuando vivia en la tierra, que como harian aquellas si se disfrasasen de vírgenes.

V. ¡Oh qué bueno sería contemplar á esta santa familia bajo la conducta de la caridad su buena madre y verlas conversar entre nosotros con ese traje! Pero ¿á qué vienen todos estos deseos, cuando tenemos un modelo mucho mas perfecto, porque se halla en la persona de la madre de Dios, y cuando esos nobles hábitos con ser virtudes no sabrian hacer mejor que hizo ella para penemos delante un retrato excelentísimo de toda virtud? Me refiero á S. Ambrosio, el cual no quiere tengamos otra idea que esta; mas se contenta con que tengamos á la vista la Virgen santísima para retratar en nosotros las virtudes mas perfectas. «Tened solamente el pensamiento fijo en este objeto, dice, y usad de este solo retrato de la virginidad y la vida de la madre de Dios, porque es la imagen completa de toda virtud, en la que tenéis medio de estudiar toda vuestra vida. Ahí vereis los rasgos atrevidos de toda santidad: ahí advertireis lo que tenéis que corregir y lo que os conviene evitar y abrazar. Y pues contribuye no poco el tener un buen maes-

tro para animarse á aprender, no podeis esperar una maestra mas ilustre, ni mas perfecta que la madre de Dios. » Asi se expresa el santo y esclarecido arzobispo de Milan (1).

VI. A lo cual no quiero añadir mas que tres cosas; pero de grandísimo peso. La primera es que Dios escogiendo á la Virgen para madre de su hijo se obligaba por el mismo medio á ensalzarla de tal manera en santidad, que pudieran atribuirse las incomparables virtudes que se advertían en nuestro Señor, á la educacion que habia recibido de ella, á lo menos mientras hacia una vida oculta y no era aun conocido por hijo de Dios. Esto me parece muy razonable en vista de que no habiendo frecuentado el Salvador las aulas, no se podia achacar el honor de las singulares virtudes que se descubrian en él, sino á su santísima madre y al glorioso S. José. La segunda es que aunque los ejemplos de la vida de nuestro Redentor exceden sobremanera á los de su madre, no obstante podemos decir con verdad que nuestra señora llevó á su hijo la ventaja de haber enarbolado la primera el estandarte de las virtudes evangélicas no conocidas todavia, aunque el divino maestro les dió despues la última pincelada y como una nueva forma divinizándolas todas en razon de la persona de quien procedian. La tercera es que así como no podemos negar que las virtudes del Salvador, como salían de un supuesto divino y ocurrían en las ocasiones mas señaladas, tenían tambien mas esplendor y apariencia que las de la Virgen, de la misma manera podemos decir con honor y respeto que estas tenían un no sé qué de mas apacible y mas proporcionado á nuestra capacidad que aquellas. Lo digo tanto mas resueltamente, cuanto que

(1) De virginib. l. 2.

sigo á S. Anselmo, el cual afirma que Maria nos ofreció modelos de virtud en cierta manera mas apacibles y humanos que su hijo, pues aunque haya poca proporcion entre la luz del sol y la de la luna, no obstante esta en cierto modo nos es mas grata, porque nuestra vista la sufre mas fácilmente que aquella. De la misma manera tenemos las virtudes del Salvador como mas distantes de nosotros á causa de su excesivo resplandor y de la conjuncion que tienen con su principio divino; al contrario tenemos mas valor para acercarnos á las de nuestra señora, porque la encontramos enteramente semejante á nosotros. De aqui proviene que nos familiarizamos mas con sus virtudes, porque nos parecen de mejor recibo para nosotros. Esto no rebaja en nada el honor que debemos al rey de las virtudes, porque al cabo todo redunda en él como origen de todas las virtudes, y él no pierde nada engrandeciéndose tanto á su madre; al contrario gana toda la gratitud y reconocimiento que esta le tendrá y nosotros con ella y por amor de ambos mientras sea llamada madre de Dios, madre de las virtudes y madre del rey de las virtudes.

§. III.—Que la Virgen santísima tuvo excelentemente todos los dones y frutos del Espíritu Santo con las bienaventuranzas.

I. La infinita caridad de nuestro buen padre no se satisfizo (1) con habernos dado virtudes para inclinarnos á los actos honestos por nuestra propia eleccion y con nuestro libre albedrio ayudado de su gracia excitante, sino que además nos comunicó liberalísimamente

(1) S. Thom., prima secundæ, q. 60.

los dones del Espíritu Santo, cuyo oficio es sujetarnos á las inspiraciones que nos vienen de este espíritu divino: porque así como hay naves en el mar que no bogan solamente á fuerza de remos, sino que han menester de velas y del impulso de los vientos, de la misma manera nuestros corazones reciben estos dos ímpetus y son ímpelidos al bien no solo por el movimiento de la recta razón y el esfuerzo de los hábitos virtuosos, sino tambien y mas eficazmente por la virtud del Espíritu Santo, el cual hinchiendo las velas de nuestros corazones los endereza á largas jornadas al puerto de la perfeccion. Este refuerzo se nos da para dos ocasiones principalmente: la primera es porque ocurren muchas en que sería muy flaca nuestra virtud para vencer las dificultades que se presentasen. Con efecto lo mismo que vemos en las tragedias salir los dioses de las máquinas y de las nubes sin pensarlo el espectador, cuando el enredo ha llegado á tal punto, que es imposible el desenlace sin la intervencion de alguna deidad; así tambien nosotros hemos menester de una asistencia extraordinaria en las ocasiones en que nuestra virtud carecería de fortaleza y valor para salir de un aprieto. La segunda es porque sucede muchas veces que Dios, que es dueño de sus gracias, mirando á alguno con ojos propicios, quiere adelantarle y hacerla llegar á un alto grado de santidad. Entonces no ahorra las mociones del Espíritu Santo, las cuales le hacen andar á otro paso que las virtudes comunes. Está es el parecer de algunos doctores muy versados en la direccion de las almas, quienes dicen que lo ordinario es ser gobernados los hombres por las virtudes y el principio interior de la razón prevenida de la gracia; pero que los santos y los siervos mas insignes de Dios son guiados por los dones del Espíritu Santo, el cual en poco tiempo los hace obrar con esta ayuda maravillas de virtud. En lo que es de notar además que así como

la razón tiene en nuestras almas á manera de ciertas inteligencias de que se vale para encaminarnos al bien, que son las virtudes, así era razonable que el Espíritu Santo tuviese tambien las suyas: estas son unas disposiciones interiores, permanentes y habituales que le sirven como de entrada para movernos extraordinariamente: son las mismas que los dones del Espíritu Santo, cuyas mociones actuales llama espíritus el profeta Isaías (1), porque son como los vientos que dan en las velas, y como los instrumentos del Espíritu Santo para las obras que practicamos por su secreta inspiracion. Estos dones son siete; á saber, don de sabiduría, de ciencia, de entendimiento, de consejo, de piedad, de fortaleza y de temor de Dios, porque el Espíritu Santo debe llenar por medio de ellos toda la casa de nuestra alma con todas sus potencias, del mismo modo que en otro tiempo llenó aquella en que estaban congregados los apóstoles; de suerte que no hay una potencia en nosotros que no esté adornada de las disposiciones necesarias para recibir esas mociones.

II. Pasando de los hábitos á los actos que proceden de ellos, así como no todos son de un temple, ni de un precio, tampoco llevan el mismo nombre; porque si son ordinarios y comunes, segun sucede á la mayor parte de los que principian, á causa de que estan enredados con muchas inclinaciones malas, ó á los que no tienen gran fervor, nos contentamos con darles el nombre general de actos de virtud. Si pasan mas adelante y se practican con gusto y contento, como vemos en los que habiendo domado ya la resistencia de los vicios y de las costumbres inveteradas van por el camino de la virtud lo mismo que por un frondoso prado; los llamamos

(1) Isai. LX.

frutos del Espíritu Santo, porque han llegado á su madurez y buen gusto y nos dan ya la satisfaccion que esperamos de un árbol plantado con trabajo, cuando produce ya frutos sazonados y sabrosos. Y nótese que no les damos el nombre de frutos simplemente, sino que decimos que son frutos del Espíritu Santo, porque él como fuente de amor y dulzura es quien derrama en nuestras almas el gozo y el contento que se halla en la práctica de las buenas obras, para quitarnos el gusto de los atractivos de la vida sensual y hacernos conocer por experiencia que tenemos un corazón capaz de otras delicias y placeres que los que nos son comunes con las bestias. Y aunque propiamente hablando haya tantos frutos del Espíritu Santo como buenas obras hechas con alegría y contento; sin embargo el apóstol S. Pablo se limitó á nombrar doce (1), que son caridad, gozo, paz, paciencia, longanimitad, bondad, benignidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia y castidad, los cuales podríamos decir haber sido figurados por los frutos del árbol de vida, que maduran en diversas estaciones segun los doce meses del año (2). La razon es porque todos los demás pueden referirse á estos, ó á lo menos parece que son suficientes para mantener al hombre en estado de paz, tranquilidad y gozo, ya se atienda á Dios, ya se mire á sí mismo, ya se incline á lo que está á su alrededor ó debajo de él. Por lo que toca á Dios y á él juntamente, la caridad le fija y le detiene en el sumo bien; de donde se siguen necesariamente el gozo, que es el segundo fruto del Espíritu Santo, y la paz, que es el tercero y viene en auxilio del gozo para sentirle y afirmarle. La paciencia le hace llevar mansamente y sin alligirse las contrariedades y desgracias: la longanimi-

(1) Ad galat. V.

(2) Apocal. cap. dli.

dad quita el descaecimiento que acompaña por lo comun á la tardanza de los bienes que esperamos. Así por medio de estos cinco primeros frutos le tenemos ya como fortificado en su tranquilidad por lo que mira á él, sin que nadie pueda alterarla. En cuanto á lo que está á su alrededor, es decir, su prójimo, los cuatro siguientes le ensanchan el alma, porque la bondad se apodera del corazón y le mueve á desear á otro todo género de bienes alejando toda clase de amarguras: la benignidad le abre la mano y le hace practicar todo el bien que puede; la fé reside en la lengua y le da la ingenuidad y sinceridad en todo lo que tiene que departir con los otros; por último la mansedumbre le hace sobrelevar sin desabrimiento los disgustos que le vienen de otro. Las potencias, que deben estar debajo de él, como decia Dios á Cain (1), son contenidas y enfrenadas por los tres últimos frutos. Con efecto la modestia impide toda indecencia de los movimientos exteriores; la continencia contiene los interiores cuando llegan á alterarse; y la castidad goza de la paz y dulzura que le han granjeado la continencia y la gracia particular de Dios. Por donde se ve claramente que el Espíritu Santo mediante estos doce frutos difunde en el alma cierta serenidad, la cual ahuyenta las nieblas y nubes que quisieran oscurecerla.

III. Finalmente si estos actos son nobles y heroicos tanto á causa de las dificultades que se encuentran en las empresas árdnas, quanto por la generosidad con que se vencen, como sucede con la privacion voluntaria de las comodidades y honras del mundo, la renuncia de todos los deleites y delicias de la vida sensual, la eleccion de los trabajos, del desprecio y de la confusion que van inse-

(1) Genes. IV.

parablemente unidas á la cruz y á la perfecta imitacion de Jesucristo, á la aceptacion de las repulsas, del tedio y de las penas que por lo comun siguen á los que son devorados del zelo de la justicia y de la salvacion de sus prójimos; entónces los llamamos bienaventuranzas, ya porque son unas pruebas indudables de ferventísima caridad, en que consiste la bienaventuranza de esta vida, ya porque nos aproximan mas que todos los otros á la vida perdurable, la cual pertenece especialmente á los corazones generosos, en vista de que el reino de los cielos desde el tiempo de S. Juan Bautista padece violencia, y los que se la hacen, le arrebatan, como dice el Salvador (1).

IV. Perdóne el benévolo lector si le he entretenido muchísimo tiempo con este discurso, porque ha sido solamente para aclarar algun tanto una materia de suyo muy difícil y por lo comun poco entendida. Vuelvo pues á la madre de Dios, y comenzando por los dones del Espíritu Santo creo no habrá uno que no se persuada firmemente á que habiendo sido aquella señora el templo y santuario del mismo Espíritu Santo y habiendo tenido la plenitud de sus gracias por privilegio las recibió en toda perfeccion. Si no temiera ser prolijo, acometeria el probarlos todos en particular; pero prefiero concretarme á un solo hecho de la bienaventurada Virgen para hacer ver la admirable correspondencia que tenia con él, es decir, cómo él la movia y estimulaba continuamente á las grandes empresas y ella por su parte se dejaba llenar y era dócil á todas las disposiciones divinas, porque por aqui será fácil juzgar de lo demás. No hablaré pues sino de la embajada del ángel Gabriel y de la ma-

(1) Mat. XI, 12.

nera con que ella procedió en esta ocasion; y veremos en esa hermosa alma la imagen de un laud bien templado, que siendo pulsado por una mano maestra da excelentes armonías. Conoceremos cómo á proporcion que el Espíritu Santo iba tocando cada uno de estos dones lo mismo que si fueran cuerdas dispuestas por él, daban un sonido muy agradable, y bajo de esta suposicion formaremos juicio de la dulce armonia que resultaba de esos diferentes tonos. La cuerda de la sabiduria, cuya propiedad es perfeccionarnos en el conocimiento de las grandezas de Dios, excitar en nosotros una opinion relevante de las cosas divinas y darnos una aficion particular á conocerlas y saborearlas, resonaba ya cuando llegó el mensajero del cielo, porque el espíritu de la Virgen estaba absorto en la mas alta contemplacion que puede imaginarse: su conversacion era de la merced que Dios habia prometido hacer á los hombres librándolos de la desgracia en que habian caído, por medio del Verbo encarnado que vaticinaron los profetas. Despues se abismaba en el asombro causado por la comprension de esa incomprendible bondad y el anonadamiento de la adorable majestad de Dios, y descubria alli admirables tesoros de sabiduria, poder y bondad, que inundaban su alma de un torrente de dulcedumbre y la movian á amar, honrar y bendecir en nombre de todos al comun bienhechor. En la misma época resonaba tambien el don de ciencia, que nos hace perfectos en las cosas criadas y nos inspira lo que debemos hacer de ellas así por lo que tienen de divino, como por lo que es propio suyo. Con efecto la Virgen por medio de este don comprendia mejor que nadie el precio de las almas criadas á imagen de Dios, que veia perecer por falta de un salvador. Esto la hacia dar rienda suelta á sus afectos y decir con el profeta Isaías: «Envía, Señor, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sion el cordero dominador de la

tierra (1). • Así acudia al cielo con amorosas plegarias pidiéndole que enviara prontamente el rocío y regase la tierra con la lluvia tanto tiempo esperada. Así convidaba á la misma tierra á que abriera sin tardanza su seno y brotara al salvador de las almas á manera de una planta celestial. A la llegada del divino mensajero se tocaron todas las otras cuerdas, de que resultó un concierto armoniosísimo. El don de entendimiento, por el cual comprendemos los avisos interiores de Dios para que nos aprovechemos de ellos, hizo su deber cuando la Señora esperó que el ángel insistiera en la demanda antes de responder, rumiando en su interior lo que le había dicho este, y pensando profundamente qué significaba aquella nueva inaudita; hasta tal punto que se turbó, es decir, se apoderó de su alma y de su cuerpo un santo temor. • Se pasmó, dice S. Ambrosio (2), de ver á un hombre en su aposento, siendo comun en las doncellas modestas sonrojarse á la menor palabra y con sola una mirada de los hombres. • • Se pasmó, dicen S. Agustín (5) y S. Gregorio Niseno (4), por el singular afecto que tenía á la virginidad, que deseaba conservar de todas maneras sin que comprendiese aun cómo sucedería. • Se pasmó, dice Antipater, obispo de Bostra (3), de verse sorprendida sola en ausencia de S. José, acordándose de que la primera mujer había sido engabada con un artificio semejante. • Se pasmó al oír sus propias alabanzas, porque segun observacion de S. Gregorio para una alma bien nacida es un bochorno el ser alabada cara á cara. • Se pasmó, dice Hesiquio (6), á causa de la grandeza y novedad de la embajada. • Se pasmó, dice

(1) Isai. XVI. 4.
 (2) L. 2 de virgin., et exhortat. ad virgin.
 (3) Sermo 2 de Annunt.
 (4) Orat. de Christi nativ.
 (5) Orat. de S. Joannis nativ.
 (6) Hom. 2 de S. Deipara.

S. Bernardo (1), porque le dijo el ángel que era bendita entre las mujeres, cuando ella queria mas serlo entre las vírgenes. • Se pasmó, dice S. Pedro Crisólogo (2), de la entrada de la majestad del cielo, y tembló el templo de su cuerpo y su alma con la llegada de Dios omnipotente. • El don de consejo, que nos hace tomar las resoluciones convenientes así para gloria de Dios como para nuestro bien, tanto en lo que toca á la vida activa como á la contemplativa, se dejó oír cuando hubo declarado el ángel que el Espíritu Santo bajaría sobre la Virgen y que la virtud del Altísimo le haría sombra para preservarla del deleite carnal y formar de su sangre más pura el cuerpo purísimo del Salvador; que el que había de ser concebido de esta manera extraordinaria, sería hijo de Dios, no por adopción como los otros justos, sino por la unión de la naturaleza humana con la persona divina, de suerte que sería santo no por privilegio, sino por la virtud de su sobrenatural concepción; que su prima estéril había concebido un hijo en su vejez; que nada había imposible para Dios, el cual pudiendo hacer todo lo que quiere y cumplir todo lo que promete, fácilmente haría que una virgen concibiese como una estéril. Oído esto, María inspirada por el Espíritu Santo mediante el don de consejo resolvió echarse en brazos de la suma bondad. El don de fortaleza, que nos hace acometer las cosas árdidas posponiendo todo temor humano, la fortaleció y tranquilizó manteniéndola asida firmemente á la verdad y fidelidad de Dios, el cual así como había animado á Abraham de una esperanza incontrastable, la hacia pasar por cima de todo aquello que no comprendía para agarrarse al áncora de las promesas infalibles del cielo.

(1) Serm. in Signum magnum.
 (2) Sermo 143.

La piedad, que tiene la propiedad de darnos un corazón de madre para con el prójimo, la enterneció al punto é infundió en su alma una compasión sensible de los males en que estábamos envueltos, de suerte que viendo que Dios la había escogido para abrir la puerta de la salvación y aliviar por su medio nuestras miserias ofreció con gran fervor y mucha alegría interior todo aquello con que pudiera contribuir por su parte, aunque hubiese de dar la vida como su hijo. Ultimamente el temor de Dios, cuyo oficio es sujetarnos al Señor, perfeccionó en el último grado esta armonía sometiendo su corazón á la soberana majestad por una resignación absoluta á todos los decretos del cielo. Con este motivo se llamó esclava del Señor no teniéndose por suya, sino por cosa propia de Dios, totalmente dedicada á su servicio, sin propósito de sustraerse de su obediencia, ni de apartarse de su casa, antes bien de emplear su vida en el cumplimiento de las disposiciones divinas, careciendo de voluntad propia, no estimando nada mas que su servidumbre, teniendo siempre los ojos puestos en su Señor para obedecer la menor señal que le hiciese, no pretendiendo salario ni galardón alguno, sino solo la satisfaccion y el contento de su Dios, en una palabra juzgándose obligada no solo á servirle á él, sino á todos los de su casa por su amor. Bajo esta condicion y no de otro modo se resuelve á responder que se haga en ella segun la palabra del ángel, como si hubiera dicho: Aunque no sea necesario el consentimiento de una esclava, porque el dueño puede disponer de ella como quiera, y yo por esclava estoy muy distante de merecer un bien tan grande; sin embargo pues que Dios lo quiere así, hágase su voluntad; que á mi me parece bueno todo lo que á él le agrada. El cielo no había oído nunca una armonía tan suave y grata como este solo acto: así es que instantáneamente hizo bajar el Verbo divino á las entrañas de Maria san-

tísima para que tomara en ellas carne humana. ¿Qué sería pues si repasase yo toda la vida de la Virgen para notar su increíble aprovechamiento diario, debido á las gracias ordinarias del Espíritu Santo, y hacer ver á qué grado de santidad llegó? Nuestros ojos son muy débiles y nuestros pensamientos muy bajos para penetrarlo.

V. Por tanto paso á los frutos del mismo espíritu divino. El papa S. Gregorio moralizando sobre los convites y festejos con que mutua y alternativamente se obsequiaban los siete hijos de Job, acudiendo luego al fin de la semana á casa de su buen padre, dice que estos banquetes no representan otra cosa que las tiernas é inocentes caricias que los hábitos de virtud y los dones del Espíritu Santo se hacen unos á otros y al alma cada uno en su lugar, cuando produzcan sus dulces y sabrosos frutos, llamados por nosotros frutos del Espíritu Santo á causa de su pureza y del contento interior que nos proporcionan (1). San Juan Crisóstomo (2) y S. Ambrosio (3) se entretuvieron en describir el aparato y la alegría de semejantes convidados; pero quien lo hizo con más extension, fué el venerable Pedro Celense (4), el cual representa místicamente á su espacio los diversos manjares servidos en esta mesa, el orden de los convidados y especialmente la silla, el dosel, el continente y majestad del rey de la gloria, primer y principal ornamento del banquete, la vajilla de oro y plata, los conciertos y armonías angélicas y la demás magnificencia regia, todo para probar el dicho de un rey poderoso y de un gran sabio, el cual sienta que el alma del hombre justo y aprovechado en la virtud está siempre de bodas y en un banquete continuo. Si esto es ver-

(1) Moral., l. 4, c. 32.

(2) Homil. 45 in Mat.

(3) In psalm. XXXV.

(4) Petrus Cellensis, De conscientis.

dad; no podemos dudar que habiéndose ejercitado perpetuamente el alma de la gloriosa Virgen en las mas sublimes y excelentes virtudes cogió tambien sin intermision los frutos muy sabrosos y exquisitos de una plenitud de gozo y alegría interior.

VI. Tampoco podemos dudar que estuvo siempre practicando las árduas virtudes llamadas por nosotros bienaventuranzas; porque como el designio de Dios era levantarla á la cumbre del honor, le presentaba una tras otra ocasiones proporcionadas á su designio, de suerte que encontrándose por lo comun entre los laureles y las palmas, sacaba bríos de sus propias conquistas para aprovechar sin interrupcion, dándole aliento sus últimas victorias para sufrir y acometer cosas árduas y trabajosas en servicio y por la gloria de Dios.

VII. Permite me, oh santa señora, que te diga con tu devoto siervo Mateo Cantacuzeno que tu estatura, es decir, la habitud interior de tu alma, se asemeja enteramente á la palma, la cual así como siempre está verde, así crece mientras le queda jugo y vida; pero en especial porque te remontas á lo alto sin dejarte abatir por ninguna dificultad. Haz que podamos subir á esa palma para coger los frutos de una santa imitacion y disponernos por este medio á entrar en las grandezas de tu gloria.

DECIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XI.

QUE ES LA MARAVILLA DE GLORIA.

No desea con mas impaciencia el peregrino ausente mucho tiempo de su patria volver á ver su casa y sus hijos, que he deseado yo desde el principio llegar á este discurso, donde ha de pasarse muestra de las principales grandezas de la madre de Dios. Con efecto es certísimo lo que dice Isaías (1): que solamente en el cielo se descubre la magnificencia de Dios nuestro Señor. Allí veremos la eleccion que la Virgen hizo de la mejor parte, como observa S. Bernardino de Sena (2), en la claridad de la vision beatífica, en la calidad del goce de Dios, en la honra que tiene de acercarse á él mas que ningún otro, en la eminencia de su asiento, en la plenitud de su posesion, en la abundancia de su gloria incomparable, que es el premio de sus singulares méritos; y ve ahí las consideraciones porque la he llamado la maravilla de gloria. Comencemos este discurso por los ensayos que hizo en el reino de la misma muerte, que es el paso primero y ordinario de los santos para llegar á la felicidad.

(1) Isal. XXXIII.
TOMO I.

(2) T. 2, conc. 51, art. 2, c. 3.
24

dad; no podemos dudar que habiéndose ejercitado perpetuamente el alma de la gloriosa Virgen en las mas sublimes y excelentes virtudes cogió tambien sin intermision los frutos muy sabrosos y exquisitos de una plenitud de gozo y alegría interior.

VI. Tampoco podemos dudar que estuvo siempre practicando las árduas virtudes llamadas por nosotros bienaventuranzas; porque como el designio de Dios era levantarla á la cumbre del honor, le presentaba una tras otra ocasiones proporcionadas á su designio, de suerte que encontrándose por lo comun entre los laureles y las palmas, sacaba bríos de sus propias conquistas para aprovechar sin interrupcion, dándole aliento sus últimas victorias para sufrir y acometer cosas árduas y trabajosas en servicio y por la gloria de Dios.

VII. Permite me, oh santa señora, que te diga con tu devoto siervo Mateo Cantacuzeno que tu estatura, es decir, la habitud interior de tu alma, se asemeja enteramente á la palma, la cual así como siempre está verde, así crece mientras le queda jugo y vida; pero en especial porque te remontas á lo alto sin dejarte abatir por ninguna dificultad. Haz que podamos subir á esa palma para coger los frutos de una santa imitacion y disponernos por este medio á entrar en las grandezas de tu gloria.

DECIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XI.

QUE ES LA MARAVILLA DE GLORIA.

No desea con mas impaciencia el peregrino ausente mucho tiempo de su patria volver á ver su casa y sus hijos, que he deseado yo desde el principio llegar á este discurso, donde ha de pasarse muestra de las principales grandezas de la madre de Dios. Con efecto es certísimo lo que dice Isaías (1): que solamente en el cielo se descubre la magnificencia de Dios nuestro Señor. Allí veremos la eleccion que la Virgen hizo de la mejor parte, como observa S. Bernardino de Sena (2), en la claridad de la vision beatífica, en la calidad del goce de Dios, en la honra que tiene de acercarse á él mas que ningún otro, en la eminencia de su asiento, en la plenitud de su posesion, en la abundancia de su gloria incomparable, que es el premio de sus singulares méritos; y ve ahí las consideraciones porque la he llamado la maravilla de gloria. Comencemos este discurso por los ensayos que hizo en el reino de la misma muerte, que es el paso primero y ordinario de los santos para llegar á la felicidad.

(1) Isal. XXXIII.
TOMO I.

(2) T. 2, conc. 51, art. 2, c. 3.
24

S. I. — De los grandes privilegios de la muerte de la madre Dios.

I. Bien sé que S. Epifanio (1), llevado de cierto respeto excesivo hácia la madre de Dios, tuvo reparo de determinar que había sufrido las leyes ordinarias de la muerte; pero esto no debe de detenernos en vista de que tal es la creencia de la iglesia católica fundada en la antigua tradicion, que nos transmitieron S. Juan Damasceno (2), S. Epifanio, presbítero de Constantinopla (3), S. Andrés de Candia (4), S. Jovenal, patriarca de Jerusalem (5), y otros muchos graves autores (6) despues de S. Dionisio Areopagita, el cual cuenta sucintamente la historia de este feliz tránsito en el tercer capítulo de los nombres divinos. Y á la verdad lo pedia así la razon, porque era necesario que en esto como en lo demás de su vida se conformase á su divino hijo segun observacion de S. Agustin (7), pues la muerte es cosa natural al hombre y á mal andar una pena del pecado, que no repugna al mismo Dios y que puede subsistir sin pecado. Era conveniente para rebatir á los herejes maniqueos y valentinianos, quienes habian de atribuirle una naturaleza angélica, que se conociese por su muerte que su cuerpo y de consiguiente el de su hijo habian sido pasibles, de la misma naturaleza y calidad que los nuestros. Anádase que S. Juan Damasceno (8) y S. Agustin (9) dicen que siendo así que la muerte de los santos

(1) Hæres. 78.

(2) Serm. de dormit. B. Virg.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) Apud Nicæphorum, l. 5 hist., cap. 4.

(6) Nicæphor., en el lugar cit.: Metaphrast. de vit. et dor-

mit. Deipara 13 aug. etc.: San Joan. Damasc., orat. 1 de dormit. B. Virg.

(7) S. August., serm. de Assumpt.

(8) Initio orat. 2 de dormit. B. Virg.

(9) En el serm. citado.

es preciosa delante de Dios segun el real profeta, la de la reina de los santos debía de ser de un precio y mérito inestimable tanto para ella como para los suyos. Digo con el mismo S. Juan Damasceno (1) y con S. Andrés de Candia (2) que era preciso que esta señora moderase los temores que tenemos de la muerte, con el ejemplo de la suya; y que tan lejos está de haberse rebajado su mérito por la muerte, que al contrario podemos decir con toda razon que

II. El primer privilegio de su dichosisima muerte fué la muerte misma. Le llamo privilegio, no porque quiera yo significar por esta palabra que la muerte fué propia y peculiar de ella, sino porque le fué otorgada cuando no podia recibirla sino como un rasgo señalado de cariño de su amado hijo para con ella. Para ilustrar este punto téngase presente que los doctores alegan diversas razones por las cuales el Salvador, que amaba tan tiernamente á su madre, no le hizo la merced de escogerla por compañera de su triunfante ascension ó á lo menos de llevarla inmediatamente despues al cielo. S. Agustin afirma (3) que fué para que la iglesia militante no quedase de pronto privada de la presencia del hijo y de la madre y sumergida por lo tanto en doble amargura. Así vemos que á medida que el sol se traspone á otro hemisferio, aparece la luna para disminuir la pena que sentimos por la desaparicion de aquel hermoso astro. El abad Ruperto enseña (4) que era muy conveniente que la virgen Maria habitase aun algun tiempo en la tierra para ser maestra de la fé y ejemplar de las vírgenes y las viu-

(1) Serm. 4 de dormit. B. Virg.

(2) Hom. 2 de Assumpt. B. Virg.

(3) Serm. de Assumpt. Virg., t. 9, Oper.

(4) Lib. 5 in Cantic.: S. Bernard., serm. 4 in Missus.

das. S. Anselmo piensa (1) que una de las razones principales fué para que ella tuviese su triunfo particular, y para que los honores que habian de tributarle en su ascension, no quedasen oscurecidos y como eclipsados por los de la ascension de su hijo. Un doctor, á quien me cuesta trabajo nombrar por la pena que causó en su tiempo á la iglesia (2), aunque al decir de algunos la reparó por la debida penitencia, va mas allá y dice que el Salvador lo dispuso así expresamente para que el triunfo de su madre fuese en cierto modo mas augusto que el suyo propio no solo enviando á recibirla los espíritus bienaventurados acompañados de muchos santos, cuyos cuerpos gloriosos realizaban no poco el aparato de su gloria, sino asistiendo él mismo en persona para colmarla de gozo y honor. S. Pedro Damiano dice casi lo mismo en un sermón de la Asuncion. Sea de esto lo que quiera, no hay duda de que ella tuvo la muerte por merced, especialmente habiéndola recibido de Dios del modo mas dulce y apacible que se puede desear; lo cual me lleva derechamente al segundo privilegio.

III. El segundo privilegio de su muerte es la causa próxima de la separacion de su bendita alma y de su purísimo cuerpo, que sostengo haberle acontecido por el esfuerzo de un eficazísimo acto de amor. Mas para proceder como se debe en un asunto de tal trascendencia es necesario saber ante todo que hay una grandísima diferencia entre la significacion de estas tres expresiones: morir en amor, morir por el amor y morir de amor ó por amor. Morir en amor no quiere decir otra cosa, si bien se considera, sino morir en el hábito de la caridad ó á lo mas morir practicando un acto de amor. Morir por el amor es morir por la defensa de la caridad de Dios ó del prójimo,

(1) De excellentiâ Virginiâ. (2) Petr. Aballard., Serm. de Assumpt. B. Virg. c. 7.

de manera que se dé la vida por mantenerla; porque si unos se exponen á la muerte por la defensa de la fe, los otros por la conservacion de la castidad y así de las demás virtudes (lo cual llamamos con propiedad morir por la justicia, que comprende generalmente todas las virtudes); ¿por qué no ha de haber quien vaya gustoso á la muerte por mantener la caridad ya sea en sí, ya en los otros? Y por qué no ha de ser de estos de quienes decía el salvador del mundo que no hay mayor caridad que dar su vida por sus enemigos? Pero morir de amor ó por amor es no tener otra causa próxima de la muerte que el amor; es no solo morir en el seno del amor, sino por los esfuerzos y tretas y á manos del amor. Este privilegio es el que sostengo haber sido otorgado á la bienaventurada madre de Dios; en lo cual no pienso seguir mi opinion particular, sino el dictámen de muchos doctores y testigos irrecusables. Con efecto así hablaron S. Juan Damasceno (1), el abad Ruperto (2), el abad Guerrico (3), Alberto Magno, Dionisio el Cartujo (4) y los mas de los teólogos (5); y tambien convienen en esto las revelaciones de santa Brigida (6). Le llamo privilegio en primer lugar porque juzgo que es la muerte mas tranquila, honrosa y admirable que se puede ocurrir. Con efecto confieso por mi parte que no puedo ser del dictámen de aquellos (7), que tienen tanto miedo de suponer cualquier alteracion en el cuerpo de la Virgen, que falta poco para que la hagan impassible. Lejos de ella esas molestas sensaciones que por lo comun son materia y pábulo de los vicios. Lejos de ella esos temores y recelos violentos, esos cuidados que devoran, esos

(1) Orat. 2. de dormit. B. Virg. (2) Suarez, t. 2 in 3 p. disp. 21, 4 etc. (3) Lib. 5 in Cantile. (4) Lib. 6 Revelat., c. 62. (5) Sermo 4 de Assumpt. (6) Pezza, Elucidarii B. Virg., De laudib. Virg., l. 4. tract. 46, c. 2.

odios enconados, esa ira terrible, ese frenesí, ese furor, esa rabiosa desesperación y otros semejantes monstruos de la naturaleza, que desfiguran el rostro no menos que perturbaban el corazón; pero ¿por qué ha de parecernos singular que diga ella con el real profeta (1): «Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo? ¿Por qué hemos de tener dificultad en confesar que su cuerpo por la simpatía que tenía con su alma, sintió los poderosos estímulos y las suaves violencias del santo amor? ¿Qué indecencia puede imaginarse en la sensación de ese fuego inocente y divino, que á veces inflama el corazón purificado de los santos? ¿Quién podía desatar mas dignamente que el amor divino el lazo con que estaba unida el alma de la Virgen á su cuerpo? En segundo lugar le llamo privilegio, porque si esta gracia no fué peculiar de ella, por lo menos le fué comun con muy pocas personas. Esta Virgen incomparable puede decir de un modo muy excelente, si no singularmente lo que está escrito en el libro de los Proverbios segun la version de los Setenta: Mis salidas son salidas de vida (2); no solo porque ella salió de esta vida para entrar en otra mejor (lo cual conviene generalmente á todos los santos), sino porque la muerte le fué causada por un verdadero principio de vida, á saber, el amor divino. A ella le corresponde decir lo que está escrito en el capítulo primero de las Lamentaciones de Jeremias segun el texto original: «De lo alto envió fuego á mis huesos, y por este medio me separó y me atrajo á sí»; porque su alma fué desprendida de su cuerpo por la dulce violencia de un movimiento santamente amoroso.

IV. Y para entrar con empeño en la prueba de esta verdad no encuentro, todo bien considerado, mas que

(1) Salmo LXXXIII.

(2) Proverb. VIII.

des caminos por donde pueda asaltarnos la muerte, porque es necesario que nos embista dentro de nosotros mismos ó que nos tome por fuera. En cuanto á lo primero me acuerdo de haber leído en S. Isidoro (1) y en el venerable Beda (2) que algunos hombres temerarios enseñaron que la madre de Dios murió de muerte violenta; pero tampoco ignoro que son desmentidos por todos y que la espada profética de Simeon en que se apoyan, es levisimo fundamento para sentar una doctrina de tanta transcendencia. Por lo que toca á los principios interiores, todos pueden referirse á tres, á saber, la enfermedad, la violencia de alguna pasión y la vejez ó la consunción natural. Tocante á la vejez estoy seguro de que cualquiera que repase en su mente lo que queda dicho de la buena constitucion de la sacratísima Virgen, quien considere que no se hace ninguna mención de ello en la historia de su vida y de su muerte y que los doctores juzgan comunmente haber estado exenta de toda enfermedad; en una palabra quien recuerde que Moisés (3) y Aaron (4) su hermano bajaron al sepulcro por solo el mandato de Dios sin haber sentido ningun mal ni achaque en toda su vida; sin dificultad se persuadirá á que la misma gracia fué otorgada á la madre de Dios. Tampoco podemos creer que muriese de vejez, porque es poco probable que un cuerpo tan bien formado y ordenado como el suyo estuviese consumido y fuese décrepito á la edad de sesenta y tres ó setenta y dos años, que son las dos opiniones mas admisibles en cuanto al número de los que vivió en la tierra (5). Cuéntase que la sibila de Chinas singularmente querida de Apolo fué

(1) De vitá et morte sanctorum, c. 68.

(2) In cap. II Luc.

(3) Deuter. XXXII, XXXIV.

(4) Num. XX: Deuter. X.

(5) Véase á Cristov. de Castro, Hist. Deiparae, c. 20, n. 18.

convidada un día á pedirle alguna merced, y hallándose entonces los dos á orillas del mar, cogió ella un puñado de arena y pidió vivir tantos años como granos tenia en la mano. Al punto le fué concedido; pero con la condición de que no viese jamás la tierra donde había nacido; de lo contrario moriría antes del tiempo señalado. Decretada su petición se marchó á Cumas, donde vivió tan largos años, que hacía mucho tiempo le servia la vida de suplicio cuando recibió una carta donde se había ecado algo de greda, que era la tierra de su país. Apenas la abrió, se escapó su alma de la cárcel del cuerpo donde estaba detenida por fuerza. Bien sé que esta es una ingeniosa invención de los poetas, los cuales quisieron significar con ella que siendo la sibila de sana complexion y habiendo vivido siempre con buen régimen llegó á la edad decrepita. Sin duda hubiera gozado de este privilegio la Virgen santísima, si el cielo que la esperaba mucho há, no hubiese anticipado su muerte condescendiendo con los vehementes deseos que tenia ella de verse pronto unida al sumo bien. En cuanto á la violencia de alguna pasión desordenada hasta lo que se ha dicho poco antes. Solo queda pues que el divino amor diese el golpe y previniese aquella hermosa alma con una atracción tan suave á la par que fuerte, que no pudiendo ella resistir voló al cielo.

V. Aquí tengo gusto de detenerme algo para declarar mas particularmente la manera de esta muerte extraordinaria y los diversos grados de amor por donde se dispuso para ella. A este fin tráigase á la memoria lo dicho en el capítulo VIII, párrafo 5. acerca de su suma caridad y del punto á que llegó en los últimos días de su vida. Figurémonos que por entonces gozando de ordinario de las visitas y amorosas caricias de su muy querido hijo deseaba vehementísimamente verse unida á él, y como sabia muy bien que no podia ser esto sin

que se disolviese su cuerpo, único obstáculo que la separaba de su amado, por eso anhelaba de continuo á esta disolución. Bien sé los ardientes deseos de morir que atormentaron á David, S. Pablo, S. Agustín, San Martín, S. Gregorio y otros muchos, y el disgusto que sintieron viendo alargarse su vida. No ignoro que santa Catalina de Génova, según se lee en la suya, estuvo dos años enteros buscando la muerte con la mente y el deseo: que unas veces la llamaba inhumana y cruel porque se hacia sorda á sus llamamientos y ruegos, y otras mudaba de lenguaje y se ponía á adularla llamándola hermosa, amable, preciosa, su tranquilidad y su contento, sus delicias y su amor, y diciendo que un solo defecto se notaba en ella, á saber, que estaba muy pronta para venir á buscar á los que huían de ella, y era poco propicia á los que la deseaban con ansia. Bien he leído que santa Teresa de Jesus moria todos los dias porque no moria: que uno de sus mayores consuelos era oír el reloj, porque le parecia que se acercaba á su fin: que no podia menos de pedir la muerte, porque le era imposible hallar remedio viviendo. Pero tambien estoy cierto de que como los vehementes deseos que estos santos tenian de morir, provenian solamente de su gran amor á Dios y de la impaciencia por estar unidos á él, habia mucha diferencia entre los deseos que tenia la Virgen santísima de unirse á su amado, y los de aquellos, porque habia tan poca comparación entre el amor dá la una y el de los otros; ¡Cuántas veces dijo la Señora con la esposa de los Cantares (1): «Muéstrame tú, á quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde seostea al mediodía!»; ¡Cuántas veces pasaron sus deseos á desfallecimiento, que es el segundo grado por donde la dispuso el amor para la muerte!

(1) Cantic. 1, 6.

VI. ¡Cuántas veces dirigió á los espíritus bienaventurados que venían á visitarla, estas amorosas súplicas: Conjuroos, hijas de Jerusalem, que si hallareis á mi amado, le aviséis que desfallezca de amor (1) ! ¡Cuántas veces dijo con la esposa desfallecida de amor: Sostenedme con flores, carcadme de manzanas, porque desfallezco de amor (2) ! O como lego los Setenta: Cercadme de ungüentos y perfumes. O segun el texto original: Poned vino cerca de mi. Con efecto así como cuando un enfermo es consumido de una fiebre ardiente y está atormentado de desgana y de repugnancia á los manjares, aun á aquellos que mas le gustaban antes, procuramos distraerle y recrearle algun tanto con vasos llenos de flores y yerbas olorosas, con las mejores frutas de la estación y con el vino, que siempre está á mano sobre la mesa para acudir á los desmayos y flaquezas de estómago; de la misma manera podemos figurarnos que aquella santa alma hacia cuanto podia para divertir su tedio: que se recreaba con las flores de la santa palabra (3) y particularmente con la memoria de aquellas que habia oido á su divino hijo: que procuraba deleitarse con los frutos de las buenas obras y especialmente con la vista de los lugares donde el Salvador habia dejado estampadas las huellas de su dolorosísima pasión (4): que para confortar su abatido corazón echaba mano del grato olor (5) que por todas partes difundia la publicacion del Evangelio de paz, y las buenas nuevas que recibia frecuentemente de los apóstoles: por fin que contra sus desfallecimientos usaba el vino que engendra virgenes, acercán-

(1) Cantic. V. 3: Guerric., Assumpt. et B. Brigitta, l. 5. Revelat., c. 61.
Sermo 4 de Assumpt.

(2) Cantic. II, 5.

(3) Rupert. l. 5 in Cantic.

(4) Ildephons., Serm. 3 de

(5) Rupert. hácia el fin del lib. 4 in Cantic.

dose muy á menudo á recibir el santísimo y augusto sacramento del altar.

VII. Pero como á veces sucede que lo que se toma para apagar la sed, la enciende mas, así los refrigerios que usaba la reina de los ángeles para calmar su fuego interior, le servían como de pábulo (1): de suerte que llegó por fin á caer en los desfallecimientos de amor, que es el último grado de la suave violencia que la hizo padecer el mismo amor, y el último golpe que le dió para separar su bendita alma de su cuerpo. Para que esto sea mas inteligible, hay que notar que así como en el orden natural el fuerte arrebatado al débil y le convierte en su propia sustancia á fuerza de penetrarle é infundirle sus calidades, segun vemos en el fuego y en los otros cuerpos cuya accion es mas vigorosa; de la misma manera acontece en el orden sobrenatural. Con efecto habiendo una distancia infinita entre el Criador y la criatura, á medida que Dios trabaja en una alma y la hace sentir sus impresiones, la atrae hácia arriba á fin de transmutarla en sí: de suerte que tirándola Dios de un lado y deteniéndola el cuerpo por otro, la pobre alma queda como suspensa y le parece á cada paso que va á dejar el cuerpo. Así vemos que S. Efrén, S. Francisco Javier, santa Teresa de Jesus y otros muchos, cuando eran estrechados de estos sentimientos amorosos, pedían con instancia á Dios que se sirviese moderar tal fuego ó desalar los lazos que los ataban á su cuerpo, porque no podían sufrir mas tiempo aquel martirio de amor. Y si esos santos con una centella de caridad que encendia sus pechos, llegaban á tal desfallecimiento, que juzgaban no poder mantenerse mas tiempo unidos al cuerpo; ¿qué habremos de creer de la reina de los santos, la cual en

(1) Sophron., Serm. de Assumpt.: Rupert. l. 5. in Cantic.

el fuego de sus contemplaciones, en la íntima comunicación que tenía con la santísima Trinidad, en sus éxtasis y delirios amorosos arrojaba á manera de un volcán llamas de amor divino capaces de abrasar el cielo y la tierra? De seguro que si Dios no hubiera confortado milagrosamente aquel pecho sacrosanto, mucho tiempo antes hubiese estallado; pero al cabo fué forzoso ceder á la suave violencia del amor, y no hubo ya medio de hacerse sordo á los redoblados lamentos que la enamorada señora dirigía al cielo.

Tercer privilegio.

VIII. Y ve aquí el tercer privilegio de su muerte. Con efecto si apenas hay santo que no haya sido avisado antes del día y hora de su muerte, con mas razon debemos de juzgar que no se negaría esta gracia á quien se aventajaba á todos ellos en santidad, especialmente si se atiende á que esta es la piadosa creencia de todos los devotos de la incomparable Virgen, segun observa Alberto Magno (1) y enseñó siempre la respetable antigüedad. Y aunque sea difícil juzgar resueltamente respecto de la persona escogida para esta embajada, con todo parece muy fundada la conjetura de los que conceden tal honra al ángel S. Gabriel (2), ya por ser uno de los siete primeros espíritus que están en la presencia de Dios y son destinados á las comisiones mas importantes para el gobierno del mundo, ya por haber sido preferido siempre á los demás en lo relativo á la madre de Dios. Fuera de que por revelación de la misma Virgen á santa Brigida (3) cuando dijo á esta que el ángel se le mostró segun la habia visto ella otras muchas veces, no es difícil conjetu-

(1) *Sup. Mistr.*, c. 469. vita et dormit. B. Virgin. etc.
(2) *Metaphrast. in orat. de* (3) *Lib. 6*, c. 62.

rar que fué S. Gabriel, el cual servia á la Señora de camarero. Tal vez el bienaventurado arcángel le enseñó por órden de Dios la corona que estaba preparada en el cielo para la reina de los ángeles; lo cual no debe de parecer increíble, porque la misma gracia se concedió á otros muchos. Con efecto atestan las historias que se otorgó á S. Victor soldado y á su mujer santa Corona (1), que padecieron martirio en Siria el día 13 de mayo bajo el imperio de Antonino. Lo mismo leemos de S. Valeriano y santa Cecilia su esposa y de los cuarenta mártires que murieron belados en un estanque en la ciudad de Sebaste en Armenia (2), imperando Licinio. ¿Y por qué habia de negarse este privilegio á la madre de Dios? Por lo demás no cayó nunca la lluvia sobre la tierra sedienta de agua con mas oportunidad que llegó esta noticia á oídos de la virgen Maria, la cual no suspiraba por otra cosa que por el cielo y por la disolución de su cuerpo, único paso para arribar á aquel término.

Cuarto privilegio.

IX. El cuarto privilegio es el que refieren S. Juan Damasceno (3), Nicóforo (4), el Metafrasta (5), Glicias (6) y otros segun San Dionisio en el lugar arriba citado; á saber, que Maria fué asistida á la hora de su muerte de la mas noble y lucida compañía que hubo jamás, porque sin contar los millares de millares de espíritus bienaventurados que rodeaban su lecho (7), y sin hablar de un buen número de santos que el Señor habia llevado

(4) *Martyr. rom.* 15. márt. (6) *Annal.*, part. 3.
(2) *S. Basil.*, hom. 20. (7) *S. Brigitta*, *ibid.*: *Sophon.*, *Serm. de Assumpt.*: *Il-dephens.*, *serm. 4 de Assumpt.*: *Arnoldus abbas*, *De laudibus Virg.*
(3) *Orat. 2 de dormit. B. V.*
(4) *Ecol. hist.*, l. 2, c. 24.
(5) *Orat. de vita et obitu B.*

consigo al cielo el día de su Ascension y que bajaron entonces para obsequiar á su libertadora, segun testifica S. Juan Damasceno; los que David llama principes de la tierra, S. Pablo columnas de la iglesia y S. Juan puertas del cielo (los santos apóstoles), se hallaron allí presentes, conducidos como es muy probable por el ministerio de los ángeles y con ellos todos los que los asistian en la publicacion del Evangelio, y cuantos fieles se encontraron en Jerusalem. ¿Quién podrá imaginar, dice san Andrés de Candia (1), los himnos de alabanza que entonó entonces aquella santa tropa, las acciones de gracias á la beatísima Trinidad en que prorrumpieron, los ardientes deseos de servir á Dios que inflamaron sus corazones, las aclamaciones y aplausos á la Virgen santísima, y sobre todo el regocijo de unos y las lágrimas y lamentos de otros? Porque no puedo pasar aquí en silencio la caritativa pugna que hubo entre los espíritus bienaventurados por una parte y los miembros de la iglesia militante por la otra; aquellos la convidaban á que fuese á recibir el galardón de sus afanes y el premio de sus inestimables méritos, la llamaban la gloria de Jerusalem y el honor de la ciudad celestial y le manifestaban la orden que tenían de su dueño y señor para no volverse sin ella; y los pobres fieles se deshacían en lágrimas y no podían contener los sollozos y suspiros: llamabanla su sosten, su amparo, su consuelo, su dicha, su vida, su maestra, su refugio, su madre, su todo, y le pedían ardentemente que pues ellos sabian muy bien que estaba en su mano, no los abandonase aun ó en caso de hacerlo los llevase á todos en su compañía. Esta pugna me recuerda una antigua pintura del amor, que se representaba suspendido entre el cielo y la tierra ó

(1) Orat. de dormit. S. Mariæ Deiparæ.

igualmente atraído hácia arriba y hácia abajo con cadenas de oro. Tal estaba á mi parecer el corazón de la reina del amor, cuando perforaban el cielo y la tierra sobre quién se le llevaría.

Quinto privilegio.

X. Pero ánimo, que ya viene el Salvador en persona, á quien el sabio obispo de Marsella llama poderoso imán del cielo, y él arreglará estas disputas. Este es el quinto privilegio del dichoso tránsito de la Virgen, autorizado por S. Juan Damasceno (1) y la respetable tradicion (2) y muy bien fundado en la razón. En cuanto la casta é inocente paloma le vio venir para recibir su alma, hizo el último esfuerzo de amor y le habló de esta suerte: «Verdaderamente en tus manos, veneradísimo hijo mío, debo yo de entregar mi alma: recíbelas pues si quieres, ya que por tu misericordia ha sido preservada de todo pecado. A ti igualmente y no á la tierra encomiendo mi cuerpo, que te dignaste de hacer tu santuario. Llévame contigo, te ruego, atento á que no puedo vivir mas sin ti, que eres el fruto de mis entrañas y la vida única de mi corazón: cuida de estos pobres huérfanos y sírveles de padre y madre: fortalece sus espíritus para que reciban de tu mano mi partida; y por consideracion á mi derrama un mar de bendiciones sobre ellos y sobre todos los nuevos vástagos de tu iglesia.» Dijo, y extendiendo sus manos sacrosantas y bendiciéndolos á todos (3)

(1) Orat. 2 de dormit. B. V. dormit. B. Virg.: Nicephor. Hist. lib. 3, c. 21.
 (2) Sophron., Serm. de Assumpt. Gregor. Turco., De gloria marit., l. 2, c. 4.: Hdeph., Serm. 3 de Assumpt. Metaphrast., Orat. de vita et dormit. Virgin.: Niceph., Hist. l. 2, c. 21.
 (3) Damasc., Orat. 2 de dormit. Virg.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. Virgin.: Niceph., Hist. l. 2, c. 21.

se volvió risueña hacia su amado hijo y le entregó el espíritu que había recibido de él. Con este golpe pensó morir de dolor la iglesia naciente. Daba lástima ver la aflicción y desconsuelo de los que juzgaban perderlo todo con aquella que era el alivio de sus males y el lenitivo de sus penas. Pero mientras los unos con el luto en el corazón y el llanto en los ojos mostraban el sentimiento que les causara esta muerte, resonaba el aire con los cánticos de alegría y júbilo de los otros. Ven (decían los escuadrones de espíritus bienaventurados), ven, santa señora, á la mansión de la felicidad eterna, donde eres esperada desde el principio del mundo. Ven, regocijo del cielo, porque el invierno ha pasado, se han desvanecido las nubes y las nieblas, y es llegada la época del gozo y del triunfo. Ven, porque eres toda hermosa y en ti no hay mancha alguna; la suavidad de tus ungüentos excede á todos los perfumes del mundo.

Sexto privilegio.

XI. A mi pesar tengo que suspender estas admirables aclamaciones; no obstante no interrumpamos el discurso de los privilegios de la dichosa muerte de la virgen María. El sexto es la incomparable serenidad y dulzura de su muerte (1). ¡Oh cuán cierto es que el morir en Dios y con Dios es un principio de felicidad inapreciable! Pero el morir con la muerte de la madre de Dios es el colmo de las mas lisonjeras esperanzas del mundo. Por lo demás (dice S. Juan Damasceno en el lugar tantas veces citado) era una cosa razonable que aquella que había concebido sin deleite sensual y parido

(1) Ildephons., *Serm.* 2 de vita et dormit. B. V. Nicephor., *Assumpt.*: Metaphrast., *Orat.* de Hist. l. 2, c. 24.

sin dolores, tuviera tambien una muerte á correspondencia que pusiese el sello á todas las gracias recibidas hasta allí de Dios. Detengamos por un instante, almas devotas, á ese espíritu que acaba de separarse del cuerpo, para presentarle nuestras súplicas y deseos y decirle con el elocuente Andrés de Jerusalem (1): «Vete en paz, pues Dios lo ha ordenado así, y deja resueltamente la tierra para aposentarte en el cielo. Sube por cima de Elias y Henoc en el reino de vida, donde te regocijarás eternamente con los ángeles. Recrea tu vista con la hermosura de aquel á quien llevaste en tus entrañas: sáciate de los deleites que no tienen fin: saborea los torrentes de delicias celestiales y aplica tus labios á la fuente de la vida, que no es otra cosa que el mismo Dios. Posee en realidad lo que esperaste: ve lo que creíste; y recibe lo que mereciste. Entra en el gozo del paraíso, donde es adorado el Padre, glorificado el Hijo, y alabado y honrado el Espíritu Santo. Y vosotros, ángeles santos, llevad la ciudad del rey augusto al reino de felicidad y la verdadera arca de la alianza al santuario de la Jerusalem celestial: alojad en el cielo la puerta del cielo y poned á la madre junto al hijo.»

Séptimo privilegio.

XII. Concluyamos estos privilegios por el lugar donde espiró, que segun dicen S. Juan Damasceno y varios doctores graves (2), fué en la santa Sion en el cenáculo donde el cordero de Dios, bajado para borrar los pecados del mundo, se había inmolato él mismo en

(1) *Orat.* 2 de dormit. S. Mariae Deiparae. Niceph., *hist.* l. 2., c. 23: Nazianz. seu Apollinar., *Traged.* de

(2) Andr. Cretens., *Orat.* 4 de dormit. B. Virg.: Beda, *De locis sanctis*, c. 2.; Metaphrast.,

aras de su amor y se habia entregado á sus queridos discípulos para servirles de sustento, donde habia dado la ley de caridad y dejado un ejemplo de humildad incomparable, donde habia tratado con los suyos despues de su resurreccion permitiendo á santo Tomás que le tocara para afirmar su fé, en una palabra en la iglesia primera y matriz del mundo, donde el Salvador mismo habia enseñado y sacrificado, donde el Espiritu Santo habia bajado sobre los maestros y doctores de todo el orbe, donde los santos apóstoles habian orado continuamente y con tanto fervor, y donde el discípulo amado habia servido á la madre de su maestro Jesus segun la solemne recomendacion de este.

XIII. Concluyamos este discurso con un testimonio de S. Juan Damasceno, ya que me ha suministrado materiales para las partes mas importantes de él. «¿Quién me hará la merced, excluiré con este santo doctor, de darme entrada en esa sala regia, mas magnífica que las de los grandes y potentados, para postrarme con toda libertad en ese sagrado pavimento que pisaron el Verbo encarnado, su madre santísima y los mas ilustres moradores del cielo, y para abrazar ese humilde lecho que sirvió de escabelo á la reina de los ángeles cuando subió á la gloria inmortal? ¡Oh si pudiera yo entre este luto y regocijo introducirme insensiblemente para besar los piés de mi bondadosa madre y regarlos con mis lágrimas! ¿Cuántas bendiciones creeria sacar de la fuente viva de la gracia! ¡Oh quién se hubiera hallado en aquella santa junta para inflamar su corazon en el amor de los bienes eternos y desasirle eficazmente del afecto de todas las cosas bajas y caducas! Pero basta por ahora: ya llegaremos á tiempo para tributar el último obsequio á este sagrado depósito: entretanto dispongámonos á seguir á su bendita alma que va á entrar en el cielo.

§. II.—De las admirables singularidades de su Asuncion y de la gloria de su triunfo.

I. San Juan Damasceno no sabe verdaderamente qué nombre dar á la muerte de la bienaventurada Virgen (1). Llámala un dulce sueño, un tránsito al reino de paz, una aproximacion á Dios, y despues de escoger las palabras mas lisonjeras que puede hallar, se dirige á la misma Virgen en estos términos: «Santa señora, los ángeles honraron tu coronacion conduciéndote con indecible magnificencia: los príncipes de las tinieblas no pudieron sufrir tu llegada; mas se retiraron á sus calabozos como verdaderos pájaros nocturnos que son: el aire fué bendecido y santificado por tu presencia; y el cielo se regocijó con todos sus ángeles, que salieron á recibire con cánticos de júbilo diciendo: ¿Quién es esa que camina como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol (2)?» Con estas palabras me da pié el santo doctor para decir algo de la grandeza del triunfo de la Virgen, donde aunque todo sea singular y extraordinario, me contentaré con tocar tres singularidades solamente.

Primera singularidad de este triunfo.

II. La primera es que todos los habitantes del cielo salieron y se dispusieron á hacer un recibimiento adecuado á la majestad de su reina. S. Bernardo (3) y san Andrés cretense (4) lo dicen bien claramente y afirman que todas las legiones de la milicia de Dios se pusieron en órden para conducirla y acompañarla (5). Mucho

(1) Orat. 4 de dormit. beatæ Mariæ.

(2) Cant. VI, 9.

(3) Sermo 4 de Assumpt.

(4) Orat. 4 de dormit. B. V.

(5) Adición de la madre M.

menos motivo tenemos de dudar respecto de las almas bienaventuradas, que sin comparacion le estaban mas obligadas que aquellos. Figurémonos pues con S. Gregorio de Tours (1) que la conducta de aquella admirable comitiva se dió al glorioso S. Miguel como á príncipe de la corte celestial, el cual para hacer en todas maneras inimitable este triunfo dividió el cielo en dos bandas, la una de los ángeles y la otra de los hombres, y cada una en diferentes órdenes segun las diversas libreas que debían de llevar, y las calidades de la señora á quien habían de representar. Los ángeles iban los primeros bajo el guion de la inocencia llevando cada cual algun geroglífico de la suma pureza de la madre de Dios: quien la denotaba con el oro acrisolado, quien con el unicornio ó el arminio, enemigo de toda suciedad, quien con cualquiera de esas figuras que nos han suministrado los santos padres al hablar de la exención de María de todo pecado. Seguitan los arcángeles, que como gobernadores de las provincias de este mundo llevaban los distintivos de las que estaban encomendadas á su cuidado, dando á entender así que todas ellas se reconocian tributarias de la Virgen santísima. Los principados hacían lo mismo con los reinos que estaban sujetos á ellos, y de antemano le mostraban los príncipes y reyes

J. de Blamar. — ¿Cómo de algunos santos que fueron acompañados de los ángeles, los cuales cantaban himnos celestiales hasta el lugar de su sepultura, como se cuenta del ilustre san Martín y de Lázaro, de quien nos dice el Evangelio que fué llevado al seno de Abraham por aquellos espíritus bienaventurados. Y si los santos no fueron privados de este honor; ¿qué no se haría con la que es madre del

santo de los santos? ¿Que obséquios no tributarían á su memoria en el día de su triunfo? ¿Que recibimiento no le harían? ¿Que voces de júbilo, qué alabanzas y qué armonía celestial no se oírían entonces? ¿Que agradable cosa es ver á los hombres confundir sus cánticos con la música de los ángeles?

(1) De gloria maritimum, l. 1, cap. 4.

que voluntariamente le presentarían un día sus coronas y estados como pretendiendo depender de ella y tenerlas en feudo de su bondad, segun se dirá mas largamente en otro lugar (1). Las virtudes expresaban de diversas maneras los prodigios que ella había obrado y debía de obrar en el mundo para promover la gloria de Dios. Las dominaciones la hacían reconocer por medio de las victorias que había alcanzado ya y debía de alcanzar como el único azote de los vicios y el terror de los enemigos de Dios. Las potestades con sus cetros, sus coronas y las otras insignias de soberanía daban bastante á entender que la honraban como á reina de la tierra y del cielo. Entre estas y los tronos marchaba ella con un tren que no se puede explicar; pero volveremos incontinenti á considerarla despacio, luego que hayamos referido lo que falta de la pompa triunfal. Los tronos por diversos emblemas hacían ostentacion del principio de la dicha de María y decían sin hablar que era el trono del Padre, el palacio del Hijo y el santuario del Espíritu Santo. Era de ver cómo los querubines y serafines brillando por cima de los demás trataban de realzar la eminente ciencia y la abrasada caridad de la Virgen, porque con todas sus divisas y motes hacían protestas públicas de que la suya no era nada en comparacion de la de ella.

III. Despues de todos estos espíritus alados venían en buen orden los primeros frutos de la iglesia naciente, quiero decir, los que ya habían subido de la tierra al cielo y habían empezado á ocupar las sillas vacantes de resultas de la rebelion antigua. Las vírgenes iban las primeras como que tenían mas semejanza con la Virgen por excelencia, y cada una de ellas llevaba por insignia la azucena. Los mártires iban todos con una corona de

(1) Trat. 3, c. 6 y trat. 4, cap. 8.

laurel en la cabeza y una palma en la mano. Los confesores tenían sus aureolas con los otros símbolos de su confesión y perseverancia. Los patriarcas y profetas se distinguían por los ramos de oliva como por las fieles pruebas de su rara fe y de su longanimidad, y todos ellos bajaban estas insignias de honor como echándolas á los pies de su reina y testificando por su sumisión que la reconocían por el espejo de las vírgenes, la corona de los mártires, la gloria de los confesores, el ornamento y la honra de los patriarcas y profetas. Se veían tantos coros de música y de toda suerte de instrumentos concertados como escuadrones habia, y la suavidad y armonía de ellos era como preparada por Dios para celebrar la entrada de su madre en el cielo.

Segunda singularidad.

IV. Ya que se me ha escapado esta expresión, tiempo es de que la consideremos como la singularidad mas notable, aunque es la segunda, de su gloriosa asunción. Hubiéramosla visto con su querido hijo en medio de aquella tropa celestial lo mismo que la luna entre las estrellas; pero luna mas clara que mil soles, porque con respecto al único sol de justicia no tenia medida de resplandor y de gloria. Digo con su hijo, porque la razón no consiente dudemos que este honró personalmente el triunfo de su santa madre, pues si prometió á la bienaventurada Angela de Folino, segun se lee en su vida, que no se contentaria con que los ángeles la acompañasen y sirviesen de escolta, sino que él mismo vendría á buscarla para llevarla al cielo como á su muy querida esposa; si no negó esta merced á otras muchas almas santas, como es muy creíble; dejo al juicio del lector si habria podido negarla á su amadísima madre, á su esposa sin par, á la que era la honra del cielo y de la

tierra, maxime cuando Sofronio atesta que tal ha sido siempre el sentir de la iglesia. «La creencia comun es, dice este doctor (1), que el mismo Salvador salió á recibirla con semblante alegre y placentero y la condujo hasta su mismo trono; donde la colocó cerca de sí: si no ¿cómo podríamos probar que hubiese observado el precepto de honrar padre y madre dado por él mismo?» Añade Sofronio que aun cuando el redentor del mundo no hubiera tenido la inclinación que tenia á tributar este obsequio á tal madre mas que todos los hijos de los hombres, debia hacerlo por su propia consideración, porque estaba empeñado en ello su honor, y el que daba á la Virgen redundaba en él, supuesto que la gloria de los padres es la de los hijos. S. Bernardo no para aqui, porque sostiene que aquel hijo incomparable no se contentó con ser el ornamento y como el sol que alumbraba el triunfo de aquel día feliz, sino que quiso á mas servir de escudero á su madre bienaventurada (2).

V. S. Agustin dice (3) que la tenia de la mano, dando este sentido al versículo 24 del salmo LXXII, donde se lee: «Me tomaste de mi mano derecha, y me condujiste segun tu voluntad, y me amparaste con gloria;» obsequio hasta entonces inaudito y reservado para aquella que habia de ser única en todos sus privilegios. En realidad hizo tal impresion en los espiritus bienaventurados, que todos ellos exclamaron: «¿Quién es esta que sube del desierto llena de delicias, apoyada sobre su amado (4)?» Y volvieron á exclamar: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de perfume (5)?» «¿Quién es esta, dice S. Bernardo (6), y de

(1) Sermo de Assumpt.

(2) Sermo 1 de Assumpt.

(3) Sermo 35 de sanctis.

(4) Cantic. VIII, 5.

(5) Ibid. III, 6.

(6) Sermo 4 de Assumpt.

dónde puede venir á una mujer mortal tanta afluencia de delicias? ¿Qué quiere decir que nosotros mismos, que somos inundados del torrente de delicias salido de la presencia de Dios, no tenemos una cosa igual? ¿Cómo puede ser que se encuentren unos tan ricos atavíos debajo del sol, donde no hay mas que trabajos y aflicción de espíritu? ¿Qué diamantes son el don de fecundidad engastado en el oro de la virginidad, la insignia de humildad, la rosa de caridad, el collar de misericordia, todas las riquezas de gracia y gloria reunidas para adornar á una criatura que sube de un desierto? «¿Quién es esta, dice San Ildefonso (1), que sube como una varita de humo? Es la vara salida de la raíz de Jessé, que es como un perfume compuesto de todos los polvos aromáticos y abrasado en el fuego de la caridad. Vedla subir como humo de incienso y holocausto divino, que lleva hasta el cielo el olor de sus singulares virtudes. Donde se observará que el pasmo de los ángeles no se funda en la virginidad de la madre de Dios solamente, aunque es sin ejemplo, sino en la inmensidad de su gracia y de todas las virtudes juntas, que hicieron de ella una verdadera manzana de olor. Pero á medida que ellos publican su pasmo, se oye responder á los heraldos del cielo: Es la hermosa entre las hijas de Jerusalem; como si quisieran decir: No os admiréis: este es un hecho sin ejemplo y sin consecuencia: es un honor que solo corresponde á aquella por quien Dios quiere vaciar las arcas de su gloria y ostentar toda la magnificencia del cielo. Oh Dios, ¡qué ahoroso eres para con los que te aman, y qué fiel para con los que te sirven! ¡De qué manera honras á los que te honran! ¿Y cómo nuestros corazones estan aun tan helados y tienen tan poco conocimiento de un Dios tan bondadoso y tan grande?»

(1) Sermo 3 de Assumpt.

Tercera singularidad.

VI. Mientras nosotros estamos parados, la Virgen sigue adelante, y sin que lo advirtamos, hace su entrada en el cielo. Hemos aquí en el punto del recibimiento que le hizo la beatísima Trinidad: última singularidad de su triunfo. Dice S. Ambrosio (1) que cuando entró en el cielo el emperador Teodosio, los ángeles diputados para recibirle le preguntaron qué es lo que habia hecho en el mundo. Dios mio, ¡qué respuestas tan cumplidas hubiera podido dar la Virgen á esta pregunta, si el decoro hubiese permitido detenerla á la puerta del cielo para preguntarle tal cosa, ó mas bien si la modestia no la hubiese impedido á ella de responder! ¡Qué buen tema hubiera tenido su amado hijo para hacer el panegirico de tan digna madre! ¿Qué no hubiera podido decir de la única que mereció darle nuestra naturaleza, llevarle en su seno, criarle y servirle por tanto tiempo? ¿Qué no hubiera podido decir de la que despues de él fué el principal instrumento de la reparación de los hombres, y á quien de consiguiente estan obligados todos ellos por haber sido restaurados en la gracia y por su eterna bienaventuranza? Pero una vez que su calidad no consentia tal pregunta y por otra parte eran bien conocidos sus méritos, digamos mas bien que así que entró en el cielo, uno de los primeros arcángeles gritó cuanto pudo en lenguaje celestial lo que decia antiguamente un heraldo cuando salia de su palacio el rey de los escitas en las principales solemnidades: Todos se postren en tierra; todos adoren la majestad. Despues de tributados estos primeros homenajes fué conducida la Señora á la presencia de la santísima Trinidad. Entonces el padre de las eternas misericordias inclinándose sobre el cuello de

(1) Orat. in funere Theodos.

su amada hija levantó los diques que habían contenido hasta allí el impetu de su amor, para inundar de un gozo inexplicable á aquella bendita alma y anegarla en el piélago de sus inestimables delicias. Entonces la bondad del Espíritu Santo no siendo ya detenida por ninguna consideración descubrió á su casta esposa la dicha de tener tal esposo. Entonces el Hijo le manifestó que nada le impedía de honrar á su madre segun toda su voluntad. Entonces la inmensa Trinidad hizo ver á toda la corte celestial los tesoros de gloria que tenía preparados abeterno para la que debía de ser la maravilla de gloria como era el prodigio de gracia. Entonces fué colocada ella en su silla real, segun diré inmediatamente, y los ángeles primero y despues las primicias del rebaño de Jesucristo se presentaron en hilera á hacerle reverencia, á poner sus coronas á los pies de ella y á reconocerla como á su señora y soberana (1).

Pero tal vez se ofendá el cielo de que yo intente tartamudear sobre aquello de qué acaso no me es permitido hablar, y porque quiero explicar con palabras humanas unos honores que son divinos, y medir con la vara de mi corto entendimiento la majestad de ese triunfo. Virgen santa, si he faltado en esta parte, te pido perdón: achácalo á la flaqueza de mi inteligencia, que se vale de toda la magnificencia que es capaz de imaginar, para hacer una peana á tu gloria y honrar tus grandezas.

(1) Adición de la madre M. J. de Blemar. — « Pero aunque esta fiesta sea enteramente suya, podemos decir que tambien es nuestra en cierta manera, porque esa misma Virgen es nuestra madre, nuestra abogada y medianera. Con efecto así como el Hijo mostrando sus sagradas llagas al Padre intercedo poderosamente por nosotros, así Ma-

ria enseñando á su hijo los virginales pechos que le amamantaron, habla eficazmente en nuestro favor; y como el Hijo es nuestro medianero para con el Padre, ella es nuestra protectora ante la majestad de su hijo, junto á quien reside y ante quien colmada de gracias y delicias no cesa de rogar por los pecadores.»

§. III.—De los admirables privilegios de su sagrado cuerpo.

I. Mientras la iglesia triunfante está de fiesta y regocijo segun el privilegio de su nombre, el reducido rebaño de Jerusalem, deshecho en llanto y lleno de amargura, se consuela lo mejor que puede, dice S. Juan Damasceno (1), con la prenda que le queda de su buena madre. Hay entre todos ellos una santa porfia sobre quien tendrá mas tiempo abrazados sus pies, quien los bañará mas con sus lágrimas, quien besará sus manos mas despacio, quien tendrá la dicha de poseer alguna reliquia que haya tocado aquel sagrado cuerpo. Pero al cabo hay que dar tregua á estos desahogos para practicar lo que es de justicia y celebrar las exequias de la madre de Dios.

Primer privilegio.

II. Comenzaré la relacion de sus privilegios por el de la mas lucida y honrosa comitiva que se ha reunido jamás, para lo cual procuraré no separarme del discurso de S. Juan Damasceno. Este despues de todos los padres citados arriba (2) cuenta que lavado y amortajado decentemente el sagrado cuerpo se encendieron cirios benditos al rededor del féretro y se empezaron á entonar cánticos solemnes segun el orden dispuesto por el Salvador, haciendo los ángeles por otra parte resonar el aire con su celestial armonía (3). Y á la manera que el rey David cuando quiso trasladar el arca de la alianza á la

(1) Orat. 2 de dormit. Virg.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. B. Virg.: Nicephor., Hist. l. 2, c. 22.

(2) S. Dionys., De divinationum, l. 2: Juvenal, archiep. jerosol. in hist. oothymiac, l. 3.

C. 40: Andr. Creliens., Orat. 2 de dormit. Deiparæ etc.

(3) Sophron., Sermo de Assumpt.: S. Ildesphons., Sermo de Assumpt.: S. Joan. Damasc., Orat. 2 de dormit. B. Virg.

su amada hija levantó los diques que habian contenido hasta allí el impetu de su amor, para inundar de un gozo inexplicable á aquella bendita alma y anegarla en el piélago de sus inestimables delicias. Entonces la bondad del Espíritu Santo no siendo ya detenida por ninguna consideracion descubrió á su casta esposa la dicha de tener tal esposo. Entonces el Hijo le manifestó que nada le impedía de honrar á su madre segun toda su voluntad. Entonces la inmensa Trinidad hizo ver á toda la corte celestial los tesoros de gloria que tenia preparados abeterno para la que debía de ser la maravilla de gloria como era el prodigio de gracia. Entonces fué colocada ella en su silla real, segun diré inmediatamente, y los ángeles primero y despues las primicias del rebaño de Jesucristo se presentaron en hilera á hacerle reverencia, á poner sus coronas á los pies de ella y á reconocerla como á su señora y soberana (1).

Pero tal vez se ofendá el cielo de que yo intente tartamudear sobre aquello de qué acaso no me es permitido hablar, y porque quiero explicar con palabras humanas unos honores que son divinos, y medir con la vara de mi corto entendimiento la majestad de ese triunfo. Virgen santa, si he faltado en esta parte, te pido perdón: achácalo á la flaqueza de mi inteligencia, que se vale de toda la magnificencia que es capaz de imaginar, para hacer una peana á tu gloria y honrar tus grandezas.

(1) Adición de la madre M. J. de Blemar. — « Pero aunque esta fiesta sea enteramente suya, podemos decir que tambien es nuestra en cierta manera, porque esa misma Virgen es nuestra madre, nuestra abogada y medianera. Con efecto así como el Hijo mostrando sus sagradas llagas al Padre intercedo poderosamente por nosotros, así Ma-

ria enseñando á su hijo los virginales pechos que le amamantaron, habla eficazmente en nuestro favor; y como el Hijo es nuestro medianero para con el Padre, ella es nuestra protectora ante la majestad de su hijo, junto á quien reside y ante quien colmada de gracias y delicias no cesa de rogar por los pecadores.»

§. III.—De los admirables privilegios de su sagrado cuerpo.

I. Mientras la iglesia triunfante está de fiesta y regocijo segun el privilegio de su nombre, el reducido rebaño de Jerusalem, deshecho en llanto y lleno de amargura, se consuela lo mejor que puede, dice S. Juan Damasceno (1), con la prenda que le queda de su buena madre. Hay entre todos ellos una santa porfia sobre quien tendrá mas tiempo abrazados sus pies, quien los bañará mas con sus lágrimas, quien besará sus manos mas despacio, quien tendrá la dicha de poseer alguna reliquia que haya tocado aquel sagrado cuerpo. Pero al cabo hay que dar tregua á estos desahogos para practicar lo que es de justicia y celebrar las exequias de la madre de Dios.

Primer privilegio.

II. Comenzaré la relacion de sus privilegios por el de la mas lucida y honrosa comitiva que se ha reunido jamás, para lo cual procuraré no separarme del discurso de S. Juan Damasceno. Este despues de todos los padres citados arriba (2) cuenta que lavado y amortajado decentemente el sagrado cuerpo se encendieron cirios benditos al rededor del féretro y se empezaron á entonar cánticos solemnes segun el orden dispuesto por el Salvador, haciendo los ángeles por otra parte resonar el aire con su celestial armonia (3). Y á la manera que el rey David cuando quiso trasladar el arca de la alianza á la

(1) Orat. 2 de dormit. Virg.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. B. Virg.: Nicephor., Hist. l. 2, c. 22.

(2) S. Dionys., De divin. nomin., l. 2.; Juvenal, archiep. jerosol. in hist. oothymica, l. 3.

C. 40: Andr. Creliens., Orat. 2 de dormit. Deiparæ etc.

(3) Sophron., Sermo de Assumpt.; S. Ildesphons., Sermo de Assumpt.; S. Joan. Damasc., Orat. 2 de dormit. B. Virg.

casa que habia edificado (1), mandó congregar á los sacerdotes, á los principes del pueblo y á las personas mas visibles de Jerusalem, y entonces llevándola en hombros los sacerdotes y siguiendo detrás todo el pueblo, fué conducida al templo y colocada en el lugar preparado debajo del tabernáculo; así en esta ocasion los principes de la iglesia y los primeros hombres del mundo recibieron sobre sus hombros el arca mistica del nuevo testamento para llevarla al sitio destinado. La distinguida comitiva tomó el camino del monte Olivete atravesando la ciudad con sumo orden y con singular compostura y gravedad. Iban cantando solemnemente los salmos, y los ángeles, aunque invisibles, tributaban todo género de honores y obsequios á aquel sagrado cuerpo. He leído en S. Gregorio de Tours (2) que hubo antiguamente cerca de la ciudad de Clermont en la Auvernia una doncella de excelente virtud llamada Jorja, y habiendo muerto, como se tratase de levantar el cadáver para conducirlo á la iglesia, comenzaron á volar una bandada de palomas y la siguieron hasta el templo, en cuyo techo se posaron sin separarse de allí hasta que se dió tierra al cuerpo. El mismo santo refiere (3) otra cosa aun mas maravillosa en la vida de santa Olalla, á saber, que en torno de su sepulcro hay tres árboles, los cuales por diciembre, que es cuando se celebra la fiesta de la santa, echan unas flores semejantes á las palomas, blancas como la nieve, que embalsaman el aire con un olor del paraíso y hacen esperar un buen año á todos los habitantes de la comarca, porque si por desgracia faltan, es para ellos un presagio certísimo de algun siniestro contratiempo. Y si las palomas están destinadas

(1) H. Reg. VI.

(2) De gloria conf., c. 34.

(3) De gloria marty., c. 34.

á honrar la pureza y la integridad, nunca las mereció ninguna criatura mejor que la virgen de las vírgenes, la cual segun testimonio de S. Juan Damasceno (1) fué la castísima é inocentísima paloma que en aquel dia salió del arca de su cárcel temporal para ir á respirar el aire puro de la felicidad eterna y traernos de allí las buenas nuevas de nuestra paz y nuestra reunion con Dios.

Segundo privilegio.

III. Luego que llegaron los apóstoles y los que los acompañaban al valle de Getsemani, donde el Salvador sudara agua y sangre, y donde estaba preparado el sepulcro de la virgen Maria, pusieron su ligera carga sobre una mesa, y entonces no hubo grande ni pequeño que no quisiera besar por última vez aquel cuerpo y derramar sobre él las postreras lágrimas. Renovóse el llanto con mas amargura y se exhalaban suspiros tanto mas hondos y dolorosos, cuanto mas próximo estaba el instante de separarse de aquella á quien habian amado tan tiernamente. Todos hubieran pasado allí gustosísimos el resto de su vida; pero fué preciso dar tregua al sentimiento y encerrar el sagrado cuerpo en el sepulcro; hecho lo cual tomaron la vuelta de Jerusalem no hablando de otra cosa que de las alabanzas de la Virgen, de los singulares ejemplos que les habia dejado, y de las inestimables gracias que habia recibido ella de Dios y por su medio todo el mundo. Tal vez dirian como S. Andrés Cretense en su primera oracion sobre el tránsito de la madre de Dios: «¡Qué maravilla es esta que hemos visto encerrada en un pequeño ataúd á la que llevó en sus entrañas al Dios del universo, el cual no puede ser contenido en ningun lugar! ¡Qué maravilla que la que hospedó al Señor en su

(1) Orat. 2 de Assumpt.

seno y descansa sobre los querubines, haya sido encerrada poco antes en un estrecho sepulcro! ¡Qué maravilla que hayan bajado los ángeles para honrar el tránsito de esta benditísima mujer, como en otro tiempo honraron el instante de la encarnación del Verbo en las entrañas de la misma!

IV. Mientras ellos prosiguen en sus amorosos lamentos y se retiran tristes y abatidos, adelantémonos nosotros un poco para postrarnos con el corazón y con el alma ante aquel sagrado sepulcro: no estaremos mucho tiempo sin ser testigos de las maravillas de Dios, segundo privilegio del sacrosanto cuerpo de la Virgen. Con efecto atesta S. Juan Damasceno con los padres susodichos haber sacado de los archivos de la respetable tradición que en cuanto se difundió por la ciudad de Jerusalén la nueva de la muerte de la Virgen, concurrieron á su sepulcro innumerables gentes, y que el Salvador hizo experimentar la asistencia favorable de su amadísima madre á los que acudieron atraídos de la devoción. Con solo tocar el sepulcro como antes con el contacto de su cuerpo sacratísimo los ciegos recobraron la vista, los cojos echaron á andar, los sordos oyeron, sanaron los enfermos de toda clase de enfermedades, y los pecadores (que se sentían inmediatamente movidos á dolor de sus culpas) recuperaron la completa salud de sus almas. En una palabra no hubo una persona que se volviese de allí sin alcanzar alguna merced particular por la intercesión de aquella á quien Dios quería honrar en el sepulcro. El mismo santo padre cita ejemplos; pero no tengo espacio para detenerme.

Tercer privilegio.

V. No me detengo, porque me espera el tercer privilegio, que es la incorrupción de este cuerpo, digno ta-

bernáculo de Dios y verdadera arca de la alianza hecha de una madera incorruptible. Le llamo incorruptible por gracia y privilegio solamente, porque en cuanto á la naturaleza tenía los mismos principios que los nuestros y estaba sujeto á los mismos accidentes. Pero ¿cómo queríamos que hubiese entrado en ella la corrupción, dice S. Juan Damasceno, cuando en su seno se había aposentado la vida? Esto hubiera sido contra todo derecho y razón y no podía convenir á un cuerpo que había llevado á Dios, como se expresa el santo. Andrés de Jerusalén, varón de singular mérito y excelente santidad y doctrina, sostiene con resolución (1) «que la carne de la virgen Maria no padeció mas corrupción despues de su muerte que en la concepcion y el parto del Verbo encarnado.» S. German, patriarca de Constantinopla, habla de esta suerte á la Señora (2): «Tu espíritu está vivo y gozando de los frutos de la bienaventuranza eterna, y tu carne no pasó por las leyes del sepulcro para experimentar corrupción.» S. Agustín emplea gran parte de su precioso sermón sobre la asunción de la Virgen en probar esta verdad. Ve aquí una breve muestra: «No negamos que pasó bajo del yugo comun de la muerte; pero de lo que se trata es de saber si la prerogativa que tenía de ser templo de Dios, podía permitir que la misma muerte la tuviese cautiva y bajo la esclavitud de la condicion comun reduciéndola á polvo y haciéndola pasto de los gusanos. Porque así como sabemos que su hijo y nuestro Salvador no sufrió la sentencia del primer hombre en aquello que desdecía de la divinidad de su persona, así mismo hemos aprendido en la escuela cristiana á privilegiar á su madre, cuya santidad y gracia fueron tales, que mereció singularmente hospedar á Dios cuando vino

(1) Orat. 3 de dormit. Virg. (2) Hom. de dormit. Virg.

al mundo. ¿Ignoramos por ventura que tiene un hijo omnipotente, el cual dijo de sí (1): «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra? Y si quiso salvar la integridad de su madre cuando esta le concibió; ¿por qué no había de querer conservarla después de su tránsito impidiendo los malos efectos de la muerte? El que pudo conservar el sello de su virginidad naciendo de ella, ¿no tendría el poder ó carecería de la voluntad de preservarla de la corrupcion después de su muerte? Se trata del honor del uno y de la otra, porque la carne de Jesus es la de Maria, á la que tiene motivo de querer honrar y glorificar no solo en su propia persona, sino en la de su madre, porque es muy razonable que su trono y su tálamo nupcial se hallen donde está él, y que un tesoro tan precioso no se pierda en la tierra, sino que se guarde cuidadosamente en el cielo. Nunca afirmaria yo esto, si no formase una idea muy diferente de ese cuerpo sagrado que del mío, el cual no tiene nada que pueda eximirle de la ley general de la corrupcion. Pero en cuanto al suyo, además de haber sido depositario de las gracias mas señaladas de Dios, tenemos la promesa cierta que nos hizo de que quiere tener consigo á sus siervos y ministros (2). Y si se concede esta gracia á los que le hayan hecho algun servicio: ¿qué diremos de la que le crió, le sirvió y le asistió hasta la muerte? Si esta no está junto á él: ¿dónde habrá que ponerla? Si el Señor tiene tal cuidado de sus amigos, que impide que caiga un solo cabello de la cabeza de ellos; si conservó sanos y salvos á los tres mancebos en el horno de Babilonia y á Daniel en el lago de los leones; ¿como había de olvidarse de su madre, á quien otorgó gracias y mercedes incomparablemente mayores?» Así se explica el esclarecido obispo de Hipona.

(1) Mat. XXVIII.

(2) Joan. XII.

Cuarto privilegio.

VI. El cuarto privilegio de este sagrado cuerpo es que inmediatamente fué reunido á su alma gloriosa para ser transportado al cielo. S. Juan Damasceno lo asevera en las dos oraciones que compuso sobre la asuncion de nuestra señora. En la primera le dice así: «Tu cuerpo immaculado no quedó en la tierra; sino que fué llevado al cielo, como que era el de la reina del universo y madre de Dios.» En el segundo atesta con los escritores antiguos (1) «que esto acaeció al tercer dia de su muerte y con muy justa razon, porque era congruente que la que había recibido en su seno al criador de todas las cosas, fuese recibida en los tabernáculos eternos; era preciso que la hija amada entrase en la casa de su padre y que la madre fuese reconocida como señora en el reino de su hijo.» El famoso historiador Glicas lo confirma en la tercera parte de sus Anales, diciendo que aunque la Virgen santísima estuvo sujeta á las leyes de la naturaleza en cuanto á la muerte y fué sepultada, no obstante venció á la naturaleza, porque ni el sepulcro, ni la muerte no pudieron impedir que ella saliese del duro sepulcro sin dejar mas prenda que sus sudarios á imitacion de su hijo. El emperador Leon, apellidado comunmente el sabio ó el filósofo y exelente panegirista de la madre de Dios, en una oracion sobre su tránsito, que él llama sueño á la manera de los otros autores griegos, le dirige estas bellas palabras: «Oh Virgen santa, que alcanzaste el precio de las bendiciones de Dios, ¿qué es lo que has recibido del único que es grande en todo cuanto hace?

(1) Juvenal, archiep. jeros., dormit. B. Virg.; Niceph., Hist. in hist. Euthymiaca, l. 3., c. 40; eccles., l. 3., c. 23. Metaphrast., Orat. de vita et

¿Qué es lo que vemos? ¿Qué es lo que oímos? ¿Qué espectáculo tenemos delante de los ojos? Oh santa señora, verdadera arca de santificación, tálamo nupcial del esposo celestial, único trono de Dios, ¿no eres tú llevada hoy al magnífico templo que edificaron allá arriba las manos del Omnipotente? ¿No te ha ensalzado sobre todos los coros de los ángeles, á ti de quien tomó él la vestidura de nuestra naturaleza y á quien honra ahora en tu persona? ¿No se ponen en orden los espíritus bienaventurados para recibirte según tus méritos? Así habla aquel inculto príncipe y devoto siervo de la Virgen, que me daría excelente ocasión, si quisiera yo aprovecharla, de describir el segundo recibimiento que tuvo nuestra reina en el cielo, cuando á los tres días del primero su bendita alma acompañada nuevamente de la corte celestial y del rey de la gloria su amado hijo bajó al sepulcro para reunirse á su cuerpo, el cual dejados en el instante los vestigios de la mortalidad apareció mas limpio que una perla oriental y mil veces mas brillante que el sol y fué á ocupar el trono que le estaba preparado, con un triunfo enteramente nuevo, que prefiero dejar á la consideración del lector antes que oscurecerle con mis palabras (1).

Quinto privilegio.

VII. Pero antes de pasar adelante para contemplar las restantes prerrogativas de este sagrado cuerpo encuentro la quinta en el mismo sepulcro que acaba de dejar, porque todas las gracias con que Dios favoreció aquella piedra insensible, se le otorgaron únicamente por el depósito que había tenido. Páreseme que S. Juan Damasceno está

(1) S. Athanas. Hom. de sanctiss. Deipara; Sopiron. Serm. de Assumpt.; et alii plurimipud Cristoph. á Castro, Hist. Deiparae, c. 20, n. 40.

muy oportuno cuando habla al sepulcro de la sacramental Virgen lo mismo que si este tuviera conocimiento y razon. «Dónde está ahora, le dice (1), oh sepulcro el mas distinguido y santo que ha habido nunca despues del del Salvador, dónde está el oro finisimo que los apóstoles depositaron en tí por sus manos? ¿Qué se ha hecho el inestimable tesoro que recibiste? ¿Qué noticias me das de la mesa mística y animada de proposición? ¿Qué es del libro nuevo dónde fué escrito el Verbo divino sin mano de hombre de una manera inefable? ¿Qué del piélago de las gracias del cielo? ¿Qué del manantial de las maravillas de salud? ¿Qué de la fuente de vida? ¿Qué (para hablar mas claramente) del amadisimo cuerpo de la bienaventurada madre de Dios? Pero ¿para qué buscas (responde el sepulcro) á la que está viva en la casa de la muerte, y por qué me pides cuenta de ella, como si estuviera en mis facultades resistir á los mandatos divinos? Verdaderamente me he desprendido de él muy á mi pesar; pero aunque me ha dejado, ha pagado bien su esclancia, porque he heredado su mortaja, mas preciosa que todos los tesoros del mundo, me ha perfumado con un aroma celestial, me ha llenado de una virtud divina, me ha hecho un templo digno de todo honor y ha colocado al rededor de mí un cuerpo de guardia escogido y sacado de la milicia celestial. Desde entonces ha venido á ser el terror de los demonios, el consuelo de los afligidos y el asilo de los pecadores. Venid, acudid quien quiera que seais, los que deseais libraros de algun mal ó gozar de algun bien, porque Dios no ha puesto límites á sus larguezas desde que yo recibí la fuente de gozo y la rica vena de los tesoros celestiales.

(1) Orat. 2 de dormit. S. Marin.

Santo privilegio.

VIII. Viniendo finalmente al cuerpo glorioso de esta reina triunfante, la última prerogativa de las que intento recopilar es que sobre todas las singulares calidades llamadas de ordinario dotes de los cuerpos gloriosos, de las que gozó de un modo muy excelente, el suyo tiene un cierto esplendor particularísimo é incommunicable á ningun otro como una participacion del inefable que sale del cuerpo del Salvador; esplendor que ella posee á título de madre de Dios como señal de la dignidad real y del poder absoluto que tiene en la corte de su hijo; esplendor tan suave y deleitable, que como mostraré en el capítulo XIII, una de las primeras glorias accidentales de los bienaventurados es ver ese rostro que sobrepuja toda hermosura. S. Bernardo lo dice claramente en estos términos en el primer sermón de la Asunción: «Hoy la gloriosa Virgen subiendo al cielo ha colmado de gozo á los moradores de aquellas regiones por un aumento extraordinario de alegría, porque si el alma del Bautista sintiéndola solamente dentro del claustro materno saltó de gozo, ¿cuál deberá de ser el regocijo de los que tienen la dicha de oír su dulce voz, de ver su agraciadísimo semblante y de gozar de su bendita presencia? Por nuestra parte no pensemos que es pequeño el motivo que hay para alegrarnos con ellos, porque todo el mundo siente los efectos de la gloria de María; pero especialmente el cielo que habitamos, en atención á que ha recibido un incremento inexplicable de claridad desde que se ha colocado la antorcha virginal en el aparador eminente. ¡Oh faz adorable! ¡Oh rostro divino, que desean contemplar los ángeles! ¡Cuándo tendremos nosotros la dicha de verte cara á cara y participar de la dulcedumbre que tu presencia difunde por todo el ámbito del paraíso?»

§. IV. — De las excelencias incomparables de su santísima alma

I. Cuenta Hincmaro, arzobispo de Reims, en la vida de su predecesor S. Remigio que llegado el día en que habia de ser bautizado el ilustre Clodoveo, primer rey cristiano de los franceses, el santo prelado para hacer más solemne la ceremonia y atraer el corazón de los francos al amor de la religión cristiana mandó colgar las calles desde el real palacio hasta la iglesia con los más ricos tapices que pudo haber á las manos, con telas de seda y otras preciosas, sembrando el suelo de flores y yerbas olorosas y perfumando además toda la carrera con exquisitas aguas de olor. Cuando el rey salió con su corte y acompañado del venerable obispo, á quien llevaba de la mano, no pudo menos de preguntarle: «Padre, ¿es este el reino de que tanto me habeis hablado y que me habeis prometido tantas veces?». A lo que replicó el santo: «Señor, hay mucho que decir; este no es mas que el principio del camino por donde se llega allá.» Aquí tengo yo algun motivo para decir lo mismo de la materia que tratamos, porque bien pudiera suceder que habiendo alguno oído tantas grandezas de la madre de Dios se persuadiese á que ya no hay nada que decir y que hemos llegado á la cumbre de sus excelencias. Pero estamos muy lejos de eso, porque hasta ahora no hemos hecho otra cosa que conducirla al templo de la gloria, donde ha de recibir el cúmulo de los honores eternos. Con efecto el santo arzobispo de Candia, queriendo preparar los ánimos para el discurso que hace de las grandezas de la Virgen, después de decir que es detenerse demasiado fuera sin entrar en el santo de los santos y después de hacerlos esperar que allí encontrarán algo más grande que lo que han visto, les advierte que ante todo purifiquen sus labios con el contacto del carbon se-

ráfico y sus entendimientos con una elevacion de pensamiento y un animoso desprecio de todos los afectos terrenos y que sin una gracia muy particular de la misma Virgen no pueden esperar ser admitidos á la indagacion de sus grandezas (1). Así bajo de tñ amparo, oh santa madre mia, entraré yo en ese santuario para considerar las excelencias de la gloria que fué comunicada á tu santísima alma, aunque conozco muy bien que diré poquísimo por no poder sufrir el resplandor de ella. Pero tal vez sea aun demasiado para mí, que debía de contentarme con postrarme á tus piés sin tener la osadía de levantar los ojos para mirarte á la cara.

Primera excelencia.

II. La primera excelencia de la gloria de la madre de Dios consiste en la union de su bendita alma con la santísima Trinidad, primera fuente de gloria. Con efecto apenas puso el pié en el cielo, cuando Dios recorriendo el velo que antes lo impedía, le manifestó en su divino rostro maravillas incomprendibles de su poder, de su sabiduría y de su bondad. Mucho tendría yo que decir sobre esto, si los discursos anteriores relativos á la inmensidad de su gracia no me ahorráran una buena parte del tiempo que debería de emplear en ello. Pero presupuesto que la gracia que recibimos en la presente vida y que lucráramos con nuestras buenas obras, no es otra que la semilla de la gloria y que esta se da en el cielo á proporcion de la gracia, hay que inferir por necesidad que habiendo sido la gracia sin medida, la gloria lo es al mismo tiempo y por consiguiente que viendo á Dios, aunque esté muy distante de comprenderle, no obstan-

(1) Orat. 1 de dormit. Deipera.

te descubre mas perfeccion y grandeza en la divina esencia que los mas encumbrados querubines y los mas abrasados serafines. Esto es lo que significa S. Juan Crisóstomo cuando dice en su liturgia, que Maria es incomparablemente mas gloriosa que los serafines, y S. Lorenzo Justiniano cuando afirma (1) que toda la felicidad que admiramos en los bienaventurados, se encuentra con grandísima ventaja en Maria y que de ahí procede el pasmo de los ángeles cuando preguntan quién es S. Efrén, discípulo de S. Basilio, dice (2) con el Crisóstomo que sin comparacion excede en gloria á todos los bienaventurados: que es la maravilla del mundo y superior á todas las otras maravillas: en fin que es la corona de todos los santos; pero tan brillante que deslumbra á los que la miran. S. Pedro Damiano habla claramente y sostiene (3) que no solo excede á cada uno de ellos en particular, sino á todos en general; lo que equivale á decir que ella sola posee mas gloria esencial que todos los bienaventurados juntos. Y en realidad supuesto que ese mismo exceso está ya concertado en punto de la gracia, debe de ser una cosa resuelta tocante á la gloria (4). Este es el pare-

(1) Sermo 1 de Assump.

(2) Orat. de laudibus Virg.

(3) Serm. de Assump.

(4) Adcion de la madre Ma-

ria J. de Blemur. — « Maria es un

cielo nuevo, una tierra nueva,

un pielazo de gracia. Pero

¿quién medirá la altura de este

cielo, la anchura de esta tierra

y la profundidad de este vasto

pielazo? El conocimiento de él

está reservado á Dios solo, que

le hizo tan grande en gracia, en

gloria, en poder y en misericor-

dia; digo en gracia y en gloria,

porque la gloria es siempre con-

forme á la gracia. Ella es ensal-

zada sobre todos los coros de

los ángeles en el reino de los

cielos, como canta la iglesia, y forma por sí un coro separado, donde es mas honrado Dios, y donde reina con mas gloria y donde desganá mas deliciosamente que en todas sus otras criaturas. Ella sola por la grandeza que le es peculiar, mira á las personas divinas como dependientes de las adorables propiedades de ellas, y este solo coro de la sacratísima Virgen rinde mas homenaje á la esencia y á las perfecciones divinas que todos los ángeles y escorridos juntos, y Dios la ama á ella sola mas que á todos; lo cual no disminuye su caridad para con sus hijos. »

cer de S. Ildefonso, cuando dice (1) que así como es incomparable lo que ella hizo è inefable lo que recibió, del mismo modo es incomprendible el precio de la gloria que mereció. Añade que para poder medirle sería necesario saber antes de qué abundancia de gracia fué llena la que tuvo en su seno al autor de la gracia y al Dios de majestad cuando vino al mundo. S. Bernardo dice (2) que «si el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano comprendió lo que Dios tiene preparado para los que le aman, es desatino querer explicar lo que preparó para aquella que le engendró y le amó sin comparación mas que todos; de lo cual no duda nadie (5).» Las palabras de estos insignes santos me hacen comprender en algun modo un dicho muy expresivo de un buen siervo de la reina del cielo, el Bienaventurado Estanislao de Koska, novicio de la compañía de Jesus. Preguntándole un día su confesor qué le parecia de la fiesta de la Asuncion que se celebraba al siguiente, respondió el devoto novicio que en aquel día había criado Dios una nueva gloria en el cielo para su santísima madre. Y á decir verdad así era preciso, porque debajo de la adorable Trinidad no había otra bastante para igualar á los méritos de la madre de Dios y porque ella sola debía de poseer por su parte mas que la que el Señor había criado hasta entonces para todos los bienaventurados y aun que la que debía de criar hasta el fin de los siglos.

(1) Serm. 2 de Assumpt.
 (2) Serm. 1 de Assumpt.
 (3) *Aficion de la madre Maria J. Blomar.* — «Dichosa mil veces esta santa señora ya cuando recibe al Salvador en su casa, ya cuando él para pagar la hospitalidad la puso en el lugar mas

eminente y glorioso que halló en el cielo, y la hizo sentar á su derecha, para que pueda decir ella ahora con la esposa: «He senté á la sombra de aquel á quien yo había deseado, y su fruto dulce á mi garganta (7).»

(7) Cant. II, 5.

Pues ¿por qué no he de aplicar con todo respeto á la Virgen la bella observacion que S. Gregorio Niseno hace en un discurso de la Ascension? A la llegada del Salvador los ángeles que iban delante, no dijeron á los que estaban dentro: Abrid vuestras puertas, principes del cielo; sino: Levantad vuestras puertas; porque era tan grande la majestad del que había de entrar (y proporcionalmente diremos de la que había de entrar), que no podia caber por las puertas ordinarias. «¡Oh si nos fuera dado, exclama S. Ildefonso (1), saber hasta qué extremo de contento llegó ella hoy! ¡Oh si pudiéramos saborear la dulcedumbre del paraíso donde fué recibida! ¡Oh si pudiéramos comprender los honores que le tributó toda la corte celestial! Si nos fuera permitido entrar en el sagrado retrete de las grandezas que se le mostraron; no cabría nuestro corazón de gozo y contento.» Pero estos deseos son mas fáciles de tener que de cumplir, porque como observa S. Pedro Damiano (2), solo aquel que la ensalzó á esta gloria y ella que la posee, pueden explicarla. Por mi parte no dudo que S. Agustín habla á este propósito con tanta franqueza como lo hizo á otro semejante, cuando da por cierto que aun la que recibió tanto honor, no comprende hasta dónde se extiende. Así contentémonos con saber que es absorbida enteramente en el Océano de las grandezas divinas y que por medio de la luz de gloria penetra mas que nadie en la luz inaccesible de la divinidad para contemplar al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre y al Espíritu Santo en los dos, para reconocer la profundidad de los tesoros de la ciencia de Dios, para descubrir los misterios escondidos abeterno y especialmente los de nuestra redencion, la mayor parte de los cuales se cumplieron en ella

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Serm. de Assumpt.

y con ella, para ser transformada de resplandor en resplandor por el espíritu de Dios y ser inundada del torrente de delicias que sigue á esta posesion beatífica (1).

Segunda excelencia.

III. La segunda excelencia de su gloria es mas proporcionada á nuestra capacidad, porque mira á los efectos que salen de Dios como primera causa é idea soberana de todas las cosas, que son los escalones ordinarios por donde subimos á él. Para entender esto mejor hay que recordar lo que aprendimos en las aulas de teología; á saber, que los bienaventurados en la gloria no ven solamente las perfecciones interiores de Dios, sino que además como él es un espejo clarísimo que representa todo lo que ha sido, lo que es y lo que será, descubren en Dios por entre su esencia fecunda las cosas que pasan fuera de él. Es verdad que hay mucha diferencia entre este espejo divino, por decirlo así, y los espejos de que usamos en la tierra, porque siendo estos naturalezas muertas, insensibles y sin libertad, nos representan por necesidad con debida proporcion todo lo que se les pone delante; pero sucede de muy diversa manera en Dios, que siendo un espejo intelectual, volunta-

(1) Adición de la madre María J. de Blemur. — «Y no hay lengua ni voz de ángeles que pueda explicar la gloria de la madre de Dios, su divina consumación en la persona del Padre que es su esposo, en la persona del hijo de quien es verdadera madre, y en la persona del Espíritu Santo cuyo templo y santuario es. No hay un entendimiento tan perspicaz y luminoso,

que comprenda cómo se transforma en Dios una criatura que le es tan ínfima. Estas no son palabras al aire; la grandeza de nuestra soberanía no consiste en la elección de las expresiones con que la debilidad humana procura celebrar sus alabanzas; son verdades fundadas en la sagrada escritura y en la doctrina de los santos padres.»

rio y libre afuera en sus representaciones hace ver lo que quiere á los que entran á gozar de su gloriosa presencia, y les oculta lo que le parece. Y aunque estas sean cartas cerradas para nosotros, que no hablamos de estos misterios escondidos sino como los ciegos discurren de los colores; no obstante en cuanto nos es permitido ayudarnos de las santas escrituras, de la autoridad de la iglesia y de la razon para la inteligencia de estos arcanos, decimos que para el complemento de la felicidad de cada bienaventurado es como necesario con una necesidad de congruencia que obliga á Dios á su manera, especialmente en el cielo donde ostenta los tesoros de su gloria á sus fieles siervos, que estos no ignoren nada de lo que corresponde á su estado: de otra suerte tendrían algun deseo razonable no satisfecho, y de consiguiente sería defectuosa su felicidad. De modo que para completar en un todo el contento de un príncipe bienaventurado Dios le hace ver todo lo que pasa en su reino: á un fundador de religion todo lo que pertenece á su orden; á un padre lo que es de su familia; y á todos en particular las súplicas que se les dirigen, y los diferentes resultados de los negocios que quiere llevar al cabo por interposicion de ellos, porque habiéndose aumentado indeciblemente su caridad así como el poder que tienen de hacernos bien, requiere la razon que conozcan lo que pasa á nuestro alrededor para ser movidos por este medio á proporcionarnos el auxilio de que hemos menester en nuestras miserias, y recibir la satisfaccion que les redunde del buen éxito de los negocios que han manejado. Digo esto sin intencion de limitar la magnificencia de Dios á lo que toca precisamente al estado de cada uno, sino solo para manifestar que no hay ninguno en el cielo, á quien no dé por lo menos este aumento de contento.

IV. Ve ahí el camino abierto para decir con seguridad que la Virgen descubre mas cosas en Dios que nin-

guno de los santos que hay en el cielo, y aun ve mas que todos ellos juntos, y para decirlo breve, que ve todo lo que Dios mismo percibe con la ciencia que llamamos de vision, la cual no es otra cosa que el conocimiento que Dios tiene de las cosas que han sido, son ó deben de ser en cualquiera diferencia de tiempo (1). La razon de esto es la misma que acaba de decir, á saber, que refiriéndose finalmente al cumplimiento de la predestinacion de los escogidos todo lo que ha sido, es y será, no excede al estado de la madre de Dios, la cual (como dire mas largamente en el tratado segundo) fué escogida para medianera de la salvacion de todos los hombres, para instrumento de su predestinacion, para reina y señora soberana de todos los dominios de Dios. Exceptuo solamente por honor y deber los actos interiores del Salvador; porque siendo sin comparacion superior á su madre en gloria y perfeccion, no es razonable que entre esta tan adentro en el retrete del príncipe sin permiso de él. Pero excepto eso repito que todo lo que está presente á la inmutable eternidad de Dios como que debe de ser en cualquiera diversidad de tiempo, es conocido de la gloriosa Virgen á medida que fija los ojos en la soberana esencia de Dios. A lo que pienso, el patriarca de Constantinopla S. German significó esto cuando dijo (2): «Tu espíritu, santa señora, vive en toda eternidad. Tú descubres todo, y tu vista se dirige al conocimiento de todas las cosas.» No salgamos de aquí sin considerar la buena parte que tenemos en esta excelencia, porque no debe de sernos indiferente el que seamos divisados por nuestra bondadosa madre, que vea ella lo que pasa á nuestro rededor, que sepa todas nuestras necesidades.

(1) Suarez. tomo 2 in 3 p., d. 24, sec. 3 etc. (2) Serm. de Assumpt.

y que conozca los efectos de sus misericordias sobre nosotros, pues así como siempre nos mirará y tratará con corazon maternal, así debemos esperar por un lado que su vista nos sea siempre muy favorable y por otro evitar mediante esa misma consideracion el hacer en su presencia ninguna cosa capaz de ofenderla.

Tercera excelencia.

V. Paso á la tercera excelencia, que mira á su gloria accidental. Así llamamos ciertos aumentos de gloria que sobrevienen extraordinariamente á los santos ó son particularmente anexos á alguna suerte y condicion de personas. Digo y es verdad que hay ciertos aumentos de gloria accidental, con que Dios se sirve favorecer á los moradores del cielo; porque aunque la felicidad de ellos sea un estado invariable por lo que toca á la gloria esencial, sin embargo en lo que mira á la accidental, como Dios quiere infinitamente á sus santos, les prepara de cuando en cuando nuevos motivos de regocijo ya descubriéndoles algun feliz suceso respecto del incremento de su honra, en que todos están interesados, ya acrecentando su felicidad por los frutos de los buenos ejemplos y de las santas instituciones que dejaron en este mundo, ya iluminando sus almas segun le place con los rayos de una luz súbita y excitando en ellos algun estremecimiento extraordinario de alegría todo á medida de su voluntad. En lo cual es claro que nadie excelle, ni aun iguala á la madre de Dios tanto á causa de la union que tiene con el principio de todos estos contentamientos, como por su eminentísima calidad, porque como causa universal participa de derecho de todos los goces particulares de los santos sin hablar de los que le convienen á ella privativamente.

VI. Los otros aumentos de gloria accidental se dan

como por estado; así es que son estables y están destinados á ciertos órdenes y condiciones particulares de los santos y reservados para algunos servicios señalados que se hicieron á Dios en esta vida. Tales son los premios distinguidos que llamamos aureolas de los santos mártires, de los doctores y de las vírgenes. He dicho mas de una vez que la madre de Dios tiene la llave de todos los privilegios y que entra por todas partes; y cuando se trata de presentar las pruebas, pronto se ventilaria la cuestion. Con efecto respecto de la corona de la virginidad nadie duda que alcanzó el premio de ella. La de los doctores la adquirió también habiendo hecho el oficio de tal, como he declarado mas arriba, especialmente viendo lo que enseña el doctor angélico (1); que para conseguirla no hay ninguna necesidad de haber hecho profesion pública de predicar ó enseñar, sino que basta haber explicado y declarado á los demás los misterios de la religion. Tal vez habria mas dificultad por lo que mira á la corona particular de los mártires, presuponiendo que no muriese de muerte violenta (2). Pero

(1) In 1. dist. 49, q. 5, art. 5.

(2) Adición de la madre María Jacoba de Blesur. — «Muchísimos doctores afirman que adquirió la calidad de tal al pié de la cruz porque santó todas las penas de su hijo; fue crucificada con él; traspasada con sus espaldas, atravesada con sus clavos, y los arroyos de sangre que salian de sus llagas, navegaban su corazón en un mar de amargura. Con efecto si es insufrible para una madre el ver morir en una cama á su hijo, horrorado y sentido de todos; ¿cuáles serian los sentimientos de aquella inocente madre asistiendo al cruel suplicio de su

hijo en medio del tumulto de un pueblo insolente? Razon tiene S. Bernardo de llamarla mas que mártir, porque en aquella alma afligida se encuentra la fortaleza y caridad de los mártires y se viene en conceder que da mas que su vida, dando la de su hijo por una profunda sumision á la voluntad del Padre. Todos los amigos de Jesus que tuvieron la gracia de asistir á su muerte sin sentirse del desprecio ni del furor de sus enemigos, adquirieron desde luego la gloriosa corona del martirio por una santa participacion de sus tormentos y su muerte; y esa es la razon por que ninguno de ellos perdió

quien considere lo que dice S. Anselmo, que todos los tormentos de los santos mártires fueron leves en comparacion de los dolores de la madre de Dios, y que no los hubiera soportado sin una asistencia extraordinaria de aquel con quien y por quien padecia (1); quien medite la observacion de S. Hdefonso de que aunque su cuerpo no fué atravesado con la espada material, su alma fué traspasada con la espada espiritual de amor y de bondad, tanto mas dura, cuanto las heridas del alma son mas penetrantes que las del cuerpo (2); y que si le faltó á ella el verdugo, ella no faltó al verdugo manteniéndose siempre al pié de la cruz; quien examine lo que dice el venerable abad Guerrico (3), que desde que parió al Salvador sufrió el martirio de un continuo desfallecimiento; desfallecimiento de temor por las celadas que armaban á su hijo; desfallecimiento de dolor por los tormentos imposibles de imaginar que le veia sufrir; desfallecimiento de amor por estar separada del único objeto de sus ansias; quien pese en la balanza lo que dice S. Bernardo (4); á saber, que los clavos con que fueron clavados los piés y las manos del hijo, penetraban el corazón de la madre, y que la lanza que hirió el costado del Salvador ya muerto, traspasó el alma de la gloriosa Virgen haciendo tal herida de do-

la vida á manos de los enemigos de la fe, habiéndoles concedido el hijo de Dios otro martirio menos conocido en la tierra; pero mas distinguido en el cielo.

«En el tiempo de la dolorosa pasion de Jesucristo, fue María una madre de dolores, habiendo sido siempre conforme á todos los estados de su hijo. Jesus padece por decreto de su eterno Padre y á impulso de su propio celo, y la Virgen santísima por

compasion de su hijo paciente y quizá tambien por la operacion del Padre, que imprimió en ella la muerte de su hijo. Digamos pues que nosolo mereció la gloria de los mártires, sino que fue adornada de la aureola de tal como reina de todos los mártires.»

- (1) De excellent. Virg., c. 8.
 (2) Sermo 2 de Assumpt.
 (3) Sermo de Assumpt.
 (4) Sermo in Signum magn.

lor, que no hubiera sobrevivido un punto si no hubiese sido para sufrir aun mas: en una palabra quien lea lo que escribe S. Lorenzo Justiniano (1), que durante la pasion de Jesucristo el corazon de Maria era un verdadero espejo de todos los dolores que aquel sufría, y una perfecta imagen de muerte; ¿podrá tener dificultad en llamarla con esos mismos doctores mártir, mas que mártir y reina de los mártires? Todos estos dotes de gloria se harán aun mas visibles por lo que diré acerca de la silla á que fué elevada.

S. V.—De la increíble elevacion de su trono real.

I. Apenas habrá un espíritu tan osado á quien S. Bernardo (2) no ataje el vuelo, si intenta hablar del recibimiento que tuvo la madre de Dios, y de la elevacion del trono á que fué ensalzada: porque el santo quiere que no tengamos en menos la inefable entrada de la reina de los ángeles en el cielo que la venida del rey de la gloria á la tierra. Ve aquí en qué términos habla de la una y de la otra: «Por qué creéis que la iglesia santa en el día de la asuncion de la Virgen propone el evangelio de aquella buena señora, que dió posada en su casa al Salvador (notad que lo entiendo misticamente y que no habla de otro recibimiento mas que del que le hizo la bienaventurada Virgen), sino para que la entrada del hijo nos conduzca á la de la madre y nos persuadamos á que es inexplicable la segunda lo mismo que la primera? Y á la verdad quien sería tan elocuente, aunque hablase la lengua de los ángeles, que pudiera declarar de qué manera aconteció que por la mano omnipotente del Espíritu Santo y por la virtud del Altísimo el Verbo que hizo todas las

(1) De triumphali Christi (2) Sermo 4 de Assumpt. agone, c. 21.

cosas, fué hecho carne, y el Dios de la majestad, á quien no pueden contener los cielos, ni la tierra, se encerró en las entrañas de una virgen? Si concedéis que este misterio es incomprendible; ¿cómo juzgais que sea posible comprender el triunfo de la reina del mundo cuando fué ensalzada al cielo y se sentó en el trono de gloria segun el honor debido á la calidad de madre de Dios y segun la grandeza conveniente á tal hijo? En vista de esto intente quien quiera describir la elevacion de la silla imperial de la reina de la gloria: yo por mi parte no trato de arriesgarme, y me bastará trasladar lo que los santos han dicho acerca de esto. Aun parecerá despues de oírlos que han subido tanto, que á no ser porque hablan unos santos y unos ilustres doctores, quizá harian vacilar la creencia de los mas fieles siervos de la Virgen.

Nuestra señora es ensalzada sobre todos los santos.

II. Nuestra madre la iglesia y los santos doctores hablan de tres diversas maneras del asiento eminente que se dió á la madre de Dios. Primeramente lo hacen en términos generales. Asi canta la iglesia que Maria fué ensalzada al reino de los cielos sobre todos los coros de los ángeles: S. Bernardo y otros muchos santos ya citados la colocan sobre todo lo que está debajo de Dios. La Virgen, dice el melifluido doctor (1), es recibida hoy en la ciudad santa por aquel mismo á quien ella hospedó cuando bajó al castillo de este mundo. Pero ¿con qué honor, con qué regocijo y con qué gloria pensais que sea recibida? Asi como cuando él vino del cielo á la tierra, ella le recibió en el lugar mas digno y honroso

(1) Sermo 4 de Assumpt.

que habia en el mundo, á saber, en el templo de sus sacratísimas entrañas; de la misma manera cuando ella subió de la tierra al cielo, fué colocada en el lugar preeminente. Lo mismo dicen otros muchos que omito expresamente, los cuales fundándose en la razon hicieron pasar por una máxima indudable que la madre de Dios forma en el cielo un órden aparte y tiene un asiento particular inferior á la beatísima Trinidad, pero indéciblemente mas encumbrado que todos los asientos de los otros bienaventurados.

Nuestra señora es colocada junto á su hijo y sentada en el trono con él.

III. Mas cuando vengo á considerar la cosa de cerca y examinar lo que escriben algunos insignes siervos de Dios y celadores de su gloria, advierto que habian tan favorablemente de la Virgen santa, que la ponen á la mano derecha del Salvador en su trono pegado al suyo, donde verdaderamente la colocan con su hijo bajo de un mismo dosel y le dan lugar en el trono real de la adorable Trinidad (1). S. Atanasio, este esclarecido y antiguo

(1) Adición de la madre María Jacoba de Henar. — Aseguran que fué colocada á la derecha de su hijo y que el cielo vio en realidad lo que solo en figura habia pasado en la tierra, cuando veado Betsabe á hacer una petición á Salomon, se levantó este de su trono para recibir á su madre y mandó que le pudiesen otro trono junto al suyo á fin de hacerla sentar á su derecha. Si pues Salomon honró así á su madre, ¿con cuánto mas motivo habra puesto

el Salvador á la santísima Virgen junto á sí y á su derecha? ¿No era justo que la que siempre habia estado al lado de Jesucristo para padecer con él, se hallase tambien junto á él en el cielo para gozar de la gloria y que así como ella habia tenido parte en sus tormentos, la tuviese tambien en sus honores? Virgen santa, ¿con qué familiaridad estás con Dios! ¿Cuan cerca de él te encuentras! ¿Qué gracia tan grande has hallado delante de él!

doctor (1), aplica á María aquellas palabras del real profeta: «Asistió la reina á tu derecha con vestidura dorada y rodeada de variedad (2).» «Hoy la Virgen santísima, dice S. Ildefonso (3), es coronada en compañía de los ángeles en el reino que le estaba preparado desde el principio del mundo: hoy está destinado su lugar á la derecha de Dios, segun habia cantado mucho há el salmista.» S. Juan Damasceno no contento con esto la pone en la misma silla de su hijo como compañera de su bienaventuranza y reina del mismo reino. «El rey, dice (4), te llevó á su retrete donde estás rodeada de los principados, bendecida de las potestades, honrada de los tronos, ensalzada de los serafines como verdadera madre por naturaleza y gracia del Señor del universo. No fuiste arrebatada como Elias, ni menos aun subiste como S. Pablo hasta el tercer cielo solamente, sino que llegaste hasta el trono real de tu hijo, donde contemplas despaacio su amabilísimo rostro y tratas familiarmente con él.» No la honra menos S. Agustín cuando dice (5): «Pasaste los coros de los ángeles y llegaste hasta el trono del rey soberano: porque el rey tu hijo te encumbró al mismo asiento donde él puso la humanidad que habia tomado de tí, pidiendo la razon que tú que eres reina, llegases á la misma cumbre de honor que el que fué engendrado de tí.» Sofronio dice lo mismo en el sermón de la Asuncion dirigido á santa Paula y su hija santa Eustorgio. «Este es el día, dice, en que la gloriosa Virgen subió hasta lo mas alto del cielo y se sentó en el trono real junto á su amado hijo.» Hablando S. Anselmo de la inestimable bondad que el Salvador usó para con su santa madre, se expresa así (6): «Salió á recibirla con

(1) Oral. de S. Deipara.

(2) Salmo XLIV, 10.

(3) Serm. 4 de Ass. Virg.

(4) Oral. 4 do dormit. B. V.

(5) Serm. de Assumpt.

(6) De excellent. Virg. c. 8.

millones de millones de ángeles, y haciéndola atravesar todas las legiones de ellos y colocarse sobre los mismos le hizo lugar junto á sí en el trono de su gloria y al mismo tiempo le dió un poder absoluto sobre todas las criaturas que le obedecen (1).»

IV. S. Pedro Damiano muy al principio del sermón que compuso sobre la misma festividad, da vuelo á su imaginación: desea que su lengua derrame torrentes de palabras de oro; suplica á la Virgen que aguce su entendimiento, dirija su pluma y le inspire un lenguaje rico y afuente: convida al sol para que despidiera una luz extraordinaria, porque este es, dice, el día dichosísimo en que la Virgen incomparable sube hasta el trono del eterno Padre y tomando asiento junto al de la beatísima Trinidad llama hácia sí la atención de todos los bienaventurados. Dese á las palabras de estos santos el sentido que se quiera; por mí me contento con haber desempeñado en parte mi palabra y haberlos hecho hablar delante de mis lectores: pues lo prometí, no aventuraré mi juicio, bastándome considerar con S. Idefonso cuál fué el gozo del cielo en aquel día. Y comenzando por María santísima, á quien principalmente correspondía esta fiesta (2), ¿cuál fué á vuestro parecer la dilatación de su alma cuando se vió colocada junto á aquel á quien su corazón había deseado tanto tiempo? Es probable que le hablara en estos ó semejantes términos: «Oh veneradísimo hijo mío, áncora de mis esperanzas, ¿qué cosa hay en el cielo ó en la tierra capaz de detener mi corazón fuera de tí, que eres mi único bien, mi señor y mi Dios,

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Con efecto comunmente se la llama nuestra señora, lo cual denota el sentir de todos los fieles tocante á su dependencia y á la soberanía de ella.»
(2) S. Iúsephus., Serm. 4 de Assumpt.

á quien quiero sobre todo lo que hay de amable en el mundo, á quien honro y deseo con todo mi afecto. ¡Con que ya te tengo y poseo ahora sin temor de perderte y sin recelo de separarme jamás de tí! Tú serás eternamente mi suerte, mi herencia, mi dicha, mi único, mi todo.» Si de aquí queremos pasar á los sentimientos de alegría de que fué inundado todo el cielo; ¿dudaremos, dice el mismo santo (1), que los ciento y cuarenta y cuatro mil cantores de la capilla real del cielo, que estan siempre delante del trono del cordero con sus instrumentos de música en la mano, no hicieron resonar hoy aquellas sagradas bóvedas con la armonía del nuevo cántico que nadie puede cantar sino ellos, y que no salieron á recibir á la Virgen, que es una de las prudentes? Pero ¿qué digo una? Es la primera entre las primeras y la que está siempre al lado del cordero acompañándole á donde quiera que las otras van detrás de él.

Nuestra señora es el trono de Dios.

V. Para cumplir del todo mi promesa no me resta ya sino hacer ver que los santos afirman que la Virgen misma, hablando con propiedad, es el verdadero trono del rey de la gloria. El abad Guerrico lo dice mejor y mas claramente que ningun otro. «Guardaos de creer (son sus palabras) (2), que el ser recibido en el seno de Abraham sea una dicha comparable á la de ser recibido en el seno de María, en vista de que el rey de la gloria puso su trono en ella diciendo: Ven, elegida mía, y yo pondré mi tropo en tí.» No era posible pintar mas natural y elegantemente la prerogativa de la gloria

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Sermo 4 de Assumpt.

de esta bendita alma que llamándola el trono de Dios; porque esto es decir claramente que Dios no se comunica á ningún santo con tanta plenitud y familiaridad como á aquella en quien descansa especialmente. Bien sé que prometió sillas á sus apóstoles para que juzgasen con él (1), en consideración á que lo dejaron todo por amor de él. No ignoro lo que dijo (2) para alentar á sus soldados; que los hará sentar victoriosos en su silla como él se sentó despues de sus conquistas en el trono de su eterno Padre. Mas así como el mérito de la madre es muy diferente del de los siervos, lo mismo sucede con el galardón. En efecto cuando dice que pondrá en ella su trono, es como si hablara de esta suerte: «Es muy poco, dulce madre mía, que estés sentada junto á mi para juzgar conmigo: tú has de ser mi solio y yo he de descansar mas particularmente en tí, porque mi contento es hacerte comprender de un modo privilegiado al que es incomprendible. Tú me llevaste siendo pequeño en tu seno: tú me llevarás inmenso é infinito tal como soy ahora en tu espíritu. Tú fuiste la posada del peregrino: tú serás el palacio del rey. Tú fuiste la tienda de campaña del que tenía aun que pelear: tú serás el carro triunfal del vencedor. Tú fuiste el tálmio aupal del esposo encarnado: tú serás la silla del rey coronado.» ¡Oh rey de la gloria, qué cierto es que la santidad conviene á tu casa y que has puesto en ella buen orden! Porque al entrar allí por la primera vez aumentaste su gracia; pero á la segunda la colmaste de ella. Allí naciste como hombre; aquí fuiste glorificado como Dios. Entonces la hiciste un santuario de gracia; ahora la has hecho el trono de tu gloria. Quiero que haya algunos entre los espíritus bienaventurados, á quienes honramos con el glorioso título de

(1) Mat. XIX.

(2) Apoc. III.

tronos: concedo que en los libros sagrados el alma del justo se llama el asiento de la sabiduría (1): tambien permito que se diga que el cielo está lleno de sillas, que no son sino los santos, y que Dios descansa en cada una de ellas acomodándose segun la capacidad de sus méritos; pero que no se dispute el derecho de la madre de Dios, ni se piense en colocarla con el comun de los santos. Con efecto sin hacerles agravio hay que confesar que Dios tiene un trono señalado, cuya gloria es ensalzada sobre todo quanto existe en el cielo. Hablo de Maria ensalzada de tal suerte sobre todos los coros de los ángeles, que á la madre nadie la precede sino el hijo, ni á la reina se aventaja nadie mas que el rey, ni á la medianera mas que el medianero. Así habla este insigne siervo de la Virgen, y lo explica aun mas particularmente en el sermón siguiente cuando hace hablar al Salvador de esta manera: «Yo te pondré como el solio de mi reino: en tí y por tí administraré la justicia: de tus sagradas manos recibiré los memoriales de los hombres. Nadie me sirvió mas fielmente que tú en mi menor edad: razon es que yo te sirva mas que todos los otros en mi reino. Tú me diste la humanidad; posee en pago mi divinidad: tu humildad se contentaba en otro tiempo con un beso de mi boca sin atreverse á pedir otra caricia; ahora recibirás de mí un beso eterno; pero de modo que pegando mis labios á los tuyos, uniré mi espíritu indisolublemente con el tuyo, porque he deseado tu hermosura con particularísimo ahinco, y me parece que faltará siempre algo á mi gloria hasta que conozcas plenamente el bien incomparable que quiero para tí.» Bendigante tus ángeles, oh rey de la gloria: la gloria de tu madre haga resplandecer aun mas la tuya, y conozca

(1) Sep. VII.

todo el mundo que así como no hay un hijo que se le parezca, tampoco hay una madre semejante á aquella á quien has honrado tanto (1).

UNDÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XII.

QUE HA SIDO Y ES AUN RECONOCIDA Y LLAMADA BIEN-AVENTURADA POR TODAS LAS GENERACIONES DE LA TIERRA.

De la misma manera que vemos salir del sol, padre del día, un rayo que va derechamente hasta encontrar un cuerpo sólido y oscuro que le detenga, y luego como retrocediendo difunde á su rededor la claridad; así sabemos que del rostro luminoso de Dios emana un rayo de gloria, que dando en derechura en lo mas íntimo del alma de los bienaventurados ilustra sus entendimientos, conforta y regocija sus voluntades y produce en sus cuerpos unas calidades maravillosas que llamamos dotes gloriosos: de allí se extiende al rededor llenando aun fuera de fama y de honor á aquellos á quienes Dios ha intentado glorificar, haciendo su nombre ilustre en la tierra como su mérito es conocido en el cielo. Este es el resul-

(1) Véase la adición de la que va puesta en la nota B al madre María Jacoba de Blemur fin del tomo.

tado del combate de los santos con Dios, porque como el secreto de ellos fué ocultarse y anonadarse en este mundo por amor suyo, él por su parte pone en juego admirables resortes para honrarlos y engrandecerlos en la tierra y en el cielo. Así prometió nuestro Señor á Magdalena después que esta puso á sus pies su honra y su fama, que se hablaria de ella en todo el ámbito del mundo: así dió palabra á S. Antonio luego que se hubo retirado al desierto, donde no veia mas que las fieras y los demonios, de que le haria famoso en toda la tierra. La misma promesa hizo á la mayor parte de los santos, y fué sin comparación mas fiel en cumplir su palabra que liberal en empeñarla. Esta es la máxima de estado que mandó publicar en los tiempos antiguos por el profeta que envió al sumo sacerdote Heli, diciendo que cualquiera que diere gloria al Señor, será glorificado, y los que le desprecien, serán viles (1). Esto se ve certísimamente en la madre de Dios, que habiéndose abatido por su amor mas que todas las criaturas fué primeramente ensalzada en el cielo, como acabamos de ver, y además recibió tanta honra en la tierra, que casi parece no haber tenido Dios otro pensamiento que buscar los medios de honrarla. No es esta una de las menores excelencias de la madre de Dios; por lo que veo que para presentarla como es debido necesito el favor del uno y de la otra, es decir, del que se complació en hacerla gloriosa y de la que mereció este honor.

§ 1.—Que la madre de Dios, según profecía ella misma, fué llamada bienaventurada por todas las generaciones.

I. El santo Job (2) y el profeta David (3) dicen unánimes que una vez habló Dios y no repite segunda vez la

(1) 1 Reg., II, 30.

(2) Job XXXIII, 14.

(3) Salmo LXI, 12.

todo el mundo que así como no hay un hijo que se le parezca, tampoco hay una madre semejante á aquella á quien has honrado tanto (1).

UNDÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XII.

QUE HA SIDO Y ES AUN RECONOCIDA Y LLAMADA BIEN-AVENTURADA POR TODAS LAS GENERACIONES DE LA TIERRA.

De la misma manera que vemos salir del sol, padre del día, un rayo que va derechamente hasta encontrar un cuerpo sólido y oscuro que le detenga, y luego como retrocediendo difunde á su rededor la claridad; así sabemos que del rostro luminoso de Dios emana un rayo de gloria, que dando en derechura en lo mas íntimo del alma de los bienaventurados ilustra sus entendimientos, conforta y regocija sus voluntades y produce en sus cuerpos unas calidades maravillosas que llamamos dotes gloriosos: de allí se extiende al rededor llenando aun fuera de fama y de honor á aquellos á quienes Dios ha intentado glorificar, haciendo su nombre ilustre en la tierra como su mérito es conocido en el cielo. Este es el resul-

(1) Véase la adición de la que va puesta en la nota B al madre María Jacoba de Blemur fin del tomo.

tado del combate de los santos con Dios, porque como el secreto de ellos fué ocultarse y anonadarse en este mundo por amor suyo, él por su parte pone en juego admirables resortes para honrarlos y engrandecerlos en la tierra y en el cielo. Así prometió nuestro Señor á Magdalena después que esta puso á sus pies su honra y su fama, que se hablaria de ella en todo el ámbito del mundo: así dió palabra á S. Antonio luego que se hubo retirado al desierto, donde no veia mas que las fieras y los demonios, de que le haria famoso en toda la tierra. La misma promesa hizo á la mayor parte de los santos, y fué sin comparación mas fiel en cumplir su palabra que liberal en empeñarla. Esta es la máxima de estado que mandó publicar en los tiempos antiguos por el profeta que envió al sumo sacerdote Heli, diciendo que cualquiera que diere gloria al Señor, será glorificado, y los que le desprecien, serán viles (1). Esto se ve certísimamente en la madre de Dios, que habiéndose abatido por su amor mas que todas las criaturas fué primeramente ensalzada en el cielo, como acabamos de ver, y además recibió tanta honra en la tierra, que casi parece no haber tenido Dios otro pensamiento que buscar los medios de honrarla. No es esta una de las menores excelencias de la madre de Dios; por lo que veo que para presentarla como es debido necesito el favor del uno y de la otra, es decir, del que se complació en hacerla gloriosa y de la que mereció este honor.

§ 1.—Que la madre de Dios, según profecía ella misma, fué llamada bienaventurada por todas las generaciones.

I. El santo Job (2) y el profeta David (3) dicen unánimes que una vez habló Dios y no repite segunda vez la

(1) 1 Reg., II, 30.

(2) Job XXXIII, 14.

(3) Salmo LXI, 12.

misma cosa, como que su palabra es omnipotente y hace todo lo que significa. ¿Por qué no me será licito decir lo mismo proporcionalmente de la madre de Dios, supuesto que una palabra profética pronunciada una sola vez por ella, es á saber, que todas las generaciones la dirian bienaventurada, fué tan eficaz, que se han visto sus efectos hasta en los últimos confines de la tierra y no cesarán de verse hasta la postrer hora del mundo? Porque apenas había pronunciado aquella expresion, se hizo obedecer en todos los dominios de Dios lo mismo que si hubiera sido un rayo. Yo la llamo palabra profética con los más insignes santos y doctores, que la recibieron como tal. De ese número son S. Basilio (1), S. Cirilo (2), S. Epifanio (3), y entre otros muchos mereció ser oído S. Ildefonso. «Escuchad, os ruego (dice este santo), á la madre y á la profetisa de Dios: mejor diré, escuchad á la erangelista. Escuchad vosotras, vírgenes, y no haya mujer de cualquiera clase ó condicion que no oiga la singular humildad de la Virgen; y no me creais si no veis palpablemente que ha acontecido punto por punto todo cuanto el espíritu de verdad predijo por ella. Dijo que todas las generaciones la llamarian bienaventurada y lo dijo en un tiempo en que era conocida de muy pocas personas y tan solamente en la Judea; pero lo dijo con grandísima confianza y como estando muy cierta de lo que había de suceder. Porque no es verdad que todas las regiones alumbradas por el sol lo estan igualmente con el conocimiento del Salvador, y que donde quiera que se habla de Jesus, es tambien nombrada su santa madre? Todas las lenguas y naciones del mundo la llaman bienaventurada; de lo cual hay tantos testi-

(1) In Hinc Isai. VIII: Accessi ad prophetissam.

(2) Ibid.
(3) Hæres. 72

gos como hombres existen sobre la tierra (1).» Asi hablaba aquel santo arzobispo de Toledo cerca de mil años hace.

II. Discurriendo S. Bernardo sobre el mismo asunto casi quinientos años despues opinó que todas esas generaciones que debian de llamarla bienaventurada, comprendian cuanto hay en el universo desde el mismo Dios hasta el órden mas infimo de las criaturas insensibles (2). Con efecto es verdad que el Padre eterno la llamó bienaventurada deputando uno de los primeros principes de su corte para traerle la primera embajada del mundo. El Hijo la reconoció por tal tributándole el honor de que ya he hablado y de que hablaré en diversas ocasiones. El Espíritu Santo la honró cuanto es posible buscando con tanto empeño su amistad y declarándola por esposa soya. Los espíritus bienaventurados no podian faltar á esta deber sabiendo la voluntad de su señor. «Todas las gerarquias de los ángeles, dice S. Atanasio (3), y las de la iglesia militante te llaman bienaventurada, oh Virgen santa, y todos los comprendidos en ellas te dan mil bendiciones levantando sus manos en alto. Hacen resonar el cielo y la tierra con tus alabanzas diciendo que eres bendita entre las mujeres y que es bendito el fruto de tu vientre. Estas son las aclamaciones del primer coro compuesto de los serafines, querubines y tronos, todos espíritus extraordinariamente inflamados en el amor de Dios é iluminados con su conocimiento, por respeto del cual honran tu sagrado vientre que le llevó, y tus pechos que le criaron. La segunda gerarquía que comprende las dominaciones, las virtudes y las potestades, hace lo mismo segun su poder siguiendo siempre el impulso de la primera. La tercera compuesta de

(1) Serm. 2 de Assumpt.
(2) Sermo 2 in Pentecost

(3) Serm de S. Dato

los principados, de los arcángeles y de los ángeles crea tener una obligación muy particular á honrarte, porque de este cuerpo fué escogido el embajador que llevará la credencial; y con él te dicen incesantemente: Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor es contigo. A imitación suya nosotros tus menores siervos acá en la tierra hacemos todo lo posible para pedir tu asistencia y publicar en todas partes que eres la señora y la reina del universo. S. Ildefonso (1) y S. Bernardo (2) añaden que en confirmación de esta verdad el arcángel Gabriel honró tanto á la Virgen, que cualquiera habría dicho que quería adorarla no obstante la majestad con que estos espíritus bienaventurados habían tratado hasta entonces con los hombres, porque habiendo hablado siempre en nombre de Dios no habían tenido reparo de recibir el honor debido á él solo. En fin S. Bernardo concluye su discurso dirigiendo á la Virgen santísima estas palabras: «Es muy cierto, santa señora, reina del cielo y de la tierra, que todas las generaciones te llaman bienaventurada, tanto las del cielo como las de la tierra, y con toda razón porque fuiste la madre de la vida y de la gloria para todos. Por tu medio los ángeles encuentran el motivo de tu regocijo, los justos alcanzan la gloria, y los pecadores esperan el perdón. No sin razón están fijos en tí los ojos de todas las criaturas, porque por tí, en tí y de tí reparó la mano del Omnipotente lo que había criado.» El devoto abad Guerrico sigue á su maestro diciendo que es razonable que esta señora coja las bendiciones que sembró, y pues esto fué en provecho de todas las generaciones, pide el deber que todas se lo paguen desde los espíritus mas elevados hasta las más ínfimas criaturas (3).

(1) Serm. 2 de Assumpt.
(2) Serm. in Sign. magn.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

III. El docto Teodoro tomando otro camino dice (1) que las generaciones de quienes la madre de Dios debe ser llamada bienaventurada por homenaje, son todas las naciones de la tierra, las cuales con palabras que no se agotarán jamás en su boca, pregonarán la dicha que ella recibió y la que trajo. Y en efecto no hay region alguna donde no sea conocida, ni lengua en que no se hayan cantado y se canten aun hoy sus alabanzas. Así es que ha tenido en todas las partes del mundo excelentes panegiristas, que han extendido su nombre y su fama entre los pueblos. S. Juvenal, S. Timoteo, Crisippo y Hesiquio, presbíteros de Jerusalem, publicaron sus grandezas en la Palestina, S. Juan Crisóstomo en la Siria, S. Andrés Candiota en Crota, S. Gregorio Taumaturgo en el Ponto en Asia, el bienaventurado mártir Metodio en la Siria y la Fenicia, S. Cirilo de Alejandría en Egipto, S. Agustín y S. Fulgencio en Africa, S. Proclo y S. German en Constantinopla, S. Buenaventura y San Bernardino en Italia, S. Lorenzo Justiniano en el estado de Venecia, S. Gerónimo en Istria, S. Bernardo en Francia, S. Ildefonso en España, S. Anselmo en Inglaterra, S. Alberto y Ruperto en Alemania, S. Francisco Javier en el Japon, Mateo Ricci en la China y otros muchos que no nombro por abreviar, en otros diversos reinos y provincias donde es reconocida la madre de Dios, porque sus dominios en la tierra se extienden á todas las regiones que alumbró el sol.

IV. Teofilacto, arzobispo de los búlgaros, juzga (2) que estas generaciones deben de entenderse de toda la sucesión de hombres que han de seguirse de padres á hijos hasta la consumación de los siglos. Muchos autores hacen ver cómo desde que salió de la boca de la ma-

(1) In cap. VI Cantile. ad illa. (2) In cap. I Luc. : Maldonat.
Verba: Una est columba etc. Ibid.

dre de Dios esta palabra profética, no han faltado en ninguna edad personas eminentes en doctrina, santidad y mérito que hayan puesto su conato en extender su fama. Y como vemos que por una particularísima merced de Dios resplandece en nuestros días más que en ninguno de los siglos precedentes, debemos de esperar que cuanto más se acerque el mundo á su fin, más en aumento irá la gloria de la Virgen santísima. En los discursos siguientes lo haré ver con más extensión.

V. Sin embargo me parece que no basta decir que todas las generaciones la han llamado, la llaman y la llamarán bienaventurada, porque no hay nada absolutamente en ella que no haya merecido su bendición y alabanza particular. Su vientre fué beatificado por haber concebido y llevado el fruto de vida, y sus pechos al mismo tiempo por haber criado al Salvador. Su cabeza es coronada de doce estrellas; sus ojos de paloma, sus cabellos, sus mejillas, sus dientes, su cuello fueron hace mucho tiempo elogiados singularmente por el sabio Salomon. En una palabra todo desde los pies hasta la cabeza ha sido alabado. ¿Y qué será de las facultades de su alma, de su entendimiento, que es el verdadero santuario de Dios, de su voluntad, que es el único altar de los perfumes, de su memoria, cuyas imágenes son todas como otros tantos mecheros del gran candelero de oro encendidos siempre en la presencia de Dios? Su dicha no se queda en ella, sino que ha de pasar á todos los que le pertenecen. Así bienaventurados los padres que la engendraron; bienaventurado el vientre que la llevó; bienaventurados los pechos que mamó; bienaventurados los brazos que la sostuvieron; bienaventurados los que la sirvieron y la vieron; bienaventurados los paños que la cubrieron; bienaventurado todo lo que tuvo contacto con ella; bienaventurada la tierra que la sostuvo; bienaventurados aquellos á quienes ella mira con particular

afecto; bienaventurados los lugares que ha escogido para ser venerada; bienaventurados todos los que la digan bienaventurada, porque ellos tendrán parte en su bienaventuranza.

VI. Quizá sería esto bastante para mostrar que todas las generaciones la llamarán bienaventurada; no obstante quiero extenderme algo más para consuelo del lector y entrando en más particularidades hacer que toque con el dedo la indudable verdad del oráculo profético emanado de la bendita boca de la madre de Dios.

§. II. — Que fué reconocida y llamada bienaventurada por los oráculos de la gratitud.

I. Mucho tiempo hace observó Clemente Alejandrino (1) que Dios como padre común de todos los hombres no ha dejado jamás de manifestarse en medio de la oscuridad que se causan ellos mismos por su vida desordenada y bestial, algunos rayos de su luz más que suficientes para llevarlos al conocimiento de la verdad, y que en todas las edades ha suscitado personas que les han servido de antorchas para encaminarlos al puerto de salvación. Con efecto sin hablar de los judíos, á quienes trató como á su pueblo escogido, los gentiles, aunque rodeados de tinieblas por todas partes, tuvieron sus luces particulares para conducirse por el camino recto de la virtud y la piedad. Me fijo ahora en las sibilas especialmente, porque los doctores de la iglesia se han valido admirablemente de las predicciones de ellas en beneficio de la religion cristiana. Y no podemos negar (2) que fué particular providencia de Dios que los gentiles guarda-

(1) Stromat., lib. 6.

l. 4: 5. Aug., De civit. Dei, l. 18.

(2) Lactant., Divin. Institut., c. 13 y otros muchos.

sen con tanto cuidado unos libros, de que debíamos de sacar armas para impugnarlos; y entre otros el emperador Augusto, príncipe muy instruido, que habiendo mandado fuesen revistos y examinados diligentemente por los hombres mas hábiles los metió en dos arcas doradas y los colgó debajo de la estatua de Apolo Palatino. Bien sé la disputa que hay entre los autores respecto del número de estas profetisas de la genilidad, y no quiero meterme á ventilarla: seguiré el camino mas trillado y me uniré á los que cuentan hasta doce. Todas vivieron antes del nacimiento del Salvador, y algunas fueron anteriores á él cerca de dos mil años: así es maravilla que explicasen tan claramente los misterios relativos á nuestro Señor Jesucristo y á su madre. Para que mis lectores tengan el gusto de oirlas en nuestro idioma, voy á copiar sus oráculos empezando por la Sibila persica, hija de Beroso, la cual en tiempo del rey Ciro iba de ordinario vestida de una túnica de tela de oro y llevaba un velo blanco en la cabeza. Esta habla así de la madre de Dios:

« El primogénito del Omnipotente y de la Virgen madre entrará en su ciudad montado en un pollino llevando la realidad y el nombre de un príncipe manso para traer el hijo prodigo á su padre.»

La librea, de quien dicen Eurípides y Teognis, poetas antiquísimos, que siempre se la veía con un sombrero de flores en la cabeza, se expresa así:

« Aquel que solo vivía antes de todo tiempo en sí, contemplando con satisfacción su especie fecunda, descansa en el seno de la reina del mundo. Adora, ángel, á tu Dios: venera, hombre, á tu rey.»

La délfica, que profetizaba antes del saqueo de la ciudad de Troya y servía de trujaman al oráculo délfico, dice que

« Dios endarecerá su brazo y extenderá su mano

quiere violentar las leyes de la naturaleza, y una Virgen parirá sin abrir su claustro como había concebido sin conocer varón.»

La cimera, que tomó este nombre de una ciudad próxima á Cumas en Italia, discurria de este modo:

« El príncipe soberano del dichoso imperio, descansando en el seno de la Virgen sin par, hace parecer en el aire una estrella brillante que atrae á los reyes magos del Oriente.»

La samioia ó de Samotracia, doncella de singular hermosura, que algunos creen haber sido la tan célebre Pitooisa, de quien hablan Nicanor en la narracion de las hazañas de Alejandro Magno y Eratóstenes en los antiguos anales de los samiotas, dice lo siguiente:

« Parecerá en el cielo una estrella brillante, la cual hará ver á los hombres el que siendo Dios se hizo lo que somos nosotros, y hará que sean adorados la madre y el hijo.»

La de Cumas llamada Amalteia ó Deifobe por su padre Deifobo, hijo de Glauco, que pronunciaba sus oráculos en Italia, escribe de esta suerte:

« Dios para tomar la vestidura de los hombres se hospedará en el seno de una virgen, que es la casta entre las hermosas y la hermosa entre las castas, porque es el compendio de la obra de sus manos.»

La helespóntica ó troyana, de quien se sirvió con mucha frecuencia el antiguo filósofo Heráclito, cantaba así:

« Nada hay comparable á lo que he visto: una virgen mas pura despues del parto, y el que nace eternamente de Dios naciendo niño en un pobre establo.»

La frigia, que lo mas del tiempo andaba con la cabellera suelta y vestida de púrpura, y que se cree ser aquella Casandra que predijo al viejo Anquises todas sus aventuras y la ruina de Troya, decía:

• En medio de las estaciones y en el corazón de los años quiso Dios que bajase su hijo al mundo y que naciendo según había predicho el ángel, lavase las añejas manchas de los mortales. »

La de Europa, muy agraciada también de rostro y siempre vestida de brocatel, dejó escrito lo siguiente en sus memorias:

• El santo Verbo de Dios, imagen del Eterno, bajará dando brinco a los sagrados montes, como se ve en la primavera retozar á los cabritillos, para reparar su primera obra. »

La tiburtina ó de Tívoli, cuya estatua se encontró á la orilla del río con un libro en la mano, pronunció el oráculo siguiente:

• Dios que no puede mentir, me pone estos versos en la boca y me hace anunciar el parto de una virgen, la cual concibiendo en Nazareth al mismo Dios pare no lejos de Betlehem y queda virgen y madre. Mil veces dichosa la doncella que toca, que besa y que da de mamar á un niño tan divino. »

La agripina, de quien tenemos menos conocimiento que de las otras así con respecto á su patria como en cuanto al lugar en que pronunció sus oráculos, profetizaba en estos términos:

• Aprended, hijos de Adam, la maravilla de los siglos: vereis en vuestros días debajo de la vestidura mortal al amado de Dios, al principio inmortal naciendo de una virgen que no ha tenido jamás igual. »

La babilónica, llamada también eritrea y muy famosa así por la claridad de sus oráculos como por la integridad de su vida, habló tan claramente del Salvador y de su santa madre, que casi se la podría tener por una evangelista más bien que por una profetisa. Oigamos lo que dice:

• Tengo mi alma tocada de un impulso divino.

viendo templarse el aire y de lo mas alto de los cielos bajar el Verbo glorioso del Padre al seno de la Virgen escogida. »

II. A estos oráculos sublimes podemos añadir algun otro, que Dios, padre de la verdad, sacó de la boca del padre de la mentira. El año del mundo tres mil menos dos como los argonautas hubiesen ganado la ciudad de Gizio en el Helespento, preguntaron al oráculo delfico de qué manera agradecerian aquella victoria; y el demonio que habia tomado el nombre de Apolo, fué forzado á darles la respuesta siguiente:

• Escuchad, mortales, este mandato: adorad á un solo Dios que gobierna el mundo y tiene en su mano el cielo y la tierra: apodérese de vuestros corazones un santo temblor. Así como una centella desprendida de la nube atraviesa la region del aire mas veloz que el viento, así bajará á la tierra el primogénito de la Virgen é hijo de Dios vivo. Yo entiendo que se consagre para siempre el templo y el altar á esta virgen y á su fruto sagrado (La conoceréis por el nombre de Maria, porque no se agotará jamás la fuente de sus dones). »

III. Es verdad que como nunca faltaron ardides á ese antiguo forjador de malicia, al punto discurrió el medio de enmendar lo que habia dicho por fuerza en perjuicio suyo, porque les sugirió que aquello debia de entenderse de la gran madre de los dioses (así la llamaban los infelices ciegos sectarios de la idolatría); y esto fué causa de que le dedicaran un templo soberbio. Pero el emperador Zenon, no pudiendo consentir se hiciese por mas tiempo este agravio á la madre del único y verdadero Dios, echó de allí á los demonios con sus efigies é ídolos por los años de 474 é hizo consagrarle en honor de la inmaculada madre de Jesucristo.

IV. Explicando el docto mártir Protopio su creencia delante del juez Flaviano en una excelente arena

que le valió la corona del martirio, echó mano de la respuesta que se dió en los tiempos antiguos á Jason, príncipe de los argonautas, cuando preguntó á Apolo dónde á quien dedicaría el famoso templo edificado por él en Atenas. Es la siguiente trasladada con toda fidelidad: « Ciudad de todo lo que pueda convidaros á la honestidad de la virtud. Mi deseo termina en tres: en un solo Dios que reina allá arriba, de quien el Verbo incorruptible concebido en el vientre de una virgen purísima atravesando el mundo como un arco de fuego arrebatará á los hombres para hacer con ellos un presente agradado á su padre. Este templo le pertenecerá, y su madre tendrá por nombre Maria (1). » Pero la antigua serpiente alucinó con tanta destreza á los pobres atenienses, que escondidosoles el verdadero sentido del oráculo dedicaron el templo á Minerva, diosa de la sabiduría, según decían ellos.

V. Atestan los historiadores (2) que Augusto de vuelta en Roma después de terminadas las discordias civiles mandó erigir un altar en el Capitolio con esta inscripción: ALTAR LEVANTADO AL PRIMOGÉNITO DE DIOS, en el mismo lugar en que como juzgan algunos, por las señas de los versos sibilinos había visto en el aire á una doncella con su niño en los brazos. Hoy día los religiosos de S. Francisco tienen allí un hermoso templo dedicado á nuestra señora bajo la advocación de *Ara caplicon* aquel motivo á lo que se cree. S. Epifanio en la vida de Jeremías, Doroteo en su Sinopsis y otros cuentan que habiéndose refugiado aquel profeta temporalmente entre los sacerdotes de los egipcios por huir del bárbaro furor de Nabucodonosor, les advirtió que llegaría el tiempo

(1) Metaphrast. apud Sarrum. (2) Baron., Appar. 8 julli; Bonin en el lug. cit.

en que fuesen destruidos todos sus idolos, y sería cuando una virgen habiendo parido y reclinado á su niño en un pesebre se refugiase en Egipto. Esto lo notaron ellos con tanto cuidado, que conservaron la memoria por medio de una imagen que representaba á una virgen postrada delante de un pesebre, sobre el cual estaba tendido un niño. Mas siendo preguntados por el rey Tolomeo los sucesores poco diligentes de aquellos sacerdotes sobre el significado que tenia dicha figura, no supieron responder otra cosa sino que era una prenda de sus antepasados.

VI. Santo Tomás refiere (1) con otros muchos (2) que en el año 796 (los demás no concuerdan enteramente con esta cronología), imperando Constantino VI y su madre Irene, fué abierto un sepulcro muy antiguo, en el cual se encontró un cadáver (algunos pensaron que era el de Platon) que tenia al cuello una plancha de oro con esta inscripción: Cristo nacerá de una virgen, y yo creó en él, y tú, sol, me verás otra vez en tiempo de Irene y Constantino. Por los años de 1201 de nuestro Señor Jesucristo, siendo romano pontífice Honorio III, emperador de Alemania Federico II y rey de Castilla Don Alfonso VIII, aconteció en las cercanías de la ciudad de Toledo que cavando un judío en una viña encontró en el hueco de una peña un libro antiguo, cuyas hojas eran de corteza de árbol y que estaba escrito en lengua hebrea, griega y latina. En el se hablaba de tres mundos, es decir, de tres edades ó mudanzas del mundo. En el principio del tercero se leían estas palabras: « En el tercer mundo el hijo de Dios nacerá de la virgen Maria y padecerá por salvar á los hombres (3). » Mas adelante hablare de

(1) Secunda secunde q. 7. chron.: Canis., de B. V., l. 2, c. 7. art. 7 ad 3.

(2) Paul. Diac., l. 23: Sigab. (3) Zonaras y Canis. en el lugar citado: Rod. Sanct., Hist. Hiin Chronic.: Genebrard., lib. 3. span., part. 3, c. 10.

nuestra señora de Chartres. Mecho habria que decir sobre este punto; pero lo omito por no cansar al lector.

§. III. — Que fue reconocida y llamada bienaventurada por los judíos y mahometanos.

Muy grande debió de ser la fuerza de la verdad, cuando el odio no basta á impedir que pase por la boca de sus enemigos. Esta es la única razon por que apreciamos los testimonios de ellos, y no con otro intento voy á acotar los de algunos judíos posteriores al nacimiento del Salvador, porque en cuanto á los que vivieron en tiempos anteriores, ya se ha tratado en el capítulo III. También presentaré algunos mahometanos que hablaron en términos muy honrosos, no para hacer gala de sus necedades y delirios, sino solamente para manifestar que no pudieron resistir á la verdad y á su pesar tuvieron que rendirle homenaje. Pedro Galatino, docto escritor y brillante lumbrera del orden de S. Francisco, insta vigorosamente á los judíos (1) por la propia confesion de sus rabinos y los hace confesar que muchos de ellos menos preocupados ó mas perspicaces que los otros hablaron muy ventajosamente de Jesucristo, verdadero y único Mesias, y de su digna madre Maria, citando entre otros al que por respeto llaman Rabbahu Haedon, que quiere decir nuestro sacro maestro. Este doctor les enseña que antes que fuese criado el mundo, Dios habia previsto el pecado de Adam con la maldicion que debía castigarle; lo cual le hacia vacilar y estar irresoluto sobre si criaria el mundo, cuya pieza principal debia de ser el hombre. No obstante su Verbo le hacia vivas instancias, por cuya causa se resolvió al cabo, especialmente por el

(1) De arcánis, lib. 7.º

pensamiento que tuvo de que sería arrancada una piedra de la cantera sin mano de hombre, es decir, que el Mesias naciera de Israel, el cual era el peñasco escogido, pero por medio de una virgen y no de la manera ordinaria; de suerte que consintió en criar el mundo por amor del Mesias y de su madre. En confirmacion de esto leamos en la profecia de Jeremias: «¿Puede ser invalidado mi pacto con el dia y mi pacto con la noche, de manera que no haya dia ni noche á su tiempo (1)?» En lugar de estas palabras leen los cabalistas hebreos: «Si no hubiese sido el pacto que he concertado voluntariamente; no habria establecido jamás el orden que existe entre el cielo y la tierra, el dia y la noche;» es decir, á juicio de ellos: Si no hubiera sido por el amor de Maria y de su hijo Jesus; no habria consentido jamás en criar el mundo. Volvamos al rabi Haedon. Dice este además que la Virgen santísima es comparada en la sagrada escritura á un armario ó á un aparador; cuya figura sienta que la toma de un pasaje del salmo LXXIX, y añade que con justa razon es comparada la madre del Mesias al aparador ó armario del paraíso; porque así como se pone el aparador en casa de los grandes para colocar los vasos de oro y plata y hacer ostentacion de sus riquezas y magnificencia; de la misma manera la Virgen es el aparador dispuesto por Dios para ostentar su gloria á todos los siglos venideros. El rabi Simeon aplica á la madre de Dios estas palabras del capítulo IV de los Cantares: «Eres toda hermosa, amiga mia, y no hay en ti mancha.» Las memorias de Galatino suministrarán mas particularidades á quien tenga curiosidad de registrarlas: á mi me basta repetir que no es poco que unos hombres poseídos de tanto odio contra nuestro Señor Jesucristo y

(1) Jerem. XXXIII, 20.

su santísima madre y que los maldicen muchas veces al día en sus sinagogas segun testimonio de S. Epifanio, no puedan sin embargo oprimir de tal suerte la verdad, que no aparezca en sus propios escritos.

II. Lo mismo digo de los mahometanos, enemigos jurados del nombre cristiano, y cuya impiedad no ha podido prevalecer contra la verdad en términos que su mismo corifeo Mahoma no se haya visto forzado á publicarla en su Alcorán. Vé aquí cómo habla en un lugar del mismo (1): «Dios infundió su propia alma á María, la mejor de todas las mujeres, á quien no tocó jamás ningún hombre, y la propuso con su hijo á todas las naciones como una maravilla excelentísima.» En otra parte afirma (2) que ella fue la mas pura y limpia que ha existido jamás sin exceptuar á nadie, como que todas sus intenciones se referian á Dios solo. Otra vez se dirige á ella diciendo (3): «Oh María, no hay duda de que Dios te escogió, purificó y sacó de entre las demás para que seas la mas famosa de las mujeres que habrá en todos los siglos.» En otra parte le dice (4) que será llena de honor en este mundo y en el otro. El Acates de este falso profeta è insigne impostor, llamado Ebi Horayra, hombre de gran autoridad entre los mahometanos, asegura haber sabido de su maestro que de todos los hijos de Adam no hay uno sobre quien Satanás no haya puesto la mano, excepto María y su hijo, y además que entre los hombres hay muchos perfectos; pero que entre las mujeres no se halló otra mas que Maria madre de Isé (asi llama á nuestro salvador y redentor.) ¿No os parece oír á alguno de esos espíritus réprobos, que metidos en el cuerpo de los posesos son forzados á veces

(1) Azoorra 21.

(3) Azoorra 8.

(2) Azoorra 5.

(4) Azoorra 3.

por la virtud de los exorcismos á dar á Dios la gloria debida y testimonio á la verdad?

III. Voy á concluir este discurso con la relacion de una historia memorable que cita el docto Santiago de Valencia, obispo de Crisópolis, escribiendo sobre el versículo cuarto del *Magnificat*. Dice que ocupando el papa Juan XXII la silla de S. Pedro, llegó á la ciudad de Aviñon, donde residian entonces los romanos pontífices, el hijo del rey de Armenia con muy buena intencion, porque no traia otro ánimo que el de ver practicada la religion cristiana en su fuente y disponerse para recibir el santo bantismo. Acompañaba al papa cuando asistia este á los divinos officios, á los sermones y á otros ejercicios de piedad y devocion; pero desgraciadamente y en mala hora para él se encontró el dia de la Concepcion en una iglesia, donde el predicador tratando de aquel misterio se esforzaba con calor á probar que nuestra señora habia sido concebida en pecado. Este discurso ofendió de tal suerte al principe de Armenia, que sin esperar el fin salió colérico de la iglesia y desde luego ordenó su viaje: y como el papa pasase á su palacio despues de los divinos officios, él todo escandalizado no pudo contenerse y dijo al padre santo que extrañaba cómo el romano pontífice y los cardenales que estaban á su lado, habian podido sufrir, siendo los principes de la iglesia y las columnas de la religion, que se pronunciara en su presencia semejante discurso, porque era muy cierto que si entre ellos con ser mahometanos se hubiera atrevido alguno á hablar de esa manera de nuestra señora y aun de la madre de Mahoma, no se hubiese librado de ser apedreado. Por donde podemos aprender el eminente lugar que la madre de Dios ocupa hasta entre aquellos bárbaros sectarios.

S. H.—Que fós reconocida y honrada por los magnates del mundo.

I. Hace mas de dos mil seiscientos años que lo habia profetizado el rey David diciendo: «Todos los ricos del pueblo correrán tras ti y desearán verte (1).» Así entendieron este lugar S. Atanasio (2), S. Juan Damasceno (3), S. Andrés de Creta (4) y otros muchos y lo que es mas la iglesia universal que lo aplica á la Virgen santísima en el introito de la misa de la vigilia de la Asunción. Y si la verdadera grandeza es la que nos acerca mas á Dios, primer principio y último fin de toda grandeza; tengo justo motivo para dar el primer lugar á los santos y á los amigos de Dios, como á los únicos que encontrarán la verdadera grandeza. No obstante porque necesitaria yo hacer un catálogo de todos los santos, pues todos ellos fueron devotísimos de la sacratísima Virgen, hablaré de los grandes á juicio del mundo, reservándome el proponer los primeros en los tratados siguientes, donde se me ofrecerá ocasion á cada paso.

Los Papas devotos de la madre de Dios.

II. La razon pide que comencemos por los Papas, lugartenientes de Dios en la tierra, porque todos los grandes del mundo les conceden el lugar preeminente. Sin embargo, no pienso alargarme mucho en sus elogios por no detenerme demasiado. Su singular devocion á la madre de Dios se ha manifestado en muchas ocasiones y especialmente en levantar ó reedificar buen número de templos en honor de ella. Dejando aparte á S. Sixto, de

(1) Salmo XLIV.

(2) Sermo de S. Delparo.

(3) Orat. 4 de nativ. Virg.

(4) Orat. 2 de dormit. B. V.

quien diré dos palabras en el párrafo siguiente, la iglesia de nuestra señora al otro lado del Tiber es una muestra de la liberalidad y devocion de S. Calixto así como de la de Gregorio III, que la reparó quando amenazaba ruina. Santa Maria del Alma es un testimonio de la piedad de Adriano VI; santa Maria del Pórtico de la de Gregorio VII; santa Maria de la Escuela griega de la de S. Dionisio; santa Maria de la Barquilla de Pascasio I; santa Maria la nueva de Juan VII; santa Maria del Lago de S. Silvestre; santa Maria de Aquiro de Anastasio; santa Maria del Campo santo en el valle del Vaticano de Leon IV; santa Maria de la Paz de Sixto IV; y lo mismo de algunas otras. El zelo del papa S. Celestino I llevó al último punto la condenacion del impio Nestorio, de quien se hablará en otro lugar (1), y no cesó hasta que hubo degradado al herejiarca y restablecido á la madre de Dios en el pacifico goce de todos sus títulos. Dios hizo ver cuán agradable le era la devocion de S. Gregorio Magno á su santa madre, quando contuvo el brazo de su justicia durante la procesion pública que se celebraba en Roma por pascua de Resurreccion, y además hizo oír la música de los ángeles, como diré mas oportunamente con otro motivo (2). S. Gregorio III manifestó bastante su piedad para con la Virgen ofreciendo una preciosa efigie de oro en la iglesia de nuestra señora del Peschero. Los singulares sentimientos de Gregorio VII se descubren en sus epístolas, especialmente en las que escribió á la condesa Matilda. Los sermones que tenemos de Inocencio III para las fiestas de la gloriosa Virgen, son otras tantas muestras irrecusables de su singular devocion. San Leon IV á mas de muchos actos memorables que practicó en honra de Maria, ordenó la octava de la Asunción

(1) Trat. 3, ó. 7, §. 7.

(2) Trat. 3, ó. 7, §. 8.

de nuestra señora, que la iglesia ha celebrado desde su tiempo. El afecto cordial de Urbano II pareció en la aprobación del oficio de la Virgen, y la de Sixto IV, Paulo V y Gregorio XV en la ampliación de los honores tributados á la Inmaculada concepcion. En una palabra de Roma han emanado todas las congregaciones y cofradías originadas en diversos lugares, todas las devociones aprobadas en la iglesia, que en esto como en todo lo demás no podia establecer nada sin la santa sede, primer móvil de toda devocion verdadera. No hay mas que repasar la historia de Loreto y otros santuarios para descubrir las muestras de la piedad de los sumos pontífices con respecto á la reina del cielo. Mas ¿por qué me he de detener aqui, cuando no es tan gran maravilla que hayan sido devotos suyos como lo sería si hubieran podido subsistir sin estar muy particularmente consagrados á ella?

Los prelados devotos de la madre de Dios.

III. Menos aun me detendré en hablar de los otros prelados de la iglesia, pues ya hemos visto hácia el fin del párrafo primero que por el cuidado y diligencia de ellos se ha propagado el culto de la madre de Dios por todo el mundo y que la mayor parte han suministrado las ricas estofas de las mas exquisitas alabanzas con que engalanamos á la reina del cielo en todos estos tratados.

Los príncipes y princesas devotos de la madre de Dios.

IV. Mas digno de admiracion será el afecto filial con que la han honrado los príncipes y princesas, por cuanto es mas difícil hacer resplandecer la piedad entre las armas y en medio del tráfigo mundano que conservarla en el manejo de las cosas santas y divinas; no obstante es maravilla cómo muchos de ellos se hicieron recc-

mentables en este punto. Espero tener mas espacio en otro lugar para proponer las excelentes pruebas de la singular devocion de los emperadores Constantino el grande, Teodosio el jóven, Marciano, Leon, Zenon, Justiniano, Justino II, Mauricio, Heraclio, Carlo Magno, Luis el benigno, Basilio, Leon el sabio, Enrique I, los dos Andrónicos, Mateo Cantacuzeno, Federico III y otros; de los reyes de Francia Clodoveo, Dagoberto, San Luis, Roberto, Carlos V, Luis XI, Carlos VIII, Francisco I, Carlos IX y Luis XIII; de los reyes de España Alfonso II, Jaime el Conquistador, los dos Felipes II y III; de los reyes de Inglaterra S. Eduardo y Guillermo llamado el Conquistador; de los reyes de Portugal Juan I, Alfonso I, Fernando I y Alfonso V; de Boleslao V y Uladislao V, reyes de Polonia; de S. Esteban, rey de Hungria, y otros; de las emperatrices santa Elena, santa Pulqueria, Eudoxia la jóven y santa Cunegunda; de las reinas santa Batilde de Francia, santa Margarita, santa Isabel de Hungria, santa Isabel de Portugal, Juana, princesa y regente del mismo reino, Margarita de Austria, reina de España, y muchedumbre de otros príncipes y princesas de igual ó menos calidad que estos, cuyas almas viven en el cielo, así como sus nombres son esclarecidos en la tierra. A cada paso hallaremos sus proezas: por ahora basta con estas indicaciones.

S. V. — Que fué reconocido y honrado por todas las naciones y en todas las partes del mundo.

I. San German, patriarca de Constantinopla, se alegra de esto con todo su corazón cuando habla así á la virgen Maria: Bendita seas de todas las generaciones y benditas sean en tí todas las naciones de la tierra, porque no hay un lugar en el mundo donde no se pregomen tus gracias, ni region alguna donde tu bondad no haya producido

efecto. Aun aquellos que no tenían ninguna noticia de ti, mientras estabas en la tierra, te dicen hoy bienaventurada (1). El abad Ruperto explicando aquel pasaje del capítulo VIII de los Cantares (2), en que la esposa dice que el esposo le hizo guarda de la viña, nota que conviene muy bien á la Virgen, la cual dice de sí que su amado hijo y dulce esposo no se contentó con darle á guardar una viña, es decir, la iglesia de su nación, sino que encomendó á su cuidado y vigilancia todas las que hay en todo el ámbito de la tierra, en atención á que ninguna se tiene por segura si no está bajo su guarda y protección. Eso con todo no quita que en diversos lugares tenga sus iglesias y santuarios particulares. Si el lector tiene la paciencia de registrar algunos de los mas célebres; hallará que son tantos, que difícilmente se encontrará un rincón de la tierra habitada donde no se apresuren á rendirle homenaje y donde ella reciprocamente no distribuya con la mayor liberalidad sus gracias. Este discurso nos hará recorrer el universo; pero espero que nos cause algun consuelo cuando veamos honrada y glorificada á nuestra buena madre en todo el orbe y reconocamos las señales del imperio que le ha dado Dios.

La tierra santa.—La casa de Nazareth.

II. La razon exige que empecemos por la tierra santa así por ser el centro del mundo, como han dicho muchos, cuanto porque es muy probable que allí la Virgen tomó la primera posesion del dominio que ejerce en la tierra. Adicionalmente en la descripción de la tierra santa atribuye á la casa de Nazareth, que es la que hoy llamamos nuestra señora de Loreto, el honor de haber sido el pri-

(1) Serm. de dormit. B. V. (2) In Cantic. l. 4.

mer santuario donde se veneró á la Virgen santísima, y se funda en los testimonios de Guillermo, arzobispo de Tiro y canciller del reino de Jerusalem (1), de Breidembach, diácono de Maguncia (2), y de Bartolomé de Salignac, protonotario apostólico (3). Diré aqui de paso y ya que se presenta la ocasión que se disputan esta primacía cuatro iglesias, porque á mas de la susodicha algunos autores de nota conceden esa gloria á una ciudad de Tripoli, llamada hoy Tortosa y antiguamente Antarado, donde dicen que el apóstol S. Pedro yendo á Antioquía edificó el primer templo consagrado á nuestra señora y dijo allí misa el primero. Tomás Valdense juzga (4) que este honor corresponde á nuestra señora del monte Carmelo ó del Carmén, de que hablaré en el párrafo 76. Por último los españoles le reclaman con equal para el templo del Pilar, construido en Zaragoza por orden del apóstol Santiago ya hablaré mas particularmente de él al tratar de España. Dejo la resolución de esta disputa al discreto y diligente lector y vuelvo á Jerusalem, capital de la Palestina, de la que era menester que la virgen Maria tomase solemne posesion, habiendo morado tanto tiempo allí, como lo hizo cuando santa Elena le edificó un magnifico templo sobre su sepulcro en el valle de Josafat (5), segun habia hecho en Betlehem en los lugares donde parió y donde se anunció á los pastores la nueva del nacimiento del Salvador (6). Mucho tiempo despues, es decir, el año 350, el emperador Justiniano le erigió otro en la misma ciudad de Jerusalem, que se llamó nuestra señora la nueva, y cuya magnificencia describe Procopio llamándola uno de los primeros edificios

(1) Belli sacri, l. 2, c. 5.

(2) 12 Julii.

(3) Tom. 7, c. 7.

(4) De sacram., l. 9, c. 48.

(5) Niceph. l. 8, c. 30.

(6) Bede, de locis sanctis, c. 8. Niceph.

del mundo. Este autor añade dos cosas maravillosas, que manifiestan bien cómo se complacia la reina del cielo en ser honrada en aquel lugar. Como se tratara de poner el techo y los arquitectos necesitasen cierta madera de una altura y grueso desmedidos que no podían encontrar, vino en su auxilio la madre de Dios y los hizo descubrir no lejos de allí un bosque de hermosísimos cedros como podían desearse para la armadura de la iglesia. La otra maravilla fué que como les faltara mármol para las columnas, ya por estar Jerusalem distante del mar, ya por no haber en sus alrededores mas que piedras comunes, les descubrió una cantera, de donde sacaron una especie de mármol rojo y de llamas que nunca se habia visto en aquellos parajes. El emperador recibió de esto tanta satisfaccion, que no contento con haber fabricado el templo le dotó muy espléndidamente para que se diese culto perpetuo á la Virgen. Tambien levantó otro en el monte Olivete en honor de la misma señora, otro en Jericó y otro á la falda del monte Sinai, no habiendo podido hacerlo en la cumbre por los temerosos ruidos que allí se oían. Todo esto lo cuenta Procopio.

La Siria.

III. Estando la Siria contigua á la Palestina y habiendo sido en su tiempo un plantel de santidad, no pueden menos de encontrarse allí excelentes muestras de la antigua piedad hácia la reina del universo. A legua y media de Damasco, que era la capital de la Siria, habia en lo antiguo un hermoso monasterio llamado Saidaneida, del que no ha quedado mas que una capillita. Allí habia una milagrosa imagen de nuestra señora, llevada primeramente de Constantinopla á Jerusalem y donada despues por un patriarca de esta ciudad á la abadesa de aquel monasterio. La imagen pintada en una tabla se habia in-

corporado de tal suerte en la misma tabla con el transcurso del tiempo, que hubiera sido imposible borrarla. Cuentan los que la vieron (1), que manaba continuamente de ella un bálsamo tan suave y provechoso á toda clase de enfermos, que habia un concurso no interrumpido de cristianos, de turcos y de sarracenos y particularmente en los dias de la Natividad y de la Asuncion de la Virgen. Lo mas admirable era que por mas bálsamo que se sacase, nunca disminuía. Habiendo quedado ciego el soldan de Damasco en el año 1205, recurrió á este bálsamo, con el que se untó los ojos y recobró enteramente la vista; por cuyo beneficio se sintió obligado á inspirado á fundar una lámpara de plata que ardiese continuamente delante de la imagen de la Virgen. Asi lo hizo dando para este efecto doce medidas de aceite al año. Al siguiente que fué el de 1204, acaeció una cosa mucho mas extraordinaria y que acrecentó sobremanera el concepto de nuestra religion entre los sarracenos, porque al rededor de la natividad de la Virgen el aceite milagroso que habia en el vaso, se halló convertido en carne y fué visto de muchas gentes que acudieron de todas partes.

El Asia menor.

IV. El mismo historiador atesta que en el año 542, cuando Justiniano reedificaba la ilustre ciudad de Antioquia que habia sido quemada por el impio Cosroas, levantó un templo tan suntuoso y magnífico en honor de la madre de Dios, que asegura no haber palabras para ponderarlo. Los que bayan leído la historia de S. Alejo, recordarán el hermoso templo que tenia la madre de Dios en la ciudad de Edesa, donde aquel gran siervo de

(1) Arnold., abbas. tubec. (2) Westmonas teriens., in apud. Baron. an. 870. flor. hist.

Dios fue descubierto por la imagen de la misma Virgen que había en la puerta principal. S. German de Constantinopla en una epístola que se leyó en el segundo concilio de Nicea congregado para la defensa de las sagradas imágenes, cuenta que en Sozópolis, ciudad de la Pisidia, había una imagen de nuestra señora, de la que manaba ordinariamente un aceite milagroso. En la vida de Teodoro, obispo de Anastasiópolis y abad de los sicotas (1), se refiere que habiéndose postrado este prelado delante de la imagen, salió el aceite con tal abundancia, que le saltó á los ojos y le llenó todo el rostro. Maravilláronse sobremanera todos los presentes y saliendo de la capilla clamaron á una voz que Teodoro era un gran siervo de Dios y de su bendita madre.

El Egipto.

V. Habiendo estado nuestra señora en Egipto con su hijo, aunque fugitivo, ¿no había de haber tomado posesion de aquel país y dejado algunos vestigios? Yo hallo por lo menos tres hermosos templos celebrados en la antigüedad, el uno en Hermópolis (2), el otro en Bamiata (3) y el tercero en Alejandria, edificado por San Pedro (4), patriarca de esta ciudad y mártir glorioso de Jesucristo. En el gran Cairo se ve aun hoy día un sitio llamado la Mataria, donde hay una fuente milagrosa que nuestra señora consiguió por sus oraciones cuando huyó á Egipto. Es antigua tradicion que la Virgen lavaba allí comunmente los pañales del niño Jesus. A veces se dice misa con licencia de los turcos, los cuales la conceden con gusto, porque tambien honran á la madre de Dios,

(1) Joerg, presbítero, y su discípulo, 22 de abril.

(2) Pallad. in Lausiaca.

(3) Canis. l. 5, c. 23.

(4) Baron, año 310.

quien muchas veces les alcanza la curacion de sus enfermedades por medio del agua de aquella fuente. A media legua de allí se ve el Cairo antiguo casi enteramente arruinado con una capilla subterránea, donde se cree que vivió la Virgen algunos años. Los que guardan aquellos lugares (son cristianos llamados coptos, que habitan en unas cuatrocientas casas), no han podido por su pobreza adornar dicha capilla segun les dictaba la devocion.

Africa.

VI. Si de aqui pasamos al Africa; sabremos (1) que el emperador Justiniano mandó edificar en la ciudad de Cartago un hermoso templo en honor de la madre de Dios, al que dió su nombre llamándole justiniano y con su nombre todo el lustre que pudo, atribuyendo comunmente á nuestra señora las victorias que había ganado á los vándalos arrojados por él de Africa, así como á los arrianos á quienes debilitó sobremanera. En otra parte (2) hablaré de la muchedumbre que concurre á venerar á la madre de Dios en la capilla que tiene en la ciudad de Angola en la costa de Africa, y de los maravillosos auxilios que concede diariamente la Virgen á los católicos en todas ocasiones. En Mozambique llamado antiguamente Praso, que es una isla pequeña de Africa al Oriente, veremos el famoso templo de nuestra señora del Muro. Y aunque aquella vasta parte del mundo se halle hoy grandemente assolada, no puede dudarse que estuviese consagrada en un todo al servicio de la reina del cielo cuando tenía los Ciprianos, los Agustinos, los Fulgencios y otros ilustres y santos prelados, que amaban y

(1) Baron, año 534 ex Procop. de edificis Justinian. (2) Trat. 2. c. 7, §. 3.

veneraban con inefable devoción á la virgen María, y que esta poseyese innumerables iglesias y santuarios.

Etiopia.

VII. Entremos en la Etiopia, donde asevera D. Francisco Alvarez que encontraremos un hermoso edificio en la ciudad de Chassumo llamado antes santa María de Sion, porque la sagrada ara que se puso en el altar, fué traída del monte Sion. Tiénesse por cierto que fué dedicado á la madre de Dios por la reina de Candace; pero es muy difícil de creer que fuese aquella á cuyo enuoca bautizó S. Felipe, segun leemos en los Hechos de los apóstoles. Por lo cual creeré mas bien que alguna de las que sucedieron á dicha reina, dejó á la posteridad esa muestra de su devoción á la Virgen; porque el geógrafo Estrabon afirma que el nombre de Candace era comun á todas las reinas de Etiopia como el de Faraon á los reyes de Egipto. Nótese de paso que los etíopes, aunque cismáticos, no dejan de ser muy devotos de la Virgen, á quien han erigido templos en diversos lugares del reino, si bien no tan antiguos como el de Chassumo.

La India oriental y algunos reinos vecinos.

Nuestra señora de Meliapor. — Nuestra señora de Malaca. — Nuestra señora de Ternate ó de Barra.

VIII. Ya que hemos avanzado tanto, soy de parecer que pasemos hasta la India. Primeramente sabremos que de antiguo fué venerada la Virgen en la ciudad de Cranganor (1) y que un rey de aquel pais (los naturales creen fué uno de los tres que adoraron al Salvador)

(1) Osor., De gestis Emmanuel, lib. 4.

á su vuelta edificó un templo á la Virgen, y luego se construyó otro en la ciudad de Calicut, á donde archibó el virey Gramma en el año 1498, como refiere el obispo Osorio. Veremos otro templo muy antiguo en la costa de Comorin (1) y otro levantado poco há, que se descubre desde muy lejos en el puerto de Goa. Dedicáronle los portugueses á la virgen María como á reina del mar y de la tierra. En Meliapor, por otro nombre ciudad de santo Tomás, fundada á lo que se cree sobre las ruinas de la antigua Salamina y sentada á orillas del mar indico, despues de ofrecer nuestras oraciones sobre el sepulcro de aquel santo apóstol saludaremos la capillita de la gloriosa Virgen, delante de la cual acostumbraba el segundo apóstol de las Indias S. Francisco Javier pasar las noches enteras en oracion: allí se le oyó muchas veces, cuando era golpeado y maltratado por los demonios, implorar el auxilio de la reina de los cielos gritando con todas sus fuerzas: «Gloriosa señora, socórreme: ¿no me ayudarás, mi buena señora?» En Malaca, que es una ciudad de los portugueses en el antiguo Quersoneso del otro lado del Ganges, encontraremos un gran hospital con una iglesia primorosa dedicada á la santísima Virgen, á donde recurría ordinariamente el mismo S. Francisco. En esta iglesia fué donde obtuvo de Dios la victoria que ganaron los cristianos á los bárbaros aceneses. En esta misma iglesia ofreció tres misas, cuando siendo asaltado de una recia borrasca en su viaje á la China salvó una nave portuguesa donde iba embarcado con el embajador del rey de Bongo, y una lancha tambien con quince personas que el viento habia traído de acá para allá durante tres dias, pareciendo entre ellos todo ese tiempo y alentándolos, aunque en realidad estaba con los otros

(1) Navar., De orat. et horis canonic., c. 21.

en la nave. Allí se retiraba de ordinario cuando tenía el corazón oprimido ó iba á acometer alguna empresa, de cuyo éxito recelaba, para mayor gloria de Dios. Frente por frente del puerto de Malaca visitaremos de paso una capillita que es una isla desierta, á donde el mismo santo hizo retirar por tres días á su compañero Juan Duro por haber tomado sin su noticia algún dinero de limosna de los portugueses para socorrer al padre en sus necesidades, y donde el mismo Duro vió junto al altar mayor á la Virgen sentada en una preciosa almohada y con el niño Jesús en los brazos, que le llamaba bondadosamente hácia sí: María santísima le recibió al cabo á pesar de la mala cara que le había puesto un rato en consideración de su falta. En los arrabales de Ternate, que es la isla mas célebre entre las Molucas, saludaremos la iglesia de nuestra señora de Barra, donde fué á hospedarse Javier cuando arribó allí, y de donde salía por lo comun como de una fortaleza para ir á pelear contra el vicio y la impiedad dominantes en aquel país. En una palabra y por abreviar los pueblos de Salseta, Coulan, Travancor, Maduré, Malabar, Pegú, Bengala, Pesquería y otros muchos antes bárbaros han aprendido hoy gracias á Dios á tributar á la Virgen el honor que recibe en los países mas florecientes de la cristiandad.

La China.

IX. Juan Gonzalez atesta en el libro segundo, capítulo primero de su Historia de la China que los naturales de aquel país tuvieron conocimiento de la religión cristiana desde el principio: lo cual se confirmó evidentemente por medio de una piedra de veinte y cuatro palmos de longitud que se encontró en la ciudad de Hensi el año 1628 cavando la tierra. La tal piedra tenía una inscripción en caracteres chinoscos, que leyeron

los mas sabios de la provincia y explicaron los mismos mandarines ó sean los magistrados. La inscripción hecha mil doscientos cuarenta y tres años antes comenzaba por la creación del mundo y comprendía todos los principales misterios de nuestra religión, y especialmente hacia muy honorífica mención de la Virgen Maria, de la embajada del ángel, de la concepcion y de la natiuidad del Verbo encarnado. Con esto concuerda grandemente lo que se lee en los libros de los reyes de la China; á saber, que nuestra ley fué predicada el año 994, que seria ciento y cuarenta años de grabarse aquella inscripción. A mayor abundamiento el obispo del Japon afirma haber encontrado en los archivos de Meliapor que de allí fueron enviados mas de mil años há predicadores á la China para que anunciaran la fé cristiana. Hasta sabemos por testimonios auténticos que hubo allí iglesias fundadas desde el tiempo de santo Tomás. Yo puedo decir con verdad que desde que los sacerdotes de la compañía de Jesus pusieron el pie en aquel reino floreciente, como deben la entrada en él á la Virgen santísima despues de Dios, han hecho todo lo posible para que todos la amen y veneren. La primera capilla que erigieron, fué en la ciudad de Cianquin, en cuyo altar colocaron la imágen de la madre de Dios, que atrajo una concurrencia no interrumpida de gentes. Todos cuantos entraban en la capilla, hasta los sacerdotes de los ídolos, se postraban en tierra dando con la frente en el suelo para adorarla según la costumbre del país. Allí se vieron libres los mismos religiosos de una calumnia muy atroz y peligrosa por la proteccion de la virgen Maria, á quien se habian encomendado: desde aquel punto se partieron en el día de la Asuncion para Xaneco, donde la Señora

(1) Nicol. Trigantia, hist. sinensis, lib. 4. c. 41.

obró el primer milagro que se sepa haberse hecho en la China. Con efecto alcanzó un feliz alumbramiento á una mujer que temia extremadamente el parto, verificándose este en el día de la Presentacion así que la mujer puso la imagen de la Virgen en lugar de un idolo á quien adoraba, y rezó siete veces el Padre nuestro y el Ave María. Quedó tan agradecida por aquel favor, que se bautizó ella con su marido y toda su familia, y desde entonces no dejó jamás de enviar todos los sábados alguno de los suyos con velas y perfumes para que asistiese á la misa de la Virgen.

En la ciudad de Scianto teniendo el virey y su mujer ardentísimos deseos de poseer una imagen de la misma Virgen, los padres de la Compañía hallaron medio de satisfacerlos, y los dos prometieron venerarla todos los días de su vida y hacerla venerar á los suyos. Mediante la particularísima asistencia de la madre de Dios llegaron á la ciudad real de Pequín, donde fueron recibidos por el rey y sus ministros con extraordinarios obsequios, y el primer presente que le ofrecieron fué una imagen de María santísima, la que le pareció hecha tan al viso y tan majestuosa, que no pudiendo sufrir el resplandor que aquel rostro divino despedia, la envió al punto á su madre. Esta quedó tan sorprendida como su hijo y la mandó guardar incontinenti. El rey la habia adorado devotísimamente y le habia ofrecido incienso. Desde entonces los padres fueron siempre llamados los que habian dado al rey dioses vivos. La Virgen hizo que les dieran una casa como un palacio á un cuarto de legua de la ciudad real, donde erigieron inmediatamente una capilla á la Señora como que se habian obligado por voto. Era una palabra habiendo observado que la mayor parte de los favores y triunfos obtenidos por ellos desde su entrada en el reino habian ocurrido en los dias de alguna solemnidad de la Virgen, procuraron no des-

perdiciar ninguna ocasion de atraer al servicio de tan buena madre el pueblo chino, muy capaz de tributarle algun dia grandes honores.

El Catay.

X. Ponemos el Catay detrás de la China, porque por mucho tiempo se creyó que formaban un mismo reino; no obstante despues se ha averiguado que son diferentes y se ha hallado el gran Catay tan deseado, por otro nombre el reino de Jesus. Los que fueron hasta allá impelidos por el zelo de la casa de Dios, encontraron el buen recibimiento que puede desearse de un príncipe bárbaro, y cuentan entre otras cosas que se ven en sus templos imágenes de la Virgen, bien que son algo diferentes de las nuestras, porque aquellos naturales ponen al lado de la Señora tres niños muy parecidos, que segun dicen, no son, ni significan mas que uno solo, aunque representan tres. Es creible que estos son vestigios de la antigua posesion que la madre de Dios habia tomado de aquel reino, donde debemos de esperar que recibirá bien pronto el servicio y honor mercedos y que recobrará sus derechos.

El Japon.

XI. Los que han escrito del imperio del Japon (que es respecto del lugar por donde hemos empezado nuestro viaje, el mas remoto de los descubiertos hasta aqui hácia Levante), atestiguan que antes que S. Francisco Javier, honrado por la santa sede con el título de apóstol del Japon, llevase allá la religion cristiana, tenian y adoraban ya en sus templos á una mujer con un niño en los brazos, á quien recurrían especialmente en sus aflicciones. Pero ahora honran con pleno conocimiento á aque-

lla de quien solo habian oido hablar como en sueño, y la que invocaban antes en sus necesidades, es la misma que hoy les infunde aliento en las persecuciones y constancia en medio de los tormentos del martirio.

La India occidental.

XII. Pasemos la línea divisoria que el papa Alejandro VI trazó para separar y distinguir las conquistas de los españoles de las de los portugueses. En esta nueva cristiandad advertimos todas las notas de la iglesia primitiva, especialmente en cuanto á la devocion de servir y honrar á la madre de Dios. Veremos en Baya, Pernambuco, Palatininga y otras partes del Brasil, en Lima, el Cuzco, Potosí, la Paz, Guamanga, Quito y otros muchos lugares del Perú, en Chile, Córdoba, Tucuman y otros parajes del Paraguay, en Cartagena, Panamá, Tunia, Caxica y otros pueblos de la Nueva Granada, en Méjico, Oajaca, Guadalejara, Puzcuara, Topozotlan, Guatemala, Zacatecas y otras ciudades de Nueva España, en Manila, Zebú, Taitay, Dulac, Carigara, Tinogon y cien otras ciudades, lugares y aldeas de las islas Filipinas, donde Satanás ejercía un imperio absoluto no hace aun ochenta años, lo mejor y mas excelente que se observa en Europa. Y sin salir de mi plan descubriremos en todas partes templos dedicados al culto de la madre de Dios, cofradías erigidas para propagarle, en una palabra toda suerte de honores y obsequios, es decir, generalmente todos aquellos que se le tributan en las ciudades suyas de muy antiguo. Ella por su parte no solo les concede todas las gracias y mercedes que dispensa en otras partes, sino que como á niños de pecho les hace extraordinarias caricias para destetarlos así mas facilmente de sus antiguos errores.

Portugal.

XIII. Me parece que ya es tiempo de venir á nuestra Europa, que es la parte del mundo que la Virgen mira con mejores ojos y donde ella es mas conocida. Entremos por Portugal, y veremos que aqui recibe grandísimo honor. Ese elevado pico que se descubre desde lejos en la orilla del mar, ha dado el nombre de Peñanegra á un lugar inmediato. La hermosa iglesia que se ve en la cumbre del monte, se llama nuestra señora de Nazareth, y tengo que decir cómo y en qué ocasion fué edificada.

Nuestra señora de Nazareth. — Nuestra señora de Carquere.

Por los años de 1130 Alfonso, primero de este nombre y primer rey de Portugal, tenía á su servicio un caballero dotado de mucho valor y virtud y llamado Fuas de Roupin, el cual únicamente se divertía en la caza. Este señor persiguiendo á rienda suelta un ciervo el día de la exaltacion de la santa cruz sin saber á dónde iba por la densa niebla que cubria toda la tierra, se encontró de pronto en la punta de aquella peña, de donde á no haberse detenido su caballo se hubiera precipitado en el mar; Dios sabe si quedó pasmado al verse allí, y cuán de corazon le dió gracias por haberle preservado de un peligro tan evidente. No obstante aun no estaba fuera de él, porque no podía ni volver atrás, ni ir adelante. Entonces mirando á la espalda vió una imagen de la Virgen, con cuya ayuda y la del ángel bueno que habia detenido su caballo, se lanzó hácia atrás con tanta fuerza, que quedó señalada la peña con el espolazo que dió, como se ve aun el día de hoy. No hablaré de las acciones de gracias que dió á la reina de los cielos: basta decir que edificó en el mismo sitio una capillita bajo la advocacion de nuestra señora de Nazareth. La causa de esta ad-

vocacion fué la siguiente: habiéndose postrado Fuas delante de la imágen para adorarla y habiéndola cogido con sus manos, tuvo curiosidad de leer el papel que estaba atado á la misma, por donde supo que la imágen era antiquísima y que desde el tiempo de los apóstoles habia sido venerada en Nazareth: que encendida en Orienta la persecucion de los emperadores iconomacos, un monje griego llamado Cipriano la trajo de allí á un monasterio de España titulado Garlián cerca de Mérida, donde obró muchos milagros hasta el año 714: que despues habiendo entrado los moros en España, tuvo que refugiarse el rey D. Rodrigo en este monasterio, del que salió disfrazado con un religioso llamado Roman llevándose al mismo tiempo aquella imágen con algunas reliquias de S. Bartolomé y S. Blas, y todo lo escondió en una cueva de esta Peña. En el año 1377 el principe Fernando, hijo de Juan I, mandó edificar un templo hermosísimo, que fué despues grandemente enriquecido, adornado y fortificado por la liberalidad de Leonor, hija de Juan II, y por las espléndidas donaciones del rey Manuel. Hace algunos años se fabricó debajo de la iglesia una linda capilla en la misma cueva donde se habia hallado la imágen. No hay un hombre tan arrojado que no se estremezca mirando desde la punta de este pico abajo: tan elevado está y tan azotado es de las olas. Todas estas noticias las recopiló el doctor Bernardo el breton, monje cisterciense, en la crónica de su orden.

XIV. Junto al rio Duero notaremos la antigua iglesia de nuestra señora del Carquero, á donde el devoto Egas de Monis, ay de Alfonso I, hizo llevar á este principe jóven para conseguir por la intercecion de Maria que se le despegaran los pies y se le enderezaran las piernas como sucedió. Ya hablaré de este suceso maravilloso en el tratado tercero.

Nuestra señora de la Luz.

XV. A pocas leguas de Lisboa entraremos en el famoso templo de nuestra señora de la Luz, cuyo origen diré en pocas palabras. Reinando en Portugal Alfonso V, habian visto muchos algunos fuegos ó luces en diversas partes sin saber la causa de ello, hasta que Pedro Martinez que habia estado cautivo en Berbería, fué avisado por la madre de Dios de que en cuanto recobrase por su proteccion la libertad, se fuera á un lugar cerca de Lisboa, donde oiria decir que se habian visto luces muchas veces, y que hiciera construir allí una capilla bajo la advocacion de nuestra señora de la Luz. Apenas desapareció la Virgen, se encontró Martinez en el sitio que se le habia indicado, y vió sobre una fuente inmediata una luz parecida á una estrella: siguióla internándose en el bosque hasta que se desvaneció. Entonces empezó á separar el ramaje y halló entre unas piedras una imágen de la Virgen de la altura de un pie, vestida de una túnica de raso blanco, tan intacta como si acabara de salir de las manos del artífice. En cuanto á la imágen nadie ha podido saber jamás de qué era hecha, porque todos los que tuvieron la curiosidad de indagarla, ó quedaron ciegos, ó fueron acometidos de alguna enfermedad repentina. Martinez formó una encamada lo mejor que pudo al rededor de la santa imágen, y habiendo vendido su hacienda mandó construir una preciosa capilla, á donde concurre de todas partes mucha gente aida de los continuos milagros que allí se obran. Maria, mujer del rey Manuel, escogió este santuario para su enterramiento; con cuyo motivo revisió el coro de un mármol exquisito é hizo otros muchos presentes.

Nuestra señora de Arabida.—Nuestra señora de la Peña.—Nuestra señora de la Guardia.—Nuestra señora del Cabo.

XVI. Cerca de la embocadura del Tajo se ve de lejos el hermoso templo de nuestra señora de Arabida, que trae su nombre de la peña sobre que está sentado, así como la provincia y la reforma de la orden de S. Francisco que tuvo allí principio. Fr. Francisco de Gonzaga, general de ella y luego obispo de Mantua, refiere en la historia de la fundacion de aquella provincia que pasando á Portugal un comerciante inglés, iba á ser arrebatado por las olas embravecidas y estrellado contra los escollos que hay en aquella embocadura, de donde no hubiera salido jamás, cuando se puso á buscar una imagen de la Virgen ante la cual rezaba sus devociones. Casi desesperado ya porque no podia hallarla, levantó los ojos á lo alto y vió en la cumbre del monte una luz, que tuvo por de buena presagio y que creyó habia de servirle de sual. Y así fué, porque habiéndole sacado milagrosamente la Virgen de entre los escollos al amanecer del día siguiente subió con sus compañeros hasta la cima del monte con intento de saber qué luz era la que habia visto la noche antes. Luego que llegó á la cima, descubrió la imagen de la Virgen que habia traído de su patria. Entonces empezaron á gritar todos á una voz: Milagro, milagro. Pero el comerciante movido de un sentimiento muy diferente que los demás vendió inmediatamente cuanto llevaba en la nave, edificó en el mismo sitio una capilla en honor de la Virgen con un eremitorio y pasó allí el resto de sus días dedicado al servicio de la reina de los cielos.

XVII. En la misma diócesis de Lisboa veremos otras tres iglesias muy célebres, á saber, nuestra señora de la Peña, nuestra señora de la Guardia y nuestra señora del Cabo, á donde se dirigen todos los domingos

desde Lisboa tres procesiones para dar culto á la madre de Dios. No obstante estos tres templos ceden la palma al de nuestra señora de las Virtudes, que está en la misma diócesis. Es verdad que al principio no fué mas que una capillita erigida por un pastor á consecuencia de haber encontrado á un buey de rodillas delante de una imagen de la Virgen pendiente de la rama de un árbol; pero siendo despues frecuentado el lugar, la que le habia escogido obró tantas maravillas, que se levantó un hermosísimo templo llamado de nuestra señora de las Virtudes con motivo de los continuos prodigios.

Nuestra señora de la Zarza.—Nuestra señora de la Roca.—Nuestra señora de las Espadillas.—Nuestra señora de la Estrella.—Nuestra señora de la Cueva.

XVIII. Al poco tiempo de haber reconquistado Giraldo sin miedo la ciudad de Evora ocupada por los moros, un pastor que guardaba sus ovejas en el sitio donde los portugueses habian construido la fortaleza, habiéndose retirado á su chacal, vió una imagen de la Virgen santísima en medio de una zarza encendida, mucho mas resplandeciente que las llamas de que estaba rodeada, á la manera que Dios se apareciera en otro tiempo á Moisés sobre el monte Horeb. Nunca se pudo saber si la Virgen dijo ó no alguna cosa al pastor: lo que está averiguado es que habiendo vendido este desde luego lo poco que tenia, escogió un reducido sitio en la fortaleza, colocó allí la imagen como una prenda de la proteccion del cielo y se entregó enteramente al servicio de Maria. Piensan algunos que esta capilla fué la matriz de todas las iglesias que se edificaron despues en el territorio de Evora, y la madre de misericordia no tardó mucho en hacer célebre aquel lugar con infinitos y no interrumpidos milagros. Hace ya mas de doscientos años que viendo Vazquez Perdigon, obispo de aquella

diócesis, cuán pequeña era la capilla para el concurso que afluita de todas partes, hizo se edificara un monasterio, donde habitan los monjes de S. Gerónimo. Hablaré con otro motivo (1) del sumo cariño que el rey Alfonso V profesaba á este santuario, llamado nuestra señora de la Zarza á causa de lo que había acontecido al pastor. En Villaviciosa, residencia ordinaria de los duques de Braganza, y en Paringel hay dos iglesias dedicadas á la inmaculada concepcion de Maria, y en diversos lugares de la misma diócesis de Evora hay otros santuarios muy célebres como nuestra señora de la Ilosa, nuestra señora de las Espadillas y nuestra señora de la Estrella, llamada así por la que se apareció allí mismo á un pastor. Todos estos lugares son famosos por las grandes y casi diarias maravillas que se obran en ellos.

XIX. En la diócesis de Lamego no hay cosa de mas celebridad que la iglesia de nuestra señora de la Cueva, donde Dios ha hecho tantos milagros, que se necesitaria un libro entero para referirlos. Allí se ve todavia la cueva que da nombre á la iglesia y donde fué hallada la imagen de nuestra señora. Compónese de cuatro peñas-cas grandes, que forman una bóveda con un artificio muy admirable. Lo que podria parecer increíble es que estando antes tan bajo el medio de la bóveda, que llegaba con la cabeza el sacerdote al decir misa, se ha elevado insensiblemente la piedra que forma como la clave, de suerte que ahora queda espacio suficiente para alzar la hostia despues de la consagracion. En una palabra lo que aumenta mas la maravilla es que estando separada de las otras esta piedra excesivamente gruesa y no pendiendo casi de nada, se mantiene siempre firme; de manera

(1) Trat. 3, cap. 7.

que es persuasion general de que la sostiene una mano invisible.

Nuestra señora de Ceica.

XX. En la diócesis de Coimbra á orillas del Mondego y no lejos de un monasterio del Cister titulado Lorban hay una capilla de la Virgen llamada de Ceica, cuyo origen es enteramente prodigioso. Le contaré del mismo modo que consta en los archivos del monasterio ya citado, y le traen el doctor Bernardo el breton y los cronistas portugueses. En tiempo que los moros tenian ocupada á España, habia ciertos lugares donde se permitian á los cristianos los ejercicios de su religion, con tal que pagasen tributo. De ese número era Lorban, monasterio antiquísimo fundado desde la época de S. Benito, á donde se retiraban muchas personas para vacar mas libremente á su salvacion. Uno de los que renunciaron el mundo, fué el príncipe D. Juan, tío de D. Alfonso y D. Ramiro, reyes de Leon, el cual antes de tomar tan santa resolucion habia hecho muchas proezas militares y ganado señaladas victorias. Al cabo de algun tiempo, habiendo sido nombrado abad del monasterio, le dió su sobrino el rey D. Alfonso el principado de Montemayor tanto para sustentar á sus monjes como para mantener á los soldados que eran necesarios, porque la plaza era muy fuerte y de gran importancia. Pesaroso el diablo de la santa empresa de este principe empezó á contrariarle y á despertar su genio marcial con motivo de un sugeto que habiéndose hecho cristiano en Montemayor y habiendo recibido muchos obsequios del abad Juan se escapó no obstante á la corte del rey moro de Córdoba y obtuvo de él una compañía para volver á embestir la fortaleza de Montemayor, cuyas entradas y salidas sabia. A la sazón se encontraba allí el abad. El renegado llevó lo peor en varios

reencuentros; mas al cabo resolvió tomar la fortaleza por hambre y con efecto redujo los sitiados á tan apurada situación, que tomaron la resolución mas desesperada que puede darse, porque determinaron matar á todas las mujeres y niños que habia en la fortaleza, á fin de libertarlos de la crueldad de los mahometanos, y hecho esto prender fuego á todas las cosas de precio. Si bárbara fúe la resolución; no fué menor la inhumanidad con que la ejecutaron, porque el mismo abad se vió forzado á quitar la vida á una hermana y unos sobrinos que tenia consigo. Asi poseidos de furor salieron del castillo y se arrojaron sobre los sarracenos persiguiéndolos hasta que se cansaron y se hartaron de matanza. Aquella noche la pasaron en el campo parto ocupados en coger el botin, parte en lamentar su desgracia y la atrocidad que habian cometido. Al rayar el alba vieron venir á ellos dos ginetes bien montados, que saltando de gozo hacian resonar el aire con sus cánticos de alegría y que acercándose á ellos les dieron por cierta una nueva bien satisfactoria: que Dios milagrosamente habia restituido la vida á todos los que ellos habian degollado el dia antes. Ninguno quiso creerlo á no que lo viesen por sus propios ojos; mas cuando reconocieron á los que habian matado, y vieron que todos tenían una raya encarnada en el sitio del cuello donde habian sido heridos, se convirtió la tristeza en gozo y por todas partes no se oía otra cosa que acciones de gracias y bendiciones á su divina majestad. El abad no dudó que aquella era una merced de la reina de los ángeles; de quien era devotísimo y á la que debia ya otros muchos favores. Por esta causa se resolvió á edificarle una capilla en el mismo lugar donde aquellos caballeros le habian dado la buena nueva, con un eremitorio para consagrarse de alli adelante al servicio de Dios y de su santa madre. Con este motivo mandó hacer

una esfigie de madera de la santísima Virgen con una raya encarnada en el cuello en memoria del beneficio recibido, aunque aseguran algunos autores que la imágen así señalada como se ve hoy, le fué enviada del cielo. Después de haber vivido allí santamente algunos años fué acometido de una grave enfermedad, durante la cual le sirvieron y asistieron sus monjes de Lorban. Estos para enterrarle mas honoríficamente quisieron trasladarle á su monasterio; pero no les fué posible conseguirlo, por donde conociendo que la virgen Maria le queria tener cerca de sí tanto en muerte como en vida, le enterraron en la capilla mandada edificar por él. Sus huesos extraordinariamente grandes, que se conservan, manifiestan que era medio gigante.

Nuestra señora de los Bosques. — Nuestra señora de la Sierra. — Nuestra señora del Rio. — Nuestra señora de los Remedios. — Nuestra señora de Blanca. — Nuestra señora de Brangurita. — Nuestra señora de Jerusalem.

XXI. Bien merecia yo que se me hiciera un cargo si pasase en silencio la ciudad de Oporto, porque pertenece á la madre de Dios. La iglesia mayor de ella, titulada nuestra señora de los Bosques, está particularmente dedicada á la Virgen; y los peregrinos que concurren allí de diferentes partes, muestran bien que gusta de ser venerada en dicho santuario. La reina Malfada, mujer del rey Alfonso, no se hartaba de visitarla y hacerle presentes ya por la majestad y belleza de la imágen, ya porque ella misma la habia encontrado en un bosque, donde se cree haber sido escondida cuando los godos penetraron en España y Portugal. El templo está situado en la parte mas elevada de la ciudad donde antiguamente habia un fuerte; por lo que los habitantes de Oporto no han querido otras armas que la reina del cielo sentada entre dos torres para dar á entender que la tienen

por su torre, su baluarte, su fuerte y su única defensa despues de Dios.

XXII. El deseo de abreviar me obliga á indicar ligeramente los santuarios de nuestra señora de la Sierra y del Río cerca de Braganza, nuestra señora de los Remedios cerca de Alzaitlla, nuestra señora la Blanca y nuestra señora de Brangueria en Braga y otros muchos. Diré dos palabras de nuestra señora de Jerusalem y de otra virgen de la Luz. Nuestra señora de Jerusalem no está lejos de Montecorvo, y se le dió aquel nombre por haberse labrado su capilla á imitacion de otra que habia en Jerusalem y fué arrasada por los mahometanos. La Virgen santísima sentida de que hubiese sido arruinada su casa dió el plan de estotra. Con efecto se apareció á una mujer muda que estaba guardando ganado, y la mandó que fuese á buscar de su parte á cierto sacerdote y le diese á entender por señas que edificara una capilla á nuestra señora de Jerusalem en un sitio marcado, en prueba de lo cual recobraría ella el habla así que evacuase su comision. El sacerdote habiendo comprendido lo que la buena mujer le quiso decir, se dispuso á seguirle al sitio donde quería la Virgen se edificase la capilla. Entonces la madre de Dios sin ser vista del sacerdote guió á la muda á hizo trazar el recinto de la capilla: en el mismo punto empezó á hablar la mujer; lo cual dió aliento al sacerdote para acabar la obra comenzada. Pero la prueba mas firme que tenemos de la verdad de esta aparicion, son las maravillas sin fin obradas allí desde entonces.

Nuestra señora de la Luz.

XXIII. El origen de la capilla de nuestra señora de la Luz que está junto á Cos, lugar de la diócesis de Leiria, tiene alguna semejanza con lo que acabo de con-

tar, y en todas partes se ve claramente que el cielo hace aprecio de las almas cándidas y sencillas. Habia una buena mujer llamada Catalina, la cual habiendo ido á coger leña á un monte cercano mereció ser visitada de la madre de Dios, que le dijo: Catalina, ¿quieres que te ayude á hacer la carga? La buena vieja no hizo mucho caso de las palabras de la Virgen; mas cuando se disponia para marchar, se le presentó de nuevo la madre de bondad para guiarla. Esto no obstante la mujer respondió tan desahridamente como la vez primera diciendo que sabia bien el camino. A la tercera vez la Virgen quiso volverle una llave que habia perdido en el monte; pero Catalina no hizo mas aprecio que antes. A la cuarta volviendo la madre de Dios acompañada de santa Marta y rodeada de una gran luz dió la llave á la mujer, la cogió de la mano y le dijo que ella era la reina del cielo y así que soltase la carga y la ayudase á cavar la tierra para buscar una fuente. En cuanto hubieron trabajado un poco, brotó una agua admirablemente clara y cristalina; con lo que la vieja empezó á creer lo que le decia la Virgen. Entonces esta le dió orden de publicar un milagro que habia de aprovechar á muchos. Catalina se excusaba diciendo que se reirían de ella; pero sucedió todo al revés, porque habiendo llegado la noticia á oídos del obispo de Leiria y queriendo prender á la pobre mujer supo que habia sanado un lisiado conducido por ella á la fuente y lavado con el agua milagrosa. Esto hizo creer lo que contaba Catalina, y desde entonces recobraron la salud infinitos enfermos. La vieja que hasta su muerte fué mantenida por la caridad de algunas señoras, está sepultada delante del altar de una capilla magnificientísima edificada en el mismo sitio.

España.

Como los españoles tenemos de muy antiguo la desgracia de que los extraños ó por ignorancia, ó por emulacion hablen erradamente de nuestras cosas rebajando ú oscureciendo lo bueno y abultando lo malo; ha parecido más conveniente al lustre y renombre del reino católico por excelencia dejar á un lado las diminutas y tal vez equivocadas noticias que el P. Poiré da de los santuarios más famosos de nuestra señora en España, y substituir en su lugar otras más amplias y exactas tomadas de una obra hoy bastante rara, que en el siglo pasado escribió el P. Juan de Villafañe, de la compañía de Jesús, bajo este título: *Compendio histórico en que se da noticia de las milagrosas y devotas imágenes de la reina de cielos y tierra María santísima, que se veneran en los más célebres santuarios de España*. Empezaremos por la villa de Madrid como corte de nuestros monarcas y capital del reino.

Nuestra señora de la Almudena. — Nuestra señora de Atocha. — Nuestra señora de la Flor de lis. — Nuestra señora del Alumbamiento. — Nuestra señora de los Angeles. — Nuestra señora del Baza. — Nuestra señora de Constantino. — Nuestra señora de los Remedios.

XXIV. Es tradicion antiquísima en Madrid que nuestra señora de la Almudena fué traída desde Jerusalem á España, y consta de una inscripcion antigua que se lee en la parroquia de santa Maria de esta corte, donde se venera la santa imagen, la cual se renovó con el templo el año de 1640 y dice así: « Es tradicion antiquísima que cuando el apóstol Santiago vino de Jerusalem á predicar á España, trajo la milagrosísima imagen que hoy llaman de la Almudena, á esta coronada villa de Madrid

y la colocó en esta iglesia en compañía de uno de sus doce discipulos llamado Calocero, que fué el primero que predicó en ella el año del Señor de 58. Es la primera que adoró esta villa, y por la misma tradicion se afirma fué labrada, viviendo nuestra señora, por S. Nicodemus y colorida por S. Lucas, como consta de muchos autores. Renovóse este santuario año de 1640. Grande fué la devocion que tuvieron siempre los vecinos de Madrid á esta prodigiosa imagen, á quien visitó algunas veces el glorioso arzobispo de Toledo S. Ildefonso. Mas habiendo hecho los moros irrupcion en España, temerosos los vecinos y clero de la villa de que cayese la sagrada imagen en poder de los bárbaros la ocultaron en un nicho del muro cercano, poniendo á sus dos lados dos velas encendidas, y luego cerraron el nicho con gruesa pared de cal y canto. Allí permaneció por espacio de trescientos sesenta y nueve años, hasta que habiendo recobrado á Madrid el rey D. Alonso VI por los de 1083 y restituido al culto cristiano la iglesia de santa Maria, convertida en mezquita por los moros, se pensó en buscar la imagen de Maria santísima, de que quedaba una confusa noticia entre los fieles; á cuyo fin se dispuso implorar el auxilio del cielo nueve dias con oraciones, ayunos, penitencias y limosnas. En el último dia se hizo una procesion general al rededor de la muralla, y en llegando al sitio donde estaba encerrada la piadosa imagen, se dividió de suyo el muro, y vieron todos el tesoro que buscaban: fué duplicado el portento, porque aun estaban encendidas las dos velas que se pusieron junto á la imagen más de tres siglos antes. Al día siguiente se trasladó á su antigua iglesia siendo llevada en triunfo por las principales calles de Madrid con real pompa y magnificencia: los prelados conducian en andas la sagrada efigie. El rey quiso que se nombrase santa Maria la real de la Almudena por haberse aparecido prodigiosamente

cerca del almudén ó alhóndiga de trigo. Ensanchado y enriquecido el templo por la piedad del monarca, mandó este restablecer los canónigos reglares de S. Agustín, los cuales permanecieron mucho tiempo, hasta que por diversos sucesos se extinguieron y quedó la iglesia convertida en parroquia como continúa. Esta imagen es muy hermosa y en todo perfecta: su materia no se sabe cuál sea, porque aunque es de madera, unos la hacen de cedro, otros de enebro, otros de otra materia oriental no conocida: lo que se sabe es que la madera es olorosa é incorruptible, pues en tanto transcurso de siglos no ha recibido menoscabo ni disminucion conservando siempre el hermoso y resplandiente barniz que se le puso al principio en rostro y ropaje.

Siempre ha sido grande la devoción de reyes y príncipes, prelados y próceres y en general de todos los habitantes de Madrid á nuestra señora de la Almudena, habiéndose distinguido mucho en su tiempo el glorioso S. Isidro Labrador y su bienaventurada esposa santa María de la Cabeza.

Los milagros que ha obrado Dios por intercesion de la sagrada imagen, no tienen cuento; pero me contentaré con referir dos únicamente. El primero es que nunca se ha dejado pintar ni retratar de suerte que las pinturas y retratos salgan parecidos al original, por mas que lo hayan intentado con gran empeño diversos pintores así naturales como extranjeros. El segundo milagro es este: puso cerco á Madrid el miramamolín Aben Jucef despues de la victoria de Alarcos en el reinado de D. Alfonso IX ú VIII segun otros, y por no perder gente en el asalto intentó rendir la villa por hambre, pues sabia que faltaban á los cercados las vituallas. Estos acudieron á nuestra señora de la Almudena para que los socorriese en tal necesidad, como en efecto lo hizo por un modo extraño. Andaban jugando unos niños (no falta quien

diga que eran ángeles en figura de niños) cerca de la iglesia de santa María, y haciendo por entretenimiento un agujero pequeño en una de sus paredes recién construida vieron que por él caia todo el trigo que cabia. Admirados de tal novedad comenzaron á dar voces, y á ellas acudieron muchos vecinos, los cuales pasmados del suceso intentaron descubrir mas la pared y con poca diligencia hallaron que por debajo de la iglesia (almudén que habia sido de los moros) se registraba un silo muy capaz. De él sacaron tanto trigo, que bastó para socorrer la necesidad. Bien se echa de ver la piedad de María para con sus hijos, y mas si se considera que por mas de un siglo estuvo encerrado el trigo en tan oscuro lugar sin corrupcion alguna. Los sitiados para dar á entender al moro la abundancia que tenían, arrojaban trigo desde el muro á los sitiadores; con lo que desistieron estos de su intento y levantaron el cerco.

No menos antigua y venerada que la anterior es la imagen de nuestra señora de Atocha, no habiendo instrumento cierto que demuestre su artifice, ni el modo con que vino á este pais. Hay quien cree (y así lo dice una tabla muy antigua pendiente en la iglesia de su advocacion) que es una de las copias sacadas por S. Lucas, Primeramente estuvo en una ermita donde llamaban la vega; mas no consta dónde estuviese este sitio. Despues de ocupada la villa de Madrid por los moros un caballero llamado Gracian ó Garcia Ramirez edificó una capilla en el mismo lugar en que se reverencia la sagrada imagen, no sin tener que pelear antes con los moros, que se oponian á la construccion de lo que ellos se figuraban fortaleza y no ermita. La causa de haber determinado el devoto Gracian levantar esta nueva morada á la Virgen fué porque esta señora desapareció un día de la antigua sin que se sepa cómo, y fué hallada entre unas yerbas llamadas por los del campo ballico, metida en

unas cuestecillas que dominan la vega de Manzanares á la banda del norte en el mismo sitio donde hoy se venera. La Iglesia de nuestra señora de Atocha fué donada al prior y canónigos reglars de santa Leocadia de la vega de Toledo, quienes la sirvieron hasta el reinado de D. Alonso el Sabio, en cuyo tiempo se concedió á dichos canónigos ya seculares que la asistiesen por sí ó por otros eclesiásticos. Por fin en el año de 1323 fué entregada á la órden de predicadores.

Acerca del nombre de Atocha con que es venerada esta sagrada imágen, hay varios pareceres entre los autores. Unos aseguran que viene de estar grabados en la talla los caracteres griegos *Theotocos*, que quieren decir madre de Dios; por lo que se llamó nuestra señora de Teotocos, y corrompido el vocablo nuestra señora de Atochos y por último de Atocha. Otros dicen que este nombre trae su origen del sitio donde Graçian Ramirez halló á la Virgen, el que estaba poblado de una yerba llamada atocha; y de ahí empezó el pueblo á apellidar así á nuestra señora. Otros (y esta es la opinión mas común y de mayor autoridad) sientan que el título de esta imágen fué desde sus principios nuestra señora de Antioquia, desde donde la trajo á España alguno de los discípulos de S. Pedro, y corrompiéndose poco á poco el vocablo vino á quedar en Atocha. Esta opinion se apoya en una tabla que hay en la iglesia de nuestra señora y dice así: «S. Lucas envió imágenes á Antioquia, patria suya, al apóstol S. Pedro, y por eso se llamó (esta imágen) nuestra señora de Antioquia por privilegios reales y escrituras antiguas de cuatrocientos y quinientos años atrás.» Esta milagrosa imágen es de madera no conocida; pero que en lo sólido ó incorruptible manifiesta ser de materia preciosa, y se atribuye á especial providencia de Dios que la talla no haya padecido detrimento alguno despues de tantos siglos.

Entre los muchos y asombrosos prodigios que ha hecho Dios por esta imágen, voy á estoger tres. En el año de 1395 padeció esta tierra una gran sequia; por lo que se determinó sacar en procesion pública á nuestra señora de Atocha. Un turco que estaba cautivo en Madrid, admirado de tal novedad y curioso de saber la causa la preguntó, y tuvo por respuesta que los fieles angustiados por la falta de agua acudían á la madre de Dios suplicando que los socorriese. Al oír el turco estas palabras comenzó á reírse y hacer burla de la que llamaba insensatez de los cristianos, y añadió: «Si en esta ocasion lloviese; yo prometo dejar la ley de Mahoma y abrazar la de Cristo.» Decialo muy satisfecho de que no sucederia por estar el cielo sereno y no haber indicio ni pronóstico alguno de lluvia; mas apenas había pronunciado semejantes palabras, se levantaron nubes, se encapotó el cielo y cayó copiosa lluvia que fertilizó los campos. El mahometano viendo el prodigio comenzó á decir á voces que queria ser cristiano; y con efecto despues de instruido en nuestra santa ley recibió el bautismo y tomó el nombre de Juan de Atocha, empleándose el resto de su vida en pedir limosna por Madrid para aquel santuario. El Señor por intercesion de su poderosa madre bajo de esta advocacion resucitó á un niño, hijo de unos cordoneros criados del rey, que estaba ya amortajado y próximo á ser enterrado. Esto sucedió en el año 1379. Tambien resucitó en el de 1622 á otro niño que había muerto de asferecia.

Ya he dicho al hablar de la virgen de la Almudena que despues de conquistada la villa de Madrid por las armas cristianas el rey D. Alonso VI hizo empeño de buscar aquella sagrada imágen; pero mientras parecia, mandó pintar en la pared de la capilla mayor una imágen de Maria, á quien pusieron en la mano una flor de lis ó por arbitrio del pintor, ó por lisonjear al monarca,

que estaba casado entonces con doña Constanza, hija del rey Enrique I de Francia. Andando los tiempos se hizo retablo en la capilla mayor y quedó detrás de él en la misma pared aquella imagen, hasta que en el año 1625 se descubrió al ir á quitar unos tableros del retablo con motivo de la solemnisima novena que la reina doña Isabel de Borbón mandó hacer á nuestra señora de la Almudena para implorar los divinos auxilios en su alumbramiento. Esta vista repentina é inesperada causó satisfaccion y ternura á todos, y llegando á noticia de la reina ordenó se sacase una copia y se le llevase. La imagen tenia en la mano derecha una flor de lis de color de oro arriada al pecho hasta descender mas abajo del joyel; y por esta razon la comenzaron á llamar nuestra señora de la Flor de lis. Esta imagen á los pocos años de descubierta se trasladó á los pies del templo y se colocó sobre la escalerilla de la puerta, donde se leia esta inscripcion, si bien faltaban algunas palabras: «Esta sagrada imagen de nuestra señora de la Flor de lis estuvo pintada en la misma pared y oculta detrás del retablo del altar mayor: descubrióse con una gustosa novedad año de 1625 con ocasion de trasladar á él á nuestra señora de la Almudena. Despues el año de 1658 se trasladó y colocó en este sitio, sacándose entero de la pared el espacio de ladrillo y yeso en que estaba pintada... etc.»

En una capilla del antiguo monasterio de S. Martin de esta corte se veneraba la imagen de nuestra señora del Alumbramiento, cuya historia es la siguiente. En el año 1598 pasando un feligrés de aquella parroquia por una calle vió que un alemán llevaba una imagen de la Virgen con poca decencia y respeto, y movido de superior impulso se la pidió con cortésia, ya que al parecer la apreciaba tan poco. El alemán se resistió á cederla de balde, y el devoto español despues de mutuo convenio le dió cincuenta maravedis por una alhaja de tanto valor

para él. Llegado á su casa refirió lo que le habia pasado á su esposa, y ambos determinaron hospedarla decentemente. Pronto pagó la Virgen el hospedaje, porque estando la mujer de parto y corriendo peligro de perecer, invocó juntamente con su marido el auxilio de la Señora y logró dar á luz con toda felicidad la criatura. De ahí vino la advocacion de nuestra señora del Alumbramiento. El marido reconocido determinó labrar una capilla en el monasterio de S. Martin, á donde fué trasladada procesionalmente la sagrada imagen desde el convento de los Angeles con solemne pompa y concurrencia de toda la corte el día 7 de abril de 1602. Se han obrado por su intercesion muchos milagros.

En el monasterio de S. Gerónimo en el Prado se veneraba una imagen de nuestra señora, copia de la de Guadalupe (de que se hablará mas adelante), primero bajo la misma advocacion y luego bajo la de los Angeles por mandato del general de la orden, aunque el pueblo continuó titulándola de Guadalupe. Esta imagen se labró por expresa orden de Maria santisima, la cual se apareció repetidas veces á una monja de la Concepcion gerónima de Madrid para instruirle de su voluntad. La religiosa dió cuenta á su confesor y al superior de la orden, y estos despues de detenidas consultas y madura reflexion conociendo que con efecto era esa la voluntad de la Virgen la pusieron por obra.

En una capilla muy preciosa del colegio imperial de la compañía de Jesus se venera la devota y milagrosa imagen de nuestra señora del Buen consejo, que no se sabe por qué artifice fué labrada, ni en qué region, si bien se tiene por verídico haber sido traída de las partes de Italia. Es tradicion que á esta sagrada imagen acudió el glorioso san Luis Gonzaga á pedir un día cercano á la fiesta de la Asuncion que le iluminase la Virgen sobre la religion en que debia de consagrarse á Dios

por toda su vida, y que el angelical mancebo mereció oír de boca de María estas palabras: *Hijo, entra en la compañía de Jesús*. Este singular suceso dió motivo á que la santa imagen se apellidase nuestra señora del Buen consejo. Hasta la extincion de los regulares se le tributaron reverentes obsequios, siendo grandísimo el concurso y asistencia de gente á la capilla. Antiguamente habia una congregacion de señoras principales, que practicaban loables y edificantes ejercicios todos los jueves por la tarde, y á mas en dia señalado acudian con regalos y limosnas á las mujeres recogidas que vivian en comunidad; sirviéndoles por sus propias manos el refresco y repartiéndoles chocolate, un real de á ocho á cada una y varias prendas de ropa.

En el convento de religiosas franciscas de la salutación de nuestra señora (vulgarmente de Constantinopla), que estuvo primero en el lugar de Rejas y despues en la calle de la Almudena de Madrid, se veneraba una milagrosa imagen de María santísima bajo la advocacion de Constantinopla. La causa de habersele dado este titulo es porque vino de aquella capital del imperio otomano, donde por dos veces salvó milagrosamente del furor de los turcos á un santo ermitaño que la veneraba en su ermita. El mismo se la trajo á Nápoles su patria, por no parecerle prudente continuar expuesto á las tórpelas y desafueros de aquella bárbara gente, y depositó su tesoro en un convento de canónigos reglares. Mas como en su irrupcion de los bárbaros tuviesen que huir los canónigos, escondieron debajo de tierra la sagrada imagen. Recobrado el reino por los cristianos, se fundó un monasterio de la orden de S. Gerónimo en el sitio donde aquella estaba oculta, sin que nadie tuviese noticia de que allí se encerraba tal tesoro. Mas Dios dispuso que se descubriese por extraño modo, y entonces se entabló un reñido pleito entre los canónigos y los monjes geronimia-

nos sobre la propiedad de una joya de tanto precio. Al cabo de cuatro años se terminó el litigio cediendo las partes su derecho en el juez de la causa Rodrigo de Lujan, natural de Madrid. Una hija de este caballero tenia determinado ser religiosa en el mencionado convento de Constantinopla, y al padre le pareció conveniente donar al mismo la sagrada imagen enviándola con la futura monja. A su paso por Roma logró del sumo pontífice innumerables gracias, siendo muy particular y digna de mencion la de que la imagen de nuestra señora de Constantinopla fuese heredera de todas las personas que murieran sin tenerlos cien pies á la redonda de la capilla donde se colocase. Habiéndose levantado una deshecha tormenta en el mar cuando la traian á España, los que venian en la nave invocaron el patrocinio de esta señora y se libraron de la muerte que parecia segura; y fué cosa admirable que se apareció en el cielo á vista de todos el retrato mismo de esta imagen. De aqui provino que los fieles comenzaran á tener á nuestra señora de Constantinopla por abogada de los navegantes invocándola en los peligros del mar. Son muchos los que han experimentado su proteccion en diferentes ocasiones, y de muy lejos han venido á darle gracias en su templo y ofrecerle dones y presentes. Omito por la brevedad muchos milagros obrados por Dios mediante la invocacion de esta sagrada imagen, la cual parece, segun se ha observado, que despliega especialmente su liberalidad en grandes maravillas los martes del mes de marzo.

Dentro del mismo convento de religiosas franciscas de Constantinopla se veneraba otra milagrosa imagen de nuestra señora bajo el titulo de la Misericordia. Dióselo en señal de amor la emperatriz doña Isabel, mujer de Carlos V, á doña María de Flandes, la cual la trajo consigo cuando vino á ser monja á dicho convento sito entonces en Rejas. Se han obrado muchos milagros por la

intercesion de esta sagrada imágen, que es en especial abogada de las personas que piden acierto en la eleccion de estado.

En un monasterio de benedictinos fundado á la orilla del Mosa en la isla de Zelanda se veneraba una imágen de nuestra señora con su divino hijo en los brazos, de una terciá de fargo, muy hermosa y algo morena. Allí estuvo hasta que en las turbaciones del Pais Bajo fué arruinada la abadía juntamente con otros monasterios é iglesias: entonces vino á parar con una gran porcion de madera á poder de un hereje holandés. Hizo la divina providencia que llegase á hospedarse en casa de este un hidalgo español, y como pidiera leña para calentarse, el hereje le sacó entre otros maderos una imágen de la Virgen. Afligióse sumamente el español, y aunque hizo ademán de rescatarla de las llamas por la fuerza, considerando luego el peligro que corría, echó mano de otro móvil menos expuesto y mas poderoso, y por dinero consiguió del hereje la entrega de aquella alhaja preciosísima. En cuanto estuvo solo el español, se postró ante la sagrada imágen é hizo voto de que si por intercesion de ella le traía Dios con felicidad á España, la depositaria en un convento de religiosos de la Merced, para que allí recibiese pública veneracion. Logróronse sus deseos, pues desembarcó sano y salvo en el puerto de la Coruña, habiéndose librado él y cuantos le acompañaban de una furiosa borrasca. Al arzobispo de Santiago, que era uno de los navegantes, le pareció que esta imágen debía de llamarse nuestra señora de los Remedios, porque todos invocándola encontraban remedio en sus necesidades. Desde la Coruña pasó el hidalgo á Cuenca, y en cumplimiento de su voto entregó al comendador de los mercenarios la imágen de nuestra señora no sin contradiccion de sus deudos y allegados. Luego por disposicion del provincial de Castilla fué trasladada al convento de Madrid como

sitio donde podia ser mas obsequiada y servida. Años adelante se le construyó nueva capilla. Así en Cuenca como en Madrid ha obrado Dios por esta imágen innumerables prodigios, ya resucitando muertos, ya sanando enfermos, ya consolando á afligidos y atribulados.

Nuestra señora de Valverde.—Nuestra señora de la Caridad de Hleicas.—Nuestra señora de los Llanos.—Nuestra señora de Mosalad.—Nuestra señora de la Oliva.—Nuestra señora de Salceda.—Nuestra señora de Sopenzan.—Nuestra señora de Tejada.—Nuestra señora del Prado.—Nuestra señora del Sagrario.

XXV. Dejemos ya la corte y recorramos, aunque sea rápidamente, el antiguo territorio que se llamaba Castilla la Nueva. En él se encuentran no pocos santuarios de la Virgen, de los que solo nombraremos los mas célebres. A dos leguas de Madrid está sito el santuario de nuestra señora de Valverde, que pertenecía á la orden de predicadores. Es tradicion entre los moradores que esta sagrada imágen es una de las antiquísimas enviadas á España por S. Pedro. La razon que apoya esta conjetura, es que la Virgen de Valverde se parece mucho en las facciones á la de Atocha; de lo que se infiere haber sido obra de una misma mano, y ya queda dicho que segun la opinion mas comun esta última fué labrada ó pintada por S. Lucas. Cuando la invasion de los moros escondieron los naturales la imágen de nuestra señora de Valverde en un pozo, donde permaneció por mas de quinientos años. Al cabo de este tiempo se apareció á unos pastores en el sitio que la iglesia ocupa ahora, habiéndose sido conducida allí por ministerio angélico, segun piadosamente puede creerse. Llevada respetuosamente en andas al inmediato lugar de Focuncarral, un día al entrar el sacristán en la iglesia reparó que faltaba la santa imágen, y discurriendo que sería hurto dió cuenta

á los vecinos. Inmediatamente salieron estos á buscarla y la encontraron en el lugar de donde la habian traído. Volvieron á la iglesia; pero al apuntar el alba del siguiente día aseguró un pastor que la habia visto caminar por el aire sobre un hermoso arco azul pareciéndola que iba viva; y como se estuviese en observacion, notó que fué á ponerse entre las retamas en que se habia aparecido. Entonces los de Fuencarral determinaron fabricar allí mismo una capilla á Maria santísima, como se hizo. Grande fué la devocion de aquellos naturales y de los de los lugares circunvecinos, y grandes tambien los beneficios con que los pagó la bondad de la Virgen. En el reinado de Felipe II se fundó en Valverde un convento de dominicos, á los cuales fué entregada aquella sagrada imagen para mayor culto y decencia.

A seis leguas de Madrid está la villa de Illescas, bien conocida por el santuario donde se venera de muy antiguo una imagen de nuestra señora con el título de la Caridad. Es tradicion comunmente recibida que esta imagen fué hechura de S. Lucas y que la trajeron á España los discípulos de S. Pedro. Dices que la ermita donde se veneraba, la fundó el glorioso S. Hdefonso por los años de 650. Allí se conservó hasta que en el de 1500 se fabricó un nuevo templo, al que fué trasladada la sagrada imagen. Es gran maravilla que desde que se perdió Illescas con Toledo hasta que se restauró, esto es, en el espacio de trescientos treinta y seis años, no se atribyesen los moros á profanar el santuario de nuestra señora de la Caridad, ni á impedir que los cristianos fueran á dar pública culto y veneracion á Maria santísima. La villa agradecida á los muchos é insignes beneficios recibidos de la bondadosa señora determinó en 1562 erigirle un templo mas capaz y magnifico. En todos tiempos ha obrado Dios grandes y estupendos prodigios por la intercesion de esta madre de misericordia: yo me

veo obligado á omitirlos por no alargar esta relacion.

En el corazon de la Alcarria no lejos del lugar de Hontova se levanta un alto monte que remata en un cerro, al cual va poco á poco estrechándose hasta venir á formar una como punta. Pues sobre esta se admira el célebre santuario de nuestra señora de los Llanos, cuyo origen y artífice se ignoran, asi como la época en que fué escondida en el monte, y por qué motivo y cuándo se descubrió. Lo único que se sabe es que un día se apareció Maria santísima á un pastorcillo, cuyo ganado subía á pacer por aquellos contornos, y le manifestó que allí estaba enterrada su imagen y que era su voluntad se labrase una iglesia en el mismo sitio, donde se pusiera aquella á la pública veneracion bajo el nombre de santa Maria de los Llanos. Hasta tercera vez tuvo que aparecerse la Virgen, porque el cura del lugar á quien se lo contó todo el pastor, no quiso creerlo. Al cabo depuesta la incredulidad se dirigieron el párroco, el pastor y los vecinos al sitio indicado, y con efecto á pocas diligencias hallaron la sagrada imagen y la condujeron al lugar hasta que se labrase la capilla. Construida esta fué trasladada la sagrada imagen, á quien pusieron capellanes propios hasta el año de 1485 en que el santuario fué agregado al monasterio de gerónimos de Tendilla. Entre las circunstancias de esta imagen la que mas llama la atencion es su pequenez, pues segun afirman los que la han visto muchas veces, su altura es como el dedo pequeño de una mano mediana ó poco mayor; y con todo eso sus ficciones se distinguen primorosamente dispuestas, y en todas manifiesta belleza superior á lo humano. En cuanto á los milagros que ha obrado, me contentaré con decir, porque no puedo extenderme á mas, que ha librado á muchos de tabardillos, tercianas perniciosas, aperturas y males de corazon, garrofillo, periestia, mal de piedra, flujo de sangre y otras diversas enfermedades;

ha dado pies y piernas á tullidos y cojos, brazos y manos á mancos, vista á ciegos, oído á sordos; ha dejado buenos á muchos niños quebrados; ha sacado con bien de apretados partes á muchas mujeres; en fin ha socorrido á innumerables necesitados.

En la misma Alcarria se halla tambien el santuario de nuestra señora de Monsalud, que pertenece á los monjes del Cister desde el año 1140. Segun una relacion manuscrita que se guarda en el archivo de aquel real monasterio, la piadosa reina Clotilde, mujer del rey arriano Amalarico, despues de muchos maltratamientos y vejámenes fué sentenciada por su bárbaro esposo á que la llevasen á los ásperos montes de la Alcarria y desnudándola y atándola á un árbol la dejasen expuesta á la inclemencia del cielo y á la ferocidad de las bestias. Mas la inocente y calumniada reina invocó á la Virgen santísima, de quien era devota, y halló consuelo, salud y vida, porque las fieras que estaban dispuestas á devorarla, se volvieron humanas y le proporcionaron pieles con que cubrirse y carnes con que alimentarse. Además se le apareció Maria y le prodijo todo lo que habia de acontecer así con respecto á su libertad como á la fundacion de un monasterio de monjes cistercienses. En reconocimiento de tantas mercedes mandó la Virgen á aquella princesa que edificase un templo y pudiese una imagen de la Señora. Así se hizo puntualmente, y el católico Childoberto, hermano de Clotilde, cuando supo por ella todo lo acontecido, mandó construir la ermita y una imagen de piedra, la cual (y es digno de observarse) cobinuu recibiendo culto y adoracion de los cristianos en su santuario aun durante la dominacion de los moros. En el año 1140, como ya queda dicho, D. Alfonso el emperador fundó un monasterio de bernardos; al cual donó el santuario de Monsalud. Por la intercesion de esta sagrada imagen ha hecho Dios muchos y estupendos

portentos con toda clase de personas y entre ellas con los reyes de España D. Alfonso VII y D. Alfonso VIII, siendo muy poderosa la proteccion de nuestra señora para curar el mal de rabia así en los hombres como en los animales, de que han ocurrido casos innumerables.

A tres leguas de la imperial ciudad de Toledo está la villa de Almonacid, principalmente esclarecida por el santuario de nuestra señora de la Oliva. Nada se sabe de la antigüedad y artifice de esta imagen; sin embargo se discurre que fué labrada por los godos despues que abjuraron sus errores y profesaron la fé católica en el tercer concilio toledano. En tiempo de los moros la escondieron los fieles en las entrañas de la tierra, donde permaneció mas de seis siglos, hasta que por los años de 1550 se apareció la Virgen á un pastorcillo en los contornos de Almonacid y le descubrió el sitio donde estaba escondida su imagen. Como los vecinos no quisiesan darle crédito, Maria santísima se le apareció de nuevo y cogiéndole el cayado de las manos hirió blandamente la tierra é hizo brotar un verde y frondoso olivo. Al mismo tiempo le mandó volver al lugar á anunciar á los vecinos que cavando al pie de aquel olivo hallarian la imagen de nuestra señora, y para mas evidentes señas de ser verdad añadió que á la entrada del pueblo encontraría el entierro de un niño, que tocase al difunto con el cayado, y que le restituiría la vida, declarando el resucitado ser cierto todo cuanto el pastor habia dicho. Todo pasó así al pie de la letra, y los vecinos tan reconocidos como admirados despues de adorar á la imagen determinaron labrarle una ermita pequeña al principio y de no muy perfecta arquitectura, hasta que años adelante se edificó la suntuosa iglesia de tres navas. Allí fué trasladada sólememente nuestra señora el día 26 de abril de 1620. No tienen cuento los milagros obrados por la intercesion de la santísima Virgen: muchos de ellos

constan de los lienzos que penden de las paredes de su templo. Es tradición que la primitiva oliva (de la cual queda hoy un renuevo) destilaba un aceite maravilloso en cantidad suficiente para mantener encendida la lámpara de la santa imagen y que ungiéndose con él los dolientes los miembros enfermos quedaban muchos sanos.

Nuestra señora de la Salceda, santuario famosísimo en toda España, está entre las villas de Tendilla y Peñalbar, en la Alcarria. Su origen es el siguiente. Estando en una cacería dos caballeros de la orden de S. Juan fueron sorprendidos por una furiosa tempestad, y cuando no sabían dónde guarecerse, ni qué camino tomar, ni podían gobernar los caballos, que se habían metido en un espeso bosque de sauces, ve aquí que entre las ramas de un árbol de estos descubren una hermosa luz. Al principio creyeron proviniere de algun rayo que hubiera caído en el sauce; pero acercándose mas vieron que quien despedía aquella luz, era una imagen pequeña de la Virgen. Es de advertir que ellos en tan apurado trance se habían encomendado de todas veras á esta señora. Despues de adorar á María santísima y agradecer el beneficio recibido determinaron como mas conveniente labrar en aquel mismo sitio una ermita y colocar en ella la sagrada imagen, á quien se comenzó á llamar nuestra señora de la Salceda por haber sido hallada en un sauce y por la abundancia de tales árboles que hay en los contornos. Andando el tiempo se resfrío poco á poco la devoción á esta imagen, hasta que por disposicion sin duda del cielo vino á parar el santuario á poder de la religion de S. Francisco. Desde entonces ha ido creciendo el edificio y se ha aumentado la devoción á nuestra señora de la Salceda. Los muchos milagros obrados por su intercesion están dibujados en la circunferencia de la iglesia.

En el valle de Solanillos, á doce leguas de Madrid y siete de Alcalá de Henares, existe un monasterio muy célebre llamado de nuestra señora de Sopentran, cuyas vicisitudes han sido tantas, que no son para contadas en este lugar. Acerca de la etimología de su nombre y del origen de la capilla se dice bastante, aunque muy en compendio, en una relacion antigua que se halla escrita en una tabla del monasterio de benedictinos fundado allí tambien. Dice así: «Nuestro señor y nuestro redentor Jesucristo entre otros muchos lugares que él estableció en la tierra, á donde la Virgen sagrada su madre fuese honrada y servida de los cristianos, tuvo por bien de elegir esta santa casa por un maravilloso milagro que en ella mostró en el infante moro Petran ó Hafi Maimon, hijo del rey de Toledo, el cual como se tornase cristiano, hizo allí una pequeña capilla en nombre de nuestra señora y suyo, como ella se lo mandó, y así la llamó templo de nuestra señora santa María y de su siervo Petran, de donde el pueblo la llama santa María de Sopentran.» Vuelto de Roma Petran, que de infante moro se habia convertido en ermitaño, fabricó una pequeña capilla ó por mejor decir choza, donde colocó una imagen de la Virgen hecha á pincel junto á la higuera en que se le apareció esta madre de misericordia. Con ayuda de los fieles que acudían allí llevados de su devocion, dió ensanche á la capilla, la cual mandó aumentar mas el rey D. Alonso VI. El motivo de esta piadosa determinacion del monarca castellano fué que viendo acometido por un oso corpulento en una cacería y encontrándose solo y falto de fuerzas para vencer á la fiera, imploró el auxilio de María, y no bien lo hubo hecho, cuando cobrando nuevos bríos puso el oso á sus pies y le cortó la cabeza con su cuchillo de monte. Andando los tiempos se fabricó una iglesia mas sumtuosa, que fue entregada á los monjes de S. Benito. Por los años de 1454 hubo mudanza en la

imágen, pues estando la pintura tan deteriorada, que solo se distinguían unas confusas líneas, el que entonces era abad del monasterio, encargó á un famoso escultor flamenco que labrara otra imágen de talla. Son muchos los milagros que ha obrado nuestra señora de Sopetran así con los que van á venerar su sagrada imágen, como con los que se bañan en el agua de la fuente santa, en que según tradicion bautizó ella misma por su mano al infante moro Petran.

En un valle cercano al pueblo de Garavalla en el obispado de Cuenca está el santuario de nuestra señora de Tejada, fundado con motivo de haberse aparecido María santísima á un pastor durante ocho noches por los años de 1593 mandando que el obispo de aquella diócesis le labrase un templo y trajese religiosos trinitarios para servirle. Así se hizo, y la Virgen agradecida ha derramado liberalmente sus beneficios sobre los que acuden á venerarla en este santuario.

En la noble y antigua villa de Talavera de la Reina, arzobispado de Toledo, se venera con extraordinaria devoción y culto la prodigiosa imágen de nuestra señora del Prado, cuyo nombre parece se le dió por el muy ameno y frondoso sitio en que se labró el santuario. Nada se sabe de la antigüedad y arteífice de esta imágen, ni del modo y tiempo en que comenzó á ser venerada en Talavera. El templo es suntuoso, y el altar de la Virgen está ricamente adornado y alumbrado por muchas lámparas de plata de gran peso y valor. La devoción de aquellos habitantes y de los de todos los pueblos circunvecinos se manifiesta de una manera inequívoca con remerías y fiestas muy lucidas, siendo famosísima no solo en aquella tierra, sino en toda España la fiesta que llaman de las mondas, cuyo origen antiquísimo y significacion se ignoran. El modo como se celebran es este: uno de los días de pascua de Resurreccion van al santuario de nues-

tra señora del Prado todos los lugares de la jurisdiccion, y al llegar á darle vista se ordena la procesion y se comienzan á cantar las letanias, que concluyen á la entrada del templo. Poco antes de llegar á él salen el capellan mayor, el alguacil mayor y un regidor de la villa, é incorporados con los alcaldes del lugar entran hasta las gradás del altar mayor, en donde despues de decir la oracion de nuestra señora los mismos alcaldes ofrecen á la imágen por mano del capellan mayor una como manga de cruz, quitada la cubierta de arriba, rasa (y por eso tal vez se le da el nombre de *manga*), toda fabricada de cerilla muy delgada de varios colores, y por coronacion suele llevar las armas de la villa ú otra empresa tambien de la misma materia. Sucédense los lugares unos á otros en esta piadosa demostracion, en que se suele gastar toda la mañana: la tarde se pasa en festivas aclamaciones, bailes y otros divertimientos. Muchas de estas mondas se ven peadientes de los arcos de las tres naves de la iglesia, y otras se gastan en el culto de nuestra señora.

En la santa iglesia catedral de Toledo se venera una prodigiosa imágen de nuestra señora bajo la advocacion del Sagrario, que es de las mas célebres de España así por su antigüedad como por sus muchos estupendos milagros y tambien por la suntuosidad y grandeza de la capilla donde está colocada. Presúmese por conjeturas que es una de las mas antiguas de nuestra patria, aunque de cierto no se sabe nada: lo que por tradicion ha llegado de padres á hijos hasta los tiempos presentes es que cuando María santísima bajó del cielo acompañada de innumerables espíritus angélicos á regalar y vestir una preciosa casulla á su capellan S. Hdefonso, echó tambien los brazos á esta imágen suya, que entonces estaba colocada en el altar mayor, y juntamente puso sus sagrados pies en una piedra que se venera en la misma

iglesia, y aun se asegura que dejó impresa su planta en aquella piedra. Mientras los moros ocuparon a Toledo, estuvo escondida en un pozo la sagrada imagen, hasta que restaurada la ciudad por Alfonso VI y recibiendo algunas personas aviso del cielo se descubrió el sitio donde estaba oculto tan rico tesoro, se trasladó la santa imagen con gran reverencia á la catedral y se puso sobre el altar mayor. Después de muchos años se colocó sobre la puerta de la capilla llamada del Sagrario, y por fin el cardenal Rojas, arzobispo de la misma diócesis, mandó labrar la suntuosa capilla actual, toda de jaspes y mármoles hasta el pavimento. Es grandísima la devoción de los toledanos á la Virgen del Sagrario, y no se la han profesado menor nuestros monarcas, mandando alguno de ellos que las banderas de sus ejércitos se bendijesen delante de la santa imagen y que se estampase esta en el estandarte real. Si se hubiesen notado y escrito los milagros que ha obrado Dios por intercesion de su santísima madre bajo la advocacion del Sagrario; se podrian llenar muchas páginas de este libro.

Nuestra señora de Alconada. — Nuestra señora del Carrizo. — Nuestra señora de la Cañita. — Nuestra señora de Castillejo. — Nuestra señora de Fuenfria. — Nuestra señora del Honor. — Nuestra señora de Incois. — Nuestra señora de S. Lorenzo. — Nuestra señora del Pozo. — Nuestra señora del Prado. — Nuestra señora del Sagrario. — Nuestra señora la Vulnerata. — Santa María de Nieva. — Nuestra señora de la Peña de Francia. — Nuestra señora de la Popleria. — Nuestra señora del Risco. — Nuestra señora del Rosario. — Nuestra señora de la Vega. — Nuestra señora de Velilla. — Nuestra señora de las Virtudes.

XXVI. De Castilla la Nueva pasemos á las provincias situadas en el territorio conocido bajo el nombre de Castilla la Vieja. En los términos de la antigua y noble villa de Ampudia, enclavada en el obispado de Palencia, aunque con territorio separado y jurisdiccion casi episcopal, está el santuario de nuestra señora de Alconada. Sea lo que quiera de su antiquísimo origen, hay noticia de

que muchos años antes de la pérdida de España y entrada de los agarenos se veneraba esta santa imagen en un pueblo de Andalucía (no se sabe su nombre); donde estuvo hasta despues de la infausta batalla del Guadalete. Dos caballeros andaluces determinaron abandonar su país llevándose la imagen de María, para que no la profanasen los moros. Con efecto lo hicieron así y vinieron á parar á un campo de la jurisdiccion de Alconada, lugar distante dos leguas de Carrion. Aqui la escondieron debajo de tierra por no poder llevarla mas consigo, y aqui permaneció oculta segun juicio prudente cerca de cuatrocientos años, al cabo de los cuales salió ella misma del seno de la tierra y se descubrió á un labrador de los contornos. Noticiosos del suceso los de Alconada fueron á adorar á la sagrada imagen aparecida, que se hallaba rodeada de matorrales y lucas encendidas por ministerio angelico, y la condujeron á una de las iglesias de la villa. Mas sucedió que el señor del lugar no pudiendo recabar de sus vasallos con razones que le ayudasen con ciertas cantidades recurrió á la fuerza y llegó en su desatentado enojo hasta querer forzar las puertas de la iglesia, donde se habian refugiado aquellos. No pudiendo conseguirlo mandó pegar fuego á las puertas del templo. Entonces la Virgen indignada del sacrilego desacato se elevó por sí misma, se salió por una vidriera ó claraboya y fué á parar á media legua de Ampudia, donde se apareció á un pastor y le mandó anunciar su llegada á los vecinos de la villa. Estos no lo creyeron hasta que volvió el pastor segunda vez comprobando la certeza de la noticia con el milagro obrado en él, pues antes era fuerte y ahora veia bien con entrambos ojos. Entonces salieron y hallaron la sagrada imagen sobre una piedra donde está fundada hoy la capilla mayor de su santuario; trasladaronla en solemne procesion á la villa mientras se le erigia un templo en el mismo sitio. El señor de Alconada in-

tentó pleito á los de Ampudia sobre la restitucion de la Virgen santísima, y aunque le ganó en el tribunal eclesiástico de Palencia, la Señora manifestó bien á las claras que no quería ser trasladada á su antiguo santuario; porque al moverse los buyes del carro donde habia sido colocada para su traslación, reventaron, y la misma imagen se volvió á su trono. Con este raro acontecimiento conocieron todos ser la voluntad del Altísimo que no se moviese de Ampudia la santa imagen. A mas de estos dos notables milagros son muchos los que ha obrado el Señor por la intercesion de nuestra señora de Alconada.

A principios del siglo XVI apacentando un pastor su rebaño en los campos cercanos de la ciudad de Leon, se le apareció la Virgen santísima, que traía consigo una devota imagen suya, y le mandó ir á la ciudad y decir al obispo que colocara en lugar decente aquella imagen. Obedeció el pastor y se apresuró el prelado á averiguar por sí mismo el prodigio, y hallando ser cierto, trataron de levantar una ermita en aquel sitio. Cuánta fuese la devoción de los leoneses y de los pueblos comarcanos á nuestra señora del Camino (cuyo título se le dió por haber sido la aparición cerca del camino real), no hay para qué ponderarlo. Años adelante se construyó otra iglesia mas capaz y hermosa, que es la que hoy subsiste, enriquecida por los fieles devotos con muchas y costosas alhajas, ornamentos y lámparas. Los milagros obrados por la intercesion de esta santa imagen han sido tantos, que ha habido precision de quitar muchas venas los cuadros donde estaban representados los antiguos, para colocar los mas modernos; de lo contrario la iglesia con ser tan capaz no hubiera podido contenerlos á no ponerse unos sobre otros.

Por los años de 1490 se vió afligida de una larga sequía la villa de Alaejos en Castilla; con cuyo motivo acon-

gojados aquellos vecinos acudieron á implorar el auxilio divino. Entre los que mas clamaron al cielo en demanda de socorro, se distinguió Catalina de la Cruz, mujer virtuosa y de probada paciencia, la que mereció ser visitada por María santísima. En efecto el día 10 de mayo del año susodicho mientras ella se deshacia en lágrimas y suspiros en el campo, vió al pie de una retama una imagen muy pequeña de la Virgen, la cual le manifestó que sus súplicas habian sido oídas y que la voluntad del cielo era se fabricase allí una ermita, donde fuese venerada aquella santa imagen. Acudieron los vecinos de Alaejos, vieron el prodigio y por de pronto fabricaron con cuatro maderos y otros materiales una casita (de donde vino la advocacion de nuestra señora); y aunque fabricada una capilla mas espaciosa, fué trasladada á ella María santísima, no quiso permanecer allí, sino que á la mañana siguiente se la halló en su primera morada. Luego se edificó allí mismo una capilla dejando en medio la casita. Dicese que la retama donde apareció esta santa imagen, quedó tan dulce, que recreaba el paladar de quien la tomaba: tambien la tierra que está delante del trono de la Virgen, despide gran fragancia, y echada en cualquier sior y bebida con fe ha obrado y obra muchos prodigios. Resplandeco especialmente la virtud de esta santa imagen en sanar quebrados.

Demoliendo los vecinos de Medina de Rioseco su antiguo castillo (no se sabe en qué año) hallaron entre las ruinas una devota imagen de la Virgen Maria, á quien por esa razon comenzaron á titular nuestra señora del Castillo Viejo y después por abreviacion de Castilviejo. Y como les pareciese que agradaria mas á la Virgen santísima quedarse en el mismo sitio, resolvieron edificar una iglesia, que es en la que hoy se venera. Son muchos los beneficios que le deben sus devotos; pero ha habido culpable incuria en anotarlos para memoria.

La imagen de nuestra señora de la Fuencisla, á quien veneran muy singularmente los segovianos, es segun se dice una de las mas antiguas y milagrosas de Castilla la Vieja. Báse por cierto que la trajo á España en tiempo de los apóstoles S. Geroteo, primer obispo de Segovia, y colocada entre unas peñas fuera de la ciudad, que llamaban de las Fuencillas, recibió culto y veneracion hasta la entrada de los moros en España. Entonces la escondió un beneficiado de aquella santa iglesia en las bóvedas de San Gil, de donde fué sacada despues de la restauracion, sin que se sepa de cierto cuándo ni cómo fué el descubrimiento. Al principio se colocó sobre la puerta principal de la iglesia catedral; mas por los años de 1250 fué restituida á los peñascos de la Fuencisla, siendo el motivo de la traslacion el siguiente hecho prodigioso. Vivía en Segovia una judía, á quien aborrecian los de su secta por parecerles inclinada á la religion cristiana, y con el fin de perderla la acusaron de adulterio. Probado el delito con testigos falsos fué condenada á ser precipitada de un alto peñasco, que entonces se llamaba Peña Gragera y hoy de la Fuencisla. Subió la mujer á lo mas alto del risco, y cuando la iban á despeñar, se volvió hácia la iglesia catedral, sobre cuya puerta veía la imagen de nuestra señora, y dijo con devocion y ternura á la Virgen que la amparara pues le constaba su inocencia, y que si quedaba ileso del suplicio, prometia hacerse cristiana y bautizarse. Cayó entonces precipitada hasta lo mas profundo del valle, y cuando juzgaban todos que se habria hecho pedazos, la hallaron sin lesion y confesando que debia la vida á nuestra señora de la Fuencisla. Agradecida á la visible proteccion del cielo pidió instruirse en los dogmas de nuestra sacrosanta religion y recibir el bautismo, como lo efectuó. En el año de 1398 se comenzó á edificar una nueva y santuosa iglesia, á la que fué trasladada la sagrada imagen en 1615 con asis-

tencia del rey Felipe III, su real familia y corte. Entre los muchos milagros que se refieren de nuestra señora de la Fuencisla, es muy singular el que se observa cuando es trasladada desde su santuario á la iglesia catedral en tiempo de alguna calamidad ó necesidad pública; pues en el mismo punto que sale por la puerta de su iglesia, aparece en el aire una estrella, que acompaña á la santa imagen hasta la catedral y á la vuelta desde esta hasta el santuario, permaneciendo sobre aquel templo los nueve dias de la novena.

Poco hay de cierto y averiguado tocante á la historia de nuestra señora del Henar, que se venera en su santuario distante una legua de la villa de Cuellar; sin embargo se tiene que de muy antiguo era reverenciada de los pueblos comarcanos y que su origen es el mismo que el de nuestra señora de la Fuencisla. Por revelacion divina que tuvieron los tres santos hermanos Frutos, Valentin y Engracia, fué escondida la sagrada imagen en el valle del Henar por los años de 714 al aproximarse los bárbaros. En el de 1380 se apareció á un pastorcillo Maria santísima en forma de una señora muy hermosa, y mandando llamar al padre de este (cuya incredulidad tuvo que vencer con restituir al hijo el uso de un brazo, de que era manco) les dijo que cayeran y debajo de unas losas hallarian la imagen de la Virgen del Henar, la cual habia de ponerse en una casita hasta que se labrase mayor templo. Puntualmente lo hicieron así los dos pastores edificando en el mismo sitio una casita, de donde mostró la Virgen por dos milagros que no queria salir. Allí estuvo hasta que en 1644 se labró á expensas de los fieles la sumptuosa capilla que hoy tiene. Es digna de particular mencion la fuente del cirio, que brotó de la cueva donde el pastor halló la santa imagen: se llama del cirio entre otras razones porque el ángel dió á S. Frutos como seña del sitio que hallaria un cirio ardiendo, y por-

que cuando la escondieron, dejaron otro encendido y así se encontró al tiempo del descubrimiento pasados ochocientos y sesenta años. La Virgen es llevada anualmente en solemnísimas procesiones el domingo inmediato á la fiesta de S. Mateo; arrimándose á las andas y aun yendo debajo de ellas muchedumbre de enfermos de todas clases; al llegar á dicha fuente obra por lo comun dos ó tres milagros.

Estando de caza el rey D. Sancho el Bravo en las cercanías de Zamora por los años de 1290, salió de improviso una perdiz de un cerro, y como el príncipe soltase luego en su seguimiento uno de los alcones, el ave se refugió á una iniesta ó retama no muy lejana. Acudió D. Sancho presturoso, y estando ya muy cerca vió que entre las ramas de la iniesta resplandecía con luz clarísima una imágen de la Virgen: que la perdiz estaba al pie de aquella sin temor al alcon con tal defensora; y que los perros de caza se habían quedado parados. El rey vuelto en sí del pasmo que tan extraordinario suceso le causara, se bajó del caballo y arrodillado adoró y dió gracias á María santísima. Determinó desde luego originar una suntuosa iglesia en aquel mismo sitio, y mientras tanto dispuso se colocara la sagrada imágen en el templo de S. Antolin. A este fin y también para que se poblase aquel lugar, entoncez desierto y erial, libró un privilegio en Valladolid á 1.º de agosto del año 1299, en que concedía á nuestra señora de la Iniesta doce vasallos que no pagaran tributo á su corona, sino al santuario de la Virgen. D. Fernando el Emplazado, hijo de D. Sancho, confirmó y aumentó este privilegio añadiendo otros ocho vasallos á los doce, los cuales se llamaron desde ese tiempo los veinte libertados de nuestra señora de Iniesta.

La imágen de nuestra señora de S. Lorenzo, que se venera en la ciudad de Valladolid, estuvo escondida se-

gun tradición durante la dominacion de los agarenos. Libre ya España, se apareció á un pastorcillo y fué colocada sobre una puerta en el sitio donde estuvo despues el convento de S. Agustin. Como fuese en aumento la devocion de los fieles, se la trasladó á una ermita de S. Lorenzo (y de aqui le vino el nombre), sita en el mismo terreno donde hoy se ve su hermosa iglesia. La edificación de esta se debe al siguiente suceso milagroso. Habiendo conseguido D. Pedro Niño, merino mayor y regidor de Valladolid, que una hija suya muy querida sanase de una peligrosa enfermedad por el contacto del manto de nuestra señora determinó quedarse con este y sustituir otro en su lugar. Mas sucedió que la hija empezó á tratar con menos decoro aquella alhaja prodigiosa; de que enojada al parecer Maria santísima quiso castigar á la irreverente señora, y una vez que tenia el manto en la mano para cosas de su entretenimiento, fué acometida de tan recio accidente, que la privó en un instante del habla, del movimiento y de la vida. Acudió el padre en cuanto lo supo, á donde estaba su hija ya difunta, y teniendo por cierto que la causa de esta repentina muerte habia sido la piadosa superberia que queda ya mencionada, hizo promesa de edificar una iglesia á nuestra señora de S. Lorenzo si su hija volvía á la vida. La reina del cielo escuchó benévola las súplicas de este padre afligido, y él cumplió con creces su promesa.

En la misma ciudad de Valladolid se venera tambien la antiquísima y milagrosa imágen de nuestra señora del Pozo. Llamóse antes de la Cabeza por haber inclinado la suya para confirmar el testimonio de una pobre mujer, de quien se habia burlado un mancebo sin querer cumplir despues la palabra dada de casamiento. Luego se tituló del Pozo, porque por su intercesion se salvó un niño que habia caído en un pozo.

Allí mismo tambien se reverencia una imágen de nues-

tra señora del Prado, llamada así por estar el santuario en un prado ó campo. Por los años de 1440 se hizo donación de la ermita á los monjes de S. Gerónimo, que fundaron un monasterio.

En la iglesia catedral de dicha ciudad se da culto á una imagen de nuestra señora del Sagrario, que se halló en el hueco de una pared en la capilla de S. Miguel de la misma iglesia el dia 15 de marzo del año de 1602.

No se podia cerrar mejor el catálogo de las imágenes de nuestra señora veneradas en Valladolid que refiriendo la lastimosa historia de la que se titula santa María la Vulnerata. Esta devota imagen era venerada en la iglesia catedral de Cádiz por los años 1596 cuando los ingleses la sitiaron y tomaron saqueando lo sagrado y lo profano: entraron tambien en la catedral, á donde se habian refugiado muchos vecinos, y mofándose y haciendo escarnio de lo que estos acataban y reverenciaban, sacaron á la plaza pública la imagen de la Virgen. Allí la vilipendiaron con fingidas adoraciones, luego sacaron las espadas y le dieron muchas cuchilladas, con que separaron los brazos hasta los codos: tambien afearon el hermoso rostro de nuestra señora con siete heridas sin perdonar al divino niño, á quien ultrajaron igualmente y arrancaron de los brazos de su madre. Retirados los ingleses de la plaza, todos los vecinos quisieron resarcir tan sacrilego ultraje; pero se esmeraron especialmente el adelantado de Castilla y su mujer la condesa de santa Gadea, los cuales consiguieron que el cabildo de Cádiz les donase la profanada imagen. Con ella se vinieron á Madrid y la colocaron en su oratorio. Mas la reina del cielo, que queria ser desagraviada por ingleses católicos, ya que el ultraje habia venido de herejes de la misma nacion, dispuso que los alumnos del seminario inglés de la compañía de Jesus quisiesen hacerse ins-

trumentos del desagravio; para lo cual se dirigieron á los ilustres poseedores de la sagrada imagen, y esforzando sus razones é interponiendo algun poderoso influjo lograron la donacion apetecida. La corte residente entonces en Tordesillas, el obispo y ambos cabildos de Valladolid y las personas mas principales de la ciudad pretendieron festejar el recibimiento de la sagrada imagen y echaron el resto para obsequiar y desagraviar á la que habia sido objeto del sacrilego furor de los herejes. Omito por la brevedad hablar de los muchos milagros que ha obrado Dios mediante la intercesion de santa María la Vulnerata, reverenciada con tierna piedad filial en el seminario inglés de Valladolid.

A cinco leguas de la ciudad de Segovia en la villa de santa María la real de Nieva se venera una imagen de nuestra señora, que se titula santa María de Nieva por haber sido su apareamiento cerca del lugar del mismo nombre: tambien es llamada nuestra señora de la Soteraña por haber sido encontrada debajo de tierra. Supónese antiquisima, aunque no se sabe nada de cierto; y se cree que fué escondida por los fieles cuando entraron en España los agarenos. Sea de esto lo que se quiera, en el año 1592 se apareció María santísima á un pobre pastor y le mandó ir á buscar al obispo de Segovia para decirle que sacase de entre las piedras de aquel sitio una imagen suya y le erigiese un altar. Así lo hizo el prelado, si bien fué menester que María le diese prenda antes de creer la relacion del sencillo pastor. Descubierta la sagrada imagen, se edificó allí mismo una capilla que se amplió mas despues, y en el año 1599 se hizo donacion de este santuario á la religion de santo Domingo. Es grande el culto y veneracion que tributan á santa María de Nieva los pueblos comarcanos, y la señora los ha recompensado superabundantemente con grandes muestras de su misericordia.

La prodigiosa imagen de nuestra señora de la Peña de Francia es venerada en la sierra de este nombre, que dista doce leguas de la ciudad de Salamanca. Apenas hay noticia de la antigüedad de esta imagen, y solo se conjetura que la trajo de Francia á España el emperador Carlo Magno: despues se tiene por verisimil que algunos devotos españoles ó franceses la escondieron por libreria de los insultos de los moros. En cuanto á su descubrimiento ve aquí en resumen lo que refieren los autores. Un piadoso francés, llamado Simon, que se habia retirado al convento de la tercera orden de S. Francisco en Paris por huir del mundo y de las peligrosas importunaciones de sus parientes, oyó una noche que le decia una voz del cielo: *Simon, vete á la Peña de Francia á las partes del poniente y allí hallarás la imagen de la gloriosa virgen Maria.* Simon despues de cerciorado de que era tal la disposicion de lo alto se partió con la licencia y bendicion de su guardian en busca de la Peña de Francia, y al cabo de muchas fatigas y diligencias logró descubrir aquel sitio. Una vez establecido en la alta sierra que tiene ese nombre en España, procuró alcanzar del cielo por medio de oraciones y plegarias que le fuesse manifestado el lugar donde estaba oculta la imagen de Maria. Y con efecto á la tercera noche se le apareció la bondadosísima señora, y le dijo que cavara entre aquella peña, donde hallaria la imagen que buscaba, y á la cual habia de hacer una decente morada. Buscó Simon cinco hombres en S. Martin del Castañar, los que á ejemplo de él comenzaron á cavar en la peña y por premio de su trabajo hallaron la imagen de Maria con su hijo en los brazos. Generosa en extremo la Virgen con los que la sirven, obró en aquel mismo dia cinco milagros, segun se cuenta. El primero fué que Simon sanó de una herida causada por una pedrada que recibió una noche en la misma Peña de Francia sin sa-

ber de dónde le vino. Los otros cuatro milagros fueron obrados en favor de los otros descubridores, que curaron de diversas dolencias. Al punto se trató de fabricar decente morada á la reina de los cielos. Despues se labró iglesia, cuyo altar mayor ocupa lo que antes fué ermita, y andando los tiempos se hizo donacion del santuario á la orden de predicadores. Son innumerables y singularísimos los prodigios que ha hecho Dios por la intercesion de nuestra señora de la Peña de Francia.

En la iglesia del convento de S. Antonio, orden de franciscos descalzos, de la ciudad de Avila, se venera una milagrosa imagen de la Concepcion con el titulo de nuestra señora de la Porteria, porque estubo primeramente colocada en la porteria del mismo convento. Esta imagen debe su existencia á una curacion milagrosa que Maria santísima obró con el artífice que la pintó; porque como el virtuoso y devoto lego Fr. Luis de S. José importunase con sus instancias al pintor á fin de que hiciese la imagen, y el pintor se disculpase justamente con las pertinaces torcianas que le reducian á guardar cama, Fr. Luis introducido en el aposento del enfermo sin saberse cómo, ni por dónde (porque la familia estaba prevenida para no dejarle entrar) le prometió rogar á Dios mediante la intercesion de Maria por su pronta curacion si queria pintar la imagen. El pintor prometió hacerlo si recobrava la salud por favor del cielo, y con efecto á la mañana siguiente se halló tan restablecido, que pudo poner manos á la obra á los pocos dias.

Como á siete leguas de la susodicha ciudad de Avila está el santuario de nuestra señora del Risco. Descubrióla un sencillo cabrero, que buscando á una cabra de su hato despenada de un risco vió en una cueva vivísimos resplandores y oyó una voz que le decía fuese á la villa de Villatoro y avisase como en aquel risco y cueva estaba una imagen de nuestra señora. Acudieron los

vecinos, trasladaron respetuosamente la imagen á la villa, y despues de edificada una ermita la volvieron á su sitio primero. Mas adelante se hizo donacion del santuario á los eremitanos de S. Agustin. Esta santa imagen, que es de las que llaman de los Dolores y de talla primorosamente labrada, ha obrado raros y estupendos milagros asi en los tiempos antiguos como en los modernos.

En el convento de predicadores de la ciudad de Rioseco se venera una portentosa imagen de nuestra señora del Rosario, trasladada allí desde Berlanga. Es admirable el aparecimiento á invención de esta santa imagen. Por los años de 1541 navegaba con rumbo á España el obispo de Panamá D. Fr. Tomás de Berlanga, que venia en ánimo de renunciar la mitra y retirarse á algun convento de su órden de santo Domingo, cuando levantándose una recia y temerosa borrasca, determinó revestirse de sus sagradas vestiduras y exhortar á los navegantes á dolor y contrición. Hizolo así, y luego hincado de rodillas comenzó las letanias de la Virgen. Al pronto se alborotó mas el mar y se encresparon las olas, formándose una tan alta como una torre, que amenazaba caer sobre la nave. En medio de aquel promontorio de agua divisió la tripulacion un bulto que no sabia lo que era. Créianse ya todos perdidos, y en tal conflicto invocaron el nombre de Maria, á cuya invocacion se quebró la ola en espumas arrojando hácia un costado de la nave una caja pequeña de madera (que era el bulto que se habia divisado). Disputaron el obispo y el capitán de la nave (este llevado de la codicia) sobre á quién habia de pertenecer el objeto hallado. Al fin se acordó que si era cosa sagrada, quedase para el obispo, y si otra alhaja cualquiera, para el capitán. En seguida se abrió la caja, de cuyo interior salieron tan vivos rayos de luz, que deslumbraron á los circunstantes. Hubo sin embargo al-

guno mas curioso ú osado que se atravesase á desenvolver un sutilísimo cendal, dentro del cual hallaron (¡oh prodigio singular!) una hermosa imagen de Maria con su divino hijo en los brazos. En virtud de lo pactado se quedó el obispo con tan preciosa joya, si bien fué preciso echar luego suertes por tres veces á causa de las reclamaciones de algunos oficiales. Mas tambien el cielo significó por este medio ser su voluntad que el venerable prelado poseyese la imagen de la Virgen santísima. Con feliz navegacion aportaron á España, y el obispo se encaminó á Berlanga, donde fundó un convento de su órden, y en él depositó la imagen tan milagrosamente hallada. Mas trasladado el convento á Rioseco tambien lo fué la imagen de nuestra señora, que con el título del Rosario excitó la devocion de los fieles y los favoreció con singulares prodigios que fuera prolijo enumerar. Sin embargo no son de omitir dos cosas extraordinarias de ella: la una que suelo mudar semblantes, en especial en la semana santa; y la otra que jamás la han sacado de su santuario por alguna necesidad pública que no haya sido esta remediada.

En el lugar de Villabona cerca de Haro en Castilla la Vieja, se venera nuestra señora de la vega de Haro, que segun tradicion fué llevada de la vega de Granada por algunos cristianos despues de la rota de D. Rodrigo. Es cosa maravillosa que luego que sacan á esta santa imagen de su iglesia y la ponen en lugar patente donde bendiga los campos, cesan los vientos fríos á que está sujeta la vega de Haro, y empiezan á soplar otros mas templados.

En la Mata de Monteagudo, lugar del reino de Leon, está el santuario de nuestra señora de Velilla, cuya prodigiosa imagen fué hallada por un hidalgo del mismo lugar entre unas ruinas.

En el convento de trinitarios calzados de la villa de

Aróvalo se venera la imagen de nuestra señora de las Virtudes, de la cual no se tiene noticia alguna. Ha obrado muchos y singulares milagros, y el beato Simon de Rojas, lustre y ornamento de la orden de la santísima Trinidad, recibió no pocos favores de esta sagrada imagen.

Nuestra señora de Caldas.—Nuestra señora de Castejon.—Nuestra señora de la Estrella.—Nuestra señora la real del Campo.—Nuestra señora la real de Najera.—Nuestra señora de Valvanera.

En el arzobispado de Burgos, jurisdiccion del valle de Buena y términos del lugar de Barros, está situado el santuario de nuestra señora de Caldas. Acerca de la antigüedad de esta imagen, á quien se deben muchos y portentosos milagros, del artífice que la hizo, cómo vino á aquellas montañas, y si fué aparecida ó se labró de propósito para colocarla allí, no hay noticia alguna. La ermita estuvo primeramente al cuidado de un ermitaño; mas en el año de 1603 fué donada á los frailes de santo Domingo.

Entre las villas de Anguiano, Ortigosa y Nieva en la Rioja se venera en lo alto de la sierra la imagen de nuestra señora de Castejon, de cuyo origen no se tienen noticias; aunque su traje y calzado de serrana dan á entender ser antiquísima. Antes hubo monasterio de monjes que cuidaban del santuario; pero habiéndolo abandonado por lo frío y fragoso del terreno, D. Sancho el deseado le donó al obispo é iglesia de Calahorra.

Tan escasas como de las dos imágenes anteriores son las noticias que se tienen de la de nuestra señora de la Estrella, cuyo santuario está situado á media legua de la villa de Briones. Por tradicion antigua y memorias que se conservan en el archivo del convento, consta que antes se llamó nuestra señora de la Encina por haberse

aparecido en un árbol de esa especie. Primeramente poseyeron este santuario los obispos de Alava y luego los de Calahorra, hasta que fué donado á los monjes de S. Gerónimo.

Reinando en España Alonso VIII el emperador, conducían unos hombres en un carro una imagen de la Virgen santísima para que se venerase en tierra de Campos; pero Dios por sus ocultos juicios dispuso que al llegar como á tres leguas de la ciudad de santo Domingo de la Calzada se parase el carro sin querer los bueyes pasar adelante á pesar de agujonearlos los conductores; antes bien se abrió la caja en que iba guardada la sagrada imagen, la cual se puso sobre un espino cercano. Divulgado el suceso prodigioso y sabido por el rey, mandó este labrar á sus expensas la iglesia donde es hoy reverenciada María santísima, incluyendo en su recinto el espino: tambien añadió un hospital que sirviese al propio tiempo de albergue para los peregrinos.

Un día que el rey D. Garcia de Navarra andaba á caza por la ribera del rio Najerilla, se internó en unos espesos matorrales, y con gran admiracion descubrió una cueva llena de claridad y resplandor, á beneficio de la cual pudo entrar, y halló un altar y sobre él una imagen de la Virgen y una efigie del arcángel S. Gabriel con una jarra de azucenas en la mano: al pie del altar habia una campana de mediano peso. El rey despues de satisfacer su devocion salió de la cueva con propósito de erigir en aquel sitio un monasterio de benedictinos, para que fuesen perpetuos capellanes de la reina de los ángeles. Así lo hizo con efecto, y estos fueron los principios del real monasterio de nuestra señora de Najera.

En un valle de la Rioja, que antes se llamó de las Veneras y luego Valvanera por la corrupcion del vocablo, está el santuario de nuestra señora de Valvanera. La antigüedad de esta sagrada imagen es tan-

ta, que los autores no pudiendo hacerla constar por testimonios auténticos estan divididos en opiniones, y unos quieren que fuese fabricada por mano de los ángeles y colocada milagrosamente en el tronco de un roble, en donde apareció despues, y otros pretenden que fué obra de S. Lucas y que la envió á España el principe de los apóstoles con S. Onésimo y S. Geroteo, discipulos de S. Pablo. Estos predicando la fé llegaron á los montes llamados despues Distercios, y en el país de Mori en el valle Venario colocaron la imágen de nuestra señora. Sea de esto lo que se quiera, la prodigiosa imágen de nuestra señora de Valvanera gozaba ya de gran nombradía y era venerada con devoto culto por aquellos naturales desde tiempos muy remotos. Cuando la incursión de los moros un piadoso ermitaño la escondió juntamente con un cofrecillo de las mas insignes reliquias en un roble cóncavo. Abatida la pujanza mahometana, hubo en los montes Distercios un hombre llamado Munio ó Niño Oñez, natural de Montenegro, que dejando la mala vida de saiteador de caminos por la de penitente se retiró á una cueva. Despues de algunos años de penitencia y recogimiento mereció el fervoroso ermitaño lo revelara Dios el sitio donde encontraría oculta una hermosa imágen de la Virgen, dándole por señas que hallaria al pie del roble una clara fuente y dentro de él un cajambre de abejas. Así sucedió puntualmente, y postrado Munio ante la sagrada imágen la adoró y la dejó expuesta á la veneracion de los pueblos en el mismo arbol, hasta que se fabricó una ermita pequeña para alojarla. Mas adelante como creciese la devocion de los fieles y se multiplicasen los milagros obrados por nuestra señora, se fabricó otra iglesia mas capaz, y entraron á servirla canónigos reglares de S. Agustín y por falta de estos los hijos del patriarca S. Benito. Seria tarea prolija referir los milagros que ha hecho Dios por

intercesion de la virgen de Valvanera, los cuales son tantos, que corre impreso un libro de ellos.

Nuestra señora de Aranzazu.—Nuestra señora de Begonia.—Nuestra señora de la Encina.—Nuestra señora de Arceñi.—Nuestra señora del Villar.—Nuestra señora del Camino.—Nuestra señora de Cudea.—Nuestra señora de las Maravillas.—Nuestra señora de Roncesvalles.—Nuestra señora del Sagrado.—Nuestra señora de Uxue.

En el año 1469 un pastor guipuzedano llamado Rodrigo Balzátegui, natural de Uribarri, jurisdiccion de Oñate, estaba guardando su rebaño en las laderas del monte Alona, cuando se le antojó desfilarse por las vertientes hasta tocar lo mas profundo y fragoso de un horrible barranco. Luego que sentó los pies en terreno seguro, tendió la vista y descubrió á larga distancia un verde espinó, entre cuyas ramas se divisaba un bulto al parecer de persona humana. Llegóse á aquel sitio no sin dificultad y vió que el bulto era una imágen muy hermosa, la cual tenia un bellissimo niño en su brazo. Y como la señora no respondiése á ninguna de las preguntas de Rodrigo; vino á conocer este que era una imágen de la virgen Maria con el niño Jesus; de lo cual admirado sobremanera el pastor dijo en su idioma nativo, que era el vascuence: ¡Aranzazu! que en castellano quiere decir: ¡Vos en el espinol! De aqui provino el titularse esta sagrada imágen nuestra señora de Aranzazu. Vuelto algan tanto en sí el pastor corrió á su casa á dar cuenta á sus padres y deudos de lo sucedido, y cerciorados estos por sus propios ojos de que era verdadera la relacion de Rodrigo se partieron á Oñate, para que los cabildos eclesiástico y secular de la villa resolviesen lo mas conveniente. Acudieron tambien los vecinos de esta al sitio de la aparicion despues de vencida su incredulidad y quedaron no menos sorprendidos que alborozados por el hallazgo. Nuestra señora de Aranzazu quiso conceder

á aquellos pueblos por primicias de sus favores una copiosa lluvia tras larga y porfiada sequía. Los de Oñate agradecidos determinaron fabricar una ermita pequeña en el sitio mismo donde estaba el espino, para colocar la sagrada imagen. Algunos años despues se labró un convento, que poblaron los religiosos de la Merced para asistir y dar culto decente á aquella. El santuario de Aranzazu pasó de unas religiones á otras hasta venir á parar á la orden de S. Francisco de la provincia de Cantabria. Son muchísimos los milagros que ha obrado Dios por intercesion de la Virgen bajo la advocacion de Aranzazu.

Es muy célebre el santuario de nuestra señora de Begoña, contiguo á la villa de Bilbao, que es la poblacion mas rica y floreciente del señorío de Vizcaya. Segun la tradicion esta sagrada imagen se apareció en una encina, y como los naturales quisiesen erigirle templo unos en el sitio mismo de la aparicion, y otros en lo mas alto de la montaña, habiendo prevalecido este segundo dictámen, se acopiaron los materiales para dar principio á la fábrica. Pero antes de poner manos á la obra se oyó una voz clara que decia: *Begoña*; cuya palabra significa en castellano: Estése el pie quieto. Así hubo que desistir del proyecto, y mas cuando á la mañana siguiente se hallaron trasladados al sitio de la aparicion todos los materiales acopiados. Edificóse pues el templo donde hoy se ve, al principio pequeño y pobre; pero despues se amplió y enriqueció con alhajas, lámparas de plata y muchas y preciosas joyas. Asisten á este santuario como beneficiados suyos el prior y cabildo de las parroquias unidas de Bilbao.

En una colina cerca de la villa de Arciniega en las Encartaciones de Vizcaya se venera á nuestra señora de la Encina, porque segun se asegura, se apareció en una encina en el sitio inmediato á la iglesia, donde se halla

hoy colocada. Nuestros monarcas y entre ellos el glorioso emperador Carlos V tuvieron gran devocion á esta milagrosa imagen.

Hubo en lo antiguo en Navarra no lejos de la ciudad de Corolla una villa llamada Araceli y luego por corrupcion Araciel, la que andando los tiempos vino á arruinarse, sin que quedase mas que la iglesia parroquial dedicada á santa Lucia. En este templo pues se observaba que al dar algun golpe se oia debajo de tierra al lado de la epistola junto á la grada del presbiterio un ruido con ecos, que denotaba haber alli algun hueco ó concavidad subterránea. Llevado de la curiosidad D. Gregorio Serrano, capellan de dicha iglesia, quiso en el año 1664 registrar lo que habia, y prevenido con el santo sacrificio de la misa que celebró, comenzó á cavar en el sitio á que correspondia el eco; mas á los pocos golpes oyó una voz clara de hombre que le dijo: «No se canse, señor Serrano, en cavar; que no hay para V. sino tablas viejas.» Pasmado quedó el sacerdote al oír estas palabras, porque no habia en la iglesia persona alguna, ni fuera vio á nadie que pudiese haberlas dicho, aunque salió á la puerta con presteza. De alli á diez años, como continuásen los ecos, se dispuso que dos albañiles registrásen y procurásen averiguar la causa de ellos, y hallaron en un nicho labrado en la piedra una imagen de nuestra señora. Se sacó de alli con decencia y fué conducida á la iglesia de nuestra señora del Rosario, hasta que se le labró nueva y proporcionada capilla en el sitio donde hoy se venera. Se le dió el título de nuestra señora de Araceli por resolucion del obispo de Tarazona en razon de haberse descubierto en la parroquia de la villa que antiguamente llevó aquel nombre. Son muchas las maravillas que ha obrado el Señor en favor de los que han acudido á implorar con fervor esta santa imagen.

En las cercanías de la susodicha ciudad de Corella se venera nuestra señora del Villar. En cuanto á esta santa imagen, que es muy antigua y milagrosa, solo se sabe por tradicion que se apareció en los montes de Argénzon propios de la villa del Villar; por lo cual se le dió este título. Despues se arruinó la villa y quedó convertida en un campo desierto, el cual vino á ser propiedad de Corella. Entre otros muchos milagros obrados por nuestra señora del Villar se refiere que en el año 1684 como hubiese mucha langosta en los campos, sacaron á la Virgen en procesion, y en cuanto se dijo una misa en el altar de nuestra señora colocada á vista del campo, sobrevinieron aires tan recios y tan copiosa lluvia, que no solo pereció la langosta, sino que se ahogó la semilla, y de entonces acá no se ha experimentado semejante plaga.

La noble ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra, posee una milagrosa imagen de nuestra señora del Camino, que por maravilloso modo vino á su poder. Venerábase en la ciudad de Alfaro; mas en el año 1478 la santa imagen abandonó la ermita y apareció en la parroquia de S. Saturnino de Pamplona sobre una ríga próxima al altar mayor. Alegráronse los de Pamplona tanto como se entristecieron los de Alfaro, y entablado litigio consiguieron éstos se sentenciasse á su favor restituyéndoseles la posesion de la sagrada imagen. Mas esta apenas fué trasladada á su primitivo templo, en aquella misma noche le abandonó y se volvió á Pamplona apareciendo en el mismo sitio que la vez primera. Entonces cedieron de su pretension los de Alfaro. Aunque esta imagen ha obrado muchos milagros, nada se halla escrito de ellos; sin embargo en Pamplona es público un suceso raro y milagroso. Un devoto de la Virgen remitió de Indias dos coronas de oro en una caja, en la que puso este sobreescrito: *Para nuestra señora del Camino venerada en la parroquia de S. Saturnino de Pam-*

plona. Habiéndose levantado una muy recia borrasca, fué preciso arrojar al mar gran parte de la carga y entre otras cosas la caja en que venían las dos coronas; mas nuestra señora la enderezó hácia las costas de Cantábría, y cogiéndola algunos moradores del puerto sin tocarla siquiera la remitieron á Pamplona.

La imagen de nuestra señora de Codés se venera en los términos del reino de Navarra y diócesis de Calahorra al pie de las altas y escabrosas peñas de Zoar. Dícese que se veneraba en una antigua ciudad de Cantábría, situada cerca de la de Logroño, y cuando la destruyó Leovigildo, algunas personas piadosas la cogieron y fueron á esconderla en la montaña de Torralba. No se sabe el tiempo, ni el modo como se apareció esta sagrada imagen, aunque se conjetura que fué por los años de 1350. Luego que apareció, se fundó junto á la ermita de nuestra señora un lugarcillo llamado Codés: de donde vino la advocacion á la imagen. Son muchos los milagros obrados por su intercesion.

En el convento de agustinas recoletas de Pamplona se venera nuestra señora de las Maravillas, cuya imagen fué hallada de un modo extraordinario por Fr. Juan de Jesus y S. Joaquín, religioso lego de los carmelitas descalzos y varon muy espiritual, el cual la llevó á dicho convento y la regaló á las madres. Pero lo maravilloso es que habiendo sido conducida la imagen á Madrid para que la retocase un diestro pintor, cuando se recibió en Pamplona y la vió Fr. Juan, declaró que era la nuestra señora que él habia visto en otra ocasion sobre la capilla mayor de la iglesia de su convento. Para apellidarla de las Maravillas concurren dos justas razones: la primera las muchas maravillas que acontecieron al tiempo de su manifestacion, y la segunda fué una inspiracion santa del cielo (á lo que puede creerse), para que la priora de las agustinas mandara escribir los nombres de las imáge-

nes mas conocidas de España para sacar por suerte el que hubiese de ponerse á esta, y le tocó el ya citado.

Uno de los santuarios mas célebres y antiguos que tiene la Virgen en España, es el de nuestra señora de Boncosvalles, aunque no se sabe nada de su origen, ni del artifice que la labró, ni del tiempo y lugar. En cuanto á la aparicion se cuenta que unos pastores que guardaban sus ganados por las asperezas de los montes Pirineos, notaron que todos los sábados por la noche se dejaba ver un ciervo de raro esplendor y claridad, el cual en cada una de sus astas tenia á manera de una antorcha muy resplandeciente: al mismo tiempo oian junto á una fuente que brotaba de entre las peñas, una música al parecer celestial de cantores angélicos, los cuales entonaban la Salve; y concluida esta oracion cesaba la música y desaparecia el ciervo. Repitióse varias veces la vision, y avisados muchos de las inmediaciones para que fuesen testigos de ella, se cercioraron de que la relacion del pastor era verdadera punto por punto. Con esto se determinaron á desmontar el terreno donde aparecia la vision, y cavando junto á la fuente hallaron un arco de piedra, dentro del cual habia una concavidad á manera de nicho y en él una imagen de nuestra señora con su santísimo hijo de gran hermosura y proporcion. Levantóse un templo á poca distancia del sitio en que habia aparecido la imagen, la cual fué venerada allí hasta que el rey D. Sancho el fuerte construyó otro mas suntuoso. Fueron puestos por capellanes de nuestra señora los canónigos reglares de S. Agustín. ¿Quién duda que han sido muchos los milagros que ha obrado Dios por esta sagrada imagen? Pero la incuria de los hombres ó la calamidad de los tiempos ha hecho que la mayor parte queden ignorados.

En la iglesia catedral de Pamplona se venera una imagen de nuestra señora del Sagrario, cuya antigüedad

se hace subir al tiempo de los apóstoles. Mas lo que se sabe por instrumentos auténticos, es que cuando los moros invadieron segunda vez el reino de Navarra en tiempo de D. Garcia Iñiguez, el obispo y canónigos de aquella iglesia se llevaron esta sagrada imagen y la guardaron en el monasterio de Leire. Restituida la catedral á su antiguo sitio tambien lo fué nuestra señora del Sagrario, á quien entonces se dió este nombre por el sitio que ocupó dentro y en el cuerpo inferior del sagrario. Primeramente se llamó nuestra señora de Pamplona, luego nuestra señora de los Reyes y santa Maria la Blanca. Los naturales de aquella ciudad tienen mucha devocion con esta imagen, de quien han recibido siempre singulares y multiplicados favores.

En un lugar de Navarra que se llama santa Maria de Usua, se venera la imagen de nuestra señora de Uxue, la cual fué descubierta por un pastor. Habia notado este que una paloma hacia frecuentes entradas y salidas en la concavidad de una peña, y aunque pretendió espantarla de allí por diversos medios, no lo pudo conseguir. Determinó pues registrar aquel sitio por mas que ofreciese dificultades, y habiendo penetrado en lo interior de la concavidad, descubrió una imagen de nuestra señora y á sus pies la paloma. Grande fué la admiracion y ternura del pastor, que corrió á llamar á los vecinos de las inmediaciones. Estos acudieron solícitos y quedaron no menos admirados y enternecidos, y despues de conferenciar entre sí sobre el sitio donde debería de edificarse una ermita á nuestra señora, prevaleció el dictámen de los que querian se ensanchara el sitio y se hiciera una iglesia capaz y decente. Como Maria santísima empezase á hacer muchos y singulares prodigios, los vecinos del antiguo lugar, atraídos de la celestial influencia de la Señora, se vinieron á habitar allí cerca y fundaron una nueva poblacion que se llamó santa Maria de Usua.

Nuestra señora del Rey Casto. — Nuestra señora de Covadonga. — Nuestra señora de la Barca. — Nuestra señora del Cristal. — Nuestra señora de la Encida. — Nuestra señora de la Franquera. — Nuestra señora de las Ermitas. — Nuestra señora de los Ojos grandes.

En la ciudad de Oviedo, antigua corte de los reyes de León y hoy capital del principado de Asturias, se venera una imagen muy devota y milagrosa de la Virgen, llamada del Rey Casto por haber sido compañera inseparable de D. Alonso II de León el Casto, quien debió á la protección de esta señora sus señalados triunfos. No se sabe nada de cierto acerca de la antigüedad y origen de esta imagen.

A la parte oriental de los últimos términos del principado de Asturias hay una cueva formada por la misma naturaleza, que se llama Covadonga á causa de ser larga ó dilatada. En ella se veneraba una devota imagen de nuestra señora, cuando los moros derramándose desde Africa por toda España penetraron en las montañas de Asturias para desbaratar las reliquias de los cristianos que se habían refugiado allí como en su último baluarte. Era caudillo de ellos D. Pelayo, príncipe de sangre real, el que no juzgando prudente aguardar en campo raso con su ejército compuesto de unos mil hombres al de los sarracenos que constaba por lo menos de cien mil, se replegó hacia Covadonga confiando ya en la aspereza del terreno, ya principalmente en la poderosa protección de María. Y no quedaron defraudadas sus esperanzas, como veremos. Embistieron los moros con gran coraje irridados de que un puñado de hombres hubiesen despreciado la intimación de Alcamán, capitán general del ejército infiel, y los nuestros disparaban saetas y arrojaban gruesas piedras y troncos de árboles con que desbarataban las filas enemigas. Mas los moros avanzaban reemplazando á los hombres que caían muertos ó heridos, con otros de res-

fresco. En fin ya se pusieron donde podían ofender á los nuestros, que estaban en la entrada de la cueva, y desde allí comenzaron á arrojar una espesa granizada de dardos y saetas. Entonces fué cuando compadecida María del trabajo y riesgo de sus devotos dió principio á los prodigios disponiendo que las armas arrojadas disparadas por los bárbaros en vez de ofender á los cristianos se volviesen contra ellos, y como eran tantas, hacían un estrago espantoso. Grandemente se admiraron de este extraordinario suceso los de uno y otro bando; pero con la diferencia que los cristianos cobraron mas brío y los moros aterrados y sin aliento empezaron á retirarse y por fin se dieron á huir sin orden ni concierto. Salió Pelayo con los suyos en seguimiento de los fugitivos, de los cuales perecieron muchos y entre ellos Alcamán. No pasó aquí el descalabro de los moros, debido sin duda á la protección de nuestra señora de Covadonga, porque habiendo querido el grueso de su ejército (que según algunos autores llegaba á sesenta mil hombres) buscar su seguridad en el monte Auseña, se desgajó este y se pulió en sus ruinas aquella muchedumbre de bárbaros. Lo primero que hizo el caudillo cristiano fué ir á recibir homenaje á María santísima, á quien debía tan famosa victoria: despues procuró adorar y distinguir aquel santuario, en lo que le imitaron otros reyes sus sucesores y especialmente D. Alonso el Casto, en cuyo tiempo se amplió la iglesia. En los siglos posteriores se ha mudado y extendido el espacio de la cueva de suerte que no se sabe la capacidad que tenia en tiempo de D. Pelayo, confundiéndose la noticia con los dos templos en que hoy se divide el santuario y en que están colocadas dos imágenes de María. Los devotos de la una y de la otra disputan sobre cuál de ellas es la primitiva y la que protegió tan poderosamente á D. Pelayo, si bien la comun tradición milita por la que se adora en el templo supe-

rior, á la que se dirigen los majestuosos cultos diarios y otras solemnes funciones dotadas por los reyes de León. La iglesia de Covadonga es colegial con un abad (dignidad de la catedral de Oviedo), un prior, un prebendado de oficio, varios canónigos y otros ministros inferiores. Son muchos los milagros obrados por la santa imagen, como lo prueban los rotos colgados de las paredes del santuario.

Cerca de la villa de Muja, en el arzobispado de Santiago, está el santuario de nuestra señora de la Barca, acerca de cuya imagen es tradicion inmemorial y constante en todos aquellos pueblos cercanos que vino de países extranjeros embarcada en una barca de piedra con timon y vela de la misma materia y paró en un peñasco casi inmediato á donde llega el mar. Luego que algunos paganos registrando lo que habia en la barca vieron que debajo de ella habia una imagen de la Virgen santísima con su divino hijo en la mano derecha y un cetro en la izquierda, arisaron á la justicia y al cura de Muja. Despues de conferenciado el caso determinaron trasladar á la iglesia parroquial la imagen de Maria, como lo hicieron; pero á la mañana siguiente fué hallada esta en el mismo peñasco donde habia aparecido; por lo que conociendo ser la voluntad del cielo que fuese venerada allí la Virgen, se erigió con presteza una capilla, que despues fué ampliada y enriquecida con albasas. Cerca de dicha capilla se registran tres piedras grandes, que acreditan la fé humana con que se cree lo que ya dicho. La primera en figura de barca, segun las construian los antiguos, tiene ocho varas y media de largo y siete y media de ancho. La segunda representa la figura de un timon de nave de tamaño proporcionado. La tercera imita la figura de una vela de buque y tiene de circunferencia ocho varas y tres cuartas, siendo su grueso desigual, pues por partes mide dos varas menos cuarta, por otras

vara y cuarta y por otras media vara nada mas. Se ha observado que siendo de tanta grandezza esta máquina de piedra y estando tendida á manera de vela en un plano sobre otra peña firme, qualquiera persona, aunque tenga tan poca fuerza como un niño, con facilidad la mueve y menea de una parte á otra. Y no se diga que esto procede de estar con gran proporcion en el equilibrio, porque es experiencia general que algunas veces ya por la mañana, ya por la tarde se resiste, y aunque quieran menearla muchos hombres juntos, no pueden. Otras cosas bien singulares se refieren de esta piedra, que omito por la brevedad; mas el curioso podrá verlas en el *Compendio histórico* del P. Vallafañe. No son infrecuentes los prodigios que ha obrado y obra Dios por esta imagen, especialmente en favor de los navegantes y pescadores. Afirmán personas de autoridad así eclesiásticas como seculares haber observado en el rostro de la sagrada imagen que unas veces aparece triste, otras alegre, ya sereno, ya turbado. Tambien hay experiencia de que cuando se la quiere restaurar, nunca se mantiene el color que quiere dársele, sino que le despiden ella de sí. Tiénese por tradicion entre los naturales que debajo del altar donde se veneraba la imagen, manaba una fuente de aceite que servia para cebo de la lámpara encendida delante de aquella; prodigio que cesó cuando un codicioso ermitaño empezó á lucrarse vendiendo el aceite. Parece indicio de este prodigio el verse hoy en el mismo sitio un escaso manantial de agua, con el cual sale á veces mezclada alguna gota de aceite.

En el término de Villanueva como á cuatro leguas de la ciudad de Ornis se reverencia la imagen de nuestra señora del Cristal. Se llama así, porque con extraña maravilla está formada en lo interior de un cilindro de cristal sólido, de poco mas de tres dedos en alto, registrándose la imagen de nuestra señora por dos lados de la mie-

ma suerte que es, con las manos puestas delante del pecho, el manto azul y el vestido encarnado, aunque las facciones del rostro no se divisan muy perfectas. Acerca de su invencion se sabe que en el año 1630 un labrador encontró en el campo el susodicho cristal y sin hacer mucho caso de él se le metió en la faldriquera y siguió trabajando: á poco tiempo advirtió que el cristal le iba pesando tanto, que no le dejaba moverse, y espantado de tan extraordinario suceso le arrojó al suelo. Mas al dia siguiente pasó una pastorecilla, y encontrando el cristal se fué derecha al cura de Villanueva para que le examinara. Este habiendo contemplado despacio la maravilla y dado cuenta al obispo de Orense la expuso á la veneracion pública. Acudieron gentes de los lugares comarcanos, y la noticia se extendió hasta la corte, en términos que el rey Felipe IV quiso ver la imagen y cerciorarse de si era obra del arte ó efecto sobrenatural de causa prodigiosa. A este fin los mas diestros artifices y lapidarios registraron con gran cuidado el cristal, y hechas las experiencias necesarias depusieron todos unánimes y conformes que no podia haberse formado naturalmente la imagen por ser sólido el cristal y todo de una pieza sin aparecer hendedura, ni señal la mas minima de ello. De órden de S. M. se restituyó la imagen á Galicia y se le labró una capilla hermosa y capaz de piedra de sillera. En lo que mas prodigiosa se ha mostrado nuestra señora del Cristal, es en alcanzar sucesion á los casados.

Es tradicion universal y constante en el pais del Bierzo que cuando santo Toribio, obispo de Astorga, fué á visitar los santos lugares, trajo de vuelta entre otras preciosas reliquias una imagen de nuestra señora, la que colocó en su iglesia catedral. Allí permaneció hasta el año 744, en que para preservarla de los insultos y profanaciones de los invasores fué escondida en una cueva en la encina junto al lugar de Ponferrada. Casi tres

siglos habian transcurrido despues de este suceso, cuando los templarios, señores del pueblo, determinaron desmontar el terreno y empezaron á cortar encinas, entre ellas la que ocultaba la sagrada imagen, la cual por este raro modo quiso manifestarse á aquellos naturales. Inmediatamente se fabricó en el mismo sitio una capilla, que por ser de corta extension para tanto vecindario y tan crecido concurso de devotos hubo de ampliarse. Por fin se fabricó el templo actual, tan hermoso y capaz, que compite con muchas catedrales de España. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de nuestra señora de la Encina.

En la villa de la Franquera, obispado de Tuy, se venera nuestra señora de la Franquera, así titulada por haberse aparecido segun tradicion en el mismo lugar. Nada se sabe de cierto acerca del modo y tiempo de la aparicion de esta sagrada imagen, como ni tampoco de su autor, ni del lugar de donde vino, si bien se asegura es antiquissima. Siempre ha dispensado á sus devotos singulares beneficios.

El santuario de nuestra señora de las Ermitas está en el obispado de Astorga por el lado que el reino de Galicia confina con la provincia de Leon y con Portugal. Nada se sabe de la antigüedad y origen de esta imagen: únicamente es tradicion que fué escondida en tiempo de los moros como á un tiro de piedra del lugar donde hoy está el santuario, hasta que años adelante la descubrieron por un modo extraordinario unos vaqueros. Erigiöse allí una ermita y se dió á nuestra señora el título de las Ermitas por las muchas que habia á distancia de un cuarto de legua. El obispo de Astorga D. Alonso de Mesina y Tobar mandó labrar otra iglesia mas capaz, agradecido al beneficio que la Virgen le habia dispensado restituyéndole la salud en una enfermedad desesperada y apareciéndosele sobre el lecho, segun aseguró el

siempre. D. Fr. Nicolás de Madrid, varon insigne en arquitectura como lo muestra el panteon del Escorial, y que de prior de este real monasterio pasó á la silla de Astorga, añadió al cuerpo de la iglesia de nuestra señora de las Ermitas la capilla mayor con media naranja y crucero; y el Señor le premio llevándole á morir al mismo santuario. Son muchos los milagros que ha obrado Dios por la intercesion de esta santa imágen.

En la iglesia catedral de Lugo se venera nuestra señora de los Ojos grandes desde los tiempos apostólicos segun la tradicion. Esta prodigiosa imágen se llamó primero nuestra señora de Lugo, despues santa María de la Victoria y últimamente nuestra señora de los Ojos grandes, porque los tiene vivos, alegres y grandes. Los reyes de Leon y Galicia le profesaron suma devocion. Se cuentan muchos y singulares milagros de esta imágen.

Nuestra señora de la Concepcion de Malina.—Nuestra señora de la Misericordia.—Nuestra señora del Pilar.

En término del lugar de Zillas, señorío de Molina y camino real de Madrid á Zaragoza, se venera en una iglesia antiquísima una imágen de bulto con el título de la Concepcion, que segun tradicion trae su origen desde el tiempo de Santiago ó sus discipulos. Se le dió este título por la devocion que en todo el señorío se profesa al misterio de la Concepcion. El santuario de que se trata, es muy frecuentado de toda clase de personas, que acuden á implorar la proteccion de la Virgen en sus enfermedades y trabajos.

En un santuario distante como tres cuartos de legua de Borja, ciudad de Aragon, y en la montaña llamada la Muela se da culto á una imágen de nuestra señora de la Misericordia, acerca de la cual no consta nada de particular.

Concluyo la sucinta relacion de los santuarios de Maria santísima en Aragon con la historia de nuestra señora del Pilar, que se guarda en el archivo de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza y se atribuye con gravísimos fundamentos al santo obispo de la misma ciudad Tayon, elegido en el séptimo concilio toledano por los años de 646. Y como uno de los timbres mas gloriosos nó ya de Zaragoza y Aragon, sino de la España entera es la venida de la Virgen santísima en carne mortal á nuestro suelo, voy á copiar este auténtico documento. Dice así:

«A gloria y alabanza de la santa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es un verdadero Señor, trino y uno, y para promulgar los beneficios y excelencias de la abogada del género humano, madre del hijo del Altísimo, anunciamos á todos los fieles con narracion verídica y fiel de la manera que tuvo principio desde el exordio de la cristiana religion la cámara ó basílica de santa María del Pilar de la ciudad de Zaragoza y su iglesia, y consiguientemente disponemos dar á la noticia de los fieles algunas pocas de las muchas maravillas que han llegado á nuestra noticia y ha obrado el hijo de la Virgen, por las súplicas y méritos de su madre.

«Despues de la pasion y resurreccion de nuestro salvador y señor Jesucristo y de su ascension al cielo con precioso vuelo quedó la purísima Virgen encomendada á S. Juan virgen, y creciendo el número de los discipulos en Judea por la predicacion y milagros de los apóstoles rabiaba la perfidia de algunos judíos y comoviendo una cruelísima persecucion contra la grande iglesia de Cristo, apedregando á S. Estevan, quitaron no menos la vida á otros. Por lo cual les dijeron los apóstoles: «A vosotros convenia que primero os predicásemos la palabra de Dios; mas porque la rechazá-

«leis y os hicisteis indignos de la vida eterna, veis como nosotros nos vamos á predicar á los gentiles.» Así saliendo por todo el mundo según el mandato de Cristo predicaron el Evangelio á toda criatura, cada uno según su suerte. Al salir de Judea cada uno recibia los consejos y bendicion de la misma bendita y gloriosa Virgen. Entretanto por revelacion del Espíritu Santo al bienaventurado Jacobo el mayor, hermano de S. Juan, hijo del Zebedeo, le fué mandado por Cristo que cuanto antes llegase á las partes de España á predicar la palabra de Dios. Y el apóstol al punto yendo á ver á la Virgen, besándola las manos le pidió con piadosas lágrimas su licencia y bendicion, á quien habló así la Virgen: Ve, hijo mio, y cumple el mandato de tu maestro, y por el te ruego que luego que llegues á una ciudad de España, en donde convertirás á la fé mayor número de hombres; allí edifiques una iglesia en memoria mia, como te lo mostraré. Saliendo pues el bienaventurado Santiago de Jerusalem vino predicando á las Españas, y pasando por las Asturias vino á la ciudad de Oviedo, en donde convirtió uno á la fé, y despues entrando en Galicia habló á los de la ciudad del Padrón: de allí dándose prisa, pasando por Castilla, que se llama España mayor, vino á la menor España que se llama Aragon, en aquella region que se apellida Celtiberia, donde está sita la ciudad de Zaragoza á la ribera del río Ebro. Allí pues Santiago predicando muchos dias convirtió á Cristo ocho varones, con los cuales tratando todos los dias del reino de Dios salia de parte de noche por razon de la quietud á la ribera del rio al lugar donde se arrojaban las papas. Allí pues despues de algun sueño dándose á la oracion se apartaban de las turbaciones de los hombres y de las molestias de los gentiles; cuando veis aqui que pasados algunos dias al punto de la media noche estando el bienaventurado Jacobo con

«los ya dichos fieles, unos fatigados de la oracion y contemplacion y los demás entregados al sueño, en la misma hora de la media noche oyó el bienaventurado apóstol voces de ángeles que cantaban: Ave, María gratia plena; como si con suave invitatorio comenzasen el oficio de maitines de la Virgen. Y poniéndose al instante de rodillas vió á la Virgen madre de Cristo entre dos coros de millares de ángeles, que estaba sobre un pilar de mármol. El concento de la celestial milicia de los ángeles acabó el oficio de los maitines de la Virgen con el verso *Benedicamus Domino*, el cual fenecido el rostro piadosísimo de la bienaventurada virgen Maria con gran dulzura llamó al santo apóstol y le dijo: Ve aqui, Jacobo hijo, el lugar señalado y diputado á mi honor, en el cual por tu industria se me ha de edificar iglesia en memoria mia. Mira pues este pilar en que hago asiento, porque mi hijo y tu maestro le ha enviado aqui de lo alto por manos de los ángeles, en cuyo sitio edificarás capilla y pondrás altar, y en tal lugar principalmente la virtud del Altísimo por mis ruegos y en reverencia mia obrará milagros y admirables maravillas, es á saber, en aquellos que implorarán mi auxilio en sus necesidades. Perseverará este pilar en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad quienes reverencien á Cristo. Entonces el apóstol Santiago, alegre con mucho regocijo, dando innumerables gracias á Cristo las mismas dió á su madre. Y luego de repente la celestial compañía de los ángeles tomando á la señora de los cielos la volvieron á la ciudad de Jerusalem y la dejaron en su retiro. Este es aquel ejército de los ángeles que envió Dios á la Virgen en la misma hora que concibió á Cristo, para que la guardasen y acompañasen en todos sus caminos y guardasen sin lesion al niño. El bienaventurado Jacobo alegrándose de tan admirable vision y consuelo luego

comenzó á edificar allí iglesia, ayudándole los que había convertido á la fé. Tiene la dicha basílica como ocho pasos de ancho y diez y seis de largo y en la frente hácia el Ebro el dicho pilar con su altar. Para el servicio de aquella el bienaventurado Jacobo ordenó de presbítero á uno de los dichos discípulos el mas idóneo, y consagrando la sobredicha iglesia y dejando en paz á los piadosos cristianos se volvió á Judea predicando la palabra del Señor. Puso por título á la iglesia santa María del Pilar. Esta es la primera iglesia del mundo dedicada por manos apostólicas en honra de la Virgen. Esta es la cámara angélica fabricada desde el origen de la iglesia. Este es el palacio sacratísimo que muchas veces ha visitado la Virgen, en el cual se ha visto muchas veces la madre de Dios cantar los salmos de matines acompañada de coros de ángeles, y en que á la verdad por intercesion de la Virgen muchos reciben beneficios y se obran muchos milagros, concediéndolo nuestro señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos. Amen.

Hasta aquí el documento sacado del archivo de la santa iglesia de Zaragoza. Ahora añadiremos algunas otras circunstancias ya tocante á la columna, ya tocante á la imagen. La columna es de jaspe y de poco mas de dos varas de alto: antes estaba toda ella cubierta de bronce bien labrado, y solo quedaba un espacio redondo poco mayor que la palma de la mano, donde ponian los devotos sus labios. Ahora está todo el pilar cubierto de plata bien labrada, quedando solo descubierta en forma de óvalo una parte bastante para que los que llegan, puedan besar la columna, la materia de la santa imagen, que está inmediatamente fija sobre el jaspe sin basa ni moldura alguna, es madera: unos quieren que sea de pinabete, otros de cedro; pero no es fácil la resolucion. Como le mudan con tanta frecuencia los mantos y joyas,

se ha mirado y reconocido por todas partes, y no hay en toda ella la señal mas leve de que le haya llegado la carcoma, ni de que se haya gastado nada; cosa bien asombrosa habiendo pasado tantos siglos. Tiene muy gracioso el rostro y notablemente modesto; pero el color no puede definirse, porque aunque se ve claramente que es algo morena, parece tambien que quiere parecerse á jaspe. El niño Jesus está en los brazos de su dulcísima madre enteramente desouido, en una postura y con un semblante muy agradable. En la mano izquierda tiene un pájaro como que le aprieta para que no se le vaya, y el bracito derecho extendido sobre el pecho de la Virgen asiéndolo con la manecita el manto. Nuestra señora es muy pequeña por la simétrica proporcion con el cuerpo, y está coronada con corona real. Su ropaje es de talla tan bien labrada como puede discurrirse; le llega hasta los pies y está ceñido con una correa descubriendo las extremidades de los zapatos, que son muy puntiagudos. El manto baja desde los hombros hasta igualar con la túnica, y al modo que el niño le tiene asido con la manecita por la parte del pecho, la Virgen con la mano derecha tiene asida por delante la otra parte del manto, de manera que descubre el pecho y la ropa por abajo lo bastante para quedar el simularo airrosísimo y con una perfeccion tan agraciada como no se ha visto en ninguna otra imagen de nuestra señora. Queda dicho que la capilla de la Virgen tiene solo ocho pasos de ancho y diez y seis de largo, y así duró hasta que con el tiempo se dilató y engrandeció el templo tanto en fabrica como en riqueza. En el año 1644 sucedió que abriendo zanja para asegurar la reja de plata ofrecida por el príncipe D. Baltasar, hijo de Felipe IV, se encontraron muchas conchas y bordones, insignias del apóstol Santiago, semejantes en todo á las que se hallan en Clavijo, Juhera, Amaya, entre Duero y Miño y otras partes. Final-

mente hoy se ve la ostentosa fabrica del nuevo templo de nuestra señora del Pilar, á que se trasladó el santísimo sacramento en el año 1718. Toda ella puede dividirse en tres partes: la primera, que es la exterior, sirve para todo el pueblo: la segunda, que es la que fabricó Santiago, está cerrada con una reja de hierro, y en ella no se permite entrar mujer alguna, y mientras duran las misas tampoco entra ningún hombre seglar sino las personas reales; y la tercera, donde está la santa imagen, se halla incluida dentro de la segunda reja y cerrada con una barandilla de plata. Aquí solo entran sacerdotes y eso con gran veneracion, y hay un altar donde Santiago dijo misa segun tradicion, sin que haya memoria de haber celebrado ningún otro sacerdote. Las misas se dicen en otro altar que está fuera de la reja de plata. Las personas á quienes por singularísimo favor se concede que lleguen á besar la mano de nuestra señora, comunmente hacen antes dos cosas, reconciliarse si les recuerda de algo la conciencia, y descalzarse en la sacristía. No se permite á ninguna mujer, por gran señora que sea, pasar de la puerta de la sacristía adentro. Si se hubiesen de referir todos los milagros que ha obrado Dios por la intercesion de María santísima en su imagen del Pilar: serian bastantes para llenar grandes volú-

Nuestra señora de la Cinta. — Nuestra señora de Monserrat. — Nuestra señora de la Asuncion. — Nuestra señora de los Desamparados. — Nuestra señora del Puig.

En la iglesia catedral de Tortosa se venera una cinta traída por la misma reina de los cielos, cómo consta de la tradicion y á mas de las lecciones del oficio divino que usaba de tiempo muy antiguo aquella santa iglesia. Dicese en estas lecciones que un sacerdote de Tortosa dado todo á la contemplacion y muy devoto de María santísi-

ma asistia todas las noches á los máitines que se cantaban en la iglesia mayor: yende una noche á la hora que solia, oyó al llegar á la puerta de la iglesia que se entonaba con música suave y celestial el *Te Deum*. Al pronto se afligió creyendo que se habia dormido y llegaba tarde; mas luego se le ofreció la duda de que siendo oficio de feria el del día siguiente, no se podia cantar *Te Deum*. Entró en el templo y reparó con admiracion que todo él lucía con extraordinaria claridad; pero cómo ponderar su pasmo cuando vió y conoció con luz sobrenatural que tanto resplandor procedia de multitud de espíritus angelicos vestidos de blancos ropajes y divididos en dos caras uniformes, con hachas en las manos y distribuidos en el espacio que hay desde el altar mayor hasta el cuerpo de la iglesia? Llegáronse al sacerdote algunos de estos espíritus, le pusieron una hacha en la mano y le mandaron subir al altar mayor. Así lo hizo, y en llegando á él vió sentada en un trono de sublime grandeza á una hermosísima señora con una corona de inestimable precio, despidiendo de sí una luz tan refulgente, que en su comparacion no eran nada los resplandores de los espíritus: acompañábanla dos venerables ancianos. El sacerdote quedó enajenado en terminos que no sabia lo que le pasaba, quando María le preguntó con indecible suavidad si la conocía. El respondió que no se atrevia á decir quién fuese; pero que sus interiores afectos la declaraban bien. Entónces la Señora manifestó quién era y dijo que aquellos dos ancianos eran S. Pedro y S. Pablo: que le visitaba en pago de su tierna devocion; y que para dar una prenda de su amor á la iglesia y á los vecinos de Tortosa les dejaba la cinta de que estaba ceñida y que habia sido tejida por sus manos. Con efecto la Virgen se la descinó y la colocó sobre el altar. Y como al sacerdote se le ofreciese el reparo de qué dificultarian dar

crédito á aquel favor extraordinario, satisfizo la benig-
nísima señora diciendo que el presidente de la iglesia
estaba en el coro y lo veía todo, y que él y el sacerdote
darían testimonio. Con esto desapareció. Desde entonces
guarda y venera la santa iglesia de Tortosa la preciosa
cinta ó canidó, cuya materia es seda y su hechura una
redoncilla sutil y artificiosamente labrada, sin que se vea
en ella nudo alguno. Son muchísimos y muy singulares
los beneficios que ha dispensado el Señor por la interce-
sion de su santísima madre bajo el título de la Cinta; pero
especialmente han experimentado y experimentan esta
celestial influencia las mujeres preñadas. Así es que
cuando las reinas de España están próximas al tiempo
del alumbramiento, escribe el rey á la iglesia de Tortosa
pidiendo la milagrosa cinta, y viene un canónigo á
traerla á la corte y aplicarla á la reina.

Es celeberrimo no solo en España, sino fuera de
ella el santuario de nuestra señora de Monserrat, edifi-
cado en la montaña del mismo nombre, la cual tiene al
norte el obispado de Vich y al occidente la ciudad de
Tarragona, de la que dista como doce leguas: por el
mediodía mira á Barcelona, de la cual está separada
siete leguas, y por oriente al mar Mediterraneo. La
imagen que allí se venera, es de las mas antiguas, tanto
que se dice haber sido trabajada por S. Lucas, y traída
por los discipulos de S. Pedro á la ciudad de Barce-
lona, donde recibió culto bajo el título de jerosolimi-
tana en razon de haber venido de Jerusalem. Cuando
los moros penetraron en Cataluña y llegaron á poner
cerco á Barcelona, Pedro, obispo de esta ciudad, sacó
la santa imagen y la llevó á la montaña de Monserrat,
pareciendole que por ser inaccesible era el asilo mas se-
guro. Allí permaneció hasta el año de 880, en que unos
pastores de Aulesa vieron un sábado al anochecer ilumina-
do el monte con desacostumbrada claridad y oyeron

una suave y armoniosa música. Este suceso extraordina-
rio se repitió en los sábados siguientes, y habiendo acen-
dido el cura del lugar, á cuyos oídos habia llegado la
noticia, pudo dar testimonio de que la relacion de los
pastores era verdadera. Se participó lo que pasaba al obis-
po de Manresa y Vich, que persuadiéndose á que tan
raras demostraciones daban á entender algun prodigio
ordenó una devota procesion desde Aulesa á un empí-
nado risco del monte, en cuya punta encontraron una
cueva y dentro de ella una imagen de bulto de la Virgen
santísima con su divino hijo en los brazos. Era esta
imagen la que escondiera el obispo de Barcelona ciento
y sesenta y tres años antes. Se trató de llevar á nuestra
señora á Manresa; pero por un nuevo prodigio al llegar
la procesion al sitio donde hoy está el monasterio, ni el
obispo, ni los que le acompañaban, no pudieron pasar
adelante pareciendo que todos estaban pegados al suelo
según quedaron de inmóviles. Conoció pues el prelado
que la voluntad del cielo era que no saliese de allí la
sagrada imagen, y así dispuso fabricar una capilla, cuya
asistencia y servicio se encomendó al cura de Aulesa.
Desde aquel punto comenzó á obrar nuestra señora de
Monserrat multiplicados milagros. Pasados algunos años
se erigió el santuario en monasterio de religiosas bene-
dictinas, y mas tarde entraron á poseerlo monjes de la
misma orden, siendo trasladadas aquellas á Barcelona.
Entre los muchos personajes que han visitado este fa-
moso santuario, merecen particular mención S. Pedro
Nolasco y S. Ignacio de Loyola. De muchos y apartados
países concurren gran número de peregrinos, en quienes
causa raras efectos la vista de la sagrada imagen, por-
que unos se sienten tan trocados, que se echan á los pies
del confesor, aunque no tuviesen ánimo de confesarse;
otros casi desesperados cobran confianza en Dios y se
conforman con su divina voluntad; otros enteramente

dados á las vanidades del mundo y á las cosas terrenas lo han dejado todo y se han refugiado en el puerto seguro de la religion. El querer apuntar todos los milagros que ha obrado esta santa imágen desde que se descubrió en la montaña de Monserrat, fuera querer un imposible, pues ni todos se saben, ni los que se han anotado, se pueden aun reducir á compendio.

En la villa de Elche entre Orihuela y Alicante se venera una hermosísima imágen de la Virgen con el título de la Asuncion, cuya venida á dicha villa es digna de referirse. El día 29 de diciembre de 1570 salió un soldado de la torre que llamaban Cabo de Alpip, á guardar y reconocer la costa y se encontró en la playa con un hombre vestido de marinero, al cual se llegó para examinar quién era. El supuesto marinero, hombre de garbosa estatura, de agraciado rostro y de un continente tal que alejaba toda sospecha, se adelantó al soldado y con corteses razones le suplicó llevase á Elche el arca sobre que él estaba sentado, supuesto que tenía caballo y sabia el camino. El soldado se excusó con el deber de su empleo, lo incómodo de la hora y la desigualdad de las fuerzas de su caballo para transportar tanto peso; mas el conoicido insistió con tales razones y persuadió con tanta habilidad, que hubo de rendirse el soldado, el cual acomodando el arca sobre su caballo tomó el camino de Elche. Y entrando en la villa á cosa de las cuatro de la mañana vió que todas las casas y aun las iglesias estaban cerradas; por lo que pensaba ya en marcharse del pueblo cuando advirtió que salía luz de la ermita de S. Sebastian, entonces hospital. Llamó á la puerta, y saliendo á abrir dos beatas que asistian á los enfermos, les dejó el arca en depósito. Luego que amaneció, avisados los de justicia acudieron con alguna gente del pueblo al hospital, y el presbitero Juan Mena abrió el arca, donde se halló la imágen de nuestra señora de la

Asuncion que la villa de Elche posee hoy. Despues se procuró labrar una decente capilla, la que fué tan del agrado de nuestra señora, que segun antiguas tradiciones habiendo sido trasladada á la iglesia mayor se volvió por dos veces á su domicilio primero. Son innumerables los prodigios que ha obrado Dios por la intercesion de nuestra señora de la Asuncion.

En el año 1400 habia en Valencia una cofradia con nombre de monte de piedad, cuyo instituto era recoger los niños desamparados de la ciudad y su comarca para mantenerlos y educarlos: tambien recogian á los peregrinos y pasajeros desvalidos. Habiendo determinado en dicho año poner la cofradia bajo la proteccion y amparo de la virgen Maria, trataban de buscar un artifice diestro que labrase una primorosa imágen, cuando llegaron á hospedarse en la casa de la hermandad tres mancebos en traje y apariencia de peregrinos, los cuales informados de la determinacion de los cofrades se brindaron como diestros en la escultura á labrar la imágen de la madre de Dios, con tal que los dejasen solos por tres dias en una pieza retirada. Aceptáronse las condiciones y se aprentaron á los mancebos los materiales necesarios y comida suficiente para tres dias. Mas como al cuarto no pareciesen los peregrinos; ni se oyese ruido alguno en su aposento, se determinó forzar la puerta, y abierta se encontró una hermosa imágen de Maria tan primorosamente labrada, que mostraba bien haber sido ángeles y no hombres los artífices. En el mismo instante una mujer ciega y tullida que vivia dentro de la casa, quedó sana y con vista. La sagrada imágen se colocó en lugar público y decente, donde pudiera ser venerada, y la ciudad de Valencia en acuerdo de 18 de marzo de 1667 determinó reconocerla y honrarla por su patrona y del reino. En el mismo año fué solemnemente trasladada nuestra señora á la magnifica capilla donde hoy se venera,

que está adherente á la iglesia catedral. Entre los muchos milagros que ha obrado esta santa imagen, merecen referirse dos de los mas raros y principales. El uno es que siempre que hay algun cadáver desamparado, la imagen inclina ya á la diestra, ya á la siniestra la azucena que tiene en la mano derecha, conociéndose por ahí hacia qué paraje está el difunto. El segundo prodigio es que cuando hay algun desamparado ó algun reo de muerte, una de las lámparas que arden delante de la Virgen, por bien limpia y atizada que esté, se va eclipsando poco á poco, y el aceite se vuelve, si es desamparado, de color negro, y si ajusticiado, de color de sangre, hasta que se apaga del todo.

A dos leguas de la susodicha ciudad de Valencia está el santuario de la célebre y prodigiosa imagen titulada de nuestra señora del Puig, acerca de cuyo origen es de mucho peso para la verdad histórica un breve expedido por Benedicto XIII (Pedro de Luna) en el año 1407, diez antes de haber sido depuesto por el concilio constanciense. Dice pues el breve: «Por lo cual trayendo á la memoria el haber ido muchas veces á visitar aquel sagrado templo en culto de la beatísima virgen Maria despues que ascendimos á la dignidad y oficio apostólico (aunque con desiguales méritos), en donde lleno el corazon de no pequeña alegría contemplábamos con ojos atentos y ánimo reverente el rostro de la santísima Virgen, hermosísimo entre los hijos de los hombres, cuya imagen somos informados (segun mencionan los hechos y escritos de los fieles de los siglos pasados) haber sido hecha y fabricada por manos de ángeles y por ministerio de los mismos celestiales espiritus haber sido trasladada del lugar santo de Gethsemani, en que estubo sepultado el sagrado cuerpo de Maria, á esta felicísima costa del mar y en ella ser con indubitable fe venerada de los pueblos, que con gran frecuencia de todas partes acudian desde los prime-

ros siglos de la iglesia etc.» Desde este antiquísimo tiempo fué venerada de los cristianos nuestra señora del Puig, hasta que perdida la famosa batalla del Guadalete por los godos, los que le daban inmediatamente culto en aquel santuario, la escondieron en las entrañas de la tierra. Así estuvo oculta por mas de cinco siglos, y hácia el año de 1256, teniendo puesto cerco á la ciudad de Valencia el esclarecido rey D. Jaime de Aragon, vino á descubrirse por maravilloso modo el sitio donde se encerraba tan preciosa joya. Cupo á S. Pedro Nolasco, presente entonces en el ejército, la dicha de hallar y sacar por sus manos la sagrada imagen, la cual se colocó en la capilla de un fuerte levantado para contener á los moros. Luego que volvió el rey D. Jaime á Valencia acabadas las cortes de Zaragoza, hizo donacion del collado ó monte donde se habia hallado la imagen con todo su territorio á la religion de nuestra señora de la Merced y mandó fabricar allí un templo. Desde entonces comenzó nuestra señora á obrar grandes maravillas en favor de sus devotos ya en necesidades públicas, ya en las particulares, con lo cual ha ido creciendo la devocion á la prodigiosa imagen no solo entre los valencianos, sino entre todos los españoles. Nuestra señora del Puig es patrona de la ciudad y reino de Valencia.

Nuestra señora de Gracia.—Nuestra señora de las Angustias.—Nuestra señora de la Fuente santa.—Nuestra señora de Villavieja.—Nuestra señora del Antiquo.—Nuestra señora de la Estrella.—Nuestra señora de la Granada.—Nuestra señora del Beporo.—Nuestra señora de los Reyes.

En la villa de Caudete, que en lo antiguo perteneció al reino de Valencia y despues al de Murcia, se venera la milagrosa imagen de nuestra señora de Gracia, la cual segun tradiccion fué traída del monasterio de Montecasinio en Italia, arruinado por un duque de Benevento, á

las partes de España, y habiendo desembarcado el diácono que la conducía en la Alova, hoy Alicante, cuando llegó al término de Candeta y territorio de los Santos, no quiso el caballo pasar adelante ni por halagos, ni por amenazas. Determinó pues el diácono encaminarse á un santuario que se descubría próximo, y halló que era un monasterio de S. Benito, y conociendo ser voluntad del cielo que se quedase allí la santa imagen, la entregó al abad Fr. Rodulfo. En este monasterio se le erigió capilla, en que fué venerada hasta la época de la irrupcion de los moros. Entonces los monjes la escondieron en las entrañas de la tierra dentro del recinto del monasterio. Pasados ciento setenta y dos años ó sea corriendo el de 1414 segun la comun tradicion, se apareció Maria santísima á un pastorcillo y le mandó decir á la justicia de Candeta que en el campo saguntino y territorio de los Santos hallarian una prodigiosa imagen de la Señora, á quien habian de reconocer por su tutelar y patrona. Para mayor crédito de la embajada hizo la Virgen que el pastor, mancebo de nacimiento, sanase de repente. Hallada la imagen como y en el sitio en que habia indicado nuestra señora, fué conducida con gran veneracion á la parroquia de santa Catalina; pero al dia siguiente se volvió al lugar donde fué hallada: por lo cual determinaron ambos cabildos fabricar una capilla allí mismo. Una circunstancia particular se observa en esta sagrada imagen, y es que á la espalda de la silla donde está sentada, hay una tabla ajustada con clavos, la cual oculta un vacío ó seno de la Virgen, donde se cree tiene reservado algun secreto para tiempos venideros. Algunos obispos de Orihuela han pensado abrir el secreto; pero no se han determinado, habiendo desistido alguno de su intento despues de ir expofeso al santuario con artifice á propósito y mandar bajar la imagen de su trono. Dios ha favorecido frecuentemente con muchos y grandes bene-

ficios á todos los que solicitan con viva fé el remedio de sus necesidades por la intercesion de nuestra señora de Gracia.

Luego que la ciudad de Granada sacudió el yugo mahometano, algunos fieles devotos fabricaron extramuros por la banda que mira frente á Sierra nevada, una ermita bajo la advocacion de nuestra señora de las Angustias, si bien no habia en ella simulacro que representase los dolores y amarguras de Maria. Creciendo la devocion y el concurso, comenzaron á tratar los mas asistentes á la capilla de lo conveniente que seria labrar una imagen de nuestra señora de las Angustias. Mas el Señor, satisfecho de estos piadosos deseos, dispuso que la ideada imagen corriese á cargo de su providencia. Una noche reparó el santero que entre los demás devotos entró una señora decentemente cubierta, acompañada y al parecer servida de dos gallardos y airuos jóvenes, y se encaminó al altar, donde se acomodó como para orar atenta y devota. A poco rato advirtió el santero que no parecian los dos mancebos sin saber él cómo ó por dónde habian salido de la ermita; pero no hizo misterio persuadiéndose á que distraído en otra cosa no lo habria echado de ver. Mas ya era muy entrada la noche, y la señora prolongaba la oracion: parecióle pues al santero que era cosa de rogarla que saliese para cerrar la ermita, y acercándose con urbanidad halló que la que juzgaba persona viviente, era una primorosa y celestial efigie de Maria santísima con el cuerpo difunto de su divino hijo en los brazos. Luego que el santero se recobró de la admiracion y pasmo tan natural y adoró la sagrada imagen, salió á dar cuenta de lo sucedido. Ya era preciso colocar á nuestra señora en sitio mas capaz y decente, é inmediatamente se trató de dilatar el templo, para lo que contribuyeron en gran parte las cuantiosas limosnas de los devotos. Por fin el arzobispo D. Pedro Baca de Castro y

Quiénes la erigió en iglesia parroquial, y en el año 1609 construido el hermoso y capaz templo que hoy se ve, se colocaron en la capilla antigua de las Angustias el santísimo sacramento y la pila bautismal. Es grandísima la devoción que los habitantes de Granada y pueblos de este antiguo reino profesan á nuestra señora de las Angustias, la cual se lo paga con muchos y singulares beneficios.

Fuera de los muros de la ciudad de Córdoba en una hermosa y muy rica capilla se venera la imagen de nuestra señora de la Fuente santa, titulada así por haberse aparecido cerca de una fuente. Nada mas se sabe de ella.

En la villa de Villavieja, reino de Portugal, ciertos hombres piadosos ocultaron una devota imagen de la Virgen, como sucedió en tantas otras partes, para preservarla de la sacrilega profanacion de los mahometanos. Andando el tiempo, como unos jornaleros cavasen en el campo, descubrieron un hoyo del que salian clarísimos rayos de luz acompañados de una suavidad y olor celestial. Los vecinos del lugar mas cercano informados del suceso acudieron al sitio, y observando lo mismo se determinaron á cavar á mayor profundidad; pero no hubo necesidad de que ahondaran mucho para encontrar una cija de plomo y dentro de ella una imagen de nuestra señora. Labráronle nueva capilla, y desde luego acudieron los pueblos comarcanos con gran devoción y fe á venerarla. Mas por efecto de la inconstancia humana se fué resfriando poco á poco la devoción en términos que apenas acedia alguna que otra persona á la ermita, y á lo sumo concurrían los ganaderos que apacentaban sus rebaños en los contornos. Un vaquero conócido del abandono de la santa imagen empezó á discurrir si seria conveniente sacarla de aquel país y llevarla á otro donde tuviese mas veneracion y culto. Es de creer que consulta-

ria muchas veces este pensamiento con nuestra señora antes de ponerle por obra. Ello es que una noche entró en la ermita, tomó del altar la imagen con el mayor respeto y se encaminó hácia la ciudad de Córdoba. Quiso el cielo que no se echase menos tan pronto la imagen; con lo que pudo el vaquero llegar á la dehesa de las Gamonosas, jurisdiccion ya de Córdoba: allí encontró amo á quien servir, y morada, aunque pobre y humilde, para la Virgen en el trónc de un alcornoque. Desde luego comenzó á frecuentar aquel sitio procurando ir solo y obsequiaba á su señora con fervorosas ansias. En esto los de Villavieja que habian echado menos la sagrada imagen, deputaron algunos vecinos para que fuesen en busca del vaquero, á quien por haber desaparecido hacían autor del sacrilego hurto. Le encontraron en efecto cuando estaba adorando á la Virgen en el trónc del árbol; por lo cual no pudo negar, dado que hubiera sido ese su ánimo, ni escaparse. Le prendieron pues, cogieron la santa imagen y tomaron la vuelta de su país. Llegados allí se formó causa al vaquero, el cual fué sentenciado á muerte de horea. La vispera de ejecutarse la sentencia el inocente se dirigió á María santísima y mas con lágrimas que con palabras le dijo que bien sabia que su delito (si podia llamarse tal) no era otro que haberse compadecido de lo olvidada que estaba su santa imagen en aquel país y haber querido llevarla á otro donde fuese mas reverenciada. No tardó la madre de Dios socorriese en tan grande aprieto. No tardó la madre de bondad en mirar por su devoto, pues con maravilloso modo el Señor, á ruego sin duda de María, sacó al vaquero de la cárcel y con la santa imagen le trasladó al mismo sitio de las Gamonosas en Córdoba. Cuando entraron al otro dia en la cárcel los ministros de justicia y se encontraron sin el reo, quedaron pasmados; pero ¿quién podrá ponderar su asombro cuando corriendo á

la ermita, en donde creían haberse refugiado aquel, vieron que tambien había desaparecido la imágen? Resolvieron pues volver á buscarla por el mismo campo, y dirigiéndose á Córdoba le hallaron en el mismo sitio que la vez primera. Apresionado el vaquero y tomada la santa imágen, emprendieron con toda diligencia la vuelta de su país por llegar cuanto antes; pero el último dia de jornada cuando creían estar al fin de su viaje, se hallaron todos al pie del alcornoque donde el vaquero había colocado á nuestra señora. Conocieron pues, aunque tarde, que la voluntad de esta era quedarse allí y que habían agraviado al pobre pastor; y así determinaron regresar á su país demandando al vaquero las armas y caballos y el dinero que llevaban, para que labrase una ermita á María santísima. Se labró en efecto y se colocó en ella á nuestra señora de Villaviciosa, que desde entonces ha obrado grandes prodigios y uno de ellos el librar á aquellos pueblos de todo mal contagioso. Años adelante un pastor de Antequera hurtó la sagrada imágen y con todo sigilo la llevó á un hospital situado en uno de los arrabales de su patria. Afijéronse los cordobeses de esta desgracia, como es de discurrir; pero no pudieron averiguar el paradero de su tesoro, hasta que de allí á dos años habiendo entrado por casualidad un vecino de Córdoba á rezar en la iglesia de dicho hospital descubrió entre otras imágenes la de nuestra señora de Villaviciosa. Al instante dió parte al dean de la santa iglesia de Córdoba y este á su cabildo, y practicadas las diligencias convenientes se recuperó la imágen y fué trasladada con solemne pompa á su antiguo santuario. En él estuvo hasta que por la piedad de un rico labrador se edificó un templo mas capaz y ostentoso.

En la iglesia mayor de Sevilla se venera nuestra señora del Antigua, cuyo nombre es razon de su misma antigüedad. Cuando los moros se apoderaron de aquella

ciudad, no se atrevieron á tocar á la sagrada imágen atemorizados con los rayos de luz que despedía; mas para que los cristianos no pudieran adorarla, determinaron levantar un paredon tan fuerte y alto, que les impidiese la vista. Así lo hicieron, aunque no lograron su intento, porque quiso Dios que por la pared como por una clara vidriera se viese la imágen de María. El gloriosísimo rey S. Fernando tuvo muy tierna y singular devoción con esta sagrada imágen, á cuyo amparo debió la conquista de Sevilla. Muchos reyes, principes, prelados y personas visibles le han imitado en esa devoción, llegando algunos á sacar copias de la prodigiosa imágen para llevarlas consigo, como hizo el emperador Carlos V cuando marchó á Alemania á combatir la liga protestante. Esta copia despues de haber caminado como en triunfo mucha parte de Europa fué depositada en el real convento de S. Pablo de Sevilla. Otra imágen, copia de nuestra señora del Antigua, se venera en una majestuosa capilla de la catedral de Badajoz; otra en la parroquia de santa Catalina de Lisboa; otra en la catedral de Cracovia; otra en la iglesia mayor de la ciudad de santo Domingo en Nueva España y otras en diversos templos de Méjico. Por aquí se ve cuán venerada ha sido nuestra señora del Antigua no solo en nuestra patria, sino en las naciones extrañas. El Señor se ha complacido en obrar muchos y estupendos milagros por la intercesion de esta imágen.

En la misma catedral de Sevilla se venera la imágen de nuestra señora de la Estrella, que empezó á tener devotos de resultas del suceso siguiente. Fué asesinado el hijo único de un caballero principal de dicha ciudad, y cogido el reo se le condenó á pena capital, de que no podia librarse á no perdonar la parte. Como el reo era tambien persona principal, buscaron sus parientes muchos y poderosos intercesores; pero el padre del

muerto se mantenía inflexible. Entonces por último recurso se valieron del venerable sacerdote Fernando de Contreras, varón muy famoso por su virtud en Sevilla, el cual tuvo una conferencia junto á la catedral con el inexorable caballero. Este cada vez mas obstinado y con muestras de impaciente se levantó y dijo: «Padre Contreras, pídamle todo cuanto quisiere, y yo lo haré; pero eso no lo he de hacer.» Viendo el sacerdote aquella obstinacion replicó sin alterarse interior ni exteriormente: «Pues ya que se ofrece á hacer lo que yo le dijere, vaya V. allí enfrente está nuestra señora de la Estrella; récele una salve y vuelva luego acá.» No pudo negarse el caballero á obedecer despues de la palabra que habia dado, y así se fué á rezar la salve; mas apenas pronunció las primeras palabras, reparó que la Virgen le miraba con rostro muy severo y enojado como si le reprendiera por no haber condescendido con la peticion del sacerdote. Levantóse pues temblando y se fué derecho á donde estaba este, diciéndole: «Padre Contreras, yo perdono: haga lo que quisiere, porque nuestra señora está muy enojada.» El sacerdote le abrazó con singular ternura y se fué con él á casa del juez, ante el cual declaró que se apartaba de la causa y perdonaba al matador de su hijo.

En dicha ciudad de Sevilla se veneran algunas imágenes con el título de nuestra señora de la Granada, una en la parroquia de S. Roman, otra en el convento de S. Agustín extramuros y otra de muy antiguo en la catedral. Aquí se colocó años despues una imagen de porcelana de la Virgen de la Granada; mas conociendo el cañido que era materia delicada y frágil mandó pintar en tabla otra enteramente semejante á la de porcelana, y esa es la que se ha levantado con el principal nombre de nuestra señora de la Granada.

En la misma catedral se da culto á nuestra señora

del Reposo, por otro nombre la Virgen de *Norabuena le paristeis*. El primer título parece que se le dió el venerable sacerdote Fernando de Contreras, el cual pedía reposo á nuestra señora en una enfermedad de pecho que le traía muy apretado, y con efecto lo alcanzó arrojando una culebra de mas de un palmo. La advocacion de *Norabuena le paristeis* procede de un estupendo caso que sucedió á un judío. Acostumbraba este ir á hacer como que oraba delante de la santa imagen; pero en realidad para decirle: *Noramala le paristeis*. Mas un dia cuando quiso levantarse para salir del templo, no pudo moverse, ni aun cuando varios hombres informados del sacese por el mismo judío intentaron echarle de allí, no pudieron. Fué forzoso dar cuenta al santo oficio, el cual envió ministros que le prendieran y condujeran al tribunal. Allí confesó su delito y fué juzgado y sentenciado como merecía; pero él lloró y detestó su gravísima culpa pidiendo que le concediesen la vida; lo cual le fué otorgado. Luego que se divulgó por Sevilla la noticia de lo acontecido, concurren á portar los fieles á adorar la santa imagen, á quien decían á gritos: *Norabuena le paristeis*. Este elogio se hizo universal en la ciudad, y aun se añade que llegó la noticia á Roma y que informado el padre santo expidió bula concediendo muchas indulgencias á los que dijeren con devocion estas palabras delante de la santa imagen: *Eulorabuena le paristeis*. Por su intercesion ha obrado Dios muchos milagros.

Entre otros grandes beneficios que deba Sevilla al indito rey S. Fernando, uno de los mas singulares es haber dejado como vinculadas á aquella santa iglesia tres imágenes de Maria santísima: la una que fué siempre continua compañera de sus empresas, era de plata y estaba sentada con su divino hijo en los brazos: hoy se venera en medio del retablo de la capilla mayor de la catedral. La otra labrada de marfil y como de dos pal-

mos de largo con el niño tambien en los brazos la acomodaba el santo rey en el arzon de la silla de su caballo cuando habia de pelear contra los moros: ahora dicen que se guarda en el tesoro de las reliquias de aquella santa iglesia. Pero la mas célebre y venerada es la que con nombre de nuestra señora de los Reyes recibe culto público en capilla aparte, donde se conserva incorrupto el cuerpo del santo rey. Acerca de la antigüedad y origen de esta imagen no se sabe nada de cierto; pero la tradicion comun de Sevilla le da el siguiente: S. Fernando, á quien se habia aparecido Maria santísima, deseaba tener una copia de la reina del cielo parecida al original segun la idea que él conservaba de la vision; pero aunque llamó á los artifices mas primorosos del reino, siempre hallaba gran semejanza entre las imágenes hechas por estos y la que él tenia vivamente tratada en su fantasia. En esto llegaron á palacio dos apuestos mancebos, que declararon ser artifices diestros y ofrecieron labrar una efigie de la Virgen en todo parecida á las señas que daba el rey; para lo cual pidieron tres dias de término y un aposento separado donde pudiesen trabajar. Pasados los tres dias entró el rey en el aposento y halló la imagen muy parecida al original que habia visto; pero no encontró á los mancebos; con lo que se persuadió á que habian sido ángeles los artifices. Esto hizo que tuviese singularísima devocion con la misteriosa imagen, á quien para dar una muestra nunca vista de su amor y respeto señaló camarera, mayordomo, gentileshombres, capellanes, reyes de armas y guardias, repartiendo estos oficios entre las personas reales, grandes y señoras de su corte. Como el santo rey confesaba que debia la conquista de Sevilla á Maria santísima en sus imágenes de los Reyes y del Antigua, quiso que el dia de su entrada pública en la ciudad conquistada (22 de diciembre de 1248)

fuese llevada en triunfo la primera de dichas imágenes, como se efectuó con regia pompa. Muchísimos milagros ha obrado Dios por la intercesion de nuestra señora de los Reyes.

Es célebre en Llerena, ciudad de Extremadura, el santuario de nuestra señora de la Granada, que debe su origen al suceso siguiente. Por los años de 1241 se hallaba en el sitio de aquella ciudad el maestro de Santiago D. Pelayo Perez Correa, quien tenia por capellan á un ejemplar religioso de su órden. Hallándose este en fervorosa contemplacion en un bosque, se le apareció Maria santísima llena de luz y resplandor con una granada en la mano y le mandó decir de su parte al maestro que confiase en Dios y en la proteccion de la Señora; que sin duda venceria á los moros; y que en señal de la victoria le daba aquella granada, siendo voluntad de su hijo que se edificase un templo en honra suya y allí se colocase la imagen traída por ella en prendas de su amor. Desapareció la vision, y el virtuoso sacerdote reparó que entre las ramas de un granado se dejaba ver una imagen de nuestra señora sentada con el niño Josus y una granada en la mano. Dió aviso al maestro de lo que pasaba, y este despues de conseguida la victoria de los bárbaros fabricó un templo en el sitio señalado. Entre los singulares milagros obrados por esta santa imagen merece referirse el que hizo con el ya citado maestro D. Pelayo, en cuyo favor se renovó el prodigio de pararse el sol como en los dias de Josué, dando así lugar á que fuesen desbaratados los moros. Agradecido el maestro erigió una iglesia con el titulo de nuestra señora Deten tu dia, porque habia clamado á la reina del cielo con estas palabras: *Santa Maria, deten tu dia.*

Cerraré el catálogo de los santuarios mas famosos de la Virgen en España con la noticia del tan célebre de nuestra señora de Guadalupe. La antigüedad de esta

prodigiosa imagen es grande segun el testimonio de los autores propios y extraños, los cuales aseguran que fué muy venerada en Roma por el insigne doctor de la iglesia S. Gregorio papa, y aun dicen que es la misma que el santo pontífice sacó en procesion por las calles de la capital del mundo cristiano en tiempo de una mortifera peste. Cuando S. Leandro estuvo en Roma, recibió entre otros señalados presentes del esclarecido papa la inestimable imagen de nuestra señora, que habia sido adorada por muchos años en su oratorio. De vuelta á España ya empezaron á experimentarse en la travesía las benéficas influencias de la que es llamada justamente la estrella del mar, porque habiéndose levantado una furiosa borrasca, de repente abonanzó el tiempo en cuanto S. Leandro y los demás sacerdotes hicieron oracion á Maria santísima. Arribados á tierra por los años de 600, trató S. Leandro de conducir la sagrada imagen á Sevilla, donde fué recibida con gran solemnidad y singularísimo regocijo. Allí se veneró hasta la entrada de los moros: entonces algunos devotos se la llevaron consigo para librarla del furor agarenó y fueron á esconderla en una cueva en una áspera montaña de donde nace el rio llamado despues Guadalupe. Por los años de 1526 bajo el reinado de D. Alonso XI se apareció Maria santísima á un pastor de Cáceres en el término de Talavera obrando antes el prodigio de resucitarle una vaca, á quien buscaba y halló muerta. La Virgen le mandó ir á decir á los de Cáceres que en el mismo sitio donde habia encontrado á la vaca muerta, hallarian una preciosa imagen suya, á la cual era su voluntad se le erigiese una capilla. Partióse el pastor sin tardanza para Cáceres, y al entrar en su casa supo la muerte de su hijo. Aflijóse como era natural; pero no desmayó, sino que recurrió á Maria implorando su poderoso auxilio en aquel duro trance. La que es consuelo de afligidos, oyó he-

niga los ruegos de su devoto, y cuando llegaron los sacerdotes para llevarse el cadáver del jóven y darle sepultura, ve aquí que con asombro de todos se levanta el difunto y pide á su padre le lleve al lugar donde se le habia aparecido Maria. Entonces refirió el pastor á los presentes lo que le habia acontecido en el bosque, y no les fué difícil crear una relacion afianzada con tan estupendo prodigio. Así determinaron cumplir la voluntad de Maria santísima anunciada por tal mensajero; y encaminándose al sitio señalado comenzaron á cavar y á poca profundidad hallaron una hermosa imagen de nuestra señora que habia estado encerrada en aquella cueva unos seiscientos y once años segun la relacion que acompañaba. En cumplimiento de la voluntad de la Virgen se trató de erigir una capilla, que fué pobre y humilde al principio; pero dilatándose á medida que crecia la devocion, llegó á ser un santuoso y riquísimo santuario, á quien los reyes, príncipes y magnates han hecho en diferentes tiempos pingües donaciones. Mencionaré entre otras muchísimas tres alhajas debidas á la munificencia del gran rey D. Felipe II: la una es una lámpara de grandísimo precio regalada por haber afianzado milagrosamente el príncipe D. Carlos la salud. La otra es aquel fanal vistoso y extraordinario por su grandeza y rara hechura que se tomó de la galera capitana, á cuyo bordo iba el gran héjé cuando la batalla de Lepanto. La tercera es una primorosa custodia, que há sido siempre la admiracion de los inteligentes. Este santuario estuvo á cargo de clérigos seculares algunos años, hasta que en el reinado de D. Juan I se dió á los monjes de S. Gerónimo. Es grandísima la devocion á nuestra señora de Guadalupe y no se limita á sola España, sino que traspasa los términos del reino: los milagros obrados por la intercesion de esta sagrada imagen son estupendos y no tienen cuento: las alhajas, joyas y or-

namontos, con que la piedad de principes, prelados y otros devotos ha enriquecido este celebrísimo santuario, son tantas y de tanto precio y primor, que requerian una relacion especial.

El Bearn y la Navarra.

Nuestra señora de Sarrance.

XXVII. En las montañas del Bearn, diócesis de Oleron y jurisdiccion del parlamento de Navarra, no lejos del reino de Aragon hay un santuario llamado comunmente nuestra señora de Sarrance y habitado por los canónigos premonstratenses. Hace mas de cuatrocientos años que concurrían de todas partes infinitas personas á este lugar, donde se han obrado muchos milagros hasta en las personas de los reyes de Aragon y Navarra. Estos se mostraron tan devotos del santuario, que edificaron una habitacion para quando fuesen allí en peregrinacion. El templo de nuestra señora está situado al pie de un monte alto, rodeado de otros muchos de tan asombrosa elevacion, que se necesita un dia por lo menos para llegar á la cumbre del mas bajo. La antigua devocion se ha disminuido sobre manera desde que la reina Juana desterró del Bearn la religion católica hace unos cincuenta años; pero ahora empieza á retoñar por la diligencia y zelo de nuestro glorioso é invencible monarca Luis, el cual habiendo llevado á aquel país sus armas victoriosas ha restaurado la piedad.

Nuestra señora de Betaram.

XXVIII. En la diócesis de Lascar en dicho país del Bearn hay una capilla bajo la advocacion de nuestra señora del Calvario de Betaram, mucho mas notable por

la veneracion del lugar donde está situada y las extraordinarias maravillas que ha obrado allí Dios, que por la grandiosidad del edificio. Fué construida hace mas de ciento y cuarenta años con la siguiente ocasion, que se tiene por una tradicion comun de los vecinos de la contigua aldea l'Etelle, los cuales lo oyeron decir á sus padres. Apacentando unos pastores sus ganados en unos riscos á orillas del rio Gave, que nace en los Pirineos y atraviesa todo el Bearn, divisaron una luz en el mismo sitio donde está hoy el altar mayor de la capilla, y corriendo hacia ella encontraron una hermosa imagen de nuestra señora. Contado el suceso en el lugar, resolvieron preparar una capillita donde colocar aquella milagrosa imagen, y no pareciendo á propósito el sitio donde habia sido hallada, á causa de los riscos, se levantó una especie de oratorio al otro lado del Gave, que se va aun ahora al extremo del puente. Mas cuantas veces se quiso colocar allí á la imagen, otras tantas se volvia á su sitio primero; señal evidente de que Dios le habia escogido para que fuese venerada allí su santa madre. Hallóse medio de levantar en el mismo paraje una capilla, y al punto se abrió una fuente de tan copiosas gracias y se despertó tal devocion, que acudia muchedumbre de gentes de todas partes. Muchos luego que llegaban á la vista de la capilla, concluían de rodillas su peregrinacion con una vela encendida en la mano para rendir homenaje á la reina del cielo y de la tierra. Esto continuó y fué en aumento hasta que el conde Mongommery como un demonio desatado entró con sus impíos soldados en el Bearn, donde destruyó todos los santuarios. La venerada capilla de Betaram fué saqueada por él y sus tropas, y solo quedaron en pie las paredes que resistieron al fuego. Mientras permaneció arruinada, se veian ordinariamente por la noche grandes luces en lo interior como si hubiera habido muchas lámparas y cirios encen-

namontos, con que la piedad de principes, prelados y otros devotos ha enriquecido este celebrísimo santuario, son tantas y de tanto precio y primor, que requerian una relacion especial.

El Bearn y la Navarra.

Nuestra señora de Sarrance.

XXVII. En las montañas del Bearn, diócesis de Oleron y jurisdiccion del parlamento de Navarra, no lejos del reino de Aragon hay un santuario llamado comunmente nuestra señora de Sarrance y habitado por los canónigos premonstratenses. Hace mas de cuatrocientos años que concurrían de todas partes infinitas personas á este lugar, donde se han obrado muchos milagros hasta en las personas de los reyes de Aragon y Navarra. Estos se mostraron tan devotos del santuario, que edificaron una habitacion para cuando fuesen allí en peregrinacion. El templo de nuestra señora está situado al pie de un monte alto, rodeado de otros muchos de tan asombrosa elevacion, que se necesita un dia por lo menos para llegar á la cumbre del mas bajo. La antigua devocion se ha disminuido sobre manera desde que la reina Juana desterró del Bearn la religion católica hace unos cincuenta años; pero ahora empieza á retoñar por la diligencia y zelo de nuestro glorioso é invencible monarca Luis, el cual habiendo llevado á aquel país sus armas victoriosas ha restaurado la piedad.

Nuestra señora de Betaram.

XXVIII. En la diócesis de Lascar en dicho país del Bearn hay una capilla bajo la advocacion de nuestra señora del Calvario de Betaram, mucho mas notable por

la veneracion del lugar donde está situada y las extraordinarias maravillas que ha obrado allí Dios, que por la grandiosidad del edificio. Fué construida hace mas de ciento y cuarenta años con la siguiente ocasion, que se tiene por una tradicion comun de los vecinos de la contigua aldea l'Etelle, los cuales lo oyeron decir á sus padres. Apacentando unos pastores sus ganados en unos riscos á orillas del rio Gave, que nace en los Pirineos y atraviesa todo el Bearn, divisaron una luz en el mismo sitio donde está hoy el altar mayor de la capilla, y corriendo hacia ella encontraron una hermosa imagen de nuestra señora. Contado el suceso en el lugar, resolvieron preparar una capillita donde colocar aquella milagrosa imagen, y no pareciendo á propósito el sitio donde habia sido hallada, á causa de los riscos, se levantó una especie de oratorio al otro lado del Gave, que se va aun ahora al extremo del puente. Mas cuantas veces se quiso colocar allí á la imagen, otras tantas se volvia á su sitio primero; señal evidente de que Dios le habia escogido para que fuese venerada allí su santa madre. Hallóse medio de levantar en el mismo paraje una capilla, y al punto se abrió una fuente de tan copiosas gracias y se despertó tal devocion, que acudia muchedumbre de gentes de todas partes. Muchos luego que llegaban á la vista de la capilla, concluían de rodillas su peregrinacion con una vela encendida en la mano para rendir homenaje á la reina del cielo y de la tierra. Esto continuó y fué en aumento hasta que el conde Mongommery como un demonio desatado entró con sus impíos soldados en el Bearn, donde destruyó todos los santuarios. La venerada capilla de Betaram fué saqueada por él y sus tropas, y solo quedaron en pie las paredes que resistieron al fuego. Mientras permaneció arruinada, se veian ordinariamente por la noche grandes luces en lo interior como si hubiera habido muchas lámparas y cirios encen-

didos y se oían cánticos armoniosos, hasta que por la diligencia del obispo de Lascar Juan de Saletes, prelado de insigne piedad y doctrina, fué reparada la capilla y se volvió á celebrar el santo sacrificio en el año 1615. Entónces fué cuando la antorcha de la devoción apagada por la herejía se encendió otra vez mas viva y brillante que antes, y las fuentes de gracias que se habian secado, comenzaron á correr mas abundantes que nunca. Esto movió al arzobispo metropolitano de Auch Leonardo de Trappes á ir á visitarla al año siguiente, llevando con grandísima devoción una imagen de nuestra señora acompañado de muchos eclesiásticos y monjes de la abadia de Saint-Pé, órden de S. Benito, que distaba una legua: allí se ordenó la procesion, y el prelado revestido se puso en marcha siguiéndole su clero, toda la nobleza católica del país é innumerable muchedumbre de gente del pueblo, que acudió de todas las parroquias circunvecinas con cruces y estandartes y hacia resonar el aire con himnos y cánticos en honor de la gloriosa madre de Dios para confusion de los herejes. El dignísimo arzobispo celebró el santo sacrificio con ejemplar devoción y colocó la imagen que llevaba, en el altar mayor donde se ve aun el dia de hoy en lugar de la primera, que fué llevada por un buen sacerdote al pueblo mas inmediato de España cuando la entrada de Montgomery. El arzobispo de Auch en testimonio de la devoción que tuvo siempre á este santuario, dejó señalada en su testamento la renta suficiente para que se mantuviese encendida noche y dia una lámpara ante la mencionada imagen; lo que cumplieron fielmente sus herederos. Cultivada esta devoción por algunos años y creciendo de dia en dia el concurso del pueblo, un virtuoso sacerdote que fué llamado en 1621 para encargarse de este santuario, mandó construir en la cumbre del monte un via crucis y una capilla con dos celditas á los lados, don-

de se ve representado el santo sepulcro. Aquel calvario es devotísimo, y no hay corazon por empedernido que sea, que no se conmueva y enternezca á su vista. En los riscos de dicho monte se ven muchas ermitas, á donde se retiran así los peregrinos como los sacerdotes residentes en la casa, que viven en cuerpo de comunidad muy ordenada, cuando quieren vacar á los ejercicios espirituales. Voy á poner aquí dos observaciones hechas por un respetable magistrado, que me las ha comunicado verbalmente. La primera es que el rio Gave, que desde su nacimiento hasta que desemboca en el Adur (son por lo menos tres jornadas) es tan rápido, que nunca ha podido navegarse, luego que se acerca á la capilla y hasta que pasa de ella, camina con una corriente muy maasa y sosegada, como si se detuviera para honrar el lugar donde es adorada la reina del cielo y de la tierra. La otra es que la parroquia de la Estrella, donde está situada, fué la única que se mantuvo en la religion católica durante todas las turbaciones y discordias del Bearn, sin que nadie se haya hecho jamás hugonote no obstante las persecuciones que muchos padecieron á este fin por espacio de cincuenta y mas años, debiéndose á la Virgen santísima la perseverancia de sus devotos feligreses en la fe. En Navarra iremos á visitar principalmente la antigua é insigne iglesia de nuestra señora de Nagoira, de la que hablaré despues tratando de la órden de la flor de Lis.

Francia.

XXIX. Pasemos ahora á Francia, donde somos esperados mucho há, como que es el reino cristianísimo, el pueblo querido del cielo y la nacion siempre amada de la madre de Dios. Santa Brígida vió un dia que el bienaventurado apóstol de Francia S. Dionisio recurria á la reina del cielo suplicándola con instancia que se sir-

viere socorrer al reino por el cual habia trabajado él tanto en otro tiempo. Tambien oyó á Maria santísima que recibia con toda benignidad las súplicas del glorioso protector de Francia y trataba con su divino hijo las cosas de los franceses, que por entonces estaban empeñados en cruda y calamitosa guerra con los ingleses. Sin duda hacia ella el mismo oficio estos tiempos pasados cuando se veía claramente que peleaba en favor de nuestro buen rey Luis, dechado de monarcas, y aun en todas épocas ha mostrado un cariño muy cordial para con este reino floreciente, pudiendo decir nosotros francamente que se ha movido á hacerlo tanto por su incomparable bondad como por la fidelidad y devoción con que la han servido los franceses. Así lo veremos recorriendo algunos de los principales santuarios. Empecemos por la Gascuña como la provincia mas cercana del Bearn, y hallaremos insignes muestras de la antigua piedad hacia la reina del cielo.

Nuestra señora de Garazon.

Este santuario está á seis leguas de Tarbes, capital de la provincia de Bigorra, junto á la frontera del Bearn, en la diócesis de Auch. Hace unos ciento y veinte años que se echaron los primeros cimientos, y se tiene de padres á hijos que la ocasion fué la siguiente. Una muchacha que guardaba ovejas en un páramo, en medio del cual se construyó después la capilla, estaba sentada junto á una fuente (cubierta hoy bajo de una bóveda contigua al pie del altar mayor), cuando se le apareció la madre de Dios y la mandó que por conducto de su padre avisase á los concejales de Monteleon, villa distante de allí una legua, para que edificaran en aquel mismo sitio un templo en honor suyo. La muchacha no se sorprendió tanto, que no tuviera ánimo para responder á la ce-

lestial señora que lo haría con mucho gusto; con tal que tuviese á bien guardar sus alforjas mientras ella iba con toda diligencia á llevar el mensaje. Aceptada la condicion por la bondadosa Maria, corrió la muchacha en busca de su padre, el cual no menos sencillo que su hija fué á hacer la proposicion á los concejales. Estos le enviaron enhoramala, y el buen hombre á vista de tal recibimiento se marchó al campo á contárselo á su hija, quien después de dar cuenta á la madre de Dios fué encargada nuevamente de la misma comision; pero la muchacha no se apresuró tanto á ejecutarla, que no registrara antes sus provisiones para partirlas con su padre, que le habia pedido de comer. Y como todo se dirigia por particularísima providencia del cielo, que queria hacerle testigo yregonero á un tiempo de la maravilla sucedida; en lugar de un pedazo de pan moreno encontró la muchacha un sabroso pan blanco, el cual enajenada de júbilo llevó á su padre y este en derecha á los concejales sin haberle tocado. Difundida la noticia del milagro por todo el pueblo, el cura párroco mostró á los concejales que seria peligroso recusar la honra y la merced con que brindaba á la villa la reina del cielo. Así resolvieron trasladarse al sitio donde se habia aparecido la Virgen para plantar la cruz, y con limosnas de los devotos se edificó primero una capillita y luego una iglesia muy hermosa. Los milagros obrados desde entonces sin interrupcion y especialmente en los enfermos fueron tales y tantos, que se dió á la Virgen el título de nuestra señora de la Curacion; y corrompiéndose el vocablo francés *guérison* que significa eso, vino á titularse nuestra señora de Garazon. En la ciudad episcopal de Rodez se habla mucho de nuestra señora del Pesser, cuya imagen muchas veces trasladada se volvia á encontrar siempre en el sitio donde primeramente fué hallada.

Nuestra señora de Rocamadour.—Nuestra señora de Arrodillada.—Nuestra señora de Cignac.—Nuestra señora de Haute-Faie.—Nuestra señora del Buen encuentro.

XXX. En Cahers visitaremos la antigua iglesia colegial de Rocamadour, llamada así en memoria de san Amador, marido de santa Verónica, que habitó algun tiempo en aquella región. La iglesia empezó á hacerse célebre por las muchas maravillas allí obradas hácia el año 1140: Hugo Farsy, canónigo de Leon en la Picardia, que vivía por el mismo tiempo, dejó escritos hasta ciento veinte y siete de aquéllos milagros.

A media legua de Agde saludaremos á nuestra señora llamada la Arrodillada, poseída por los menores capuchinos, en los estados de los vizcondes de Arpajon á nuestra señora de Cignac, en el Agenés á nuestra señora de Haute-Faie, y cerca de Agen, capital de dicha provincia, á nuestra señora del Buen encuentro, á donde se hace celebre peregrinacion parecida en algun modo á las de Loreto y Monserat. En aquella capillita hay una imágen de barro hallada hará unos ciento y veinte años por las señas que dió un buey, el cual lamia casi sin cesar cierto sitio entre unas zarzas. El vaquero deseoso de saber lo que allí había, descubrió la imágen de la madre de Dios, la cogió, y en cuanto llegó á su casa, se la regaló á su madre. La buena mujer la encerró en una arca con ánimo de enseñársela al cura; pero cuando trató de sacarla, se encontró sin nada. Despues de buscarla por aquí y por allí le pareció lo mas breve volver al sitio donde la había encontrado su hijo, y con efecto estaba allí y en la misma actitud que la vez primera. Por aquí conocieron claramente que la reina del cielo había escogido dicho sitio para ser venerada en él, y así determinaron ciertas personas devotas erigir una capilla, que es servida ahora por los religiosos de la tercera órden de S. Francisco.

Nuestra señora de los Follantinos.—Nuestra señora de Gimont.—Nuestra señora de Bordesles.

A cinco leguas de Tolosa tenemos á nuestra señora de los Follantinos, llamada tambien nuestra señora de la Caridad, que está en la iglesia de los monjes del mismo título debajo del campanario. Esta casa era antes una abadía del Cister; mas hoy es la matriz de la congregacion de los follantinos bajo la regla de S. Bernardo. Allí se han obrado muchos milagros; pero se cuenta especialmente que habiendo salido de Feuillant casi todos los habitantes para refuir con los de Berat, aldea inmediata, por ciertas disputas sobre limites, los monjes del Cister sacaron al mismo tiempo la imágen de nuestra señora para sosegar los ánimos. Entoncez se observó con general asombro que la Virgen vertió muchas y gruesas lágrimas. Llegados los monjes al lugar de la refriega colocaron la efigie en medio de los dos partidos y empezaron á cantar. Unos y otros combatientes respondieron á las alabanzas de nuestra señora, la cual tocó en tales términos los corazones de aquella muchedumbre irridada, que en vez de venir á las manos se abrazaron y ajustaron una concordia que se ha cumplido siempre desde entoncez. Al punto se notó una mudanza en el semblante de nuestra señora, que se volvió muy risueño. A cinco ó seis leguas de Feuillant está nuestra señora de Gimont en una iglesia del Cister, donde se habla tambien de muchos milagros que ha obrado Dios por la intercesion de la Virgen santísima.

XXXI. No quiero hablar de nuestra señora de Auch, ni de otros muchos y magníficos templos dedicados en diversas partes á la Señora por ser cosa muy comun en Francia, y me contentaré con indicar una particularidad del aquel arzobispado, y es que todas las iglesias catedrales de él á mas de otras infinitas estan dedicadas á

nuestra señora. En Burdeos se ven las señales de la singular piedad de Leoncio, arzobispo decimotercio de aquella ciudad, el cual, como canta en sus versos el doctor-obispo de Poitiers, reedificó una iglesia arruinada de resultas de un incendio, habiéndola hermosando mas de lo que estaba antes, y la consagró á la madre de Dios. En la iglesia de S. Andrés veremos la bella capilla de nuestra señora, construída por el cardinal de Surdis, arzobispo de Burdeos, donde hoy se obran infinitos milagros. A orillas del Gacóna cerca de S. Macario entro ciertos bosquecillos hay una bonita capilla bajo la advocacion de nuestra señora de Bordelés, que poseen los padres celestinos. Dicese que fué edificada por una señora de Candila á consecuencia de un voto que habia hecho, y que al punto se abrieron copiosas fuentes de grañas celestiales, cuya corriente interrumpida por las arterias de los hereses se lia restablecido hace unos cinco años, como se manifiesta por una relacion recien impresa.

Nuestra señora de Poitiers.—Nuestra señora de Buglosa.—Nuestra señora de Buch.

XXXI. A dos leguas de la ciudad episcopal de Acois en la Gascuña hace unos diez años que se encontró milagrosamente en la parroquia de Buglosa una imagen de nuestra señora, la cual fué trasladada con solemne pompa á la iglesia donde ahora está. La reina de los ángeles para premiar la devorion de aquella comarca ha concedido mercedes y hecho maravillas.

La capilla de nuestra señora de Buch tiene ciertas particularidades que merecen saberse. Está en los pinares de la Guiena en un sitio tan agreste y horrible, que apenas puede encontrarse otro igual. Su origen es el siguiente: Fr. Tomás, fraile franciscano, á quien apellidaban ordinariamente el santo, y que con mucha justicia puede llamarse el profeta de nuestros males, corria el mundo poco

antes de la apostasia del infame Lutero é iba predicando penitencia, haciéndola él mismo muy austera y anunciando la proximidad de la ira de Dios. Llegado á la Guiena fué á parar por inspiracion divina á un paraje de la costa, vulgarmente llamado el Capitallat de Buch, y de improviso vió dos buques impelidos por la corriente contra los bajios. Entonces se puso de rodillas y á imitacion de S. Gerónimo hizo la señal de la cruz en la arena pidiendo á Dios salvase á los que estaban en inminente peligro de perecer. Al punto fué oída su oracion, y se sosegó el mar alborotado á presencia de un buen número de personas. Al mismo tiempo, ya fuesen reliquias de algunos naufragos, ya se debiese tal vez á un milagro, el mar arrojó á la orilla una imagen de la Virgen santísima: el buen religioso la recogió, y llevándola á la pueta que cae al mar, levantó una capilla que se ve aun en los pinares. Quiso que fuese de madera para trasladarla facilmente de un lugar á otro, porque las borrascas y los vientos mueven continuamente aquellos arcones allanando los montes y elevando los valles. Desde entonces aquel lugar ha estado siempre en gran veneracion, y los marineros por lo comun van á rezar allí antes de embarcarse. Se ha notado que no han experimentado nunca la mano impía de los piratas y corsarios á no ser hace unos cuantos años que ancló un barco inglés para robar las pobres alhajas de aquel santuario. Pero para que se vea el juicio de Dios y cómo se siguió inmediatamente el castigo al delito: habiendo vuelto á bordo con algunos ornamentos de iglesia los que habian bajado á tierra, no bien tomaron viento, el barco dió contra los escollos, aunque el tiempo estaba sereno, hizo agua y se fué á pique á la vista del santuario donde se habia cometido aquella fechoria (1).

(1) Adicion de la madre M. J. de Blemur.—Es peligrosísimo

La iglesia de nuestra señora de la Grande de Poitiers se fundó con este motivo: estando un mancebo á punto de pecar con una ramera, preguntó á esta cómo se llamaba, y oyendo que Maria la apartó al punto de su lado, y Dios le tocó de tal manera el corazón, que en adelante fué un modelo de castidad. En memoria de esta mudanza tan repentina se levantó una capilla y luego un hermoso templo en el sitio donde estaba la casa de aquel mancebo.

Nuestra señora de la Boissiere.—Nuestra señora de la Vassiviere.—Nuestra señora de Clermont.

XXXIII. En el Lemosin encontraremos la capilla de nuestra señora de la Boissiere, de la que hablaré en el tratado segundo (1). En las montañas de Auvernia cerca de Montdor á media legua de Besse saludaremos á nuestra señora de Vassiviere, y la muchedumbre de gente que acude de todas partes, nos dará una completa seguridad así de la santidad del lugar como de los auxilios que se reciben de la madre de Dios. Es tradicion que cuando los ingleses devastaban la provincia de Auvernia el año de 1577, no quedó de Vassiviere mas que una tapia vieja con una ventana á manera de nicho, donde se conservó milagrosamente la imagen de nuestra señora. Despues habiendo empezado á ser conocida por las maravillas que obró Dios, se trató de sacarla para conducirla á la iglesia de Besse; pero se la hallaba siempre en el sitio donde ahora está y donde se le erigió primeramente un oratorio pequeño y luego una buena iglesia. La historia de nuestra señora de Vassiviere con veinte y ocho milagros jurídicamente probados se imprimió en Leon el año 1613.

granjearse la enemistad de la madre de Dios, porque tiene un hijo omnipotente que venga re-

sueltamente sus agravios. (1) Cap. 9, §. 10, núm. 6.

En Clermont veremos la insigne iglesia de nuestra señora, que es un monumento de la singular piedad de S. Avito, obispo de Clermont, y de S. Gregorio, cuadragésimo prelado de la misma iglesia, que la restauró con más esplendor del que tenía antes que la arruinasen é incendiasen los normandos por los años de 855. Tambien veremos la antigua iglesia de nuestra señora del Puerto, célebre en la historia de Auvernia. Cerca de la misma ciudad de Clermont hallaremos de paso á nuestra señora del Puy de Dome, que está en una eminencia al modo de la mayor parte de los santuarios y ermitas.

Nuestra señora del Puy.

En Velay visitaremos la ilustre iglesia de nuestra señora del Puy, fundada por S. Evodio, séptimo obispo de aquella ciudad; iglesia que fué la madre de muchos santos pastores, visitada con frecuencia por los santos, los papas, los prelados, los emperadores y los reyes, coronada con muchos tesoros y distinguida con importantes privilegios. No tendría yo jamás excusa, si pasara en silencio el origen de este portentoso santuario despues de haber indagado el de otros muchos menos considerables. S. Jorge, primer arzobispo de Velay, sembrando muy á menudo en sus sermones las alabanzas de la madre de Dios atraía á muchos á amarla y serviria. Entre otras hubo una mujer del lugar de Vila, atormentada hacia mucho tiempo de una fiebre molestísima que parecia incurable, si no hubiera venido en su auxilio la madre de Dios; pero una noche hizo que sus oriaños la llevasen al monte de Anis, donde encontrando una piedra ancha y cuadrada como un altar quiso descansar, y de improviso se quedó dormida. Entonces la Virgen le manifestó que en aquel sitio queria ser venerada; que se lo avisase al obispo Jorge; y que en prueba de

su palabra inmediatamente recobraría ella la salud. Habiéndose recogido la mujer se encontró completamente sana; lo cual le sirvió de poderoso estímulo para ir á contar sin tardanza al santo prelado lo que le habia ocurrido. Al punto este acompañado de algunos eclesiásticos se dirigió al sitio, donde se obró una segunda maravilla para comprobar la primera, porque habiendo llegado á la cumbre del monte vieron el lugar donde está ahora la iglesia de nuestra señora, todo cubierto de nieve, aunque era el día 11 de julio. Aun hubo mas: un ciervo arrojándose á la nieve hizo un agujero como si trazara el recinto de la iglesia que debía edificarse allí, y hecho esto desapareció. S. Jorge se postró en tierra y ordenó en el acto que siguiendo las huellas del ciervo se cercase el recinto con una fuerte valla así para que no fuese profanado, como tambien para que lo que no pudiese emprenderse por entonces, se dejara para mejor tiempo; porque el honor de hacer esta obra estaba reservado á S. Evodio, quien por los años de 221 recibió orden de la madre de Dios de edificarle una iglesia en el lugar señalado y trasladar allí la silla episcopal de Velay. La voluntad de la Virgen santísima lo fué comunicada por una señora muy virtuosa tullida de todos sus miembros, que habitaba en Ceissac, baronia contigua al Puy y dependiente de los vizcondes de Polignac; por lo que se cree que descendía de esta ilustre y antigua casa. Aquella señora no teniendo otro consuelo en sus males que la dulce memoria de las grandes misericordias de la reina del cielo recurría muchísimas veces á ella; pero una entre otras despues de haber orado con mucho fervor se quedó dormida: entonces se le apareció la madre de Dios y le dijo que mandára la trasladasen á la Peña de Anís junto al sitio cercado con una valla por orden de S. Jorge, y que allí recuperaría completamente la salud. Inmediatamente es llevada á aquel sitio; se le aparece de

nuevo nuestra señora, y la manda hablar al obispo Evodio de la manera que he dicho antes. El santo prelado para proceder con mas madurez en un asunto de tanta importancia congrega á su clero y pueblo, y despues de proponer lo que le habia sido ordenado, los exhorta á que se entreguen á la oracion y la penitencia durante tres dias. Entretanto un ángel le asegura ser aquella la voluntad de la Virgen, y transcurridos los tres dias va el obispo con los suyos en procesion al sitio señalado, donde todos desde el mas grande hasta el mas pequeño son colmados de infinitas dulcedumbres celestiales y el santo prelado mas que los otros. Este, abrasado su corazón en llamas divinas, predijó abiertamente que Dios oiria allí con gusto las oraciones de los fieles devotos; que otorgaria muchas mercedes; y que de todas las partes de la cristiandad acudirian en peregrinacion. Para no omitir ninguna diligencia en un caso tan importante emprendió un viaje á Roma á fin de conferenciar sobre su proyecto con S. Calixto, que ocupaba entonces la cátedra de S. Pedro. Aprobado todo por el papa, el obispo se volvió á su patria y puso manos á la obra, y para que esta no se alargase, hizo levantar una tienda de campaña junto á la fábrica y allí habitó hasta la conclusion con inexplicable contento interior.

Acabada la iglesia marchó otra vez á Roma á fin de obtener del papa licencia para consagrarla segun la costumbre observada entonces; pero apenas habia andado un cuarto de legua, cuando vió venir hacia sí dos venerables ancianos vestidos de blanco, los cuales dijeron eran enviados del padre santo para traer ricos tesoros de su parte al obispo del Puy y á su compañero. Los tesoros eran dos cofrecitos llenos de reliquias que los dos ancianos le entregaron en el acto, mandando que se descalcizaran y así los llevasen hasta el templo nuevamente erigido. Nosotros, añadieron, nos adelantaremos para lle-

gar los primeros, y á fin de que no tengais cuidado tocante á la dedicación, sabed que acaba de ser consagrada por los ángeles, en señal de lo cual encontrareis á la vuelta cerradas las puertas de la iglesia como estaban cuando os marchásteis; pero á vuestra llegada se abrirán y se tocarán las campanas por sí solas, la iglesia parecerá una ascua por las muchas velas y cirios encendidos, y el santo crisma de que han usado los ángeles en la consagración de la iglesia, estará todavía reciente sobre el altar y las paredes. Según habían predicho, así sucedió puntualmente, y todos experimentaron el gozo que es de imaginar á vista de tantas mercedes del cielo. Aunque la iglesia de nuestra señora del Puy fué muy célebre á causa de los milagros que se obraban antes que fuese venerada la imagen que ahora háy; sin embargo es cierto que desde entonces se aumentaron portentosamente el concurso y la devoción del pueblo. Hay grandes conjeturas para creer que esta imagen es la misma que Jeremías mandó labrar de madera de setín y que el soldán de Egipto donó á S. Luis, rey de Francia, el cual la regaló á la iglesia de nuestra señora del Puy en el año 1255 de vuelta de su viaje á Ultramar. Si alguno desea informarse mas particularmente de esto; pueda leer los autores que han escrito la historia de la imagen venerada en dicho santuario (1).

La Dorada.—Nuestra señora de Gran.—Nuestra señora de Mompeller.

XXXIV. Pasando al Languedoc veremos en la noble ciudad de Tolosa la antigua iglesia de la Dorada, que fué templo de Júpiter segun unos ó de la diosa Pallas como parece mas verisímil. Habiéndose hecho cristia-

(1) Odo Gissæus, D. Virginis Anciensis, l. 2. c. 7, 8 y 9.

nos los tolosanos mandaron dorar de arriba abajo aquel templo y le consagraron á la madre de Dios. Cerca de la embocadura del Herault está nuestra señora de Gran, insigne en milagros; fué edificada por S. Severo mas de mil años há y reparada por el condestable de Montmorency con un convento de capuchinos, quienes han recopilado esta historia. En Nimes se ven las ruinas de una soberbia catedral, monumento del espíritu sacrilego de los herejes modernos, cuyo principal conato ha sido siempre destruir los templos levantados por sus antepasados.

Lo mismo hicieron en la ciudad de Mompeller, donde había una iglesia y una imagen de nuestra señora tan célebre por las muchas curaciones que se hacían, que cuando los enfermos llamaban á los médicos, la cantinela ordinaria de estos era que acudieran á nuestra señora de Mompeller, y lo decían no por devoción que tuviesen á la Virgen, sino como en despique de que la Señora les quitaba los parroquianos. Esta ciudad fué desde tiempos antiguos feudataria de la madre de Dios, como se descubrió el año 1627; porque habiendo encontrado un canónigo en su estudio una medalla de plata mohosa y habiéndola limpiado un poco conoció por la inscripción lo que despues ha venido á ser indudable, á saber, que las antiguas armas de la ciudad de Mompeller eran una Virgen con su hijo en los brazos sobre un roel de gules. No obstante fué tan grande la insolencia de los herejes despues que ocuparon la ciudad, que derribaron la imagen de la Virgen y dejaron solo el roel. Habiendo salido lo que pasaba, el ilustrísimo Fenouillet, digno obispo de Mompeller, predicó un excelente sermón sobre este asunto la dominica primera de adviento, á que se siguió una aclamacion pública y una deliberacion del ayuntamiento para reponer á la Virgen en la posesion de sus derechos y de su antiguo dominio; de suerte que se mudaron todas las armas de la ciudad, y hasta en el

templo de los herejes entró la madre de Dios por buen presagio de que pronto sería la señora absoluta de él.

Nuestra señora de Gracia.

XXXIV. La Provenza se gloria mercedidamente de tener á nuestra señora de Gracia, cuyo origen es el siguiente segun la antigua tradicion confirmada por una bula del papa Leon X, que concedió muchas indulgencias á aquel santuario como año y medio despues de su fundacion. El dia de S. Lorenzo, 10 de agosto del año 1519, la virgen María acompañada del arcángel S. Miguel y de S. Bernardo se apareció en el campo á Juan de la Baume, hombre piadosísimo, y le mandó decir de su parte al clero y comun de Catignas que fuesen en procesion al monte Vardaille y edificasen allí una iglesia bajo la advocacion de nuestra señora de Gracia, porque queria dispensar muchas gracias y mercedes á los que la invocasen en aquel lugar. La procesion se hizo en el siguiente mes de setiembre y dia de la exaltacion de la santa cruz; el templo se edificó poco despues. La madre de Dios há cumplido dignamente su promesa, en especial de treinta años á esta parte, de suerte que los efectos pueden servir de señal cierta de la verdad de la aparicion.

Nuestra señora de la Silla.—Nuestra señora de la Vida.—Nuestra señora de Bethlehem etc.

También tiene en Aix la iglesia de los mínimos de S. Francisco de Paula, donde hay una milagrosa imagen de nuestra señora sentada, de donde tomó el nombre de nuestra señora de la Silla; fué restituida allí en el año 1521 desde S. Salvador como á su antigua casa que la habian hecho abandonar las guerras civiles. En Venasque se halla nuestra señora de la Vida, que ha

vuelto muchas veces la vida á los niños que habian nacido muertos, ó á lo menos los ha hecho recibir el agua del bautismo: cerca de Draguihan nuestra señora de Bethlehem, edificada por uno que habiendo visitado los santos lugares se obligó por voto formal á construir una capilla en honor de la virgen bajo esa advocacion en el sitio que hallase mas parecido á la casa de Bethlehem.

De la opulenta y devota ciudad de Marsella no puedo hablar sino como de una verdadera Partenópolis ó ciudad de la Virgen, cuyas armas se encuentran casi en todas partes tanto dentro como fuera. Con efecto sin hablar de una multitud de monasterios de uno y otro sexo consagrados á ella la iglesia mayor está dedicada á la natividad de nuestra señora, y otra á su triunfante asuncion. En S. Martin hay una capilla muy concurrida bajo la advocacion de nuestra señora del Buen parto. A un cuarto de legua de la ciudad nuestra señora de la Guardia, que es como el castillo y la defensa de Marsella. El gran concurso de gente, particularmente en la víspera y el dia de la Asuncion, atesta bastante la santidad del lugar. En la falda de esta colina está nuestra señora de la Veauve, antes monasterio de religiosas, donde aconteció un hecho memorable; habiendo abordado unos piratas berberiscos, las monjas de comun acuerdo se cortaron las narices por conservar su honestidad. Paso de intento en silencio otros muchos; pero sé lo que debo á la gloriosa memoria de S. Luis, el cual á su vuelta de la tierra santa fundó un convento de carmelitas bajo la advocacion de nuestra señora de Esgalades. Tampoco debo de omitir la iglesia de nuestra señora de la Piedad dedicada á la virgen María en la isla de Lerins por Aldeberto, abad del antiguo monasterio que hay allí.

Nuestra señora de Don. — Nuestra señora del Buen consejo. — Nuestra señora del Milagro. — Nuestra señora de la Esperanza. — Nuestra señora de la Flor de lis.

XXXV. Entremos ahora en el condado venesino, donde encontraremos muestras muy insignes de la devoción á María santísima. La noble ciudad de Aviñon, donde he trabajado esta obrilla en honra de la Virgen, es como su centro: así que reconoce á la madre de Dios por su principal protectora, de quien ha sido especialísimamente devota en todo tiempo. Con particularidad es venerada en la catedral, á donde concurre gente á todas horas, y hay muchas personas que por nada en el mundo dejarían de visitarla diariamente. Esta iglesia, llamada vulgarmente nuestra señora de Don, ya por haberla tenido mucho tiempo los monjes benedictinos, que anteponen á su nombre el título de *don*, ya porque la ro-
lina donde está asentada, se llamaba en lo antiguo la Peña de Andon y hoy la Peña de Don, fué fundada por santa María, como aparece de las bulas de los papas y señaladamente de Sixto IV, y desde entonces adquirió celebridad por los muchos milagros obrados en diversas épocas. Habiendo sido arruinada despues por los sarra-
cenos, la restauró Carló Magno y la repuso en el estado en que ahora la vemos, dotándola con munificencia para celebrar perpetuamente los divinos oficios. A mas de esta y de muchos conventos, cuyos templos están todos dedicados á la madre de Dios, hay otra iglesia colegial y parroquial al mismo tiempo, titulada nuestra señora la Principal, y otros varios santuarios milagrosos como nuestra señora del Buen consejo, nuestra señora del Milagro, nuestra señora de la Esperanza, nuestra señora de la Flor de lis etc.

Nuestra señora de Montdevergues. — Nuestra señora la Morena ó de Nazareth.

A una legua corta de Aviñon se encuentra nuestra señora de Montdevergues, cuya capilla arruinada fué reedificada despues por el señor del lugar, y al punto le pagó la Virgen su cordial devoción dando una bendición general á todo el territorio.

La capilla de nuestra señora de Nazareth, por otro título la Morena á causa del color aceitunado de la imágen, está en Barroux, diócesis de Vaison, y es venerable tanto por su antigüedad cuanto por las grandes y diarias maravillas obradas allí y por la señalada victoria que alcanzó de los impíos iconoclastas de nuestra época. Durante las primeras turbaciones del condado venesino los herejes habiendo ocupado el lugar y castillo de Barroux encendieron una gran hoguera, á la que arrojaron todos los papeles y títulos de la iglesia y de la capilla con las imágenes de madera y demás que encontraron. Tuvieron el gusto, que les costó luego bien caro, de ver reducidas á cenizas todas las imágenes de los santos, excepto la de la gloriosísima Virgen, que nunca pudieron consumir las llamas á pesar de los esfuerzos de aquellos hombres sacrilegos, si bien quedó rajada por algunas partes. Sossegadas las turbulencias, fué colocada la efigie en su lugar, á donde acude á venerarla innumerable muchedumbre de todas partes á consecuencia de los frecuentes milagros que se hacen por la intercesion de la madre de misericordia y en especial con los que padecen epilepsia, vahidos, fluxiones á la garganta y otras enfermedades semejantes. Lo comun es que los enfermos concurren á la capilla en las cinco principales festividades de la Virgen, y ha sucedido muchas veces que al entrar en el territorio de Barroux ó cuando estaban rezando en la capilla, sentían por

la última vez violentos ataques de sus enfermedades y de allí adelante se veían libres de ellas para siempre. También ha solido acontecer que han resucitado los niños que habían nacido muertos, ó á lo menos han dado bastantes señales de vida para recibir con el bautismo la herencia de los hijos de Dios.

Nuestra señora de los Llanos. — Nuestra señora de la Isla. — Nuestra señora de Montegudo. — Nuestra señora del Burgo de Dios.

XXXVI. En el Delinado á mas de las insignes iglesias de Embrun, Grenoble, Die y otras es visitada por muchas personas la de nuestra señora de los Llanos cerca de Sancti-Spiritus, que está en medio de una hermosa y fértil campiña y pertenece á las monjas de S. Benito. Á una legua corta de Viena se ve la iglesia de nuestra señora de la Isla, donde se ha despertado poco há la devoción desde que los padres de la compañía de Jesus, de quien es ahora, la tienen en mejor estado que antes. Pasando el Ródano y entrando en el Vivaris veremos qué gran devoción profesan los habitantes de Tournon á nuestra señora de Montegudo venerada en una capilla del colegio de la misma compañía, á donde concurren gentes de diversas partes, y los votos que se ven en el altar de la Virgen, son señales infalibles de los beneficios recibidos. En el Forez cerca de S. German Laval en medio de una dilatada pradera hay una iglesia de nuestra señora muy concurrida de los fieles, que van de todas partes ya en procesion, ya por devoción particular, especialmente para conseguir la lluvia y el buen tiempo necesario á la madurez de los frutos de la tierra.

En Berry cerca de Bourges y á orillas del Indro se ve la antigua abadía de nuestra señora del Burgo de Dios, de la que dependen cuarenta y tres prioratos: ahora es colegiata. Fué fundada en honor de la virgen Ma-

ría por Elbon, señor de Berry é hijo de Lamberto, uno de los que se encontraron con Carlo Magno en la jornada de Roncesvalles. Despues se restauró por los años de 1095 y fué dedicada por Urbano II. Han sido tantos los milagros obrados allí, que la iglesia de Bourges hace aun hoy conmemoracion de ellos el día último de mayo. Merece referirse el que ocurrió hácia el año 1202, de que fué testigo ocular el autor del *Espejo de las historias*, hombre fidedigno que lo dejó por escrito.

Una buena mujer postrada delante de la imagen de la Virgen, que era de piedra, se encomendaba fervorosamente á la reina del cielo, quando ve llegar dos hombres furiosos é impios que empezaron no solo á mofarse de ella, sino á blasfemar de la madre de Dios y ultrajarla atrozmente hasta el punto de tirarle una piedra que partió el brazo del niño Jesus; Los que estaban presentes, vieron al instante salir sangre de la herida, y el impio que la habia causado, cayó muerto en el sitio. Queriéndose llevar su compañero, se apoderó de él el espíritu maligno: al otro día murió y fué á dar cuenta á Dios de todas sus maldades. Entretanto cundió la noticia de este milagro y se llenó la iglesia de gente de todas condiciones, que acudieron de diversos puntos á ver lo que habia pasado. Entonces delante de aquella muchedumbre ocurrió una cosa todavía mas milagrosa que lo que dejó referido: la imagen con sus mismas manos rompió un collar que tenia, y rasgó el vestido hasta descubrir el seno como detestando la impiedad del sacrilego que habia tenido la avilantez de insultar á su amado hijo. No es decible cuánto contribuyó esto á renovar la devoción de todos los pueblos comarcanos, ni el respeto que de allí adelante se tuvo á aquel lugar, donde la madre de Dios daba muestras tan evidentes de su presencia y de su cariño maternal.

Nuestra señora de Fourviere. — Nuestra señora de l'He-Barbe. —
Nuestra señora de Vallorido etc.

En la populosa y floreciente ciudad de Leon á mas de la antiquísima iglesia de nuestra señora de Fourviere, que está situada en la parte mas alta y donde se ha aumentado grandemente la devocion de algunos años acá, veremos muchas iglesias, capillas y conventos dedicados á la gloriosa Virgen, y particularmente en la iglesia de la Trinidad, de la compañía de Jesus, hay una capilla muy linda de nuestra señora de Monteagudo, á donde concurre con gran devocion el pueblo leonés y donde experimenta frecuentemente la favorable asistencia de la emperatriz de los cielos. A un cuarto de legua de la ciudad está la antigua abadía de nuestra señora de l'He-Barbe, fundada por el emperador Carlo Magno y distinguida por el concurso y la devocion de los habitantes de la comarca. A siete leguas de Leon está el célebre santuario de nuestra señora de Vallorido, al que se dió este nombre porque la imagen de la Virgen, colocada en el altar mayor de la capilla, fué hallada por unos pastores en el mismo sitio entre unas retamas que estaban floridas por Navidad. Visitando yo esta capilla supe un milagro que merece referirse.

Hace años que habiendo ido á rezar un mudo á nuestra señora de Vallorido quedó curado milagrosamente y despues de concluida la novena de la Virgen pudo hablar con expedition. No paró ahí la maravilla, porque habiendo hecho voto de que si conseguia el uso de la lengua iria todos los años por la misma época á tributar sus homenajes á la Virgen en la capilla de Vallorido, si deja pasar la época sin ir, al punto pierde el habla y no la recobra hasta que cumple su promesa. Esto le ha sucedido ya algunas veces á causa de estar cerrado el

paso por diversos accidentes; y no hay nadie en la comarca que le conozca y no sepa lo que acabo de contar.

A siete leguas de Leon dirigiéndose hácia la Auvernia está el santuario de Monroman, á ocho leguas el de nuestra señora de los Dolores: á nueve hácia Saint-Chaumont el de nuestra señora de Cezolle, contiguo á la ciudad de Bourg, capital de la Bressa, el magnifico templo de nuestra señora de Brou, comenzado por Margarita de Borbon y concluido por Margarita de Austria, ambas duquesas de Saboya; á una legua corta de Belleville la antigua iglesia y castillo de nuestra señora de Montmerle, que ahora tienen los mínimos.

Nuestra señora de la Cartuja. — Nuestra señora del Camino. — Nuestra señora de Dijon ó de Buena esperanza. — Nuestra señora de Estang.

XXXVII. En Borgoña visitaremos la devota iglesia de nuestra señora de Gracia, que está á una legua de Cluny: por bajo de la ciudad de Baume la capilla de nuestra señora de la Cartuja, donde residian antiguamente los duques de Borgoña; y á una legua de la misma ciudad tirando hácia Dijon nuestra señora del Camino. En Dijon saludaremos la milagrosa imagen de nuestra señora, llamada en otro tiempo de Buena esperanza. Digo milagrosa ya en razon de los diferentes milagros obrados desde época antigua, ya por haber sido libertada la ciudad mediante la intercesion de la Virgen en el año 1517, segun consta en los archivos de la iglesia de nuestra señora y lo confirma la solemne procesion que se celebra todos los años. Los saizos despues de haber incendiado y devastado todos los alrededores de la ciudad y los mejores pueblos de la provincia pusieron el cerco de Dijon, capital del ducado de Borgoña, y la estrecharon tanto, que en medio de la desolacion general y apurados en vano todos los medios humanos los dijoneses deter-

minaron recurrir á los divinos. Encaminanse á la iglesia de nuestra señora, hacen una procesion general con la sagrada imágen y la suplican con fervorosas instancias que se digne de socorrerlos en aquella extrema necesidad. La bondadosa madre siempre vigilante sobre los suyos no dejó de oír á los de Dijon: apenas habia salido la procesion, empezaron á ceder los suizos, á los tres dias entraron en tratós con los sitiados y levantando el cerco se retiraron á su país. Habiendo ocurrido este suceso maravilloso dos dias antes de la Virgen de setiembre, los dijoneses hicieron voto de guardar perpetuamente la memoria de él y celebrar el día 6 del mismo mes una procesion solemne con la imágen de nuestra señora de Buena esperanza dando gracias á su libertadora por tan señalado beneficio.

Desde Dijon en nuestra mano está incorporar nos con los que van en peregrinación á nuestra señora de Estang, distante dos leguas de aquella ciudad. Diré en pocas palabras el origen de esta devocion, que empezó en el año 1531. Un vaquero que guardaba su ganado en la cumbre del monte donde está ahora la capilla, notó que un buey se desviaba de ordinario á pastar en cierto sitio, de donde no era posible apartarlo, porque cuanto mas se le ahuyentaba de allí, mas porfiaba por volver. Lo mas admirable es que despues de estar pacienco un dia entero la yerba estaba mas espesa. Esta novedad hizo sospechar al pastor que habia algo de extraordinario, y le entraron ganas de cavar la tierra en aquel paraje: hizo así y encontró una efigie pequeña de la Virgen formada de barro, que tomó al punto con grandísimo regocijo y la puso en un árbol, donde fué venerada primeramente por los campesinos y aldeanos de la comarca y luego por muchas personas que acucieron de todas partes con la noticia del milagro.

XXXIX. Ten paciencia, lector amado, y perdona si te

detengo algo en esta capilla para contarte una cosa de mucho consuelo que sucedió á fines del año 1651. Habiendo cometido un caballero la vileza de seducir á una monja y sacarla de su convento, la llevaba á cierto lugar que tenían convenido. Al entrar en un bosque les saltaron tres ladrones, y como el caballero quisiese defenderse, uno de los malhechores le dió con el arcabuz en la cabeza y le dejó muerto, y los ladrones comenzaron á registrarla: despues de quitarle cuanto tenia, le preguntaron quién era y de dónde venia. Ella que llevaba consigo una imágen de nuestra señora de Estang y que la habia sacado del pecho en cuanto vió el peligro, confesó ingenuamente su delito añadiendo que conocia ser digna de toda suerte de maltratamientos. Uno de los salteadores se movió á compasion y preguntó á la desatentada monja si queria volver al convento que infamemente habia abandonado. La monja respondió que se habia hecho indigna de tal beneficio y que en caso que le aconteciese esa dicha, la contraria por una de las mas singulares mercedes que habia recibido del cielo, y una de las que podia esperar de la divina misericordia. El ladrón la puso á la grupa del caballo y la condujo al convento aconsejándola que otra vez fuera mas prudente y honesta. La jóven que se deshacia en llanto, admirando por un lado la infinita bondad de Dios y por otro la súbita mudanza de aquel hombre, discurría interiormente cómo podria pagar un servicio tan extraordinario. La amorosa madre de Dios que la guiaba, le sugirió al punto uno. Con efecto quitándose la monja la imágen de nuestra señora, que llevaba al cuello, se la presentó al ladrón como su mas rica joya y como la senora á quien debia su libertad y toda la esperanza de salvacion que le quedaba. El ladrón cogió la imágen y corrió á galopa en busca de su compañero. Pero fué admirable la mudanza de su co-

razon en cuanto recibió aquella preciosa efigie, porque todo el camino sintió tan fuertes impulsos de mudar de condicion y conoció tan claramente su infeliz estado, que no pudo descansar hasta que tomó la firme resolución de buscar los medios para asegurar su salvacion. En fin el cielo le tocó con tanta vehemencia, que el hombre hubo de rendirse y separándose de sus cómplices se dirigió al santuario de nuestra señora de Etang dándole gracias entre lágrimas y suspiros por sus misericordias y confesándose perpetuamente su siervo. A un cuarto de legua de Auxonne es visitada desde tiempos antiguos nuestra señora de la Calzada, llamada así por una grande y hermosa calzada que coge desde Auxonne hasta la capilla de la Virgen, donde muchos han encontrado alivio así en sus enfermedades corporales como en sus necesidades espirituales.

Nuestra señora de París. — Nuestra señora de los Campos.

XXXVIII. Dirijámonos á la ilustre ciudad de París, donde encontraremos por todas partes vestigios de la antigua devocion de aquel pueblo á la reina de los cielos. Así dice el monje Abbon en la relacion del cerco de París por los normandos que esta ciudad fué dedicada á la Virgen santísima desde los tiempos mas remotos. La iglesia de nuestra señora se eleva sobre los demás edificios como el cedro del Líbano sobre los otros árboles. El que quiera conocer la grandiosidad, belleza y majestad de este templo, puede consultar al devoto y diligente Santiago de Breul en sus Antigüedades de París. Allí concurren todos los días muchedumbre de fieles atraídos de los milagros que ordinariamente se obran, y que interrumpidos durante algunos años se han renovado poco hace. Fué primeramente edificado este templo junto á la iglesia de S. Dionisio del Paso en el sitio

donde fué asado en unas parrillas el apóstol de Francia S. Dionisio. Esta fué una de las piadosas empresas de Childeberto I, hijo y sucesor de Clodoveo, por los años de 522, segun escribe el poeta Venancio Fortunato, obispo de Poitiers; y está averiguado que la iglesia fué dedicada á la gloriosa madre de Dios. Despues el rey Roberto, hijo de Hugo Capeto, comenzó otra vez el plan de ella, que fué continuado por su hijo Enrique I y por sus sucesores Felipe I, Luis el Gordo y Luis el Joven, y concluido en el reinado de Felipe Augusto, llamado tambien Diosdado y el conquistador.

La iglesia de nuestra señora de los Campos es mas antigua que la de París, á lo menos en cuanto á su primera fundacion, porque se sabe que era un templo de Mercurio ó de Ceres segun otros, y que habiendo obrado S. Dionisio un milagro en él, despoysó para siempre á los demonios y le dedicó al verdadero Dios y á la gloriosa virgen María. Andrés Favin afirma en su Historia de Navarra que S. Dionisio viniendo de las Galias trajo allí la imagen de la Virgen con el niño Jesus en las rodillas, segun se acostumbraba pintarla en la iglesia primitiva, y que por aquel primer retrato se hizo otro en una piedra cuadrada como de un pie de diámetro, esmaltada y pintada de vivos colores, la cual se ve aun hoy engastada en otra piedra mayor fuera de la iglesia de nuestra señora de los Campos al lado del septentrión junto al cementerio pequeño, segun atesta la inscripcion que hay al pie de la misma piedra. Añade que esta pintura fué la primera sacada por el original de S. Dionisio y que por el mismo se hizo una efigie de bulto, la cual se trasladó despues á la iglesia catedral de nuestra señora, de que acabo de hablar, y se colocó en la nave mayor, donde es venerada hasta ahora como la patrona principal de la ciudad de París. Esta iglesia de nuestra señora de los Campos fué reedificada con sus capillas

soterráneas, que vulgarmente se llaman la bóveda, bajo el feliz reinado de Roberto I: hoy es de los carmelitas que ocupan el convento de la Encarnación.

La santa capilla de París.—Nuestra señora de Valverde.

XXXIX. En el patio de palacio y sitio donde estaba en otro tiempo la antigua capilla de nuestra señora de la Estrella, el rey S. Luis mandó construir en el año 1242 la santa capilla, á donde se lleváron profesionalmente las sagradas reliquias que habia mandado traer de ultramar; y no hay duda ninguna de que la Virgen santísima, á quien pertenecía aquel lugar, ha retenido el mismo derecho que antes le asistía.

En el año de 1299 edificó el mismo santo rey la cartuja de nuestra señora de Valverde, que estaba en el arrabal de S. German, donde existía el antiguo palacio de los reyes de Francia. El motivo fué este. Habia antes en aquel mismo lugar un espíritu maligno llamado comunmente el diablo de Valverde, el cual por permiso de Dios atormentaba y afligia sobremanera á los transeúntes, porque á mas de los gritos horribles con que espantaba á la gente, no pasaba nadie que no fuese lastimado. Por este motivo la puerta de la universidad se llamó la puerta del infierno, y aun hoy vemos que la calle que va de la universidad á nuestra señora de los Campos, conserva el nombre de calle del infierno. Buscando un remedio á esta calamidad, declaró á los parisienses una monja, á quien se creia favorecida del don de profecía, que si querian verse libres de la importación de aquel demonio, era preciso edificasen en el mismo sitio un monasterio de cartujos. Habiendo llegado este consejo á noticia del rey S. Luis, se decidió con todo empeño á ponerle por obra; á lo cual contribuyó no poco el gran afecto que habia profesado

siempre á una orden tan santa. A este fin escribió al superior de ella, y dió á los monjes el palacio de Gentilly cerca de París; pero de allí á algunos días recurrió al monarca el prior nombrado pidiendo el palacio abandonado de Valverde, porque tenia buenos aires, estaba en bellissimo sitio y además era muy espacioso. El rey puso alguna dificultad al principio, alegando que ya se habia dado á otros religiosos y que no habian podido habitarte porque los demonios los inquietaban y los traian á mal traer; pero como el prior respondióse que mediante la gracia de Dios y la asistencia de su santa madre, bajo cuya protección se habian puesto, esperaban que los espíritus malignos no tuviesen ningun poder sobre ellos; el rey con el parecer de su consejo otorgó la petición diciéndoles que fuesen en nombre de Dios y de la virgen Maria, en quien habian puesto su confianza y que les infundia tanto ánimo.

El 21 de noviembre del año de 1331 entró el prior en la casa de Valverde con sus monjes, que estuvieron continuamente en oración por tres dias y tres noches haciendo procesion por toda la casa y suplicando á nuestro Señor por la intercesion de su sacratísima madre, á quien habian elegido por patrona, se sirviese ochar de allí aquella turba de diablos, para que en adelante fuese servido y glorificado en dicha casa. Durante estos tres dias un monje, sus criados y algunos habitantes de las inmediaciones oyeron truenos y un estruendo espantoso, vieron nieblas y una humareda que oscurecian y corrompian el aire, y sintieron temblor de tierra: de manera que algunos criados cayeron malos: tan duro se les hacia á los espíritus malignos el abandonar aquel delicioso asilo. Pero al cabo habiéndose mantenido firmes los monjes, se vieron aquellos forzados á huir y salieron de la casa como densas nubes de humo de un hedor insoportable. No son para contar las acciones de gracias

que los monjes dieron á Dios y á la gloriosa Virgen, y los festejos públicos, en que tomó buena parte S. Luis, que no se cansaba de bendecir y glorificar al Señor. Ya entonces se empezó á edificar con todas veras, y acabada la iglesia con suma presteza, se celebraron por primera vez los divinos oficios el día de la Asuncion del año de 1524 en agradecimiento de los insignes beneficios recibidos de la santísima madre de Dios. Desde entonces principió el pueblo de Paris á cobrar afición á aquel santuario, donde se obraron despues muchos milagros.

El señor de Joinville afirma en su Historia de san Luis que cuando volvian de la tierra santa, estando una mañana en la cama Argonnes, uno de los caballeros mas poderosos de la Provenza, como le diese el sol en la cara, mandó á un escudero que tapase el agujero por donde entraba el sol. Habiendo el escudero sacado el cuerpo fuera de la nave para cumplir el mandato de su señor, le faltó el pie y cayó al mar. Entretanto caminaba la nave á toda vela, sin que nadie advirtiése la desgracia que habia sucedido; pero á poco tiempo pasó el barco en que iba el señor de Joinville, el cual se admiró mucho de ver á un hombre encima del agua, que no se ayudaba ni con pies, ni con manos lo mismo que si fuera de piedra. Al punto mandó que le socorrieran, y habiéndole recogido en su nave, supo del mismo escudero que al caer se habia encomendado á nuestra señora de Valverde y que esta madre bondadosa le agió por un hombre y le sostuvo encima del agua hasta que llegaron á auxiliarle (1).

(1) Adición de la madre M. J. de Blenru. — «En la abadía real de S. Victor está la santa capilla de nuestra señora de la Buena nueva debajo de tierra, y la conservan muy bien los ca-

monigos reclaros de aquella illustre casa. Este es uno de los santuarios donde mas venerada es la Virgen y donde ella distribuye mas liberalmente sus favores.»

Nuestra señora de la Caridad. — Nuestra señora de la calle de los Ocos.

XL. Pasando por la calle de Jardines tal vez os verá una santa curiosidad á ver el priorato ú hospital conventual de nuestra señora de la Caridad, cuya fundacion ocurrió de esta suerte segun Santiago du-Breul en sus Antigüedades de Paris. El año 1290, quinto del reinado de Felipe el hermoso, hácia la fiesta de Pascua un judío que vivia en el sitio donde ahora está el convento, convino con una pobre mujer en darle una cantidad de dinero con la condicion de que ella le entregara la hostia que recibiese en la comunión. Habiéndose la llevada la mujer, el judío hizo todo lo que pudiera hacer un demonio para insultarla, porque primeramente la atravesó diferentes veces con un cortaplumas y luego con un clavo, sobre el cual descargaba martillazos. En seguida la azotó de un modo singular, y viendo que la hostia derramaba sangre con abundancia la arrojó al fuego con furia. La hostia salió ileso y empezó á revolotear por el aposento; lo cual encendió de tal manera en ira á aquel infeliz, que cogió un cuchillo de cocina y procuró hacerla pedazos. Pero no habiéndole salido bien este sacrilego intento, la ató en el lugar mas asqueroso de la casa, y como estaba tan frenético, tomó una lanza y se fué á embestir á la hostia. Entonces se abrió en esta un agujero, del que manó un chorriillo de sangre; mas no por eso se aplacó la rabia de aquel corazon de tigre; al contrario poseído de nuevo furor echó la hostia en una caldera de agua hirviendo. La hostia salió tambien victoriosa de esta prueba, porque habiendo tenido en sangre toda el agua de la caldera se lanzó milagrosamente hácia arriba dejando al judío tan fuera de sí, que ni aun pudo pensar en encubrir su abominable crimen. Así es que fué preso y quemado vivo para empezar á

sentir en esta vida el fuego de la divina justicia, que debe abrasarla eternamente en la otra. Su casa fué confiscada y dada á los hermanos de la Caridad por Felipe el hermoso, y allí se edificó una iglesia bajo la advocación de nuestra señora de la Caridad; pero siendo demasado estrecha como toda la casa, se ensanchó y reedificó de nueva planta y se hizo la dedicación el día 15 de mayo del año 1408.

A una esquina de la calle de los Osos se ve una imagen de nuestra señora, delante de la cual hay costumbre de colgar todos los años un tapiz y quemar un árbol de pólvora. Esto procede de que en el año 1418 un bribón que salía de una casa inmediata despues de haber perdido el dinero y cuanto tenía, hasta los vestidos, dió una navajada á la imagen, de cuya herida salió al punto gran cantidad de sangre. Pero la justicia divina no tardó en hacerle pagar su delito, porque fué atado á un poste y azotado desde las seis de la mañana hasta que se le salieron las tripas á fuerza de golpes. Igualmente son célebres la capilla de nuestra señora de Loreto, que está en el Temple, la de nuestra señora de Montserrat, que está en Santiago del Hospital, la de nuestra señora de la Alegría, que está en el Espíritu Santo, y la de nuestra señora del Buen parto, que está en S. Esteban de los griegos.

XLI. No saldríamos jamás de esta populosa y devota ciudad, si quisiéramos visitar todos los santuarios y lugares donde es venerada la Virgen; pero aun es mas notable que por cualquier lado que salgamos de Paris, no hallaremos mas que capillas y oratorios dedicados en honor suyo. En la calle de S. Dionisio de Francia, donde antes habia un bosque, está la capilla de nuestra señora de los Bosques, contigua á la iglesia de santa Oportuna; cerca de Chaillot la iglesia de los mínimos, que se llama nuestra señora de Todas las gracias. La devota princesa

Ana de Breña, que fué esposa de dos reyes esclarecidos, Carlos VIII y Luis XII, dió el palacio viejo de Nigeon al glorioso S. Francisco de Paula, para que fundara un convento de su órden y una iglesia de la Virgen. En la aldea de Haubervilliers concurre gran gentío á la capilla de nuestra señora de las Virtudes; título que le han valido los estupendos portentos obrados allí: los principales se pueden ver en las pinturas que adornan la capilla.

Tambien oiremos hablar de nuestra señora de Chelles fundada por la reina Batilde, mujer del rey Clodoveo II; de nuestra señora de Longchamp, llamada de la Humildad de nuestra señora y fundada por la beata Isabel de Francia, hermana de S. Luis; de nuestra señora de Longpont, donde hay un priorato de la órden de S. Benito; y de nuestra señora de Hierre, titulada así por un riachuelo del mismo nombre, á cuya orilla está asentada; de nuestra señora de Footel, de nuestra señora de Boloña, mandada construir en la aldea de Meuzt cerca de Saint-Cloud por los vecinos de Paris y otros que habian ido en peregrinacion á nuestra señora de Boloña en la Picardia; de nuestra señora de Gracia, que está fuera de la puerta de S. Antonio y es de los religiosos de la tercera órden de S. Francisco; de nuestra señora de Vincennes, donde hay dos imagenes de la Virgen á las que el pueblo de Paris tiene gran devoción desde el reinado de Luis el joven y Felipe Augusto, que fueron sus fundadores; de nuestra señora de Malnone, que está á cuatro leguas de Paris; de nuestra señora de Argenteuil, de nuestra señora de Maubuisson, que se llama la real; de nuestra señora de la Buena nueva, que es una capilla de S. Victor; de nuestra señora de los Milagros, que está en el claustro de la iglesia de S. Mauro de los fosos. Sobre el altar donde está el sepulcro de S. Babolino, primer abad de este monasterio, hay una imagen de la Virgen, que se cree haber sido hecha mila-

grosamente por una mano invisible, cuando se disponía á labrarla el escultor Rumoldo. Me veo en la precision de omitir otros muchos santuarios por no molestar al lector. A diez leguas de Paris cerca de Senlis en Valois se ve la imagen de nuestra señora de la Victoria, que el rey Felipe Augusto mandó construir por los años de 1214 despues de haber terminado felizmente las guerras con los ingleses y flamencos: en agradecimiento añadió la renta necesaria para mantener dos lámparas de plata delante de la santa imagen.

Nuestra señora de Chartres. — Nuestra señora de la Bresche.

XLII. En la Beauce iremos á ver á nuestra señora de Chartres, cuyo nombre es célebre no sólo en toda Francia, sino aun entre las naciones extranjeras. Sebastian Rouillard, escritor instruido y diligente, compuso la historia de esta imagen, sacada en la mayor parte de los archivos de Chartres. Es antigua tradicion que la imagen venerada allí fué labrada en el bosque sagrado que habia en las llanuras de la Beauce, y por consentimiento del rey Prisco y de los príncipes y señores del reino colocada en la cueva donde celebraban sus sacrificios por mano de los druidas (los sacerdotes y sabios de los antiguos galos) unos cien años antes del nacimiento del Salvador en honor de la virgen que habia de parir, cuyo misterio habian sabido por los oráculos sibilinos. Despues S. Potenciano, enviado á las Galias por S. Pedro con S. Albino y S. Edoaldo, movió á los druidas y á los pueblos chartrenses, por otra parte bien dispuestos, á que recibieran el bautismo: bendijo el altar y la imagen con las ceremonias religiosas y convirtió la cueva en iglesia. El presidente Quirino que gobernaba la provincia en nombre del emperador, habiendo sabido lo que pasaba, mandó arrojar en un pozo contiguo al altar de la Virgen á muchos cristianos y entre ellos á una doncella llamada

Modesta: el pozo desde entonces se llama de los santos fuertes. Con estos excelentes ejemplos de fortaleza y valor echó la religion cristiana las profundas raices en el corazon de los chartrenses, que enviaron una embajada á Jerusalem donde estaba la Virgen, para manifestarle su antigua devocion y cómo el rey Prisco le habia entregado el señorío de su ciudad. De ahí provino que despues fué nombrada muchas veces y ella misma se tituló señora de Chartres. En cuanto á la iglesia que está ahora en la antigua cueva, aseguran algunos haber sido edificada por la regia munificencia de Carlos el Calvo hácia el año 870: otros atribuyen este honor á S. Fulberto, obispo de Chartres, quien dicen la erigió por los años de 1000 de nuestra redencion con el auxilio de las espléndidas dádivas del rey Canuto de Inglaterra, al que movió con sus instancias el arzobispo de Cantorbery Edelvod. Creo mas verisimil que S. Fulberto solamente la restauró y reparó. Por fin habiendo depositado el emperador Carlo Magno en Aquisgran la santa túnica de la gloriosa Virgen con otras varias reliquias, su nieto Carlos el Calvo la trasladó á Francia y se la regaló á la iglesia de Chartres. Los milagros que ha obrado Dios por ella en diversas ocasiones y especialmente en la conturbacion de la ciudad de Chartres, los refiere muy á la larga Sebastian Rouillard en su *Parténice*. En la misma se ve tambien la capilla de nuestra señora de la Bresche, de la que hablaré mas oportunamente en el tratado tercero discuriendo acerca de la conservacion de Chartres.

Nuestra señora de la Buena nueva. — Nuestra señora de Clero.

XLIII. En Orleans la iglesia parroquial de nuestra señora de la Buena nueva es una muestra de la piedad del rey Roberto, el cual la mandó construir en el mismo

lugar donde recibió la buena nueva de que se había librado de la muerte su padre Hugo Capeto. A dos leguas cortas de allí el rey Luis XI fundó el santuario de nuestra señora de Clery y tenía mas devoción á él que á todos los otros. Así es que quiso ser enterrado allí á los pies de la Virgen, en quien únicamente tenía toda su esperanza después de Dios. Se han obrado grandes milagros; pero el siguiente es muy singular así por lo extraordinario como porque es perpetuo. Delante de la sagrada imagen hay un cirio grande sujeto con una gruesa cadena de hierro, al que Dios ha dado la virtud de que si estando en peligro de muerte algun peregrino ya en tierra, ya en el mar hace voto de ir á nuestra señora de Clery para librarse de él, el cirio da una ó dos vueltas con un ruido tan fuerte, que los habitantes de la ciudad corren al punto á la iglesia y le ven girar sin ayuda de nadie; cosa que no pueden hacer diez hombres juntos. Mas de cien veces se ha hecho información de esto y se ha hallado siempre que el movimiento se ejecutaba á la misma hora que se pronunciaba el voto. Hace mas de seiscientos años que era célebre en milagros nuestra señora de Avenón, segun consta por la recopilación que hizo de ellos el canónigo de Leon Hugo Farsy.

Nuestra señora de Ardilliers. — Nuestra señora de Beauard. — Nuestra señora de la Encina. — Nuestra señora de la Cabeza del puente.

XLIV. En el Anjou ofreceremos primeramente nuestras oraciones á la virgen de Ardilliers ó Argilliers segun algunos. Su nombre es ilustre en toda Francia ya por la devoción que allí se observa, ya por una fuente que cura toda clase de enfermedades. Cerca de la ciudad de Angers veremos á nuestra señora de Beauard, donde se han obrado muchos milagros desde muy antiguo, segun aparece de la historia de Luis XI.

Saludaremos á nuestra señora de la Encina cerca de Sablé, donde María santísima ha mostrado de doce años acá que se complacia en ser venerada y obsequiada. Vé aquí cómo aconteció la cosa: en medio de un páramo, donde por lo común no se veían mas que ganados y pastores, había una capilla desierta y arruinada con una imagen vieja y bastante mal hecha de la Virgen. Un hombre rico que tenía un hijo contrahecho, no queriendo verle á su lado porque le daba pena y enojo, le entregó á una mujer del campo para que le criara: esta nodriza llevaba algunas veces su ganado á los alrededores de la capilla. Un día se sintió interiormente impelida á entrar en ella con el niño que tenía en los brazos, y habiéndose arrodillado oró á la Virgen y le dijo con mucha simplicidad que no sería de importunarla hasta que sanase su niño. Continúo sus súplicas por espacio de unas seis semanas, y al cabo de ellas estando una mañana en la capilla orando de lo íntimo de su corazón, vió que el niño se había enderezado sin que le quedara ningun rastro de su primitiva deformidad. Al principio le costó trabajo creer lo que veía y cerciorarse de que aquel niño era el suyo, y á no haber observado algunas facciones y considerado que estaban los dos solos en la capilla se habria persuadido á que era otro niño puesto en lugar suyo. Al fin despues de examinarle atentamente no le quedó duda alguna. Extendida por el lugar la noticia del milagro, todos corrieron á la capilla, donde en menos de seis meses se obraron otros diez milagros insignes. Habiéndose probado estos auténticamente y creciendo de dia en dia la devoción del pueblo á aquel santuario, el mariscal de Bois Dauphin, agradecido á la merced que María santísima le hacia de querer habitar en sus estados (de lo cual no podia esperar mas que felicidades), mandó edificar una hermosa iglesia donde estaba la capilla, con hospedería para los peregrinos.

Ahora concurren allí los devotos de Angers, del Mans, de Duretal, de la Fleche y de toda la comarca. Se llama nuestra señora de la Encina á causa, según creo, de que hay cerca de la capilla una encina corpulenta.

En la Fleche visitaremos la iglesia de nuestra señora titulada de la Cabeza del puente, á donde concurren diariamente muchas personas y en particular estudiantes. De cuando en cuando se hacen allí algunos milagros, aunque no se divulguen, como lo atestan los votos colgados al rededor del altar.

Nuestra señora de Santos ó del Buen socorro.—Nuestra señora de la Asistencia.—Nuestra señora del Buen puerto.

XLV. En Bretaña veremos la magnífica catedral de Nantes. El obispo S. Félix la dedicó á los apóstoles san Pedro y S. Pablo; pero habiéndola destruido los normandos, el príncipe de Bretaña Alano, apellidado Barbatorcida, que los subyugó gloriosamente el año 937, la reedificó mas hermosa de lo que era antes, bajo el título de nuestra señora del Buen socorro, porque á la Virgen después de Dios atribuía los triunfos de sus armas. En el arrabal de la noble y antigua ciudad de Rennes se va á visitar á nuestra señora de la Asistencia, la cual se muestra propicia á toda clase de personas y especialmente á los niños que nacen muertos. En la capilla de nuestra señora del Buen puerto en Dol se vea muchos votos al rededor del altar, debidos los mas á la gratitud de los que han sido asistidos por la Virgen en medio de las borrascas ó en otros peligros del mar (1).

(1) Véase al fin del tomo la adición de la madre M. J. de

Nuestra señora de Ruan, de Bayeux, de Evreux, etc.—Nuestra señora de las Buenas nuevas.—Nuestra señora de la Ayuda.—Nuestra señora del Buen socorro.

XLVI. En Normandía notaremos el grande y continuo concurso que hay á nuestra señora de Ruan, una de las iglesias mas ilustres y mejor servidas de Francia. Visitaremos asimismo las iglesias de Evreux, de Bayeux y otras muchas, y veremos en diversos lugares de esta provincia santuarios consagrados á la virgen Maria, donde da de cuando en cuando pruebas de su presencia y de la satisfaccion que tiene en ser servida, como se observa en nuestra señora de los Prados que está contigua á la ciudad de Ruan. Cerca de la misma advertiremos que infinitas personas concurren todos los dias y en especial los sábados á nuestra señora de Buenas nuevas. Es santuario frecuentado principalmente por las mujeres: así es que suelen recibir señalados beneficios sobre todo en su alumbramiento. A tres leguas de Caen está nuestra señora de la Ayuda, á donde se dirige todos los años la procesion de los vecinos de la ciudad y de la comarca como al asilo comun de todo aquel pais. En el Perche, que es una provincia pequeña contigua á la Normandía, hay una iglesita de nuestra señora del Buen socorro no lejos de Roumalard, á donde van á buscar su consuelo los afligidos y suelen encontrar el remedio de los males que les atormentan (1).

Nuestra señora de Bolofa.—Nuestra señora del Boeque.—Nuestra señora de Biache.—Nuestra señora de Jole.—Nuestra señora de Mediapenta.—Nuestra señora de Angiers.—Nuestra señora de Noya.

XLVII. En la Picardía veremos tantos santuarios dedicados á la sacratísima Virgen como en la provincia

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Biemar, que va al fin del tomo en la nota D.

de Francia que mas. Empecemos por el condado de Boloña, que le fué dado en fendo perpétuo por el rey Luis XI. Nuestra señora de Boloña fue edificada por Clotario II, y muchos de sus sucesores se han mostrado muy devotos de esta santa imagen, entre ellos Enrique II. Tiene por tradición que en el año 655 fué llevada en una nave por el ministerio de los ángeles y recibida por innumerable muchedumbre de boloñeses, siendo venerada desde entonces no solo de los de la comarca, sino de los países mas remotos de Francia y hasta de las naciones extrañas: los milagros sin cuento que allí se obraban, atraían á infinitas personas.

En el año 1344 habiendo tomado el rey Enrique VIII de Inglaterra la ciudad de Boloña, se llevó la imagen á su nación, que ya estaba inficionada de la herejía; pero recobrada la ciudad por Enrique II de Francia hacia 1356, obligó al monarca inglés á restituir la imagen, la cual fué restablecida inmediatamente en su lugar primero y recibió desde entonces la veneracion y homenajes acostumbrados. Mas no duró esto mucho tiempo, porque despreciados los hugonotes de Francia, enemigos jurados de toda piedad, al ver la devocion de aquel santuario se apoderaron de la imagen de la Virgen y la trataron con una insolencia y felonía impropia aun de los herberiscos. La arrojaron muchas veces al fuego sin poder conseguir que se quemara, aunque era de madera; intentaron hacerla pedazos con una hacha, pero en vano; y no pudiendo saciar su sacrilegio y bárbaro furor de otro modo la llevaron á la casa de un correligionario suyo á orillas del mar y la arrojaron al pozo del castillo de Honnau. La señora del castillo que era católica, la sacó sigilosamente del pozo y la colocó en cierto paraje á donde iba á rezar sus devociones á escondidas. Allí postrada de hinojos rogó tanto y tan encarecidamente á la reina del cielo, que por fin obtuvo la conversion de su marido y abun-

dantes bendiciones temporales y espirituales. La imagen estuvo escondida en aquella casa por espacio de unos cuarenta años, hasta que en el de 1609 el devoto ermitaño Fr. Vespasiano de Fontaine, inspirado de Dios, fué con un buen sacerdote secular, por quien he sabido yo esta historia, á la casa del caballero, y tanto hizo, que volvió la imagen á Boloña por tercera vez. Allí estuvo durante veinte y dos años con toda la contradiccion que el infierno pudo oponer á su restauracion; pero en el de 1627 habiendo mandado el ilustrísimo Claudio Dormy, obispo de Boloña, reedificar la capilla de nuestra señora arruinada por los ingleses, monseñor Victor Bou-tellier, su sucesor en el obispado y heredero de sus méritos y singular devocion á Maria santísima, la trasladó con toda solemnidad y gran concurrencia del pueblo alborozado el día 30 de marzo de 1650. Restaurada esta imagen antes de volverla á colocar en su lugar se hizo otra pequeña de una astilla, la que cedió el sacerdote de quien acabo de hablar, á los padres de la tercera orden de S. Francisco para su iglesia de nuestra señora de Gracia cerca de Paris. Está en una barquilla de madera, en cuya punta hay dos ángeles, que son como los pilotos de ella.

En el mismo condado de Boloña oiremos hablar de la capilla de nuestra señora del Bosque como de un santuario muy célebre por la concurrencia de peregrinos y devotos. Cerca de la ciudad de Peronna, que está á orillas del Somma, veremos á nuestra señora de Blache, que es una abadia de monjas cistercienses dedicada á la gloriosa Virgen; á dos leguas de la ciudad por el lado de Francia, nuestra señora de Joie, muy célebre en aquellas comarcas; á otras dos leguas, pero por el lado de Flandes, nuestra señora de Mediopunto, cuyo origen y milagros han sido referidos por Fr. Juan le Boucher, del orden de mínimos. Dice que llevando un pastor de la comarca

á apacentar su rebaño junto á las lagunas que habia donde hoy están las praderas de Hamlet, descubrió inopinadamente una imágen de la Virgen, y habiéndola enseñado primero á unos vecinos y luego á otras personas que acudieron á verla, todos juzgaron que la madre de Dios quería ser venerada y servida en aquel lugar. Se erigió pues al principio una capilla que despues se ensanchó considerablemente, y en el año 1612 fué edificada de nuevo y puesta en el estado en que hoy la vemos. En Amiens está la iglesia de nuestra señora, tan afamada por su hermosura como por las gracias que dispensa la reina del cielo á los que acuden á invocarla. La de nuestra señora de Noyon es igualmente célebre por las mismas consideraciones (1).

Nuestra señora de Leou.—Nuestra señora de la Alegria.

El mismo escritor empleó gran diligencia para dar á la posteridad algunas noticias de las maravillas que habia obrado Dios hasta su tiempo en nuestra señora de Leou, de donde era canónigo. Despues continuaron por muchos años hasta la ereccion de la capilla y luego hermosa iglesia de nuestra señora de la Alegria, antigua peregrinacion de nuestros reyes y uno de los santuarios mas concurridos de Europa. Su origen es muy prodigioso, y en la sucesion de los tiempos no han cesado los milagros. Boissat escribió la historia de este santuario, de la que vamos á dar aquí un resumen. Por los años de 1154 los ascalonitas hicieron caer á los hospitalarios recién instituidos en una celada que les habian armado. Entre los prisioneros habia tres caballeros picardos, hermanos

(1) Véase la adición de la al fin del tomo en la nota E.
madre M. J. de Blenur, que va

y naturales de las cercanías de Leou. El mayor era señor de Arpe y el segundo de Marchois (ambos estados conservan aun los mismos nombres), y el tercero no tenia estado alguno. Habiendo curado de las heridas que recibieron en aquel reencuentro por defender su libertad y habiéndose hecho recomendables tanto por su valor como por su nobleza fueron enviados al Cairo y presentados al soldan, el cual al pronto los trató con suma aspereza: luego se le antojó ganarlos para Mahoma; á cuyo efecto mandó meterlos en un calabozo y ponerlos á pan y agua haciendo que los tentáran algunos morabitos y sacerdotes de su secta. Por último les envió su hija Ismeria, doncella hermosa y bien instruida en su falsa ley, la que despues de sostener muchas disputas fue vencida por los graves razonamientos y la constancia de los caballeros, haciéndole particularmente impresion la vida y las alabanzas que le contaron de la virgen Maria, madre de nuestro señor Jesucristo, cuya imágen deseó ver.

El hermano mayor sin pensar á qué se obligaba (porque segun es de presumir, el espíritu de Dios guiaba entonces su lengua), le prometió mostrarle una; mas no pudiendo cumplir la promesa, él y sus hermanos recurrieron á Dios y á la gloriosa Virgen. A la noche siguiente halló á su lado una effigie de la madre de Dios, que se cree ser la misma que se va aun hoy en la iglesia de nuestra señora de la Alegria: la santa imágen despedia un olor suavísimo y difundia una gran luz por todo el calabozo donde estaban cautivos los tres hermanos. Además les pareció oír un concierto armonioso, que no podia ser sino música de los ángeles, de que quedaron admirados: aquella noche la pasaron con mucho consuelo. Al otro dia habiendo vuelto la princesa Ismeria al calabozo fué testigo de todas aquellas maravillas; lo que causó tal mudanza en su corazón, que en vez de convertir á los cautivos fué ella convertida y ganada á nuestro

Señor. Se llevó la imagen á su habitación, y honrándola de mil maneras recibía tanto consuelo y alegría, que no podía separarse de ella. A la noche siguiente se le apareció nuestra señora y le declaró que ella libraría á los caballeros del cautiverio y sería honrada con su nombre. En cuanto amaneció, Ismeria con toda resolución y con sumo gozo habiéndolo recogido sus joyas y algun dinero se fué en derecha al calabozo, que milagrosamente encontró abierto, llamó á los caballeros y les manifestó su determinación. Partiéronse todos juntos, y atravesando el Cairo sin ser descubiertas. Llegaron á la orilla de un brazo del Nilo, donde se presentó un gallardo mancebo, el cual los pasó prontamente en un barquichuelo y al punto desapareció. Desde allí caminaron de noche tres horas, y hallándose cansada Ismeria pidió á los caballeros que descansasen. Hicieronlo así, y cuando dormían todos cuatro, fueron milagrosamente trasladados cerca de la casa paterna de los caballeros, y reconociendo ellos el sitio marcharon sin tardanza hácia el castillo. Ismeria por seguirlos apresuradamente dejó olvidada la imagen de la Virgen cerca de una fuente, cuya agua rebasó sobre la imagen: desde entonces esta agua cura las fiebres y otras varias enfermedades.

No es decirlo el gozo que tuvieron los padres de los caballeros cuando los vieron de vuelta, y especialmente cuando supieron lo que les había acaecido en casa de Ismeria y los beneficios que le debían. Después de los cumplidos regulares la princesa fué presentada al obispo de Laon, quien la bautizó y le puso por nombre María. Quedóse en la casa con la madre de los caballeros, que era una señora muy virtuosa y respetable, y allí vivió el resto de sus días con gran castidad y piedad. Los caballeros mandaron edificar una iglesia en un sitio donde se le cayó á Ismeria la imagen de las manos por un peso maravilloso, y nuestra señora fué trasladada allí solemnemen-

te. Desde entonces ha obrado infinitos milagros y ha sido venerada por los muchos devotos que concurren de todos los países de Europa. El gozo que produjeron tantos sucesos, le valió desde entonces el título de nuestra señora de la Alegría, con el que se ha quedado.

Nuestra señora del Espino.—Nuestra señora de Reims.—Nuestra señora de Avenay.—Nuestra señora de Prele.—Nuestra señora de Merchiney.

XLVIII. En la Champaña á una legua de Chalons-sur-Marne veremos la bella iglesia de nuestra señora del Espino, cuyo título se le dió por haberse visto la primera vez esta milagrosa imagen sobre un espino, donde fué venerada algun tiempo hasta que se le edificó una capilla.

En Reims se ve la magnífica catedral de nuestra señora, tan célebre por su grandiosidad y hermosura como por las maravillas obradas allí. Segun el docto historiador de Reims fué primeramente edificada por S. Nicasio, arzobispo de la misma ciudad, junto al palacio de donde salió el rey Clodoveo para ser bautizado por S. Remigio. S. Nicasio, que tenia costumbre de ir á orar en el templo de la Virgen edificado por él, luego que los vándalos ocuparon la ciudad y pasaron á cuchillo una buena parte de sus habitantes, se fué derecho á la puerta de la misma iglesia con su querida hermana la virgen santa Eutropia, consagrada á Dios y dotada de todas las virtudes, para no entregar su alma al Señor sino delante de la imagen de Maria. Allí estaban cantando los dos las divinas alabanzas cuando llegaron los bárbaros. Al tiempo de cortar estas la cabeza al santo obispo decia aquellas palabras del salmo CXVIII: *Adhæsi pavimento anima mea*. Cayó la cabeza al suelo, y acabó el versículo diciendo distintamente: *Vivifica me secundum verbum tuum*. La hermosura de santa Eutropia estu-

vo para arrebatarle la palma del martirio; pero ella se mostró tan animosa, que los bárbaros cansados de sus inútiles tentativas la unieron á su hermano en la muerte como lo había estado en vida por la mas íntima caridad.

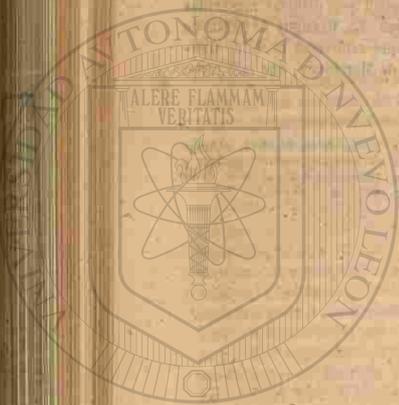
Desde entonces empezó Dios á multiplicar las maravillas; lo cual fué causa de que el esclarecido Hinemaro, arzobispo despues de Reims, ensanchase mas de la mitad aquella insigne iglesia y la hermosease de tal suerte, que corre parejas con las más magníficas de Francia. Antes de salir de ella tengo que participar al lector una cosa digna de sábersa. Fuera del coro hay un cuadro bastante antiguo, escrito en letras góticas y asegurado cuidadosamente á un pilar con abrazaderas de hierro, donde se dice que cierto personaje de Roma muy devoto de la Virgen santísima le rezaba todos los días muchas oraciones y particularmente la salutación angélica. Un dia estando en oración, se le apareció nuestra señora y le dijo entre otras cosas que le eran agradables sus rezos; pero que hubiera deseado que él saludase á su madre santa Ana. A esto respondió el devoto siervo de María que no sabia qué oración decir. «Cuándo reces el *Ave, María*, repuso la Virgen (lo cual debes hacer con frecuencia por el gusto que tengo en oír esa oración); y llegues á las palabras: *Et benedictus fructus ventris tui*; añade las siguientes: *Et benedicta sit sancta Anna mulier ista, ex qua sine macula caro tua processit virginea* (1). Luego proseguirás *Sancta María* hasta el fin. En el mismo cuadro se halla escrita esta devota oración, que mis lectores se alegrarán de saber: *O virgo virginum, o virgo*

(1) Puesto en romance para inteligencia de los que no conocen la lengua latina, quiere decir: Y bendita sea tu madre santísima Ana, de la que salió sin mancha tu carne virginal. (N. del T. E.)

regia, sola spes hominum, sola fiducia, nostrorum criminum expugna vitia et patri hominum nos reconcilia. Amen (1).

La iglesia de nuestra señora de Avenay, que es monasterio de monjas benedictinas entre Reims y Chalons, fué celebre desde la antigüedad por diversas maravillas que ha obrado allí la Virgen. En Bassigny se habla de nuestra señora de Prele, que está cerca de Saint-Géngoux, y de nuestra señora de Merchiney, que está como á una legua de Chaumont.

(1) Lo cual traducido en nuestro idioma quiere decir: Oh virgen de las vírgenes, oh regia virgen, sola esperanza y confianza de los hombres, destruye los vicios de nuestras pecados y reconcíllanos con el padre de los hombres. (N. del T. E.)



NOTAS.

A.

Manera de esta adopcion celestial.

IV. En segundo lugar es necesario saber que esta adopcion celestial se verifica por medio del Espíritu Santo, que es difundido en nuestras almas con todos sus dones. Esto es lo que entiendo el Apóstol cuando dice las memorables palabras siguientes: «Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para vivir otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopcion de hijos, por el cual clamamos: Abba (padre); porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (1).» Y en otro lugar: «Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios á vuestros corazones el espíritu de su hijo, que clama: Abba (padre) (2).» Esta adopcion se hace por la unidad con Jesucristo: así es una especie de generacion por la voluntad como la de los hombres que adoptan hijos; pero excede á todo ejemplo, porque se hace por la incorporacion en el hijo natural. Por lo tanto hay motivo para decir que somos hijos de Dios y en calidad de tales nos da Dios el espíritu de su hijo, es decir el Espíritu Santo, chiamado de la misma manera que en Jesucristo y haciéndonos ejecutar las mismas acciones que á él, Abba; mi padre. La palabra padre se expresa en hebreo y en griego, lo primero porque es el padre de los judíos y de los gentiles; lo segundo porque el Espíritu Santo nos hace obrar con gemidos inefables; lo tercero porque los hijos acritican á su padre y la halagan con este nombre de

(1) Adrom. VIII, 15.

(2) Ad rom. IV, 6.

termina. Abba es un nombre de dignidad, y padre es un nombre de naturaleza (*De la madre Maria Jacoba de Blemur.*).

B.

Origen de la fiesta de la Asuncion.

La fiesta de la Asuncion de nuestra señora, que podemos llamar la corona de todas las demás fiestas que la iglesia celebra en honor de ella, es una de las mas antiguas, como se conjetura por una carta de Sofronio á santa Paula y su hija. El autor era contemporáneo de S. Gerónimo, á quien muchos atribuyen aquel escrito. Es verdad que Nicéforo refiere que el emperador Mauricio hizo celebrar esta fiesta por todo su imperio; pero no ha de entenderse esto de su primera institucion, sino de un edicto del principe para introducirla en Oriente como ya lo estaba en la iglesia latina. La octava la añadió el papa Leon IV, que habia sido hijo de S. Benito antes de ser padre de todos los fieles. Moviése á esta devocion aquel pontífice para pagar el beneficio que la ciudad de Roma habia recibido de la poderosa reina de los cielos, cuando la libró de un espantable basilisco. El venerable Pedro, abad de Cluny, cuenta otra maravilla muy averiguada en su tiempo: á saber, que las velas que se encendieron en la iglesia de santa Maria la mayor la víspera de esta solemne fiesta, se encontraron al concluir el dia siguiente tan enteras como cuando se encendieron, y eso que habian ardió veinte y cinco horas. Jorge Codino, diligente historiador del imperio griego, cita una costumbre notable que se observaba en el corte de Constantinopla. Al acabar de comer entraban dos oficiales en la sala, y al punto se levantaba el emperador sosteniéndole dos pajes por debajo de los brazos para que se mantuviese firme y ejecutase con respeto la ceremonia siguiente. Un oficial llevaba vino en una copa de oro con una servilleta, y el otro un plato de oro con un pedazo de pan llamado *panagia*: al acercarse hacian una profunda reverencia al emperador, y este por su parte se inclinaba ante el pan y el vino misteriosos, mientras gritaban los asistentes: *Pa-*

nagia, panagia. El maestro de ceremonias ofrecia el pan y el principe comia un pedazo: despues habia un trago de vino y daba el sobrante á todos los oficiales deseándoles larga vida y toda suerte de bendiciones. Habiendo indagado muchos el origen de esta ceremonia, un escritor moderno dice lo siguiente en el *Reloj de los griegos*: sostiene que la instituyeron los santos apóstoles y que despues de la muerte de nuestro señor Jesucristo cuando comian ya en público, ya privadamente, dejaban siempre vacío el puesto preeminente en memoria de su amado maestro, con quien tantas veces habian tenido la honra de comer. Hacia el fin de la comida repartian el pan cantando estas palabras: *Gloria sea dada á nuestro Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El nombre de la santísima Trinidad es grande. Señor Jesus, asístenos.* Desde Pascua hasta Pentecostés añadían: *El Señor ha resucitado.* Mas sucedió que habiéndose trasladado todos á Jerusalem para asistir al tránsito de nuestra señora, cuando volvieron de Gelsemani al convento (á los tres dias de aquel suceso), un dia que practicaban esta santa costumbre despues de comer, apareció en el aire la madre de Dios rodeada de luz y de gloria; lo cual les causó no menos alegría que admiracion. En medio de tan agradable sorpresa exclamaron todos á una voz: *Panagia Despara, aijava nos; es decir: Madre de Dios toda santa, ayúdanos.* A lo que respondió ella con semblante muy apacible y majestuoso: *No estoy con vosotros para siempre. Oh madre incomparable; que consolatoria es esta promesa! ¡Qué agradables son estas palabras! Sivete de simpliciter y permanesco eternamente con tus hijos, que son todos los fieles de la iglesia y aquellos que to dreino hijo quiso honrar con el título de hermanos suyos, segun sabemos por el santo Evangelio.*

Pero ¿no era justo que habiendo sido coronada nuestra señora reina del cielo y de la tierra y soberana del imperio de su hijo participase esta buena nueva á los santos apóstoles antes de saberla el mundo; pues el señor Jesus habia observado la misma conducta despues de su gloriosa resurreccion, y estando para subir á su eterno Padre les manifestó su voluntad y su ánimo de estar eternamente con ellos y con sus

bel, tan famosa por la persecucion contra los católicos, gobernaba la Inglaterra, entraron de orden suya los herejes en el monasterio de Maja en Hibernia poseídos de ciego furor: los cuarenta monjes que allí moraban, viendo que no era pacífica la actitud de los sectarios y queriendo morir al pie del altar, se juntaron delante del santísimo sacramento, donde esperaron la consumacion de su holocausto con una constancia digna del espíritu que los animaba; de suerte que hallándolos los calvinistas en tal disposicion les cortaron la cabeza y los dejaron anegados en su propia sangre. Durante esta cruel tragedia estaba fuera del monasterio el cillerero y no volvió hasta que ya se habían marchado los herejes. ¿Cuál seria su turbacion cuando encontró el monasterio abandonado y sin ninguno de sus hermanos! Al punto sospechó que los herejes habían pasado por allí; pero no le quedó duda alguna cuando descubrió toda la dichosa comunidad tendida en el suelo y nadando en un lago de sangre y el coro de la iglesia convertido en un matadero. Lo único que pudo hacer en tan lamentables circunstancias, fué derramar lágrimas sobre los santos mártires, envidiar la suerte de ellos y lamentarse de su propia desgracia: eran tan dolorosos sus gemidos y tan tiernos sus lamentos, que hicieron causado compasion á las almas mas endiabladas. Lo que mas aumentaba su pena, era el no poder celebrar el oficio de la Asuncion, en cuya vigilia se estaba, por ser solo para cantar visperas, y porque como dice la Escritura, la música y las lágrimas no hacen buena pareja. Arrojádose pues y clamó en la amargura de su corazon: Ya sales, Virgen sacralísima, nuestra única señora y protectora, con qué esmero, zelo y amor has sido honrada siempre en esta casa, con qué reverencia se han celebrado todas tus fiestas; ¿por qué pues permites que quede sin celebrarse la gran solemnidad de hoy? Estaba tan conmovido, que la madre de Dios se tomó el trabajo de consolarle de una manera que será la admiracion de todos los siglos. Oye primeramente sonar los campanas del monasterio sin que nadie las tocase, y luego ve levantarse del suelo todos los cuerpos muertos de los santos mártires cogiendo cada uno su cabeza y poniéndola en su sitio natural: en seguida se colocan en sus asientos y el abad cotaña las vis-

peras, que son continuadas por aquella ilustre comunidad; pero con un canto tan dulce y armonioso, que no hubo jamás una música tan deleitable. Cada mártir tenía una raya encarnada al rededor del cuello, una corona en la cabeza y una palma en la mano, y con esta figura majestuosa cantaron el oficio de la reina de los mártires en presencia del devoto cillerero, que estaba absorto de semejante prodigio. Concluidas las visperas, los monjes volvieron á su estado anterior y descansaron segunda vez en el Señor.

Este milagro metió mucho ruido en la Hibernia, y ciertamente puede contarse como uno de los mas singulares que han acontecido en la iglesia de Dios. Por el vemos que el hijo y la madre miden sus favores por nuestras necesidades y que estando los irlandeses vacilantes en la fé, era necesario confortarlos con alguna eficaz medicina.

Digamos dos palabras de la piedad de S. Esteban, rey de Hungría, para con la madre de Dios, á quien veneraba de todo corazon, pero particularmente en calidad de soberana: se alegraba tanto de sus grandezas y le tenía tanto respeto, que mandó la llamasen la gran señora en todo su reino; y con efecto nadie era osado de pronunciar el santo nombre de María sino hincado de rodillas. En las conversaciones familiares no se pronunciaba jamás por no rebajarle: en su lugar se decía nuestra señora ó nuestra buena señora. Mas porque nuestro Señor prueba á sus amigos para coronar su paciencia, sobrevinieron muchas desgracias á aquel santo rey: perdió todos sus hijos, fué acometido de diversas enfermedades y amenazado de rebeldes y conjurados contra su persona y reino. Es verdad que era mas de la Virgen que de él despues de haberse ofrecido solemnemente poniendo su corona y cetro y todo su poder en manos de la reina del cielo y queriendo ser reputado únicamente por uno de sus humildísimos siervos.

En esto sucedió que el emperador Conrado, príncipe ambicioso, resolvió conquistar la Hungría y ocuparla á la fuerza colonestando un hecho tan poco cristiano con algunas razones de estado. El rey Esteban supo que todas las tropas del imperio estaban ya en las fronteras de su reino y que se adelantaban á jornadas dobles para sorprenderle; pero lejos de sobrecojer-

se de terror con tan fatal nueva dió las órdenes oportunas para poner un dique á aquel torrente, y sabiendo que el reino pertenecía á la madre de Dios se postró delante de su imagen ó hizo esta breve oracion: «Si quieres, señora soberana del cielo y de la tierra, que una parte de tus dominios sea aislada por los enemigos y destruido este nuevo plantel de tu adorabilísimo hijo Jesucristo; te ruego no permitas que se impute esto á mi poca confianza en tu proteccion, sino á disposicion de tu voluntad: si el pastor ha merecido algun castigo por sus pecados, que pague él solo la pena, y no consientas, si lo tienes por bien, que las inocentes ovejas sean afligidas por su causa.» Lavándose y salió á campaña con las tropas que pudo reunir poniéndose él á la cabeza con un valor invencible; pero apenas había andado media jornada, un correo le trajo la noticia de la retirada del ejército imperial por haber recibido los generales órden de volver á Alemania. Sin duda esta órden fué comunicada de arriba, porque el emperador no tuvo conocimiento de ella. Es verdad que se sometió y que sinceramente arrepentido abandonó desde entonces sus proyectos, y el santo rey gobernó cuarenta y dos años su pueblo con mucha sabiduría y piedad. En fin quiso Dios coronar sus buenas obras con una muerte preciosa el día mismo de la Asuncion de nuestra señora segun los vehementes deseos que había tenido siempre de celebrar el triunfo de la Virgen con los espíritus bienaventurados, y entregó el alma al Criador con unos sentimientos de piedad que admiraron á todo el reino.

S. Pedro Damiano refiere una historia tan célebre en la ciudad de Roma, que para conservar la memoria de ella se grabó con letras de oro en una tabla de mármol blanco colocada al lado del altar mayor de la iglesia de nuestra señora del Páptico. Dice pues que en el año 1072 una mujer de Roma vió entre los que asistian al oficio de la Asuncion, á una amiga suya que había muerto hacia algun tiempo. Sorprendida sobrecamenera de un encuentro tan inesperado miraba atentamente á aquella mujer y no podía dar crédito á lo que veia: concluidos los divinos oficios rompo por entre la gente, se acerca á ella y le pregunta si no es fulana. La misma, respondió la difunta. Pues ¿cómo te presentas con los vivos, repuso la otra, siendo

del otro mundo? ¿En qué estado te encuentras? ¿Qué buscas aqui? Aquella alma le participó que había padecido las terribles penas del purgatorio; pero que en la noche de aquella gran festividad la madre de Dios había pedido su libertad y la de otros muchos y que había salido del purgatorio mas almas que las que había entonces en la ciudad de Roma. Como la otra mujer tuviese dificultad en creer las palabras de la difunta, le dijo esta que al cabo de un año las confirmaria con su muerte; y en efecto descansó en Dios segun la prediccion.

Concluimos el discurso de esta fiesta disponiéndonos para alabar mil y mil veces á la reina que es objeto de ella. Un día reveló á santa Gertrudis que cuantas palabras pronuncian los fieles en honra suya, son otros tantos florones de oro que siembran en su ropaje; pero que ella los recibe solo para pagárselo con usura y ponerlos en estado de comparecer ante su divino hijo y todos los santos de un modo mas agradable, de suerte que las personas interesadas ó desinteresadas hallan igualmente ventaja. Las unas la sirven sin otra mira que la de agrada-la; las otras que no son tan desprendidas, lo hacen con la esperanza de que las proteja. Y sin duda lo hará; basta poner sus intereses en manos de ella, porque nada parece en las de una madre tan buena y poderosa (*Añadicion de la madre M. J. de Blemur*).

C.

En el obispado de Saint-Brieux y distrito de Gonello tenemos á nuestra señora de la Cima. Los naturales del país creen por tradicion que en otro tiempo fueron honrados con la cuna de la madre de Dios, en memoria de lo cual todos los años se llevaban á una especie de altar que había quedado de las ruinas de la antigua capilla, frutos de la tierra, lino, piezas de hilo y cosas semejantes, queriendo la Virgen ser venerada como antes en aquel lugar. En el año 1634 sucedió que paseándose un hidalgo llamado Felipe de Halegoet con su mujer Claudia de Barrin por el bosque donde estaban las ruinas de aquel edificio, distante solamente un cuarto de legua de su hacienda de Lostang, como hablaban de un negocio que los traía dis-

gustados, hicieron voto de que si les salía á medida de su deseo por la intercesion de la madre de Dios, reedificarian la capilla; lo cual aconteció así al poco tiempo. No fueron infieles á su promesa los dos esposos, sino que con toda diligencia procuraron reedificar á sus expensas y con auxilio de sus amigos la casa de nuestra señora. El altar mayor está dedicado á la madre de Dios, y los otros dos á sus dichosos padres S. Joaquin y santa Ana. El piadoso hidalgo nombró sacristan de la capilla á un hijo suyo, no pareciéndole nada humilde ni bajo cuando se trata de servir á la reina del cielo y de la tierra. Desde entonces las ofrendas de los devotos se emplean en adornar el santuario, que se halla en muy buen estado. Todos los dias se dicen muchas misas: se hacen novenas; y las procesiones de las parroquias de la comarca van allí igualmente el dia de la natividad de nuestra señora, que es la fiesta titular.

Su Santidad ha concedido indulgencia plenaria á los fieles que la visiten en tal dia, y Dios para premiar la piedad de los devotos otorga infinitas gracias á los que recurren á su sacratísima madre. Hablo como de una época presente y de una experiencia del dia, cuyos testigos están vivos: pero aunque nuestra señora derrama sus beneficios sobre toda clase de personas, parece no obstante que son privilegiados los niños, como que se aproximan mas á su purísima infancia. Habiendo caido al agua muchas de estas criaturas inocentes y habiéndolos encomendado sus padres á nuestra señora de la Cuna, salieron salvos y sin ningun daño. Estando enfermo de una apostema en la garganta, que se jugaba mortal, el hijo mayor de Gregorio Halcogel de edad de tres años, experimentó la eficacia de la intercesion de la Virgen, porque apenas el padre hizo un voto por él, se reventó la apostema y quedó curado el niño. Al dia siguiente fué á cumplir el voto con una vela en la mano, y daba gusto ver al tierno peregrino andar á pie un cuarto de legua para dar gracias á su poderosa libertadora.

A los dos años estando el mismo niño con veinte y seis personas en una barca en el río Triglier, se fué esta á pique, y solo él y una mujer embarazada se libraron de aquel gran peligro por la proteccion de nuestra señora de la Cuna, á quien se encomendó de todo corazón: una mano invisible le sacó del

agua y le restituyó sano y salvo á la ribera con admiracion de los que presenciaron tal portento.

Esta divina madre ha alcanzado sucesion para algunas mujeres estériles que hicieron votos en la capilla de la Cuna. Se compondría un tratado voluminoso si hubiéramos de hablar de las maravillas que alli se obran todos los dias; pero por la calidad de nuestra obra no podemos extendernos mas en cada artículo (*Alicion de la madre M. J. de Blemur*).

D.

Nuestra señora de la Delibranda.

A tres leguas de la ciudad de Caen en la diócesis de Bayeux, está la famosa capilla de nuestra señora de la Delibranda, á donde concurren en devota peregrinacion no solo los del pais, sino los de otros muy distantes. Fué edificada por san Regnoberto, segundo obispo de Bayeux, y la destruyeron los dinamarqueses el año 830. En este lastimoso estado subsistió doscientos años y quizá no hubiese salido nunca de él, si la Virgen santísima no hubiese manifestado que la enojaba tan largo interregno. Permió pues que un pastor de Balduino, conde de Bessin, que moraba entonces en Douvres, advirtiese que un carnero se separaba siempre del rebaño y escarbaba con la pata y el asta en cierto sitio, donde se tendia cuando se cansaba de su trabajo. El pastor se lo contó á su amo, quien juzgó que no era de despreciar aquel aviso: llamó pues á un santo ermitaño y gente del pueblo mandó descubrir con muchos nobles y gente del pueblo mandó descubrir la tierra donde escarbaba el carnero, y se halló la imagen de la Virgen santísima que tantos milagros ha obrado despues. Fué conducida en solemne procesion á la iglesia de Douvres; mas no permaneció alli mucho tiempo, porque un ángel la puso otra vez en el sitio donde habia descansado y donde queria ser venerada la madre de Dios.

Entrando el conde en este plan, hizo construir la capilla que ahora se ve, y la donó al cabildo de Bayeux. Desde entonces se ha servido Dios de hacer muchísimos milagros á favor

de los que ponen su confianza en el poder de María. La capilla está llena de votos de los que han alcanzado gracias por su intercesion. Allí se ve una cadena de un comerciante de Normandía, que fué apresado por los turcos en el mar y sujeto con tan recias cadenas, que le encorbaba el peso de ellas. En tamaño afliccion se ofreció á nuestra señora de la Delibranda, y fué tan afortunado, que la Virgen queltrantó las cadenas y le sacó del cautiverio; pero dejándole la cadena que llevaba al cuello, la cual no pudo romperse por ninguna industria humana. En este estado vino á presentarse á su libertadora, y hallándose en la capilla cayó por sí el pesado collar; con lo que coronó la Virgen tan señalado beneficio. Voy á referir otra historia, que puede servir para enseñar á muchos cuánto de testa nuestro Señor la avaricia.

Viéndose afligida de una hambre cruel la Normandía; un rico avariento que tenía atesados de trigo los graneros, no consintió en remediar la miseria pública con la esperanza de que subiese el precio de los granos. Dominado de la maldita avaricia un domingo en lugar de ir á misa se fué á recrear con la vista de sus graneros; pero apenas abrió la puerta, vió un millon de ratones que devoraban el trigo guardado con tanto cuidado y reservado para sacar una ganancia desmedida. Aquella espantosa machedumbre de animales hediondos dejando entonces el trigo se abalanzaron al logrero y empezaron á morderle por todos lados, y presto hubieran acabado con él, si el castigo no le hubiese abierto los ojos del alma. Arrepentido sinceramente pidió perdón á Dios é hizo voto de ir todos los domingos á nuestra señora de la Delibranda y mandar decir allí una misa, si la Virgen se apiadaba de él. Ah! Señor el primero á quien la bondadosa señora hubiese dado repulsa. En el mismo punto desaparecieron todos los ratones. El avaro convertido cumplió fielmente su promesa toda su vida y obligó á sus herejeros á continuar la misma devoción. Las que quieren saber los demás milagros obrados en esta ciudad, podrán verlos en el tratado de Roberto Goullis, obispo de Avranches, y en el P. Fossard, religioso trancheano; yo solamente digo que la devoción va en aumento de día en día. Allí acuden en procesion los habitantes de Caen y Bayeux,

y todas las parroquias y comunidades religiosas pagan anualmente este tributo á la madre de Dios. Sor Lorena de Pados, abadesa del real monasterio de la santísima Trinidad de Caen, ofreció á nuestra señora su casa, su persona y sus religiosas durante una enfermedad contagiosa que affligió á todo el país: fué tan grata á la Virgen la piedad de la abadesa, que dispensó á su comunidad una protection que podría pasar por millagrosa. Desde que hizo el voto, no dejaba la abadesa de enviar todos los años á la capilla el día de nuestra señora de los Dolores los capellanes y criados de la abadía, para que renovasen su homenaje á la Virgen, y remitía alguna dádiva. Generalmente tenían comunión todas las personas que moraban en el monasterio, hasta las educandas, y puede decirse que aquella buena abadesa dejó esta devocion como en herencia á sus monjas.

Hizo erigir una hermosísima capilla bajo la advocacion de nuestra señora de los Angeles, donde se reza el oficio de la noche en invierno, y en lo restante del año las religiosas hacen frecuentes visitas á la madre de Dios. *(Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.)*

E.

Nuestra señora de Soissons.

Sería necesario un larguísimo discurso para tratar de las maravillas de nuestra señora de Soissons, abadesa de monjas benedictinas, donde existe una sandalia de la Virgen santísima que obra muchos milagros. Fue fundada en el año 658 por san Drausino, y desde entonces acá ha sido siempre favorecida por la madre de Dios con mucho consuelo de las afortunadas religiosas que viven bajo de su dependencia. El P. D. Miguel German, monje muy docto de la congregacion de S. Mauro, ha publicado esta historia; yo no citaré mas que un solo ejemplo entre muchos que trae para manifestar con qué particular consuelo mira la Virgen por esta casa.

Alabando su grande los calvinistas la ciudad de Soissons en el año 1567 y queriendo abolir el sacramento sacrificio de la misa y la veneracion de los santos, destruyeron las iglesias;

destruyeron los altares, profanaron los ornamentos y vasos sagrados, hicieron pedazos las imágenes, quemaron las reliquias de los santos y cometieron todo género de crueldades contra los eclesiásticos. Solo la abadía de nuestra señora se libró del furor de los herejes por el valimiento de la princesa Catalina de Borbon, hermana del de Condé, que era la abadesa. No pudiendo los frenéticos sectarios hacer daño á nuestra señora (porque se lo habia prohibido el príncipe pena de la vida) cercaron con guardias el monasterio, para que nadie se escapase. Mas los soldados que estaban de centinela por la noche, solian oír un estrépito de armas y veian guerreros pertrachados de armas blancas, que al parecer rondaban por las tapias de la abadía para degollarlos. Contáronlo á sus capitanes, los cuales se quejaron á la abadesa, que habitaba entonces en el palacio episcopal para evitar que los sectarios prendiesen fuego á las iglesias restantes y cometiesen aun mayores desórdenes en la ciudad. La princesa que sabia lo contrario, les aseguró que no habia ningun hombre en la abadía excepto algunos eclesiásticos viejos é incapaces para tomar las armas. Mas al instante se los mandó salir. Entretanto los soldados continuaban viendo por la noche guerreros armados, y los oficiales entraron á registrar el monasterio, donde no encontraron á nadie; de lo cual quedaron en extremo corridos. A la noche siguiente se asustaron los centinelas mas que las anteriores, y ninguno siquiera se atrevió á quedarse en el cuerpo de guardia. El día de la Anunciacion de nuestra señora salieron los herejes de la ciudad sin saber quien los echaba, no conociendo ó no queriendo conocer el poder de la capitana de los ejércitos de la iglesia. La abadesa que pensaba de diversa manera y conoció bien que se debía á aquella la suspirada libertad, mandó componer una antifona y una oracion, que se rezan todos los días en la iglesia en acción de gracias por tamaño beneficio, y el día de la Anunciacion se canta solemnemente al fin de la misa con repique de campanas.

Hugo Farsy trata extensamente la historia de esta santa casa, así como las maravillas de nuestra señora de Laon, de la que se cree que era canónigo (*Accion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

INDICE.

	Páginas.
Advertencia del traductor.	V
Prefacion de los editores franceses.	VII
Dedicatoria.	XXIX
Plan del autor.	XXXI

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

Discurso fundamental del tratado primero.	1
Capitulo I. Del titulo de madre de Dios, verdadero origen de todas las grandezas de la gloriosa virgen Maria.	3
§. I. De la excelencia del titulo de madre de Dios.	3
§. II. Que el titulo de madre de Dios es el origen y la medida de todas las grandezas de la Virgen.	14

PRIMERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA COBONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capitulo II. Que Maria es la primogénita de las simples criaturas por el derecho de su predestinacion eterna.	20
TOMO I.	39

destruyeron los altares, profanaron los ornamentos y vasos sagrados, hicieron pedazos las imágenes, quemaron las reliquias de los santos y cometieron todo género de crueldades contra los eclesiásticos. Solo la abadía de nuestra señora se libró del furor de los herejes por el valimiento de la princesa Catalina de Borbon, hermana del de Condé, que era la abadesa. No pudiendo los frenéticos sectarios hacer daño á nuestra señora (porque se lo habia prohibido el príncipe pena de la vida) cercaron con guardias el monasterio, para que nadie se escapase. Mas los soldados que estaban de centinela por la noche, solian oír un estrépito de armas y veian guerreros pertrachados de armas blancas, que al parecer rondaban por las tapias de la abadía para degollarlos. Contáronlo á sus capitanes, los cuales se quejaron á la abadesa, que habitaba entonces en el palacio episcopal para evitar que los sectarios prendiesen fuego á las iglesias restantes y cometiesen aun mayores desórdenes en la ciudad. La princesa que sabia lo contrario, les aseguró que no habia ningun hombre en la abadía excepto algunos eclesiásticos viejos é incapaces para tomar las armas. Mas al instante se los mandó salir. Entretanto los soldados continuaban viendo por la noche guerreros armados, y los oficiales entraron á registrar el monasterio, donde no encontraron á nadie; de lo cual quedaron en extremo corridos. A la noche siguiente se asustaron los centinelas mas que las anteriores, y ni uno siquiera se atrevió á quedarse en el cuerpo de guardia. El día de la Anunciacion de nuestra señora salieron los herejes de la ciudad sin saber quien los echaba, no conociendo ó no queriendo conocer el poder de la capitana de los ejércitos de la iglesia. La abadesa que pensaba de diversa manera y conoció bien que se debía á aquella la suspirada libertad, mandó componer una antifona y una oracion, que se rezan todos los días en la iglesia en acción de gracias por tamaño beneficio, y el día de la Anunciacion se canta solemnemente al fin de la misa con repique de campanas.

Hugo Farsy trata extensamente la historia de esta santa casa, así como las maravillas de nuestra señora de Laon, de la que se cree que era canónigo (*Accion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

INDICE.

	Páginas.
Advertencia del traductor.	V
Prefacion de los editores franceses.	VII
Dedicatoria.	XXIX
Plan del autor.	XXXI

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

Discurso fundamental del tratado primero.	1
Capitulo I. Del titulo de madre de Dios, verdadero origen de todas las grandezas de la gloriosa virgen Maria.	3
§. I. De la excelencia del titulo de madre de Dios.	3
§. II. Que el titulo de madre de Dios es el origen y la medida de todas las grandezas de la Virgen.	14

PRIMERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA COBONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capitulo II. Que Maria es la primogénita de las simples criaturas por el derecho de su predestinacion eterna.	20
TOMO I.	39

- §. I. *Que nuestro señor Jesucristo fué el verdadero modelo por el cual fué trazada la Virgen santísima.* 20
- §. II. *Que nuestro señor Jesucristo por su predestinacion eterna es el primogénito de todas las criaturas.* 25
- §. III. *Semejanza de la Virgen santísima con nuestro señor Jesucristo, por donde se manifiesta cómo aquella es la primogénita de las simples criaturas.* 51

SEGUNDA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo III. *Que desde el principio del mundo fué anunciada por los profetas y representada por las figuras antiguas.* 58
- §. I. *Que era propio de la grandeza y excelencia de la madre de Dios el que fuese anunciada y figurada mucho antes de su venida al mundo.* 59
- §. II. *De tres figuras muertas por las cuales fué representada la madre de Dios; á saber, la zarza de Moisés, la vara de Aarón y el vellocino de Gedeón.* 44
- §. III. *De otras tres figuras de la misma naturaleza, á saber, del arca de la alianza, del tronco de Salomón y de la nube de Elias.* 56
- §. IV. *De algunas figuras vivas y animadas que representaron á la madre de Dios, y primeramente de Eva, Sara y Rebeca.* 67
- §. V. *De María, hermana de Moisés, de Aza y de Jahel.* 77
- §. VI. *De Judit, Ester y Betsabe.* 87
- §. VII. *De Abigail, María y Magdalena.* 95

TERCERA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo IV. *Que es la hija amada del Padre eterno.* 102
- §. I. *Primer título por el cual es llamada la Virgen hija del Padre eterno.* 105
- §. II. *Segundo título por el cual es llamada la Virgen hija del Padre eterno.* 110

CUARTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo V. *Que es la esposa del Espíritu Santo.* 116
- §. I. *Que la bienaventurada Virgen es verdaderamente esposa del Espíritu Santo.* 117
- §. II. *Cómo el Espíritu Santo preparó á la gloriosa virgen María para que fuese su dispósima esposa.* 119
- §. III. *De las disposiciones que la virgen santa María puso por su parte para hacerse digna esposa del Espíritu Santo.* 124
- §. IV. *Gracias incomparables que el Espíritu Santo otorgó á esta su esposa en favor de sus desposorios.* 129
- §. V. *Cómo la beatísima Trinidad concurrió de un modo inefable á estos dichos desposorios.* 155

QUINTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

- Capítulo VI. *Que no tiene igual en sus partes peregrinas y calidades naturales.* 159
- §. I. *De la nobleza de la madre de Dios.* 140

- §. II. *De su gracia y hermosura corporal.* 144
 §. III. *De su excelente entendimiento.* 135
 §. IV. *De su excelente indole.* 138

SEXTA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo VII. Que es incomparable en gracias y merecimientos. 164

- §. I. *De la excelencia de la primera santificación de la madre de Dios.* 163
 §. II. *Del aumento de la gracia en la Virgen santísima.* 175
 §. III. *De la elevación de su gracia final.* 186
 §. IV. *De la grandeza de sus méritos.* 195
 §. V. *De las otras gracias de la Virgen santísima y especialmente de sus gracias gratuitas.* 201

SEPTIMA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo VIII. Que es la única completamente exenta de todo pecado. 207

- §. I. *Que la madre de Dios fué exenta del pecado original.* 208
 §. II. *Que la madre de Dios fué exenta de todo pecado actual.* 277
 §. III. *Que los santos padres dicen que la madre de Dios fué impecable, y cómo debe de entenderse esto.* 284

OCTAVA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo IX. Que es singularmente bendita. 505

- §. I. *Abundancia de la bendición concedida á la madre de Dios y plan de todo el discurso siguiente.* 504
 §. II. *Que la Virgen santísima fué singularmente bendita entre las mujeres.* 505
 §. III. *Que es singularmente bendita entre los justos y los amigos de Dios.* 521
 §. IV. *Que es singularmente bendita entre todas las criaturas.* 556
 §. V. *De la fuente de todas estas bendiciones.* 540

NOVENA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo X. Que es la reina de las virtudes. 545

- §. I. *Que la madre de Dios fué verdaderamente la reina de las virtudes.* 545
 §. II. *Que era razonable que la madre de Dios fuese tambien la madre de las virtudes.* 550
 §. III. *Que la Virgen santísima tuvo excelentemente todos los dones y frutos del Espíritu Santo con las bienaventuranzas.* 537

DÉCIMA ESTRELLA Ó GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo XI. Que es la maravilla de gloria. 569

- §. I. *De los grandes privilegios de la muerte de la madre de Dios.* 570

§. II. De las admirables singularidades de su Asunción y de la gloria de su tránsito.	587
§. III. De los admirables privilegios de su sagrado cuerpo.	593
§. IV. De las excelencias incomparables de su santísima alma.	405
§. V. De la increíble elevación de su trono real.	416

UNDECIMA ESTRELLA O GRANDEZA DE LA CORONA DE EXCELENCIA DE LA MADRE DE DIOS.

Capítulo XII. Que ha sido y es aun reconocida y llamada bienaventurada por todas las generaciones de la tierra.	424
§. I. Que la madre de Dios, segun profecía ella misma, fue llamada bienaventurada por todas las generaciones.	423
§. II. Que fue reconocida y llamada bienaventurada por los oráculos de la gentilidad.	451
§. III. Que fue reconocida y llamada bienaventurada por los judíos y mahometanos.	458
§. IV. Que fue reconocida y honrada por los magnates del mundo.	442
§. V. Que fue reconocida y honrada por todas las naciones y en todas las partes del mundo.	443
La tierra santa.	446
La Siria.	448
El Asia menor.	449
El Egipto.	450
Africa.	451
Etiopía.	452
La India oriental.	452
La China.	454
El Catay.	457

El Japon.	437
La India occidental.	438
Portugal.	439
España.	470
El Bearn y la Navarra.	346
Francia.	549
NOTAS.	895

FIN DEL TOMO PRIMERO.

